



El retrato de Alicia

Clarisa Ozores

El retrato de Alicia

Clarisa Ozores, 2018

Fotografía de la cubierta: Harclade; Gamzatti Variation Classical Ballet Solo,
(<https://www.flickr.com/photos/harclade/>), (modificada)

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Alicia se había quedado callada, incluso seria. Su expresión —en la que habitualmente predominaba una negación de la misma, en un tributo a una belleza sencilla, un poco lánguida, tal vez, como una lámina impoluta que resulta bonita por su propio brillo inmaculado— era una mezcla de absoluta indiferencia con un punto de desdén. Desdén, distancia, frialdad. Puro desinterés por fijarse en esas personas, por conocerlas y aprender sus nombres. De todos modos, para un fiel observador —y poco a poco, a lo largo de los días y de las semanas, fueron surgiendo fieles observadores— habría podido ver algo que contrastaba con ese rostro siempre quieto, algo como los ojos que miraban en todas las direcciones con movimientos minúsculos, como una tensión excesiva en el cuello.

Sin embargo, no todos se habían molestado en inspeccionar los rasgos de Alicia. Algunos de aquellos cómicos estaban demasiado ocupados en sus asuntos, y pensaban con la mirada suspendida en otra dirección, o bien fija en Alicia, siguiendo la corriente de los demás, pero sin darse apenas cuenta de que ésta había entrado. Otros tantos, por su parte, se habían distraído en una conversación a murmullos que, en todo caso, atravesaba el escenario de una manera molesta. Era incluso ofensiva aquella falta de interés, pensó el director, cuyo mayor pasatiempo era indignarse con la actitud de esa gente que lo rodeaba día tras día. Sin duda eran distintos, sus temperamentos, sus caracteres, sobre todo sus modales, no tenían nada en común. Él se sentía impelido a guardar el orden y ellos parecían adictos a escandalizar. Odiaba sus gritos, sus saltitos, esas bromas de niños repelentes y esos mohines de niñas tontas. De algún modo, él era igual ante la orquesta que sin ella, con la batuta en la mano o tras haberla guardado, y siempre conservaba ese aire tranquilo pero capaz de apasionarse ordenadamente, ese punto que incluso era solemnidad y una elegancia íntima, como si las partículas de aquella música se pegasen a él y no lo soltasen nunca. Eso pensaba el hombre, que sin darse cuenta había dejado también de atender y brindar su silenciosa bienvenida a aquella joven, asintiendo ligeramente, porque le resultaba en extremo difícil pensar algo y no acompañarlo con sus gestos. Claro que sabía que esto era un motivo de risa, que lo imitaban, pero qué podía ofenderse él por las bromas de aquellos cuatro mequetrefes que habían sido tocados con

un talento particular. Un talento que no sabía hasta qué punto era pura práctica, o conocer a la persona adecuada, o mil posibilidades más que no los hacía para nada especiales. Pero ellos se creían especiales por el mero hecho de bañarse en aplausos que nunca habrían estallado de no dirigir él todo ese mastodonte del espectáculo. ¿Dónde iban a estar todos ellos, de no haber tenido esa suerte, de no haber tenido un talento, o suficiente práctica, o un conocido concreto? Y se los imaginó embarcados, en mares fríos y entre tempestades, actuando con aquella rudeza suya, y vio a los hombres mojados y malviviendo, hablando con la manera hosca que utilizaban tras el telón. El mar que se le venía a la mente siempre, en esas largas lenguas frías de su pueblo natal. Pero no todo era mala gente allí dentro —pensó en un paréntesis, en una respiración que quizá surgía para apartar esa idea del mar, esa nostalgia de la casa, de los vecinos que morían en sus olas, del señor T., que se había embarcado y no había vuelto, cuya viuda se refugiaba en la Virgen del Carmen, arrastrando su cojera en las procesiones—. No todo era mala gente, claro que no. Él quería mucho a sus músicos, a sus fieles intérpretes, que lo obedecían siempre y lo respetaban, y se declaraban irremediabilmente perdidos de no estar él. La orquesta, por supuesto. Particularmente, claro, se le aceleraba el corazón con su sobrina, la bonita Amelia, que en verdad tenía rasgos duros y disonantes que sólo a su tío, cegado de amor, podían cautivar. Y lograba sentirse el más importante, lograba sentirse un presidente, un capitán, un rey, cuando ella le daba un beso en la mejilla con agradecimiento tras cada actuación. Buscó a la niña —aunque ya no era tan niña—, y la encontró seria y respetuosa, y se sintió orgulloso. Pensó en la herencia del carácter encontrando un hueco en esa niña preciosa, y volcó parte de sus amores paternos que no tenían otro recipiente, porque la fortuna de sus manías y obsesiones habían querido dejarlo soltero hasta la edad de cincuenta y siete años, de momento. Entonces se sintió algo compungido y miró a la nueva chica para darse cuenta de que ya no estaba. También los cómicos se movían, hablaban en alto, ya no guardaban ni un poco las formas, ocupando el lugar que les correspondía en el escenario o en sus inmediaciones. La recién llegada se había ido, la presentación había concluido y él había estado pensando con un aturdimiento estúpido en sus cosas. ¿Qué había pasado? ¿Había caído en el error que criticaba?

Aquella mañana, hacía una media hora, Alicia había sido llevada al teatro. La

señora Stöhr esperaba en la misma entrada, nerviosa, entrelazando las manos y volviendo a soltarlas, porque odiaba las esperas. Odiaba, en definitiva, la sensación de que estaba perdiendo el tiempo, esos preciosos minutos que podía invertir uno a uno en la buena marcha del teatro. Y mientras hacía cálculos sobre si podía ir ahora hasta el escenario para comentarle un asunto a la primera bailarina, el aliento frío de la puerta abierta le salpicó directamente en la cara. Con Alicia a su lado, fue derecha al escenario, interrumpiendo la música y las voces que sonaban, haciendo que todo ello se frenase un momento para atender a su dueña. En una modesta esquina, viendo a toda esa cantidad de desconocidos que ensayaban sin disfraz ni maquillaje, por estar empezando una nueva obra, la señora Stöhr presentó a la novata. Y de repente cayeron sobre ella multitud de miradas, pares y pares de ojos bien abiertos, y como si de un golpe de energía que efectivamente hubiese llegado a tocarla, sintió Alicia una pesadez concreta, dura, y bajó los brazos del todo, estiró incluso las puntas de sus dedos. Al oír su nombre, al sentir aquellos rostros extraños fijos en ella, inclinó un segundo la cabeza, dirigiendo a todos esa neutra expresión que se le había dibujado en el rostro, ese frío reparo y esa supuesta indiferencia que hizo a algunos creerla una cría antipática. Así lo pensaron, y a pesar de que las facciones de Alicia tenían ese algo de mujer — un halo frágil e imposible de aprehender, que le repasaba toda la cara pero sin poder escoger un punto concreto para decir “Esto es propio de una mujer adulta”—, no quisieron dar crédito a la edad que acabarían conociendo, y jugaron imaginándosela acurrucada en una cama pequeña, con preocupaciones de niña, con minúsculos zapatos. Aquella broma de los zapatos terminó calando en algunos de los hombres, en casi todos, de hecho, y señalaban sus zapatillas cuando las dejaba a la entrada del escenario, por no mancharse, y las cogían y lanzaban risas y frases repetidas, “¿Cómo puede ser?”, “¿Cómo es posible?”. De ese modo Alicia había conseguido inmediatamente su rasgo distintivo para los graciosos del teatro, pues todos tenían uno, al más puro ejemplo del patio escolar, aunque en realidad sus pies no fueran más pequeños que los de sus compañeras. Y llegó a disfrutar esas burlas, y los exhibía alegre, feliz en su particular defecto, pues sabía que a muchos aquella risa había acabado inspirándoles una íntima excitación, y miraban con placer aquel pequeño pie que bailaba, deseando tocarlo, incluso besarlo, queriendo desnudarlo del todo para verlo en su deslumbrante y única belleza.

Alicia inspiró, nada más hecha la presentación, una antipatía general, y todos los que se habían fijado en ella comenzaron a criticarla internamente. Como si sacasen una libreta y fueran apuntando todo lo que les ofendía, memorizaron cada gesto y cada hecho para comentarlo después con sus mejores compañías, pero comentarlo algo alto, para que los demás los oyesen y se adhirieran a la burla, y añadiendo al final un “Pero ya la conoceremos”, para dotar esa lengua envenenada de algo humano y terriblemente agradable. Primero, por supuesto, que la nueva no se hubiera movido de allí, como si fuesen a pegarle algo, como creyéndose superior. Y la verdad era que Alicia se había quedado petrificada en su esquina, aquella a la que la habían llevado, aquella en la que había hecho esa corta inclinación. ¿Esperaba alguien que saliese de allí? No lo sabía, no estaba segura de qué se debía hacer en ese momento, y se quiso resguardar en las finísimas tinieblas que allí podían protegerla, con el ceño un poco fruncido y sin dar ni un solo paso más, mientras Stöhr volaba junto a la primera bailarina para murmurarle algo a toda velocidad. Aquello resultó ofensivo para quienes quisieron ofenderse, y resultó incómodo para otros, que buscando una imagen de la nueva, tuvieron que estirar sus cuellos y ponerse en puntillas, o hacer alguna otra contorsión semejante, sorteando las cabezas ajenas, para poder verle al menos la frente. De ese modo se mostraron ante Alicia cabezas rubias y cabezas morenas, ojos muy oscuros y penetrantes, labios pintados, cabellos de todas las texturas posibles. Allá, una mujer seguía parlotando con otra, y las cuentas como de gitana que llevaba en el cuello se movían con los gestos de su cabeza, haciendo un susurro agradable. Cerca, unos ojillos pálidos habían arañado un nivel superior para mirarla por encima de un rostro brusco, de gran nariz y mejillas coloradas. Pero Alicia no se movió, incluso pareció retroceder unos centímetros, y fue consciente de cómo las críticas subían a aquellas gargantas profesionales, y cómo las más femeninas empezaban a despedazarla en la ágil aritmética de su cerebro. Sin embargo eso no la asustaba, conocía esos ambientes, no era el primer teatro donde empezaba y era posible que ella también hubiera hecho algo semejante de haber estado en el lugar de esos desconocidos, de haber sido otra a la que presentaban. La verdad era —y ahora quiso ser sincera— que quién no había sido duramente juzgado a la primera impresión, incluso cuando no era rival alguno. Parecía aquello —y por aquello se refería al colectivo de esos lugares y sus artistas—, una selva

despiadada que había olvidado un poco su objetivo, que había olvidado, cuando menos, la utilidad de los ataques. Allí, la lógica del beneficio propio se había tergiversado por el tiempo y la crudeza, dirigiéndose a cuantos ahí aterrizaran, sin importar más datos. ¿Qué hacía una cantante mirándola mal, ahora? ¿Qué molestaba ella, que nunca rivalizaría en la misma disciplina? Y aquella realidad hizo enfadarse ahora a Alicia, y ese enfado se pintó en su boca clara, limpia, y se le ruborizaron suavemente las mejillas, porque de cierto modo empezaba a sentir calor, un calor sofocante, duro y terso. ¿Qué pasaba, qué querían que dijese? No se sentía en situación de hablar, y de hecho nadie esperaba que hablase. Sólo deseaba que aquella máquina, como quiera que fuese, se pusiese en marcha, que cada uno se dirigiese al lugar que debía y que la dejaran de mirar de una vez. Eso pensaba Alicia, cuyos brazos habían empezado a ascender, a punto de formar entre sí un nudo y cruzarse destapando, ya con razón, aquellas ofensas ridículas que se habían ido formando. Entonces, y cortando aquel impulso, la señora Stöhr le colocó una mano en el hombro, y esa mano pareció frenar a su vez toda espera, toda expectativa, y como recogiendo a la muchacha para sí, como juntándola y protegiéndola en su seno, hizo que diese un pequeño paso que más bien había parecido un suave resbalón, y dijo, con aquel acento extranjero que no perdería jamás, “Te enseñaré todo esto”.

(Un segundo después había vuelto a la realidad el elegante director, para encontrarse en el fragante delito que él había empezado juzgando.)

Las dos mujeres salieron de allí. El abrazo se deshizo rápido, cuando la mayor de ambas pudo confiar de nuevo en el equilibrio de la otra, y apartó su brazo con una delicadeza que parecía estudiada, pero que en realidad surgía de su pasado, de su vida también artística, de algo que coloreaba su ser con una perfección que se manifestaba en los gestos, en la forma de hablar, en los pasos que daba. Abandonaron el escenario y cruzaron la cortina granate que delimitaba aquel paréntesis de magia que tan deslustrado aparecía ahora, en los repetitivos ensayos. Pero Alicia no había sentido esa desilusión del lugar vulgarizado, de los hechos cotidianos y manidos que hacían de aquellas tablas el estricto lugar de trabajo. Estaba acostumbrada, y era curiosa aquella transformación del teatro, cuando se vestía para la actuación y cuando era un sumiso servidor a sus pasos, cuando guardaba un excelso orgullo y cuando no era más que otro tapiz cualquiera.

El brazo de la señora Stöhr se retiró, y Alicia se sintió afortunada por contar con aquel apoyo, con esa agradable mujer que parecía imprimir, en todo lo que hacía, un cariño maternal. Por eso ahora Alicia se sentía protegida, se sentía de algún modo cuidada, y agradecía enormemente que esa desconocida hubiese intercedido para acabar con la agitación de una presentación que no esperaba y que parecía del todo improvisada —como un golpe de efecto extraordinario pero lleno de gracia—. Y Alicia se preguntaba por qué había sido obligada a semejante espectáculo, con todas esas personas afamadas y pomposas, con esas mujeres fieras, algo salvajes en sus miradas. ¿No podía ser todo más natural? Y pensó en lo agradable que sería ocupar su puesto sin más, realizar su trabajo como una nueva abeja que se acomodaba en una de las celdas, silenciosa y cauta, como había hecho siempre, además. Podía hacer eso y después ir presentándose poco a poco, ir saludando y dando su nombre a medida que se cruzase con sus nuevos colegas y a medida que estos le dirigiesen la palabra. Porque a ella no le interesaba esa exposición. No era que se tratase de una mujer demasiado tímida, no se imaginaba siendo tímida y ocupando aquel trabajo, y tampoco desdeñaba ser el centro de atención, recibir aplausos, sonrisas, y todas aquellas delicadezas que eran un hermoso suplemento a sus ganancias, incluso en la intimidad del día a día, es decir, recibiendo las miradas de sus compañeros y absorbiéndolas. Pero en ese momento, en esa situación, desde luego que no le interesaba mostrarse, no quería exhibirse de ese modo, en su pequeña altura, frente a todas aquellas caras extrañas, esperar sus pensamientos, dejar que la mirasen sin disimulo alguno, más aún para después huir como lo había hecho. ¿Estaba huyendo? Quizás aquello fuese normal, quizás todos reaccionasen de aquel modo, no lo sabía, nunca había estado en un sitio tan grande. Dudas de todo tipo empezaron a cruzar su mente, y se sintió algo agobiada, era como si las experiencias anteriores no sirviesen ahora, como si fuera la primera vez que la plantaban en un lugar desconocido y tuviera que presentarse. Pero lo cierto era que ahora se veía algo superada por las circunstancias, y aunque en el buen sentido, aunque estaba orgullosa y se sentía una triunfadora —y así lo pensaba sin reserva, una triunfadora—, aquello la asustaba. Podía intuir, claro, que había tocado techo en su carrera, en lo que ella era, que ahí se quedaría hasta que sus fuerzas languidecieran y hasta que otra viniese a ocupar su puesto, para retirarse al fin. Y era un techo muy luminoso, envidiable. Pero su techo, al fin y al cabo. ¿Cómo podía ver todo eso y no

experimentar cierta tristeza? Se anticipaba de repente a todo lo que le esperaba, y se veía encariñándose con aquel lugar que vería sus últimos giros. Aquella conciencia vino a su cuerpo con un aire atolondrado, como desordenado, porque no era capaz de pensar con claridad ahora, y las sensaciones iban y venían y le hacían sentir un mareo continuo. Se sentía un tanto colapsada, tanto en sus agitadas emociones como de una forma física, y se cruzó con una silla en la que de buena gana se habría sentado, en la que se habría acomodado haciendo uso de sus pequeños miembros para acurrucarse y descansar al menos unas horas.

Aquella última sensación, la del escenario que asistiría al final de su carrera, agarrotó un poco su garganta. De todo lo que estaba viviendo aquel día, lo que menos le convenía era una máxima tan terrible, que terminase por confundir, con un aire de tristeza, cuanto ahora intentaba asimilar. Entonces intentó frenar esas ideas, y apeló a la razón repitiéndose que no podía detenerse ahora en eso, y que todavía le quedaban años y años, a pesar de que ya no estuviese segura de ser capaz de superarse. Ésa no era una nueva preocupación que en ese instante, con los nervios exacerbados, hubiera volado hasta ella para hacerle más difícil aún la mañana. Era algo que llevaba ya un tiempo pensado, era algo a lo que le daba vueltas sin estar muy segura de poder resolver, y entonces intentaba ser franca consigo misma, pues no quería hacerse creer algo que de ningún modo podía, tal vez, ser cierto. En cualquier caso, ninguna idea se quedaba demasiado tiempo en la cabeza de Alicia, sino que iban y venían acorde a sus impulsos, y ésta en concreto sólo anidaba en su cerebro durante los minutos más grises, donde notaba cierta inseguridad, donde se sentía bastante pequeña. Seguramente, tras un descanso reparador, se levantaría con esa euforia contenida, seria pero brillante, que le susurraba lo fácil que sería disfrutar de ese lugar y, sobre todo, gobernar sus habitaciones. No sabía cuántos años estaría allí, no sabía qué sería de ella en un futuro, pero la capacidad de no preguntarse semejantes cosas sino muy de cuando en cuando, esa carencia que a su vez la recompensaba —o ella lo veía como una recompensa, o lo vería si se hubiera parado a pensarlo— permitiéndole vivir únicamente el presente, el segundo que ahora exhalaba y sólo tras éste el siguiente, le brindaba una tranquila felicidad.

Por supuesto, y como se daba por hecho a ciertos niveles, Alicia era rigurosa en el trabajo. Era responsable y disciplinada, pero no sabía si sus

aptitudes físicas, más allá del esfuerzo cuyo límite lógico creía haber alcanzado, podían permitirle mejorar. No sabía si se retiraría aquejando los defectos actuales, reprochándose esa falta de limpieza en algunos momentos, esos pequeños vicios que aún conservaba. Y aquello la abatía un poco, pero cuando echaba un vistazo a todo lo que había conseguido, cuando repasaba los que habían sido los hitos de su carrera y pensaba en todas aquellas mujeres que se quedaban atrás, incluyendo a esas niñas entre las que había aprendido y que nunca habían llegado a despegar, se sentía satisfecha.

Con la espalda erguida, con los hombros altos y bien separados, como dos plumas lustrosas de un pavo, su barbilla iba apuntando a los pasillos que recorrían. La señora Stöhr, a su lado, iba dejando tras de sí una limpia estela, y Alicia se preguntó el motivo de esa amabilidad tan grande, de ese afecto que parecía sentir por todo y por todos, por ella misma, a la que acababa de conocer, de cuyo carácter no sabía nada. Sería algo natural, un temperamento que se repetía sin más motivo. Y esa sensación que no sabía transportar a las palabras la convencieron en silencio de que el apoyo que recibía de esa mujer no le hacía estar en deuda, sino que era ella misma quien lo lanzaba gratuitamente a todo con lo que se tropezase. Tranquila, esparciendo los finísimos gestos de sus brazos, Alicia se sintió más segura y más dueña de sí misma. Las dudas que antes se había dicho, o esos oscuros pensamientos, le habían hecho sentir más el cansancio por la falta de sueño, esa rigidez que le agotaba los miembros. Convencida de que no estaba en situación para pensar, activó ese sentido económico de su cerebro, aquello de no darle demasiadas vueltas a nada y menos aún al futuro, y en última instancia decidió no volver a hacerse preguntas que no llevaban a ninguna parte. Además, pensar tanto la aturdiría un poco, y le hacía más difícil seguir la ágil marcha de la señora Stöhr.

Como un sargento rebosante de elegancia, guardando en su piel algo de aquella chica guapa y fresca que también había sido, la señora Stöhr extendía las manos y señalaba distintos rincones, diciendo para qué servía cada uno de ellos. Así fueron cayendo por un entramado de pasillos que a Alicia le pareció incluso excesivo, comunicados entre sí por escaleras de caracol preciosas en sus pequeñas dimensiones, del todo verticales, sumisas en un necesario y estricto ahorro del espacio. Parecía que una responsable mano había ordenado todo aquello, y no existía un centímetro mal

aprovechado, olvidándose completamente de las exigencias del adorno. Parecía que estas últimas se condensaban en una única respiración, aquélla de la entrada del público, aquélla del escenario y las butacas.

Stöhr seguía avanzando y señalando. Sin duda, inspiraba ese sentimiento cálido de perpetua madre, y Alicia pudo intuir que dentro de unos años —y pintó algunas arrugas en su rostro, unos ojillos más húmedos y más hundidos, unas piernas más cansadas—, dentro de unos años parecería la más cordial y simpática abuela. Así lo pensó, y en todo caso le pareció una realidad un poco triste, porque una mujer quizás no quisiera parecer una madre en todo momento, quizás quisiera inspirar otras cosas, y pensó en el deseo, en la pasión. ¿Cómo inspiraba deseo una mujer con semejantes características, con ese rostro dulce que parecía querer cuidarlos a todos? Aunque aquello era de lo más subjetivo, y era posible que esa impresión sólo se la hubiera producido a Alicia, o que otras muchas personas, al menos, no la compartiesen.

La señora, que estaba muy lejos de aquellas apreciaciones sobre su cara, exhibiendo aquel hogar suyo con un orgullo que le hinchaba las mejillas, terminó por pararse. Era una tontería subir a la azotea, abrir esa puerta vieja que chirriaba, salir al frío. El frío le inspiraba un terror que casi se convertía en paranoia. Así, indicando la última escalera con la barbilla, cruzando los brazos como si ya allí se pudiera sentir el aire congelado del exterior, dio por concluida la visita. “Por aquí se llega a la azotea, y ya no hay nada más”. Bajaron con la misma rapidez con la que habían subido, y se cruzaron con una chica de pelo muy moreno, ojos oscuros y tez pálida. La mandíbula, dura y prominente, muy redonda, se compensaba en parte por los demás rasgos, suaves, femeninos, como la nariz pequeña y un poco levantada en la punta. No había en ella rastro de la cara de Stöhr, tan sencilla que no inspiraba ni encanto ni disgusto, sino más bien un atropello de elementos correctos, incluso un poco vulgares o aburridos. Quizás por ese motivo a Alicia le sorprendió saber que se trataba de su propia hija, pues sólo compartían los colores de su cuerpo —el blanco de la piel, los cabellos y los ojos muy negros—, y la recién llegada pensó, por un instante, si era agradable tener una hija que en nada se parecía a ella, si compensaba aquel azar el hecho de que guardase parecido, quizás, con una persona amada. Sandra —ése era su nombre— saltó por encima de las formalidades, como si en la intimidad de

sólo esas tres mujeres pudiera relajarse y soltar un poco sus miembros. Risueña, con los ojos llenos de luces, engulló ese protocolo sencillo presentándose a sí misma, como si su madre no se hubiera dado prisa en decir sus nombres, y con un perfecto conocimiento de causa aseguró, más que preguntar, si ella era la nueva bailarina. “¡Alicia!”, dijo, repitiendo el nombre que la desconocida acababa de decirle, y parecía que ese nombre le recordaba a otra persona, a una antigua amiga casi olvidada, a una prima que vivía allá, de donde eran sus padres. Pero en realidad Sandra pronunció aquello por no quedarse callada y por no decir aquel habitual “encantada”, que le resultaba tan soso y exagerado a un tiempo.

—Tengo que ir a tu despacho, me he dejado las gomas —dijo hablando directamente con su madre, que sin responder nada le dio las llaves. — ¿Quieres acompañarme? —preguntó ahora a Alicia, que dudó un instante por no estar segura de qué debía hacer, en absoluta dependencia de la señora Stöhr, esperando a que alguien le hiciese una señal para caminar hacia un lado o a otro. Pero no tuvo que decir nada, ni siquiera tuvo que pensarlo, porque con una voz gutural y graciosa Sandra lo decidió por ella, y sin esperar a que pasase un segundo, empezando a caminar, exhaló un simple “Vamos”.

Durante el camino, que consistía en ir al piso más bajo y seguir un pasillo hasta una puerta final, fue imposible escapar de la conversación ya conocida y necesaria. “Qué te parece esto”, “Ya te irás aclimatando”, “Cuando los conoces, todos son muy simpáticos”. Sandra hablaba con toda naturalidad, como si ya hubiera hecho esas preguntas miles de veces —y seguramente fuese así—, y como si fuera ella siempre quien las pronunciara. Pues con una madre llevando el teatro, seguro que nunca había peregrinado de un lugar a otro.

Una vez delante de la puerta, Sandra metió la llave y la giró al lado contrario, de modo que en vez de abrirla la había cerrado más. Alicia se sintió algo incómoda un momento, sin entender que una persona adulta no supiera abrir una puerta, pues todas giraban hacia el mismo lado. Y ya viendo cómo movía la llave, ya sintiendo el endurecimiento de los engranajes, se había preguntado qué le pasaba a esa desconocida para fallar en algo tan absurdo. Sandra también se sintió un poco incómoda, porque le daba vergüenza cuando esto le pasaba con alguien que no conocía, pero no podía negar que

estaba acostumbrada. Eso de que todas las puertas giraban para el mismo lado era mentira, e intentaba memorizar cómo funcionaban las que utilizaba habitualmente —la de su casa, por ejemplo—, perdiéndose del todo en las demás. Y a pesar de esa regla, de vez en cuando volvía a equivocarse también en las puertas conocidas, como acababa de pasar. Así, sonriendo, volviendo a sacar y meter la llave —le parecía que cuando fallaba tenía que repetir ese gesto, como si hubiese sido la llave la que había funcionado mal y tuviera que sacarla de la cerradura para subsanar su confusión—, abrió finalmente la puerta. Una vez dentro, Alicia ni siquiera miró demasiado a su alrededor, a los muebles un poco oscuros, al aire viciado que la envolvía de una manera desagradable por la falta de ventilación allí abajo, y Sandra fue directamente al escritorio del medio, donde había tiradas, acumuladas en una pequeña montaña, unas cuatro gomas negras. Como si fuera una obsesión, una exagerada prudencia, se guardó tres de ellas en la muñeca derecha, y con la última se ató el pelo. Se hizo uno de esos moños altos, duros, muy tirantes, y a Alicia le resultó familiar la tergiversación de sus rasgos, hasta esa fuerte mandíbula que parecía estirarse hacia atrás, los ojos que se entrecerraban, mientras tensaba y tensaba más su pelo. Era un dolor al que estaban acostumbradas, y su melena negra se quedó hecha una bola oscura, algo que tocaba su cabeza como el capullo de una flor, asegurando aquella forma con una segunda goma que se puso por encima. “¡Qué trabajo!”, pensó Alicia, que necesitaba ayuda para las actuaciones, cuando tenía que peinarse bien, pues era incapaz de hacerlo por sí misma. Y mientras acudía a esa exhibición de las coletas y los moños, se fijó en las manos de Sandra, que tenían los dedos finos y largos, que tenían un dibujo precioso, en su color desvaído. Pero ésta, en cuanto se dio cuenta de adónde miraba su nueva amiga, guardó enseguida esa mano, poniéndosela tras el cuerpo, intentando fingir que era un gesto normal, casual. Era una coquetería pura, limpia y que conservaba desde los nueve años. Pues fue entonces cuando un cristal le dejó una cicatriz marrón y serpenteante que le cruzaba el canal de dos de sus dedos. Alicia entonces hablaba de algo, respondía a algo que Sandra le había preguntado, pero en ese movimiento las dos se habían perdido un segundo, una por confusión y otra por el apuro que había sentido.

“Vamos arriba”, dijo Sandra, dirigiendo de nuevo lo que debían hacer.

CAPÍTULO II

La señora Stöhr abrió los ojos. Se encontró con la oscuridad, con la noche quieta y silenciosa. Se encontró con las sábanas cubriendo su bonito cuerpo, que no era tan bonito como antes. Y se encontró con la pesada respiración de su marido, que tanto le había costado soportar en las primeras noches de matrimonio. Pensó en su hija, durmiendo a unos metros de distancia, pero no escuchó el aire que respiraba, ni sintió los dulces espasmos del sueño que le hacían desordenar un poco la cama.

Pensó en la respiración de su marido, y una sonrisa se le vino a los labios. Una sonrisa escondida en la bruma oscura, una sonrisa que nadie vio ni que ella misma recordaría. Quedaban en las comisuras de su boca restos de agotamiento, de imágenes indescifrables, y no sabía muy bien si estaba sonriendo en el mundo real o en sus tinieblas oníricas.

Pensó en la respiración de su marido, y sonrió. Aquellas primeras noches habían sido duras, no sabía cómo podría conciliar el sueño con semejantes ronquidos atronando la cama. Por suerte, algo ayudaba a que las noches fueran más llevaderas, y ello era el cansancio con el que se acostaba. Con los cabellos revueltos, los miembros extasiados, descubría aquello que el matrimonio le daba ahora, que terminaría convirtiéndose, poco después, en su hija Sandra. Aquellas primeras noches habían sido muy hermosas, y no podía mentirse diciendo que, en parte, no las extrañaba. Entre las sonrisas y ese punto de pudor del que no era capaz de desprenderse del todo, entre los besos y las caricias que se alargaban y alargaban en el tiempo —obedeciendo de nuevo a ese pudor inmaculado—, que acababan cediendo por la eléctrica atracción de los cuerpos, por el deseo de sus manos jóvenes, de sus pechos firmes y blancos. Él los tocaba, pasaba por ellos sus dedos, un poco toscos, y estos respondían como respondía un lirio floreciendo. Sus pechos, blancos, florecían al contacto de esas manos amadas, y se exhibían y se exhibía también su sexo más oscuro y más guardado, su sexo moreno de española, de española sureña, y así se lo decía el hombre cuando pasaba por él una mano, buscando el punto justo donde debía introducirse —porque algo tenía que decir para llenar aquel instante donde el pudor aún agonizaba, con su miembro nervioso e inexperto que necesitaba la ayuda del tacto para encontrar el lugar exacto, un tacto rápido y furtivo, ahogado de vergüenza por

su objetivo—, un pubis de española, de andaluza.

La señora Stöhr recordó aquello, y volvió a la realidad un instante y sonrió y casi rio. Un pubis de andaluza. ¿Qué tenía ella de española? Nada, quizás eso. O quizás fuesen desvaríos de aquel joven loco de amor, de aquel joven que poseía a su mujer como dos niños que correteaban por el campo. Los dos eran inquietos y a ratos se ruborizaban al descubrirse mirándose a los ojos.

Una vez —y este recuerdo tuvo que asfixiarlo por no despertar a su marido, por no arrebatarlo de aquel profundo sueño y contarle al oído lo que ahora recordaba— él le había comprado un mantón andaluz. No estaba muy segura de si eran así, de si eso era lo que se ponían las muchachas andaluzas, pero él se lo compró, le hizo cerrar los ojos y se lo echó sobre los hombros. Por esos días ya estaba embarazada, y entre los brazos que sostenían aquel regalo se asomaba un precioso vientre de ocho meses. “Un mantón andaluz”, dijo el marido, el futuro padre, que era joven y tenía los ojos brillantes y verdes, “Un auténtico mantón andaluz”. La señora Stöhr se tapó la boca para frenar aquella risa, para que no sonase muy brusca y poco femenina en su bonito y pequeño salón, de modo que fue una loca espiración de aire lo que el hombre escuchó, saliendo a borbotones por entre los dedos, y la señora Stöhr se puso roja y sólo pudo gritar “¡Qué soez!”. Porque era soez... Nadie menos ellos dos lo sabía, a nadie se le habría ocurrido ese adjetivo, pero era realmente soez. “¡Qué soez!”, gritó, y dio vueltas viendo la caída de aquel mantón, riendo, mirándose al espejo, y volvió a repetirlo varias veces. “¡Qué soez!, ¡qué soez!”, y dio un manotazo al hombro de su marido, y éste reía y pensaba en los miles de placeres de aquel cuerpo suyo, en los miles de placeres que ambos compartían, que ambos se regalaban, y pensó que amaba a aquella mujer con pubis como el de una española, de cabellos negros y ojos oscuros.

La señora Stöhr se irguió, se irguió dentro de su postura completamente tumbada, algo que era como un estiramiento, como un ahuecar el colchón con la espalda y asentar con su cabeza. Se irguió, se quedó muy recta, y dijo que seguía queriendo a su marido, que lo quería mucho, aunque ya no notase apenas sus ronquidos, aunque hiciese muchas, muchísimas noches, que no le repetía aquello de sus rasgos españoles. Entonces se enfadó un poco, frunció el ceño, y dio un suave codazo a su marido. Un murmullo somnoliento cruzó el cuarto, y la señora Stöhr se incorporó y medio se echó sobre el hombre, medio se tumbó encima de él, rodeándolo con un brazo y metiendo la pierna derecha entre las robustas extremidades de su esposo, pegando a él su cuerpo y destrozando cada

milímetro que podía surgir entre ellos. Entonces pegó a su oído los labios, y susurró si él recordaba lo que ella ahora recordaba, susurró si se acordaba de lo que ella se estaba acordando.

Él sonrió, dijo que sí. Parecía que volvía a dormirse, y su mujer lo importunó de nuevo e insistió con el tema.

—Claro que sí, tontita. Siempre serás mi española, mi andaluza.

La señora Stöhr sonrió, y su marido se durmió al momento. Se durmió y los ronquidos empezaron a flotar de nuevo, empezaron a formarse y a sacudir aquel techo blanco que ahora parecía negro. La mujer apartó su brazo y su pierna, sus labios, su cuerpo entero. Era verdad que su marido la quería, de eso estaba segura, y era verdad que ella lo quería a él. Sólo que había pasado mucho tiempo, estaban algo más viejos y algo más cansados, tenían un negocio a la espalda, las cosas se habían vuelto más complicadas. Y no era que hubiese dejado de hacer el amor con él, sino que aquel detalle tan íntimo, aquel detalle tan suyo, había dejado de pronunciarlo. Pero a veces las cosas tenían que olvidarse y evaporarse. A veces las cosas tenían que ir desapareciendo, por muy suyas que fuesen, porque habían surgido otras muchas. Como lirios en flor, sus pechos seguían abriéndose a su esposo, y él ahora había dado en besar su vientre y morder su cintura, para que ella riese y saltase, para que diese un pequeño salto que hacía temblar la cama. ¿Qué sería de ellos, si hubiesen mantenido todas las bromas de los primeros días, las que ahora recordaba y las que ya había olvidado? ¿Qué sería de ellos ahora, y al final de sus vidas, con tantos y tantos detalles que repetir y repetir? Algunos se olvidaban, y eso estaba bien. Se sintió satisfecha con la explicación, y pensó que quizás también había olvidado cómo se bailaba, porque llevaba años sin hacerlo.

Aquella confesión encontró a la señora Stöhr desprevenida, como quien piensa una frase hiriente y la lanza al aire sin darse cuenta. Así lanzó su cerebro aquella frase, y así cayó sobre Stöhr como un plomo, la golpeó como un metal fuerte y duro que se quebraba al contacto con aquella piel ardiente, aquella piel que había despertado pasiones, aquella piel elástica. La golpeó y se deshizo en un susurro, se deshizo en miles de granos como si fuera arena de algún desierto exótico, y en sus ojos se formó algo de agua, algo de pena ya superada pero que seguía tocando ese cuerpo de mujer. Así, se sorprendió un poco al notar las lágrimas que se formaban, pero decidió ser un poco menos estricta, decidió dejar que alguna escurriera por su cara y limpiase aquellos poros cansados, un tanto envejecidos. No eran lágrimas de

arrepentimiento, no eran lágrimas de impotencia. Eran lágrimas de algo añorado, eran lágrimas que preguntaban por qué los seres humanos eran tan limitados, por qué debían escoger, aunque estaba segura de que ella había escogido lo mejor.

La señora Stöhr lloró un poco en la oscuridad, aprovechando precisamente que era noche cerrada. De todos modos no se podía llamar a eso llorar, exactamente, pues le habían resbalado unas pocas lágrimas felices, de dicha pasada que ahora recordaba. Ella se sentía en paz con la trayectoria de su vida, se sentía en paz con todas las decisiones y todos los avatares que la habían colocado allí, en esa cama, con esa hija en otra habitación, con ese hombre al lado. Sin embargo, era imposible no sentir nostalgia hacia algo tan amado, era imposible no sentir un instante de pena, y no murmurar “Quisiera volver un segundo a ese momento”. Gustosamente, la señora Stöhr habría dejado su cuerpo allí descansando, un cuerpo sin alma, inerte, la figura de sus miembros, y se habría trasladado unos minutos a ese pasado ya inalcanzable, a ese pasado que necesariamente había dejado de existir. Habría vuelto a su más ferviente juventud, a sus ambiciones y a sus esfuerzos, habría vuelto a esa sensación del escenario caliente, loco, exaltado como el fuego, y habría vuelto a domarlo, a domar la música que sonaba alrededor y que a la vez la movía a ella, como si nota y cuerpo fuesen uno, como si ella fuese música y música fueran sus movimientos. Porque eso sentía la señora Stöhr cuando bailaba, antes de ser la señora Stöhr, que salía un poco de su cuerpo y se transformaba en arte, se transformaba en furia y en pasión, se transformaba en aquello que la música le decía, y tan rápido era una leona en llamas como estaba a punto de deshacerse en un soplo de viento, obedeciendo a cada giro y cada giro obedeciéndola a ella.

Aquello era vivir. Sí, era vivir locamente, era atragantarse y atiborrarse de vida, en una intensa ebriedad de emociones y algo de magia, porque había magia en su escenario, había magia en su baile. No sabía explicarlo bien, pero esa sensación vertiginosa no podía ser real, no podía obedecer a las leyes de la lógica, de lo palpable, como no obedecía el amor o la pasión, y precisamente esos dos sentimientos parecían unirse y multiplicarse cada vez que se exhibía frente a su público. “¿Cómo decirlo?”, pensó, preguntando a las sombras del dormitorio, que se habían vuelto sus confidentes, como si demandasen esas íntimas emociones y a la vez no llegasen a comprenderlo, pidiendo más y más de aquella mujer que ahora se vaciaba, que vaciaba todo lo que se sentía, que se quedaba desnuda para

mostrar todos sus recuerdos encantados, como un recipiente que se abría. “¿Cómo decirlo?”, pensó la señora Stöhr, rodeada de oscuridad, y tuvo que confesar que no sabía decirlo, que no sabía razonar aquello y que dudaba que alguien pudiese hacerlo. Porque eso era... Y sintió una corriente eléctrica que recorría su cuerpo, un fuerte espasmo como el eco reverberando. Sintió, en verdad, una parte de aquello que se sentía, y era la única forma de explicarlo. Algo frío tocó sus piernas, sus brazos, sus hombros, y por un segundo la música se le metió dentro del cuerpo y se disipó al instante. Era como un regalo de su mente, como un consuelo maravilloso, ese instante en el que se trasladaba. Quizás, en esas décimas de segundo, había pisado el escenario y allí se había quedado su cuerpo inerte, la silueta de su cuerpo, descansando en la oscura noche. ¡Cuántas noches había pasado en vela, con los nervios locos por la siguiente actuación, con los nervios satisfechos e inflamados tras el éxito! Cuánto había disfrutado, y cuánto debía a aquella profesión... Porque la señora Stöhr albergaba un inmenso amor por esa profesión, por ese colectivo, por ese producto que el universo diligentemente había regalado, quizás como algo previsto y ya preparado, quizás como un resorte colocado en el cerebro que acabaría llevando este resultado. Se le humedecían los ojos de gratitud, de gratitud hacia eso que llamaban música, hacia eso que llamaban arte, y que le había brindado una vida maravillosa. A veces se asfixiaba buscando cómo dar las gracias, a quién, a qué, y buscaba y buscaba y su corazón se expandía un poco, las emociones le oprimían un momento la garganta, un aire como de prestidigitador retirado le cubría el iris y tenía que sentarse. “¡Qué inmenso!”, se decía, y no podía abarcar todo aquello con sus pobres brazos. “¡Qué inmenso!”, y se adormecía pensando en aquel océano infinito.

Hubo un silencio... Su respiración se volvió más regular, la última lágrima que le había tocado la mejilla se había secado, dejando un reguero invisible. Hubo un silencio, un instante de mayor oscuridad. La señora Stöhr volvió a dormirse. Soñó algo que tenía que ver con todo eso, pero no pudo recordarlo con claridad. Las ideas se confundían y no estaba muy segura de nada, sólo de esa sensación general que tenía que ver con el baile, con su vida pasada.

La señora Stöhr cambió de postura, se dio la vuelta, y volvió a dormirse. Sin embargo, esto no fue demasiado rápido, y le dio tiempo a que algunos recuerdos pasasen por su cabeza. Vio imágenes de la infancia, y se

encontró en la casa de campo de los abuelos, en aquella explanada verde y amplia. Era curioso, pero de niña sentía que aquello era un paraíso, el perfecto marco para que su imaginación infantil desbordase y lo cubriese todo. Nadie sabía nada de aquellas historias que la niña se formaba, de aquellas locas aventuras en las que era la protagonista. Los adultos la veían correr y tirarse por la hierba, dar vueltas, cogerse de las ramas bajas de los árboles y buscar tréboles y grillos. Ella misma apenas se acordaba de algunos juegos, y los demás se habían enterrado para siempre en esa cabecita morena que había crecido, bajo la atenta mirada de los padres y los abuelos. Allí estaban ellos, como guardianes protectores, con la mirada fija en ella, tanto desde el porche como desde el salón de la casa, a través de las ventanas. Pero no siempre podía verlos la niña, porque esas ventanas eran como espejos de sol, y se lo imaginaba soltando su melena y peinándosela contra los cristales, regodeándose en su intenso brillo. Durante las primeras horas de la tarde, en las cuales la pequeña salía con más energía, esas ventanas eran rayas blancas que le herían ojos con sólo un vistazo. No obstante, parecían suplir éstas la labor de guardianes. y ese fuerte reflejo reverberaba por toda la explanada como una advertencia, como si amenazase con todos los daños que podía sufrir y todos los peligros a los que estaba expuesta.

¡Qué bonita era aquella casa de campo, qué paraíso para la infancia! Cuando llegaron los hermanos y los primos, se multiplicó aquel placer. Era la mayor, y se veía al frente de un ejército que la obedecía firmemente, ella decidía el juego y todos la seguían, y era cazadora de tesoros en la más interesante expedición rodeada de ayudantes, era la madre —y por lo tanto la jefa— de aquella familia con superpoderes, era la capitana del barco y su tripulación estaba bien advertida de que se quedarían perdidos si pretendían organizar un motín y derrocarla. Así estaba ella, la niña Stöhr, que tenía entonces otro apellido, con un grupo de seguidores aún más niños, caminando por el campo con las piernas muy alto como hacían —o como imaginaba que hacían— los soldados, y arrastrándose porque no se le clavasen las zarzas venenosas que sobre ellos crecían. Pero los más pequeños se quedaban poco a poco sin comandante... La niña Stöhr crecía, y de alguna manera inexplicable, su imaginación se contenía y se dirigía hacia las cosas más reales, se iba apagando y cambiaba, se reconvertía para fijarse en ella, en el comportamiento de las mujeres, en miles de matices de los que antes no se había percatado. Como un prisma invertido, sus ojos se movían ahora en una dirección diferente, y cuando los primos y los hermanos pedían su

colaboración, ella no sabía qué inventar, o si se lo inventaba, no veía nada divertido en ello. Poco a poco comenzó a formar parte del grupo del porche, o el que se retiraba en el salón. Descubrió cómo eran aquellas ventanas por dentro, aquellos espejos del sol, y por un instante añoró lo que era antes. La señora Stöhr, que todavía no era la señora Stöhr y ni tan siquiera señora, salió del salón alguna vez e intentó organizar una nueva excursión, una nueva caza y un nuevo destino, pero fracasó en el intento de divertirse, aunque los otros la seguían fervientes de aventuras, viendo todo eso que se inventaban como si realmente estuviese allí, al alcance de su mano. El campo empezaba a aburrirla, y aquellas visitas se volvían desagradables obligaciones. Cuando los abuelos murieron, poco después de acontecer aquellos cambios, con tan solo dos meses de diferencia entre el abuelo y la abuela, la casa de campo se vendió. Ninguno de los hijos tenía interés en conservarla, y dejaron el negocio en manos del hermano mayor, que enseguida se deshizo de la propiedad. La señora Stöhr no tuvo que volver a esa casa, no sintió de nuevo el vacío que la imaginación perdida había dejado en aquella lámina verde, y no experimentó ninguna pena al saber que ya pertenecía a otras personas. Esos restos de tristeza que flotaban en ella, en la señorita que se iba formando, no tenían que ver con la pérdida de la casa, con su irremediable ruptura con aquel paraíso deslustrado. Guardaba mayor relación con la infancia terminada, que había sido una época inmensamente feliz. Pero tampoco tenía mucho tiempo para pensar en ello. Se formaba como bailarina, y aquello absorbía todas sus fuerzas, toda su concentración. Lo que había empezado siendo un pasatiempo, una ilusión de niña, era ahora un auténtico compromiso, un firme propósito. El campo de antaño se cambiaba ahora por salas llenas de espejos, donde el dolor, ese dolor que se le clavaba dentro, tenía la recompensa de aquello que había muerto.

La señora Stöhr cambió las historias de la infancia por las historias que le contaba la música. Ahora no era ella la autora, sino que se convertía en el canal por el que todas las fantasías llegaban a su público. Se veía como esa figura de conocimiento, la bisagra entre el compositor y la gente para la cual se escribía todo aquello. Así aprendía, sobre la base del baile, nuevas aventuras cargadas de emociones, aprendía sentimientos y sus piernas la llevaban de un punto a otro como si la llevaran los instrumentos, porque esa esencia de ser humano se desvirtuaba un poco y pasaba a convertirse en algo más complejo, más misterioso. De esa forma se había sustituido lo que antes estimulaba su pasión de niña, y ahora era esa pasión de mujer que de repente

se encontró bailando ante el público. Una pasión distinta, más intensa, o quizás más consciente de que aquello era pasión. Se enamoró locamente del arte, del ballet, se enamoró de lo que podía hacer y se sentía agotada y exhausta, pero también plena. Observó las envidias y las luchas, y entró en aquel mundo con la suficiente fortaleza como para sobreponerse a esa faceta tan negativa, y como para participar en ella, a pesar de todo. Pero también hizo algunas amigas, cuyo recuerdo era una experiencia lamentable. Llegó a pensar que era mejor separar los sentimientos de ese mundo, y que debía mantener una estricta relación profesional con todas sus compañeras. Lo que la señora Stöhr había sufrido al separarse de ellas aún le hacía sentir desconsuelo ahora, en aquellos frenéticos primeros años donde están expuestas a cambiar su rumbo con demasiada agilidad. Así había perdido de vista a íntimas amigas, esas mujeres con las que había compartido noches en vela hablando de todo, de sus familias y sus casas paternas, sus posibles amores y sus deseos, sus impresiones de aquella profesión en la que estaban inmersas. Y todo aquello se había terminado abruptamente, se había acabado por una mano externa que se las llevaba. Y la correspondencia... Apenas duró un par de años ese alivio de escribirse y leerse. No encontraban la calidez de antes, y esas palabras que se dedicaban, primero llenas de afecto, se fueron espaciando más y más en el tiempo, se fueron convirtiendo en una cortesía que guardaban como por respeto a algo que había muerto. Como un antiguo amante que mirase años después aquella melena amada, cruzada ahora de canas y el rostro arrugado, ellas se escribían con algo de nerviosismo, algo de enfado, y llegó un momento en el que no se volvieron a responder. ¿Quién había dejado de atender ese deber? No lo sabía, en algún caso la señora Stöhr, en algún caso la otra parte. Inevitablemente, en cualquier lado de cualquier casa habían quedado las últimas palabras de estricto decoro, esperando ese ejercicio como de diplomacia, y así se sentía la señora Stöhr, una diplomática manteniendo relaciones que no le interesaban porque tenía que hacerlo, porque le iba en el cargo. Leía a sus antiguas amigas, se ponía una medalla como de méritos colgada del cuello y empezaba a responder, respondía a fantasmas que ya nada sabían de su vida, con las que no podía cerrar la puerta y empezar a desvelar esos secretos sólo de ellas, donde no podía ya gesticular para describir a ese hombre que empezaba a gustarle, donde no podía trasladar la angustia real que sentía por la enfermedad de su madre, o las reservas ante un alocado matrimonio de la hermana. ¿Qué podía decir a aquellas sombras vivas, sino relatar algo del

tiempo que había cambiado y rescatar un recuerdo cualquiera, para intentar dar un matiz amistoso a esa contestación? “Recuerdo las noches donde hablábamos hasta la madrugada, en la casa de ...”. Y eso hacía un poco más triste incluso la situación actual, como un pequeño clavo que rasgaba la piel de una y de otra. “¡Qué rápido pasaban las horas! Beatriz se iba a otra habitación para que la dejásemos dormir, y a veces nos reíamos tan alto que la despertábamos y venía hecha una furia”, y luego relataba esa noche en la que el día había llegado sin que se diesen cuenta, sorprendiendo esos ojos despiertos. Pero qué lentos pasaban ahora los minutos en los que se escribían, qué desagradable aquel instante helado cuando llegaba una nueva respuesta. Pero una vez no volvió a llegar, o no correspondió con sus palabras. Y ése fue un gran alivio para todas ellas. Era como permitir que aquello que agonizaba muriese, que descansase de una vez como algo hermoso y terminado. Eran esos juegos que intentaba recuperar y ya no le divertían... Lo guardaba allí, con un gran cariño en un nuevo compartimento del cerebro, donde iba almacenando la vida pasada.

Poco a poco, y entre aquellas turbulencias del sentimiento, la señora Stöhr seguía puliéndose, seguía mejorando su arte, y se perfeccionaba. Bailaba ante el público con entrega, y sus cabellos negros, bien atados, ofrecían un hermoso contrapunto para los trajes y la piel blanca, para los dorados y los plateados que tintineaban en los decorados del escenario. Eran a la vez sus ojos negros un bonito atractivo en el rostro sonriente de la bailarina, como dos puntos de apoyo para toda esa blancura deslumbrante, ese paréntesis al que mirar con placer mientras el cuerpo se contorsionaba y se estiraba. Y poco a poco, la señora Stöhr iba despertando alguna pasión... Era inevitable que esa plasticidad de las bailarinas no levantasen un deseo cálido, nervioso ante aquella flexibilidad clara, nítida, que casi podía tocarse. Esos miembros delgados que parecían derretirse al contacto con la música captaron miradas imperceptibles para la señora Stöhr, en el calor de la concentración y la luz que cegaba el escenario, con el telón enmarcando su área de artista y telas azules colgando, superpuestas, como velos mágicos que caracterizaban ese bosque nocturno, ese salón de palacio, esa plaza donde se colocaba el mercado.

La señora Stöhr despertó alguna pasión, poco a poco, y empezó a tratarse con un hombre que le llevaba bastantes años, pero que la impresionaba con historias de su dilatada experiencia y la adornaba de regalos y halagos. De sus labios escuchó las primeras palabras de amor, ese amor que se fingía por

si aquélla fuese la manera de hacerlo brotar, y ella jugó a creerse enamorada y él siguió aquel flirteo vertiginoso por la recompensa que pudiera tener. La señora Stöhr era una niña para él, pero una niña hermosa, una bailarina llena de encantos. De los acercamientos que ella había vivido, podía concluir ahora que esto resultaba más serio, que era un coqueteo real, adulto, y que verdaderamente había algo romántico en su figura elástica sentada en el bajo muro para quedar a la altura de su boca. Algo romántico o algo como de escena pintoresca, con un punto de sensualidad que no conocía y sólo podía intuir, sobre todo al notar las manos que le recorrían la cintura, cuando la besó con esos labios que habría saboreado otros muchos antes, codiciando aquellos otros, tan jóvenes y tan vivos. Entonces la señora Stöhr se bajó del muro, con un salto que recogió el suelo en un suave murmullo, y se asomó a aquel parque que se descubría frente a ellos. El hombre la imaginó un tanto asustada por las circunstancias, sofocada por ese contacto que acababan de tener, y fue hacia ella y le posó un brazo sobre los hombros, en un cariño que parecía más de padre que de amante. La señora, la joven Stöhr, no se había apartado con el corazón angustiado de amor, con el deseo de ese hombre amándola durante toda una vida. Se había apartado porque había notado algo desagradable en aquel beso, y había abierto los ojos sin darse cuenta y había visto unas feas arrugas cruzándole la frente, enmarcando la mirada, y esos pómulos hundidos que caían como habían ido cayendo los años. Los halagos de su admirador la habían convencido de una belleza en la que antes no había confiado demasiado, y ese ego de la profesión ayudó a tomar una determinación. De repente, se vio muy superior a él, se vio con toda la vida por delante hervida de triunfos, y no la uniría ni uniría su reputación a ese señor caprichoso, que tras todas las vivencias había querido ahora comprar a una niña para adornar la vejez inminente. Sintió el brazo que se apoyaba sobre sus hombros y experimentó cierto asco, se irguió mucho y se puso tensa, y el hombre interpretó aquello de una manera favorable, y pensó que sería delicioso descubrir las intimidades de esa niña en flor, de esa muchacha virgen que nadie había tocado. Si ahora se tensaba tras un beso, cómo sería el pudor, cómo se descubriría ante él lentamente con las mejillas ruborizadas, al igual que una pobre esclava recién entrada en la pubertad frente a su dueño. Qué ganas de tenerla, y qué cerca estaba de conseguirlo. Pero de repente, esa especie de novia se encontraba más ocupada que nunca. Ensayos, compromisos, más ensayos y más compromisos. Se enfadó y dejó de importunarla, esperando que fuese ella quien le hablase definitivamente, y

que le pidiese perdón por ese desprecio que le estaba haciendo. Pero ella no se puso en contacto, pareció borrarse del todo, o más bien pareció borrarse de aquella intimidad que habían empezado a forjar, porque seguía existiendo y seguía bailando, seguía hermosa sobre el escenario. Forzó un encuentro, y ella lo saludó con cierta rudeza y mientras caminaba, sin detenerse un instante. Cesó en sus fantasías, cesó en su empeño. Y decidió dirigir las miradas a otra mujer, por matar el tiempo.

La señora Stöhr, por su parte, lo había desterrado de sus sentimientos de una manera muy ágil. No le robó ni un pensamiento más excepto aquellos de repugnancia y arrepentimiento, de cierta vergüenza. Cuando se lo cruzó aquella vez experimentó tal rechazo que apenas había podido saludarlo, y no sabía qué habría hecho si él se hubiera atrevido a tocarla. Le parecía que había sido hábil, separándose de él a tiempo, dándose cuenta tan pronto de lo desagradable que era aquel hombre. Ya se veía casada, unida a él, encerrada a su lado durante todos los días. Claro que aquella joven era inexperta y todavía no había aprendido a leer en las personas, en la sociedad, en las idas y venidas del deseo que no desembocaban en una historia de amor o, en la ausencia de este sentimiento, de pertenencia. Ahora, si recordaba aquello, seguía viendo un anciano inflamado de amor, queriendo tenerla a su lado para acompañar esa vejez que ya asomaba, que ya lo poseía. Era incapaz, por lo convencida que había estado, de darse cuenta de que nadie pretendía retenerla durante una vida, durante un año siquiera, sino probarla de vez en cuando, sin más compromiso que el de juntarse cuando les apeteciese.

Aquello terminó, y la joven bailarina se centró en sí misma y en su carrera, prometiéndose no dejarse llevar por nadie, al menos no tan pronto. Sin embargo, y aunque se repetía esto con una media de diez veces por semana, no era muy franca en sus conversaciones a solas, y pronto se enamoró de ese chico alto y de hombros fuertes, de barbilla cuadrada y ojos de un verde intenso. Pero no se habría dado demasiada cuenta de su existencia de no ser porque él la miraba intensamente, buscaba encuentros y a veces estos eran tan bruscos que no dejaban lugar a dudas sobre su planificación. La señora Stöhr se mostraba reservada, pero sus ojos iban del iris verde a los labios del joven una y otra vez, con un mechón muy negro entre los dedos nerviosos, con la respiración contenida y la boca entreabierta, para recibir el beso de ese hombre que empezaba a robarle el sentido. Claro que a ese amor que nacía lo favorecía también un punto de drama maravilloso, como las historias que bailaba, las historias que contaba al

público con su cuerpo. Ese joven que tanto la perseguía, que estaba irremediablemente loco por ella, era el hijo del director del teatro. Sin embargo, no fue aquélla una aventura de agonías amorosas y fuertes oposiciones, como se había imaginado en un principio, protagonizando una larga novela de ésas que encogían el alma. Tras ciertos obstáculos obvios, tras ciertas conversaciones que intentaban disuadirlos, pronto los más adultos se convencieron de que cualquier intento acabaría resultando inútil y favoreciendo a que ese atractivo de su unión aumentase.

Se casaron, y la señora Stöhr, que entonces comenzó a ser precisamente la señora Stöhr, se retiró. Se retiró, sin más, en la flor de su trabajo, con años aún fructuosos esperándola. “Como una manzana que se arranca verde del árbol”. Se retiró, forzada por varias circunstancias. La primera, ser consciente de su embarazo, lo cual impedía por un importante espacio de tiempo que hiciese frente a los compromisos de su profesión, un espacio que se convertiría en un lastre demasiado importante. La segunda, que se mudarían para llevar ellos su propio teatro, alejándose así de la tutela paterna, asociándose con un conocido de la familia que buscaba la misma independencia y en cuyos negocios ya se habían encontrado varias veces. Y Stöhr, que era bondadosa y asumía los sacrificios como una contrapartida de otros tantos que se hacían en el día a día, nunca nombró un último motivo, quizás el más fuerte de todos: sabía, aunque nunca se lo había dicho, que su marido no quería volver a verla actuar. Su justificación, que la mujer había buscado entre muchísimas y despiadadas opciones, terminó por esclarecerse y ser del todo sincera, pues los ojos de su esposo se inyectaban en celos si la veía bailar sobre el escenario, delante de multitud de hombres frente a los que podía despertar el deseo que en él también había despertado, que podían fantasear con ella como sólo a él le estaba permitido. No quería ni una flor de un admirador, ni una nota, ni una sola mirada que volase a ella. Era suya, sólo suya, igual que él era suyo, y angustiado por ese amor que quizá lo había inundado sin esperarlo, sólo quería eliminar todas las posibilidades de que se la arrebataran. Y más allá de perderla, aunque su amor hubiese estado asegurado para siempre de una manera irrompible a cuya imaginación escapaba, no podría soportar ni un instante más esos ojos en los que él veía siempre un impulso lascivo. No sabía cuánto había sufrido cuando la amaba en silencio, no sabía cuánto había sufrido cuando ya eran novios, en cada actuación, repasando hasta agotarse —loco, enfurecido, histérico— cada cara de cada hombre que había ido al teatro, cuando ella salía al escenario

Así había sido todo. Se había casado, y se había retirado. Y la señora Stöhr se sintió feliz... Feliz por su vida familiar y feliz por ligar la parte laboral a la música. Aunque se retirase, aunque ya no saliese a ningún escenario y aunque no recibiese aplauso alguno, cuando se instalaron como directores de un nuevo teatro, supo que seguiría estando en contacto vivo con lo que ella había sido, trabajando rodeada de arte, junto a los que siempre habían sido sus colegas, los músicos, los cantantes, los bailarines. Ya no interpretaría, ya no se movería más, pero dirigiría aquel sitio desde dentro, convirtiéndose en una pieza clave para su funcionamiento, en la pieza principal. Esos que llamaba colegas ahora serían en cierto modo subalternos, y esa máquina a la que antes obedecía, amándola y respetándola, recibía ahora ese amor y ese respeto desde su cabeza, desde la cúpula en la que ella se sentaba, para hacer que funcionase exactamente como debía funcionar. Porque no podía bailar, y su presencia no tendría otro sentido más allá que le de dirigirlo. Y adoraba ese mundo más de lo que se esperaba, demasiado como para separarse de él. Era, en gran parte, su vida, su esencia. Y aunque ahora lo descubriría desde otra perspectiva, una perspectiva más limpia, amplia y difícil, seguiría entregándose a eso que ella era, que siempre sería.

CAPÍTULO III

En una calle bien situada, hacía ya más de treinta años, se había abierto un negocio cuyo cartel, en gruesas letras negras, rezaba “Pensión para mujeres”. Este cartel se encontraba clavado a la fachada, junto a la puerta de entrada. Contradiendo esa vanidad con la que la señora H se autoproclamaba la mujer más limpia del mundo, los bordes de ese cartel estaban comidos por un gusto ennegrecido. “La maldita humedad”, decía la señora H, cuando alguien se quedaba mirando aquellas esquinas manchadas que parecían ir creciendo más cada año. Siempre que decía eso, sus mejillas se encendían un poquito, y para disimularlo se veía obligada a llevarse un fino pañuelo blando a la cara, fingir que se sonaba la nariz, que le venía un estornudo, algo de tos, o cualquier otro síntoma que lo justificase. Así, a la vez que presumía de su capacidad de limpieza y de su obsesión por tal arte, rebajaba sus halagos coronándose a la vez como la reina de los resfriados. “Cualquier cosilla me afecta”, decía tapando un poco la nariz y dejando que la voz se afectase, “Cualquier cosa, y principalmente la humedad, claro”. La primera vez que se le había ocurrido esta última frase se había sentido más que orgullosa de sí misma. ¡Qué manera de hilar ambas cuestiones, de atajar ambos problemas con sólo esas palabritas! “La humedad, siempre la humedad”. “Pero eso no es por la humedad”, había dicho una de sus conocidas, muy erguida y muy bien peinada. Se trataba de la señora M, que cansada de tener los brazos cruzados, con su marido trabajando y sus hijos ya crecidos, salía a la calle para ver con quién se encontraba y repartir eso que llamaba, con un guiño del ojo que nadie veía —porque su marido se fijaba más en su plato de comida— “llamadas de atención”. Y así, algunas mañanas se cruzaba con la señora H, a la que tildaba en sus corrillos más íntimo —¿cuándo una cotilla dejaba de percibir los límites de ese corrillo?— de sucia y mentecata. Con la afilada barbilla muy levantada, con los huesos de su cara en dirección al objeto de su ataque, de su llamada de atención, se irguió un instante, pero vio que no era posible erguirse más. “Eso, señora, no es por la humedad”, subrayó de nuevo, y se quedó mirando fijamente el cartel, como si sus ojos expertos estuviesen analizando y diagnosticando el problema, alargando la agonía de la dueña. “Son arañas, ¿sabe?”, dijo de repente, observando ahora a la señora H, que estaba a punto de sufrir un infarto. “Las arañas, sí, esto que sale cuando no se limpia, que parecen bolas de polvo, pero lo hacen las arañas.”

La señora H no estaba muy segura de que las arañas pudiesen hacer

algo semejante, ni podía dar demasiado crédito a las palabras de su conocida. Sin embargo, y dejando este particular a un lado, no pudo la buena mujer enrojecer de rabia, porque casi nunca le había pasado un paño a ese letrero medio blanco y medio gris, pero sí se vio sepultada en una intensa vergüenza. Se despidió rápidamente, argumentando que tenía mucha prisa, y se metió en aquel sitio que era su hogar y su orgullo. Decidida a terminar con ese despiadado deshonor, esperó a que la noche cayese para salir y limpiar el cartel. No obstante, en el justo momento en el que iba a poner fin a esas manchas, fuesen lo que fueran, imaginó las risas y los comentarios que produciría. “La humedad se ha ido de repente”. La pobre mujer no podría aguantar aquello. Debía buscar otra manera de hacerlo, otra manera de atajar el problema. Como a lo largo de su vida había tenido suficiente tiempo para pensar, había logrado una agilidad mental muy celebrada para inventar chismes y excusas, y excusas que escondiesen chismes, de modo que apenas necesitó unos segundos para escoger un plan. Desde entonces diría que la humedad de la fachada había favorecido la aparición de arañas, que hacían esas cosas tan desagradables en las esquinas del letrero. Con la humedad no se podía hacer nada, pero las arañas podían limpiarse y eliminarse, claro. Sin embargo, ella tenía una horrible alergia que le impedía siquiera acercarse a esas cosas tan asquerosas. ¿Habría de mandar a alguien para que lo hiciera por ella? Bueno, quizás la acusasen de demasiado aprensiva, pero no veía respetable mandar a nadie que metiese las manos entre arañas, menos aún a la chica que empleaba en la pensión, por la que sentía un cariño muy grande. De todos modos —y esto lo contempló rápidamente, pensando que ninguna buena chica querría ingresar en una pensión presumiblemente poblada de arañas— había encargado un nuevo cartel idéntico al que ahora tenía, más resistente, que le traerían cualquier día, y el problema se habría terminado. (Tras unos cuantos días repitiendo aquello, la señora H saldría una noche y limpiaría el cartel, que quedaría como nuevo, y como tal lo haría pasar a ojos ajenos).

En todo caso, y dejando a un lado cuestiones de arañas y humedades, con una buena situación en la ciudad, se erigiría la “Pensión para mujeres”, fundada y custodiada sin descanso por la señora H. Tras una entrada un tanto angosta pero bien ordenada, con un papel pintado muy claro que favorecía el rebote de la luz y un paragüero y un perchero que nadie utilizaba —rescatados de una casa donde ya se habían quedado viejos—, se descubría un pasillo. La primera estancia estaba prohibida, pues era la que ocupaba la señora H. Se

trataba de un cuartucho pequeño con una cama sencilla y muebles muy modestos. La señora H no necesitaba más, y se sentía cómoda en aquel rinconcito que parecía protegerla, que parecía guardarla como una madre diligente. Allí descansaba y leía la correspondencia de la familia, de aquella hermana que residía en el extranjero y le contaba cómo iban creciendo los niños. Era ésa una de las principales distracciones de la señora H, que tanto la llenaba de felicidad como tristeza, por sentirse tan lejos de su hermana más querida. Con los hombres no se escribía, y por lo tanto había muerto prácticamente todo el trato con ellos, salvo aquél que permitían los recuerdos de la casa paterna, que parecían redoblarse al paso que la vejez aumentaba. En una mesita apartada en una esquina, junto a la ventana, porque cada vez le costaba más leer, la señora H abría las cartas y respondía a algunas, pues le resultaba muy difícil plasmar en letras sus pensamientos, por la mediocre educación recibida. Le habría gustado poder escribir más, le habría gustado hablar de todas sus inquilinas y sus familias, contar las conversaciones esporádicas de algún viejo conocido con el que se cruzaba, y cosas semejantes. Pero en cuanto la buena mujer se encaraba con el papel, su cerebro parecía tensarse y no encontraba las palabras, no encontraba los adjetivos que necesitaba ni ese algo que daban las muletillas, ésas que utilizaba al hablar naturalmente. ¿Quién había inventado las cartas, donde no se podía gesticular un poco siquiera? La señora H se enfadaba, y descubría que las horas de mayor luz ya se habían acabado. Quizás contestase la siguiente vez, no había prisa. Así tendría más que contar.

Siguiendo el pasillo, se encontraba la puerta del comedor, contigua a la cocina. Según el servicio que hubieran contratado, allí iban las muchachas de la pensión bien por la mañana, por el mediodía o por la noche, en la combinación que hubiesen escogido. Las horas de las comidas estaban bien claras, a todas las nuevas inquilinas se las informaba de ello. Por supuesto, si no llegaban a tiempo, a nadie se le negaba la comida que había pagado. Pero debían soportarlo si algo se había quedado frío.

La cocina conectaba con una despensa cuyo gran tamaño enorgullecía a la señora H. Era lo suficientemente grande como para dividirla por medio de un biombo y acondicionar una parte para Estrella, quien se encargaba de adecentar la pensión junto con su dueña. Se trataba de una joven muy trabajadora y silenciosa, siendo este último rasgo la delicia de la señora H, que podía tomarse un té en su compañía sin verse obligada a una charla aburrida que nada tenía que ver con ella. Asimismo, evitaba que de algún

modo se pudiesen forjar relaciones con las otras muchachas que allí vivían. La dueña no podía comprender exactamente ni expresar en modo alguno los motivos de aquel miedo, pero algo le sugería —algo como un mal presentimiento, como un viento frío—, que sería un caos tener a una empleada que pudiese hacer amistad con las clientas, y a saber adónde la llevaba esa amistad. Porque las jóvenes —en la meditada opinión de la señora H, que como ya se ha dicho, había tenido mucho tiempo para pensar— eran muy atolondradas, y en sus relaciones se atolondraban entre sí. Y nada podía hacer ella contra eso, absolutamente nada, y de poder cambiarlo, tampoco era una penitente consagrada a mejorar el mundo... (La pobre mujer se perdió un poco en este punto, y empezó a pensar en monjas y en vidas santas, y olvidó por un instante lo que venía diciéndose... Pero pasaron unos segundos con la cabeza en silencio y volvió a encontrarse). Las jóvenes se atolondraban, estaban todo el día con la cabeza llena de pájaros, y se los pasaban de unas a otras. Era una suerte esa Estrellita callada que iba de un lado a otro haciendo su labor, como un ratoncillo bien aprendido, que no dirigía más palabras que las estrictamente necesarias, y no permitía que ninguna de las inquilinas le contagiasen la tontería tan habitual en las niñas de hoy. Ya podía verla la dueña, de brazos cruzados y con la mirada perdida pensando en cualquier chorrada avivada por las conversaciones de las otras, y la suciedad acumulándose por la casa adelante. No, de eso nada. Su Estrella no era de éstas, y se sentía infinitamente afortunada. Más aún desde que había entrado una artista en la pensión. Pero ése era otro tema, también foco de angustia para la señora H, que no tenía demasiadas cosas con las que angustiarse y se agotaba buscándolas.

Más allá de la cocina, junto a las escaleras, se encontraba un salón no muy grande pero bien acondicionado. Era esa parte de esparcimiento común que, parecía, las inquilinas se ponían de acuerdo en no utilizar. Nunca había visto allí a casi nadie la señora H, a excepción de ella misma y de Estrella. ¿Qué tenía de malo su saloncito, con la alfombra naranja que había comprado, con las sillas y el sofá, y las cortinas que había hecho con sus manos? Sin duda, aquí se veía un nuevo ejemplo de esa bobada íntima que tenían las jóvenes, y no podía buscarle otro motivo. Se le escapaba a ella que no se trataba de un firme rechazo a juntarse, sino que de algún modo se sentían más cómodas juntándose en sus propias habitaciones, donde hablaban durante horas sin cansarse, de lo cual sólo llegaban tenues murmullos de risa a la planta baja. Una vez aquella inquilina tan alta y grandullona dio saltos de alegría a las

noticias de otra, y la lámpara del salón hizo movimientos como de péndulo, tintineando los adornos. La señora H no se explicaba a qué venía aquello, y preguntó a Estrella de qué podía tratarse. Esta última miró desdeñosamente a la jefa, que continuaba con los ojos clavados en el extraño comportamiento de su lámpara querida. Estrella no contestó, sino que lanzó una respiración pesada, semejante a un gruñido. La señora H acogió muy bien su silencio, y volvió a sumergirse en lo que fuera que estaba pensando antes, hasta quedarse dormida y sola sobre el sofá que nadie ocupaba.

Escaleras arriba, se encontraban las ocho habitaciones disponibles. Actualmente estaban todas ocupadas, y en una de ellas habían acomodado otra cama, donde vivían dos hermanas. Llevaban tan solo un par de semanas allí, y mientras la habitación estaba vacía Estrella había aprovechado para subir y pasar sus noches sin que la señora H se enterase, porque el colchón en el suelo le destrozaba la espalda, y así lo hacía siempre que una habitación quedaba sin inquilina. Sin embargo, ahora no tenía dónde meterse, y allí habían ingresado esas dos hermanas de cabellos cortos, casi de hombre. La señora H había abierto mucho los ojos al verlas. ¿Qué niñas llevaban esos pelos? Y lo peor de todo es que estaban guapas, había que reconocerlo. Les quedaba bien esa melena ausente, esa... “¡Esa aberración de lo femenino!”, se le ocurrió, porque algo debía criticar de las chicas, algo debía comentar. Estrella las observó con completo odio, no por el aspecto de sus cabezas, sino porque ocupaban la única habitación que quedaba libre. “Al parecer fueron enviadas a un internado... ¡Menudo sitio sería para permitir eso!”, siguió diciendo la señora H, asomada a la escalera por si pudiera ver algo, cómo deshacían sus equipajes, por ejemplo, o captar una que otra palabra. “¿Tú qué crees?”, pero Estrella se encogió de hombros, porque no sabía nada de internados y no podía aportar nada, ni tenía tampoco ganas. Además, sabía que aquellas conversaciones que mantenían eran más bien una excusa para que la señora pensase en alto, como un monólogo estúpido frente a cualquiera que se le pusiese cerca. A menudo no la escuchaba, a veces se olvidaba completamente de que estaba ahí, pero de lo que estaba segura en todo momento era de que la dueña no necesitaba ni esperaba sus palabras. Le bastaba con dos oídos cerca para sentirse bien. ¿Para qué molestarse, entonces? Las hermanas, que incluso parecían gemelas, paseaban sus cabellos cortos por el comedor y lanzaban encantadoras sonrisas a todas las inquilinas, se molestaban en charlar con la señora H cuando tenían oportunidad, y adoptaban hermosas expresiones donde resaltaban sus labios gruesos y sus

grandes ojos. De ese modo, la señora H, que estaba decidida a aborrecerlas, vio imposible su propósito. Empezó a contemplarlas como las dos niñas más buenas del mundo, y hablaba de ellas con las conocidas que se iba encontrando, como una vieja que exhibía sus joyas. En particular se las restregó a una mujer que estaba muy orgullosa de sus hijas, las dos criaturas más feas y altaneras que había en la faz de la Tierra. La señora H no poseía demasiada sutileza, y las alabó con una descarada crítica implícita a las hijas de la otra... Esa otra que después le habló de las arañas en su cartel.

Las hermanas eran silenciosas y muy educadas. Sonreían a todos, esperaban pacientemente si a alguien le daba por quedarse parado obstaculizando la escalera, y los sonidos que de ellas llegaban al piso de abajo apenas eran sutiles pisadas de niña. Nada que ver con la ruidosa inquilina que ocupaba la habitación siguiente, y también la puerta de enfrente. En su conducta desorganizada se habían hecho íntimas amigas, y se juntaban a lo largo de la noche haciendo un repaso a sus conquistas y amores pasados, en su mayoría inventados, en una comunión del sueño jamás producido, permitiéndose ambas esa licencia y justificándola como un contrapeso a las mentiras de la otra. “¿Por qué no dejará la señora traer hombres a nuestros dormitorios?”, preguntaba una, con los ojos desconsolados y una media sonrisa en la boca. “¿Por qué?”, preguntaba de nuevo, cogiendo la mano de su amiga, tumbada a lo largo de la cama por los dolorosos recuerdos de un amor frustrado que acababa de inventarse, donde el joven, ejemplo de elegancia y belleza, había muerto en un accidente. Entonces empezó a clamar contra todas las normas morales, esas normas de las que la señora H parecía ser un eco, que le habían impedido disfrutar más profundamente de ese loco amor que había sentido, antes de que el destino se lo arrebatase. Su compañera también se había tumbado en la cama, y compartió los desvelos de su amiga como si ambas hubiesen vivido algo semejante. “Cualquier cosa daría...”, empezó esta segunda, y se quedó callada enseguida. Había estado a punto de estropear su bonita paz, había estado a punto de decir que daría cualquier cosa por recuperarlo, como si fuese suyo. ¿Atreverse a robar esa historia que su amiga había tejido maravillosamente? Nunca, de eso nada. Se calló al momento, y terminó su frase inacabada con un profundo suspiro de amor, que quedó muy pintoresco. “¡Qué poético!”, pensó la primera, y ambos terminaron por quedarse dormidas en esa postura, echadas sobre la cama y con las manos entrelazadas, medidas por aquellos esfuerzos de la fantasía que colmaban del todo sus emociones insatisfechas.

Las hermanas, que eran Belén y Elisa... las ruidosas y soñadoras, Beatriz y Celia... componían la mitad de las inquilinas. Aunque las habitaciones fuesen ocho, y las hermanas sólo ocupasen una, el tercer cuarto del lado derecho estaba, de momento, inutilizado. Un problema de goteras había empezado por derramar agua en todas las esquinas, y una vez subsanado éste, repararon en la pared desconchada y descubrieron más serios problemas en el techo, del que se iban desprendiendo películas de su piel blanca, cayendo en todas direcciones. Terminando el margen derecho, en la cuarta habitación, se encontraba una muchacha provinciana de nariz aguileña que no tenía muy buena relación con nadie. Lo desagradable de su rostro, que despertaba una condescendencia irascible en las demás mujeres, muy seguras de sí mismas, terminaba por ser otro motivo de odio unido a aquel carácter tan mezquino. Esta muchacha, llamada Raquel, contaba con orgullo los cargos de su familia y las proezas de sus miembros, confiando en que resaltar su apellido o el de sus abuelos fuese a hacer que sus interlocutores se quedasen boquiabiertos. Para su desgracia, mucha gente no conocía a aquellas personas, y otras, aun conociéndolas, o aun habiendo escuchado aquellos nombres en alguna ocasión, se encogían de hombros sin saber el motivo de esa información. “Me alegro de que tenga a todos sus abuelos vivos, es una suerte de la que nosotras no disponemos”, le respondió el primer día Belén, la hermana mayor, con su imborrable sonrisa. Pensaba que aquel recorrido por los familiares no tenía otro objeto, y declaraba aquella sana alegría con toda sinceridad. Raquel acogió aquello como una gran ofensa, y desde entonces empezó a detestar a las hermanas. “Ya no existe el respeto”, pensaba, y fue a tumbarse llena de tristeza, tristeza por aquella familia venida a menos cuyas medallas sacaba sin que impresionasen a nadie. ¡Lo que su familia había sido...! ¡Los jefes de esa ciudad y otras muchas! Sentía el orgullo laténdole en la sangre, y también la vergüenza. A veces pensaba en taparse el rostro porque no la vieran salir de aquella pensión, pero se obligaba a erguirse y saludar a todo el que encontraba con toda la dignidad que tenía. Su nariz, que precedía sus pasos, y así sabían si estaba a punto de salir de la habitación, era una señal para las hermanas. “Ahí viene Raquel”, murmuraban, cuando veían la gran nariz asomando al pasillo, o la gran nariz asomando al comedor. Entonces las dos se plantaban una sonrisa espléndida, y la saludaban muy correctas. Elisa, la hermana menor, cogía un pañuelo y se sonaba aquella naricilla pequeña y respingona, preciosa, que se enrojecía suavemente al contacto con el papel. “¡Qué congestión tengo!”, decía, y sonreía y hacía más

pliegues en el pañuelo por volver a sonarse. Raquel la miraba roja de rabia. “Disculpe si la molesto”, respondía entonces, ante las irritadas miradas del águila, “Sé que resulta muy desagradable”.

En el margen izquierdo del pasillo, la primera habitación era ocupada por la ruidosa Beatriz, o quizá Celia... Nadie sabía muy bien cuál de ellas vivía en qué habitación. Después estaba Berta, que codiciaba el amor de sus padres, allá en el pueblo, mientras se preparaba para pintora. Le gustaban particularmente las formas femeninas, y deseaba ser la mejor retratista de mujeres. Se imaginaba recibiendo encargos de prometidos por tener una imagen de sus amores, pero no prometidos cualquiera, gente de alto nivel que colgase su trabajo en el medio y medio de un salón soberbio. Ya veía una magistral obra sobre la más rica chimenea, y así se tumbaba soñando y se retrasaba en sus tareas, permitiendo que en aquellas brumas de la desidia entrase una inmensa felicidad que ella sola se creaba.

Había hecho un retrato ya de todas las mujeres de la pensión, las que actualmente la ocupaban y otras que ya se habían marchado, exceptuando, por supuesto, a Estrella y a la dueña. Había disfrutado, particularmente, con los retratos de las hermanas, por esas caras redondeadas, de facciones suaves y delicadas, con los cabellos que recortaban el contorno de sus orejas y el nacimiento de la nuca.

Siempre hacía una copia de todos sus dibujos para entregarla a la modelo, quedándose ella con el original, pues más allá de entrenarse y seguir aprendiendo, aquellos retratos iniciales podían ser una muestra de su arte frente a futuros clientes. Sin embargo, el caso de Raquel fue distinto. Cuando Berta le propuso pintarla, la antipática mujer sintió una alegría doble. Por un lado, el hecho de que le pidieran ejercer de modelo hacía que su ego se multiplicase en miles de burbujas que le subían hasta los ojos, donde casi desbordó una lágrima de entusiasmo infantil. Por otro, siendo éste un efecto secundario, más sigiloso, íntimo y que se le clavaba directamente en el corazón como una punta de madera, la perspectiva de hacer una amiga llegó a conmoverla tanto que tuvo que buscar varias razones para justificar su emoción. Y una vez en pleno comienzo de esa amistad que Raquel ya casi podía saborear, adoptó una postura muy digna, con la cabeza muy alta mirando hacia la ventana, como una dama antigua que, rodeada de perlas y muselinas blancas, mira sus amplios dominios. Lo ridículo de esa calle al otro lado, de esa mezquina ventana de pensión con cortinas baratas, de su atuendo sencillo en colores tostados, evocaban más bien a una niña que jugaba, que

miraba una casa de muñecas creyéndola su mansión. Y Berta veía todo aquello con una sonrisa en los labios, con los ojos siempre muy abiertos, cuando la crudeza de la realidad chocó frontalmente con su sensibilidad femenina, con su clara empatía. Por eso, decidió no pintar todo lo que veía, o no pintarlo exactamente. Suavizó el feo gesto de su barbilla, que parecía señalar de una forma insolente todo lo que se le ofrecía, haciéndola un poco más redondeada, utilizando un artificio de la perspectiva para que no resultase muy obvio el engaño, e hizo lo mismo con la nariz, con la protuberancia de la frente, con el anguloso gesto de sus cejas.

Berta guardó sus instrumentos y le regaló el retrato a Raquel, por llamarlo retrato, pues la brusca melancolía con la que había recogido todas sus cosas, con la que había cerrado el maletín negro, dejaban ver con toda facilidad que la artista sufría por aquella mentira. Ella, que se jactaba de hacer fotografías con las manos, había hecho algo muy alejado de lo que deseaba, y de algún modo, quizá por ese brillo que la adolescencia todavía reflejaba en un rostro que ya debería ser adulto, se sentía desconsolada, herida, y una traidora de sí misma. No quería copia de aquello, menos aún quería el original. Y una vez Raquel hubo estado a solas con su pequeño regalo, se vio obligada a hacer nuevos esfuerzos por justificar emociones y alegrías que sacudían su alma, que la zarandeaban como un sonajero en la mano de un niño. Se vio tan bonita, tan favorecida en ese gesto, tan digna y tan mujer, que decidió colocarlo frente a la cama, apoyado en una silla a los pies de ésta, para que fuese una de las primeras cosas que vería al despertarse cada mañana. Se gustaba tanto, a pesar de ser un dibujo de una muchacha aún en formación, que por las mañanas se peinaba siguiendo esa imagen de sus cabellos, por verse tan bonita como allí estaba, y una vez se enfrentaba con el espejo, dando una última curva a un mechón, apartándose un pelo de la frente, tapando un poco la punta de las orejas, un deseo muy nítido y un punto de amor propio le devolvía la imagen de esa mujer imaginaria, de la mujer del retrato, sobre sus propios rasgos.

La última habitación de aquel margen derecho había sido recientemente ocupada. Tanto, que a Berta no le había dado tiempo a pintar a la inquilina, ahora mismo ausente. Dentro todavía no se había puesto demasiado orden. Había a la entrada dos grandes maletas repletas de ropa y calzado, abiertas y con cierto revuelo, como si alguien hubiese rebuscado en ellas para ir vistiéndose. Algunas prendas habían escapado de la cavidad que les

correspondía, y estaban arrugadas en la parte interior de la tapa, lanzadas con rabia quizá, con prisa, con impaciencia, por alcanzar otras cosas más hundidas, tanto que la maldita maleta parecía habérselas tragado. Alguna manga, alguna media, se había alejado lo suficiente como para tocar el suelo. Lo rozaban con una punta del tejido, y era tan suave ese contacto, tan tibio, casi invisible, que parecía que esa manga, que esa media, se iba recogiendo lentamente, replegándose sobre sí misma para evitar esa humillación del abandono y la suciedad frente a sus compañeras. Pero, ¿qué podía hacer ella? Estaban siendo unos días demasiado frenéticos, no había tenido tiempo ni de ventilar bien la habitación, menos todavía de colocar la ropa en aquel ridículo armario. Sin embargo, la media arrojada al suelo seguía desconsolada en sus desgracias. Entonces la cama pareció temblar un poco, rompiendo su silencio. Las sábanas, revueltas, aún conservaban la forma del cuerpo de su dueña, que se había despertado más tarde de lo que pensaba. A esa hora, seguro, ya se había enfriado la cafetera, aunque fuese la segunda o tercera que preparaban, porque la señora H se sentaba allí consumiendo café sin parar en el succulento placer de ver a sus inquilinas desfilando una tras otra a lo largo de la mañana. ¿Cómo pararse a hacer la cama? Allí estaba, con la colcha toda hacia un lado, arrugada y a punto de caerse, para despejar la salida como si por ese lado contrario de la cama fuese a salir un elefante. Por allí se había escurrido su cuerpo, y algunos detalles de él quedaban aún. Así, cruzando la almohada, un cabello rubio que se le había escapado durante la noche. Esa línea tan delgada, casi negra durante las horas de oscuridad, brillaba ahora extasiada bajo el influjo de ese sol que parecía sortear todos los objetos por fijar más fuerza en ese cabello. Los cristales de la ventana, allá donde las cortinas no alcanzaban, se sentían un poco ofendidos, pues el empeño que ponían en cegar la vista, hinchándose como los relucientes anfitriones de aquel cuarto, no podía competir con el inflamado tono de aquella franja amarilla, como la punta de un fuego que crepitaba. Un poco más lejos, con infinita modestia, se escondía una pestaña de sus ojos castaños. Pero nadie parecía reparar en ella, y se hundía en las dulzuras de esa almohada demasiado blanda.

De repente, sonó la puerta. Como un quejido antiguo, cansado, se hizo un lado aquella hoja de manera ya envejecida. Alicia, con su silencio tranquilo, entró en la habitación, y vio las maletas abiertas y las sábanas revueltas. Había salido un momento, tras el asqueroso sabor del café frío y la mirada inquisitorial de la señora H. Parecían acumularse en la garganta de la mujer multitud de preguntas que no se atrevía a hacer, aquéllas que las hermanas

habían contestado con tanto encanto. Pero Alicia tenía algo insolente en la mirada, algo orgulloso, y parecía una Estrella más hermosa, cuyo silencio resonaba como un eco que hacía resaltar todos sus atractivos. Entraba y se sentaba sin decir nada, sin siquiera saludar a la señora H, a menos que esta misma se diera la vuelta y, como fingiendo no haberla visto, como si no hubiera prestado atención al sonido de sus pasos mientras se acercaban, dijese, con un exagerado bote de sus miembros impulsado por un falso susto, “¡Oh!, buenos días”. A veces, revoloteando siempre por el comedor para ver el despertar de las niñas —y esto no tenía nada maternal—, daba instrucciones a Estrella, y otras veces se sentaba con un periódico cerca y fingía ojearlo mientras no quitaba un lado de su pupila de la figura de Alicia. Parecía una figura en movimiento, aunque no estaba claro lo que la señora H entendía por “figura” en este caso y menos aún por el conjunto de “figura en movimiento”, quizá por ese halo misterioso que dejaban los pensamientos tan bien guardados, tan bien cerrados y sin ninguna palabra en los labios. “Es bonita”, pensaba la señora H, y veía cómo subía las escaleras con esas piernas fuertes y pequeñas, con esos brazos nacidos de un hombro demasiado marcado. “Es bonita”, se decía, y sin duda lo era, pero también tenía algo raro, algo que parecía desdibujarla un poco, como si tras sus ojos no hubiese un alma. Claro que quién no iba a pensar cosas así de una niña como ésa... Es decir, una niña guapa y tan joven, alejada de sus padres por ese capricho de ser artista, una artista que bailaba delante de todos... Porque una cosa era la pintura, no tenía que exhibirse ante nadie, eran sueños de tonta que ya se irían calmando, a lo mejor para casarse, o al tener un hijo... Pero esa inquilina era artista de verdad, de las que se subían a un escenario, y nada bueno podía salir de los escenarios. ¿Podía una mujer educada querer bañarse en aplausos, querer atraer todas las miradas que allí se arremolinaban con el único requisito de pagar una entrada? No sabían ni qué hombres estaban allí, ni qué clase de mujeres. Claro que a la señora H le gustaría matar sus noches de soledad y aburrimiento, del intenso silencio que había en su cuartito o en el salón donde la acompañaba Estrella, que habría penetrado gustosa en aquel desconocido ambiente del teatro, aunque fuese sólo por un motivo de investigación científica y moral. Porque de algún modo tenía que llamarlo, llamar a ese meterse donde no sabía ni la llamaban, pero meterse de todos modos. Porque era vieja, la familia estaba lejos, no tenía ninguna instrucción ni ninguna capacidad que le permitiera otra forma de entretenerse. Víctima de la mediocridad, guardaba en su corazón anhelos de criatura, y se imaginaba

con secreto entusiasmo cómo sería que la artista no pudiera pagar la habitación y la sobornase con una entrada del teatro, o que lo hiciese como un detalle por su buen servicio. ¡Quién la vería a ella, en el teatro! Tendría que informarse de cómo vestir correctamente para ir a un sitio así, pero sortearía todos los problemas. Sin embargo los días pasaban, y la señora H hacía cuentas sobre las semanas que faltaban para requerir los pagos, y ver cómo se comportaba la artista. Porque así la llamaba, “la artista”, como quien hablaba de un cabaret donde habitasen los más bajos vicios, pero con una íntima admiración hacia todo ese mundo del que nada sabía. “La artista”, y Berta, la pintora, podía sentirse un poco ofendida, pero sería imposible siquiera acercarse a ese pedestal en el que la señora H había colocado a Alicia, a menos que dejase los pinceles por tumbarse en un sillón y que otros la retratasen. De ese modo, la buena mujer había empezado a admirar a Alicia sin saber muy bien por qué... E incluso le parecía ver, en las hostiles miradas de Estrella, en su terco silencio, que también a ella le producía algo semejante. Esa fiera domesticada sentía que se le movían un poco los esquemas cuando la bailarina se acercaba, y la miraba de reojo mientras servía. ¿Cómo evitarlo? “¿Cómo evitarlo?”, se dijo un día la señora H, cazando al vuelo los ojos de Estrella, que se dirigían a la nueva inquilina. “¿Cómo evitarlo?”

CAPÍTULO IV

Una neblina fresca sepultaba la ciudad, adornándola con su manto traslúcido como si se tratase de una postal de invierno. Aquel vaho medio blanco y medio transparente se iba colando entre las calles, pegándose a los cristales y rodeando los cuerpos de la calle, que lo intentaban apartar con un gesto de las manos, que lo combatían con el propio aliento de sus bocas. Las bufandas, los gorros, los grandes abrigos escondían cada cuerpo que salía, y a Sandra le pareció bonita esa imagen del invierno, del frío claro, con el cielo blanco y la niebla distorsionando un poco la mirada. Pero a ella siempre le había gustado el invierno. Tenía algo atractivo, algo encantador en ese gusto de las mantas nocturnas, de las narices enrojecidas y las gargantas asustadas. Y ahora miraba su ciudad y le parecía que esas personas no hacían otra cosa que caminar intentando atrapar esa huidiza bruma, aquella que volvía más románticos los edificios y los rincones, con su mano amable. Le parecía que había similitud entre esa belleza y la de unas grandes pestañas cerrándose, moviéndose, el vago gusto que dejaban sobre los ojos al abrirse esas alas negras. Lo pensó y se divirtió con la idea, y después se encaró con el espejo y empezó a fijarse en sus pestañas, muy oscuras. Comenzó a peinarse, a repasar su cabellera negra, como negros eran sus ojos. La piel, pálida, resaltaba más los fuertes colores de su rostro, y creyó que era una suerte esa tez limpia de pecas y lunares, por lo exagerado que serían más pintas oscuras a lo largo del rostro. Y en esa postura, peinándose, con los ojos un poco perdidos y todavía desperezándose de la noche, se fijó en su mandíbula un poco dura, un poco saliente, redonda, y en su nariz afilada que seguía el delgado dibujo hacia las cejas. Se dijo, con una sinceridad que ya conocía, que podía haber sido más bonita, pero en realidad estaba satisfecha. Cómo no estarlo, con la juventud del cuerpo, de la cara, con la belleza inherente a los frescos años que llevaba en el mundo. Todas las jóvenes eran afortunadas, decidió, porque esa misma característica las hacía preciosas. Y aún más, por supuesto, tratándose de mujeres. Mujeres jóvenes, mujeres vivas, con los senos elevados y los labios despejados, con las piernas tersas, los vientres sin menoscabo alguno. Qué tenían aquellas formas que las volvían tan hermosas, qué secreto albergaban sus miembros, que las tocaba con la mayor de las suertes. Era posible que su mentón fuera un poco excesivo, incluso que su boca fuera la fina consecución de dos líneas algo torcidas. Pero se sentía guapa, se sentía de algún modo

perfecta, o en la cumbre de la perfección que a lo largo de su vida podía alcanzar. Sintió que todos sus gestos —y que todos los gestos— eran bellos, eran exquisitos, deliciosos. Creyó que ese punto de coquetería desenfadada, incluso casual, sin planificación alguna, era una estrella de su condición y sus formas, esos cabellos deslizándose entre el peine, esa pupila que iba de un lado a otro, esas manos que volaban entre todos sus objetos para coger el elegido. “Las manos de las mujeres jóvenes hacen desfallecer a cualquiera”, se dijo mientras dejaba el peine un momento y volvía a cogerlo. Soltándolo y recogéndolo, veía las articulaciones de sus dedos y la lágrima de la uña, rosada y delgada. Por un segundo, volvió a atravesar su mente la encantadora imagen de la neblina invernal, y pensó que ello también tenía algo femenino, algo muy sutil que se expandía y lo invadía todo, sosteniendo y maquillando la ciudad, recorriéndola entera con un punto etéreo donde no cabía el cansancio. Entonces se le ocurrió otro detalle, y era esa elevación de la belleza cuando contrastaba con el frío, con el soplo del invierno. Ella ahora, con su bata suavemente anudada, dejaba ver casi al completo su hombro izquierdo, los matices de ese cuello desnudo, las clavículas bien perfiladas. ¿Qué había más bonito que las clavículas de la mujer?, pensó, sin encontrar una respuesta. Tenían algo delirante, que se marcaba al respirar. Sí, las clavículas eran símbolo de respiración fuerte, o de espalda erguida de cuellos estirados. Se tocó una y le llamó la atención ese contorno fuerte, rudo, muy marcado y a la vez redondeado. Aquello también seguía la estela del frío, las clavículas que asomaban desafiando el ambiente helado, los hombros que acariciaban la salida. Y el contorno de las piernas cruzadas, o las piernas juntas y los pies ligeramente en puntillas, sentada, toda descalza. Por qué resultaba tan magnífica la mujer descalza, la mujer de prendas desordenadas, que dejaban adivinar detalles aquí y allá, de piel firme, descubierta.

Sandra pensó todo aquello, y se sintió satisfecha y afortunada, se sintió hermosa y participando en una hermosura general, en una hermosura artística, que trascendía la imagen y los miembros, que iba a la misma esencia de esas mujeres que ella recorría ahora, esas mujeres donde también se encontraba.

Posó el peine de nuevo, pero esta vez de manera definitiva. Tenía una sensación cálida, agradable. Era un calor que se le instalaba en el pecho, que exhalaba a cada respiración. No quiso indagar mucho en eso, y decidió quedarse con esa superficie misteriosa que no explicaba más, de la que podía extraer, como hebras de humo, esas oleadas agradables que la arropaban.

Creyó que era hora de vestirse, y abandonó todo lo demás. Hoy era día de trabajo, día de ensayo. Salió enseguida, y su madre, la señora Stöhr, la esperaba en la puerta.

El camino hacia el teatro fue silencioso. Había una bruma agradable que envolvía el coche, y cierta condensación cubría el final de las ventanas. Sin embargo, la señora Stöhr tenía una cara cansada, falta de sueño. Bajo sus ojos se adivinaba el oscurecido bulto de las ojeras, y un matiz general que le recubría la boca denotaba aquel agotamiento. Varias veces despegó los labios como para decir algo, como para responder a las observaciones de su hija, pero se quedó en silencio. A ratos se le olvidaban las palabras que tenía preparadas, a ratos se le olvidaban las de su interlocutora. Y Sandra finalmente se dejó de hablarle, con el iris jugando a perseguir la rápida consecuencia de imágenes que se deslizaban al otro lado. Se agarraba su mirada a un punto, a una puerta, a un árbol, a un banco. Antes de que se diese cuenta, aquel sostén había desaparecido, y sus ojos habían volado a otro semejante. Así contemplaba en cuestión de segundos numerosos detalles que apenas le daba tiempo a asumir, como una hoja más verde que las demás, o un guante rosa que se habría escapado de las manos de una niña. Le parecía que tenía algo encantador, esa manita desinflada y sin dueño, por el que quizás alguien hubiera derramado alguna lágrima. Porque era magnífico cómo los niños se encariñaban con las cosas más simples... Aunque ese pensamiento no pudo entretener a Sandra más de un minuto, gracias al adorno de alguna experiencia propia intercalada. La verdad era que los niños todavía no la atraían, aún no le resultaban ni adorables ni interesantes. De todos modos no se trataba tampoco de una aversión, sino más bien... No estaba segura, pero creía que sí llegaría un momento en el que los desease, aunque aún lo viese demasiado lejos. Además, algo había removido su interior ver esos dedos inertes y delgados, al desamparo de la mañana fría, mojados de nieve y seguramente con algún pisotón ajeno. Qué dolor, aquellas bonitas partículas rosas manchadas por la suela de los descuidados, esas cálidas fibras de niña, de mujer que se formaba. Eso supuso Sandra, con el generoso mentón ladeado hacia la izquierda, con la frente limpia a la derecha. Algo así habría pensado una buena persona, con el corazón inflado en contraste con la fría mañana. Habría visto esa mano, quizás hubiera pensado en un nieto, un sobrino, un hijo que se buscaba, y la hubiera colocado sobre el banco, con cuidado de no mancharse y a la vez un desinteresado afecto. Ella misma podía haber sido esa persona que diligentemente recogía el

guante y lo dejaba a la vista de su posible dueño, pero no estaba muy segura. Pensó por un momento en su madre, y se preguntaba cómo había podido hacerlo. Cómo empeñar su cuerpo y sus fuerzas en crear otra vida... En dárselo todo... Quizás fuera el instinto que podía con ella, quizás sus deseos. En todo caso, podía incluso resolverse como un hecho de puro egoísmo, y lo que ellos demandaban como hijos —todas las atenciones, los cuidados, los caprichos y preocupaciones— eran actos previsibles. Un gesto de egoísmo... ¡Qué absurdo! Era un gesto de amor.

Sandra se llevó una mano al vientre virgen, e intentó imaginar cómo sería tener algo ahí, algo vivo y que se movía y la absorbía, una forma acuática que se nutría de su propia sangre. Le resultó una imagen extraña, desagradable, e imaginó después los cuidados y las necesidades... los caprichos, las atenciones... las preocupaciones... No estaba muy segura de hasta qué punto era previsible y hasta cuál legítimo. Y se dijo también que pensar eso era una tontería... Pero de algún modo tenía que matar el tiempo del viaje, sobre todo la demora por el pequeño accidente que había obstaculizado el trayecto durante media hora. Sí, de algún modo tenía que matar el tiempo, y no sabía lo que le acabaría gustando en un futuro, atrayendo, porque ella no cerraba ninguna puerta, y le parecía un error hacerlo.

El coche frenó bruscamente, con un rotundo gesto que intentaba contrarrestar la humedad del ambiente, pero que en todo caso resultó excesivo. Molestó, sobre todo, a la señora Stöhr, que se despertó de repente sin haberse enterado apenas del camino, aprovechando cada segundo de aquel atasco fortuito. Abrió los ojos y sintió cierto dolor en el cuello, cierto frío en la mejilla, que se había quedado aplastada contra la ventana. Se secó —por si el frío pudiera secarse, como quien se quita una mancha mojada— con la bufanda, pero no sirvió de nada. El frío seguía ahí y se le había enrojecido la tez. A Sandra le hizo gracia ver así aquel rostro querido, bondadoso y redondo. Creyó que la volvía más amigable, y que otorgaba una alegría descuidada e infantil a las dos arrugas que le caían alrededor de la boca. Pero le dijo que llegaban tarde, que había un accidente, que debían darse prisa.

La gran puerta del teatro las recibió extrañada, porque nunca la señora Stöhr llegaba tarde al teatro.

Había algo de música en el edificio. Se intuía vaga, sutil, dulce. Parecía que una tímida nota hubiese caído por las escaleras abajo, y así la seguían hermanas igual de turbias, igual de silenciosas. Esa impresión se percibía al llegar a las escaleras que conectaban con los pasillos, y a Sandra le pareció

que las esquivaba con los pies. Rápidamente, sin despedirse siquiera, las mujeres se separaron, y la señora Stöhr fue corriendo a su despacho y Sandra empezó a desvestirse en su cuarto. Con gran agilidad se quitó la ropa, que cayó al suelo, y tuvo que soportar el desagrado del desorden, por ganar unos segundos. Madre e hija compartían un exquisito sentido de la puntualidad, y así lo recordaba Sandra mientras se subía la malla, mientras se calzaba aquellos pétalos blancos que le envolvían los pies. Pensó en la broma que circulaba por el teatro sobre ese diminuto par de pies, los pies de la nueva... A ella también le parecían pequeños, pero tampoco creía que fuese necesario tanto alboroto. Se quedó un instante parada en la puerta, mirando los suyos, y preguntándose si eran grandes o pequeños, o si no tenían nada de especial y se incluían en la normalidad. Vio su punta derecha, como escarbando en el suelo... Las notas sonaban tenues, delicadas, como campanas de risa frágil. ¡La música! Sandra voló dejando incluso la puerta abierta, con todo el desorden a la vista, con sus ropas sobre la silla. Corrió por el pasillo, y se encontró con la cortina granate, oscura, que le cerraba el paso. Estaban en medio del ensayo, y decidió esperar una interrupción para unirse antes que despistar a sus compañeras. Sin los trajes todavía, con los cabellos bien recogidos, las bailarinas formaban dos líneas oblicuas que convergían en una última mujer, y después se separaban en dos círculos enfrentados sin pausar el baile. Como figuras de cera y mármol, blancas y perfectas, jugaban con sus piernas y sus brazos, se arrodillaban y se contorsionaban, levantaban sus manos y éstas se movían con la lánguida finura del cristal. Los círculos se mantenían, pero entonces se transformaron en dos líneas bien separadas. Sandra pensaba, contaba... Veía su hueco respetado, se mordía los labios, las piernas se le movían solas. Se tensaban y se relajaban, soñaban con caer al suelo, con levantarse y estirarse, la mano que sujetaba el telón también hacía pequeños movimientos. Entre todas las bailarinas, destacaba la hermosa Alicia, con el rostro serio y concentrado, con los gruesos labios, suspiros rosas, ligeramente entreabiertos. Sandra se fijó en sus ojos castaños, que parecían cerrarse mirando al suelo, con la pupila brillante cuando ascendían al techo.

El director paró la música, dos mujeres se habían equivocado. Volvían a empezar, y Sandra corrió al centro del escenario, hizo un gesto general de saludo, y se colocó en el lugar que le correspondía. La música, esa música suave y dulce, de metales agudos, de colchón de cuerdas graves y casi mudas, comenzó. Vio la espalda de Laura, que se situaba justo delante de

ella. Esa espalda de omóplatos bien marcados y huidizos, que demostró una terrible gestión del espacio cuando su pierna derecha acabó entre las de Sandra. En un forcejeo de unos segundos, finalmente ambas pudieron sujetarse a las compañeras más cercanas para no caerse. Alicia, que estaba cansada y un mechón rubio se pegaba a la frente, con cristalinas gotas de sudor, lanzó una desagradable mirada a esa pierna tan torpe. Luego fue Alicia la que se equivocó... Sus ojos miraron al suelo, perdió un movimiento, sintió que el sudor se volvía más intenso, más desagradable. Se quedó quieta un instante, mientras las demás seguían, y en sus ojos nerviosos, sus ojos de avellana clara, se dibujó el exacto esquema de aquel baile. Como quien levanta una mano del teclado, por perder los giros de uno de los pentagramas, Alicia dejó un brazo en suspenso, las piernas tensas, y siguió cada matiz de sus compañeras, repasando a toda velocidad la coreografía, anteponiéndose a cada segundo y cogiendo impulso para zambullirse en esa bonita comunión que ahora formaban. Ese segundo no era el indicado, se lo reprochó y se perdió el siguiente... Pero ahora venía el adecuado, justo ahora... Hizo un gesto del brazo izquierdo, del torso, desde su altura frente a las hermanas que lo ejecutaban de rodillas, y se engarzó con una limpia exactitud en cuanto éstas se levantaron. Como un mal sueño que se aparta con la mano, Alicia superó ese suspenso en blanco, y de nuevo era una bailarina más, era otra pieza en esa sagaz ejecución. Sandra, de reojo, observó la consternación de su amiga... Creyó que estaban en paz, tras ese extraño recelo con el que se había topado por llegar demasiado tarde. Porque Alicia la había mirado con cierta irritación, o eso le había parecido a ella. Sin duda, de haber sido así, se trataba de algo muy grosero, de un comportamiento soberbio que ella no merecía de ningún modo. La había invitado a tomar el té, le había preguntado por su vida. Había sido encantadora en todas las ocasiones en las que habían coincidido, aunque todavía fuesen pocas. ¿Qué había hecho para molestarla, si no sabía sus problemas, sus obstáculos, si no tenía la menor idea? Sandra flaqueó un momento, porque una nube se interponía en sus reflexiones de la mañana, en ese canto de belleza, de orgullo y comunidad. Pensó en los tibios sentimientos que esa mujer le había lanzado, y su corazón se encogió un poco. Pero quiso ser justa, e igual que no creía a nadie en el derecho de criticarla por falta de información, tampoco se creyó ella en posesión de la verdad, y pensó que, posiblemente, sólo había malinterpretado y asumido el desdén de unos ojos cansados, de un cuello húmedo y dolorido. Entonces, a ese adjetivo, sintió un punto de dolor en la pierna, una débil punzada que

estuvo cerca de desequilibrarla. Se imaginó la mancha oscura que pronto le saldría, porque se había golpeado con un aparador al salir tan atropelladamente después de cambiarse. Se irguió y quiso olvidar el golpe, quiso olvidar el despecho por ese insulto mudo. Y supo que no era inseguridad, en absoluto. Supo que más bien se trataba del rechazo a la falta de reciprocidad, esa manera de desdeñar sus esfuerzos desinteresados. No le dolía —suponiendo que aquél hubiera sido el caso— la crítica silenciosa, los comentarios de esos ojos tostados. Le dolía la educación muerta. Sí, eso era, la educación muerta, y ninguna otra cosa. Ellas, que se fundían en un baile único, que se unían y formaban parte de una misma esencia —una esencia que las necesitaba a todas—, se podían separar por un absurdo semejante, por una mala mirada que añadía tensión a su círculo, que lo enrarecía, que lo distorsionaba. Y Sandra se notó rígida, se notó distraída. Debía concentrarse, librarse de todos esos pensamientos... Porque era una mujer fuerte, claro que lo era, y no permitiría que conjeturas tan simples, tan tontas, entorpecieran lo que ahora hacía. Miró un segundo al techo, tomó aire. Estaba descansada, lista para seguir, fuerte.

Las líneas se disolvieron, todas las formas geométricas que creaban, y se separaron. Aquello estaba visto por hoy, pero no salía, aún no... Los malditos cantantes reclamaban el espacio, y comenzó una disputa alejada de los cómicos, donde los líderes de uno y otro bando se enfrentaron, hablaron de horarios y necesidades, se demoraron lo suficiente como para molestar a ambos colectivos. De alguna manera, apareció un pedazo de decorado... Alguien lo acercó al escenario, lo dejó allí y se fue, sin más explicaciones. La confusión creció y empezaron a preguntarse qué sentido tenía aquello. Pero los cantantes fueron lo suficientemente ágiles como para reclamarlo como suyo, y allí estaba para completar el ensayo, porque utilizaban aquel escritorio y aquella silla, utilizaban aquella pluma para fingir que se escribía una carta, y era exactamente lo que ahora iban a ensayar. Claro que eso era una suposición, porque no estaban demasiado seguros. El gremio de los bailarines, según la cabeza que ahora los representaba, veía aquello ofensivo, veía una falta de compañerismo inmenso. Pero a esa hora estaba previsto lo otro... La cabeza titubeó, se ruborizó. No encontraba salida, y el director, con la nerviosa batuta en la mano, esperaba ansioso a que se resolviese lo que fuese, pero cualquier cosa, cualquiera antes de seguir perdiendo el tiempo, lo que fuese que conllevase música y trabajo. Vio los brazos gesticulando, vio a los cantantes preparados y el impoluto maquillaje de la prima dona, que lo

miraba con cierta complicidad. El director miró a un lado, una voz más fuerte que otra terminó por agotarlo del todo. “Basta ya”, dijo, lo suficientemente bajo como para que ni el primer violín lo escuchase. “Basta ya”, y se llevó una mano afectada a la frente, y se encontró de nuevo con los ojos de la prima dona, que le sonreían. Esa mujer tenía una especie de confianza depositada en el director, como hombre serio y prudente, y gran cumplidor. “Me adora”, decía a su marido, como si en sus manos tuviese un tesoro. El pobre hombre intentó buscar una explicación a esa conducta, y terminó por encontrarla. Ahí estaba ella, claro, y esperaba que él se introdujese en la discusión para defender el ensayo de los cantantes. ¡Como si aquellos simios egoístas fueran a hacerle caso...! Negó con la cabeza, con los hombros altos, y dobló los labios. La prima dona hizo un gesto de fastidio, y se cruzó de brazos mostrando su evidente enfado. Pero el colectivo de baile acababa de caer en su error, y enrojecía y retrocedía... Su oponente se envalentonaba, esgrimía las razones que ya habían calado en el otro, reiterándolas y clamando seriedad. Los cantantes dieron un paso, la estrella se sentó corriendo en la silla, frente al escritorio, y cogió la pluma. Lanzó una mirada fulminante al humillado, como el último empujón que lo arrojaba al vacío. Aquella conducta, esa forma tajante de sentarse, de agarrar la pluma con los dedos crispados, era una intocable reivindicación de aquel espacio, y no permitía argumento en contra. Cogió el papel y empezó rayarlo con la punta de la pluma, intentando hacer ruido, con las esperanzas depositadas en ese suave murmullo del papel, inaudible entre los ruidos del escenario, como el golpear de la copa que podía hacer callar a todos los asistentes. La señora se sentó, escribió y escribió... El director movió las manos para preparar a los músicos, carraspeó y cogió la punta de la música, condensada en la esquina de esa batuta levantada, de esos brazos inmóviles. La discusión ya era un recuerdo, los personajes esenciales habían empezado y no permitían más demoras. Los cantantes se hicieron con el lugar, lo tomaron para sí, y se distribuyeron ordenadamente. Un punto de orgullo brillaba en sus semblantes, y empezaron a ensayar con todas las ganas posibles. Fue, para ellos, una buena mañana de trabajo.

CAPÍTULO V

El día había sido frenético. Sin saber cómo, en aquella jornada agotadora se habían condensado los esfuerzos de tanto tiempo, de tanto ejercicio, de tanto trabajo y tanta repetición. Los dolores, los pinchazos y tirones, confluían en aquel instante mismo, en aquel breve puñado de horas que se desharía. Por supuesto, no se trataba de algo terriblemente trágico, porque esa porción de vida derramada, esa porción donde brillaba tan solo unos segundos lo que tanto les había costado —y no era una mano, sino muchas en conjunto, y quien se encargaba de los decorados y los trajes, y todas las menudencias que ni siquiera podían imaginar, aunque fuese para una enumeración con el único motivo del adorno—, esa porción de vida, pues, se repetiría muchas más veces. Muchas, o bastantes, dependiendo del grado de exigencia, del prisma crítico y las expectativas que se habría formado cada persona. En todo caso, y como mínimo, imaginando el mayor fracaso de toda la historia de la interpretación —comprendida además en esos niveles—, se repetiría una vez más. De modo que las presiones podían rebajarse, podían relajarse como una muchacha que se soltaba el cabello, que se quitaba las medias y disfrutaba de sus piernas libres, desnudas, suaves —porque habría sido excesivo hablar de otra ropa interior, pensaron las mujeres, veladamente, aunque no comprendían placer mayor que ése—.

El día, en definitiva, había transcurrido de un modo frenético. Como era evidente todos los ensayos encontraban ahora su fruto en el estreno de aquella noche. Esa palabra, “estreno”, sonaba magnífica y sugería algo como letras brillantes, letras doradas e incluso con un contorno blanco repleto de luces. “¡Estreno!”, y sonaba a fama y elegancia, sonaba a altas esferas arremolinadas en una esquina donde los perfumes se mezclaban hasta formar un olor denso de azúcar. Y así era allá, en la zona de las butacas y de los palcos, desde luego. Pero muy distinto era el impacto de la opulenta palabra unos metros más adelante, en esas profundidades que se escondían tras el telón, bien ocultas para que no se destruyera ni un ápice de la magia. Allí estaban los nervios, las cuentas, los miles de errores que ahora asfixiaban un poco esos pechos apretados. En efecto, alguna mujer sentía como si se hubiese colocado una banda que la oprimía por completo, y calmaba el cansancio pensando que luego, después de todo, tras la tormenta, saldría a la calle y el fresco aire de la noche le salpicaría las mejillas. Claro que había

algo hermoso en esas mejillas coloreadas, en esas frentes sudorosas... Y en otros pasillos, en el piso superior, se cantaba. Se cantaba tanto y de una manera tan reiterada, que a alguien le produjo una suave jaqueca. Esas voces magníficas, celestiales, se volvían tan pesadas que obligaban al dolor de cabeza. ¿Era aquello de recibo? Pero no se podía pedir calma, no se podía pedir tranquilidad más allá del estricto orden, de la disciplina, de la profesionalidad. Además, ¿quién podía acercarse a la prima dona y pedirle que se callase un ratito? ¿Quién podía ofender a su marido, un excelente bajo, diciéndole que sería mucho más llevadera esa espera si dejase de repetir una y otra vez las dichas tres frases? Respecto a la primera, por un instante, se pensó en el director. Uno de sus colegas, muy respetuosamente, tras una comparación con una rana enloquecida —humor que a veces no se comprendía muy bien—, creyó que aquello era lo mejor, y se dispuso a buscar al buen hombre. Nadie consiguió persuadirle, y nadie tampoco lo intentó más allá de un sorprendido arqueado de cejas. Y por fin halló al hombre que tanto buscaba, porque literalmente no soportaba una nota más de aquella gran señora, y literalmente explotaría de escucharla. ¿Literalmente? El director lo miró primero con reserva, por si ese hombre sabía la poca elegancia de su repetición y, más importante aún, el significado de esa palabra. Pero ello apenas duró unas milésimas de segundo, porque enseguida creyó que ese señor era un auténtico imbécil. Sí, la estrella y él tenían algo interesante, un lazo que dentro de lo profesional encontraba intensas motas de afecto, o el equivalente a ese ambiente que no tenía nada que ver ni con lo familiar ni con lo amistoso. Pero, ¿qué se pensaba, en realidad? ¿Creía que sus poderes como director llegaban tan lejos, tanto como para inmiscuirse en esos pasillos y mandarla callar? ¿Pensaba que tanto lo estimaba esa maravillosa mujer, al modo de una niña a una figura paterna, como para cerrar la boca y no contradecir la orden? “Dios mío”, murmuró el director, imaginando el bofetón que la cantante le plantaría en la cara de atreverse tanto. Claro que eso era una exageración, pero... En todo caso, y dejando aparte la magnitud de aquella reacción, nadie movería un dedo, ni siquiera él, para evitar que otros compañeros no se cansaran de oírla.

Entre la confusión de las voces y los pasos, entre aquel enredo de cantos y respiraciones, con trajes a medio poner y otros colgados, con otros ya en pleno esplendor, con un paso firme y decidido, curtido en demasiados estrenos como para contarlos, delante y detrás del público, la señora Stöhr caminaba. El rostro serio, cuya excelsa redondez no le permitía perder ni un

ápice de ese tinte maternal, se mantenía fijo en una dirección, aunque los ojos se moviesen ligeramente a los lados examinándolo todo. Recorrió el piso de los cantantes, y avanzó hasta la estrecha escalera de caracol que llevaba al de los bailarines. Salvando el obstáculo de dos hombres que llevaban un cuarto de hora hablando, riéndose de todo con cierto nerviosismo, evitando a toda costa hacer comentarios sobre el estreno, la señora comenzó a estudiar el lugar. Dentro de lo que se esperaba en momentos como aquél, todo se mantenía en orden, y la señora Stöhr se sintió tranquila y orgullosa, orgullosa como una gallina que se arregla las plumas, con el pico brillante tras haberlo enterrado en el voluminoso seno por quitar una pequeña miga que allí se le había cruzado. Con el cabello atado como el de las bailarinas, pasó por delante de una sala donde cuatro chicas estiraban en estricto silencio. Eran las cuatro muchachas más dóciles que se podía imaginar, y la señora Stöhr había tenido la suerte de ver cómo se reunían en su teatro, una por una, llegando con algunos meses de diferencia y uniéndose en esa bonita armonía, como un ramillete de lilas. Aunque no todas estiraban lo mismo ni al mismo tiempo, resultaba una escena adorable, una escena dulce y encantadora, tras el inmenso revuelo de las voces que había escuchado arriba, tras las sonoras risas de los dos bailarines de la entrada, o los agudos comentarios de otras muchas. Como quien sostenía una copa de champán por la hija predilecta, la hija que se casaba o alcanzaba unos estudios merecedores de celebración, la señora Stöhr elevó una mirada húmeda y brillante, una mirada donde se resumía un intenso calor por ese bello arte que allí se observaba, ese arte que cambiaría ahora por otro, por la pintura, principalmente, por ser capaz de plasmar esa hermosa escena en un lienzo, de colgarla en el salón de su casa y no olvidarla nunca.

Entró en la sala, y a un mismo tiempo, tocando una misma nota, todas las niñas levantaron la cabeza, dirigieron una mirada a la eterna madre. En un perfecto ritmo, en un compás cálido y tranquilo, pero con un fondo de finura infantil, también sonrieron a modo de saludo, y volvieron sus ojos de nuevo a los estiramientos. La señora Stöhr se sentía cómoda, se sentía satisfecha. Miró a una y a otra, y así a las dos que faltaban. Se acabó colocando junto a la última, Carmen, que estiraba una pierna a la altura de su cintura, y se reclinaba sobre ella con cierta gracia, con una perfecta afectación desaparecida. A la señora Stöhr le pareció impecable, exacto, le pareció hermoso. Aun así, tocó aquella pierna con ambas manos, como para asegurarse, y la sintió tersa y triunfante. “Muy bien”, dijo, al estilo de una

profesora, al estilo de las profesoras que se lo decían a ella, “Muy bien”. Y entonces se puso junto a la niña, y también ella elevó su pierna y la estiró, apoyando el talón sobre la barra, no porque tuviera que enseñar nada a esa jovencita, sino por el mero placer de hacerlo, por el mero placer de sentirlo. Era indescifrable, el placer de los miembros estirados, de los miembros que trabajaban. Claro que para ello tuvo que remangarse un poco la falda, tuvo que subirla y enseñar parte de la pierna bien conservada, cubierta por la media marrón. Se vieron también sus zapatillas negras, que no eran otra cosa que zapatillas de bailarina. Carmen no pudo sorprenderse, y no se permitió más que una mirada, porque ya sabían que la señora Stöhr había sido bailarina, y ya sabían que lo había sacrificado todo por un amor que había terminado por llevarla allí. Carmen admiraba a esa mujer llena de energía como para dirigirlos a todos, a ese titán con zapatillas negras que conocía cada rincón del edificio, como si ella misma hubiese colocado los ladrillos. La respetaba y la admiraba, la admiraba como un modelo de conducta y de vida, y al igual que ella, todas las demás. Se regocijó en esa estancia callada, en esa estancia única donde estiraban con tranquilidad, y se regocijó, sobre todo, por tener a su lado a la señora Stöhr, integrándose con una pierna levantada, con los cabellos siempre recogidos, con el rostro redondeado de madre, de abuela, de mujer cálida.

Un rumor cruzó entonces el pasillo. Alteró ligeramente la atmósfera de aquel ramillete que la señora Stöhr unía como una cinta blanca, y un ligero aroma, como de aire que se mueve tras los cabellos, entró en el cuarto y las despistó un instante. Era el murmullo de unos pasos rápidos, cortos y muy veloces. Eran pasos nerviosos, de noche importante. Desprendían un olor curioso, un olor preparado, exacto, de maquillaje y polvos claros. Al igual que si se hubiese rebozado los pies en una masa blanca, aquellos pasos parecían dejar huellas limpias, y cualquiera podría seguirlos y apresar a la bonita mujer que los ocasionaba. Pero ésta se escurrió lo suficientemente rápido como para que ningún brazo le agarrase la cintura, como para que nadie pudiese cogerla y cargarla a los hombros, como una inmensa ave herida.

Dejando la esencia de sus mechones negros en el pasillo, Sandra se metió en un cuartito sin dudarlo, arrimó la puerta y soltó un sonoro suspiro, complemento perfecto de las mejillas inquietas y ahogadas. Ya preparada, siempre lista, se dejó caer al suelo de rodillas, con una gracia de ángel juguetero, y puso dos manos en las rodillas de Alicia, que esperaba sentada a que sonase de una vez la sirena de su debut. Pensaba en ciudades lejanas, en

personas olvidadas, cuando la abundante barbilla de Sandra se le posó sobre las piernas, como una gatita mimosa. Le pareció extraño el sutil rumor de aquella cara generosa, que aterrizó en su piel con la misma delicadeza de un pétalo que caía en la alfombra verde.

—¿Qué tienes, muñeca?— dijo Sandra con algo dulce en la voz, y sonrió alegre. Le gustaban los estrenos, le gustaban los nervios. Le gustaba el reto y era adicta a su cuerpo bailando frente a miles de ojos, era adicta a inclinarse bajo los aplausos. Disfrutaba vistiéndose, peinándose, viendo la locura que se extendía por aquel sitio cargado de belleza. “¿Qué tienes, muñeca?”, dijo con el rostro alegre, ante los ojos castaños de Alicia, que caían pensativos. Ya le había dicho, poco tiempo después de su llegada, en una de sus reuniones privadas en el despacho ajeno, que sus facciones le recordaban a las de una caja de música que había tenido. Como tantas otras, se abría y la bailarina daba vueltas, con el tutú impoluto y los brazos arqueados. Alicia era como la muñeca que daba vueltas, y esa imagen contribuía a su figura escurridiza, silenciosa, misteriosa.

A Alicia le hizo gracia esa entrada, y se inclinó un poco hacia los labios de Sandra, rosas y un poco pálidos.

—¿Sabes cuánto falta? Odio estas esperas, son lo que más odio en el mundo.

—Por eso te quedas aquí sola, aparte.

Alicia asintió, y las largas pestañas rubias, que describían una curva repleta de filamentos, tantos como el borde de un cordón de cortina, bajaron un instante. Ellas aún tardaban en salir, tardaban mucho más. Pero, ¿era angustia lo que cerraba ahora la garganta de la muñeca? A Sandra le pareció que cobraba vida, que se volvía humana. Le pareció ver un punto rojo allá donde debía haber colorete, pero era demasiado difícil. Ese punto se disipó de repente, cuando Alicia dejó su espalda erguida contra el respaldo de la silla. Sus pupilas, que se quedaron un segundo mirando hacia la puerta arrimada, parecieron más inanimadas que nunca. Sandra imaginó un hombre con ese cuerpo en las manos, con un pincel delgadísimo y pintando esos dos círculos marrones, “pim, pam”, uno y otro, y su juguete terminado.

—¿Estás nerviosa por ser la primera vez aquí?

Alicia ladeó la cabeza, como buscando una respuesta. No se trataba de prudencia, de reserva. Más bien, tampoco ella sabía por qué su corazón se había quedado frío, temeroso en las entrañas del teatro. Era una especie de aliento tétrico, que se le había subido a la frente y le imprimía una especie de

fiebre. Siempre estaba segura, pero también cometía errores. Flaqueaba, dudaba, se desestabilizaba.

Sandra se levantó, y se olvidó un poco de Alicia. Algo había recordado, y en su mente empezó a repasar esa parte compleja, hizo algún giro, entreabrió la boca y después se mordió el labio... Se llevó una mano a los ojos, era mejor que no hiciera eso. Habían practicado muchísimo, todo saldría bien. Se obligó a enterrar los miedos, y sacó de nuevo una sonrisa. Miró a Alicia con cierto compromiso, como si hubiese cometido una falta absurda, pero que de todos modos era una falta. En el interior de sus ojos, se reprochaba haber hecho eso delante de su amiga, de la muñeca callada, porque ya estaba lo bastante nerviosa como para que ella lo aumentase. Hubo algo ya familiar en ese gesto, ya habitual. Era exactamente la expresión que ponía cuando ocultaba sus hermosas manos, porque no viese la cicatriz que escondía entre dos dedos. Y se trataba de una expresión habitual, porque Alicia a menudo dirigía sus ojos a ese punto, sólo para molestar a Sandra, sólo para contemplar la agilidad con la que esas manos volaban y se ocultaban en cualquier parte.

La señora Stöhr irrumpió en la habitación, con aspecto severo. “¡Niñas, vamos!”, gritó, cansada de buscarlas. Y las dos amigas, cada una sumida en las nieblas de sus pensamientos, una en la vergüenza, otra en las dudas, se levantaron sin decir nada y corrieron escaleras arriba, bajo el atento seguimiento de la mujer que cuidaba hasta el último detalle de su teatro.

Las tres subieron, y se encontraron con todas las demás arriba, alrededor del escenario, respirando en ese hueco secreto y oscuro donde se condensaban todas las inquietudes que el público no podía acariciar.

Quienes acababan de recibir los aplausos se retiraban. Se introducían en ese vasto espacio de la gente común, despojados de su gloria al camuflarse y equivocarse —a pesar de las ropas brillantes y las sonrisas del éxito— entre todos los demás. Las sombras cubrieron sus caras, porque había una extraña oscuridad. Así les cegaba la luz cuando salían al escenario, así, por un momento, se les nublaba la vista. Todavía duraban los aplausos cuando las mujeres se pusieron muy rígidas, muy rectas, y entraron y se colocaron, una tras otra, en exquisito orden. Salieron, esquivando la cortina que la señora Stöhr les apartaba, como en un desfile de espíritus blancos, de espíritus hermosos y bien moldeados, como un desfile de pasiones lejanas, intocables. En diversos puntos del patio de butacas, en diversos asientos, goteando desde el paraíso, rebosando de los palcos, se despertaron sentimientos de deseo

hacia esas muchachas bonitas y vestidas como en un sueño, un deseo a veces físico y a veces artístico, un deseo de observarlas y notar su aliento y la elasticidad de sus miembros, una loca pasión que les haría saltar al escenario y acariciarlas, tocarlas para ver si seguían entonces vivas o si se deshacían en miles de burbujas, en pedazos brillantes, como un cristal que caía. En efecto, no parecían seres como ellos, como los simples espectadores, revestidas de aquella corona como divina, como de otro mundo. Así se pasearon sin el menor atisbo de timidez, luciendo sus piernas bien torneadas, sus piernas fuertes de tigresas, y se colocaron sin que nadie pudiese notar el ebrio mareo que ahora las cubría, ese mareo de nervios, de calor bajo la luz, del crudo instante en el que el menor gesto podía traicionarlas como nunca antes lo había hecho. Y comenzó la música, y comenzaron su magia. Algunas sonrisas brotaron entre los asientos. Qué bonito, eso que hacían... Cómo era posible, con unos cuerpos como los suyos.

Dos ojos de un oscuro desteñido, como el marrón que se desvanecía un poco para trazar cada surco del iris, se fijaron sin ninguna reserva en las bailarinas. Con los escotes adornados de plata, en un dibujo que les continuaba por la espalda, resultaban preciosas. Observó cada una de ellas, y las observó con un rostro acostumbrado a la música, al arte, acostumbrado a ese hechizo que desprendían las noches de espectáculo. Se fijó en Sandra, a la que conocía personalmente. Le parecía una mujer hermosa a su manera, hermosa por el carácter que tamizaba los rasgos un tanto groseros. Era agradable, alegre, y muy formal. Confluían en ella todas las características un tanto aburridas pero bellas para observar que la volvían la perfecta prometida, la perfecta esposa a ojos de unos padres, de unos tíos, quizás del mundo entero. Cuando salía del escenario, porque aquello a veces resultaba incomprensible, cuando se presentaba entre sus padres y con su casa tras la nuca, entonces relucía ese aspecto de auténtica perfección, de virtud espléndida. Claro que después se apretaba en esos trajes de bailarina y se subía al escenario. Resultaba gracioso, resultaba incluso hilarante, esa contraposición de términos. La perfecta prometida, la gran esposa y madre, hacía gestos de mujer desfallecida, y quizás ése fuera un empujón para que su posible marido se derritiera ante ella, para que le diese la mano y pudiese tragarse todas las grandes cualidades aceptando también que sería irremediamente feliz. Y pensó todo aquello de repente, de un golpe, al primer vistazo que depositaba sobre la muchacha, de una manera que parecía incluso cruel, incluso devastadora. Se ponía en otra piel, en la piel de un

hombre joven y lejano al matrimonio, que quería divertirse enviando flores y bombones, que quería la chica alocada y un poco descarada, con los labios muy rojos, los cabellos muy brillantes, ese tipo de chica que se iba deslustrando al paso de los años, para la cual había inmensas cantidades de regalos, pero las casas, las casas familiares, íntimas, donde se criaban los hijos y se hablaba de aniversarios y fiestas con todos los parientes, estaban siempre cerradas. Eso le pareció a él que pasaba ahora, que pasaba con sus amigos y que debía pasarle a él mismo. Sandra se volvía entonces el tipo de mujer que debía esperar, que podía utilizar su bella sonrisa para seguir siempre alegre, tranquila y en paz mientras no llegaba su momento, cuando las otras se hubiesen divertido lo suficiente como para haber aburrido ya a todos los pretendientes, momento en el que ella triunfaría por encima de todas. Sí, era algo así... No estaba seguro de haberse expresado muy bien, ni siquiera sabía exactamente qué había dicho, y si eso se acercaba a sus sentimientos. En todo caso, apreciaba a Sandra como lo que era, una persona maravillosa, pero se apreciaba a sí mismo lo suficiente como para observar con sinceridad sus sentimientos, y buscaba miles de excusas —y la principal era la juventud— para calmar las tormentas que se cernían sobre ambos. Tormentas, exagerando un poco, porque no había más presiones que los deseos mal callados y extendidos entre sus más cercanos familiares. Esos que se descubrían cuando ambos coincidían y se ponían a hablar, a hablar de todo y de cualquier cosa, y era imposible no sentir las miradas que volaban hacia la pareja, las miradas que los rodeaban y querían ver coqueteos donde había una vieja amistad casi fraternal, que querían ver rubores y tartamudeos donde había un ligero aburrimiento, porque tampoco tenían demasiado que decirse, a pesar de su vieja relación, quizá por la separación de sus intereses, de sus dos mundos. Y Sandra era perfecta, sí, por supuesto, pero sencillamente no veía más que una perfección ideal para cualquier otro. Y no era que él buscara incansable esa chica descarada, no era que su juventud le hiciese querer demorar las relaciones serias, los matrimonios, la monotonía junto a una mujer para toda la vida. Se trataba de una emoción que no llegaba a florecer, de un sentimiento que por ningún lado encontraba. Y así se escurría, entre los proyectos de los padres que no llegaban a culminarse, entre una amistad obligada por los numerosos encuentros que a ninguno de los dos satisfacía.

Víctor no pudo sorprenderse por aquella larga confesión, pues no era la primera vez que se la hacía, entre las brumas de la noche, ya fuese en un

palco o en medio de la calle. Era una confesión cíclica, que nunca terminaba, que no se resolvía. Al menos podía tener la conciencia tranquila por no hacer daño a una niña enamorada, porque estaba seguro de que Sandra tampoco veía en él nada más. De ningún modo habría sido culpa suya que ocurriese lo contrario, pero era mucho mejor así. De ese modo podía entretenerse charlando con ella, cuando los parientes formaban círculos para hablar de hijos y sobrinos, para jugar a las cartas, para fumar con la luna acariciándoles la calvicie. Podía entretenerse charlando con ella y podía verla bailar, y así lo hacía ahora, porque se trataba de un espectáculo hermoso. Luego pasó a otra bailarina, y así a otra, intentando recordar a quién conocía y a quién no, con cuántas se había cruzado y con cuántas había hablado, aunque él no se paseaba demasiado por el teatro, a pesar de todo. La verdad es que no lo hacía en absoluto. Tampoco lo hacía su padre, ni siquiera el señor Stöhr, depositando todos, con una fe ciega, y en un gesto de vagancia implícito, todas las tareas del día a día en la magnífica Stöhr.

Repasó una por una a las cuatro bailarinas que estiraban en silencio, y se le representaron como cuatro luces puras, tintineando entre las faldas y piernas claras, como suspiros de piel pálida. Observó otra más, y otra, y acabó fijando los ojos en una paloma blanca que se movía con una destreza de plástico caliente, con los ojos ausentes, el rostro serio y el cuello estirado. Había dicho paloma blanca, pero luego le pareció injusto el contorno inflado del ave, y pensó en una garza, en una garza rubia —aunque no sabía si existían las garzas rubias, hasta donde él sabía eran de colores pardos, como aquélla que habitaba en el río—. Vio a la garza rubia y le pareció majestuosa y lejana, como borrosa, protegida por una película transparente que la alejaba más y más, que se escapaba de su mirada y sus manos. Aquella seriedad era incluso tétrica, era incluso aterradora, y no pudo evitar pensar en cómo sabría aquella piel de plástico. Un sentido del romanticismo le sugirió la fresa, pero sabía que eso era imposible. Era fuerte, cruda, como el chocolate negro, como algo bañado en un caramelo espeso e intenso. Vio la garza blanca, bailando, y se arrellanó en la butaca con un dedo en los labios, con una pierna abiertamente cruzada sobre la otra, y el iris marrón un tanto desteñido, claro, meticuloso, recorrió aquel cuerpo que le movía las emociones, que bailaba mezclándose y confundiéndose con las otras bailarinas, pero saliendo siempre airoso y única, con las alas extendidas, con el cuello intacto.

—Ésa es la nueva— dijo su compañero de palco, señalando ahora que se dividían de una manera más sencilla.— Ésa, la segunda de la fila de la

izquierda.

Víctor miró la fila, contó. Era ella, su garza blanca, la que el amigo le señalaba. Y en parte le divirtió la casualidad, y pensó en grandes palabras que aún era demasiado pronto como para tocar, palabras que hablaban de destino y símbolos. Pero guardó un poco la compostura, guardó las formas e intentó esconder ese ligero orgullo algo manchado, porque le parecía extraño que precisamente su amigo fuese a informarle de los nuevos —o viejos, o lo que sea— cómicos de ese teatro. Cuando la elemental lógica aludía a lo contrario, allí estaba Marcos, informándole de lo que ocurría en aquel negocio que prácticamente era también suyo. Pero no le dio demasiada importancia, con la mente embrujada por los pasos de esa mujer que bailaba, y asintió sin tener ni idea de que nunca antes había estado allí. Entonces se sintió tonto, se sintió estúpido. Aún sin saberlo, podía haberlo concluido al ser obvio que nunca antes la había visto, por razones de lo más fáciles. Se vio en una encrucijada, en una encrucijada que aludía a su inteligencia, bastante corta en estos momentos, y musitó un simple “Sí” en el que creía salvarse ligeramente, salvarse por imprimirle un tono neutro, donde no había ni sorpresa ni afirmación rotunda, donde no había nada que apelase a su conocimiento o desconocimiento del tema. Pero Marcos siguió como si aquella palabra no hubiese sido pronunciada, y quizás ni tan siquiera la había escuchado. Pasando por encima de todas las reservas que habían nacido en su amigo, en las cuales él no había pensado ni por un segundo, se dispuso a observar a la chica que allí se exhibía, junto a sus compañeras casi idénticas, todas simétricas y blancas y pequeñas y mágicas, adornando aquí y allá el escenario, adornando cada esquina y dotando de una refulgente luminosidad el suelo de madera.

—Se llama Alicia B., y dicen que tiene unos pies de un tamaño ridículo, muy pequeños para una mujer adulta. No es más que una bailarina de segunda, de relleno, pero dicen que es muy hermosa.

Víctor acogió aquellas palabras con cierto recelo. Su carácter susceptible podría haberle sugerido que, tras observar su estado de ánimo y la dirección de sus ojos, su amigo había aprovechado ese momento para burlarse de aquel encanto. Con una mano maligna, se habría introducido en los pensamientos de Víctor y los habría extendido por el suelo del palco, para verlos y agujinearlos con aquellas palabras —“ridículo”, “segunda”, “relleno”—. Sin embargo, dejó eso para otras ocasiones, pues confiaba su entera amistad a ese hombre que le hablaba con toda cordialidad, con una naturalidad propia, y se

vio obligado a responderle, pero antes hubo de fijarse en aquellos pies, y dejarse seducir por la idea que ya se comentaba como el rasgo distintivo de la joven. De ese modo vio su tamaño y lo comparó con las demás, y le pareció que no tenía nada especial, que aquella tontería de los pies ridículos no se correspondía con lo que veía. Claro que se encontraban a cierta altura, a cierta distancia, y percibió la sonrisa de Marcos, que se dirigía al mismo punto que él, y se dejó seducir por esa idea que tanto estruendo había causado. Al igual que un aroma como de vino, resultaba un rasgo que tenía un cariz divertido y único, y se dejó seducir por la idea hasta que aquellos pies le parecieron dos minúsculos suspiros, incapaces de sostener el cuerpo de la bailarina, pero que aun así lo hacían con una gracia espectacular.

—¡Es verdad!— dijo, encantado, con los ojos muy abiertos. Marcos se echó a reír, y dirigió su mirada a otras bailarinas, examinando cada uno de sus detalles. Su mirada, que era algo dura, opaca, sabía exactamente el nombre de cada bailarina y de cada cantante, así como olvidaba al instante los de los hombres. Nunca había llegado a relacionarse con ninguna, pero en sus continuas visitas al palco, consideraba un hermoso placer estudiar a aquellas niñas preciosas. Su mente inquieta y divertida, que hablaba de juventud como un barco a la deriva, sin rumbo fijo ni puerto alguno, movía esas pupilas al igual que una caricia, una caricia que observaba sin maldad ni intenciones, pues aquella idea del barco, de la libertad, era un fantástico entretenimiento mientras esperaba sediento aquel instante en que toda la teoría se desparramase y se rompiera.

Entraron los hombres, y aquello dio un nuevo colorido al escenario. Con las mallas de un verde pálido, apretadas, y las flojas camisas que no dejaban adivinar ni tan siquiera el contorno de sus fuertes brazos. Las mujeres parecieron repartirse entre ellos, y otras abandonaron la escena. Como un pajarillo asustado, Alicia se escabulló entre los colores blancos, como blanca era su piel, y voló fuera, allá donde no llegaban las miradas del público. ¿Qué había sido de la bailarina, de la mujer de pies pequeños, de cabellos rubios y ojos castaños? Víctor contempló cómo se iba, cómo corría, sin dejar de bailar, como un espíritu nervioso, entre sus compañeras. Los ojos ahora se entretenían con el nuevo baile, con las niñas elevadas sobre las manos de los hombres, con los pasos que recordaban a un salón muchísimo más difícil y muchísimo más vertiginoso. Pero Víctor se sumió en la sombra del palco, mientras su amigo sonreía ante los cambios de la música. Pensó en qué había sido de la bonita Alicia, qué había sido de esas preciosas muchachas que

abandonaban. No podía imaginarlas cruzando los límites del telón y transformándose en personas, en personas como lo eran ellos, despojadas de toda magia. No las imaginaba hablando, poniendo mala cara, pensando en qué habían hecho mal y qué bien. Entonces se aterrorizó un instante, porque lo único que se le ocurría, lo único que su mente podía comprender, era que en cuanto una de esas zapatillas tocara el oscuro suelo, su dueña se deshiciese en pedazos, se desdibujase como un soplo de aire y dejase de existir por completo. ¿Qué había sido de las bailarinas, qué había sido de aquellas figuras elásticas y hechiceras? El público aplaudió, los hombres y las mujeres de la nueva escena se acercaron a saludar. Con los rostros orgullosos y los hombros relajados, se deshicieron en una reverencia ante el público. Sandra, en su inclinación, llegó a rozar el suelo con el codo. Había estado deliciosa con un brazo levantado, sentada sobre el hombro de uno de sus compañeros, y las piernas cruzadas que colgaban en el aire.

Pasó una hora. El director subió, los aplausos se fueron apagando tras la segunda y tercera salida. Ya nada se movía tras el telón, y un zumbido constante, lleno de matices, de gente levantándose y cogiendo sus abrigos — y saludando, comentando, mirando hacia uno y otro lado mientras esperaban a que el pasillo se despejase—, ahogó el teatro. Algún destello se movía de un palco a otro, y la barra colocada en el paraíso brillaba intensamente. Los asientos quedaron desiertos, y una bruma de jolgorio pasado flotó en el ambiente. Cayó al suelo, con una actitud de cansancio un tanto triste, quizás de nostalgia.

CAPÍTULO VI

Había salido bien. Todo, sin duda, había ido muy bien. Y aunque desde que dirigía aquel teatro estaba acostumbrada a que las cosas fuesen bien, era imposible no sentir orgullo cada vez que volvía a ocurrir. Se llevó una mano al cabello, y colocó un mechón frente a su boca, que mordió una, dos, tres veces... Suave, coquetamente, como para notar el crujido de cada pelo deslizándose entre sus dientes. Con la sonrisa mediada, quiso sacar la cabeza y respirar el aire libre de la mañana, el aire con esas gotas de nieve... Con ese rumor de agua sepultada en las comisuras de los paseos. Aquella idea la ayudó a olvidarse de tal empresa. Miró hacia un lado, y vio los adornos oscuros del coche. El universo se había despertado con un meticuloso orden, con una diadema limpia y clara, para que la señora Stöhr lo observase desde su ventana. Qué podía sentir, sino triunfo. Qué podía sentir, ella, que se había formado como bailarina y había terminado por dirigir aquel monstruo, por ponerlo en marcha, por dominarlo sólo con la ayuda de su esfuerzo. Su marido hacía cuentas, su socio encendía un cigarrillo y hablaban y hablaban entre el humo, entre aquellos vapores de un despacho alto y lejano, como metidos en un cubo de cristal que poco a poco iba ascendiendo hacia el cielo y olvidando —desconociendo, más bien— aquel objeto respecto al cual contaban, aquel capullo insignificante del mundo para el que movían dinero y frases y cierto estatus. Cierto, relativo... Qué importaba lo que fuese, qué importaba el objeto. Eran sumas, cuentas, reuniones. Las entrañas del negocio no eran más que detalles, la cuestión era aquello que lo recubría, la cáscara sobre la que hablaban sin parar. ¿Arte? ¿Calzado? ¿Sombreros? ¿Armas? Nadie sabía nada de eso. Decir que eran los dueños de un teatro era igual que nombrar una empresa llena de piezas y telas que iban de un lado a otro. Sólo ella conocía aquello, sólo ella podía lanzarles una mirada de desdén, de merecida superioridad. No se encargaba de las cifras más allá de lo estrictamente necesario —porque si ella estaba allí, ella debía supervisar qué se estaba haciendo también con las hojas llenas de cálculos—, porque la aburría enormemente. Hacía algo mucho mayor, mucho más agotador, que era estar día tras día en las entrañas, saltando de pasillo en pasillo y del escenario a las escaleras, controlando todo, cada filamento de ese rincón donde había puesto su vida entera. Algunos —y sobre todo algunas— le lanzaban una mirada de lástima, por la mujer que se deslomaba trabajando

diariamente con los cómicos, madrugando y saliendo la última del teatro. Aunque, claro, ¿de dónde había salido ella? Quizás fuese eso, era lo que en verdad conocía, era su elemento, allí se sentía cómoda. Entonces las miradas afirmaban, se calmaban, lanzaban una sonrisa y ojeaban los papeles — invitaciones, cartas, con los hombros cubiertos porque a esas alturas del año hacía mucho frío—. Y la señora Stöhr no se enzarzaba en peleas, no daba explicaciones. Ella había salido de un lugar así, claro, por supuesto. Pero lo que hacía ahora... Algunos —y sobre todo algunas— seguían mirándola, se acercaban y le preguntaban por el teatro, le decían que era un ejemplo del trabajo sin descanso. La señora Stöhr asentía, recibía las palabras y esgrimía la pasión, la auténtica pasión, como un cetro todopoderoso que escondía entre las faldas. Porque lo que ella sentía era pasión, lo que ella hacía era pasión. Pero lo inútil de explicarlo, cuando además sabía que a nadie le interesaba sentarse y escucharla, le hacía guardar aquella herramienta y esgimirla en el entramado repleto de artistas, y ella, como la sombra de lo que había sido, reforzada e inmensa, con contornos dorados.

Su marido contaba. Su socio contaba. Su marido se sentía agradecido de tener a su andaluza, a su española sureña... A ésa a la que llamaba “amor mío”, porque no era cuestión de airear los secretos de su dormitorio. Se sentía agradecido de aquel titán que desbordaba esfuerzo y capacidad. Su socio la valoraba también, aunque siempre podían haber pagado a alguien para... En todo caso, era un ahorro. Y la señora Stöhr se bajaba del coche con su hija, y entraba en el teatro mientras él encendía un cigarrillo. Hacía algo de viento, era una locura tener aquella ventana abierta. Pensó en Camila, que era despistada y no sabía por qué la mantenían. Aquella niña tenía un cuerpo hermoso, bajita pero voluptuosa, con los labios anchos y el busto generoso. El hombre fumaba y a veces ella tosía, porque nunca había probado el tabaco. Parecía una polilla asustada, que había entrado equivocada en esa casa y abría sus grandes ojos ante todo... Y qué antepasados tendría, para que aquella tez tuviese un punto oscuro, un punto moreno. Con las niñas todas tan blancas, tan pálidas, y ella enteramente morena, como las gitanas. ¿Dónde había nacido? ¿De quién?, ¿cómo? Se la imaginaba bailando descalza, con una pandereta en la mano. Se la imaginaba con monedas cosidas a un paño, y una pulsera en el tobillo. Quizás le regalase una, porque ese matiz exótico le gustaba. Pero ahora no era el momento de pensar en ello. ¿Dónde estaba Víctor? Y a la vez que el hombre sacaba un pañuelo, porque acababa de estornudar, y preguntaba a otra —Camila, ¡qué raro!, andaba perdida— si su

hijo había salido, la señora Stöhr, en otro lugar, se sorprendió y abrió la boca con cierta confusión.

—¡Víctor! —dijo, y el joven se dio la vuelta, viendo a la señora y a Sandra.

El oscuro iris de la bailarina ascendió hasta la barbilla cuadrada del hombre, hasta sus cabellos, sus hombros fuertes. Una expresión infantil, que delataba la confusión de Víctor, por no saber muy bien adónde dirigirse, contradujo aquel contorno viril y rudo de sus brazos. Pergeñó con burdas manos una sonrisa, no porque le costara sonreír a las dos mujeres, sino porque no veía cómo excusar su absurda aparición. Debería haber avisado antes, debería haber concretado una hora con la señora Stöhr y así todo habría sido mucho más lógico. Pero la impaciencia había podido con él, y había tomado aquella decisión la noche anterior, y esa mañana había llegado muy temprano. Demasiado temprano, al menos, aunque eso le había permitido presenciar ahora la llegada de la dueña, evitando así esparcir su ridículo por más partes. La cuestión era que... Bueno, lo imprescindible en ese caso era explicarse inmediatamente tras el saludo.

—Me gustaría empezar a conocer el funcionamiento del teatro. Siempre veo a mi padre hablando de él, y... Y me gustaría prepararme para ayudar, tener una formación con la suficiente antelación como para, llegado el momento, ocupar el lugar que ahora ocupa mi padre, y de todos modos, empezar a ser consciente, de verdad, de cómo es este lugar. —Hablaban limpiamente, en sus imaginaciones, en sus representaciones de aquel momento, en su cama, en la oscuridad del dormitorio que le permitía todos los escenarios, todas las ropas y todas las buenas resoluciones. Ahora se repetía ese discurso, lo repetía, limpio en su mente...— Resulta curioso que tratándose de un negocio tan principal en mi vida, en la de mi familia, mi conocimiento no llegue más allá de ver las actuaciones, como cualquiera. Siento no haberla avisado antes, señora Stöhr, supongo que estoy siendo un estorbo, tendrá la mañana más que organizada... La cuestión es que lo he decidido de repente, esta mañana, nada más levantarme, aunque era un proyecto que llevaba bastante tiempo acariciando, y me arrepiento de no haberlo hecho antes, como si hubiera faltado a mi responsabilidad. De todos modos, no necesito grandes esfuerzos por su parte... Lo último que quiero es ser una molestia y que usted se vea obligada a darme clases sobre la buena llevanza de un teatro. Me bastará con observarla, moverme por aquí de vez en cuando y examinar los detalles de esta inmensa profesión. Claro que podía dedicarme a examinar documentos con mi padre, pedirle que me explique cómo es esto... Pero seamos sinceros,

¿quién sabe de esto más que usted? Usted, que ha trabajado en ello desde siempre, primero como una pieza más y ahora como el alma misma del teatro... —Ése era el momento en el que se veía encantador, atento, y en el que Stöhr debía sonreír un poco, porque a todos gustaban los halagos, sobre todo respecto a un esfuerzo que contemplaba sinceramente. Y seguía hablando, limpio, recto...— Además, creo que (y no quiero ofender a nadie, pero entre nosotros) resulta un poco cínico decir que se regenta un teatro si uno no decide remangarse y bajar aquí, beber los agobios y todas las necesidades y empaparse de ello. En todo caso, señora Stöhr (y también apelo a la paciencia de Sandra, por supuesto), ¿le importará que me pasee por aquí, que vea su trabajo y aprenda en silencio de él? Si cree que voy a convertirme en una molestia, dígamelo con toda confianza, puedo posponer estos planes todo lo que sea necesario, e incluso terminar dejándolos de lado, si es lo mejor.

Fin. Perfecto, depurado, sobrio. Decía justo lo que tenía que decir. Ése era el discurso de su cabeza, ése era el que había repetido miles de veces en la oscuridad y en la claridad del amanecer. La única lástima había sido la comparación con la realidad. Sus manos sudorosas, su voz que se cortaba. Era un hombre resuelto, no se trataba del típico pardillo de segunda que se colocaba tras los protagonistas. No se aturdí y no guardaba ese atractivo del hombre que se embarulla y se ruboriza. Pero era tan difícil decir todo aquello y hacerlo bien, sobre todo tras haberse marcado esa meta como una necesidad, o mejor dicho, como la necesidad... La necesidad principal de su vida, ahora. Había sudado un poco, sí, se había equivocado. Había repetido algunas palabras más de una vez y en otras casi había llegado a tartamudear. El risueño semblante de Sandra, siempre alegre, por un instante le hizo temer que en realidad se estuviera riendo de él. En la mitad se había quedado en blanco un segundo, quizás dos, tres... Y algunas cosas no las había dicho. Algo de los halagos a la señora se le había quedado prendido en la memoria, allá, en un oscuro recoveco, sin poder soltarse. Ahora lo recordaba, pero era una tontería decirlo de repente. Parecería un chiquillo queriendo agradecer de la manera más brusca y más estúpida posible. ¿Dónde estaba su discurso? Allá, en su cabeza... Sin repeticiones, sin interrupciones, todo pulcro, bien delimitado.

La señora Stöhr recibió todas estas palabras como si acabaran de despertarla. Era un largo monólogo que redundaba en la misma idea una y otra vez, que había acabado por sonar como un zumbido penoso, y de la que ella extraía

una clara conclusión que no podía evitar de ninguna forma: la molesta presencia de Víctor husmeando por el teatro. Aquella afirmación fue rotunda, seria, y la buena mujer apenas fue consciente de que en algún momento se habían formado tales palabras. Se trató más bien de una sensación, algo que embargó su persona sin dejar ni un solo rincón. En la rapidez de un pestañeo, quiso poner los ojos en blanco y apartar ese discurso de un manotazo. Pero entonces, con ese sentimiento inundándola, con aquel fuerte y convencido rechazo, su parte dulce y cálida se alteró, se enfadó, y tuvo que matizarlo. Su presencia no le resultaba molesta, o más bien, no era el problema que la presencia fuese suya o de cualquier otra persona, sino la presencia en sí, el hecho de unos ojos y unas piernas por aquí y por allá, un auténtico inexperto mirándola y demandando implícitamente explicaciones, obstaculizando el paso cuando los bailarines tuviesen que salir corriendo, una sombra tras el telón incomodando a los cantantes y haciendo surgir preguntas, distracciones, chismes, todo lo que alguien nuevo y que nada hacía podía suponer. Sí, lo que le molestaba era la presencia sin más. Por eso cortó de raíz ese impulso que ya crecía y que iba a criticar lo primero que se le venía a los ojos, como esos gestos desagradables de las manos, ese remolino de niño pequeño que se le formaba en la coronilla. ¿Quién podía trabajar cerca de algo así? Era la presencia, era la presencia... Y quiso sonreír, extender su brazo señalando la salida y luego darse la vuelta con su hija. ¡Qué elegante, darse la vuelta en silencio, con los labios encantadoramente curvados! Era eso de la estética, que vibraba en ella. Pero no podía hacerlo. Él, Víctor, no era alguien, sino el hijo del otro socio, el futuro dueño de la mitad del teatro, en definitiva. Era imposible negarse, tan imposible como que su socio se opusiese a que Sandra bailase allí. Si en cierto sentido ella hacía lo mismo, sólo que aportando una artista muy necesaria en lugar de dos ojos bobalicones sin experiencia ni idea alguna de lo que era eso. Pero no podía, desde luego que no. Y esa escena del hijo del socio, del futuro dueño de aquella mitad, explotó en la cabeza de la dueña como se abría una novela al viento, con todas sus páginas moviéndose a toda velocidad, haciendo un ruido vibrante del papel que se cortaba. ¡Qué desbarajuste —y ésa fue exactamente la palabra que se le ocurrió a la señora Stöhr—, qué desbarajuste tan inmenso! No quería ningún desvío de la atención, no quería nada que empeorase la buena marcha del teatro. ¿Cómo evitarlo? Y seguro que él no intentaría impedir nada semejante. ¿Qué persona de su edad querría impedir ser el lustroso gallo de su corral, ése que tanto adoraba?

Lo que más le fastidiaba, por encima de todo eso —reconoció en un instante de obligada sinceridad íntima—, era que se metieran en su lugar. En su mundo, en su dominio. Todo aquello respecto a la delegación que su marido y su socio hacían, allá en un despacho, en sus casas, en donde fuese, era lo que más deseaba, era su felicidad. Encontrarse sola en el teatro, dirigirlo con toda la responsabilidad sobre sus hombros, era exactamente lo que quería, lo que necesitaba, lo que le daba impulso. Nunca habría aceptado ni acercarse de no tener plenos poderes, sin que nadie le preguntase nada. Siempre se había considerado muy afortunada por la desidia de su marido y del otro, por la delegación absoluta que hacían sobre ella, incluyendo la mitad ajena. Y ahora querían observarla, querían aprender el oficio. Aquella mitad se había presentado rompiendo todos los planes de la mañana.

La señora Stöhr apretó un poco las muelas, conteniendo, más que la rabia, el miedo a que todo lo que acababa de pensar se cumpliera. Su bondad natural, su bondad innata, ésa que se reflejaba en el rostro redondeado, en las facciones maternas, brilló un momento. Brilló, subió como una mecha tímida y acabó hundiendo lo que había dicho. Lo hundió, no porque con la estricta justicia en la mano no pudiera hacer nada, no porque estuviera obligada a aguantar a ese hombre, igual que ahí había metido a su hija, sin consultar nada, sin pensar en si era correcto o no. Y él ni tan siquiera quería un sueldo, un trabajo... Pero no era por eso, sino porque ese chico sin experiencia ni sentido, merecía cierta amabilidad por su parte. Merecía comprensión, cordialidad, merecía que lo mirase con simpatía y dejase de juzgar e imaginar. Además, le tenía cierto cariño a Víctor, por su educación y las horas juntos, por la entrañable amistad que lo unía con su hija, aunque ella se aburriese a veces —una madre lo notaba todo—, porque era mucho más inteligente que él. Entonces la miró, y vio sus ojos preciosos, y le pidió que enseñase a Víctor todo aquello, ella estaba demasiado ocupada, y después se cambiaría. Su bondad había hundido aquello, sí. O más bien, un sentido de la eficiencia, de la economía, lo había pisoteado intentando aplastarlo un poco —sólo un poco, sólo un instante para que una vez en su despacho pudiera dar rienda suelta a todas aquellas tormentas—, porque no podía hacer absolutamente nada. O no de momento. Quizás, en un futuro, en unos tres meses, pudiera echarlo declarando que perturbaba a las chicas, que no aprendía y no aportaba nada, que era mejor que se formase con su padre. Ya lo pensaría, ya trazaría un plan.

Sandra aceptó con una sonrisa el encargo, y le divirtió la idea de que le

pasasen la custodia del recién llegado. Como un juguete, como un niño que requiere un cuidado, se lo pasaban de unas manos a otras, y había acabado en las suyas. Él no tenía voluntad, no tenía conciencia de nada, y nada valía su opinión entonces. Sólo podía callar y asentir, ver y aprender. Sandra se rio ligeramente, y el efecto de esa risa le coloreó con suavidad las mejillas. Se imaginó cogiendo de la mano a Víctor y llevándolo por todos los pasillos, detrás de ella, que señalaba y explicaba. Sin saber por qué —quizás por la bruma de una pereza que duraba desde que se había despertado— volvió a producirse una diminuta risa, y empezó a caminar con Víctor siguiendo sus pasos.

Primero, el piso de los cantantes. ¿Qué podía decir ella de aquel lugar? No se acercaba demasiado, pero... El hombre estuvo a punto de caer por saltarse uno de los peldaños de la estrecha escalera. La forma de caracol, que le había llamado la atención, había resultado lo suficientemente traicionera como para que se le colase un pie por donde no debía. Sandra le advirtió de la dimensiones angostas, pero quiso terminar con una especie de palmada en el hombro, diciendo que enseguida se acostumbraría. Víctor no pudo hacer más que reírse de su torpeza, y se sintió a gusto. Como había pensado ya más de una vez, el risueño carácter de su amiga era una cualidad envidiable.

La cuestión, el pasillo de los cantantes... Apenas pisaba aquel lugar, no podía contarle ni secretos ni datos de interés, todos sus entresijos eran un misterio para ella. Pero, ¿le apetecía entrar? ¿Caminar por allí, echar un vistazo? — Sandra se calló la palabra “lucirse”, porque ya lo veía bastante nervioso como para hacerle una broma de ese tipo, y quizá que se la tomase en serio, aunque sí tenía un lado de verdad—. La buena anfitriona, que poco a poco aprendía las maneras de su madre, extendió el brazo derecho como para indicarle el camino, pero Víctor lo hizo todo mucho más fácil: no tenían por qué estar allí ahora, podían continuar por otra zona que le resultase más familiar.

Con los pies de muñeca, casi sin tocar el suelo, Sandra bajó rápidamente la escalera, hacia su piso, dejando atrás a Víctor. Tenía la terrible costumbre de bajar corriendo esos escalones, pues siempre llevaba algo de prisa. Esperó, fingiéndose despistada con algún punto de la pared, a que su acompañante llegase.

—¡Qué soltura, y para mí, qué difícil es!— dijo Víctor. Quizás aquello estaba expresamente pensado para las bailarinas, que se deslizaban por cualquier rendija con sus cuerpos de niñas hermosas. Luego recordó a los hombres, a los bailarines, que eran fuertes y musculosos... Incomprensible. O igual la

culpa era de su poca destreza.

Al fin estaban en el pasillo de los bailarines. Sandra comenzó a caminar unos centímetros delante del hombre, como una guía turística. Resultaba una actitud excesiva, pero sabía que si se colocaba junto a él, no podría gesticular con toda libertad dada la estrechez. Así, asumió aquella dosis de educación cuestionable y se lanzó a explicar, como en un esquema, qué eran unas habitaciones y otras, y la gran puerta final, el despacho de su madre, que no creía que tuviera que enseñarle ahora. No lo creía porque él no era uno de los suyos. No estaba angustiado, no se sentía abrumado por la carga de trabajo que allí le esperaba, junto a nuevos compañeros y un nuevo público, en fin, las emociones que embargaban a los recién llegados. Además, sólo tenía esa distinción con las mujeres, y aquéllas que se ganaban su simpatía a la primera mirada.

Víctor había examinado cada rincón que se le ofrecía. Con los ojos nerviosos, miraba las puertas cerradas y veía, con ansiedad, cómo se iba acabando el pasillo y sus salas. Una bandada de tres mujeres y cuatro hombres habían irrumpido de repente, cruzando a toda velocidad, y Víctor las había examinado enseguida, sin encontrar las facciones buscadas. Un olor a polvos blancos, a sedas y lentejuelas, quedó en la nariz de Sandra, que estaba acostumbrada y lo aspiraba como el aroma de su rutina, pero hizo estornudar a Víctor. “Cuando se estornuda se escapa el alma...”, recordó, como una de las frases que decía su madre cuando era pequeño, cuando aún vivía. Era un absurdo, pero guardaba cierto cariño a esas palabras, a todos los detalles que recordaba de ella, aunque no fuesen muchos. Y esa oración tenía un punto más nostálgico ahora, porque cierta sensación de fracaso, de impotencia, lo había colmado al llegar a la puerta de la señora Stöhr, que no abrirían. Se le ocurrió que hoy no estaba por algún motivo... O que era una de aquellas muchachas de antes, y no la había reconocido, porque en la distancia había visto cosas que no existían, se había formado un ideal que no se encontraba en la realidad. “Cuando se estornuda se escapa el alma”, se dijo, y se sintió tan pequeño como un niño. ¿Qué hacía allí, qué quería?

—¿Por qué no vamos a la azotea?— dijo Sandra rápidamente, porque había algo que no comprendía en los ojos de Víctor.

“¿Por qué no vamos a la azotea?” Sandra tuvo que repetirlo, y entonces Víctor salió de su aturdimiento. ¿La azotea? ¿Qué tenía una azotea? Pero bueno, por qué no. Total, había ido hasta allí. No pasaba nada por retener a Sandra más tiempo, como un ángel que le impedía quedar en ridículo dando

tumbos de un lado a otro sin saber qué hacer. Un instinto de supervivencia se aferró a él, y arrastró consigo a Sandra. Claro, le encantaría ver la azotea. “No tiene nada, pero...”, no importaba, le encantaría verla, conocer cada rincón del edificio. “Bueno, cada rincón implicaba también el sótano, pero más allá de una buena porción de telarañas no creía que hubiese nada interesante”... Sí, dejarían el sótano. Se centrarían en lo demás, y ahora subirían a la azotea por unas escaleras del margen derecho, esos vertiginosos peldaños, un estrecho pasillo superior de apenas cinco metros y una escalera final. Y la puerta negra, metálica, señalando la agonía del interior y el exterior, donde ya empezaba a filtrarse el frío. Sandra se apretó más en su abrigo, se llevó una mano al cuello, y la palidez de las manos, más intensa ahora, le hizo temer que se marcara más su cicatriz. Con decisión, abrió la puerta en un giro de muñeca, y ante ellos se extendió una superficie gris, de cemento, llana y expuesta al vacío.

—¡Qué frío!— murmuró Sandra, penetrando en aquel espacio libre, amplio y sacudido de viento, de agua, con esquinas de nieve.

Víctor entró con cierta decisión triste, con una sensación extraña en la que se preguntaba qué demonios hacía ahí, por qué había obedecido ese impulso. Pero las vistas eran bonitas... En la cresta de ese mastodonte cuadrado, podía verse una buena cantidad de la ciudad, calles entrelazándose y pequeñas figuras humanas. Le pareció distinguir una cara, un sombrero. Esas proporciones obedecían a las de un niño. Y algún animal, en las zonas más cercanas... Un perro que parecía de aguas. Un gato callejero, lamiéndose las patas, quizás el agua que había quedado engarzada en ellas.

Sandra avanzó hasta un extremo y apoyó los codos, con la cara sobre las manos. El contorno de su barbilla encajaba perfectamente con la oquedad de sus palmas, parecía un rompecabezas bien armado. Víctor se puso junto a ella, y respiró profundamente. ¿Qué hacer ahora? Habían llegado a un paréntesis, y los negros ojos de Sandra examinaron los de su amigo.

—¿Qué es exactamente lo que quieres hacer? ¿Vendrás días sí, días no, y estarás observándolo todo?— Entonces se detuvo, porque tenía miedo de haber resultado desagradable. No quería hablarle como si le reprochase su estúpida ocurrencia (que era estúpida a todas luces), sino indagar en aquel deseo tan sorprendente, de ejecución tan extraña. Víctor se quedó callado, con la cabeza ladeada, sin saber muy bien qué palabras escoger.

La bailarina se sintió responsable de la tensión que se había creado... y quiso hacer un comentario sobre el día, sobre la ciudad, sobre cualquier

cosa que pudiesen alcanzar sin más trabajo que alzando los ojos. Y los alzó, los alzó y no encontró nada, sólo la gran postal de una ciudad cualquiera, fría, repleta de hormigas con abrigo. Irguiéndose, adelantó una mano y la dejó colgando sobre el abismo, y le parecía que aquello era increíblemente rebelde. Sus preguntas, las que le había dirigido a Víctor con un aire impertinente, se habían evaporado. Era raro, era incómodo. Preguntar, directamente, y que no contestase. Estar solos, y que se ignorasen de ese modo. Quizás ni siquiera había llegado a oírla... O quizás, en la búsqueda de una respuesta, su mente se había enlazado con otros pensamientos. Sandra frunció el ceño, y dejó que su mano se balancease, y entre los dedos pasaron sedas de viento. Era una sensación agradable, afectuosa. Suspiró, suspiró y en parte bostezó, porque tenía algo de sueño y se estaba adormilando. El aire agudo que salió de los labios de Sandra pareció despertar a Víctor... O había sido una curiosa casualidad.

—No lo sé. No sé muy bien qué es lo que me propongo. Quiero aprender, quiero conocer. Pero no sé cómo hacerlo, y tampoco me gusta la idea de ser una molestia. Creo que ha sido una tontería aparecer aquí. Creo que no se volverá a repetir.

Esa respuesta pareció reprochar a Sandra la poca delicadeza de sus preguntas. Se sintió triste, se sintió avergonzada y responsable. Hablar con tan poco tacto, con tanta torpeza, no era propio de ella. Ella, que era buena y amable, que era lista y le gustaba arropar y confortar. Sin embargo, no se sentía responsable del todo, sino que el desamparo de Víctor nacía de él mismo, y su deber como amiga era ayudarlo, alejarlo de aquella rara tristeza que se cernía sobre él. Se mordió el labio inferior, se le borró toda sombra de sonrisa, y un punto de atractivo subió a sus pestañas, porque esa expresión preocupada no dejaba de ser hermosa.

—Me parece que lo que te propones es difícil, pero una aventura bonita. Meterte de repente aquí, en este mundo de agobios y prisas, puede ser complejo y muy entretenido a la vez.— Buscó una manera de redondear su pobre discurso, una forma de empujar sus intenciones y que pasasen a su interlocutor como un soplo de buen ánimo. Pero no se le ocurrió nada, hasta que reparó en que estaban en la azotea del teatro, en pleno lunes, por la mañana.— Tengo una idea: bajamos al segundo piso, me cambio y vienes a ver nuestro ensayo. Mi madre estará también ahí, y puede que te vaya dando ciertas lecciones... de lo que sea... Yo no entiendo de eso, de la dirección, yo sólo me preocupo de bailar. Pero, al menos, seguro que te gusta ver cómo

trabajamos. Luego nos retiraremos y subirán los cantantes, o puede que algunos aprovechen una esquina del escenario para repasar mientras seguimos allí. De todos modos, será interesante.

Esa idea, y la buena voluntad con la que Sandra la había pronunciado, animó a Víctor. Siguiendo los datos que había dado, bajaron y esperó fuera a que se cambiase. Deportiva, elástica y con las piernas ocultas por una malla clara, su amiga recorrió aquel infierno de escaleras como si fuesen las más cómodas, las más seguras y fáciles, y desapareció como ese ángel que llevaba amparándolo toda la mañana y seguía haciéndolo, desapareció con ese perfume fresco y lo encontró al final, esperando, paciente, con algo de niñera en sus brazos cruzados. ¿Qué era eso? Era un rayo de luz, era bondad, era el suficiente ánimo como para calmarlo en algo que no llegaba a entender pero sabía que le dolía. Quizás fuese sólo ver lo ridículo que era su plan en la vida real. Quizás se trataba de algo más íntimo. En todo caso, allí estaba, cuidando de él en cierto sentido.

Caminaron hacia el escenario. Los bailarines llevaban un rato trabajando, y cuatro hombres bailaban de fondo enmarcando los movimientos de una mujer. Sandra se sentó de lado, y Víctor se quedó junto a ella, recto, viendo el baile desnudo de esas personas, porque estaba desnudo sin los decorados y el vestuario, con gente pasando en la parte posterior del escenario, sin que nadie, aparentemente, atendiese a lo que hacían más que ellos mismos. Sandra, que les sonrió un segundo, se miró las uñas. Esa gente estaba atiborrada de ballet, no merecía la pena atender.

La mujer de delante, la protagonista de aquel baile, se retiró. Salió y se cruzó con Sandra y con Víctor, y lanzó una mirada inquisitiva a este último. Claro que ella no era nadie para preguntar... y él terminó preguntándose si debería ser presentado formalmente, ante todos, ya que estaría de vez en cuando por ahí, mirándolos y estorbando. Aunque quizás ésa fuera la última vez.

Los hombres del escenario hablaron un momento, pero la música comenzó de nuevo y entraron dos mujeres, requiriendo para sí a los hombres, requiriendo su atención y sus manos para alzarlas, para sujetarlas, para dibujar los contornos de su cuerpo. Eran danzas breves, que se sucedían con rapidez y los bailarines ejecutaban sin demasiada atención, como un repaso fugaz, incluso rutinario, y a ratos intercambiaban una palabra y sólo repetían si se daba una equivocación insubsanable. Víctor intentaba recordar algo de aquellos pedazos de baile, intentaba ver lo que había presenciado desde el

palco, junto a Marcos. Pero qué distinto era esto, tan deslustrado y visto desde un lado, sobre todo teniendo en cuenta cómo sus pensamientos se habían alterado durante la representación.

Pero la música frenó, entró mucha más gente en el escenario, hombres y mujeres, y Víctor intentó imaginar cómo sería aquello visto desde las butacas, con los trajes a juego puestos, con un solemne fondo que enmarcase la escena. El director recorrió a todos con la mirada, esperó a que se colocasen. Entonces olvidó aquella zona alta, aquel centro de luz y espectáculo, para contemplar únicamente a sus músicos, al sostén de toda esa magia. En particular, clavó la mirada sobre su sobrina, siempre seria y preparada. Sandra había tocado el brazo de Víctor, en la zona del codo, y con su rostro, con su expresión dulce, se había despedido de él para entrar en el escenario. Por un momento sintió algo de miedo, al quedarse separado de ella. Se veía desprotegido, demasiado solo en ese lugar hostil, donde todos se movían con una inmensa naturalidad menos él, la pieza sobrante. E intentó recomponerse, no cargar tanto los hombros, tener la espalda más recta y elevar la barbilla como si fuese un importante observador. Ver ensayar a su amiga sería divertido, algo que comentar en las futuras reuniones donde estaban obligados a llenar el tiempo.

La música empezó. Una fila de mujeres y otra de hombres se movieron para encontrarse en el centro, mientras los demás esperaban su turno. Se descubrieron así otros bailarines, tapados por sus compañeros, y otras bailarinas.

El corazón de Víctor se estremeció. Con un escalofrío, pareció agrandarse y estirarse, sentir calor, un calor intenso que lo quemaba... y de repente convertirse en frío, y encogerse y quedarse mudo, en una esquina del cuerpo. Se paró, quizás. No lo sabía. No lo sabía y no podía pensar en ello, porque todos los sentidos se habían cegado para centrarse exclusivamente en la figura que ahora podía ver. Se le secó la voz, y la música parecía estar un poco lejos.

“Es real”, susurró. Susurró sin darse cuenta, sin saber que hablaba. El sonido, un fino hilo transparente, salió de su boca sin poder evitarlo. Pero tenía razón, era cierto, era real. Y ese hecho le hizo experimentar una felicidad repentina, brillante, llena de vida. No sabía si se trataba del miedo a que esas campanillas que bailaban se convirtiesen en un montón de burbujas blancas al traspasar los límites del escenario, o si tenía miedo de habérsela imaginado, no a la mujer en cuestión, sino sus atributos, haber idealizado su

belleza, haber maquillado los miembros que en realidad se habían exhibido aquella noche de actuación. Pero no, nada de eso había ocurrido. Alicia era real, estaba allí, blanca y delgada, con los cabellos dorados, los ojos de un castaño parecido al caramelo. Allí estaba, mirando al frente, concentrada, con las piernas firmes, tersas, rectas, con los pequeños pies manteniéndola, increíblemente. Tenía el pelo atado en un moño un tanto deshecho, como una coleta que no terminaba de salir y se mantenía en ávida pugna con la gravedad.

Los hombros claros, el cuello de mármol. Víctor se apoyó en una pared para que ésta lo sostuviera, en línea diagonal con el objeto de aquellas palabras que se le habían escapado hacía apenas dos segundos. “¡Qué hermosa!”, pensó, y sus miradas se enredaron de tantas veces como repasó su cuerpo, de tantas veces como saboreó cada centímetro de aquella piel. Tal era la insistencia, tal era la fijación, que una intuición femenina movió algo en el ambiente, y los ojos de Alicia se inquietaron y terminaron por averiguar aquellos otros que la estudiaban de una manera febril. Víctor apartó los suyos, que se fijaron en el suelo. Alicia lo miraba con curiosidad, preguntándose quién era aquel hombre que no había visto antes, que no había sido presentado como un nuevo miembro. Y lo observaba sin disimulo, como él lo había hecho con ella. Víctor, que se había escondido tras los párpados en un acto reflejo, contempló de reojo a la mujer, y de repente ésta se movió. Se movió hacia él, con decisión y una elegancia fantasiosa, demasiado adornada.

Víctor sintió miedo. Sintió miedo, y después pánico. No estaba preparado para eso. Abandonó la pared, y se mareó un instante al sostenerse por sí mismo. Pero esas maneras fantasiosas no obedecían a nada de lo que había imaginado. Empezaba otra parte del baile, y las personas que se habían quedado quietas entraban ahora, formando un colorido y nutrido espectáculo. Con el espacio bien delimitado, conocido, se deslizaban unos y otros sin chocar, tocándose cuando debían hacerlo y esquivándose por los propios pasos del baile. Siguieron un poco, pararon, volvieron a ensayar la entrada y continuaron. Víctor la miraba, en su posición privilegiada, y Alicia sólo se fijaba en él en momentos sueltos, por comprobar si seguía ahí, y si seguía por ella.

¿Quién era? ¿Qué buscaba? Las preguntas se mezclaban con la memoria e interrumpían su concentración. Un bailarín esperó unos segundos, porque se había equivocado Esperó para volver a unirse, y una bailarina, que se había visto afectada por aquel espacio, esperó también, saltándose un paso,

con las piernas listas para continuar. Pero la falta de atención de Alicia no le permitió darse cuenta de ello, y de repente se vio perdida, sin comprender qué había sucedido. Los momentos quietos para volver a integrarse en el baile fueron mayores, más personas se vieron afectadas, y esa cadena de errores llegó al punto de tener que parar la música. La vergüenza estaba ahí, la falta de agilidad... Pero los ojos castaños, de avellana, subieron hasta el rostro del desconocido, y en el fondo de las pupilas se percibía un ácido reproche, como un espejo que lanzaba hacia él sus fallos. Sin embargo, Víctor no lo vio. No lo vio, y Alicia tampoco percibió demasiado aquel enfado. Seguía sin saber qué era de ese hombre, y por qué la buscaba. Porque la buscaba, de algún modo, por lo que fuese. Miró a Sandra e hizo un suave gesto con la cabeza. La punta de sus cabellos dorados, de su moño destrozado, señalaron al intruso. Sandra sonrió y asintió, y pudieron seguir ensayando sin más problemas. “Luego te lo cuento”, era lo que Sandra había dicho con la mirada, asegurando que conocía todos los datos de los que su amiga no disponía. Y algo desagradable, ligeramente amargo, se asentó en el vientre de la morena, porque era imposible no percibir la fijación de Víctor, y hacia quién se dirigía.

La señora Stöhr apareció, sin que sus menudos pasos perturbasen ni por un instante la música. Le pidió a Víctor que se fuese con ella, quería que hablasen en su despacho, quería darle unas nociones generales, muy resumidas, pues sólo era el primer día.

CAPÍTULO VII

Algo acababa de moverse bajo la sábana blanca. Era un movimiento suave, dulce, como el de una criatura marina que remueve la superficie del agua. Era un brazo, una mano, quizá ambas cosas. Pero la sábana se movió, y gimió en el roce de sus fibras. Las fibras que se aplastaban, que se expandían, que luchaban con aquel crujido inaudible. El sol se filtraba por la ventana, a través de las cortinas. Éste hacía más blanca la cama, descubría puntos de colores en el cuarto, y hacía brillar los cabellos que habían caído, o que se intuían sobre la almohada.

La sábana gimió, una vez más. Era una mañana, en cierto sentido, voluptuosa. Había algo claro, y algo intenso también. Las cortinas ondearon un instante, quizás por un suspiro. Pero enseguida pararon, enseguida se callaron.

Todo era silencio... Un silencio espeso pero cristalino, un silencio que apenas se rayaba en algún momento.

Alicia movió su brazo. Movié su brazo, y apretó sus labios rosas. Cierta calor se le pegaba al cuerpo, el calor de la noche, de las largas horas en penumbra. Un mechón se le cruzó delante del ojo, pero no pudo molestarla. Lo tenía cerrado, y también el otro. Tenía cerrados los ojos, y en sus párpados había un punto nostálgico, tembloroso, como el olor del teatro. Pero ahora el teatro estaba muy lejos, y todo lo que dentro de él había. Todas las figuras que removían la memoria, que se encontraban allí, como insectos, cuya vida fuera a nadie importaba.

Pero Alicia no pensaba en ello. Dio media vuelta, y la sábana lanzó un enorme gemido. Cansado de las pequeñas molestias, de los diminutos murmullos, mostró toda su angustia en este último ademán, todo su descontento, y desfalleció y se dejó caer, en los restos de la voz, del aire retenido que ahora se liberaba, al igual que los rayos de sol iban penetrando y encontrando fragmentos de vida allá donde se depositaban.

El muslo de Alicia era una blanca lámina, con los bordes redondeados, con la curva que parecía moldearse como el barro entre las manos. Cálido y firme, podía dar la impresión de que se derretía al tocarlo. Y una nube que pasó junto a su ventana parecía tener la forma de una cabeza de mujer, con los cabellos cortos aunque alborotados, y con los ojos, dos intensas farolas, desorbitados, desligándose del resto del dibujo, saliendo y perdiéndose. Los

de Alicia no lo vieron. No lo vieron ni percibieron su huida, su cercana existencia ni cómo se iban separando. La ventana establecía una clara marca entre el mundo real —frío, tumultuoso, apresurado, con charcos sucios— y el ardiente sueño. El sueño en aquel rostro en silencio, respirando, e inquieto. En esa pequeña dimensión que ocupaba la habitación, ese ridículo rincón de la inmensidad del universo, se condensaban una a una todas las pasiones.

En un giro de su cabeza, Alicia se encontró con un montón de pelo que descansaba tranquilamente en un lado de la almohada. Y se sumergió en él, dejó que se le pegase a la boca y a la frente, aspirando las partículas de aire que allí quedaban, asfixiándose con la almohada, con un matiz de sonrisa en la mejilla.

Alicia abrió los ojos. Con el cuerpo estirado hacia la derecha, con la cabeza torcida en dirección opuesta. Abrió los ojos y notó la luz, sus pupilas se dañaron, parpadeó un par de veces. Tenía que soportar esa claridad... Pero estaba cansada y se quedó en aquella misma postura, con el cuello agotado, con la mano perdida. Respiró, y casi no le llegaba el aire. Respiró tres veces y su pecho no se saciaba. Algo le retumbaba en las sienes, y tuvo que sacar una mano de la cama para apartar los cabellos. Intentó incorporarse, pero se precipitó hacia el lado contrario.

El día empezaba. La luz era inmensa.

Esperó dos, tres, cuatro minutos. Poco a poco recobraba el manejo de su cuerpo. El temblor había pasado, y los restos de calor empezaban a congelarse con el contacto del día, como las gotas de sudor que se convertían en una helada balsa sobre la piel. Entreabrió los ojos... y los abrió del todo, por segunda vez. Le pareció notar un sonido suave, agradable, de falda que se movía y caminaba, y otra más. Serían las hermanas, seguramente. Había olvidado sus nombres, o quizás nunca los había sabido. Para todas ellas, Alicia era un ente silencioso que salía y entraba continuamente en la pensión, sin que nadie supiera a dónde iba, sin que nadie supiera más que aquella profesión tan encantadora y tan lejana para la mayoría.

¿Cómo se llamaban aquellas hermanas? Hermanas, o gemelas, quién sabía. Porque eran muy parecidas, posiblemente idénticas, tampoco se había fijado demasiado. Alicia frunció el ceño y buscó en sus recuerdos. No, nunca había conocido sus nombres. De hecho, apenas había sabido alguno de todas aquellas mujeres, y no recordaba ninguno, salvo el de esa chica, Estrella, por escuchar a la dueña repetirlo una y otra vez. Claro que no eran más que pensamientos simples, tontos, para ocupar su mente mientras saboreaba los

últimos instantes antes de levantarse, recobrando fuerzas.

Finalmente, se puso en pie. Se puso unas zapatillas de un azul pálido, con las suelas un poco gastadas. “Hoy es la última vez”, pensó, dispuesta a tirarlas esa misma noche. Sobre los hombros se adivinaba una película de fina tela que dejaba intuir el dibujo de su piel. Luego aquella piel se sumergió en el agua caliente, en el jabón, el agua otra vez, y sintió una especie de éxtasis bajo aquella cascada artificial. Quería olvidar el sudor, el calor, sus intimidades descubiertas, expuestas a la mañana, para ella sola.

Su cama desmantelada, solitaria, como se mantenía día tras día — noche tras noche—, acogió las partículas de aire que entraban por la ventana, desprendiéndose del abrazo de Alicia, pero tras abandonar el aseo la cerró enseguida, porque no la borrara del todo. Se obligaba a abrir la ventana una vez por semana —a veces algo más, cuando se olvidaba—.

“V́ctor”.

Alicia arqueó las cejas. Pocas veces había tenido pensamientos inoportunos, pero estuvo a punto de juzgar como tal ese nombre que acababa de surgir quién sabía de qué. Desnuda sobre la cama, ocupándola con una transversalidad desordenada, tapada por una toalla que poco a poco se iba desligando de ella, había recordado aquel nombre. Empezó a mover las manos, a repasarlas, como si se extendiese una crema, y por un segundo pensó que era así. Una gota se resbaló por su brazo y cayó en la cama, donde desapareció como un suspiro húmedo que apenas dejaba la silueta de una lágrima.

“V́ctor”. El hombre que la había estado mirando durante el ensayo. El impertinente. Y quizás no fuese justo, pero le divirtió aquel adjetivo. El de ojos impertinentes, que interrumpían. Sandra le había contado quién era, y que ahora estaría por allí. Entonces su mente ahogó al joven en un rincón oscuro, y saltó de repente a Sandra, y pensó en su rostro y en sus maneras, en su bonita alegría. Sandra le gustaba, y era una de las pocas personas con las que tenía relación más allá de lo estrictamente profesional. Además, se sentía agradecida a la señora Stöhr, y era un modo de demostrarlo, también. Porque había estado en más sitios, y en su experiencia no era algo habitual la cálida acogida que le había brindado, y esa especie de protección. Le parecía que si ella estaba de algún modo en deuda, todo el teatro lo estaba.

Estaba pensando en Sandra, antes que eso. Y antes, en Víctor. Aunque ese nombre ya lo había enterrado en un rincón oscuro. La alegría de Sandra era brillante y magnífica. Sin embargo, Alicia veía más en ella, y lo pensó por un

momento, mientras se vestía. Veía, tras esa sonrisa, madurez y fortaleza, aunque las palabras exactas que ella había pensado no eran ésas, sino “espabilada”, “dura”. Le parecía, sinceramente —porque era importante sincerarse en los juicios, y más cuando se hacían hacia uno mismo—, que era una mujer fuerte, incluso más que ella. “Pero no la acompaña...” No, no la acompañaba. Ella era más guapa, pero tampoco tenía una madre con un teatro. ¿Quién podía medir las ventajas de una y otra? Pero Alicia tenía que protegerse, claro. Todas las personas tenían que protegerse, de uno u otro modo. Así que se miró al espejo, y se ató los cabellos. Se los recogía con cierta pereza, un poco caídos, porque le gustaba la manera en que recortaban su rostro, cómo aquellos destellos dorados enmarcaban sus pómulos. Y si se los hubiera recogido de otra manera, también le habría gustado cómo enmarcaba ese otro peinado sus pómulos, porque Alicia se gustaba siempre. Claro que no tenía demasiada destreza con su pelo, o con esas artes del adorno, o con cualquier cosa que significase poner orden en algo, ya fuese en su pelo, en su cara, en su habitación.

Igual pensaba en Sandra, igual en otra persona... En los pómulos, en la lógica de la peluquería. Alicia bajó las escaleras, y desde los primeros peldaños percibió un aroma a café, el café fuerte de la señora H, de Estrella, demasiado rudo para el gusto de la bailarina. Con una mano jugueteando sobre el pasamanos, otra caída mientras en su boca culminaba un amplio bostezo que acababa de brotar, Alicia se cruzó con una de las ruidosas, no sabía cuál, ni siquiera en qué lado tenía su habitación, y ésta saludó a Alicia y Alicia tuvo que contestar. Fue un saludo áspero, como siempre. Pero, ¿quién comenzaba la aspereza? De todos modos, estaba cómoda así. No tenía pensado entrar en relación con esas mujeres, no pensaba tener más confianza para que pasasen de un cuarto a otro, comentando y contándose secretos y bobadas para que luego se olvidasen en cuanto una abandonase la pensión. “Pensión para mujeres”, pensó, recordando el cartel, mientras entraba en el comedor con aire distraído.

La señora H se puso en pie, se ajustó o se alisó la falda —no se sabía muy bien a qué obedecían esos movimientos nerviosos y ridículos en aquel cuerpo orondo—, y volvió a sentarse llamando a Estrella para decirle cualquier cosa. Porque necesitaba hablar, necesitaba hacer sonar esa voz medio aguda y atolondrada, que tenía un punto de nostalgia. La salvaje mujer, porque parecía una salvaje que hubiesen rescatado de una selva, apareció y lanzó una miraba oblicua a Alicia, que se disponía a servirse ella misma el café. Dio un

sorbo, y sus labios se apretaron un instante. La ola amarga cubrió las paredes de su boca, y pareció subir hasta las mejillas. Aquello le producía una contracción rápida, que tenía un punto ligeramente doloroso y hacía que la garganta se cerrase un poco. Le parecía que tenía algo que ver con cuando alguien te hacía reír mientras tragabas un líquido. Sí, era algo así, incluso por el punto doloroso que dejaba. ¿Más leche? Bueno, podía acostumbrarse. Ella era de sabores fuertes, al fin y al cabo, aunque no acababa de reconciliarse con el café.

Dio un sorbo más, y la taza le respondió exhibiendo su color oscuro y casi negro. Entonces un golpe de aire cruzó el comedor, de aire y olor dulzón, de colonia y azúcar en polvo. Alicia pensó en el merengue, en los pasteles, en los bollos que se mordían y la crema se desparramaba por los dedos. Pensó en la tienda del señor P, en el escaparate de cristal y el mostrador granate, donde el señor P le preguntaba a la niña qué quería, con una sonrisa, y su madre sacaba la cartera. Pensó en las monedas redondas, brillantes, que su madre atrapaba con los dedos enguantados, a juego con el mostrador, igual que apartaba las guindas de los pasteles. Sin darse cuenta, había sonreído, y sus ojos se iban perdiendo.

—¡Buenos días!— dijo, de excelente humor, Berta. Alicia volvió al comedor, a las viejas paredes con papel pintado de colores verdes, a la cenefa con racimos de uvas, al techo con una mancha de humedad. Vio las baldosas pardas, las sillas de madera, y la estúpida cara de la señora H, que volvió a alisarse o ajustarse la falda, como si hubiera algo que pudiese realzar sus anchas caderas. De una de las escenas más entrañables de su infancia, aterrizó en aquel deslustrado punto de una ciudad ajena, con gente ajena, que no conocía ni quería conocer. Vio a la salvaje, a la loca, que se deslizó de nuevo en la cocina, porque parecía que todo la irritaba. Y aquellas palabras de Berta la asustaron, la despertaron, la sacaron de su aturdimiento. Primero la odió, y después la perdonó. Era esa mujer la que había entrado y había llenado la estancia de un aroma magnífico, único. Era aquella que olía a colonia dulce y a azúcar, que olía como la tienda del señor P, como aquel paraíso de la niña Alicia, que estaba tan lejos. Perdonó a esa mujer de mirada abierta, muy despierta, adornada con cabellos castaños. Su saludo, general, no se había dirigido en especial a la señora H, sino a la otra inquilina frente a la que se había sentado.

La señora H respondió, diciendo el nombre de la pintora. Alicia agradeció en secreto aquello, porque no tenía ni idea de cómo se llamaba, y parecía

dispuesta —o más bien, decidida— a hablar con ella esa mañana, en aquel momento. “Buenos días”, contestó Alicia mirando su taza, ese lodo negro que nada tenía que ver con los vivos colores que había visto hacía unos segundos, en los viejos, muertos y lejanos parajes de su memoria.

Berta golpeó la mesa con los dedos, ligeros. Miró a un lado, luego a otro, y se decidió del todo. Era impetuosa, nerviosa, una artista. Así lo pensaba ella.

—Quiero pedirte un favor.

—Tú ya has desayunado —dijo al mismo tiempo la señora H, pero con una voz fina, casi inaudible, como un susurro que dirigía a la pintora para no perturbar a nadie más, por la vergüenza que suponía tener que recordarle que no podía volver a desayunar todas las veces que quisiera. Sin embargo, fue tan recatado ese murmullo, esa advertencia, que la fuerte voz de Berta, como una cascada, la había aplastado del todo, y la primera frase, la del favor, pareció ser la única pronunciada en ese momento.

Alicia, nada más oír aquello, buscó a alguien detrás de ella, quizás una de las ruidosas, quien fuera. ¿Qué favor quería esa mujer de la que no sabía nada y de la que quería seguir sin saber nada? La miró con incredulidad, y, en silencio, adoptó una expresión seria que se disponía a ignorar abiertamente lo que le habían dicho. Berta rio, rio con una expresión algo boba y pura, y empezó a hablar de lo que hacía, de lo que quería hacer, de por qué y para qué estaba allí, pasando de puntillas por todos los detalles de su vida actual y su arte.

—Y quiero retratarte. Ya lo he hecho con todas las inquilinas, y me faltas tú. Pero no quiero hacerte sólo un dibujo, quiero pintarte bien, un retrato de verdad, uno que se colgaría en la pared. ¿Qué me dices? Completo, acabado. Será perfecto.

Alicia lo pensó un instante. Quiso hablar de su trabajo, de sus horarios difíciles. ¿Pintaba? ¿Pintaba a las inquilinas? Menuda lunática. Pero eso no importaba ahora, le había pedido retratarla. ¡Perder el tiempo para que una Don Nadie la retratase! Qué boca tan grande tenía, qué pesada era. ¿Un retrato? No, no, imposible... El trabajo, los horarios. “¡Eso no es un problema!”, y habló de la paciencia, de que era un favor y por lo tanto se amoldaría. Que la pintaría poco a poco, cuando pudiese. Exploró otras opciones, y no se veía capaz de negarse simple y llanamente, sin ninguna excusa, sencillamente porque no le apetecía. Ladeó la cabeza y un cabello se le coló en la imagen del rostro. Esa niña tan impulsiva le había hecho una encerrona, una encerrona de los más simples modales, y no podía negarse. Lo

había hecho —pudiera ser—, además, sin darse cuenta. Y eso era lo peor, porque no le permitía a Alicia ser tan brusca. Tenía muy poco margen, y decidió respirar una vez más —aspirar ese aroma único—, y sonreír. Claro, por qué no. La sonrisa más forzada, más fingida, más extraña en ese rostro apático. “Claro”, y se guardó el por qué no, pues de decir una palabra más se le habrían colado otras ideas. Pero tendría que adaptarse a sus horarios. No sabía si ella tenía un trabajo, o... No, claro, tenía las lecciones de pintura... En todo caso, ella sí estaba sujeta a compromisos firmes y serios, y necesitaba que lo comprendiese. Fue más pesada ahora, al repetirlo, pero ya podía imaginar que no serviría de anda. Bien, entonces lo harían así. Y podían empezar mañana mismo, porque Alicia tenía que salir enseguida. Los ensayos, y todo eso.

La señora H se puso nerviosa ante la palabra “ensayos”, porque era un mundo que no comprendía y que admiraba desde la ignorancia, como se admiraba a las estrellas, suponía, aunque no sabía si era comparable o si tenía algo que ver. Había presenciado toda la conversación, y había estudiado la capacidad de Berta para dirigirse a la bailarina con tanta facilidad. Con el corazón en un puño, había asistido como el más fervoroso público, pero ninguna de las mujeres había reparado en ella. A Estrella le pareció raro que no la llamase cada dos segundos, y se asomó sin que nadie la viese. Escuchó parte de la conversación, se camufló entre los botes de especias y el tarro con mantequilla. La señora H era una sombra que se llevaba su dinero y ponía un nombre e inversiones periódicas, pero parecía no existir, de algún modo. Era la señora que ocupaba el cuartito que había preparado con el ánimo de crear una confortable zona común, sin conseguirlo. ¿Por qué parecían no verla? Pero ella no sentía eso, y creía que Berta había sido en cierto sentido una muy buena persona por tener esa conversación delante de ella. ¿Había sido a propósito, premeditado? Quiso hablarle, pero la pintora se escabulló una vez hubo cerrado el trato. Era mejor dejarlo así, en el misterio. Y cogió la taza de la bailarina, que también se había ido, y vio el fondo de café que había dejado, tan oscuro que le permitió ver su reflejo. Vio su barbilla y su boca, rodeadas de arrugas. En otro tiempo a ella también le habría gustado tener un retrato. Pero no había que ponerse tristes, esa noche le esperaba una carta de su hermana. “¡Estrella!”, gritó, mirando aún la taza. Pero nadie acudió. Era posible que no la hubiese oído, o que fingiese no haberlo hecho. Miró hacia la cocina, y le pareció ver un mechón de Estrella, que iba hacia otra salida. Se lo comentaría cuando cayese la tarde, entonces. Pero también tenía que leer a

su hermana, y contarle muchas cosas que no había podido escribir en la anterior respuesta, por no aclararse. Se le acumulaba el trabajo. ¡Menudo día tan completo!

Alicia abrió la puerta y salió. El cielo estaba bastante despejado, con pequeñas brumas blancas que parecían poder desmontarse en briznas esponjosas, como el algodón de azúcar. ¿Cuándo había probado eso por última vez? En alguna feria, claro. Pero la calle estaba cubierta de charcos, como si hubiese llovido durante la noche. Los coches que pasaban salpicaban el agua sucia que se acumulaba en los márgenes de la carretera, y los adoquines se cubrían por una película grisácea y desagradable, con olor a alcantarilla. Ese olor parecía acompañar sus sensaciones, su fastidio por lo que acababa de ocurrir. Pestañeó un momento, intentó que el aire de la calle la distrajese.

Pasó una señora, y se quedó mirando fijamente a Alicia. Rodeada de hijos, como un huracán que la guardase en su centro, hizo el gesto de un ave que colocaba y dirigía a sus polluelos. Se apretó más el abrigo, se tocó un segundo el pelo, que estaba cruzado de canas que parecían algo prematuras. Alicia se sintió bien, se sintió aliviada. Y la señora caminaba con dificultad por no pisar esas pequeñas piernas, con la vista sesgada por las cabezas morenas y castañas, algunas más onduladas, otras menos. Era como una figura inaccesible, escondida, demasiado ocupada como para que nadie se atreviese a hablarle, porque, ¿quién se atrevía a interrumpir a una mujer con unos cinco hijos, por lo menos? Aunque estuviera desesperada, Alicia nunca se habría acercado a preguntarle la hora. Y esa señora miró directamente a la bailarina durante unos segundos, con completo descaro, y Alicia le devolvió la mirada y se cruzó de brazos. Y resultó complicado, porque algo la obligaba a dejar de mirarla, por ese estridente ruido de voces agudas que no paraban a su alrededor, y un niño dio un empujón a otro y estuvo a punto de caerse de la acera, y entonces la madre tuvo que propinar una colleja al primero y coger por el brazo al segundo. Tras ese último gesto, la madre volvió a clavar sus ojos en Alicia, y pareció más arrugada, más cansada, sus cabellos más desgreñados. Se formaron más arrugas alrededor de los ojos, y la boca se hundió un poco. En el lado izquierdo un mechón se había escapado del peinado, y casi se oyó una horquilla que se precipitaba contra el suelo. Estaban mal sujetas, no por el viento o por la ineptitud, sino porque quizá no tenía más que un minuto para peinarse, mientras a la vez controlaba a toda esa jauría. Entonces se encogió un instante, y Alicia pudo ver el contorno de

su pecho, inflado y elevado con un enorme trabajo, porque incluso vestida se intuían dos bultos que se precipitaban naturalmente hacia el suelo, apuntando directamente a sus pies.

Alicia sintió lástima. No pensó en el vientre de esa mujer cruzado de estrías, en su sexo destrozado por los partos, sobre todo si había alguno más que esos cinco. Los ojos de la señora ya no eran orgullosos, tenaces, como los del ave que se colocaba... sino que la miraban como quien arroja una relación de datos catastróficos y extiende sus brazos, en una fotografía, para que hagan lo que quieran de ella. Aprender, sólo observar... Aún tenía en la mano el diminuto brazo de su hijo, uno de los más pequeños, uno de los mayores, quién sabe, todas esas caras parecían iguales. Se llamaba como un tío suyo, porque ya no había más abuelos ni padres. ¿Qué era del padre? ¿Dónde estaba? Alicia miró alrededor, y no vio a nadie. La interrogó con un gesto de las pestañas. Y las cejas de la señora parecían responder con un simple “Ya ves, no hay más”.

La bailarina quiso acercarse. Tomar el brazo del niño, para que ella descansase un poco. Pero no eran suyos, ni era suya esa pesadilla. Cuando cruzasen la calle, tendría que devolverle aquel brazo y sería doblemente doloroso. Quiso frenar esa especie de tortura a la que la desconocida se sometía con el intercambio de miradas, porque se desnudaba y se exhibía y hablaba de insomnio e insatisfacción, hablaba de amores sepultados por mañanas, tardes y noches de gritos, hablaba de una vida, una vida que agonizaba bajo el peso de otras muchas. ¿Cuándo pararían esas vidas, cuándo podría descansar? Quedaban al menos diez o doce años para que toda esa hilera cumpliera la edad suficiente como para casarse o colocarse. Pero, ¿vendrían más? ¿Hasta cuándo? La pobre mujer no lo sabía. Eso era cosa de la naturaleza, del cuerpo, qué sabía ella... Algún día su fertilidad se secaría, y entonces empezaría otra etapa. Pero para entonces, qué le quedaba. La debilidad, la vejez. Y esa eterna preocupación, que nunca acababa. Quizás ahora se estuviese formando una nueva criatura dentro de ella, y no lo sabía. ¿Qué adjetivo utilizar? Horrible, espantoso... “Ésta creía que en el matrimonio todo era disfrutar”, dijo, con un ademán de la boca, y a Alicia esa frase la sobrecogió. ¿Quién podía decirlo? Pues su marido, por supuesto. El padre de todos ellos, cuando se agotaba de dolor en el primer parto. Al menos no se había ido... Porque tenía una amiga que se había quedado sola al cuarto, él no había aguantado más. Y se fue, porque los hijos eran suyos, pero no tan suyos como de la mujer. ¿Le parecía eso normal? Y dio un paso, se

acercó a Alicia, y sus oscuras pupilas desprendían chispas. ¿Era normal? Se había ido, la había dejado ahí. Era problema suyo, era su cuerpo el que se embarazaba, el que creaba la vida, el que la formaba con toda diligencia, con total entrega. Entonces, él se iba, pero ella no podía hacerlo. ¿Cómo iba a abandonar una madre a sus hijos? El padre... El padre era otro asunto. Siempre era otro asunto. La falta de sensibilidad y la falta de responsabilidad, como esos animales salvajes que dejaban a las hembras con las crías y se iban a otro lado, mirándolas por encima del hombro, con toda la arrogancia, con toda la libertad. Si ella fuese una leona, lo mataría. En el mismo momento de la procreación, se lanzaría a su cuello y lo mataría. Que lo hiciese... ¡que lo hiciese fuera! ¡Que lo hiciese lejos de ella! En cualquier parte, ¡pero no en su cuerpo! Estaba harta del embarazo, estaba harta de los partos. Cómo no había sabido aprender, ella, que venía de una familia donde eran diez hermanos. Era estúpida, era una idiota, y ese hombre al que antes quería de algún modo era ahora el maldito marido que la obligaba a engendrar hijos, uno tras otro. Y qué iba a hacer, si dependía totalmente de él. Qué iba a hacer ella. Se sentía sola, angustiada, atada. No daría un paso sin uno de sus niños... Necesitaban techo, comida, y un sinfín de atenciones que Alicia no podía ni imaginar. Porque una cosa era no querer haber tenido tantos, y otra era no amarlos como una loca tras haber nacido, o en el mismo momento en que los notaba dentro de ella. Era una esclavitud... Una esclavitud del amor, del más puro sentimiento. Una esclavitud de la que ellos parecían estar liberados. ¿Qué tenían en la cabeza, Dios mío, para no querer a sus hijos? Para soportarlos en el matrimonio, incluso para ser buen padre y mostrar sonrisas, pero para olvidarse completamente de ellos una vez se acababa la unión. Una vez se iba, por lo que fuese, una vez se separasen. Ella torturaría a cualquiera y lo mataría antes que privarla de uno de esos niños. De cualquiera, quien fuese, por muchos que tuviese o fuese a tener. Eso nunca cambiaría, estaba segura.

¿Tenían que cruzar ya? La madre pasó una mirada por encima de todos sus hijos, y aquellos pechos parecieron menos deformes, aquel rostro, menos arrugado. Quizás tuviese el pelo destrozado, pero le otorgaba un aire interesante, como de muchacha alocada. Se irguió otra vez, y reunió a los polluelos delante de ella. Miró hacia Alicia, despidiéndose. Mejor parecer una gallina que una pobre mujer necesitada de una historia distinta, de un marido distinto, de un pasado distinto. De cualquier cosa, menos de un amante. De una habitación para ella sola, posiblemente, o dos horas al día de intocable tranquilidad, en las que mirarse al espejo o leer un rato. ¿Cuál había

sido el último libro que había leído? Le gustaban las historias tristes, de romances lejanos, que luego se acercaban. ¿Qué le gustaba leer a ella? Pero no tenían más tiempo. Un día podían tomar un café, y hablar de libros. De libros, de la ciudad, de ropa, lo que fuese. Algún día, dentro de diez o doce años. Quizá algo más.

La mujer cruzó. Los niños seguían gritando alrededor de ella, como un inmenso anillo. Alicia la vio alejarse, y tomó su propio camino. Anduvo hasta el teatro, entró, y se preguntó dónde estaría la desconocida, en qué sitio se habría refugiado ahora. Ella no había entendido demasiado la advertencia, o ese rencor que la desconocida acumulaba y clamaba. Esa valentía, posiblemente. Pero la escena de los niños, de la juventud marchita, la había impresionado más de lo que se esperaba. Le había dejado en el cuerpo la sensación de un escalofrío.

El interior del teatro estaba algo frío, porque era imposible calentar ese espacio gigante. Bajó las escaleras, y no tardó en encontrarse con Sandra. Cerraron la puerta, y una estiraba, mientras la otra empezaba a cambiarse.

—Me he encontrado con una mujer con cinco, seis hijos... No los he contado, pero un montón de niños. Ha sido horrible.

Sandra se rio. Alicia también.

—Qué asco —dijo de nuevo, porque era en verdad lo que había sentido. — Qué asco los niños, y qué asco vivir para ellos. Menuda pesadilla, tantos. Está muerta en vida.

Sandra asintió, de lado, como si sólo aprobase parte del discurso, o como si no tuviese una opinión lo suficientemente formada como para lanzarse a hablar. Y se quedaron en silencio unos momentos.

Allí estaban, ellas, dos mujeres con sus bellezas distintas, con la piel lisa, la juventud desbordando. Eran dos manantiales, puros, cristalinos, y Alicia se miró semidesnuda en el espejo, y miró a la amiga que se ejercitaba en el suelo, que estiraba los pies y se los masajeaba, porque le estaban doliendo. Respiró un momento, y quiso capturar ese segundo. Como un minúsculo diamante, parecía perderse sin casi sentirlo, parecía rodar por el suelo y caer junto a otros tantos. Un tesoro que se amontonaba tras las paredes, como los agujeros de los ratones. ¿Cuánto tiempo disfrutarían de aquello? La juventud se expandía y se alargaba, o se acortaba, dependiendo en gran parte de ellas. Podían retirarse y seguir siendo jóvenes, podían cumplir los cincuenta y tener una larga vida por delante, plena, y sometida a sus deseos. Pero Alicia no conocía otra manera de vivir. Se vio de nuevo, y se vio hermosa. Se vio

poderosa, alta, intocable. No había un hombre bajo ese techo que no bromease con ella, pero tampoco había ninguno que se atreviese a acariciarla, a cogerle la mano, a rozar su muñeca. Se fijó en sus ojos castaños, y le parecieron penetrantes, con las largas pestañas, algo rubias y algo tostadas, dibujando una curva que casi daba la vuelta del todo. Recordó sus sábanas blancas, que había dejado revueltas. Y se perdió un instante en los pensamientos, en los recuerdos de esa mañana, hasta que algo la despertó, de repente.

Una cara se dibujó junto a ella, y se le apoyó en el hueco que había entre su cuello y el hombro. Con la piel de la frente tocó su mejilla, y unos brazos le apretaron la cintura.

—¿Dónde estás?

La voz de Sandra, limpia y aguda, hizo que el suelo se volviese más sólido.

—Estaba pensando en algo. Esta mañana me han hecho una encerrona, y ahora una que vive conmigo quiere pintarme un cuadro. No sé cuánto va a tardar, cuánto tiempo voy a perder en esa tontería.

—¿Un retrato? ¿Pero por qué?

—Es pintora. Bueno, pintora. Ya sabes. Va a clase, porque no debe tener nada más que hacer. No la conozco de nada, pero me la imagino como la típica hija tonta de dos padres con algo de dinero a la que le da por creerse artista. Y allí va, a vivir a la ciudad y a tomar clases que a saber cuánto le cuestan, misereando a la gente que les deje pintarlos. Pelmaza.

Sandra torció un poco el gesto. No podía seguir bien las palabras de Alicia, porque la primera idea, la del retrato, retumbaba aún en su cabeza. “Sí, sé a qué tipo de mujer te refieres”, dijo tras unos instantes, “irá muy afectada y le brillarán los ojos por pasearse con sus pinturas, y verá un perfecto cuadro en todos lados”.

—Sus ojos, los únicos que pueden ver la belleza a cada rincón, como si nadie más lo pudiese hacer— añadió Alicia.

—Lo que ella ve, no lo ve nadie.

—Quisiera pintar el mundo entero, porque en todo hay belleza, porque yo soy un ser humano excepcional capaz de ver lo que otros no ven.

—Hasta que se lo planto en un cuadro. Y discúlpame si tengo los dedos manchados, es que soy pintora.

—Hola, soy Berta, encantada, pintora.

—Qué bien que nos conozcamos, mi nombre es (¿Berta, has dicho?) Berta, artista.

—¿Me preguntas la hora? Son las siete y cuarto, di por ahí que te lo he dicho yo, Berta, la pintora.

—Señora, se le ha caído esta moneda. Tenga, de nada, Berta, pintora, retratos de alta calidad.

—Se me ha roto la falda. Pero no me importa, la llevaré igualmente, porque eso es algo material, y yo soy artista.

—¿Quién es ese hombre que me mira? Será porque soy pintora. Qué raro, sólo llevo seis horas y media pintando en el parque, y ya hay alguien que se ponga a mirarme.

—¡Qué pesadez, la fama!

—¡Qué pesadez, los admiradores!

—¿Es que no hay un mundo donde los artistas vivamos en paz?

—¿Es que no hay un rincón donde pueda fundirme con el arte, con mi arte, y que no exista nada más? ¿Por qué estoy atada a este mundo?

—Anoche soñé con el cancan francés. ¡Mis propios sueños son arte!

—¿Dónde están los impresionistas?, ¡les invitaría a un vaso de vino!

—O de absenta, quizás, ¿o eso es más de escritores?

—¿Y qué beben los escultores? Si la pintura, si mi magnífica pintura no acaba satisfaciéndome, me pondré a dar golpes a las piedras. ¿Dónde darán clases de eso?

—Papá dirigía una mina, algo podría enseñarme. Quería tener un hijo minero, pero tuvo una artista. ¡Qué incomprendida me siento!

Alicia se agachó en el suelo, Sandra se sentó en él directamente. Les dolía de tanto reírse, los ojos se les habían cubierto de lágrimas y alguna se escapaba. Las voces habían llegado al pasillo, y otros habían oído risas, risas histéricas y frases desorganizadas.

Se precipitaron al suelo, siguieron riéndose. Sandra puso su cabeza en el hombro de Alicia, y sus cabellos se mezclaron. Mechones rubios y morenos se sucedían en una fuente repleta de matices. Parecieron salir destellos rojos, destellos de cobre y oro, y el color de la noche.

Los cantantes habían tomado el escenario. La prima dona se desgañitaba y el director hacía funcionar las entrañas de la música para su lucimiento. Las bailarinas podían demorarse un poco más.

—Entonces, un retrato. Vas a llegar cansada, con ganas de meterte en la cama, y allí estará ella, esperando. Como el monstruo del armario. Mira debajo de la cama antes de acostarte, no vaya a ser que se esconda allí. ¿Estaría tan loca como para eso?

—Y más. Tiene ojos de enferma. Si la vieras esta mañana, entrando en el comedor, gritando los buenos días. Y zas, me lo suelta.

—¡Lo que habría dado por verte!

—Lo que daría por librarme de ella.

—¡Pero vamos a tener un retrato tuyo!

—Un retrato, sí... Creo que llamarlo retrato es demasiado. A saber qué sale de las manos de esa loca.

CAPÍTULO VIII

Enero llegó a la mitad de sus días. Las personas estaban cansadas de las fiestas, y éstas aún dejaban un regusto de familia y comidas difícil de borrar. Había en los días una bruma que no dejaba de recordar la navidad, porque qué era la navidad sin el cielo cubierto por una fina neblina, como si millones de copos se hubiesen deshecho en polvos traslúcidos, suspensos en el ambiente. Al salir a la calle, un poco de esos polvos parecían caer y aterrizar sobre una nariz de mujer, una nariz que se encogía, se enrojecía, y decidía taparse con la bufanda. Aquélla era la esencia de las fiestas. Era la postal imprescindible. Y la ciudad se tiñó de una fina alegría, algo como una emoción interna, que se gestaba bajo el suelo, y que sólo los que allí vivían podían residir. Los comercios sacaron guirnaldas, y alguna desapareció durante la noche, para adornar las andaduras de los borrachos. Otras se mantuvieron intactas, con los lazos rojos, y las plantas de pascua vivieron su momento de gloria. Como ese postre que se hace una vez al año, en tuestos de todos los colores, poblaron alféizares y entradas, como una dama que se maquillaba. Y había, entre sus largas hojas coloradas, un aroma a nostalgia, porque la gente recordaba a otra gente, y porque era imposible no sentir un ligero cosquilleo al ver el año que se precipitaba a su fin —y otro año de vida, y todo lo que con él se llevaba—. Se hacían balances de obras buenas y malas. De amistades nuevas y otras perdidas, y aquéllas viejas que siempre se conservaban. Se echaba la vista atrás, como decían las señoras que se encontraban una mañana de casualidad, dentro de una tienda o a punto de cruzar el umbral, y se veía de un lado la familia, de otro la belleza, de otro los amores. Alguien acariciaba la cabeza de su hijo, pequeña y frágil, que había visto el mundo ese mismo año. Otro pensaba en la mascota que se había ido, y aquello los hacía encogerse. Se pensaba en las patas nerviosas, las orejas rizadas, las bienvenidas en las que sollozaba y saltaba. Durante las fiestas tenía un festín, como todos los demás, pero siempre acababa vomitando, porque a todos les gustaba darle de comer. De todos modos, eso había acabado. El año se iba, y entraban en otra etapa.

Los viajes se volvían habituales. Las familias se reunían, e iban de un lado a otro. Una casa ejercía de reina, y los demás acudían a ella. Regalos, conversaciones, grandes mesas, y otras más pequeñas e igual de nutridas, y algunas más modestas. Era tristeza, felicidad. Eran luces y árboles repletos de

colores. Los niños esperaban ansiosos la noche de los regalos, la mañana, y se empapaban de una magia que luego volaba casi sin darse cuenta. Pero en la “Pensión para mujeres” de la señora H, la navidad había sido un poco distinta. Allí estaba la dueña, que no podía abandonar su negocio. Allí estaba Estrella, a la que necesitaba. Las dos se juntaron a la mesa, en Nochebuena, y pusieron sus mejores deseos. La señora H puso el centro de todos los años, cuajado de flores de plástico rojas y una vela dorada en medio. No la encendían, porque le daba mucha pena consumirla... Pero encendían otras, más pequeñas, blancas, que colocaba dentro de unos vasitos decorados con estrellas. Los vasitos se llenaban de cera derretida, y había que limpiarlos. Pero, ¡era navidad! No había árbol, sin embargo. No había más que el adorno de la mesa, ni dentro ni fuera. La señora H no disfrutaba especialmente esas fechas, como no disfrutaba en general de la vida. Sus días obedecían a un aburrimiento crónico, donde se guardaba una tenue felicidad por mantener una vida estable, tranquila, por tener las cartas de su hermana, la compañía de Estrella, que en el fondo quería locamente, porque era quien evitaba su soledad. No era triste, pero tampoco alegre. Era grisácea, llana, sencilla. Y así también esa fiesta.

La señora H encargó una cena “de lujo”, como ella misma decía. Hablaba con Estrella y comentaban los precios. El mes de diciembre era difícil, porque sus derroches para unas buenas cenas y comidas la dejaban prácticamente sin beneficios. Y haciendo cuentas con los dedos, pidiéndole a Estrella que repasase una y otra vez las cuentas, parecía sentir la caída de cada moneda, como si se la arrancasen directamente de las entrañas. Lo que más pena le daba era no poder lucirse delante de todas sus inquilinas, y que la mayoría se fuesen. Las hermanas volvían a casa por una quincena, pero mantenían la habitación. Con sus cabellos cortos, con sus grandes ojos y sus bellos perfiles de mujer, se fueron como dos luces de navidad, abandonando los deslustrados pasillos con una sonrisa, arrastrando el equipaje con cierta fortaleza seria y muy digna. Se fue una de las ruidosas. Se fue Raquel, con la cabeza muy peinada y los labios fruncidos. Se fue Berta, que abarcó su habitación con una mirada satisfecha. Era un cuartucho algo pequeño, y tenía una mancha marrón en el techo como ondas que se expandían en el mar blanco. Pero allí empezaba todo... Allí empezaba ella, y veía fragmentos de su vida, de su formación y su arte, en aquella cama y en aquel estrecho escritorio. Se acababa el año, y estaba lista para el siguiente. Levantando una mano, como si dejase caer su mensaje, se encontraba con un rizo castaño, y miraba por

última vez la escalera que subía al piso de las inquilinas. No pudo evitar una sonrisa, porque sus ojos brillaban y se imaginaba saliendo de allí como una gran artista, una artista reconocida. Se despidió de la señora H recordándole sus buenos deseos. Se acercó a Alicia, y no posó su bolsa de viaje en el suelo, porque apenas intercambiarían un par de palabras, y tenía prisa. Era, además, una mujer segura, y sus ojos, a la altura de un metro setenta y siete, enfocaron directamente hacia abajo para encontrarse con los de Alicia, y decirle que tenía algo de fantástico hacer un cuadro que abarcaba dos años, un magnífico retrato que seguirían a su vuelta. Cerró la puerta nada más salir, y un aroma frío quedaba en el vestíbulo, helando el pobre perchero que nunca tenía nada que sujetar. Y se quedaron Celia y Alicia, solas. Celia y Alicia, y la señora H y Estrella. La primera buscaba una historia de navidad, buscaba un nuevo amor que le hiciese soportar aquellos días tristes en una pensión de mala muerte, como ella decía flagelándose. Se sentía como una princesa encerrada en una mazmorra, y deseaba salir cuanto antes. Luego estaba Alicia, que seguía yendo al teatro, porque la navidad no paralizaba su funcionamiento, ni mucho menos. Más bien, les exigía ciertas actuaciones que todos querían ver. Porque en lo familiar, en lo conocido, había algo maravilloso. Y Alicia siguió yendo al teatro, y siguió actuando.

La señora Stöhr organizó grandes banquetes, y se juntaron con la familia de su socio en más de una ocasión. Víctor y Sandra hablaban, mirando distraídos el cielo nocturno, poblado de estrellas. Eran limpias, claras, brillaban sin que ninguna membrana de nube se interpusiera en su camino. Una farola lanzaba haces blancos, medio distorsionada por la lejanía, y una música de fiesta parecía llenar las calles. Se miraron un segundo, y volvieron a desviar sus ojos. Por qué aquellas fechas, y aquel aburrimiento. Sandra sonrió, porque recordó algo, o pensó en algo. Víctor lanzó un suspiro, y pensó que habría sido un consuelo tener sueño, por así poder centrar sus esfuerzos en mantenerse despierto, y no en contar los segundos que iban pasando, insípidos. La bailarina, por su parte, agradecía momentos como aquél. Los agradecía y le daba un poco de vergüenza el motivo —y ahí había sonreído—, porque le encantaba una fecha importante para demorarse ante el espejo, ponerse guapa, disfrutar de algo tan tonto como su cuerpo bien vestido. Y se sentía —y estaba— preciosa con su vestido de color crema, con la cinta oscura dibujándole la cintura, como las manos de un bailarín, con el colgante del mismo color y las mangas que se ceñían al hombro. Los cabellos, negros como aquella noche, se recogían y mostraban su rostro tal cual era, lo

desnudaban por completo y ella lo exhibía feliz, orgullosa, con sus virtudes y sus defectos, un poco grande y de mandíbula prominente, con las cejas finas como dos arcos que parecían de chocolate negro, con los labios gruesos, que destacaban por un brillo rosado. Le bastaba aquella felicidad, le bastaba moverse sutilmente para notar el delicado tacto de la falda, y el aire en la nuca. Como la farola inflamada en llamas blancas, sus ojos resplandecían, y pensaba en el año que acababa, en la vida que avanzaba sin parar, y que observaba con cierta reserva alegre, como en una burbuja. Pensó en Alicia... y sonrió de nuevo, una vez más. Víctor estaba desconcertado, y tenía el corazón nervioso. Pensó también en Alicia, cómo no iba a hacerlo. Y se propuso algo para el año que empezaba. Algo que no era original, pero que necesitaba. Quiso hablar con Marcos, pero sólo encontró a Sandra. Y no dijo nada, porque no conseguía tener esa confianza con ella, y quién sabía lo que la bailarina sentía, hacia él y hacia cualquiera, con sus inteligentes ojos callados, con las oscuras pestañas estableciendo una distancia que él nunca se atrevía a franquear. Y pensó en esto, en esto una y otra vez, ahogado, asfixiado. Sandra pensaba lo mismo, más o menos, pero con el espíritu tranquilo, como quien aspira el exclusivo aire al borde de un precipicio, justo antes de preguntarse qué hacer. Aquel cuerpo de bailarina, pequeño y acrobático, flexible, adorable, no reflejaba en absoluto la fortaleza de esa alma libre y alocada, que se labraba una expresión desde la que contemplaba tranquila la noche, mientras dentro de sus ojos se formaba el mundo entero. Ella no se asfixiaría... No se ahogaría. Esperaba, e iba disfrutando. Pero, ¿qué haría Alicia? ¿Se acordaría de ella?

Y las fechas fueron pasando. Los días rodeados con círculos rojos en el calendario, las notas mentales donde se apuntaba quién no podía comer tal cosa porque le producía alergia, o porque era un repugnante, quiénes venían y quiénes no y cuántos platos hacían falta, cuándo poner una vajilla, cuándo otra, qué cantidad de copas necesitaban, terminaron lentamente, como un murmullo que se apagaba. Los cosquilleos por la intriga de los regalos y el primer gesto que harían al año nuevo desaparecieron como una carga que se aliviaba, pero también como algo mágico —porque la navidad era mágica— que se ahogaba. Llegó el día diez, el once... El teatro rugía, porque esperaba nuevos espectáculos. Los adornos se retiraron en viejos almacenes, en buhardillas húmedas, y se prepararon para un terrible enclaustramiento donde se pudrían poco a poco, entre gotas del invierno.

Pasaron dos días más, y otros dos. El quince de enero, Alicia bailaba junto a

tres mujeres más, aprovechando que el escenario se había quedado completamente vacío.

Víctor se había convertido en un habitual del teatro. Como un trabajador más, llegaba por la mañana y daba vueltas por uno y otro lugar, evitaba pegarse a Sandra por no interrumpirla —aunque terminaba haciéndolo porque a menudo perdía a su madre—, y poco a poco codiciaba la sabiduría de la señora Stöhr, que se veía obligada a instruirle. A ratos seguía las huellas del hombre y le hacía un gesto que se había convertido en una íntima señal de ambos, con el que lo convocaba para una rápida lección en su despacho. Otras veces, habiéndose cruzado con él a primera hora, era incapaz de encontrarlo más tarde, y daba por hecho que se había ido. Claro que la señora Stöhr odiaba subir a la azotea, y se había convertido aquél en un lugar privilegiado para Víctor, un solitario valle donde el frío de la ciudad calmaba el ardor de su cuerpo. Porque el cuerpo le ardía, le ardía como a un niño que no se decidía a hablar, a decir una palabra, aunque fuese. Se quedaba mirándola, estudiaba sus pasos y sabía cuándo iba y venía de algún sitio, se cruzaba con ella y bajaba la cabeza. En ciertos momentos se daba por vencido, se insultaba y creía que ella intuía todo eso y se divertía viéndolo sufrir por su propia incompetencia. En otros estaba seguro de que ella no sabía nada, ni tan siquiera se había fijado en su existencia. Pues, si no, ¿por qué esa cara indiferente, esa cara absolutamente neutral e incluso algo seria cuando se cruzaban? Los labios bien cerrados, dibujando curvas rosas, y los ojos fijos en el final del pasillo. Entonces ocultaba el rostro en las manos... Se asomaba un poco más, para obtener más aire, y a la vez se tapaba por contener esa rabia que se alzaba contra él, contra su carácter pusilánime, lento, estúpido, que lo torturaba a la vez que parecía ascender y ascender por la perfecta estampa de ese rostro que admiraba días y días. Pero, ¿qué sentía? Y no se atrevía a hacer un balance de sus emociones, a extenderlas delante de él, en el suelo de la azotea, para mirarles directamente a la cara y saber de qué se trataba. Parecía un obseso, un demente. ¿Y si lo era? ¿Y si había perdido el juicio? Pero aquello habría sido un alivio. No, no era un demente, estaba en su perfecto juicio, y de algún modo se había dejado atrapar por una atracción tan violenta que no era capaz de asumir, y ésta lo consumía un poco más a cada minuto. Él no era así... No era tan idiota, tan incapaz. Pero tampoco antes había pasado todas las horas del día pensando y pensando en una misma persona, aquélla por la que llevaba un mes y medio fingiendo que le interesaba dirigir un teatro sin haber sido capaz de dirigirle la palabra.

Dirigirle la palabra. Hablarle, sin más. Ése era el propósito de año nuevo que se había prometido cumplir, cuando observaba el cielo oscuro junto a Sandra, que sonreía. Pero no era tan sencillo. En principio, no tenía ningún motivo por el que hablarle directamente a ella, porque no era una figura principal del elenco del teatro, y quizás tampoco tendría nada que decirle de haberlo sido, o al menos de momento. No era la primera bailarina ni la prima dona. Si se dedicase a presentarse como uno de los socios del teatro —o hijo, que a fin de cuentas era lo mismo, o lo sería...—, tendría que excusarse presentándose a todas las demás personas, y aquello era un trabajo excesivo, pero sobre todo, un absurdo. No quería hacer el ridículo con actos extravagantes, quería ser tan serio como siempre lo había sido, y que su comportamiento allí dentro fuese el más correcto, sobre todo por tratarse del teatro. Aunque no sabía si enamorarse de una bailarina era lo más correcto. En todo caso, había elementos que podía escoger y otros que no. No haría el imbécil hasta ese punto, aquélla no era una opción para hablarle, menos aun llevando ya tanto tiempo allí dentro. Podría abordarla de repente, pero eso tampoco tenía sentido. Como mucho habría podido aprovechar en sus primeros días allí, fingirse perdido y pedirle ayuda. Lo había pensado entonces, sí, pero no era tan sencillo verla, sentir que sus músculos se tensaban y la boca se le secaba y ponerse a hacerse el despistado. Él no era un buen actor. O al menos, no había sido capaz, y ahora, tras un mes allí dentro (y algo más), ya no tenía sentido.

Siempre tendría la opción de Sandra. Pedirle directamente que se la presentase. Descubrirse sin más ante ella, dejar que con aquel favor conociese su secreto, así, con total confianza.

Le daba muchísima vergüenza.

Sandra ofrecía otra posibilidad. Utilizar un momento en el que estuviese con Alicia, caminando por el teatro, y dirigirse a su amiga con cualquier excusa. Entonces la presentación sería algo imprescindible. Una cuestión de modales, nada que lo señalase a él directamente. Y a partir de allí podría seguir, podría continuar. Y, ¿cómo era posible que no se le hubiese ocurrido antes algo tan sencillo? Víctor ocultó de nuevo el rostro, conteniendo un grito de rabia. Pues porque por supuesto que se le había ocurrido, pero no había reunido el valor suficiente. Había seguido a Sandra, había esperado a que se juntasen, y después se había acercado sospechosamente a ellas. Pero entonces Alicia notaba su presencia, giraba el rostro, lo miraba directamente y lo desarmaba. Así, sin más, le tiraba al suelo su coraza y volvía a ser el niño que no se

decidía, que se ponía de rodillas y clamaba su atención sin más torturas. Qué ridículo. Saludaba a Sandra y apretaba el paso, como si llegase tarde a algún sitio. Era eso mismo lo que pensaba. “Hay que apretar el paso”, como convenciéndose de que tenía algo importante que hacer, y se repetía aquella tonta expresión para intentar calmar la vergüenza ajena que a cualquiera le habría producido verlo. Entonces acababa delante de la puerta de Stöhr, pero no estaba dentro. Siempre andaba ocupada, supervisando todo. Encargaba tareas accesorias a Víctor, y éstas —ya él mismo se daba cuenta— no valían de nada. Le sonreía, le explicaba, pero no cedía ni un centímetro en la regencia de aquel teatro. Qué importaba... El teatro no era lo que él quería. Llevaba ya veinte minutos en la azotea. Aquél era el tiempo máximo que se permitía. Si no establecía una disciplina, podía resultar aún más patético, sobre todo si alguien averiguase —y sobre todo la señora Stöhr— que esos momentos en que parecía haber desaparecido se refugiaba allí. Menos mal que a nadie le interesaba subir.

Víctor abrió la vieja puerta negra, cuyo metal chillaba hasta dañar los oídos. Le recordaba, con aquel sonido, que pasaba un día más de fracaso. Y sin embargo le había cogido cariño, como el único confidente, la puerta que gritaba comprendiendo sus angustias y guardándolas. Entonces se detuvo un instante... Con la mano a punto de empujar la estructura negra, frenó porque un pensamiento, un brote de imaginación, se le había cruzado tras las pupilas, y vio a Alicia subiendo con él, escuchando el oxidado quejido, compartiendo ese paréntesis de la nada en el que él se sumía completamente solo. La vio allí, con sus graciosas piernas moviéndose rápidamente, asomándose a la ciudad que recogía sus miradas con una modesta inclinación, y por un segundo le pareció real. Volvió al cielo oscuro, a las promesas que se hacía a sí mismo. Habló de ella, de sus ojos, de su cintura, y la describió para sí mismo entera, como si nunca antes la hubiese visto y alguien le intentase pintar en la mente la imagen de esa mujer. La colocó allí mismo, en la gran explanada, vestida de azul y con una capa negra, para cubrirse ante el frío. Y se colocó a él al lado, y le puso un brazo en el hombro, que bajaba por su brazo y acababa en la mano. Se prometió aquello... Se prometió aquello y se lo prometió de nuevo, para acabar de creérselo, para acabar de verla allí. Lanzó una última mirada al sitio exacto donde quería traerla. Y abrió la puerta.

Víctor se adentró en las oscuridades del teatro. Allá arriba parecía acabarse el día, y era necesario ir bajando para sentir de nuevo la luz, las voces, la

música. Como una fina tela —y se dijo palabras como “seda” y “muselina”— los sonidos iban ascendiendo y él se acercaba a ellos, se adentraba en su mundo, se dejaba llevar y lo guiaban, sucediéndose escaleras y dibujos de escayola, paredes pintadas y zapatos de cantantes.

Se coló en la parte trasera del escenario, tras el telón de fondo. Le gustaba perderse allí unos instantes, jugar a ver las cuerdas que sostenían decorados con nubes y salas de palacios. Había entre ellos una pasarela que cruzaba el techo, y pensaba que le habría gustado estar allí durante una actuación, subido junto al señor L, que se dedicaba de poner en marcha todo ello. No sabía si ese hombre ceñudo era sensible a la música y al arte, no sabía si disfrutaba escuchando la ópera y viendo a las mujeres bailando, pero su lugar era, a ojos de Víctor, privilegiado en cierto sentido, o en ciertas ocasiones. Alguna vez había sentido el impulso de tenderle la mano y pedirle su permiso —porque era como un guardián y tenía pleno derecho a permitir y no permitir la entrada— para compartir juntos una noche de espectáculo, allí sentados, con las piernas colgando y la barbilla sobre la barandilla, sin hablar pero compartiendo esa vista distorsionada, que tergiversaba todo aquello que veía el público, que hablaba de realidad y esfuerzo, de artistas que no eran personajes sino personas, faldas que alguien había confeccionado todas iguales, tocados que se torcían en ciertos movimientos. Miró la pasarela, y se sintió inferior a ese hombre que subía cuando quería, que al igual que la señora Stöhr, desde su posición, era también el alma del teatro.

Y la voz de Alicia. La barandilla, y la voz de...

Víctor se dio la vuelta. Acababa de oír a Alicia, conocía exactamente su timbre, cuando acompañaba a Sandra, cuando la espiaba en los ensayos. Quiso asomarse, pero le pareció torpe. Anduvo hasta un lateral del escenario, desde donde podía verla con total libertad. Allí estaba, con otras tres mujeres. Pero ya llevaban gran parte de la mañana, y otros bailarines habían aprovechado un pedazo del escenario, sin estar Víctor muy seguro de a quién obedecía la música que estaba sonando. Las mujeres se llevaron las manos a los muslos, a las caderas, para apretarlas y respirar, coger fuerzas, pues habían acabado.

Víctor carraspeó. Se irguió y carraspeó por segunda vez. Aquello le produjo algo de tos, una tos estúpida que, por suerte, pudo frenar enseguida. Se puso serio, miró directamente hacia Alicia. Se había prometido algo e iba a cumplirlo, por encima de todo. La llevaría a la azotea, claro, pero primero tenía que hablarle, tenía que romper esa distancia que lo separaba de ella.

Alicia le dio la espalda, hablando con una de sus compañeras, mientras otra salía con sus pasos ligeros, esos pasos que parecían no pesar nada. Víctor sintió los fuertes golpes de su corazón, nerviosos, que retumbaban y lo ponían todavía más histérico. No se movería de ahí, de ningún modo. Esperaría lo que hiciese falta. Y Alicia dejó de hablar, y comenzó a caminar hacia donde se encontraba Víctor.

Obviamente, no iba hacia él. Su situación no era más que una casualidad sin apenas importancia. Salía porque había terminado allí, e iría a ensayar a otra parte, a hablar con alguien, o cualquier otra cosa. A los dos pasos fijó su mirada en el hombre que allí esperaba —sin saberlo, a ella—. No la apartó ni un instante, y a los débiles ánimos de Víctor le pareció que aquel gesto tenía algo de insolente. Sin embargo, no hacía más que responder a la también insolente mirada suya, que la examinaba desde el mismo instante en que había oído su voz.

Alicia se acercó más, y el tiempo se volvía una masa frenética de impresiones —colores intensos, multitud de gestos que sonaban sin parar, un golpe de su corazón y otro, y otro, la brizna dorada que cruzó un ojo de Alicia al soltarse del recogido, ¿o ya estaba suelta antes?— que, en todo caso, avanzaba muy despacio. Pero avanzaba, y Alicia se situó justo delante de él. Entonces bajó los ojos... y Víctor quiso ver timidez, quiso ver un resto cándido en esos labios cerrados y los párpados que descendían. Pero frunció el ceño, y dijo, con la voz irritada, “¿Dónde están?”. Movi6 la cabeza, pero no había nada en el suelo. Entonces volvió a mirarlo a él.

—¿Has visto unas zapatillas blancas?

Víctor se quedó callado, sin saber qué responder. Lo que menos se esperaba en ese instante era que algo tan absurdo como unas zapatillas desaparecidas destruyesen el esfuerzo que había conseguido juntar para la ocasión, y que las primeras frases que intercambiaban fuesen tan deslustradas. No sabía qué decir, y los colores bajaron su intensidad y los sonidos fueron más suaves, convirtiéndose en un murmullo de fondo apenas audible. Tras una especie de respiración, algo que sonó como un “Eh” que titubeaba, buscó él también con la mirada algo en el suelo, algo blanco y pequeño, sin encontrar nada.

—¿Has visto a alguien cogiéndolas? — preguntó de nuevo, con un dibujo de sus cejas que encantó a Víctor, por el ligero desamparo que pintaban en su arco rubio y un poco castaño. —Estaban justo aquí.

—No. No, ya no había nada cuando llegué.

La bailarina se llevó una mano a la frente y cerró los ojos un instante.

Entonces se coló en su escena, en ese primer encuentro, una risa que se mezclaba con otra. Dos cabezas masculinas aparecieron, como espiando la reacción de la mujer. Alicia sonrió un momento —esas sonrisas insignificantes que se dibujaban más en las mejillas que en los labios— y empezó a correr tras ellos, manchándose con el suelo del teatro, y desapareció dejando un aroma frío. Antes de que se pudiese dar cuenta, sorprendido por las impertinentes risas de los desconocidos, Alicia había volado... Y Víctor se sintió un poco herido, porque no sabía cómo había perdido la oportunidad de hablarle por primera vez, y hacer de aquél un gran recuerdo. La situación había terminado por resultar ridícula y terriblemente torpe. Otros se habían adelantado para adueñarse de aquello, esos dos que se reían, esos dos que se asomaban. Primero Víctor pensó que se burlaban de él, de su pobre intento para atraer la atención de la bailarina. No obstante, eso no se sostenía. Alicia había corrido tras ellos, y los tres habían desaparecido con cierto alboroto por el pasillo, como en un patio de colegio. Alicia no corría para reponer su honor, o para evitar que se riesen de alguien en quien nadie se había fijado. Porque no se había fijado nadie, ésa era la verdad. Pero las explicaciones no importaban demasiado en ese momento. Pensó en algo a lo que podía llamar inmadurez, y después en un sentido romántico o lujurioso. Quiso buscar los límites de ese momento, y saber dónde acababan las bromas de niños y dónde empezaba el deseo, en dónde estarían esas zapatillas y qué objetivo perseguían. Una cosa era la falta de inteligencia, lo que no tenía que molestarle, y otra el hacer correr a Alicia para que le encendiesen las mejillas y le brillasen los ojos. Era entre dos, y no sabía si eso lo aliviaba un poco o lo alarmaba más aún. Y en realidad nada de eso importaba, porque los tres se habían ido y él se quedaba solo.

Allí quieto, clavado, con los ojos buscando aquello que había desaparecido, se preguntó hasta qué punto le gustaría haber formado parte de esa broma. Quizás fuese algo habitual, porque Alicia no había dudado en perseguirlos. Si se lo hubieran propuesto, se sentiría dividido. En parte lograba incluirse en el círculo que trataba a Alicia con total naturalidad, y en parte habría hecho el imbécil. Pensaba que aquellas conductas quedaban enterradas años atrás, en la infancia, en la adolescencia más temprana, como mucho. Él era más serio que todo eso... No aburrido, pero sí serio. Y más hacia una mujer. Para él Alicia se mostraba como una joya a la que debía acercarse poco a poco y con infinita delicadeza. Tenía miedo de ofenderla, de resultar pesado, de enfadarla. Pero claro, a quién no le gustaba Alicia. Y cómo reaccionaban

unos cómicos. Entonces fue erigiendo un pedestal donde él se subía, un pedestal donde no encontraba nada que reprochase, o quizás tan solo un carácter demasiado pausado, que a alguien podía parecer indolente pero que en realidad ardía. Lanzó una mirada oblicua a aquellos que se reían entornando los ojos. Él podía tener menos desenvoltura, pero lo prefería miles de veces. Y de nuevo se habló de la inteligencia, y no supo si estaba en calidad de juez, porque él nunca se había considerado demasiado listo, pero se vio en una situación superior, como mínimo, de modales, incluso algo que no se pudo explicar y tildó de carácter analítico, si es que tenía algún sentido aquella expresión. Pero no se aventuró a juzgar la inteligencia de Alicia. La verdad es que no sabía nada de ella, y quizás no quería saberlo. No quería conocer si se sentía encantada con las patéticas bromas de sus colegas ni por qué. Entonces Víctor bajó la cabeza, dolido, porque había perdido algo a pesar de toda la intención que había conseguido reunir.

Abandonó su lugar, el lugar un poco humillante, la verdad. Anduvo y pensó que lo mejor era volver cuanto antes a casa, pero la señora Stöhr lo había convocado en su despacho en unos diez minutos. Bajó las escaleras y se dirigió allí, aunque tuviese que esperar un buen rato de pie, junto la puerta, sin hacer absolutamente nada. Odiaba llegar tarde, pero también odiaba llegar antes de tiempo y quizá interrumpir lo que fuese que ocupase a la buena mujer. Esa mujer, que algún día a alguien le había parecido hermosa y se había casado. Qué fácil parecía todo con la perspectiva de las vidas ajenas, aquéllas ya labradas, ya construidas. Ojalá para él también todo pareciese fácil, echando la vista atrás. Aquello tenía que significar tranquilidad, tenía que significar satisfacción, con el corazón rebosante y la mente fija en lo cotidiano, en la rutina. Pero eso ya llegaría, de algún modo u otro. Ahora estaba en esa parte donde tenía que formar todo, estaba en las angustias que el señor Stöhr habría pasado, estaba en la trepidante tarea de enamorarse y conseguir a esa mujer para el resto de su vida. Aquello significaba, más bien, felicidad.

Llegó al pasillo que terminaba en el despacho de Stöhr, donde un jaleo que ya vibraba desde las escaleras hizo que Víctor temblase un momento. Las risas de los hombres y unos estúpidos aplausos le hicieron temer que la escena no había concluido aún. Las zapatillas, que eran dos pequeños pedazos crudos, tan minúsculos como el contorno de sus huellas, estrechas y delgadas, como dos gotas blancas, estaban colocadas sobre el marco de una puerta. En un perfecto equilibrio, en posición vertical, aquellos dos pétalos se mantenían

sumisos en la altura, y Alicia se había subido a una silla para alcanzarlas. Con su cuerpo estirado, de puntillas, los dedos acariciando ya su objetivo, echaba la cabeza hacia atrás, de la cual escapaban en desorden numerosos mechones rubios, con el moño —ya destrozado por los ensayos y por esta última carrera— se desplomaba sobre la nuca y apenas podía mantenerse. Como Víctor había imaginado, el cansancio del día y esa persecución habían hecho que las mejillas se le encendiesen, que palpitase en ellas un rubor suave, de manzana que empieza a colorearse, de cereza gallega. Y los hombres se movían alrededor de la silla, haciendo ruido, y Víctor estudió aquellas miradas y vio cómo se dirigían a los pies de Alicia, apoyados sobre las puntas para sostenerle el cuerpo, sobre los que hacían comentarios casi a gritos. Y luego se fijaban en sus piernas, que subían y confluían allá donde morían los muslos, aquellos muslos finos y redondos, a su vientre estirado, a la película de sus axilas claras por los brazos alzados.

Pero el delirio duró poco tiempo. Alicia atrapó una zapatilla, luego otra. Bajó de la silla, y Víctor se preguntó si la había traído ella o si sus bromistas la habían colocado por sí solos, con todo preparado.

No sabía qué pensar de ella. No quería ni siquiera pensarlo. La verdad es que no la conocía. Quién conocía a Alicia, en realidad. No tenía ni la menor idea de cómo pensaba esa mujer.

Y bajó ágil, rápida, con una expresión triunfal. “Recoged esto”, dijo, tocando con el talón la silla, con unos ojos que parecían guiñar sin moverse, con una sonrisa que se intuía pero no se formaba del todo en la boca. ¿Qué sentido tenía esa cara alegre, que disfrutaba? Y Alicia miró a Víctor, sorprendiéndose porque estuviera allí. Entonces él siguió andando, como si no hubiese visto nada, con los ojos fijos en el despacho de la señora Stöhr. “Hay que apretar el paso”. Llegar hasta allí, apoyarse en la pared y dejar que pasasen unos cuantos minutos. Eso era todo lo que debía hacer, ignorando lo que pasaba detrás, a unos metros de distancia, en una atmósfera tan distinta a la suya.

Alicia suspiró un momento, agotada. Miraba a aquellos dos hombres como si ella estuviese a una altura mucho mayor. Participaba en sus bromas, en sus burlas, y accedía a ellas con una alegría intacta. Se subía a las sillas y recuperaba sus cosas, dejaba que hablasen de sus pies diminutos, que la mirasen y sus ojos lanzasen chispas, unas chispas que le quemarían la piel de haber llegado hasta ella. ¿Cómo no le iba a producir una gran satisfacción, prestarse a todo eso? En este mismo caso, podía haber cogido las zapatillas mucho antes, pero se demoró un poco en sus estiramientos. Dejaba que ellos

jugasen con ella y ella también lo hacía, porque íntimamente disfrutaba de una sensación triunfante, que le decía que los gobernaba, que en su belleza conseguía que la cabeza les diese vueltas, y a la vez que ni uno de ellos se atreviese a tocarla. Porque en esa columna que ella misma se construía, sobre la que se sentaba dejando que los pies le colgasen, alta y fuerte, ofrecía encantadoras imágenes de su cuerpo, y a la vez les ataba las manos. Porque ese deseo que se reprimía, que se calentaba al paso de los días por contenerlo, por exhalarlo únicamente cuando respiraban cerca de ella, expandiéndose en una fiebre oscura, era para ella el resumen de la felicidad. De su felicidad, en la que las intimidades de aquel cuerpo pálido y bien formado eran sólo para ella, con una superficie arañada por todas esas pestañas que se contorsionaban a su paso.

Los hombres se fueron con la silla para devolverla al lugar de donde la habían sacado. Alicia dejó que su espalda tocara la pared, porque estaba cansada, con las zapatillas en la mano izquierda. Vio a Víctor, que miraba al suelo y la miraba a ella de reojo. Luego examinó sus suelas. Estaban lo suficientemente sucias como para desgraciar también las zapatillas si se las ponía, por lo que continuó así hasta una puerta donde se guareció, estudiando Víctor cada uno de esos movimientos. No sabía nada de ella. Pero era hermosa, y de algún modo lo había enamorado.

CAPÍTULO IX

Alicia había recibido noticias de su casa. Su madre, con esa caligrafía de niña, muy cuidada y redonda, como si en su esporádica correspondencia tuviera que redirigirse a las lecciones de la infancia, le había dicho que su padre estaba enfermo. Lo había dicho rápidamente, sin apenas profundizar en el tema, acordándose de aquel detalle por haber hablado del frío que hacía. Lo cierto era que el padre de Alicia estaba enfermo a menudo, y esto no sorprendía ni alertaba a ninguna de las dos, pues no existía invierno en que el hombre, con su acostumbrada terquedad y esa fantasía de ser más fuerte y duro de lo que en realidad era, no acabase reducido a un par de semanas sin moverse de la cama. Así se reiteraban a su alrededor siempre las mismas palabras —neumonía, pulmonía, cosas cuyo significado exacto Alicia no había llegado a comprender nunca y que tampoco sabía si había alguna diferencia entre ellas, pero que eran como una derivación más seria del catarro—. Por eso aquella mujer de letra infantil se lo contó a su hija de una forma tan tranquila, casi sin acordarse, con esas manos diecisiete años más jóvenes que las del enfermo. Por eso lo escribió con los ojos cansados pero tranquilos, que tenían algo más de brillo, quizá, cuando se había casado. Pero, ¿a quién no le brillaban más los ojos cuando era una cría inexperta y fácil de convencer, de manipular, incluso?

Por supuesto, nunca se había hablado de eso. O nunca se había dicho de esa manera, con aquellas palabras, palabras que iban más allá de las insinuaciones vagas y que —¿quién sabe?— igual no se refirieran exactamente a eso, sino a los miles de pequeños problemas que se habían ido formando en torno a la pareja y que tampoco se pronunciaban con sinceridad. Pero, a pesar de no haberse dicho o de no haberse pensado con toda la crudeza de la realidad, sino distorsionándolo para no creerse una tan tonta y otro tan egoísta, aún con la retrospectiva de los años, era algo que todos sabían y que se mantenía latente día tras día. Incluso Alicia, aun siendo una niña, podía intuir que algo no estaba bien, y quizá no se trataba de las discusiones o los gestos de desprecio, sino más bien de las extrañísimas ocasiones en que había visto a sus padres acariciarse las manos o cogerse del brazo, algo tan raro y aislado —y también lejano, ahora— que había tenido que guardar en su memoria como imágenes de lo más especiales.

La verdad es que en su casa nunca había existido demasiado cariño entre sus padres, o al menos no había muestras de ello. Al poco de nacer Alicia, su

madre había volcado en ella todo su amor, y quizá se había secado todo lo demás. Esa madre tan joven, con una belleza que acababa de florecer, que despuntaba y se cortaba a un tiempo. Ese cuerpo intacto, terso, claro, que sufría el embarazo en un momento tan inapropiado, tan estúpido —estúpido, ésa era la palabra—, que hacía que sus miembros se tensasen y se destrozasen para dejar espacio a la vida que se formaba, abandonaba ese magnífico goce de la juventud por haberse juntado a un hombre que ya estaba en el momento de engendrar un hijo. Sí, la juventud, en la que podía existir amor, en la que podía existir pasión, en la que podía existir todo eso, pero donde no había lugar para un compromiso semejante, tan serio y desigual, ni menos aún para una responsabilidad como la hija que estaba naciendo. Y esa mujer, esa niña que se traicionaba, que moría, que en lugar de maquillarse para ir a bailar se convertía en madre, tan tonta como para hacer aquello con una sonrisa, en nombre del amor —del amor, qué amor, qué estúpido amor—, se limpió el sudor del cuello, de la frente, de los labios, cuando el último instante de dolor separó a su hija de ella, en la sábana y en las toallas manchadas de sangre, donde fragmentos de ella, en una espantosa analogía, se extendían a un lado y a otro. Y en la primera mirada que dirigía a esa criatura pequeña, que lloraba con los ojos cerrados, la quiso como ya la quería antes, enamorándose locamente y queriendo justificar que aquello estaba bien, que era lo mejor, convenciéndose como si hubiera sido imposible haberse enamorado de la misma manera y con la misma intensidad unos diez años más tarde. Se enamoró de su hija. Y poco a poco dejó de enamorarse de su marido, como si el amor que la pequeña absorbía fuese restando el de la pareja, hasta convertirse en una auténtica separación de hecho en una misma casa.

La madre hablaba de neumonías y pulmonías, hablaba de fiebre y tos, resfriados, gripes, y Alicia leía aquellas palabras con tranquilidad, como si la indiferencia de la madre fuese traspasada por medio de sus signos. Parecía que le hablaba del tiempo, o de cómo estaban sus amigos de toda la vida, e hijos y matrimonios ajenos. La bailarina leía aquello y no se lo tomaba demasiado en serio. Entonces se adormilaba un poco, y terminaba de leer el montón de letras sin enterarse demasiado de lo que en conjunto decía, imaginando al padre saliendo de casa en pleno enero, sin abrigo, “Sólo para tomar el aire”, como él decía. Ella lo quería, pero era un cariño tibio, con sus rarezas, que le inundaba el cuerpo y a la vez se sentía en cómodo en la distancia. Su padre no daba abrazos, no hablaba demasiado, no decía cosas

como “Te he echado de menos”. Así como su madre hablaba y hablaba — como le ocurría a ella cuando se sentía cómoda, en cierta intimidad, en ciertas situaciones—, contando todo una y otra vez y demandando la misma cantidad de información, su padre era una persona ausente. Iba y venía cruzando pocas palabras, sin preguntar demasiado, resumiendo las bienvenidas en un simple “¿Todo bien?”. Alicia sonreía, asentía, “Todo bien”. Ambos quedaban satisfechos con aquello, aunque para la hija se trataba más bien de una labor de camuflaje, de aceptar aquel carácter con el mejor humor posible, por no guardar un resentimiento inútil, sobre todo cuando sus días habían dejado de estar ligados. Claro que ella no había llegado a esbozar esas razones, ni tan siquiera se había parado nunca a analizar ese comportamiento. Sencillamente, si había alguna gota de bondad en ese corazón un poco duro, ésta se dirigía a su padre, y así aceptaba su silencio, sus pocas ganas de que a la vez ella le hablase demasiado, toda su frialdad. Así, Alicia iba de un lado a otro y le dirigía una sonrisa, una sonrisa suave para que no resultase demasiado incongruente con esa cara en continua inexpresividad, y su padre se sentía afortunado porque al menos su hija respetase esa manera de ser. Ya tenía bastante con su mujer, que se había empeñado en cambiarlo tantas veces y de una manera tan obstinada que aun seguía intentándolo, de cuando en cuando, esa mujer que se había vuelto una virgen perpetua desde hacía unos siete años.

Se sentaba en la esquina derecha del sofá, esa esquina que era su sitio, y fumaba y sus ojos se oscurecían un poco.

Su mujer, la nueva virgen.

Soltaba el humo y veía cómo se iba transformando en brazos grises, traslúcidos, como telarañas de aire.

¿Qué le había pasado a esa chica rubia, preciosa, que lo había vuelto loco con aquellos vestidos claros de verano? Hacía mucho que no la encontraba, y sólo quedaba el desvaído color de su pelo, y ese caminar tan silencioso. Pensaba con nostalgia en esa mujer que lo había enamorado y lo había llevado al éxtasis con su figura joven y los labios gruesos, que perseguía hasta morderlos. Mordía el cigarro y recordaba morderle los labios, y cómo eso hacía que ella se riese sin parar, escapando de nuevo. Ahora parecían recuerdos ridículos, los de un viejo que se transportaba al pasado, cuando estaba erguido y era alto y de brazos fuertes. A veces pensaba en otras, en las anteriores, cuando había pasado los mejores años de la vida, cuando era un niño pero era también guapo, y con ese arrojo y esa

seguridad que lo volvía un poco insolente y a la vez más atractivo. Se volvían locas por él, y había tenido buenas aventuras. Pero cuando la vio a ella...

El cuadro se colaba en su mente e interrumpía los recuerdos unos momentos. Era el típico y asqueroso bodegón de clases baratas de pintura que había hecho el hijo de su cuñado, un adolescente con muy poco que hacer. Y debajo la chimenea, y debajo el suelo y la alfombra marrón. Seguía en la misma casa que compró tras prometerse con Carmen. Qué bonita le había parecido, en la primera visita, con toda aquella luz que llegaba hasta el final de las habitaciones y los ventanales. Había conservado las paredes de color blanco, y la habían llenado con todo lo que tenía que llenarse una casa. ¿En qué momento habían colgado ese cuadro tan absurdo, de ese sobrino que ni siquiera le gustaba, que era un niño debilucho y mimado? Se acordaba de cuando habían entrado ahí... Pero no, antes era cuando la había conocido, con aquel vestido blanco, con los campos amarillentos a la espalda recortando su silueta. Qué manera de perseguirla, de buscarla, de desmontarse frente a ella de todas las maneras posibles. Era muy joven, y muy hermosa. Más hermosa que Alicia, la verdad. La niña se parecía a su madre, pero tenía algo distinto, algo que era de él y rompía un poco el conjunto... Carmen había sido más hermosa, sin duda. Él era un gigante devorando a una chiquilla, pero qué preciosa era, cómo hacía que perdiese el sentido. Quería tenerla cada día, quería guardarla sólo para él. Y era un hombre con un buen cuerpo, con historias exóticas, muchas de ellas inventadas, anécdotas de sus años más tempranos. Las había utilizado, claro. Lo había utilizado todo, y había aprovechado al máximo los despistes de sus padres, ese pedante de gafas redondas y la otra histérica que se ondulaba el pelo, tan pesados, tan protectores con Carmen. Pero no podían hacer nada. Él sabía demasiado, ya tenía sus años, y la enamoró incluso más rápido de lo que se esperaba. La había llevado a uno de esos claros anchos y solitarios, subiendo por el camino de la iglesia, donde le había hablado de amor y la había gozado durante las luminosas horas de la tarde. Todavía guardaba, en un rincón privilegiado de la memoria, la imagen de aquel cuerno virgen y desnudo, un poco inseguro, con vergüenza a mostrarse —quizás algo de miedo, quizás el complejo porque odiaba su pecho, con los pezones tan grandes—, una vergüenza que había ido perdiendo poco a poco, a medida que la acariciaba y dejaba que le rodease el cuello con los brazos. Aquella era la juventud, aquella era la belleza. Había conocido a tantas mujeres distintas, con tantos rasgos y tantos caracteres... Y ninguna podía acercarse a la

preciosa estampa de esa niña dulce e inexperta, entregada a él, preparada para todo lo que quisiera.

El honor, la decencia... Él no había pensado en eso ni una sola vez. Si se había casado con Carmen había sido por la pura necesidad de mantenerla junto a él, fuese a donde fuera, a esa niña que se reía con las mejillas ruborizadas, que se descubría y se gustaba y le gustaba a él con el mismo empeño. Se la había llevado, y se la volvería a llevar siempre. El problema había venido después, con los años. Habían tenido una hija, y su mujer la adoraba, y él veía las similitudes con lo que su Carmen habría sido al nacer y al ir creciendo. Pero poco a poco, dejaba de gustarle algo. Él no lo comprendía. Siempre había sido así, y parecía que las necesidades de la esposa aún joven, aún llena de vida, cambiaban y pedían más, mucho más de lo que él estaba dispuesto a darle, porque, maldita sea, él seguía siendo el mismo de antes. No entendía ese cambio de actitud, como si tras los años hubiera que mudar de forma de ser y empezar a tratarla de distinto modo. Le parecía que entraba en una especie de crisis de edad, que se desquiciaba sola y le daba por discutir, discutir más cada día, tanto que algunas noches se iba a otra habitación. Lo más prudente era esperar a que eso se calmase. A que parase la furia que llevaba dentro, no molestarla, no perseguirla. Quizás todo cambiase más adelante, cuando la hija se fuese de casa y entonces la soledad la obligase a volver a su lado, a reconciliarse con él y recuperar ese yo pasado que él tanto deseaba, y esas locuras que explotaban de repente, sin que él pudiera verlas venir, irían desapareciendo. ¿Qué iba a hacer él si no? Siempre había sido el mismo... Era ella que cambiaba. Y la hija crecía, y se iba de allí, pero sus planes no llegaban adonde se había imaginado, a esa soledad que la haría entrar en razón y arreglar las cosas definitivamente, volver a lo de antes, a lo del principio. Carmen se convertía en algo decaído, como un espíritu insatisfecho que vagaba de un lado a otro en silencio, triste, y que de repente se transformaba en una fiera. Las noches en otra cama ya no eran una excepción, y tuvo que acostumbrarse a eso. ¿Qué iba a hacer... si era ella la que cambiaba? Y esperaba, y quería decir algo, pero odiaba encontrarse con esa loca en la que se convertía a veces, cuando la molestaba. ¿Qué pasaba? ¿Quién podía entenderla? Carmen había adoptado una postura desgarrada, asquerosa, de vieja. Había adelgazado demasiado, y su cara tenía el aspecto de una fruta seca. Los labios, grandes, parecían sobresalir mucho más que antes, igual que los ojos pálidos. ¿Podía ser aquella su mujer? ¿Podía ser ella, la que se paseaba delante de él arrastrando los pies?

Ella estaba harta. Todavía se sentía llena de vida, pero su cuerpo ya no respondía igual, como si el arrepentimiento lo hubiera entumecido, como si por estar con ese hombre se hubiera vuelto tan vieja como él. Entonces, el muy imbécil enfermaba como siempre, y ella tenía que dejarlo todo para atenderlo. No sabía si enfermaba por cobarde, por intentar arreglarse con ella dando pena en la cama, llamándola sin parar, todo el día, para que lo aguantase. Pero si se pensaba que era tan fácil, que era tan tonta, ya se daría cuenta de que no. Y en ciertos momentos recordaba también aquella vez en el campo, a plena luz del día, su primera vez y a manos de su esposo. Entonces recordaba los años, recordaba la diferencia de edad, y ella una niña virgen, y él a saber con cuántas mujeres apiladas a la espalda, a saber con cuántas la había comparado. Los celos la ahogaban, y lo veía como un viejo asqueroso, un auténtico abuso que le había robado la oportunidad de vivir, que se había encaprichado de ella cuando ya se había cansado de hacer lo que quería, y ella había pasado del abrigo de sus padres al de aquel hombre, sin mayor paréntesis. ¿Qué era eso sino ser una auténtica estúpida? Ahora que podía devolverle la jugada, se encorvaba y se arrugaba de una manera prematura. Había dejado que las circunstancias la aplastasen, y se sentía débil, fracasada. En qué momento había pasado todo eso... Ella había querido el cuento de princesas, había querido enamorarse y vivir enamorada. El carácter de su marido no permitía aquello. Ni el carácter ni las diferencias, ni que ella hubiera tenido que acelerar de esa manera su vida y dejar de hacer todo lo que le correspondía hacer por él. Le daba asco cuando pensaba en los años que le había entregado, cuando él había vivido esos mismos años como había querido. Él sí había disfrutado de los dieciséis, de los veinte, de los veinticinco, y ella había renunciado a vivirlos porque él aparecía, porque él la convencía, con artimañas de adulto, de que se los diera. Había tardado demasiado en verlo, había tardado lo suficiente como para que ya no hubiese vuelta atrás, como para que su falta de iniciativa, de resolución, le impidiese arrancarse esa inercia que los ataba año tras año, hasta que uno de los dos desapareciera. Y cuando lo pensaba no sabía si estaba muy segura de querer que desapareciera. Ella sólo conocía aquello, sólo lo conocía a él. Más debilidad. Más vergüenza.

Todas aquellas emociones, todos aquellos juicios, se palpaban diariamente en la casa, y Alicia no sabía exactamente qué era lo que uno reprochaba al otro, qué pensaban cuando se separaban durante las noches. Pero la situación era evidente, el rechazo y el desprecio mutuo. Si papá se

tropezaba con ella, se quedaba mirándolo con una cara indescriptible, repugnante, con la boca medio abierta y las arrugas todavía más marcadas. Si Alicia enfermaba y mamá la cuidaba, él no descargaba todo en ella, dormía hasta tarde, salía de casa y a la vuelta explotaba una nueva discusión. Eran escenas habituales, y no había nada que la hija pudiera hacer para evitarlas. Las observaba y se esforzaba un poco más... Los dolores, el agotamiento, las repeticiones obsesivas. Su vida giraba en torno a ello, pero acabó consiguiendo lo que quería. Salió de casa y aquello fue una triste liberación, con mamá y las lágrimas en los ojos, con su padre a dos metros de la esposa, como si ella desprendiera un ácido letal y hubiera que guardar una distancia de seguridad. Y en medio de esos recuerdos, revivió unas setenta escenas vertiginosas y todas a un tiempo, casi sin darse cuenta, en un segundo frenético. Vio a su admirador de la infancia, que le había plantado un primer beso, que se despidió dándole una carta para que no lo olvidase. Esa carta se perdió en algún momento del camino, quizás cuando se quedó dormida en el viaje y se le escapó de las manos, quizás cuando sacaba poco a poco la ropa de su maleta, según lo que necesitase cada día, volando por la ventana. Vio cómo le decía adiós a su amiga Paula, cómo le preguntaban cosas sus compañeras de baile, que se quedaban allá, y vio tres teatros y muchas caras conocidas, algunas con nombres que ya había olvidado, otras que recordaba. Tuvo la sensación, en ese instante, de que eso era lo que se podía llamar felicidad, por llevar la vida que quería, por hacer exactamente lo que quería. En todos los sitios en los que había estado había cumplido con su cometido, pero además había reinado de una manera muy particular, de una manera sencilla, y aunque no le habían vuelto a entregar una carta de amor, leía en los ojos ajenos ese deseo que temblaba, que se replegaba sobre sí mismo, que se hinchaba y que podía estallar en cualquier momento. Aquello era la felicidad, con ella y su cuerpo, con todos los demás a un lado, mirándola, adorándola. Era la felicidad, vivir por sí misma y para sí misma.

Pero ahora eso se alejaba, y el segundo lleno de imágenes pasó tan rápido que apenas le dejó sobre las mejillas un soplo de aire fresco, un soplo frío. Había una neblina tibia. Y veía su casa, veía a sus padres. No era la Alicia hermosa y brillante, sino la hija que sentía, a una gran distancia, cómo había observado toda esa caída sin saber hacer nada. Poco a poco se derrumbaban más, y todo eso se observaba tras las palabras, con la calmada caligrafía de su madre, con las insulsas noticias que contaba y que adornaba.

Le hablaba de los vecinos, y que su hijo Luis se casaba. “Luis, el

mayor de todos, el de pelo negro que se puso feísimo con la adolescencia”. Luis, que de niño se había bajado los pantalones para enseñarle a Alicia lo que tenía a cambio de ver lo de las niñas, porque sus dos hermanas mayores le habían pegado un buen coscorrón cuando se lo preguntó a ellas. Pero Alicia se quedó tan impresionada con esa imagen, con esa cosa tan horrenda y que se salía del cuerpo como algo mal hecho, mal colocado, que cuando le dijo “Ahora tú” no pudo hacer más que retroceder espantada, chocando con un árbol que le dejó pedazos de corteza en el pelo. Cuánto hacía que no veía a ninguna de esas personas.

Se dejó caer hacia atrás en la silla, y pensó en qué podía contarle a su madre. Ya le había detallado todo el espacio del teatro, las personas que allí estaban y le había hablado de Sandra y Stöhr. “Últimamente hay un hombre...”, empezó a escribir en su imaginación, pero desechó enseguida esa idea. No quería hablarle de hombres y que pensase que se enamoraba. No quería tampoco que creyese que alguien estaba en situación de aprovecharse de ella. Su madre se preocupaba tanto y con tanta facilidad... Le repetiría un poco lo de siempre, y se inventaría cualquier anécdota llena de pequeñeces para que pasase un buen rato enredada en esas palabras, montando en su mente los escenarios que le refería y cómo serían las mejillas de la mujer en cuestión, si llevaba colorete o tenían un rosa natural. Entonces Alicia se encorvó un poco sobre la mesa, y empezó a escribir con una letra también infantil, no porque en eso se pareciera a su madre, sino porque ella tampoco tenía demasiada soltura en eso.

—¿Sí?— preguntó, cuando alguien llamó a la puerta de su habitación.

—Soy yo— contestó la persona del pasillo, con un tono alegre, reluciente.

Alicia la dejó entrar. Berta, con una obediencia que tenía un punto impertinente —y a Alicia le pareció que había empezado a abrir la puerta antes de que le dijese nada—, entró en el cuarto perfectamente vestida para la ocasión. Con una camiseta vieja lista para mancharse todo lo que hiciese falta, no dejaba de exhibir una actitud muy poco profesional en opinión de la bailarina, que además percibió perfectamente esa expresión algo incómoda que puso nada más entrar, sin saber el motivo, quizá su falta de seguridad, aunque en realidad se debió a que, nada más abrir la puerta, una bocanada de olor a cerrado le había dado directamente en la cara.

Pero Alicia tenía muy poco tiempo. ¿No se lo había dicho? Vaya, a veces se despistaba. Pero podían empezar, aunque fuese, hacer algunas

líneas. Berta propuso aquello con una mirada directa, como quien ve una presa y está lista para arrojarse sobre ella y estrangularla hasta que obtiene lo que desea. Y todo eso lo dijo con la puerta todavía abierta, para intentar respirar un poco, sabiendo que sería una auténtica esclava del arte si se encerraba allí dentro.

—Al menos un poco. Si no empezamos nunca luego nos costará cada vez más.

¿Nos costará? ¿Desde cuándo era ésa una obligación a la que enfrentarse si no les apetecía? ¿Desde cuándo le costaba a ella? Su camiseta blanca, floja y sucia, brilló un momento, y la respuesta para su madre protestó mientras iba cayendo entre sus planes.

Claro, empezarían.

Se sentó delante de Berta con la cara orientada hacia la derecha. Orientada, sólo un poco, no torcida del todo... Así, ligeramente, un gesto suave. La mirada perdida, en cualquier lado. La ventana quedaba en el lado contrario y eso sería un poco aburrido... Pero aunque fuese aburrido tenía que controlarse y hablar lo menos posible, y mejor de hecho si no decía ni una palabra. Tenía que mantenerse en esa postura exacta, moverse lo justo. Así, callada, muy quiera. A Alicia no le gustaba demasiado el silencio, y cuando estaba a solas con alguien solía monopolizar la conversación. Claro que rara vez permitía quedarse a solas con alguien que le resultaba tan fastidiosa, de modo que decidió probar aquella oportunidad de no decir nada, porque realmente no tenía nada que contarle a esa mujer. Sin embargo, estaba claro que Berta podía hablar y moverse todo lo que quisiera, y no permitió que ningún minuto se escabuliese sin oír su voz. Volvió a hablar de sus clases, de cómo había nacido en ella la vocación y la reacción de sus padres. Habló de aquella tía abuela que había sido modelo y cómo sentía que la genética había hecho que hasta ella llegase un poco de esa mujer, esa fijación en ser objeto de arte, aunque una se tumbaba como le pedían y ella llevaba los pinceles. Era el progreso, ser la artista, no la musa, no la modelo. Y sus palabras recibían silencio. Alicia no escuchaba nada de lo que le decía. Pensaba si debía contarle a su madre lo del retrato o no, porque igual no le gustaba que una imagen de su hija anduviera por ahí, o le daba miedo que le estuviera mintiendo y en realidad fuese un hombre quien la pintaba, o algo así. Mejor sería dejarlo, o contarle sin más que se lo habían propuesto y ella había dicho que no.

Pasaron los minutos, quizá demasiados, y Alicia dijo que tenía que

irse. Berta, aunque no había podido hacer demasiado, se sentía orgullosa por haber empezado al menos, por tener algo a lo que aferrarse, pues ahora no sería tan fácil librarse de ella dejando el trabajo “a medio hacer”. Y recogió rápidamente sus cosas mientras Alicia se arreglaba para salir en un cuartito contiguo y bastante escueto que utilizaba a modo de vestidor, un pedazo de edificio que sobraba y quedaba anexionado a esa habitación por ser la última de todas. Allí se quitó su ropa de casa, holgada y cálida, de colores pardos, y se vistió enseguida mientras Berta seguía trasteando con su caballete y las otras tonterías que había traído. Ya vestida, con el pelo un tanto alborotado, salió de su ridículo vestidor y se encontró todavía con Berta, que se había quedado mirando un segundo una línea de su dibujo que quizás no terminaba de convencerla. Miró a Alicia, como dándole a entender que un instante más, sólo uno y en esa postura de antes, sería suficiente para que hoy se pudiera ir tranquila, porque acababa de encontrar un error. Y Alicia quizás fingió no darse cuenta, quizás no se enteró en absoluto de lo que esa mirada significaba, pero se dio la vuelta para coger un abrigo y se ató el pelo a toda velocidad, sin mirarse al espejo y con una torpeza que era uno de sus rasgos particulares.

Berta se dio por vencida. Con un suspiro terminó de coger todas sus cosas y salió justo antes que la bailarina, despidiéndose con una sonrisa que, de todos modos, tenía un matiz molesto.

Alicia recorrió el pasillo y bajó las escaleras tranquilamente. Ese día estaba libre, y no se sentía muy segura de qué hacer. Había salido sin más, por librarse de aquella mujer, por no seguir aguantando su monólogo y ese agobio de no poder moverse, de mantener esa postura tan tonta, ese “gesto muy suave” o “tan suave” o lo que hubiera dicho. Si hubiera sabido que junto al compromiso de retratarla iba incluida aquella charla tan pesada y eso de estar totalmente quieta, como una estatua... Habría dicho que no, claro. Pero en realidad no, y tuvo que aceptarlo con un encogimiento de hombros, porque en esa situación, en esa encerrona, no se habría podido negar a nada. Y con esos pensamientos, con los cabellos soltándose y un abrigo gris claro, abrió la puerta de la pensión, un poco dura y un poco vieja, y salió saludando al cartel de la fachada —con sus esquinas ennegrecidas—, y a los colores mate de la ciudad invernal, bajo aquel mullido halo de nubes, con un impulso frío, helado, que le palidecía un poco los labios.

—¡Qué casualidad! ¡Buenos días! ¿Al final pudiste encontrar tus zapatillas?

CAPÍTULO X

Víctor se había despertado temprano, como era normal. Había tenido sueños extraños, confusos, y se había despertado sin estar muy seguro de ninguno. Veía el teatro y a la señora Stöhr, y se caía una piedra y tenía la sensación de que casi le había dado. Aparecía otra gente desconocida, que había visto alguna vez como mucho o mezclas de esas caras que no podía recordar. No había soñado con la azotea, eso seguro, ni tampoco había aparecido Alicia, pero la sombra misma del teatro repetía su eco, como si no fuese ni tan siquiera necesario que estuviera allí. De todas formas los sueños no tenían sentido alguno, y en medio de la trama se cruzaban absurdos que incluso le daba un poco de vergüenza recordar.

Se levantó y echó un primer vistazo a la calle y al edificio vecino. Allí enfrente vivía una familia muy estirada, formada por un matrimonio y su hija pequeña, la única que seguía en casa. Era muy morena, con una melena muy larga y lisa que se peinaba varias veces al día. Tenía los labios anchos, y todo su cuerpo parecía obedecer a ese dibujo de los labios, de una generosidad voluptuosa. Había estado encaprichado con ella durante un tiempo, y espiaba las ventanas para verla e intentaba forzar algún encuentro. Sin embargo, aquello había desaparecido en cuestión de uno o dos meses, y se trataba de una pasión que no había llegado nunca a robarle el sueño. Ahora estaba allí, en la ventana, con uno de sus vestidos violetas, y se asomaba distraída sin reparar en él. La veía como algo usado por sus miradas, tan repasado, tan estudiado, que había perdido ese carácter único y brillante. Había físicos que soportaban cuantas miradas les echasen encima, y otros que no podían responder con la belleza intacta a todas ellas. Cuanto más la observaba más defectos se iban colando en su percepción, así como un hastío general y tranquilo, lento, que acabó por destrozar del todo aquella figura. Era bonita, con su traje oscuro, con sus cabellos tan ordenados. Una belleza normal, vulgar, la belleza simple de los años tempranos, de las carnes que estaban bien contenidas por la ropa, obedeciendo el lugar que le correspondía a cada rasgo, pero que quizás después se desparramasen desdibujando ese extraño atractivo. Seguramente le había gustado por la proximidad, por ser ella a la que veía siempre, por las mañanas y por las noches, una presencia tan repetitiva que había acabado pegándose a sus ojos. Pensó en ella como esposa, y la vio insulsa y apática. Pensó en ella como compañera de dormitorio, e imaginaba sus anchas caderas haciéndose un hueco que no

merecía la pena. Quizás eso fuese duro, o incluso cruel. Quizás estuviese sobrepasando los límites. Pero estaba un poco enfadado, no podía negarlo. Quiso ver a su padre, pero todavía no se había levantado. Curiosamente, ocupaban la misma casa y podían pasar días sin cruzarse. Tenían horarios muy distintos: Víctor se iba al teatro de mañana, y su padre se había vuelto un perezoso; durante las tardes, ambos se buscaban sus entretenimientos fuera, muchas veces iba de nuevo al teatro, y volvían a horas desiguales. En ciertas ocasiones, cuando se encontraban por casualidad o cuando casi se chocaban, mientras uno salía y otro entraba, su padre le ponía una de sus inmensas manos en el hombro y le decía que estaba muy orgulloso de él.

La verdad es que el padre llevaba años lanzándole indirectas para que se preocupase un poco por labrarse un futuro, por enterarse de algo, hacer lo que fuese y empezar por fin a ser una persona adulta. Él siempre había tenido aquella responsabilidad, desde muy joven había sido un muchacho activo y esperanzado por meterse en todos los lugares donde hubiese algo de prosperidad y hacerse un nombre. Pero su hijo era tranquilo, no se agobiaba, no hacía nada. Aquello lo desesperaba. Veía que pasaban los años, que él se hacía más viejo, y parecía no haber nadie que quisiera continuar su obra. Y, de repente, había espabilado. Así se lo decía, “Ha espabilado”, y daba un aplauso y se sentía feliz, pues al fin se cumplían sus expectativas. No entendía del todo cómo había decidido meterse dentro del teatro, con la señora Stöhr, a tratar con esa jauría de artistas. A él le entraba un escalofrío sólo de pensarlo. Pero no importaba, que hiciera lo que quisiese, pero que hiciera algo, que se interesase por el negocio. Y ahora iba casi todas las mañanas hacia allí, como un verdadero trabajador. Durante la fiesta de Navidad le había preguntado en un aparte a Stöhr qué hacía su hijo o, más bien, si lo hacía bien y resultaba de provecho. ¿Qué le iba a contestar ella? Con condescendencia, pero sin que se notase demasiado, le respondió que era muy útil su presencia y que se había convertido en su mano derecha. Como si de algún modo Stöhr necesitase una mano derecha, cuando le sobraba con las dos suyas.

A veces, por la mañana, oía a su hijo levantándose, que nunca había sido demasiado discreto, bajando las escaleras, listo para salir. Se sentía orgulloso, sí. Lo que no sabía —y no se atrevía a preguntarle por generar tensión entre ambos— era por qué irse allí en vez de meterse en las relaciones que él y Stöhr —el hombre Stöhr— tenían. Hablando con sinceridad, era mucho más interesante. Entonces pensó en qué había dentro

del teatro, y recordó a las cantantes, que gorjeaban con labios de rosa, y a bailarinas, que se estiraban con tanta naturalidad. Al hombre le brotó una sonrisa. Sí, él sabía lo que era eso, sabía lo que era ser joven y perseguir chicas, e imaginaba lo vibrante que resultaría tener un harén rebosante de criaturas blancas y flexibles. Entonces pensaba en su hijo llegando allí, el hijo del socio, vamos, como el socio mismo, el jefe, pero además joven y guapo, porque Víctor era un chaval guapo, como él lo había sido. ¿A cuántas se habría paseado ya? Un harén, sí, un harén. No le haría falta ni decirles una palabra, ellas lo seguirían como locas.

Él sabía lo que era eso, como un recuerdo pasado. Pero aún no era un anciano, aún tenía mucho que vivir. Veía sus manos, un tanto arrugadas, como las inmediaciones de la boca. Pero seguía siendo atractivo, eso lo tenía más que demostrado. Entonces se giró en la cama y vio a Camila, con los ojos clavados en el techo, desnuda y con aquella piel un poco morena, con los cabellos negros desperdigados por la almohada. Fingía dormir, fingía despertarse tarde, pero por las mañanas la dulce Camila iba a hacerle una visita. Ahí la tenía, con los labios inflados y los ojos algo separados, pero con diecinueve años lisos, trepidantes, que era el mayor de los placeres físicos. Y a ella le gustaba, estaba seguro. Respiraba fuerte y ponía los ojos en blanco, y luego escuchaba con rostro de niña las peroratas que él le soltaba. Le decía que podía alcanzar lo que quisiera, que podía cumplir todos sus sueños. ¿Qué le iba a decir si no? En cierto sentido esperaba que algo hubiese alcanzado, porque tenía un buen trabajo bastante estable y se había ganado el favor del dueño. Pero ahora ya era momento de que se vistiera.

Aquello, por supuesto, lo tenía oculto para su hijo. Aquello y otras historias anteriores, claro. Lo hacía por una especie de pudor, por algo que le empujaba a separar ciertos aspectos de la relación con su hijo. Sus esfuerzos porque nunca viese un gesto de complicidad con Camila, o que no adivinase los pasos de ella acercándose a su puerta, eran enormes, y también la muchacha tenía que disimularlo. No era vergüenza, ni se reprochaba nada. Sólo que... Bueno, no lo sabía explicar, ni sabía muy bien lo que sentía. A él no le parecería mal descubrir las amantes de Víctor, pero su situación era distinta. Era un hombre viudo, era padre, y esa niña más joven que su hijo. A veces le daba miedo que le gustase, porque Camila tenía unos andares sensuales, unos gestos que coqueteaban incluso con el aire, y que pensase en ella y quizás intentase acercarse. Tenía sus cosas, como esos ojos tan separados, ya, como los hombros y las espaldas anchas, la forma del tronco

recta, sin cintura. ¡Pero era tan joven...! No era perfecta, claro, ni siquiera era lo que se llamaba guapa, y Víctor ahora las tenía a montones, y seguro que antes también. Si Camila le hubiese gustado habrían tenido un buen problema. Porque era difícil inventarse una excusa, no había un motivo por el que ella habría de rechazarlo. Y él tenía que ponerse la careta de padre preocupado y darle una charla sobre dejar en paz a las mujeres. Sería todo un problema.

Pero no era sólo aquello. Era una cuestión de honor, como si tuviese que mantener una imagen, una reputación de decencia, aunque un hombre siempre era un hombre, y era una bobada negarlo. ¿Quién se resistía a una mujer joven, quién se resistía a la carne fácil, destapada, lista para que la devorasen? En ciertos momentos tenía ganas de sentarse con él y explicarlo, justificarlo, clamar lo que ahora clamaba. ¿Podía negarle su hijo alguna de esas verdades? Pero es que él, un hombre viudo, padre... Y pensó en su mujer. Pensó en ella, en la madre de Víctor. A ratos la recordaba, y aún le parecía verla sentada a la mesa, con esa cara alargada y enjuta, muy seria. Tenía rasgos masculinos, como esa forma de la cabeza que nunca había comprendido en una mujer. Los labios se le cortaban a menudo, durante el invierno, porque era muy sensible al frío. Y así siempre llevaba las manos enguantadas, que eran como garras afiladas, y en la punta del mentón tenía un lunar. Le parecía, francamente, una mujer fea, pero una fealdad que había deducido con el tiempo, tras los dos primeros años de matrimonio. No estaba muy seguro de por qué había terminado con ella, pero tenía dinero y una risa como pegajosa que conseguía contagiarle. Sí tenía unas pestañas muy largas, y eso era bonito. También eran largas sus piernas, pero demasiado delgadas, y eso se extendía al resto del cuerpo, a una figura sin formas de mujer, con unos senos ya secos incluso cuando se conocieron, como un palillo. No amamantó a Víctor, y él lo agradecía, porque si el niño succionaba lo poco que aquellos pechos podían dar, no imaginaba, transcurridos los meses necesarios, qué quedaría para él. Pero a pesar de todo, a pesar de las críticas que se hacían, su comportamiento durante los doce años que duró el matrimonio fue intachable. Había sido un buen esposo, pendiente de ella, cuidándola hasta en los días más crudos de la enfermedad, y accediendo a sus deseos cuando le apetecía irse unos días de viaje, organizar una reunión con los amigos o sus familiares, y no había discutido nunca sobre la educación que ella decidía darle a Víctor. Alguna había caído, claro, sobre todo tras la primera juventud de su matrimonio, pero jamás había sido algo escandaloso

ni nadie lo había sabido, y había evitado por todos los medios repetir con la misma mujer, porque no se convirtiese en algo constante. No había nada más mezquino que tener a una habitual, porque entonces ya no era un pasatiempo, era una historia paralela al matrimonio, era una segunda esposa, y eso sí que era humillante, eso sí que era engañar. Él jamás había tenido a alguien a su lado de esa manera, sólo a ella. Y a veces parecía que la madre de Víctor lo observaba en silencio, en las cortinas de la habitación por las mañanas, en las ventanas, y le reprochaba lo que estaba pasando. Vale, ya no tenía obligaciones, ya no tenía que comportarse, pero eso de tener a la amante en casa, aunque fuese de una manera justificada... ¿Era una falta de respeto?

Camila se vestía en silencio, como siempre. Le gustaba que no hablaba mucho, que era obediente y podía confiar en ella. Una vez la había descubierto cogiendo un billete, con mucha delicadeza. Aquello le había ofendido un poco, pero era una niña que ni siquiera había cumplido los veinte, y entendió que fuese torpe y no supiera todo lo que le debía. Le cogió la mano cuando se guardaba el dinero, y ella se quedó petrificada, mirándolo y pensando qué excusa le iba a decir.

—No digas nada. Esto quédatelo, te perdono, pero que no vuelva a pasar.

Él no era un hombre temperamental. No solía enfadarse ni le gustaban los gritos. Ése era otro motivo de su apacible matrimonio, pues ella había gobernado lo que él había querido, y jamás le había llevado la contraria, jamás le había dicho una palabra más alta que otra. Y si algún día le reprochaba algo, él cerraba los ojos un momento, le pedía perdón y le daba un beso en la frente. Todavía sentía el contacto de esa frente tersa, la sensación de besar un cráneo.

Víctor también pensó en su madre aquella mañana. No había tenido demasiado tiempo junto a ella, pues había muerto cuando tenía sólo once años. Estimaba a su padre, principalmente, por la entereza que había demostrado en aquellos momentos difíciles, y cómo lo animaba cuando no podía evitar llorar pensando que esa mujer había desaparecido para siempre. Era fría y tenía un punto altivo para todos menos para él. Para él era su madre, cálida, cariñosa, que le hacía cosquillas y él se tiraba por el suelo. A veces se sorprendía recordando algún gesto de ella en sus propias manías, como el celo a la hora de colocar las figuras que la abuela les había regalado de recién casados, y la manera en que estiraba los dedos como hacia atrás, en un temblor contundente, cuando iba a coger algo y se equivocaba. Pensó en

que era una mujer fuerte y decidida. Siempre había tenido la impresión de su madre como una persona que podía mandar sobre las tropas de un país. Pensó en que ella se avergonzaría del carácter decaído que estaba demostrando, allanándose a las circunstancias que pasaban. La imaginó mirándole con esos ojos que helaban, preguntándose si era o no su hijo.

Aquello le hizo ponerse en pie. No permitiría tener esa impresión, la de su madre dándole la espalda por comportarse como un imbécil. Parecía mirarlo y despreciarlo para darle un impulso, parecía empujarlo con toda su rabia, darle un golpe en la espalda, hacerle salir. Ese día no había nadie en el teatro, pero no podía esperar más para ver a Alicia. Haría guardia alrededor de la puerta de la pensión —se había informado bien de dónde vivía, sacando el tema delante de Sandra, de una manera sutil, hablando casi en general (o eso creía)—. Estaría allí mañana y tarde, todas las horas posibles. Sería raro que no saliese, y esa convicción fue suficiente para arrojarlo a la calle, y su madre parecía aplaudirle al mismo tiempo que Camila bajaba con aquellos círculos oscuros que tenía por ojos, planos y un poco distraídos. El padre se decidió a levantarse un poco después, pero su hijo ya no estaba. Víctor cruzaba la calle, bajo la mirada de la vecina, que alguna vez había pensado también en aquel hombre y había fantaseado un tiempo atrás. Qué había pasado durante ese mes, durante esos dos meses, que a fuerza de espiarse de reojo los dos habían creído que se gustaban. Pero apenas pudo disfrutar de ese desconocido que caminaba, que había olvidado hacía tanto pero seguía contemplando como un guiño a sus recuerdos, a sus antiguas ensoñaciones. Víctor había desaparecido, a toda velocidad. Y aquella vecina se quedó pensando en esos tiempos, volando a la ventana de aquel hombre, que ahora estaba vacía. Igual tenía una novia, o igual tenía varias. Igual le pegaba a alguna, cuando se ponía nervioso. Los hombres eran unos desgraciados, pero sobre todo unos cobardes.

Finalmente, tras una media hora de camino, Víctor pudo adivinar, en la esquina siguiente, el viejo cartel de la señora H, que tenía un mensaje que le hacía perderse, que le hacía pensar en esas piernas y esos brazos. Lo alcanzó, con el cuerpo algo cansado por la velocidad de su marcha, y estaba a punto de consultar la hora y cuando algo como una aparición cruzó el umbral y estuvo a punto de chocarse con él.

Víctor frenó bruscamente por no tirarla al suelo, y Alicia, que parecía tener la cabeza en otro sitio, tardó un instante en darse cuenta de que había estado a punto de tropezar con alguien. No se había dado cuenta de quién era

por la violencia del encuentro, pero acabó reconociendo la voz, cuando impelido por las circunstancias, por los nervios que aquello le había causado y la fuerte intención de dejar de hacer el estúpido y volver realidad su determinación, Víctor habló.

—¡Qué casualidad! ¡Buenos días! ¿Pudiste encontrar tus zapatillas?

Alicia, con unos cuantos pelos sueltos ya alrededor de la cara, tomó aliento. Lo miró fijamente, y descubrió al intruso que ni trabajaba ni ensayaba.

—Buenos días.

Sin embargo, no estaba segura de qué decía con las zapatillas. Su memoria era un poco escasa, volaba continuamente por ocuparse con otros asuntos que nacían y se destruían sin parar, y ahora tenía en la cabeza el cuadro y la pintora, su madre y sus palabras, huir de la pensión, qué hacer al alcanzar la calle.

—¿De qué zapatillas me hablas?— dijo sin más, con algo de sueño en los ojos, porque salir tan precipitadamente sólo había conseguido aturdirla un poco.

Víctor sintió que había hecho el ridículo de nuevo, recordando una escena donde él no era más que una persona cualquiera, fácilmente intercambiable por otro, y ella se reía con sus colegas.

—Hace poco, me habías preguntado... Buscabas tus zapatillas, pero yo no sabía dónde estaban. Al final las habían cogido...

Alicia miró al suelo, con una expresión desconcertada que encantó a Víctor y lo distrajo un poco.

—Ah, creo que ya me acuerdo— respondió, los labios un poco torcidos, como si se aventurasen al boceto de una sonrisa.— Sí, las encontré. Me las habían escondido, pero ya estoy acostumbrada. Siempre hacen lo mismo. Dicen que tengo los pies muy pequeños— añadió, y adelantó un poco su pie derecho, precioso. ¿Habría oído Víctor ya algo de eso? Seguramente sí, y seguramente le había hecho desearla más, porque de algún modo todos se volvían locos con la tontería de sus pies pequeños. Y allí estaba, su zapato derecho, exhibiéndose sobre la punta, delante del resto del cuerpo. Y Alicia lo miró con cariño, con unas pestañas que guardaban un poco aquel brillo castaño.

—Qué inmaduro me parece eso— dijo, intentando ganar a los hombres dentro del teatro. Pero no supo si lo conseguía o no, porque Alicia sólo se encogió de hombros.

—Puede ser— contestó, finalmente—, o puede que sólo sea una broma entre compañeros. Pasamos mucho tiempo juntos y nos llevamos bien.

Aquello fue un golpe algo difícil. No sólo no había conseguido quedar bien diciendo que ese comportamiento era inmaduro, sino que aun encima Alicia había establecido una gran distancia. “Aquí están ellos, y aquí estás tú. No eres nadie para decir si somos o no inmaduros”. ¿Le había dicho eso? ¿Había querido decir eso? Le parecía que los defendía para defenderse a ella misma, y entonces se dio cuenta de lo tonto que era. Porque ella también participaba en eso, y de hecho estaba más que acostumbrada. Y a Víctor le dolió pensar en todo ese tiempo, tiempo en el que hablaban y se reían, en el que bailaban y la tocaban y pasaban su cuerpo entre sus manos. Y él, que sólo se había dedicado a mirarla como un psicópata. Pero quizás Alicia no tuviese la intención de molestarlo con esas palabras, o de alejarlo, o desde luego no de hacer una diferencia entre él y sus colegas. La verdad es que estaba siendo muy agradable, y parecía no tener prisa. Estaba ahí quieta, mirando a un lado y a otro con calma, como examinando todos los detalles para la distracción de sus ojos, que parecían miel derretida.

—Mi nombre es Víctor, por cierto. Creo que nunca me he presentado, aunque ya nos hemos cruzado alguna vez.

Fue una ocurrencia rápida. Era una buena técnica, ir pensando a medida que hablaban, sin hacer planes —tampoco es que tuviera ahora tiempo para planear nada—, improvisar la manera de ir acercándose más. Y se aplaudió a sí mismo como si esa ocurrencia hubiera sido una maravillosa idea, como si ya hubiera conseguido un beso de aquella mujer en vez de hacer una simple presentación. Pero estaba tan nervioso, se angustiaba tanto pensando en todo lo que quería decirle y cómo hacerlo... Tenía ganas de decir su nombre, de ponerlo en cada frase para que fuera más concreta, más perfecta, más íntimamente dirigida a ella y a nadie más. Y quiso oírlo de sus labios... Quiso que lo dijera ella primero, para que no diese la impresión de que la había estudiado, como si de esa forma le diese permiso para saborearlo cuantas veces quisiera.

—Alicia— dijo sin más, con su cara inexpresiva, volviendo a preguntarse qué podía hacer y cómo pasar más tiempo lejos de Berta, que querría pintarla cada vez que la viese. ¿En eso se iba a convertir ahora su vida? ¿En una agotadora lucha por esconderse de ella?

—¿Y hacia dónde vas, Alicia?

Alicia se mordió un instante el labio inferior, pensando hacia dónde

iba, realmente, qué pretendía hacer una vez hubiese pisado la calle.

—Sólo iba a pasear.

Dijese lo que dijese, Víctor iba a ofrecerse, claro, a acompañarla. Pero aquello del paseo resultaba todavía mejor. Tenía el perfecto terreno para no separarse de ella sin un rumbo aparente y después volverla a dejar en la puerta de la pensión. Empezó a calcular los lugares más bonitos y relativamente cercanos que conocía para llevar allí a Alicia, que parecía encontrarse en perfecta situación como para dejarse conducir adonde él quisiera. Los sitios que podían gustarle, que les permitiese hablar sin demasiado ruido, incluso que fueran un poco románticos, al menos un poco. Pero tuvo que contenerse, tuvo que frenar ese impulso. Resultaba un tanto osado hablar de romanticismo cuando se había creído todo un genio por presentarse sin titubeos. Y su mente recortaba la imagen de Alicia sobre los lugares que imaginaba, y un gusto que superponía colores y texturas se mezcló para terminar destrozando todos sus esfuerzos. El romanticismo imperó, se expandió y ocupó todo su cuerpo. Como una especie de marioneta, era llevado aquí y allá por una idea que no sabía parar. Y Alicia no sintió ningún impulso, pero hizo una rápida balanza entre irse sola y dejarse acompañar por aquel desconocido. Había posibilidad de aburrimiento, de que le cayese mal, pero era un peligro en todo caso más agradable que aburrirse por masticar sus pensamientos una y otra vez. Entonces asintió, sin ilusión ni tampoco fastidio, con la mirada tranquila, e ir hacia aquella alameda de la que le hablaba, que se ramificaba en senderos cuajados de árboles y arbustos.

Llegaron a una explanada arenosa, con asientos blancos y delimitada por una buena cantidad de árboles entre los que se describían jardines. En ellos había niños, familias y alguna pareja que se cogía del brazo. Era una zona bonita, agradable, pero terriblemente abierta. Eso le parecía a Víctor, que veía a Alicia sometida a miles de impresiones y distracciones emanadas de las personas y los incontables centímetros de arena llana que los rodeaba. La cafetería en un extremo, de donde salían risas y voces, atraía a las personas para un jolgorio nada íntimo, lleno de ojos y bocas y abrigos más marrones y más negros. Alicia sonrió suavemente, con ese gesto que sólo le arqueaba un poco los labios. En el prisma de avellana que eran sus ojos se colaron escenas de niños que se pasaban una pelota naranja, y la hoja verde que se había prendido entre los cabellos de una joven, delatando sus mejillas coloradas.

Víctor la llevó hacia una de las salidas, internándose por aquellos

jardines que lindaban con la zona más amplia. Allí encontraron un desvío también de arena, y bajaron dejando que sus cuerpos fuesen guardados por unas moles verdes que Alicia llamó rododendros, porque creía recordar que ése era un tipo de arbusto, aunque no estaba segura de si se trataba del mismo. En todo caso, Víctor no la contradijo, y creyó que había acertado. Pasó una mano sobre ellos, pero las hojas eran duras y pinchaban un poco. Los árboles eran altos y lanzaban ráfagas de sombra sobre el camino, una sombra tenue que apenas se percibía por el día sumido en una niebla alta. La verdad es que la niebla tenía su lado hermoso, con las briznas fantasmagóricas desprendiéndose de su rostro opaco.

Anduvieron y hablaron del origen de Alicia, de su ciudad natal, de su falta de hermanos. Saltando de un momento a otro, de un lugar a otro por un detalle que le recordaba una segunda escena, otra escena que nada tenía que ver con la primera y que hacía que el hilo de su historia se perdiera de nuevo, refería detalles que tenían algo estético, elementos banales, sencillos. Así, contaba cosas de teatros donde había estado y de gente con la que había tratado, de excentricidades de cantantes y bailarines, de torceduras de tobillos. Relató así un conjunto de matices inmenso, con diversas tonalidades que iban cubriendo su camino, y aquí aparecían granates y cabellos negros, y grandes trajes azules o amarillos, brillos de actuaciones y locuras de ensayos, creándose un mundo repleto de palabras y aquella voz un poco grave y un poco mimosa, que los rodeaba por donde entraban con paso seguro, separados pero con sus codos tocándose cada poco tiempo, porque el sendero era algo estrecho y Alicia gesticulaba con su mano derecha y a veces se giraba hacia Víctor y luego volvía a ponerse de frente.

El mundo era ancho, luminoso. Resultaba agotador caminar por él, cargar todos esos recuerdos y esforzar la imaginación por pintarlos de nuevo. Era ancho, anchísimo, mucho más grande de lo que podían imaginar, y ella sólo había visto una pequeña parte. ¿Cómo sería empezar a caminar en un sitio y volver al mismo, trazando un viaje recto, una línea horizontal? Se tardaría toda una vida, pero habría tanto que contar. Y dijo eso parándose de repente, mirando a Víctor, en un giro un tanto brusco que hizo que sus codos se rozasen de nuevo. “¡Desde luego!”, contestó él, y Alicia había vuelto a su postura anterior, caminando otra vez, despacio, hablando de todo lo que se perdían. El mundo, tan ancho... ¡Y tan extenuante! Cayeron sobre un banco, y Víctor apartó antes unos pequeños palos que había encima, como diminutas ramas estrelladas, y en la palma de la mano le quedó un sutil sedimento de

tierra y vapores de las alturas. Alicia se sentó sin demasiado miramiento, sin pensar en si el banco estaba sucio o no, en las manchas que podía dejarle en la ropa. Víctor se colocó a su lado y primero se encorvó hacia delante, como buscando un buen comienzo de historia. Frunció el ceño y examinó a la bailarina de reojo, que había apoyado la espalda y dejaba —con labios desamparados, medio abiertos y medio cerrados—, que sus ojos se perdiesen en las inmensidades de aquellos árboles, delgados y esbeltos, muy altos. Su cuello, estirado, casi contorsionado hacia atrás, marcaba las dimensiones de la garganta y los finos dibujos de sus fibras. Era como una estatua blanca con todo detalle, y parecía fría y muy dura. Víctor habría adelantado una mano, habría recorrido el contorno de ese cilindro claro. Se imaginaba acariciándolo con todos los dedos abiertos, rodeándolo del todo, y sentir los cosquilleos de su risa en el corazón de la mano, en los suaves movimientos de aquel precioso objeto con dos lunares a la izquierda. Se imaginaba adelantando la otra mano y tocándola ahora con ambas, recorrerlo como si fuera una figura que él mismo esculpía. Notaría así el impulso de la sangre, el ritmo contundente de ese líquido cálido que lo recorría. Con las dos manos, acariciándolo, incluso apretándolo un poco, ese garganta fina, suave, tan blanca. Quiso morderlo, quiso besarlo con cierta violencia, abandonando aquel papel tímido que se había impuesto, dejándose llevar por el simple deseo que aquella mujer le inspiraba. Se veía tomándola allí, en el mismo parque, entre los arbustos, dejando de su pelo dorado se extendiera por la arena y las hierbas. Le habría levantado la falda en cualquier esquina, y se habrían ocultado con las cortezas de los árboles, duras y rectas, que temblarían un poco a cada movimiento, a cada... Sintió una erección que afloraba, y cruzó las piernas y carraspeó un momento, mirando a otro lado. Se había ruborizado, como si fuese una falta haber traspasado las fronteras en las que Alicia se encontraba. Ella, tranquila, confiada, y él pensando en una conquista frenética. No sabía hasta qué punto podía juzgar a esa mujer, en parte por los atributos dulces y delicados que presentaba, faltos de toda insinuación abrupta, y en parte por la febril lujuria que le producían. Sin embargo, no quiso tampoco sentirse culpable por aquellos pensamientos. Íntimamente ligado al amor, al sincero sentimiento que la bailarina le había hecho experimentar, deseaba unirse a ella y explorarla y ver cómo sus miembros de ángel se transformaban en algo listo para sus huellas ardientes, y tuvo la extraña imagen de aquella cintura desnuda y el contorno de una palma roja, y también sobre el vientre y el cuello y los senos, como si fuese

sellando cada centímetro como suyo, y ella se lo permitiera y así lo quisiera. Pensó que sería hermoso, que sería absolutamente perfecto. Porque era ella, y él se volvía loco por todo lo que veía. Así también por su voz, y le desconcertó que sonase ahora y le costó olvidarse de todas esas imágenes y atender a lo que decía.

—¿Son álamos o chopos? ¿O son lo mismo? Nunca lo he sabido.

Alicia, que llevaba un rato saboreando el silencio sin apenas percibirlo, se había perdido en sus propios pensamientos, muy lejanos a Víctor, y había preguntado como habría preguntado al aire o a cualquier otra persona que por allí pasara.

—La verdad es que no lo sé.

—Cerca de mi casa había una subida con chopos. Bueno, mi padre los llamaba chopos, quizás fuesen álamos, porque eran muy parecidos, o puede que sean el mismo tipo de árbol, yo qué sé. La cuestión es que cuando era pequeña había un lado donde crecían, pero los arrancaron hace años. Me gustaba verlos cuando hacía viento. Las hojas eran pequeñas y, a cierta distancia, parecían miles y miles de redondeles verdes. El viento las movía y enseñaban un lado más brillante y otro menos, como en un baile, y entonces todos se llenaban de dos tonos distintos que no paraban de intercambiarse y vibrar en cada hoja. Yo pensaba en los acordeones, en los botones de un acordeón. Ojalá hiciera algo de viento, lo comprobaríamos también aquí. Aunque estando debajo puede que no se distinga muy bien. Bueno, qué más da.

Víctor escuchó todas esas palabras y le parecieron encantadoras. Alicia bajó la cabeza, su cuello dejó de estirarse, y lo contempló directamente. Aquella mirada castaña rebosaba recuerdos que iba conectando con los descubrimientos de la ciudad, y rebosaba también una belleza pura, de orgullo y días pasados a la que Víctor no podía siquiera acercarse. Como una fuente, esos ojos lo miraron y absorbieron toda su cara sin que él supiese qué decían, qué emanaba aquel iris como de canela, y quiso preguntarle algo por no someterse a ese examen que lo acobardaba, pero en cada centímetro de sus entrañas crecían unas inmensas ganas de besarla. Quiso dilatar aquel segundo, quiso salirse de su cuerpo para observarlo desde fuera y saber qué esperaba ella, si le lanzaba una clara invitación a abrazarla o si lo estudiaba con todo el descaro, pero aquello no era posible, y allí estaba solo y pequeño en sus dudas, con Alicia tan cerca que casi podía sentir los finos hilos de su respiración, y quería engarzarse a uno de ellos para acercarse a su boca. Se

arrimó poco más de un centímetro, y luego lo retrocedió. Alicia miraba fijamente a sus ojos, pero ni un momento los cambiaba por sus labios. ¿No se suponía que cuando alguien pensaba en un beso miraba sin darse cuenta a la boca de la otra persona, y sus pupilas se dilataban? No veía nada de eso en Alicia, y no estaba preparado para fijarse tampoco. En su mente sólo retumbaban sensaciones que casi no le dejaban sostenerse. Parecía que el banco quebraba y caía con él, y Alicia seguía tranquila y sin apartar sus ojos. Habían pasado dos segundos, tres, quizá cuatro.

—¿Nos vamos?

Dijo, sin más, redondeando cada letra.

—Claro —contestó Víctor, y se quedó quieto todavía unos instantes, primero para asegurarse de que todo estaba en orden, después para poder asimilar el horrible fracaso que acababa de vivir. poniéndose en pie y guiando la vuelta que sólo consistía en desandar el camino que habían hecho. Porque podía inventarse un rodeo, pero tenía miedo de estirar demasiado ese encuentro y aburrirla.

Llegaron a la explanada de arena, y la pareja de antes se había ido y había menos niños y alguna mesa vacía en la cafetería.

—¿Quieres volver? —preguntó con algo de tristeza, con un peso que se cuidó mucho de ocultar porque no traspasase a sus palabras. Volver, despedirse, separarse. Pero estaba obligado a preguntarlo.

Alicia asintió, y abandonaron la alameda y recorrieron las calles hasta llegar a la pensión. Como un letrero fúnebre, a Víctor le hundió un poco ver aquellas letras, las negras y sobrias, “Pensión para mujeres”. El final de aquel paseo fortuito que había nacido sin darse cuenta. Se despidió de Alicia, y ella se despidió también con una naturalidad fría, tranquila, que ya estaba distraída pensando en otra cosa. Se dio la vuelta y abrió la puerta con decisión, dejándose perder dentro de aquel recibidor que Víctor apenas pudo observar, porque la puerta arrastró su propio peso rápidamente, cerrando el cuerpo de Alicia que ya subía las escaleras.

Víctor comenzó a andar, por repeler la triste escena de un hombre mirando una puerta que se cerraba. Se sentía afortunado y agradecido a la casualidad, pero también se sentía algo desesperanzado. En el parque había tenido un momento de absoluta intensidad, pero parecía que la conquista de Alicia exigía paciencia y tiempo. Además, ella no había dado muestras de interesarse demasiado por él. No obstante, no sabía hasta qué punto debía confiar en su capacidad de observación, sobre todo respecto a las mujeres,

donde se consideraba algo torpe. De todos modos, eso no era algo como lo que había ocurrido con la mujer de la ventana vecina. Eso era serio, era real, y lo sentía con una nitidez mucho mayor a cualquier otra cosa que hubiera experimentado a lo largo de su vida. Sentía eso que se decía en la literatura, eso de lo que hablaban las óperas. Estaba seguro, era grande y desgarrador, fiero, lo colmaba y no podía escapar de él y a la vez se arrojaba con un loco placer.

Paciencia y tiempo. Paciencia y tiempo... Sólo era la primera vez que hablaban de verdad, que estaban solos, que caminaban juntos. Él llevaba meses en esa extraña relación, Alicia la había comenzado justo ahora. ¿Cómo que paciencia? Estaba exagerando.

Llegó a casa con su corazón en una extraña disyuntiva, en la que por un lado se sentía feliz y por el otro se preguntaba cuánto tiempo quedaba para conseguir todo lo que quería. Durante aquel día podía repasar todo lo que había ocurrido con Alicia, todo lo que acababa de vivir. Era, de todos modos, más que suficiente para que su espíritu se expandiese y alcanzase alturas que aquella misma mañana no habría imaginado. Experimentó una alegría cálida, y destruyó aquellos temores que le habían asaltado durante el camino y nada más cruzar la puerta. Era algo como un sueño, como algo que palpitaba con tanta intensidad que las circunstancias se allanaban y le permitían avanzar. Habría esperado todo el día pegado a esa puerta, pero la bailarina había salido en el mismo momento en el que él llegaba, como si algo la empujase hacia él, como si ambos se atrajesen sin darse cuenta. Al fin y al cabo, había una seguridad en el ambiente, en el cielo que empezaba a desprenderse de la niebla y mostraba zonas azules. Todo saldría bien. De un modo u otro, todo saldría bien.

CAPÍTULO XI

El carnaval estaba cerca. Podía percibirse su aroma de confetis y cintas, ese cosquilleo de la purpurina que volvía más brillantes las pestañas y el contorno de los labios. La gente se dividía en posiciones encontradas, porque no faltaban esas personas que se contagiaban de aquella fiebre y no sabían cómo aprovechar más los escasos días de fiesta, transformándose en todo aquello que se les ocurriese, disfrutando el ánimo exhibicionista y alocado del carnaval, dejando que les hirviesen las piernas con unas ganas histéricas de saborear cada instante. A su vez había quien clamaba contra los ruidos, contra la inseguridad que causaban las máscaras —cualquiera puede ir ahí debajo, cualquiera puede hacer cualquier cosa y que ni lo vean—, quien hablaba de excesos, de alcoholes, de descaro, de drogas, de pasiones que se desbordaban. Y de travestis que llenaban las calles.

Pero el carnaval todavía no llegaba, y esperaba paciente su momento, en esa sucesión de fiestas que conformaba el invierno. Sin embargo, todos hablaban y pensaban en disfraces y reuniones. Los cómicos querían competir en escenas alocadas, querían destaparse y llevarse el recuerdo de un carnaval donde todos se habían erigido como reyes, donde todos habían brillado y sonreían ante una desvergüenza libre, cálida y que ascendía sin parar. En ello pensaba una buena parte de cantantes y bailarines, algunos de pie y otros sentados en un cuadrado perdido entre los pasillos, cuando la prima dona habló de la fiesta que preparaba y a la que estaban todos invitados. Dijo aquello con la boca radiante, repleta de grandes dientes blancos, con la melena parda cayendo por la nuca y su marido a un lado, que había entrado triunfalmente con la cantante del brazo. Nunca se habían propuesto algo tan ambicioso, pero acondicionarían su casa para que pudiera albergar a todos los asistentes posibles y harían una noche de artistas, donde se serviría cena y bebida suficiente como para aguantar hasta el amanecer.

La noticia fue acogida con aplausos, e hicieron una ovación a la soprano, que se inclinó entre risas a la vez que el esposo hacía vibrar su gran abdomen.

—¡Una fiesta!

—¡Fiesta de carnaval!

—¡Bravo por nuestra estrella! ¡Viva nuestra estrella!

Las voces que se atropellaban, que se pisaban unas a otras en un ruido de miles de conversaciones y gritos lanzados al aire, nerviosas, ilusionadas,

agudas y graves, rodearon el cuello de la cantante como miles de perlas, y se inclinaba otra vez y se reía, y volvía inclinarse porque volvían a chillar su nombre.

—¿Y los disfraces?

Preguntó una voz femenina, entre el tropel de palabras que se mezclaban, donde se hablaba de planes e impaciencia y repentinos cálculos sobre la diversión que se alcanzaría. El bajo atendió aquellas palabras, y dijo que no había normas. El tema era libre, que cada uno se vistiera —o desvistiera— como le apeteciese.

De nuevo, un estruendo de voces. Corros de amigos empezaron a esbozar ideas o asegurar algunas que ya habían hablado antes, una mujer se arrastraba hasta otra y le pedía algo que había usado el año pasado, alguien levantaba los ojos al techo y calculaba si era mejor hacerse su propio disfraz o comprar uno.

—¡Sois unos inconscientes! —gritó un hombre para hacerse oír, uno de los cantantes.— ¡Fiestas de carnaval! —Algunas personas aguantaron la risa por no interrumpir lo que fuese a decir, invadidos por un delirio que buscaba más y más diversión.— ¿Qué arrastra el carnaval sino locura y bailes que no terminan? ¡Todos nosotros juntos, rodeados de licores y mujeres preciosas y el frenético, el terrible carnaval a nuestras espaldas, en nuestros brazos y en nuestras piernas! No sé vosotros, pero yo, en una situación así, empezaré a bailar hasta morir de puro agotamiento. —Unas cuantas voces secundaron la idea, asintieron, declararon que querían unirse a esa muerte. — ¿Habéis oído hablar de la epidemia de baile de 1518, de las muertes por bailar y bailar días seguidos sin descanso? Derrames, epilepsias, cuerpos exhaustos. Quizás sólo alguna de vosotras pueda soportarlo —dijo, cogiendo al azar a una bailarina que se apoyaba contra la pared y empezando a darle vueltas delante de él. Alguien comenzó a dar palmas, pero el cantante no sabía llevar a la mujer y se movía sin un ritmo claro. La bailarina lo seguía y se engarzaban sus manos, describiendo pequeñas ondas por el espacio disponible. Los presentes la observaban y ya veían luces y colores, ya veían tutús y mallas brillantes, espadas de plástico, pistolas, escotes encendidos.— No sé seguro si eso ocurrió por estas fechas... Pero apuesto a que sí, ¿quién lo duda? Y apuesto también a que esta idea de nuestro matrimonio más ilustre es una macabra provocación a que algo así se repita. ¿Qué haremos con las mujeres desfondadas, con los hombres sufriendo ataques en el suelo? Un hermoso salón lleno de cuerpos muertos, y cuando alguien pregunte...

¡Murieron por tanto exceso! ¡Murieron por bailar durante horas, por una fiesta de carnaval, disfrazados y todos mezclados! ¿Qué va a pasar entonces? Nuestra querida señora Stöhr se va a quedar sin espectáculo. ¿Seguro que queremos hacer algo así?

Un fuerte “sí” en distintos tonos, brotando de distintos labios, resonó en la habitación, y las carcajadas estallaron y la bailarina se quedó parada delante del cantante, esperando a que se disolviera aquel ruido intenso.

—¡Desafiaremos a la muerte! —gritó entonces, y todos estallaron en aplausos, en risas, la soprano repitió aquellas palabras y luego su marido y luego alguien más.

—Creo que me disfrazaré de vaquero, para poder atrapar bellas mujeres con mi lazo —dijo tras el estallido el cantante del medio, y fingió que hacía una lazada y que rodeaba con ella a la bailarina con la que antes había bailado.

—Yo iré de pajarera y te meteré en mi jaula —respondió ella.

—¡Callaos! ¡Debe ser todo una sorpresa! —contestó la prima dona, que quería alejar la atención de aquellos dos personajes.

La desordenada conversación siguió, y se oyeron más risas y más aplausos y más gritos, pero Alicia y Sandra salieron cogidas de la mano por no perderse entre los demás, sorteando el voluminoso cuerpo del bajo que se inflaba más ante la magnífica acogida que había tenido el anuncio de su fiesta.

Las amigas se escabulleron por el pasillo y se escondieron en otro cuarto.

—¿Vas a ir? —preguntó Alicia, que ya había empezado a hacer cálculos sobre lo que se podía encontrar en esa fiesta y el atractivo que le brindaba. Y su cabeza, que viajaba ligeramente de un pensamiento a otro sin agarrarse a ninguno, titubeaba entre las personas y su disfraz, entre las conversaciones y la bebida.

—Llevo aquí el tiempo suficiente como para conocerlos...—comenzó Sandra, con una advertencia que Alicia no comprendió y en la que ni siquiera se detuvo— pero no, desde luego que no. ¿Y tú?

Consideró que era estrictamente necesario preguntarlo, sólo para asegurarse, sólo para ver la cara de su amiga. Una parte de ella quería confiar en un sentido común que, en realidad, sabía que no tenía, y esta misma parte se unía a otra más intensa y que le daba más vergüenza reconocer, una que hablaba de celos y que deseaba, por un íntimo impulso de sus sentimientos,

que Alicia no se mezclase en ese horrible ambiente. Y si Sandra se hubiera sentido en paz con esos pedazos de su interior habría preguntado a su amiga de una manera tranquila, con la seguridad de su respuesta. Pero en su voz se coló un timbre algo preocupado, algo nervioso, porque era demasiado inteligente como para dejar que sus deseos tapasen algo que ya conocía desde el mismo momento en el que se había anunciado la fiesta.

—Todavía no lo sé. —Y esta contestación no sólo hirió definitivamente sus esperanzas, sino que de nuevo la convenció de lo burda que resultaba Alicia en su comportamiento. Claro que todo lo que observaba en ella, toda la cantidad de defectos, no conseguía calmar sus emociones.— Tengo que pensarlo. ¿Por qué no quieres ir?

Sandra sacudió la cabeza, como si sólo la mera insinuación de que debía estar allí fuese algo sucio y desagradable que debía aparcar de sus mechones negros.

—La verdad es que no me gusta ni el carnaval ni disfrazarme. Me parece bien que la gente lo haga, que se divierta, pero no es para mí. No me gusta llamar la atención, ni tengo ese descaro para salir a la calle haciendo un personaje. Además, ya me disfrazo demasiado aquí dentro, me disfrazo muchísimo más yo a lo largo del año que los más sinceros amantes del carnaval.

—Tampoco tienes que disfrazarte entera. Puedes llevar un adorno, algo como un sombrero, o así.

Sandra volvió a negar con la cabeza, y dibujó una bonita sonrisa cerrada.

—Tampoco me gusta el ambiente. No quiero parecer antipática, pero esa gente no me cae tan bien como para estar en una fiesta. Tenemos una relación de trabajo, y nada más. Exceptuándote a ti, todas mis amistades son ajenas al teatro. Pero qué más da eso, en realidad. Aunque tuviese ganas de estar en esa fiesta, mi madre no me dejaría ir de ninguna manera. Sería como hablarle de que voy a conocer al demonio en persona. Y lo entiendo, al fin y al cabo en esa fiesta no va a haber más que borracheras. Hombres borrachos, más bien. Hombres borrachos queriendo aprovechar la ocasión. ¡Le daría un ataque si le dijera que quiero ir! Piénsalo, la verdad. Si yo fuera mi madre...

—Ya, bueno, sí. Pero tú y yo tenemos carácter.

—Tenemos carácter, podemos ser directamente unas desagradables y no nos cortaríamos en cruzarle la cara a alguien, ya... También tenemos voluntad, y nos decimos que nadie se va a interponer en ella. Pero, si tantas

chicas de nuestro entorno, de las que oímos hablar o que incluso conocemos, se equivocan y se dejan embaucar por cualquiera, ¿no crees que nos podría pasar a nosotras también? Es decir, no creo que seamos mucho más listas, quizá, llegado el momento. Dejando a un lado esa fiesta, y en general, ¿hasta qué punto mantenemos firme nuestra voluntad? Hasta qué punto decidimos lo que nos apetece, lo que queremos sinceramente, sin hacer en realidad otra cosa. Creo que hablamos de una dignidad femenina que en realidad nosotras mismas destruimos sin saber manejarnos lo suficiente. Somos adultas y estamos seguras de nosotras mismas, pero podemos permitir que cualquiera se acerque a nosotras, que haga lo que quiera con nosotras, como para tasar nuestro valor y dar una recompensa, o quizá porque la corriente, porque los hechos llevan a eso, porque los hechos dirigidos por ese hombre o por todos los hombres e incluso por las demás mujeres que hay alrededor tienen ese objetivo. Y parece que preferimos obedecer a esa inercia y llegar al objetivo sin pararnos a pensar realmente qué es lo que queremos nosotras. No se trata de mantenernos intactas ni nada semejante, pero creo que tenemos una sensibilidad maravillosa, fina y llena de matices, y que la dejamos a un lado por seguir lo que, en definitiva, no son más que los deseos patéticos y brutos de un hombre. Esos deseos que trasladan a nosotras, convirtiéndolos en nuestros, con un sello que habla de libertad, de igualdad, y que después no es más que masculinizarnos. Y por masculinizarnos quiero decir, en gran parte, atontarnos, volvernos una máquina primitiva que no tiene nada de nuestro. ¿Puede en realidad llamarse felicidad para una mujer pasar de uno a otro, besarse o acostarse con no sé cuántos las noches que sale a bailar? Besarse con unos, acostarse con otros. Somos más listas que eso. Creo que por sentirnos liberadas nos rebajamos a ser un objeto que no nos satisface, porque más allá de un placer físico, o de lo agradable que puede ser besar a otra persona, no hay nada. Y nosotras estamos hechas para que haya mucho más. ¿A qué mujer le gusta eso, Alicia? Además, no sólo nos cosificamos a nosotras prestándonos a eso —a seguir esa corriente, sí, porque no es más que seguir una corriente que se nos impone y nos imponemos sin darnos cuenta—, sino que también cosificamos a la otra persona, a ese hombre que besamos casi sin saber su nombre. ¡Es tan triste! Lo que pasa es que cosificar a un hombre, en esa situación, es distinto... Ellos mismos son poco más que cosas, más a menudo de lo que deberían, o casi siempre. Lo que quiero decir es que valemos más que eso y permitimos que aun así ocurra. Me ha dado tanta pena ver a esa chica bailando con aquel imbécil, en medio de todos...

Seguramente se acueste con ella en la fiesta, o después de la fiesta. ¿Y qué crees que pasará después? Cada uno por su lado. Aun dando por hecho que a ella nada de eso le importe, y que no respete a ese hombre más allá de un mero encuentro sexual, es en verdad algo asqueroso. Ella, como mujer, es capaz de imprimir una gran sensibilidad a todo lo que hace, a todo lo que piensa y siente, una sensibilidad que se vuelve pobre, simple. Una mujer es una verdadera joya, su cuerpo es también una joya, y tiene que ser apreciado de esa manera, como algo único, que adorar, que descubrir delicadamente — y no digo con tiempo, pero sí con delicadeza—. Es un mapa de belleza y sensaciones. ¿De qué le vale a ella lo que va a pasar en esa fiesta? Para él es un desahogo, burdo y simple, como su mente. La mujer puede apreciar mucho más, y el simple acto físico es en esencia mediocre para la capacidad sensitiva de una mujer, e imagina además en esas circunstancias.

Sandra suspiró, recuperó su mirada que se perdía, relajó los hombros que de alguna manera se le habían tensado.

—No sé, creo que me he repetido y me he dejado llevar. ¿Tú qué opinas? —dijo, sin rendirse a esa suave réplica que ella misma empezaba a hacerse, por si había sido muy pesada, por si resultaba aburrida.

Alicia se había perdido hacía mucho. No sabía de qué hablaba Sandra, y en su cabeza flotaban palabras sueltas que no había sido capaz de unir. En realidad, su amiga había empezado aquel monólogo cuando ella pensaba si debía ir o no a la casa de la soprano, si se divertiría o tendría que irse antes de tiempo por no encontrar a nadie que le interesase.

—¿Qué crees que hay que hacer entonces?

Preguntaba con ese rostro tranquilo, inquieto por las dudas y a la vez nervioso por un plan tan nuevo, tan excitante y que no había imaginado esa misma mañana, cuando salía de la pensión. “¿Qué hacer?” Y ésa era la pregunta, eso era lo que se repetía una y otra vez.

Pero Sandra creyó que le preguntaba en otro sentido. Y aliviada, feliz porque su amiga siguiese el tortuoso hilo de sus pensamientos, volvió a esos ojos que buscaban repuesta en sus dulces noches de reflexión, de observación que luego guardaba y removía para tomar una decisión, para colocarse al fin en lo que ella consideraba la verdad o lo correcto. Y Alicia pestañeó un par de veces, porque tanto pensar en la fiesta empezaba a darle dolor de cabeza, y seguramente iría, no podía perderse algo así. Sacudió con los párpados esas dudas, esas preguntas que ya se le subían a las sienes, e intentó prestar un poco más de atención.

—No estoy segura. No lo sé, no puedo saberlo. Cuando intento pensar en algo un poco serio, siempre llego a la conclusión de que soy una auténtica ignorante, y que además no tengo ninguna experiencia. ¿Quién puede contestar a algo así? De todos modos, si tuviera que decir algo, sería que... No estoy segura, pero quizás lo más acertado sea esperar, sin más. Intentar ser seria, ser firme, y no quebrarse nunca aunque el tiempo no deje de pasar. No creo que se deba buscar nada, hacer averiguaciones. Simplemente, llegará. Alguien que sepa colmar la gran capacidad emocional de una mujer, al menos en la parte que le corresponda. Lo que intento decir es que nos creemos modernas y sólo somos mercancía, y que realmente nosotras sabemos amar, y estamos hechas para que nos amen, para que nos adoren, porque nos lo merecemos y porque somos, qué puedo decir, perfectas. Absolutamente perfectas, maravillosas, estupendas. Somos tan magníficas, Alicia. Y sin embargo, nos agobiamos y nos entregamos aquí y allá, sin que nada de eso valga nada. ¿Por qué somos tan vulnerables? ¿Quizás se trate de la brutalidad masculina, que nos engaña para que nos comportemos de manera semejante? No lo sé. Esperar al amor, si es amor lo que deseas. Esperar a lo que tú quieras, y entregarte a lo que sólo tú quieres. No podemos dejar que la inercia influya en nuestras decisiones. Si a tu alrededor se juntan desconocidos que se manosean, y uno se acerca a ti para eso mismo, parece que todas las circunstancias, que todos los aspectos de esa noche, se centran en ti para que efectivamente llegues a eso, te apetezca o no en tu interior. ¿Sabes qué es lo peor? Que nos creemos que es una decisión nuestra, y que cedemos porque nosotras queremos. Pero no es una decisión nuestra. Nos dejamos llevar, como hojas muertas que se mueven por el suelo. Lo que creo que hay que hacer, siempre, es pensar “¿Qué es lo que quiero?, ¿qué es lo que verdaderamente quiero?”. Y cuando lo sepas, no rendirse a nadie, si lo que ofrece no es lo que tú quieres. ¿Para qué? ¿En qué nos va a hacer felices si no es lo que hemos decidido que queremos? ¿He dicho ya que somos perfectas? No necesitamos nada ni a nadie (no necesitamos hombres, desde luego) como para entregarnos a lo que no es justo, exactamente, lo que deseamos. Somos mucho más que eso, por favor.

Sandra se reencontró con la cara de su amiga, y una clara sonrisa le suavizó el rostro, como si disimulara el fuerte eje de su mandíbula.

—Esperar el amor, entonces —dijo Alicia, con la castaña mirada en sus manos.

—Amor, si lo que quieres es amor. Si es lo que quieres de verdad, lo

que desees. Valorar lo que nos merecemos. Tener orgullo, dignidad. Ellos son tan simples...

Alicia se rio un momento, y luego se apoyó en el respaldo de la silla. Sandra se quedó sin nada más que decir, y si Alicia hubiera escuchado todas sus palabras, quizás hubiera encontrado otra advertencia en ellas. Una advertencia, y más cosas. Pero aquello había acabado, y no quería ser más pesada de lo que ya lo había sido. Quería volver a vestirse, porque le daba la impresión de que se había desnudado. Pensó en otro tema, pero le ardía un poco la sangre. E intentó relajarse, pensar en algo sencillo y atractivo, y recordó aquel extraño dato que había dicho el cantante.

—¿Crees que es verdad eso de que la gente murió de tanto bailar en 1518?

—No tengo ni la menor idea. Incluso había olvidado la fecha. Me parece que ese idiota se lo ha inventado todo en el momento.

—¿Te imaginas bailar hasta morir? Tiene que ser algo así como un ataque de histeria, como si te hubiera subido una fiebre y no pudieses parar. Es siniestro, pero de un siniestro que incluso puede ser romántico. ¿Te lo imaginas? —repitió de nuevo, y puso dos dedos sobre el brazo de Alicia y empezó a hacer que bailasen, como las piernas de una persona que se movían en todas las direcciones, cambiando de una punta a otra y con pequeños saltos.— ¿Cómo habrá que bailar para morir?

—Supongo que no hace falta un baile en concreto. ¿Servirá el ballet?

—¡El ballet sirve para todo!

Ambas se rieron, y pensaron en cambiarse e irse del teatro. Había sido suficiente por aquel día, y enseguida hubieron subido las estrechas escaleras y abandonaban el lugar por un pasillo lateral. Allí mismo, cuando casi habían alcanzado la puerta, encontraron a la señora Stöhr con Víctor. Ella tenía los ojos cansados, y es que últimamente no estaba durmiendo muy bien. Él, radiante, erguido, seguía la estela de su vestido poco a poco, a cada paso, y ella paraba se giraba un instante para dar más énfasis a la idea de la que ahora hablaba, y después continuaba y seguían la marcha, que tenía un aspecto caballeresco.

—Niñas —dijo, casi en un susurro, nada más verlas y como si fuese un saludo.

Víctor no oyó aquello, pero siguió la dirección de sus ojos negros y las vio. En su mente, sentía que desde que había llegado al teatro había hecho el ridículo delante de todo el mundo. Creía que de algún modo todos tenían

que percibir aquella pasión secreta, y que incluso había generado risas por su incapacidad para acercarse a Alicia. Los agobios por su falta de éxito habían forzado aquellas opiniones que no tenían ningún apoyo real, y nada más ver cómo se acercaban, nada más trabarse el saludo doble, quiso dirigirse a Alicia con toda naturalidad, con completa calma, y comentarle, como si acabase de acordarse, que hoy era un día soleado, sin rastro de aquellas espesas nubes que los habían acompañado durante su paseo por el parque. Pensó en aquello y se frotó las manos rápidamente, con cierta impaciencia, para enseñar a las mujeres Stöhr cómo podía ser hombre y alcanzar sus objetivos, cómo podía tener arrojo suficiente y lo que había conseguido —de momento—. Se las imaginó mirándose impresionadas, cambiando la pobre opinión que se habían formado de él. Llegó el segundo perfecto para ejecutar su plan, y Alicia se despidió y salió diciendo que tenía algo de prisa.

Víctor se quedó callado, absorto, como si delante de él hubiese pasado un espectro y nadie pareciera verlo. “El otro día estuve...”. No, aquello era absurdo. Parecía un idiota alardeando de tener un pequeño trofeo cuando éste desaparecía, como esos estúpidos que comparaban conquistas a espaldas de las conquistadas. No era elegante, no era cortés. Quiso despedirse de las mujeres, alejarse de allí e ir a casa. Después vería a Marcos, que siempre le hacía olvidarse un poco de todo eso. Entonces algo se interpuso en su huida, y la señora Stöhr lo descolocó.

—Me pareció verte el anteayer. Estaba con mi marido en la alameda, y creo que te vi pasar. Pero como estabas bastante lejos y mi vista siempre ha sido mala... Ahora, además de no ver de lejos, como siempre, estoy empezando a ver mal de cerca.

—Seguramente fuese yo. ¿Por la mañana? Me encontré de casualidad con Alicia, y dimos un paseo por allí.

A Alicia le esperaba posar delante de Berta. Víctor llegaría a una casa donde su padre no estaba... Y una Stöhr esperaba ver a su marido cuanto antes, mientras que la otra se intentaba distraer con los dibujos de la calle. Como piezas opacas, se separaban y se desparramaban por la ciudad, ocultándose en sus habitaciones.

Víctor cayó en un sofá y pensó en su madre. Estaba pletórico, y por un lado quería saber si, de seguir viva aquella mujer espigada, le gustaría Alicia. Claro que iba a ponerse en contra de una bailarina, pero tenía que entender ese amor cuando la viese, cuando tuviese delante ese diamante en

movimiento. Seguramente también empezaría ella a amarla, a adorarla a su modo, con esos ojos fríos de suegra. Se dejó caer hacia atrás, e imaginó una cama con Alicia, una casa, una vida. Pensó en ella como esposa y madre, pensó en ella bailando, la vio asumiendo ese papel de nuera encantadora aunque quizás su padre no terminaba de agradarla. Era tan bruto... De algún modo intuyó discusiones por invitarlo ciertos días, por soportarlo en ciertos momentos, porque él quería a su padre pero también sabía que podía resultar una compañía penosa, sobre todo en calidad de abuelo por su mala influencia, y Alicia era una mujer de carácter. Las ideas, rápidas y un tanto atolondradas, sucediéndose con una torpeza que las obligaba a mezclarse, obedecían a un sopor que iba invadiendo poco a poco el cuerpo de Víctor. Con la cabeza caída hacia atrás y la boca abierta, se le movía la mandíbula en espasmos de sueño, como quien intentaba hablar o masticar sin conseguirlo. Resopló, roncó una vez, otra, y se despertó a la tercera. Engrosando las filas de aquellas personas que pensaban que nunca dormían aunque no fuese cierto, Víctor creyó que había pestañeado tan solo, y atribuyó aquel paréntesis a pasarse la noche con los ojos abiertos. Sin embargo, guardaba todavía la sensación de misterio, de duda frente a los finos instantes en los que el sueño y la realidad se unían. Flotaba a su alrededor un pensamiento absurdo, extraño, de largos brazos blancos y Alicia tumbada a su lado con las piernas sobre las suyas. Miró a los lados y vio que seguía solo, y un sonido del reloj le hizo borrar por completo aquellas ilusiones. Lo onírico moría, y las paredes blancas, los muebles de madera oscura, respondían a sus ojos con un silencio profundo. Parecía que no había nadie allí dentro, y sintió que se ahogaba. Sintió, precisamente, que aquel ancho salón se ampliaba aún más, que ganaba y ganaba espacio y él se empequeñecía en el centro, rodeado de absoluto silencio, de un eco como de caverna donde, no obstante, retumbaba una luz clara que hería las pupilas. Se agobiaba, se agobiaba porque empezaba a sentir el paso de los años, la vida que se iba forjando y escapando y las intensas ganas que tenía de pasarla con Alicia. Era joven, sí, pero por qué perder más años, por qué perder más días, si cuando llegase el último sólo querría tener un minuto más para dedicárselo a ella. Vio esa escena, y se imaginó reprochándose no haber actuado antes, no haber recabado con toda sus ansias más segundos junto a su Alicia. ¿Qué hacía adormilado en el sofá, cuando ella podía saberlo y estar esperando, o peor aún, ni siquiera saberlo? Tenía que mostrárselo, tenía que plantarse frente a ella y enseñarle todo lo que guardaba sólo para hacerla feliz. Se imaginaba diciendo una frase triunfal

que agotase todas las dudas, algo como si quería perderse todo lo que conservaba para ella, no estaba seguro, tenía que diseñarla mejor. Eso necesitaba, una frase perfecta, contundente, rotunda. Eso y sus ojos, mirándola fijamente, mirando sus iris de avellana, sus labios redondos rosados, aquellas largas pestañas. Necesitaba sus manos, que se engarzarían a las de ella, y las pensó frías y algo huidizas, o desintegrándose nada más tocarla en miles de burbujas, como ya se había figurado una vez.

Pero la cuestión no era ésta, la cuestión no era exactamente la frase, los ojos, las manos. La cuestión era que tenía muchísima vida por delante, una inmensa vida, pero de todos modos se le hacía corta para vivirla con ella. Si hubiera tenido cincuenta vidas, las querría todas a su lado, y también experimentaría el agobio de ahora. Se sentía un cobarde, un idiota que se había colgado con orgullo un paseo por el parque, cuando necesitaba mucho más. Y si él estaba así, ¿cuántos otros no habrían adelantado ya muchos pasos, mientras Víctor se dedicaba a deambular por el teatro, qué no habrían hecho aquellos hombres que le escondían las zapatillas, esos maleducados que a su vez rebosaban arrojo y decisión? Aquello era una lucha, en realidad, una lucha contra gente como esos y contra todos los que aún no conocía, y necesitaba mostrar todo lo que él era y por qué valía más y sería suficientemente bueno como para merecer su amor.

¿Qué opinaba Alicia de él? No lo sabía, pero podría averiguarlo, y por un segundo —mientras escribía una nota dirigida a la pensión de la Señora H donde se preguntaba si Alicia querría cenar con él— se sintió seguro de su éxito, se sintió un caballero y un ser superior, y firmó con un garabato rápido que en verdad no se parecía demasiado a su firma. Se sentó y cabeceó de nuevo, sin ser consciente de si dormía o pensaba, hasta llegar la noche cerrada, porque Alicia no estaba disponible para él. No se daban explicaciones en su respuesta, sencillamente se declinaba la invitación y se lo agradecía. A Víctor se le había abierto algo en el pecho, algo que sangraba en un reguero caliente y húmedo. Pero había una línea más donde decía que no le importaba verlo al día siguiente. Como una cortesana que barajaba sus pretendientes y organizaba las citas, habría sido encantador ver a Alicia con su pintora delante mientras dividía nombres en una agenda y la señora H recitaba quiénes eran preferentes y quiénes no. Podían argumentarse cifras, fidelidades, situaciones personales, y Alicia B. dividía los minutos del día con una mano maestra, mientras la pintora entornaba los ojos y contorsionaba el cuello para captar algún detalle seguro de ese rostro en continuo

movimiento. “¿Qué hacemos con el muchacho que ha hablado?”, se le hace un hueco mañana, porque es un seguro, aunque tendremos que retrasar por segunda vez en esta semana al otro. Luego Alicia se ponía un vestido rojo, se soltaba los cabellos, enseñaba los hombros y tenía una larga cola, y se desnudaba allí mismo, delante de las dos mujeres, se ponía ella sola la ropa y con una mano abultaba la castada rubia. Tenía que irse, ya había dejado claro que esa noche no estaba disponible, y salía a la calle y Víctor la veía entrar en un bar que rezumaba tabaco. ¿Qué hacía allí dentro, con quién? Se imaginaba aquellas bocas soltando humo cerca de ella, y estaba a punto de cogerla del brazo y advertirle que no entrase, ¿cómo le olería el pelo después de estar ahí dentro, cómo se le enrojecerían los ojos? Alcanzaba su mano y se daba la vuelta, pero era la cara de su vecina, la voluptuosa, con una melena rubia, y Víctor se despertó.

Todo estaba oscuro, grande y silencioso. Las paredes ya no eran blancas, sino que se habían corrido las cortinas y la noche entraba con un manto lleno de sombras. Quizás colgase de ella alguna luz, pero ninguna penetraba en la casa. El corazón de Víctor latía violentamente, por todo lo que había sido capaz de imaginar. Alicia, su joya, convertida en una prostituta, corriendo por las calles. ¿Qué era aquello de la habitación, cuando organizaban sus citas...? Un cuadro, una mujer que la pintaba. Durante su paseo por el parque, había nombrado algo así, pero después se había interrumpido y había olvidado preguntarle por ello. Si la estaban retratando, Víctor lo quería. Tuvo aquella convicción justo antes de volver a dormirse, y se repitió la cuestión dos veces más para recordarlo en cuanto se levantase.

Al igual que Víctor, Sandra también tuvo un sueño extraño, pero era incapaz de recordarlo. Se había despertado algo angustiada, con cierto sudor en la frente y dolor en el brazo derecho por una mala postura. Ese día tenía muchas ganas de llegar al teatro, y sobre todo, de preguntar a Alicia por ese paseo con Víctor por la alameda que había descubierto de una forma tan casual. Estaba irritada, y a ratos se creía en su pleno derecho, mientras a otros reconocía que estaba siendo demasiado exigente. No se trataba de la inexistente relación —ella era una buena observadora— entre Víctor y Alicia, convencida como estaba del absoluto desinterés de su amiga, sino de una especie de confianza que se había forjado entre las dos, una amistad en la que —según su opinión— se debían comentar ciertos asuntos. Asuntos quizá sin importancia, quizá casualidades absurdas, pero que de todos modos debían

decirse. Aquel argumento le pareció suficiente como para justificar un ceño fruncido, pero nada más, y tuvo que buscar más en su mente para continuar aquel enfado, aquel malhumor con el que quería mantenerse toda la mañana. Pensó entonces en una especie de propiedad, como si ella tuviese cierto derecho real sobre la persona de Víctor por haberlo introducido. Porque Alicia le había preguntado, y Sandra se lo había contado todo. ¿No merecía el respeto de una embajadora, más o menos? Y sin embargo, ambos habían pasado por encima de ella, se habían ido juntos y le dolía que su amiga no le hubiera dicho nada. Podía ser tan solo eso, y que no hubiera nada más que contar —y Sandra lo creía firmemente—, pero el hecho de que no existiera ni a más mínima mención le hizo sospechar que en realidad buscaba ocultarlo. ¿Podía ser eso? ¿Podía ser que se lo ocultase de manera deliberada? No contar y mentir eran casi sinónimos. Era un tipo de mentira tácito y perverso. Sin embargo, no podía saber lo que opinaba Alicia de ello, si lo había hecho deliberadamente, si ni siquiera había vuelto a pensar en el paseo. ¿Qué le ocurría, qué pensaba, qué clase de amiga y de mujer era? No sabía mucho sobre ella, no la conocía como persona, su manera de pensar, de tratar las relaciones, su manera de ver el mundo. ¿Era una persona manipuladora, o sólo tan tonta como para vivir a base de impulsos constantes que después ni siquiera se le quedaban en la cabeza? Qué enfadada estaba, qué insegura respecto a su amistad, qué dolida, en definitiva.

Se preparó con estos pensamientos, salió de casa, y llegó al teatro decidida a encontrar a la bailarina, que había terminado de cambiarse. Primero pensó en increparla directamente, en mostrar con toda sinceridad su discusión, y de repente frenó esa táctica. Le dio treinta enfoques más mientras anduvo cincuenta centímetros para acercarse definitivamente a Alicia, y puso una sonrisa y habló como se le ocurrió justo en ese instante.

—Ayer Víctor dijo que fuisteis a dar un paseo por la alameda.

El semblante de Alicia no se alteró lo más mínimo, y aquello tranquilizó a Sandra. Era una primera muestra de que no pretendía ocultarlo.

—Sí, cuando escapaba de Berta casi nos chocamos.

—¿Saliendo de la pensión?

—Sí, estuve a punto de verme en el suelo. Y me dijo que lo acompañase, porque yo no tenía nada que hacer. ¿Sabes lo pesada que es esa mujer? Y, atención, toda su vida creyó que iba a dedicarse al paisajismo, hasta que vio los retratos de no sé qué payaso y le cambió radicalmente la vida.

—Ya, bueno, algún día se dará cuenta de que no ha llegado a nada y le echará la culpa de haberse pasado a los retratos. —Sandra se sintió un poco estúpida por las vueltas que le había dado a esa idea. No veía maldad en Alicia, no veía más que una persona que no le daba demasiada importancia a nada, o más bien, a nadie. No se trataba de falta de confianza, sino que parecía no haber vuelto a pensar en ello.

Hubo una reconciliación íntima, unilateral por un enfado también unilateral que, por suerte, no había rebasado los límites de aquella cabeza morena. Subieron las escaleras y se encontraron con Víctor, que husmeaba a un lado del escenario antes de ir a ver a la señora Stöhr.

—Buenos días —dijo, y Sandra vio en él una especie de intruso como lo había visto su madre durante las primeras semanas por el teatro.— ¿Qué tal todo? Por cierto, ¿cuándo prefieres que te recoja hoy?

Durante un segundo, la hija Stöhr pensó que se había olvidado de alguna reunión de familia, y que se refería a ella, aunque le extrañaba muchísimo. Además, ¿Víctor recogiénola? Balbuceó algo, y se sorprendió enormemente cuando Alicia escogió una hora y el asunto quedó zanjado. Y Víctor aceptó esa hora —aunque nadie le había preguntado si le parecía bien o no—, y se fue para recibir sus instrucciones de trabajo.

—¿Qué ha sido eso?

Alicia buscó con la mirada a sus compañeros, que todavía no habían llegado, e hizo un gesto como de fastidio.

—Ayer me preguntó si quería cenar con él, pero no me apetecía. Así que le contesté que podíamos hacerlo hoy. Me pasé toda la noche pensando qué contestarle a mi madre. Nunca sé qué decirle para que no se preocupe. Y mi padre sigue enfermo, ¡qué raro! —e hizo una mueca de aburrimiento, llevando los ojos al techo y resoplando con la boca.

—Ah —dijo Sandra, con un hilo de voz, mientras examinaba la cara indiferente de su amiga.— ¿Víctor te parece simpático?

Fue todo lo que se le ocurrió preguntar. Se sentía como una maniática, como una persona excesivamente preocupada entre dos que no pensaban demasiado. Veía auténticos tonos grises, tranquilos, neutrales, y ella repleta de fuegos artificiales.

—No sé. El otro día estuvo bien. No habla apenas, pero yo hablo mucho cuando me suelto, así que... Él escucha y dice que sí a todo. Muy cómodo, ¿verdad? Además, odio la pensión. Hay tantas personas, y luego están las escandalosas, y esa bestia oscura que te mira como si quisiera

arrancarte la cabeza. Yo creo que es una asesina que huyó a esta ciudad para ocultarse. A saber cuál es su nombre real. Seguro que tiene un mote, como la quitaojos o la desmembradora. Estoy pensando en mudarme, en alquilar algo mejor, con menos gente dentro, pero es muy complicado buscar, y a mí me aburren tanto esas cosas... Y luego está Berta, que es insufrible. No me gusta nada pensar en mudarme, pero por librarme de ella... Últimamente me siento estresada, me siento agobiada. No me gusta nada llegar allí y pensar en todas esas pelmazas.

Sandra no era tan retorcida como para pensar que Alicia había sacado ese segundo tema para tapar el primero, ni Alicia se esforzaba tanto como para hacerlo de una manera tan natural como aquélla. O quizás no tuviese siquiera la picardía necesaria como para que se le ocurriese algo así. Todos sus gestos, todas sus facciones exhibían una franqueza simple, de niña, y Sandra se calmó del todo. No pretendía ocultarle nada, no le interesaba siquiera acercarse a un plan semejante. Le pareció un poco caprichosa, pero no se paró ella tampoco a pensar en Víctor. Al fin y al cabo, ¿para qué agotarse en conjeturas ridículas? No era ella quien podía salir dañada de aquel experimento, y luego habló de sencilla amistad y se reprochó haber sido tan pasional. Ella no era así.

CAPÍTULO XII

Camila lo vio salir, nervioso y muy arreglado. Algo le pasaba, y estaba segura de que tenía que ver con una mujer. El padre se quejaba siempre de la pasividad de su hijo, por lo que descartó enseguida la posibilidad de los negocios. ¿Qué otro motivo podía existir? Pero ni siquiera era necesario el descarte, ni siquiera era necesario pensar en más opciones. Era una mujer, tenía que serlo, y algo en su instinto lo aseguraba. Empezó a pensar qué tipo de mujer sería, y de nuevo aplaudió su convicción, porque había una estela de amor, de romance en todo los gestos que había hecho, en cada expresión que ponía mientras iba hacia la puerta, y los ojos de Víctor sólo podían angustiarse por algo así, tan soñadores e infantiles. Ella, que era bastante más joven, tildaba de infantiles sus ojos. Y cómo no hacerlo, si lo veía nervioso colocándose, mientras ella relativizaba las historias de criaturas hermosas y felices, de amores locos, con el cuerpo repleto de las huellas del viejo, unas huellas que se renovarían a la mañana siguiente. No sabía por qué sus encuentros eran de mañana, y se dijo que quizás el anciano ya no podía cumplir a ciertas horas, cansado por el transcurso del día, y necesitaba el impulso de ocho horas de sueño. ¿Quién levantaría aquel pellejo flácido tras todo un día sosteniéndose en pie? Camila se sentó y puso la cabeza sobre las manos. Hablaba con crudeza, igual que como vivía, y pensaba eliminando todos los adornos. Eso, según su forma de ver, le permitía llamar infantil a quien le diese la gana. Así, a pesar de su temprana edad, observaba un carácter inmaduro en Víctor, seguramente como el de la mujer a la que fuese a ver aquella noche. Le parecía inmaduro, porque no podía creer en eso, pero no era capaz de explicarlo bien. Leía con dificultad y no conocía demasiadas palabras, pero lo que sí sabía era lo que había dentro, lo que tenía en la cabeza y le hacía verlo todo con una perspectiva distinta, más auténtica y más transparente, el rostro verdadero de las personas y de las cosas. No era que se dedicase a penar y pensar, menos aún en asuntos tan serios, pero había llegado a la conclusión de que las personas se dividían en dos grandes grupos: el de los que podían soñar durante la mitad de su vida y el de los que no podían soñar más allá de los primeros años de infancia, como mucho. Ella pertenecía al segundo. Víctor pertenecía al primero, y ahí estaba, demostrándolo, apestando a colonia toda la entrada mientras lanzaba una última mirada al espejo. Pero al final tendría que despertarse, tendría que

espabilarse y ver la vida como era, eso le acababa pasando a todos. Tenía que ser muy triste morir así, tan ciego, sin darse cuenta de todas las mentiras y cómo eran las cosas. Aunque, pensándolo bien... Y no sabía decir por qué era consciente de eso, o más bien, por qué había alcanzado la verdad tan pronto. Por qué ella estaba en el segundo grupo, el que ya lo veía todo, con los ojos bien abiertos, claro que sí. No sabía el concepto, una manera psicológica — suponía que era la psicología la encargada de esto— de exponerlo, pero sí sabía que el motivo era, por ejemplo, la relación con el viejo. Ella era fuerte, y el viejo no le gustaba pero tampoco le dejaba de gustar del todo. Es decir, claro que no le gustaba, era un anciano lleno de arrugas y pellejos, no le... Bueno, que no le gustaba, ya, pero meterse en su cama tampoco era una pesadilla, no lloraba, no se tiraba de los pelos pensando por qué había tenido que venir al mundo. Las primeras veces le había costado un poco, cerraba mucho los ojos y pensaba en otras cosas, dejándolo hacer, pero luego ya se había acostumbrado. Total, ¿qué más daba? Ella iba, lo hacía y en paz. Luego podía perdonarla si le sisaba algo, porque le quedaba un poco de vergüenza, como de, sí, bueno, vergüenza por tirarse a una niña, que no era una niña ni mucho menos, pero sí para él, hablando de edad. La cuestión es que habían llegado a un punto que estaba bien, donde tenían su acuerdo y luego él le contaba muchísimas historias, algunas verdaderamente extraordinarias, y ella arrugaba esos ojillos separados, como de anfibio, para penetrar más en esa historia, para quedarse con cada detalle que le decía. Era su acuerdo, sí, y no estaba tan mal, al fin y al cabo. Sin embargo, sabía que aquello estaba muy lejos de ser una historia de amor. Ahí estaba la clave, y por eso mismo ella pertenecía al segundo grupo, al grupo de los no soñadores. Los no soñadores o los realistas, los objetivos, los que despertaban antes, porque también los otros despertaban, finalmente. Claro que no contaba sólo con su existencia para diseñar su teoría. Conocía a tantas chicas como ella, a tantos chicos, a tanta gente mayor que vivía trabajando día tras día, sin descanso, hablando sólo de los cotilleos de los señores como si fueran los suyos propios, porque no tenían ninguna otra cosa que decirse. ¿Quién, en esa circunstancia, podía gastar media vida soñando? Aquello sólo les pasaba a los otros, a los que eran como Víctor, que podían invertir horas y horas en creer en lo que fuese que creían. ¿Cómo podían caer después? Suponía que casándose, cuando ese amor se terminaba, cuando estaban hartas de parir hijos, cuando empezaban los cuernos. Los cuernos, claro, porque el hombre no deseaba algo mejor, no se merecía algo más, sólo ponía los cuernos como un cerdo, una y otra vez,

sin pensar, detrás de todo lo que se mueve. ¡Cómo se desesperaba mamá! Y ellos, como orangutanes, aun cuando su chisme casi no les funcionaba ya, como le pasaba al viejo. “Bastardos”, dijo, con los labios apretados, con pliegues en la cara por haber hundido las mejillas entre las manos. “Todos unos bastardos”.

Camila se levantó, estiró los brazos y la espalda y lanzó un gran bostezo. Para qué quería soñar, si al final la caída era más grande. No aspiraba a colmar sus sentimientos, a experimentar pasiones. Las pasiones a ella se la traían... Pero poco a poco se iba haciendo su bolsa, sin gastar apenas y cogiendo de aquí y de allá. Podía aprender un oficio, cambiar de vida, que le enseñasen y prosperar. Abrir algo, quizás, con la ayuda de mamá, y también metiendo en el negocio a Rebeca. Pero eso no eran sueños, eran planes lógicos, planes de realidad, como los llamaba ella. Lanzó un último bostezo, y con éste el cuello se le torció hacia atrás. Llegaba hasta ella la terrible colonia de Víctor, que se habría echado en cantidades de litros. “En cantidades de litros”, dijo, moviendo la cabeza, y se fue como una rápida liebre, sin dejar el más mínimo rastro, con algo dentro del bolsillo.

La noche era fría y tranquila. Las nubes formaban remolinos suaves, traslúcidos, y algunos de ellos se acercaron tanto a la luna, que ésta difuminó su contorno tras ellos, extendiéndose y arrellanándose en su velo de novia. Se veían algunas estrellas, diminutas y repletas de luz, que enfocaban sus lentes sobre el pavimento como quien lanzaba un pequeño cristal que rebotaba en susurros. La silueta de los edificios, compactos y rudos, se mezclaba un poco con la noche y descubrían ventanas iluminadas, ojos indiscretos donde se percibían figuras pasando o sentadas, algunas de perfil perfectamente recortado y otras tergiversadas por las cortinas. Víctor pensó en los esposos, en las familias. Pensó en la palabra hogar, que resumía todo aquello, y tenía un punto cálido y anaranjado. Se imaginaba veladas nocturnas, largas, donde los miembros iban cayendo uno tras otro presas del sueño, algunos derrotados en un sillón, otros intentando sostener la cabeza y los párpados todavía a la mesa. Le gustaban las parejas que hablaban y hablaban mientras la noche se apagaba más, que no paraban de dedicarse palabras e ideas y planeaban, vestidos con su ropa de calle, quizás con las joyas aún puestas, ajenas a todo lo que pasaba alrededor y completamente absortos en su conversación, como si una tulipa los cubriese y los alejase del mundo.

Tropezó con una baldosa suelta, y estuvo a punto de caerse. Con la mano contra el escaparate de una tienda, se destruyó aquel salón que imaginaba.

Tenía que dejar de fantasear, tenía que dejar de hacer el ridículo. Si se hubiera caído se habría manchado, y habría llegado como un impresentable a recoger a Alicia. Se irguió de nuevo, y siguió su camino prestando especial atención adonde pisaba. Sin embargo, no podía pensar en aquello sin que le brotase una sonrisa, sin que un punto nervioso se le instalase en el corazón. Iba a buscar a Alicia, sí, ella misma le había propuesto aquello. Lo único malo era que no tenía una estrategia prevista, no sabía qué le diría, no sabía qué temas sacar para analizarla ni con qué gestos debía aventurarse. Por un lado intentaba convencerse de que aquello era lo mejor, ir viendo sobre la marcha, y no hacer cuentas y cuentas en su casa para que después lo desarmase a la primera mirada y lo olvidase todo. Se pasaría la cena intentando recordar qué iba a hacer, qué iba a decir, y eso sería un fracaso. Pero, de todos modos, sabía que había sido incapaz de diseñar nada, y no estaba seguro de si debía atribuirlo a una ineptitud natural o a una ineptitud que afloraba cada vez que pensaba en Alicia. Quizás fuese esto último, y todo se debía a que esa mujer, y más bien, “la mujer”, era precisamente eso, su mujer.

Se paró un instante a pensar en esa última frase, y no estaba muy seguro de si tenía sentido. Había un sentido claro, que surgía a modo de idea desnuda, pero al pasarlo a palabras... ¿Era posible que “la mujer”, como ese ente perfecto para cada uno, destruyese todas las maneras de actuar que se utilizaban y se aprendían burdamente —conversaciones con amigos, práctica—, y obligaba a presentarse sin nada más que una intención —una grandísima intención y voluntad— y unas gotas de colonia? Aquella palabra que había utilizado antes, desarmado. ¿Era eso posible? Víctor pensaba que sí, que de hecho era lo único posible. Y pensaba que era la señal indicada, y quería presentarse delante de la bailarina y extender los brazos, extenderlos y mirarla como si le dijera “Puedes quitarme la ropa, porque no traigo nada más”. Aquello era sincero, aquello era exacto. Se sintió confiado, se sintió orgulloso, como si hubiese escogido —y no había escogido, sino que había sido incapaz de lo contrario— la forma correcta de actuar.

Llamó a la puerta, entró, y se vio frente a un pequeño pasillo que conectaba con puertas cerradas y una escalera final. Un perchero vacío y que tenía un aspecto como húmedo, un paragüero dorado con flores que sonaba a hojalata. Atraída por el ruido de la puerta y esos pasos que no conocía —y eso era determinante, porque tenía una gran facilidad para reconocer los pasos—, la señora H voló hasta la puerta, y con los ojos muy abiertos se quedó mirando a

Víctor, que no conocía de nada. Primero se alarmó, porque aquel hombre iba muy bien vestido y quizás fuese de algo oficial y le trajese problemas. Se le ocurrieron problemas de insalubridad a causa de las goteras, a causa del cartel sucio, y se le heló la sangre por un momento. Pero, ¿qué trabajador público se presentaba durante la noche?

—Buenas noches. Soy Víctor R. —Puesto que la dueña no había dicho nada, no se había presentado ni había cambiado lo más mínimo esa expresión estúpida, se vio obligado a continuar. —Vengo a recoger a la señorita B.

La señora H abrió todavía más los ojos. ¡Un hombre en su pensión, y venía a buscar a la bailarina!

—¡Estrella! —gritó, enseguida, y la joven apareció y se comió a Víctor con los ojos en un instante, como una fiera que devoraba todo lo que se le ofrecía.

— Ve a llamar a Alicia B., vienen a recogerla.

Estrella frunció el ceño, y la señora H le hizo un gesto brusco, levantando la cabeza unas tres veces hacia la escalera. Ellas no hacían eso, no tenían y ese servicio y no sabían qué lugar de lujo se pensaba ese hombre que era aquél, pero lo que no iba a permitir la dueña era que pareciesen unas maleducadas bobas y, sobre todo, quedarse sin ver el encuentro. Estrella desapareció por la escalera, y nadie quiso acercarse a la puerta de Alicia para saber cómo fue aquel aviso, ni la reacción de Alicia al ver a esa salvaje en su puerta, o pensando por qué demonios subía nadie. En todo caso, con un abrigo negro y un vestido azul oscuro, Alicia enseguida bajó los escalones y vio a su galán, que carraspeó un instante y le ofreció una impecable sonrisa. La señora H miraba a un lado y a otro sin querer perderse un detalle. Los tonos oscuros hacían resaltar más la fría piel de Alicia, y sus cabellos rubios vagamente recogidos parecían más brillantes y descubrían destellos que reverberaban contra las blancas paredes del recibidor. Sus ojos castaños, en una larga mirada, recorrieron el cuerpo de Víctor, y acabaron en su barbilla cuadrada.

—Alicia, Alicia —llamó de repente la señora H, interponiéndose en la línea recta que separaba a los dos jóvenes. La apartó un poco, bajó la voz, y Víctor se sintió incómodo. Intentó escoger el tono más amable posible, y bajó el volumen todo lo que pudo. —Ya sabes que no se permiten hombres aquí. Es decir, no que venga a la entrada y te espere, digo arriba, en las habitaciones. Para luego, no para ahora. No es por ti, es porque después todas van a creerse en el derecho, ya sabes.

Alicia no separó en ningún momento sus pupilas de las de la señora H, que eran muy pequeñas y escurridizas. Sin contestar, dio los tres pasos que la

separaban de Víctor, que sostuvo la puerta mientras ella salía, dejando ese olor discreto, suave, que no era otro que el aroma de sus cabellos, que ya se soltaban. Y Alicia cerró los ojos un instante, como aspirando ese dulzor frío de la noche, y tras una respiración intensa que le tensó un instante el cuello, comenzó a caminar por donde Víctor la llevaba, en su tácita posición de guía. —¿Entonces ayer estuviste muy ocupada? —dijo él de repente, por no saber muy bien cómo iniciar la noche.

—No, estaba muy cansada, y no me apetecía salir.

Alicia hablaba con un tono neutro y crudo. Estaba cansada, y Víctor entendía aquello. Tenía que asumir, íntimamente, que ella no estaba tan loca por él, que su pasión no era del todo recíproca —más bien, la intensidad de la misma—, y por ello debía mostrar todo lo que guardaba y todo lo que podía ofrecer para la vida que les esperaba. Comprendía que tras un día de trabajo Alicia sólo quisiera meterse en la cama y dormir. Él paseaba por el teatro, vigilaba, recababa datos para Stöhr, pero no se agotaba físicamente como lo hacía ella. No obstante, también estaba seguro de que podía estar al borde de la muerte, que daría todos los pasos que hiciesen falta si Alicia le hubiera ofrecido verla. Claro que ése no era el momento para darse cuenta. Asintió, y le preguntó cómo de agotador resultaba un día en el teatro, lo cual fue perfecto para que la bailarina se extendiese durante todo el camino ofreciendo una gran cantidad de detalles.

La cena resultó estéticamente perfecta. El restaurante rebosaba adornos brillantes, y había un bullicio sutil, contenido y repleto de sonrisas, palabras y telas que pasaban. Las mujeres, como ramos de rosas amarillas, eran espectaculares pilares con vestidos de todos los colores, volantes y peinados, y sus finos tacones ofrecían un sonido de agujas que se clavaban en el suelo, agujas negras y suelas de diversos tonos, con multitud de cortes, alturas y relieves diferentes. Se veían mejillas sonrosadas y otras más pálidas, ojos indiscretos que aterrizaban en todas las mesas vecinas para realizar un cálculo rápido, caras que se saludaban en la distancia y pendientes plateados que cegaban un segundo a quien los mirase. Víctor percibió algún hombro descubierto, aberturas bajo el cuello, y alguna cola un poco larga y curvas que se realzaban y se remarcaban. No sabía nada de tejidos, pero algunos crujían y otros hacían un silbido, y a su cabeza flotaron palabras como muselina y seda y lino, pensó en el plástico y buscó oro, buscó plata, encontrándose de repente con las clavículas de Alicia, que se había quitado el abrigo y había borrado de un plumazo todo lo que allí existía. Las mujeres se

fueron desdibujando con un rumor de ceniza, y ya no había risas ni palabras, ya no había música alguna. Las miradas que se dirigían a ellos y las que buscaban otros puntos, enredándose todas en inmensos nudos, parecieron mirar al suelo y quedarse allí quietas, silenciosas. Los colores, que vibraban y saltaban, se pararon un instante, como si alguien contuviera la respiración o la tierra misma, y los hombres, a los que todavía no había tenido tiempo de observar, nunca llegaron a existir. El abrigo de Alicia ya no estaba, y se le dibujaba un cuello níveo y dos tiras casi negras se ataban tras él. Se adivinaba a los lados el contorno de sus senos, y Víctor se detuvo un momento cayendo en una ensoñación lejana, con tonos granates como imaginaba la lencería de Alicia, si hubiese sido capaz de concretarlo mejor. Veía su cuerpo de bailarina, su cuerpo de artista que se fundía y se hacía música, casi podía tocarlo, casi podía sentir su tacto y ese olor que se mezclaba con el de su propia colonia. Qué tenía esa mujer, que le hacía perder los sentidos. Así lo pensó mientras se quedaba de pie, porque había desarrimado su silla y ella se sentaba, y desde arriba —donde permaneció unos cuatro segundos— tuvo una perspectiva privilegiada llena de sus encantos, y buscaba que todos ellos aflorasen y de repente le pareció ver justamente flores, como si de aquel escote blindado que nada más ofrecía —aparte del obvio dibujo— saliese una flor blanca, tan blanca que se confundía con la piel de su dueña. “¿La dueña de qué, exactamente?”, pensó, mientras movía las manos para atrapar esa flor que se le sugería, y reprimía sus ganas y luego la veía asomarse al cuello, a las orejas, a los labios. También veía desde allí los labios de Alicia, que eran rosas y curvados, con un generoso contorno que parecía incitar al mordisco. La cabeza empezaba a darle vueltas, y fue hacia su sitio y se sentó frente a aquella escultura que parecía no tener vida, así lo creía él, por ser demasiado hermosa.

Los murmullos, que habían volado, volvieron a formarse poco a poco, como para intentar despertarlo. Se dibujó el primer hombre, de traje negro. ¡Qué aburridos, con sus pelos cortos, con sus cuerpos rectos! Alicia miraba encantada a los lados, y pasaron unos minutos y pidieron y siguieron hablando del teatro y del cansancio, de todos aquellos movimientos que tenían estos nombres y Víctor no conocía, de los mareos y los dolores, de aquella faceta triste que se escondía tras ese momento de puro espectáculo, de pura luz. Y Víctor pensó que no había más luz que aquélla que salía de los cabellos de Alicia, de sus pestañas claras, de la curva de sus cejas. Pero con ese brillo competía otro, y era el vaso repleto de un líquido amarillo y

naranja, con burbujas que subían y temblaban como las de una botella de champán. Se lo llevó a los labios y un punto de espuma se engarzó a ellos para morir enseguida.

“No me gusta el vino, quiero cerveza”, había dicho, con un desparpajo de actriz triunfadora, como si de un manotazo tirase todos sus esfuerzos y lo compensase por la belleza de su frente blanca y despejada. Eso lo descolocó un momento, pero se había sobrepuesto y todo había continuado con naturalidad. Le parecía extraño el sabor amargo que debía tener ahora su lengua, y un poco picante por el gas. Pero ella sonreía y hablaba, y empezaron a comer, y los ruidos de las mesas vecinas eran un bonito marco para sus conversaciones. Se fue un minuto, porque había notado que una horquilla le tocaba la nuca, y volvió con los cabellos sueltos.

—Cuando estuvimos paseando por la alameda me hablaste de una mujer que vivía contigo, en la pensión, que pintaba. Creo que quería hacerte un retrato, o que te lo había pedido, o algo así.

Alicia terminó de masticar mientras levantaba las cejas y ponía los ojos en blanco, y dio un trago más a su cerveza.

—Sí, se llama Berta. Me hizo una encerrona y no me quedó otra. Total, que cuando llego y ella está libre, empieza a perseguirme. A veces hago como que no me entero de que ha llamado a la puerta, pero ella insiste. Y entonces empieza el espectáculo, un espectáculo ridículo donde yo me tengo que quedar petrificada, mirando a un lado, pero “suave, muy suave” — y caricaturizó la voz de Berta—, sin mover ni un músculo, nada, y ella empieza a mezclar pinturas y a hablar de sus clases y de todo lo que va a hacer. Si se pusiera a hacer algo de lo que dice y me dejase tranquila...

—¿Y os queda mucho para terminar?

—La verdad es que no. Mi parte está casi toda hecha, dice que ahora va a trabajar más en el fondo, no sé, yo no entiendo de eso. Pero no creo que le lleve mucho.

—¿Entonces ya casi está! Habrás podido ver algo, supongo, y ya tendrás una opinión.

—A mí no me gusta. Ya desde el principio sabía que no me iba a gustar, llámalo intuición femenina. No me gusta, me parece muy artificial, muy fingido, y me ha hecho una frente muy grande, y como enfadada, no sé. Hay algunas cosas en las que no me parezco nada a ésa que ha pintado.

—Vaya, pues eso es una pena. Quizá aún vaya a arreglarlo y luego te guste más. Por cierto, ¿qué va a pasar con el cuadro una vez esté hecho?

¿Qué va a hacer con él?

—No lo sé. Sé que ha pintado a las otras también, pero tampoco sé qué ha hecho con sus retratos. En cualquier caso, yo no lo quiero. No lo quería desde el principio. Ha sido un auténtico fastidio, una pérdida de tiempo. Si quiere ensayar, podría buscar modelos y pagarles, que es lo que tiene que hacer, pero poner en un compromiso a la gente, y además un compromiso a cambio de nada, es de mala educación. Si algún día quiero un retrato, se lo encargará a alguien en quien confíe que lo va a hacer bien, alguien que yo elija. Y ya sé que soy yo quien le está haciendo un favor, malgastando mi tiempo en esto, quedándome quieta como una tonta tantas horas, pero a veces se da tanta importancia que parece que es ella quien me hace el favor. ¿No es increíble?

Alicia comenzó a perderse en sus quejas, y Víctor se sintió todavía más seguro de llevar a cabo su decisión, sobre todo si Alicia no tenía ningún plan para ese cuadro.

La noche continuó, y terminaron su cena y salieron del restaurante. De alguna manera, Alicia hizo ascender su mirada al cielo, y Víctor la siguió con una inercia que tenía algo de encanto, algo que lo arrastraba allá donde esos ojos se fijasen. Ella buscaba signos de una lluvia temprana, con el abrigo bien abrochado, por miedo a resfriarse. Por suerte, las nubes habían desaparecido, y las estrellas brillaban limpias, despejando el cielo gracias a la brisa que movía dos mechones de sus cabellos blancos. Había algo sutil, como un gusto de plata, que se colgaba de esa lámina oscura. Era nítido y a la vez se escapaba de los ojos, a modo de un rumor antiguo que se iba extendiendo. Víctor lo intuyó, pudo percibirlo, y su iris oscuro lo seguía mientras se perdía en remolinos purpúreos, en mejillas rosadas que parecían asaltadas por un colorete nocturno, y pensó en fiestas y en bailes y en momentos en los balcones, porque no había mejor lugar que un balcón —con el vasto ruido de fondo, nervioso y acolchado por las ventanas— para coger las manos de una mujer y hablarle de amor. ¿Qué amor era ése? Era caballeroso, intenso, como el de trovadores. ¿Necesitaba un balcón o era suficiente con la calle desnuda, desierta y empapada de noche, con el cielo adornado por encantos que sólo él veía? Se giró hacia Alicia, que se mordía el labio inferior como si el frío se lo hubiese cortado, que estiraba las mangas de su abrigo para taparse bien las manos. Creía que necesitaba más, que necesitaba ver algo de brillo en ese mar castaño, y por un momento perdió el aliento.

—¿Nos movemos? —dijo Alicia, mirando hacia el fondo de la calle, porque tenía frío y no sabía a qué esperaban.

Claro, se moverían. Volverían y la dejaría en la pensión, frente a aquel cartel viejo y deslustrado, una especie de mofa tras la que parecían arremolinarse faldas y risas. Estaba confuso, acobardado, quería llevarla a otro sitio pero parecía que no le apetecía. Podían ir a algún local, podían redondear un poco más la noche. Pero casi intuyó la negativa de Alicia, y prefería aprovechar esa cordialidad de ahora que aventurarse y dejar que el camino de vuelta fuese un trayecto lleno de tensiones. Los labios de Alicia lanzaron un bostezo, y Víctor esperaba ver sus dedos volando a esos pétalos carnosos, rosados, como habrían volado los suyos si pudiera. Pero las manos de Alicia se quedaron quietas mientras bostezaban, y luego se movieron de una forma que Víctor no esperaba. La bailarina rodeó con esas palmas blancas su brazo, se cogió a él y apoyó un peso ligero, suave, como de ave. Parecía que se agarraban a él un montón de plumas, y casi tenía miedo a que el viento las desordenase y las extendiese por todo el asfalto. Se imaginó recogiendo los pedazos de Alicia, de aquellos brazos delgados y de aquel rostro que estaba cerca de su hombro, adormilado, y se dio cuenta de que se sentía inmensamente feliz. Sin que lo comprendiese demasiado, un impulso simple y espontáneo había conseguido acercarle aquel cuerpo, y parecían dos novios o dos recién casados que paseaban hasta su casa, que compartían momentos de silencio, casi abrazados, sobrellevando el agotamiento de la noche. No necesitaba balcones de fiestas, pero recordaba su azotea y sintió, con una sonrisa, que le había quitado algo de lo que le había prometido. Alicia se cogía de él, y se volvió más fuerte y más hombre, porque así se veía en aquel momento. No sabía cómo explicarlo, pero su corazón retumbaba y tenía miedo de que Alicia lo oyese por resultar demasiado escandaloso.

Anduvieron hasta la puerta de la pensión, y apenas mediaron palabra. Víctor dijo un par de cosas, y Alicia prácticamente no lo escuchaba. Él lo sabía, y le pareció encantadora esa forma un poco mimosa de asentir, lejana, cansada. La despedida sería rápida, y ese cuerpo, ese abrigo negro, desaparecería como una mota de polvo que se soplaba.

CAPÍTULO XIII

Pasaron dos días, y alguien se presentó en la puerta de la pensión de la señora H, quien acudió enseguida y se maravilló al ver a ese hombre. Podía no tener mucha cabeza, como ella reconocía, pero se acordaba muy bien de las caras, sobre todo de aquéllas que le impactaban por uno u otro motivo. Y ahí estaba, delante de ella, el hombre que había ido a buscar a la bailarina. No sabía quién era, no sabía qué le unía a ella, pero la otra noche se había pasado bastante tiempo elucubrando, y se decantaba por una relación amorosa. Un novio, o un aspirante a ello. Suponía —y Estrella había asentido enérgicamente a esa pregunta— que esa niña tendría muchísimos pretendientes, pero para éste se había puesto un vestido y había vuelto bastante tarde. Y ahora volvía a ir, como lo más natural, se presentaba allí a plena luz del día, por la mañana, pero tendría que decirle que no estaba, ella misma la había visto salir después del desayuno, después de tomarse media taza de café solamente. Todavía le quedaba algo, el fondo frío y repleto de posos, pero no haría otra, claro... Era todo cuanto tenía, si quería esperar allí, aunque tampoco le gustaba demasiado la idea de tener a un hombre en la pensión, y a saber cuánto tiempo, hasta que volviese. La señora H sintió su corazón dividido, porque de un lado estaba la información que podía sacar de ese hombre, y de otro encontraba sus principios, y sobre todo los principios que quería imponer a todas sus inquilinas, porque si permitía al novio de una pasar el tiempo en su comedor tendría que permitirselo a todas las demás, y eso acabaría pareciendo una casa de citas, o algo así. La señora H intentaba decidir la manera más educada de apartar a ese hombre, de decirle que se fuese, cuando sus ojos se abrieron inyectados en una sorpresa impactante, porque preguntó por una tal Berta que allí se alojaba.

—Sí, está aquí.

¿Qué era aquello? ¿Quién era ese hombre? ¿Estaría probando todas sus mujeres, una tras otra? ¿Y por qué pasar de Alicia a Berta, Dios mío?

—¿Podría avisarla?

La señora H se sintió un poco ofendida. Ella no avisaba a nadie, y no quería ni ver la cara que Estrella le pondría si la mandaba a por la pintora. Que era buena niña, pero no podía tomarse muy en serio lo que hacía. Sin embargo, no dejaría a ese desconocido subir hasta allí, a donde las habitaciones, y que quizá se metiera en una de ellas. ¿Qué haría entonces? ¿Abrir la puerta para

sacarlo ella misma, si no bajaba? Las mejillas se le ruborizaron, y levantó un poco la falda para subir bien los peldaños, sorteando un hilo que se le había salido esa mañana, moviendo sus gruesas piernas lo más rápido que podía. Con un sonido irregular, de caballo amorfo que trotaba, los pasos llegaron a la habitación de la pintora y se oyeron golpes en la puerta, se oyeron voces que decían cosas indescifrables, y con sus radiantes ojos, con su sonrisa de artista, bajó Berta.

—Buenos días —dijo, con una tranquilidad brillante, desenvuelta, con los ojos castaños muy abiertos. De la sorpresa de un extraño que preguntaba por ella, a Berta sólo le había quedado una leve sombra en las pestañas, y se puso con los brazos en jarras delante del desconocido, como si se exhibiera al igual que una vaca en una feria, al igual que un manojo de lechugas, y eso parecía precisamente, una fresca e inmensa lechuga que se cebaba en su sano tono verde. “¡Aquí me tiene!”, parecía gritar, y Víctor se sintió un oficial y su segundo de abordó, una mujer llena de vida.

—Buenos días, soy Víctor. Quería preguntarle por un retrato...

Aquello hizo que los brazos se cayesen. ¿Quién la conocía como para hacerle un encargo? Se le aceleró la respiración y las pupilas se le dilataron.

—¡Por supuesto! —interrumpió. —Vamos a hablar con calma en otro sitio — y lanzó una mirada a la señora H, porque no era lógico ni serio entablar una relación comercial en un recibidor. La dueña notó aquello y reaccionó como si le pinchase un alfiler. Dio un respingo y los pasó al saloncito —medio orgullosa porque una inquilina quisiera usarlo, medio asustada por lo que fuese que estaba pasando—, plantándose junto a ellos, de pie en la puerta, como una inquisidora que cuidaba la buena conducta de sus inquilinas y el buen alimento de sus chismes. Habría hecho una señal a Estrella, pero a saber dónde se habría metido esa niña, tan vibrante y a la vez tan escurridiza. Aunque, bien pensado, así disfrutaría doblemente, primero enterándose de lo que quería ese hombre y después contándoselo cuando cayese la tarde.

Víctor carraspeó al sentarse, y miró un poco de reojo la deslustrada decoración de ese rincón húmedo por el que parecía haber pasado una ristra de años sin que nadie lo cambiase ni un poco. Parecía una fiel herencia que llevaba un siglo en la misma familia, pasando de madres a hijas y mostrándose como el primer día. Atendió al paragüero de la entrada, que era igual que el del recibidor. Seguramente se habrían comprado juntos, como una belleza que no podía dejarse pasar. Las flores de éste estaban mejor conservadas que el otro, y pensó que no tendría tanto uso. Al fin y al cabo, no

sabía cuántos paraguas podía haber allí dentro como para llenar esos dos contenedores, y no entendió aquel sentido del gusto que apilaba trastos por todas las esquinas. De todos modos, aquello no era importante, y se vio obligado a fijarse en los ojos de Berta, que estaban clavados en los suyos.

—Quiero comprarle un retrato que, si no ha terminado ya, debe faltar poco. Es el retrato que le está haciendo a Alicia B.

Aquello era un poco desalentador.

—Sí, ya está terminado. Pero no sé si ella...

—Ella no lo quiere —se adelantó a declarar Víctor, y le pareció que había sido demasiado brusco. Berta sintió un dardo que la hería un poco, porque se había esforzado en su trabajo. No era un dibujo sencillo, como el que había hecho de otras mujeres. ¿A quién no le gustaría tener algo así, una imagen de sí misma tan bien elaborada? Era un desprecio, y se quedó sin voz y lo miró como pidiendo explicaciones. ¿Quién era él, y qué sabía él de nada? Sus sueños de un desconocido que había oído hablar de ella y venía a hacerle un encargo desaparecieron, añadiendo un poco más de dolor a esa herida que acababa de abrirse. Cruzó los brazos, y Víctor creyó que era la mujer más expresiva y sincera con la que se había topado nunca, y se vio como un troglodita torpe y sin los más elementales modales. —Es decir, ella está dispuesta a renunciar a él. Se lo he insinuado, y ha dicho que si alguien lo quiere, ella no se opondría. Es decir, es un cuadro profesional, no algo que dar a la ligera, por mucho que ella haya sido la modelo.

Berta se tranquilizó. Sus aires de artista eran intensos y llenos de emociones, era un gran ramo de sensaciones que fluían en un fuego constante, aflorando y tapándose unas a otras. De repente, su ego ascendió y se le iluminaron de nuevo los ojos, y cruzó los brazos más fuerte como si ahora fuera una empresaria negociando, pintora y propia agente.

—Entonces está interesado en comprar mi cuadro.

Era la primera vez que vendía un cuadro, y quería disimular la emoción por no parecer una novata, pero el punto agudo que brillaba en su voz, la sonrisa que se le escapaba sin quererlo, la delataban.

—Así es.

Y ahora, ¿qué hacer? ¿Qué precio ponerle? Se le aceleró el corazón, miró hacia la estrecha ventana e intentó pensar rápido.

—¿El retrato de Alicia B.? —preguntó de repente la señora H, de la que ambos se habían olvidado.— ¿No se lo va a quedar ella?

Berta sonrió hacia Víctor, como una adulta que excusaba las estúpidas

palabras de su hijo, que se había colado en medio de la negociación. En sus dientes parecía leerse un “Disculpe”, y creyó que una pintora seria no podía hablar con un cliente en un sitio así, con una señora así. La señora H dejó la pregunta en el aire, y los dos se sintieron incómodos, porque no creían necesario repetir la explicación, pero parecía que la anciana no se había enterado del todo.

—Eso parece —respondió Berta, con un tono duro que parecía echar, implícitamente, al hijo molesto, sin apartar los ojos de Víctor ni su sonrisa avergonzada.

—Ah, de eso nada, entonces lo quiero yo.

Dos pares de ojos se centraron entonces en la señora, que había desbaratado todos sus planes de la manera más caprichosa e inesperada posible. Berta se convenció de que aquella mujer no era normal, y no sabía cómo hacer que se fuera e impedir que husmeara en sus asuntos.

—¿Cómo? —dijo, únicamente, con una rabia que se había reflejado a la perfección en esas dos sílabas.

—Yo me lo quedo, quiero ese cuadro.

Víctor se puso de pie. Parecía un caballero reaccionando a una ofensa, y se levantó y no supo qué hacer, porque era una señora mayor y no sabía cómo atacar sus palabras.

—Perdone, señora, pero yo he venido aquí expresamente con la intención de...

—Y yo no sabía nada de eso, y tengo más derecho a quedarme con el retrato. Berta se levantó también, y lejos de disfrutar con el ridículo espectáculo, estuvo a punto de coger el paragüero y lanzárselo a esa cotorra. La cara redonda se le quedaría atascada, y era lo mejor que podía hacer.

—¿En qué momento tiene más derecho que yo?

—En el momento en que soy la dueña de este sitio, y tengo que estar informada de estas cosas antes que nadie.

—¿Informada? Pero, señora H, vamos a ver, ¿qué le importa a usted este asunto? Nunca ha demostrado el menor interés por mis retratos, se los he hecho a todas, y siempre le han traído sin cuidado. ¿Por qué ahora, que tengo un comprador serio, quiere interponerse? Éste es mi trabajo y sólo yo tengo derecho sobre el mismo, y decido a quién vendérselo.

Berta, que había medido cada una de sus palabras, parecía un dragón que se colocaba una cadena al cuello para contenerse. Si hubiera podido, habría escupido una inmensa llamarada que borrara a la señora para siempre. No

entendía aquello, no entendía qué había pasado. Por mucho que quisiera el cuadro, incluso por mucho que hubiera querido pagarle —tema que ni siquiera había tocado—, esa estúpida no era quien para entender el arte y disfrutarlo. Sería como tirarlo a la basura. Pero la vieja gesticulaba como una niña y miraba a ambos desafiante, pensaba en el retrato y lo quería para ella. Lo quería, sin más, y no tenía nada que explicar, se sentía llena de razón y parecía engarzarse en una pataleta que pocas veces antes había sufrido.

—Y yo soy la dueña de esta pensión, y tengo todo el derecho a echar de ella a quien quiera. Me quedo con el retrato, no te cobro la mensualidad y esta noche tienes techo. Si no...

La pintora se llevó las manos a la cara, y sus cejas se arquearon ante la amenaza. Miró a Víctor como pidiendo un rescate, como pidiendo unas palabras mediadoras que hicieran entrar a la señora en razón y no la afectasen a ella.

—Señora H, de acuerdo, usted tiene todo el derecho a querer ese retrato, pero le pido un favor. —Se acercó a ella despacio, y la anciana intentó mirar a otro lado, para no dejar que la convencieran. Una rabia estúpida, que le había brotado de repente, había pintado dos lágrimas de despecho en sus ojos, porque se sentía poco respetada y manipulada. —Tengo mucho interés en quedármelo, y estoy seguro de que puede imaginar por qué. No sabe la felicidad que supone para mí y que en un futuro supondrá para la propia Alicia. Déjeme comprarlo, y también pagaré los inconvenientes que le he ocasionado.

La señora H hizo un mohín con la boca, y miró a Berta con una dureza que quería esconder una flaqueza de niña, en parte forzándola y en parte pidiendo perdón, porque sabía que aquel arranque de histeria no era justo para ella, sabía que alardear de su poder la colocaba en una situación que no permitía más opciones.

—Tú decides. Siempre he sido buena conmigo, no puedes tener ninguna queja. Te ofrezco ese trato, un mes gratis y que sigas con todas las comodidades que ahora tienes. Si no, te doy una hora para hacer las maletas y dejar la habitación libre, que otra querrá ocuparla.

Se dio la vuelta y se refugió en el comedor, donde empezó a mover la cafetera y platos y tazas, haciendo ruido para fingir que estaba muy ocupada. Berta miró a Víctor y no sabía cómo disculpar aquello, y tampoco sabía cómo limpiarse esa humillación que acababa de sentir. Estaba con las manos atadas, no podía verse de repente en la calle por un cuadro, por una primera venta.

Sin embargo, se sentía dolida y quería cambiarlo todo sin saber cómo hacerlo. Víctor percibió todo eso, pero no se sentía tampoco con suficiente ánimo como para consolarla, como para despedirse amigablemente e intentar compensar un poco el amargor de la pintora. Saludó en silencio y abandonó la pensión con un suave portazo. Berta se dejó caer en el sillón, mirando al suelo. Qué arpía, qué vieja asquerosa, avariciosa. Aquel hombre se había ido, ya no había nada que hacer. Subió las escaleras y la señora H se asomó al pasillo para verla, y supo que había ganado. Buscó a Estrella y no supo si debía contarle todo, porque su comportamiento no había sido el más adecuado. Le molestaba haber tratado así a Berta, pero también le había ofrecido una buena compensación. De todos modos, ella mandaba allí, ése era su negocio y tenía todo el derecho del mundo, todo, a hacer eso y mucho más. Hizo un enérgico gesto para apoyar un montón de platos en la mesa, que resonaron e hicieron que uno se resquebrajase por el borde. No había más que pensar, el tema estaba zanjado. Una vez terminase aquel mes, Berta saldría de la pensión sin despedirse siquiera, llevándose su frescura y sus pinceles a otra parte, y no volverían a verse. Los remordimientos de su brutalidad, sin embargo, no eran tan grandes como el placer de tener el retrato de la bailarina, que lo había colgado con la ayuda de Estrella en su cuartito, y disfrutaba todos los días de aquel rostro hermoso, el retrato de una gran artista.

Víctor salió de la pensión con una sensación de pesadez en las manos. No se paró demasiado tiempo allí, lamentando que una vieja trepa le hubiera arrebatado aquel retrato de Alicia, para el que ya tenía planes. Se había imaginado guardándolo y admirándolo en su intimidad, para enseñárselo una vez sus relaciones se tornaran más serias, colgándolo finalmente en la casa que compartirían, como un precioso recuerdo de sus inicios. Se veía con diez años más, con veinte años más, ya seguro y establecido, con una vida a sus espaldas y media más por delante, parándose ante el retrato antes de salir de casa y recordando sus angustias para conquistarla, sus nervios al recogerla en la pensión, su desesperación al dejarla allí, de nuevo, noche tras noche. Se había diseñado un bonito futuro, y ese cuadro era una pieza encantadora. Ahora ya no estaba, ya no existía. No podía negar que se había hundido un poco, como si los planes torcidos, aunque fueran respecto a detalles, constituyeran una especie de mal presagio. Su madre se habría reído de él, porque desdeñaba todas aquellas teorías que rozaban la magia, el destino o

cosas semejantes. Pero, ¿qué podía pensar? Quizás fuese una tontería, pero esa vieja le había ganado. Era una extorsionadora, era repulsiva. “¡Pobre mujer!”, se dijo, recordando a Berta. Si a él le parecía amargo volver a presentarse allí para recoger a Alicia en otra ocasión, cómo sería vivir cruzándose con ella todo el tiempo, tras el espectáculo que había armado.

Cruzó la esquina, se metió en un café con una gran cristalera, y se sentó frente a Marcos.

—¿Qué es, entonces? —dijo éste nada más verlo, cálido y curioso. Llevaba un tiempo observando en Víctor algo distinto, algo nervioso, y por fin lo había convocado para contárselo, para contarle aquel secreto que no había confesado a nadie. Claro que, si tenía algo que confesar, a quién mejor que a él. Llevaba ya unos diez minutos esperando, y ahora cada segundo parecía eternizarse más, pues deseaba arrancarle aquella noticia de una vez por todas. Pero Víctor estaba de mal humor, fruncía el ceño y miraba a los lados con hosquedad.

—Si supieras lo que me acaba de pasar... Vieja asquerosa...

—¿Qué ha sido?

—Bueno, da igual. Tengo que contártelo todo para contarte también eso, así que...

Marcos se encorvó un poco, como quien replegaba su figura para proteger un secreto. Apoyó los brazos sobre la mesa, se acercó un poco a Víctor.

—Llevas bastante tiempo raro, y cada vez más. Incluso diría agitado. ¿Qué es?

—¿Qué es? Algo tan fácil... ¿No se te ha ocurrido? Estoy perdidamente enamorado.

Marcos retrocedió un poco, como si el impacto del secreto fuese demasiado grande como para acogerlo en su caparazón. Sin embargo, pronto sonrió y se le escapó una suave carcajada.

—Me lo imaginaba. —¿Por qué se lo imaginaba? ¿Había dado muestras de ello? Si él se había enterado, podía haberse enterado más gente, podía saberlo la propia... — ¡Es normal! Y tú lo has dicho, fácil. Alguien con tu vida, que no tiene ningún problema, sólo puede andar con esa mirada triste porque se ha enamorado. Además, creo que es el tema más antiguo del mundo. ¿Qué otra cosa iba a pensar si no?

—Pero, ¿se me nota mucho?

—No sé, no creo que se note... Yo qué sé, la cuestión es que yo te conozco, ¿cómo no iba a ver que te pasaba algo? No estoy aquí para que me cuentes

que estás enamorado, estoy aquí para que me digas de quién. Llevo mucho tiempo esperando.

—Pues, de hecho, la has visto bastantes veces —suspiró Víctor, con las manos caídas sobre las piernas. Se iba vaciando poco a poco, y no sabía si entregarse a esa sensación arropadora que le brindaba su amigo, o si continuar lamentándose por lo que acababa de ocurrirle. —Es bailarina.

En el rostro de Marcos se dibujó con perfecta claridad lo inesperado que le resultaba aquello. Abrió la boca y levantó las cejas, exhibiendo el iris azul pálido que se clavaba en las mejillas de Víctor.

—¡Una bailarina! ¡Eres horrible! —dijo justo antes de empezar a reír. — ¡Claro! ¿Cómo si no tanto tiempo ahí metido, y esa determinación para usurparle el puesto a Stöhr? ¡Todo por perseguir a una bailarina! Eres un auténtico canalla —sentenció, y se llevó un segundo las manos a los ojos, asfixiando los últimos impulsos de su risa.

—¿A qué viene esto?

—Viene a que yo también me rodearía de bailarinas si tuviera una vía tan sencilla como la tuya. Si la cabeza me da vueltas viéndolas desde el palco. Esas formas, esa flexibilidad...

—No, no es tan simple. ¿Haces caso cuando te hablo? Me he enamorado de verdad. Estoy loco por ella.

—¿Estás seguro? —Víctor asintió de nuevo, como si se quitase la única prenda que le quedaba, y Marcos adoptó un tono serio. —¿Se lo has dicho ya?

—No, todavía no. Pero he estado a punto. Sólo he tenido dos ocasiones para encontrarme a solas con ella, desde que ha empezado todo esto. Una fue una mañana, en un paseo por la alameda, y otra vez cenando juntos hace dos noches. Durante el camino de vuelta se cogió a mi brazo y casi se queda dormida en mi hombro.

Víctor sonrió frente a sus recuerdos. Sus pequeñas medallas, que posaba sobre la mesa, eran diminutas láminas de oro que frotaba y frotaba sin parar para que brillasen más. Pero delante de Marcos parecía apartarlas, darles un suave manotazo y exhibir su situación tal cual era. Tenía dudas, tenía miedo al ridículo. Su amigo leyó todo eso en un instante, y se llevó una mano a la barbilla y la acarició en movimientos circulares, para ilustrar más sus razonamientos.

—Entonces parece que ella también siente algo. ¿O no?

Víctor se encogió de hombros.

—No lo sé. Hay muchos momentos en los que pienso que sí. Pero es una persona muy reservada. Habla mucho, pero son todo tonterías, detalles, no sé realmente qué siente respecto a nada. Aunque también me escucha y acepta mis invitaciones. En todo caso, tengo la seguridad de que no lo voy a saber nunca. Yo no soy intuitivo, menos aun con una mujer. Soy un auténtico inepto con ellas, no sé leer en sus gestos, no sé escrutarlas. Lo único de lo que estoy seguro es de que la adoro.

—¡Dios mío, tranquilo! —rio Marcos de nuevo, con una cálida alegría sobre los serios sentimientos que embargaban a su amigo. —Si tan seguro estás, díselo.

—¿Y si me rechaza?

—Pues, es una posibilidad. En todo caso, si no sabes qué puede sentir por ti, ¿tienes más opciones? Sólo te queda intentarlo, porque creo que no vas a poder prolongar esa angustia mucho tiempo. Antes o después vas a decírselo, para qué esperar más. Si hablas de amor, no es algo que se cambie tan fácilmente.

—Me asusta quedar como un idiota.

—Ya, sobre todo porque si te dice que no... Vas a tener que seguir yendo al teatro, viéndola, trabajando allí... Porque lógicamente no vas a descubrir delante de Stöhr que sólo estabas para perseguir a tu bailarina y que ahora te vas. Tienes la obligación de seguir allí.

Víctor palideció.

—Ni siquiera había pensado en eso.

Marcos balbuceó un par de interjecciones, mirando a los lados. Le parecía increíble que su amigo no se hubiese figurado esa opción, que no hubiese pensado también en el compromiso que ya había adquirido y que haría más doloroso su rechazo. Y él sólo había conseguido ponerle más nervioso y quizás alejar más lo que debía hacer. Se arrepintió al momento de sus palabras, y buscaba una forma lógica de apoyarle, de eliminar sus dudas, aunque no tuviese ningún argumento.

—Bueno, eso se pensará después, en caso de que diga que no. No merece la pena que ahora le des vueltas a eso, total, la necesidad de confesarle todo esto está por encima de los inconvenientes que luego puedan venir. Pero, ¿en verdad no lo habías pensado? Sí que te ha nublado el juicio esa mujer. — Víctor puso los ojos en blanco un momento, pero no pudo evitar darle toda la razón a su amigo. —Bueno, yo confío en ti. Mírate, yo diría que eres atractivo, aunque no tengo los ojos adecuados como para saberlo. Y, al

margen de eso, tienes una posición de éxito. Estás llevando (bajo el yugo de Stöhr) el teatro donde ella trabaja. Aunque no le gustes, sería tonta si no te aceptase. —Marcos volvió a reírse, pero Víctor estaba serio.

—Me siento como un cobarde. Llevo tanto tiempo intentando enfrentarme a esto, y todavía no he hecho nada.

—Bueno, olvídate de eso y vamos a hablar de ella. Después de todo este tiempo, ¿cómo es que te has enamorado ahora? La verdad es que me ha cogido por sorpresa, cuando has dicho lo de la bailarina. No esperaba, para nada, que fuese ella. Conociéndote, bueno, está claro que todo os favorece, pero nunca había notado que te gustase. Eres muy listo por buscarte la aprobación de mamá. Siendo su esclavo, siempre le caerás mejor.

—¿Qué estás diciendo?

Marcos lo miró un segundo con estupefacción. “¡De la pequeña Stöhr, claro!”. Pero parecía que se había equivocado. Aunque siempre había sabido que Víctor no sentía nada por ella, después de los primeros segundos al decirle que era bailarina, todo había encajado. Pero había sido tan simple, tan poco observador... ¿Cómo iba a enamorarse de repente de ella, si nunca se había parado a mirarla?

—¡Qué alivio! No me malinterpretes, te habría apoyado siempre, pero esa Sandra no me cae nada bien. Parece tan resabida, y con esa cara de pan...

—Pues Sandra es su mejor amiga. Pero, mira, vamos a dejar eso a un lado. Desde luego...

—Vale, vale, háblame de ella, de la real. ¿Cómo es, qué tiene para hacerla tan especial?

—Se llama Alicia B.

—Alicia B... ¿De qué me suena eso? Espera, ¿no es la de los pies pequeños?

—Eso es una tontería. Pero sí, es ella. Si la hubieras visto como yo lo he hecho... Tú tienes una imagen distorsionada por la luz, por los colores del escenario. Si la hubieras visto de cerca, si la hubieras tenido justo delante, sabrías de lo que te hablo. Es absolutamente perfecta. Tiene el pelo rubio y se pasea por el teatro con peinados desastrosos. Coletas rápidas, y le caen mechones por todos lados que la hacen todavía más encantadora. Es una belleza fuerte y a la vez desenfadada, algo que existe por sí mismo, sin ningún esfuerzo. La piel es pálida, y resaltan los ojos castaños, como dos avellanas. Es curioso verlos, vivos y grandes, entre las pestañas amarillas. No sé cuánto miden esas pestañas, pero parece que dan la vuelta sobre sí mismas. Tiene una frente lisa y limpia, que nunca cambia. ¿Sabes por qué? Porque

tiene las expresiones más sutiles que he visto nunca. Su cara no cambia casi nunca, y con levantar un poco las cejas, ya te lo dice todo. Quizás por ello no sea capaz de leer en ella y adivinar qué piensa de mí. Luego están sus labios... ¡Qué labios! Se abren como una flor, rosas y anchos. Pero lo más impresionante es su sonrisa. Sobre todo, porque no es muy habitual. Y de repente, cuando sonrío... Es una imagen indescriptible. Siento que no quiero besarle los labios, sino esa sonrisa llena de dientes. Pero qué le voy a hacer, todo en ella me roba el sentido. Su cuello... No puedo ni hablar de su cuello, es sensual, es puramente erótico. Y luego están sus pechos. Recuerdo las manzanas que crecían en la finca de mis tíos, a las afueras. Esas manzanas rojas, duras, luminosas. Recuerdo que las mordíamos y nos abrasaban las encías. Sus pechos son así, como dos de esas manzanas, redondos y firmes, y cuando se viste de bailarina, se aprietan y parecen pedirme que los libere. Me perdería en ellos, me perdería en toda ella. Desearía cambiarme por esa malla blanca que utiliza y le recubre las piernas. ¿Sabes cómo son las piernas de una bailarina? Parecen frágiles, delgadas, pero son como dos pilares de mármol. A veces me quedo pensando en cómo será tocarlas, cómo será tener entre mis manos uno de esos muslos, con las fibras de hierro y con el mismo tacto suave de su cuello.

>>Algo que me atrae de ella es la manera un poco brusca que tiene de mirar a la gente. A veces parece una niña enfadada, por su cara dulce. Y cuando habla, se deja llevar. Me ha contado cosas de su infancia, de la casa paterna, de otras ciudades que conoce. Cuando empieza a retratar uno de esos lugares, deja la mirada en suspenso y parece transportarse. Es extraño, porque la tienes al lado y sabes que ella está muy lejos. Que no ve el sitio donde está sentada, que no te ve a ti siquiera. En ciertos momentos, parece hablar sola. Tiene la capacidad de pintarte todo aquello que recuerda y hacer que tú también lo veas. Me habla del olor de las camelias que había en un parque, y casi me parece percibirlo. Hasta siento su tacto, siento esos pétalos en los dedos, pero después pienso en sus manos y todo eso se derrumba. Porque no quiero pensar en nada que no sea ella. Quiero transportarme con ella para no ver nada, para quedarme admirando cómo le cambia la mirada, cómo observa cada cosa y la describe en dos palabras.

>>Es única. Pero tengo que parar, porque me pasaría todo el día hablando de ella, todo este día y el siguiente y el siguiente. Todos los días de mi vida.

Víctor fijó los ojos en la mesa. Le brillaban por la emoción con la que pintaba

a ésa que lo había enamorado, a ésa que, según él, adoraba.

—Pues no hay nada más que hablar —concluyó Marcos, queriendo dar la apariencia de que aquello era un trámite de lo más sencillo. —Díselo cuanto antes, estoy convencido de que irá bien. Y puedes halagarla con alguna de las frases que acabas de decirme. Pero ahora en serio, me alegro por ti. Lo que dices es bonito, sin duda. A pesar de las dudas y los miedos, tiene que ser bonito sentir eso. Estoy convencido de que vas a ser muy feliz. Pero tienes que dar el último paso.

Víctor asintió en silencio, como si aquel gesto le infundiera fuerzas. Los ánimos de Marcos eran importantes, pero le había ayudado decir en voz alta todo lo que veía en Alicia, todos aquellos detalles en los que sus ojos se perdían. La verdad es que no comprendía por qué había guardado silencio tanto tiempo. En parte sentía vergüenza por enamorarse, por romper aquella absurda coraza y mostrar en qué medida alguien lo dominaba, en qué medida pertenecía a una mujer y que aquella loca pasión pudiese romperse con una simple negativa. Y era tan sencillo que eso ocurriese. Había parte de ego, había parte de una reputación íntima y para con su amigo que quería conservar. Necesitaba sentirse fuerte, quería colocarse algo delante de los ojos para que nadie pudiera asomarse a su corazón destartado. Pero ahora se arrepentía, y hubiera querido sincerarse mucho antes. Él sólo iba a ayudarlo, sólo iba a dar un empujón a esa dignidad suya que él mismo había destruido un poco figurándose una y otra vez la derrota. Levantó la vista hacia Marcos, y se vio obligado a actuar también por él, por haberlo incluido en su situación y haber requerido de una manera tan repentina e impertinente su apoyo. Era como una deuda, así quería verlo, lo necesitaba, necesitaba un último golpe.

—Gracias —dijo entonces, recuperando el hilo de la conversación que había muerto, que se había perdido entre los pensamientos de uno y otro.

Marcos no estaba enfadado por haber tenido que esperar varios meses a que Víctor lo desvelase todo. Se ponía en su lugar, y a él también le habría costado decirlo. Quizás los hombres no tuvieran el mismo sentido de amistad, o éste no fuera demasiado estricto. La boca de Marcos sabía a alcohol, y sus sentidos habían caído en una especie de letargo. Se había dejado empapar por las palabras de Víctor, e imaginaba de cerca a aquella bailarina que hablaba y era rubia y blanca, como un cisne, y a la vez se hundía en su asiento y se preguntaba en qué momento se sentía el amor, en qué momento se sabía que era aquello. ¿Cuándo lo habría sabido Víctor? Nunca se lo preguntaría, por supuesto.

El ruido del carnaval, como un murmullo, chocaba contra la cristalera y se pegaba para que todos lo viesen. Exhibicionista, haciendo piruetas y lleno de lentejuelas y brillos, ponía su semilla en aquel pavimento grisáceo y buscaba piernas y brazos que quisieran transformarse. Víctor lo vio y apenas pudo darse cuenta de que estaba ahí. Marcos pensaba en las mujeres disfrazadas de ninfas griegas, con sedas finas y blancas.

CAPÍTULO XIV

Alicia había decidido peinarse bien aquella noche, hacerlo de una forma más esmerada de lo habitual. Sus cabellos caían lisos y finos alrededor del rostro, como una cascada bien domada que le tapaba la nuca. Luego se quedó mirándose al espejo un buen rato. No sabía qué hacer con su pelo, porque a ella no se le daban bien los recogidos, y en general los secretos de belleza se le antojaban un océano insondable para el que siempre había sentido demasiada pereza. Así pues, los ojos castaños le devolvieron la mirada, una ceja se levantó y parecía preguntarle qué iba a hacer con eso. Ya eran las ocho de la tarde, y todavía le quedaba mucho por decidir, pero a ella no se le daba bien apresurarse e iría tomando decisiones sobre la marcha. De ese modo, saboreó unos diez minutos más sin hacer nada, recorriendo con ligerísimos movimientos de su pupila los diversos detalles del rostro, pensando qué podía pintarse aquí y cómo quedaría con esto otro en ese lado. Por su imaginación desfilaron colores fuertes y pálidos, desfilaron formas de corazones, de sombras corridas, y se puso los labios rosas y rojos y morados. Se le pintaron las pestañas, y de repente sus manos se activaron y se las cubrió de una máscara marrón que las volvía aún más largas y más curvadas, que perfilaban sus ojos del mismo tono. Habían pasado diez minutos, y aunque ya había visto su cara de mil maneras cambiada, sólo se había pintado las pestañas.

Se echó hacia atrás en el asiento y vio el reflejo de su cama deshecha, de algo de ropa en el suelo sobre la alfombra, y las zapatillas blancas ocultas a saber dónde. Se agobió un instante por verse la cara desmaquillada con aquellas pestañas gruesas, y el reloj, como un manotazo, le enseñó las ocho y cuarto. No tenía tiempo, no quería llegar tarde de ninguna manera. Sus dedos, afilados y largos, se movieron haciendo una gruesa trenza que le caía por el cuello, y de alguna manera se dirigió un reproche y después se reconcilió rápidamente con sus maneras, porque aquello era suficiente, aquello era más que suficiente. Se puso en pie y se miró por todas las perspectivas, sintiendo el bloque de cabellos que se movía con rudeza y le golpeaba la espalda. Estaba bien, se sentía bonita, y se puso un color rosa en la boca y también en las mejillas, quizás algo marcado, quizás de una redondez algo ridícula y saturada, pero era Carnaval, estaba más que permitido.

Abrió un baúl y empezó a sacar trajes de bailarina, algunos ya viejos y que la

habían acompañado durante sus numerosos viajes, la mayoría tan antiguos que debía agradecer a su figura casi inmutable en el tiempo que le siguieran quedando bien. El suelo se pobló de distintos cortes y tonos, algunos dulces y desvaídos como el contorno de su piel, otros brillantes que parecían representar mundos mágicos y lejanos. Escogió rápidamente uno y se tapó con él el cuerpo, ese cuerpo desnudo que se había paseado ante el espejo, que se había estirado y había dado vueltas con una trenza como todo vestido. La parte de arriba, desde las dos tiras que le cruzaban los hombros hasta el nacimiento de la cadera, era toda dorada. Allí nacía una falda que se extendía hasta la mitad de su pierna, cuya primera capa era también dorada, pero que por encima de ésta tenía otra de un rosa pastel, un color traslúcido que dejaba traspasar puntos de oro. Sus labios se relamieron como si efectivamente sintiese un pastel, y pensó en la crema que tenía el mismo color que su pelo y su vestido, mientras observaba el bonito suspiro blanco en el que se envolvían sus piernas, y los zapatos también blancos. Entonces abrió una cajita que debía ser marrón y debía oler a barniz, quizás con bordes puntiagudos y bien pulidos, con un estampado de flores chinas. Pero en realidad era una caja de cartón gris con las esquinas rozadas, y Alicia tiró la tapa a un lado sin ningún miramiento, sin que en su rostro se tradujera ningún disgusto por los errores estéticos. De allí sacó una máscara flexible que, por supuesto, era amarilla y brillante. Con un dibujo de diminutas perlas que se engarzaban una a otra, suaves y deslizantes, le ocultaba el contorno de los ojos hasta las mejillas, hasta el imponente círculo de colorete, disfrazando su cara con un punto de misterio que no dejaba de rebosar una coquetería descarada, obvia, incluso burda. Se ató las dos tiras doradas sobre el nacimiento de la trenza, sin mayores molestias, y se levantó y adoptó una postura solemne con la espalda bien recta, con los pies un poco de puntillas, de la que se le escapó una sonrisa. ¿Qué era esa imagen del espejo? Se sintió hortera, se sintió terriblemente desastrosa. Y en verdad sabía que no utilizaba aquella fiesta para reírse de sus malas artes y presentarse como un payaso trastocado, sino que le servía a la perfección —y le habría servido igualmente aunque ella ni se diera cuenta— para mostrarse hermosa en una tesitura del todo distinta a la que acostumbraba, para rescatar retazos de un estilismo espantoso y que ello mismo hiciese florecer con más brutalidad una belleza que siempre encontraba el perfecto acomodo. ¿Qué era aquello? ¿Qué era ese espanto de luz, de intensísima luz amarilla, que salía del centro de la habitación? Se sintió como un astro, se sintió como una gota de sol que se

derretía y caía sobre la Tierra. Podía decir que iba disfrazada de rayo de luz, del primer soplo del amanecer. No pudo evitar reírse, no pudo evitar mover la cabeza para que la trenza se balancease, y sintió que no había nada más liberador que transformarse en el Carnaval, que aquel desenfreno, que aquel exhibicionismo alocado era un magnífico patrimonio que debía disfrutar cada año sin perderlo jamás. Corrió hacia un lado y abrió la ventana, se asomó a ella, aspiró el aire frío y vio la bruma que empezaba a cubrir las calles. La noche disimulaba, la noche quería mostrarse como lo había hecho todas las anteriores. Pero era imposible no percibir su murmullo, no percibir el cosquilleo que se guardaba en sus entrañas, que empezaba a sonar y pronto estallaría, se desharía en miles de papeles brillantes, en confetis y saltos y medias de colores. A Alicia ya le parecía notar el estruendo de los tacones, ya oía a lo lejos los zancudos que se acercaban, los hombres vestidos con faldas y plataformas, los inmensos tocados y el olor a polvos de maquillaje. Vio frentes encharcadas con ellos, que eran baratos y asfixiaban las fosas nasales, que eran muy blancos y se mezclaban con párpados azules, rojos, verde pistacho.

Alicia no pudo contenerse más, y abrió su puerta y se arrojó al pasillo y a las escaleras, y pasó como pasa un ángel adornado con cintas vistosas, con un aroma pagano que desdibuja un poco su imagen, que la vuelve confusa y deja en el ambiente un punto de duda. Así atravesó el recibidor, cortando la imagen que se veía desde el saloncito, desde la puerta del comedor, desde la habitación siempre cerrada de la señora H. Parecía un suspiro amarillo que se había deshecho enseguida, que se había fundido con la noche, que había atravesado la puerta de la entrada y allí mismo se había disipado.

Pero el ángel seguía vivo. Aquel ángel hecho de carne y piel, de ojos grandes y castaños, que ni siquiera ascendía su mirada al cielo, se echó a la calle con un paso resuelto pero esbelto, que contrastaba con las salvajes hijas de la noche que empezaban a llenar las aceras. Se abalanzó a la oscuridad, al manto repleto de estrellas, pero en sus ropas brillantes había una advertencia de orgullo que hacía redoblar ese carácter intocable de su figura.

Y esa silueta dorada desapareció entre las calles, hasta llamar a una gran puerta oscura que tenía un cristal grisáceo en el centro, como si alguien hubiese soplado un montón de polvo sobre él. Le abrieron y dejó su abrigo y penetró enseguida en un salón lleno de gente cuyas paredes, de un papel pintado rosa, encajaban a la perfección para la fiesta de carnaval. Alicia se camufló entre esos cuerpos y pareció caer hasta formar parte de su misma

esencia, moviendo su falda y su trenza entre aquellas otras faldas, y se sintió feliz y plena, en aquella estancia llena de artistas que se entregaban al límpido placer sin pestañear. Empezó a saludar a unos y a otros, y se enredó en una conversación con una corista oronda que se había esmerado bellamente en su atuendo. Dio una vuelta para que Alicia la viese, y le enseñó la gran capa negra donde ella misma había pintado constelaciones, al igual que el mono oscuro que vestía donde también había diseñado estrellas. Los ojos, perfilados de negro igual que los labios, resaltaban en el rostro redondo todo pintado del color de la plata, como si fuese la luna. Lejos había un hombre que parecía un emperador japonés, bien acompañado de una geisha, y Alicia se paró a pensar en si las geishas eran japonesas o chinas, y cómo podía saber también a qué parte de Asia obedecía ese atuendo de emperador. Le parecía oír xilófonos, quería encontrar una princesa fría y altiva, le faltaba un joven que clamase su victoria cuando las estrellas se ocultasen. Pero un cuerpo menudo de mujer se cruzó en su camino, con unas mallas apretadas y tiras de colores rojos, verdes y amarillos saliéndole del pelo, y una grandísima cola que imitaba las plumas de un loro. Sus uñas, cada una de un color, cegaban las miradas, y atraparon en concreto la atención de aquélla que había dado vueltas forzando reflexiones de Sandra, que iba disfrazada de algo bonito pero sin objeto concreto, con pantalones cortos bombachos, con chaqueta apretada como de domadora. Un bailarín llevaba un velo de viuda que le ocultaba un poco el rostro pintado de todos los colores, y le remangaba la falda para enseñar el ligüero y torturarse por su mala suerte. Con él se cruzó un largo vestido azul plagado de peces de plástico, y en el saludo se dio la vuelta y enseñó un gran escote que atrajo pares y pares de ojos, porque en el medio del mismo un pez asfixiado enseñaba la cola. Había también un hombre de frac con una máscara blanca que se divertía apareciendo por las espaldas y dando sustos a todos los que pudiera.

De repente, todas esas figuras pasaron a otra sala que había sido habilitada como comedor. Poco a poco, con dificultades por los trajes y por el número de invitados, fueron encontrando asientos, aunque a algunos les disgustó su posición un poco arrinconada, y a otros no haber podido alcanzar una silla más cerca de sus amistades. La mujer del pez en el escote lo sacó de ahí y se lo colocó en la coleta, que parecía su sitio inicialmente pensado, y se desternilló de risa a unas palabras de su vecino. Alicia se vio junto a un tenor que apenas conocía, pero éste ya se había fijado en ella y había conseguido con gran habilidad ese lugar, entrando de los primeros en el comedor y

espiando los pasos de la bailarina. Enseguida intentó entablar una conversación, y empezó por alabar el encanto de su disfraz, misterioso y vistoso a un tiempo. Al otro lado, el señor del frac y la máscara, que todos esperaban que se quitase para comer y descubrir así su rostro, aunque Alicia había intuido que era uno de los que se empeñaban en robarle las zapatillas continuamente.

Salieron algunos abanicos, los cuerpos estaban asfixiados por la compañía y las pelucas, y alguna fibra que se escapaba de éstas —dura, de un color exagerado y artificial— y caía sobre los platos. Las copas brillaban intensamente, y todo parecía gritar en sus inertes voces que era noche de carnaval.

Se abrió una puerta que hasta entonces había estado cerrada. Todos, sentados, obedecieron a su quejido de madera, y estiraron los cuellos y detuvieron las palabras. El matrimonio de cantantes, los artífices de aquella fiesta, hicieron su entrada con espléndidas sonrisas, con orgullo y alegría pintando sus cuerpos entrelazados por los brazos. Ella, con un vestido lleno de capas blancas y plateadas, con una peluca albina, llevaba dos grandes alas esponjosas cuyas plumas —que parecían millones— temblaban sin parar. Le cubrían toda la espalda y llegaban hasta el principio de sus muslos, enormes, exageradas, maravillosas. Tenía en los párpados una sombra blanca que intensificaba sus ojos negros, y los labios rojos se estiraban en una sonrisa que no desaparecía. Espectacular, había escogido su disfraz como un tributo a ella misma, ésa de la que decían que tenía voz de ángel, la magnífica prima dona. A su lado, su marido, llevaba un traje negro con una capa roja que arrastraba sobre el suelo. Tenía también una máscara roja que le tapaba la parte superior de la cara de la cual salían dos cuernos, y se había engominado el pelo y se lo había peinado hacia atrás. Quizás fuese sólo el contrapunto de su esposa, que imperaba en la imagen y en la escena, o quizás fuese también una referencia a su tesitura cavernosa, intensa y fiera. Sin esperar ni un segundo, todos empezaron a aplaudir y silbar a los anfitriones, que se colocaron cada uno en una cabecera, desde donde se hicieron velados gestos y guiños que ya habían convenido previamente.

La cena empezó. Llegaron grandes fuentes y los platos se sirvieron generosamente. Las copas, llenas por vinos de colores claros y rojos, bajaban a toda velocidad y transportaban su color a las mejillas, a los dientes, a las lenguas. La mesa se dividió en miles de segmentos donde imperaban diversas conversaciones, pero todos los temas guardaban un regocijo común,

agradable y vibrante. El misterioso comensal se quitó la máscara y obedeció a las sospechas de Alicia.

—¡Lo sabía! —dijo ella, en tono triunfal, con su antifaz bien colocado.

—Creo que ni aún con todos mis esfuerzos, asustando a todo el mundo para que se preguntasen quién soy, he conseguido ni la mitad de las miradas que tú te has llevado. Estás preciosa.

Alicia asintió, como ese dulce movimiento de cabeza fuese el agradecimiento más sutil.

—¿Qué esperas de esta noche? —preguntó entonces, clavando su tenedor.

—¿Hay que esperar algo?

El hombre se encogió de hombros. Quiso responder algo ingenioso, algo delicado, pero su contrincante empezó a hablar en un tono considerablemente alto y Alicia se vio obligada a atenderlo.

—Creo que nunca hemos llegado a intercambiar ni una palabra, y sin embargo ahora nos encontramos aquí y acabamos sentándonos al lado. Quizás ni siquiera sepas quién soy, formo parte del piso arriba, de los cantantes. Pero yo sé perfectamente quién eres, y te he visto bailar siempre que he podido. En general soy un apasionado del arte y del ballet en particular. Pero dime, ¿cómo hacéis para no romperos todos los huesos del cuerpo?

Alicia había acogido muy bien aquel comienzo previsible, típico y vulgar, pero frunció el ceño ante esa broma estúpida, cutre, y se quedó mirando a aquel hombre como si estuviese observando a un auténtico imbécil.

—¿Y tú te rompes la garganta?

El cantante se quedó callado, y le pareció que sus pobres maneras se extendían por el mantel a la vista de todos. Una joven que parecía una muñeca le sonrió, y no supo si era una sonrisa de compasión. El hombre del frac se rio abiertamente y devoró los restos de su plato con gran rapidez. Parecía un buitre apresurando los pedazos que había podido reunir, contribuyendo a esa imagen la forma en la que se encorbaba sobre el plato y abría los codos —molestando considerablemente a sus vecinos— enfundados en el traje negro.

La prima dona se deshacía en la delicia que todo aquello le causaba. Miraba a su marido y señalaba con la nariz los puntos más agradables de la

mesa, donde la gente se reía y disfrutaba de la comida. Llevados por la fiebre del carnaval, que los impulsaba a bailar sin parar, decidieron hacer un brindis entre plato y plato por los dueños de la casa, levantándose todos y recorriendo toda la mesa para que su copa chocase con cada una de sus vecinas. El brillo era caótico, los colores también. La cena se terminaba y los invitados empezaban a pensar qué podían hacer para divertirse, cuando la vajilla fuese recogida y no tuvieran obligación de seguir allí sentados.

Algunos cuerpos se recostaron en sus sillas, plácidamente. Estaban incómodos porque habían comido demasiado y el disfraz les impedía algunos movimientos. Las telas apretadas, duras y de mala calidad les volvían rígido el vientre y las piernas, y hacían pequeños gestos como el de una gallina que se acomodaba en el nido. Otros empezaban a disiparse por las estancias adyacentes, y en el salón se formó un revoltijo de luminosas telas. La mujer que había dado vueltas se escurrió entre las miradas y acabó en la esquina de una pequeña habitación sin iluminar, donde las manos que habían obligado su baile se demoraban en el contorno de aquella cintura. Habían bebido y sus dedos se perdían y resultaban torpes. El alcohol no había forzado aquella situación, pero sí la hacía más rápida y la torcía un poco, más desinhibida, menos pudorosa, y desde las primeras chispas de la fiesta ambos habían pensado que aquél sería el desenlace, ya fuese allí o en otro sitio, como casi habían zanjado a ojos de todos desde el anuncio de esa celebración.

—¿Y su querido director? —preguntó una de las invitadas, que estaba cansada y vestía una tela morada.

—Naturalmente se lo dije —contestó la soprano, que seguía sentada a la cabecera, aunque había apartado la silla de la mesa. Su esposo, de pie tras ella, con una mano en su hombro, se regalaba la mirada con imágenes de muchachas apretadas y algo descubiertas, mientras el generoso abdomen parecía guardar aquella cabeza llena de mechones blancos. —Pero ya sabía que no iba a venir. Nada más invitarlo me dijo, con mucha educación, cogiéndome las manos, que ya sabía que él no era amigo de esta clase de fiestas. ¡Es un encanto! ¿Qué iba a decirle? Ya lo sé, y lo entiendo perfectamente. Pero estaba obligada a decírselo. Son esos deberes inexcusables, el protocolo, los modales. ¡Pero me encanta el protocolo! —gritó poniendo la copa en alto, como si le mostrase al techo un brindis lleno de dulzura. —¿Qué podemos agradecer más que el protocolo a la civilización? ¿Verdad, amor mío? —terminó de repente, mirando hacia arriba para encontrarse con los ojos de su marido, pequeños y acobardados entre la

máscara roja.

—Sin duda, sin duda —contestó mientras le daba unas palmadas en aquel hombro derecho, delgado y duro. Estaba ebria, se lo notaba él y se lo notaban todos. Si fuera la única, podía haberla reprendido, podía haberse sentido avergonzado. Pero era un día de fiesta, no había reglas, había diversión y placer. Además, estaba preciosa con esos ojillos brillantes, con esa sonrisa permanente.

Otras personas habían huido del intenso calor del comedor, y disfrutaban del fresco de la terraza. Allí estaban bailarines y cantantes, y Alicia se había acodado en la barra de piedra para contemplar el cielo oscuro con puntos de diamante. A lo largo de la calle se veían muchas luces, y los minutos avanzaban y éstas no se apagaban.

—¡Qué bonito! —suspiró Julia, que estaba junto a ella, y se había quitado la peluca de rizos naranjas con la que había ido.— El carnaval es la mejor fiesta que existe.

El montón de rizos pelirrojos estaban junto a sus brazos, expuestos al viento de la noche, como un horrible amasijo de pelos sin cabeza, que a la tenue luz sólo arrojada por el interior de la casa adoptaba un carisma siniestro. Alicia pensó en historias de terror, pensó en asesinos excéntricos y monstruos que salían del armario.

Julia respiró fuerte. Sus mejillas estaban algo ruborizadas, se giró hacia Alicia y dio sin querer en la peluca, que cayó desamparada al abismo. “¡Oh!”, y se asomaron las dos mujeres para ver cómo ese revoltijo de fibras luminosas caía con cierta lentitud, con cierto aire solemne que bailaba con la noche, que se mecía en ella. Parecía, en su lento vals, un silencioso tributo al carnaval. Llegó al suelo y apenas oyeron un murmullo, apenas oyeron un susurro de rizos muertos, que sólo habían disfrutado de un instante de vida en la cabeza de la corista. Ahora parecía una masa muerta, un diminuto charco naranja sucio y abandonado.

Julia se rio, y lo hizo con una risa lenta y algo pegajosa, como unos pies chapoteando en un riachuelo.

Entonces se oyó música. Con un gran portento, con pasión y una intensidad arrastrada, una voz de mujer atravesó cada rincón de la casa. Los que estaban en el salón corrieron al comedor, los amantes se vieron interrumpidos un momento por el atropello de pasos y arreglaron sus ropas con toda la prisa que pudieron, y la terraza también quedó vacía. La anfitriona, en pie, cantaba para todos ellos, y sin duda alguien le había pedido

que lo hiciera. Todas las personas guardaron silencio, aunque en ciertos momentos se gritaban típicas palabras de alabanza, aquéllas que ellos también recibían. Los artistas, apreciando aquel disfrute de los sentidos un poco nublados por el alcohol, se callaban frente a la estrella de su teatro, frente a la primera luz que parecía iluminarlo todo. La prima dona cantaba, forzaba todo su talento, ascendía y brillaba. La mujer que le había preguntado por el director dio una palmada, pero como nadie la siguió, se quedó quieta de nuevo. Un gorgorito se le escapó un poco a la cantante, que de algún modo no controlaba muy bien lo que hacía, y en un gesto del brazo, estirándose más, su cuerpo se balanceó tanto que su marido se vio obligado a cogerla por la cintura.

Terminó, y el cuarto se llenó de aplausos. Aplausos, silbidos, bravos, un intenso ruido que hacía vibrar las paredes, y la cantante se inclinaba y daba las gracias, reía encantada, se sujetaba la peluca, y unos hombres la levantaron en sus brazos y los aplausos de los demás se renovaron y fueron más fuertes y más estridentes. Allí arriba, sobre dos hombros fuertes, parecía una reina adorada, saludaba y se moría de risa, y algunos colegas fueron a sus piernas y empezaron a gritarle piropos, como si intentaran arrancarle fragmentos del vestido para hacerse amuletos.

—¡Que cante el señor T.!

—¡Sí, que cante nuestro bajo!

—¡Que cante nuestro bajo!

El hombre no se hizo esperar, y cogiendo con una mano el extremo de su capa roja para otorgar más dramatismo a la escena, empezó un aria que fue recibida con un dócil silencio, con un respeto que paladeaba a cada sílaba. Al acabar también le aplaudieron, también le gritaron. Bajaron a su esposa, que había escuchado todo el tiempo en su trono de hombres, para poder aplaudir al marido. Ella, buscando la silla, no podía evitar carcajadas de puro placer, de puro disfrute.

—¡Alicia B., baila para nosotros! —gritó una voz masculina, una voz cualquiera que salía de entre ese revoltijo de cuerpos y disfraces.

—¡Sí, eso, que baile Alicia!

—¡Que baile Alicia!

—¡Que baile Alicia!

Aquel grito fue extendiéndose por los invitados, y Alicia se acercó al corazón de aquella reunión sin saber qué hacer. No había música, no había espacio. Algunas mujeres, mejores bailarinas que ella, se sintieron ofendidas,

pues pidiendo que cantasen la prima dona y su marido parecía haberse establecido un orden jerárquico en las actuaciones que ahora daban de lado. La primera bailarina no había ido, pero eso no era motivo para saltarse así las normas.

Alicia miró a sus colegas y preguntó qué querían de ella. Un hombre muy desenvuelto, otro de los que acostumbraba a robarle las zapatillas, corrió hacia la mesa y colocó una fila de copas en el centro separadas por un espacio suficiente.

—¡Aquí, esquivando las copas!

Todos aplaudieron la idea, y la anfitriona se reía como si le diera vueltas la cabeza.

El inventor de aquel juego ofreció su mano para que Alicia se subiese a una silla y desde ahí a la mesa. Allí encima, con una altura considerable sobre sus compañeros, estaba espectacular, y parecía más fuerte el dorado de sus cabellos y su máscara, más rosa su colorete, y las capas que integraban la falda parecían no terminar nunca. Se descalzó, dejando los zapatos blancos a un lado, e hizo un gesto de divertida advertencia a los detractores de su calzado. Se mancharía terriblemente sobre aquel mantel sucio, lleno de manchas de bebida y comida, pero prometía ser de lo más divertido.

—¡Pero así no! —protestó uno.— ¡Sin las medias!

—¡Sí, sin las medias! —apoyaron otros.

—¡Queremos verte los pies! —y esa idea hizo florecer una fiebre intensa, roja, que abrasaba la imaginación desde la llegada de Alicia y aquella característica inventada.

—¡Queremos verte los pies de cerca! ¡A ver si es cierto que puedes mantenerte sobre ellos!

Alicia se puso en jarras, y pensó si les concedía o no aquello, con unos ojos severos que ya habían tomado una resolución.

—Pero no me las voy a quitar aquí. ¿Qué queréis, que me remangue la falda y me las baje? —protestó con sus gruesos labios rosas.

—¡Es más fácil! —se apresuró un joven de cabellos tostados, acercándose a la mesa e indicando a Alicia que se sentase en el borde. Ella lo hizo, y ese gesto tuvo una gracia de niña, con la falda aterrizando alrededor de ella al igual que una ancha flor. —Si me permite... —Alicia asintió, estiró las piernas, y el hombre se arrodilló ante ella. La bailarina aprovechó esa postura para recostarse sobre la mesa, dejando que la cabeza con su voluminosa trenza le colgase hacia atrás, con los brazos extendidos. El

corazón de muchos empezó a acelerarse, y Alicia parecía una diosa que poseían, una diosa de la que arrancaban suspiros de placer. Ella lo sabía, y cerró los ojos y dejó que aquel hombre se arrodillase ante ella. Él extendió sus manos, ella forzó la espalda para que su pecho se marcara más. Sonó un grito ahogado, las fibras que se rasgaban, que se rompían. El hombre desgarraba la parte final de las medias con ambas manos, y las abría hasta dos centímetros por encima del tobillo. Así vio surgir aquellos pies de los que tanto hablaban, blancos y desnudos, que se ofrecieron a sus manos como a un liberador. Quisiera haberse quedado allí, quisiera haber acariciado esos pies durante el resto de la noche, pero los demás observaban y Alicia había dejado de jugar a las escenas sugerentes, irguiéndose de nuevo y esperando a que se apartase. Así, abandonó con todo el dolor de su corazón esa posición privilegiada, y se juntó con el resto de invitados.

Alicia se puso en pie sobre la mesa. Dos jirones de media blanca caían tras sus talones, y ante ella, una hilera de copas transparentes, algunas vacías y otras con pobres restos.

—¡Necesito un ritmo! —dijo, poniendo una mano a lado de su boca, como si necesitase dirigir el sonido de su voz por la distancia que había entre ella y su público.

Alguien comenzó a dar palmas con ritmo de tarantela. A esas palmas se aunaron otras, y finalmente todos los espectadores ayudaron a definir ese baile. Alicia se puso en puntas... y empezó a bailar. Describía una tira ondulante alrededor de las copas, saboreando más o menos los espacios, y la tarantela se mantenía firme y en ciertos momentos resultaba un poco tortuosa, porque las miradas brillaban y las manos se descoordinaban. Multitud de ojos se clavaban en los pies de Alicia, los venían ridículos, pequeños puntos donde se redoblaba una sensualidad única que le torneaba las piernas y subía hasta allá donde la falda lo cubría todo. Veían el dibujo de su cintura, su trenza que se descolocaba, su rostro oculto por el antifaz dorado y esos dos pétalos carnosos. El ritmo empobrecía, las palmas cada vez eran menores. Se habían desconcentrado, el deseo les secaba la garganta y les había hecho parar, porque su imaginación se había abstraído de toda aquella sala, de toda aquella gente. Sólo veían el baile, sólo veían sus miembros moviéndose. Alicia, desde arriba, triunfaba. Se sentía poderosa, deseada, y gobernaba esquivando las copas, y sabía que gobernaría igual si las hubiera tirado todas. Entonces dio con los brazos en el suelo y una pierna en dirección al techo, mostrando sus muslos duros y flexibles, y la tarantela murió definitivamente,

porque nadie fue capaz de continuarla. En ese gesto, Alicia atrapó una copa que guardaba un fondo de vino blanco, frenó el baile, alzó la copa en un brindis silencioso y se la bebió.

Los aplausos fueron inigualables. Alocados, dementes, el ruido ya resultaba un auténtico estruendo. Todos acudieron en tropel a ayudarla a bajar, pero ella desdeñó todos los brazos y todas las manos.

—¡Otra vez! ¡Otra vez! —gritaba Julia, que había caído sobre una silla y tenía la impresión de haberse perdido lo más importante, o algo, no estaba muy segura de nada. Se sintió una niña pequeña a la que nadie hacía caso, por efectivamente habían desoído su petición. —¡Pierdo el pelo y ahora esto! —dijo, cruzándose de brazos, y al momento levantándose y aplaudiendo a la bailarina que reinaba el momento.

—Qué cansada estoy —dijo Alicia, que sentía en los labios el gusto de aquel vino caliente, y el beso desconocido de aquél al que perteneciese la copa. La noche de fiesta le pesaba en los hombros, y aquel vestido y aquella máscara. Se la quitó enseguida, tirando de las cintas que la ataban, y se descubrieron con más facilidad sus ojos y sus largas pestañas pintadas de marrón. Con los zapatos puestos y la media rota sobre ellos, con la trenza despeinada y multitud de cabellos saliendo de ella, ofrecía un aspecto terrible, de puro carnaval agotado. Se despidió de los anfitriones y de la gente que fue encontrando a su paso, y salió a la calle donde parecía haber un rastro de purpurina.

—Te acerco a casa —ofreció el hombre del frac, y Alicia aceptó al momento. Una vez en la puerta de la pensión, abrió sintiendo que le pesaban los brazos, las manos, todo el cuerpo. Subió las escaleras despacio, contrastando con aquella velocidad que había empleado para bajarlas horas antes. Se desplomó sobre la cama, y se durmió dejando hermosos círculos rosas sobre la almohada.

CAPÍTULO XV

Aquella mañana Sandra había dormido plácidamente y se había despertado mucho más tarde de lo que acostumbraba. Su habitación, decorada con tonos amarillos, la había recibido con un rayo de sol que remarcaba sus largos cabellos despeinados. Con una actitud de princesa que se desperezaba, se había limpiado el contorno de la boca con la palma de la mano, y se había incorporado en un profundo bostezo. Estiró los brazos, sacudió la cabeza para sacudirse el sueño. Vestida de blanco, se levantó y dirigió una mirada al espejo del tocador. Se veía guapa en su figura desaliñada, mucho más atractiva que en otras ocasiones. ¿Quién llegaría a verla así y apreciar ese esplendor que sólo ella percibía, quién llegaría a decirle lo que ahora pensaba y se susurraba a sí misma? Se dirigió al baño, y fue desnudándose con tranquilidad, atrapando la ropa antes de que cayera para doblarla a un lado. Su cuerpo menudo de poca estatura, terso, se zambulló en la bañera como quien se lanzaba a una ola, y el golpe de sus aguas calientes le quemó las piernas. Con una toalla en un extremo, apoyó la cabeza y cerró los ojos, con el pelo anudado en un moño negro. El agua le llegaba a la barbilla, redonda y robusta, y sólo salían sus dos rodillas claras, con un absoluto secreto respecto a sus modestos pechos, que se expandían en el placer de aquel baño caliente. Era tarde, pero la noche anterior había sido carnaval, se había ido tarde a la cama y le había costado dormir. Víctor y su padre habían estado en casa, habían hablado de negocios durante toda la cena, y ella se había sentido aburrida y al margen. Hija de uno de los socios y de la gobernanta del teatro, ella no era más que una pieza, algo que en semejantes situaciones parecía muy marginal, muy absurdo, como un engranaje que se encontraba en todas las esquinas, perfectamente sustituible, al servicio de sus cabezas pensantes. Comía en silencio, mirando a los lados y perdiéndose en sus oscuros pensamientos, porque sabía que en ese momento Alicia estaría recuperándose de la fiesta anterior, a la que seguro que había asistido aunque no le dijera nada al respecto. Era curioso el tratamiento de la confianza por esas dos mujeres, pues a Sandra le gustaba tachar de mentira aquello que se ocultaba evitando sacar el tema, y Alicia parecía retenerlo como un elemento de su intimidad velado a ciertas personas. No sabía el motivo, ni tampoco era el momento de pensarlo. Lo único que se le ocurría era cómo habría ido vestida a la fiesta, qué habría hecho allí, si habría bebido y se habría vuelto

vulnerable, si habría coqueteado y reído hasta la extenuación. Se imaginó un horrible desfile de colores, de músicas, vio a sus admiradores pidiéndole que bailase para ellos, y se sintió muy lejos de esa mesa y de esas personas. Algo dentro de ella le empezaba a doler, y su habitual resignación sonriente no podía paliar de ningún modo lo que íntimamente dañaba. Así, Sandra se cargaba de un buen humor que arrojaba contra todas las cosas, observaba con sus ojos inteligentes y desdeñaba de una manera rápida y ágil, pero no podía evitar que algo se le clavase dentro. Veía a Alicia, entregándose a una noche de disfrute sin dedicarle ni un pensamiento. La veía sin considerarla lo suficientemente importante como para hablarle del tema, y la veía en el medio de muchísimas personas que no sabían nada de ella ni les interesaba. ¿Por qué era tan menospreciada? Ella no hablaba de prometer felicidad, no sabía hasta qué punto debía ser considerada, pero sí podía asegurar sensibilidad, cuidado, cariño. Notó que tenía ganas de llorar, y quizás fuese el efecto de la noche entrando por las ventanas, de las conversaciones donde no tenía ni quería decir nada, de esos rostros grises y apáticos que se deslizaban con todas sus vidas bien resueltas. Sintió entonces la mirada de Víctor, que también estaba en otra parte, que se dirigió a ella buscando un rostro dulce y amable, buscando una confesora silenciosa, porque Sandra era demasiado lista como para dejarse engañar. Ella se armó con una sonrisa, e internamente sintió rabia, furia, asco. “¿Qué quieres de mí?”, se imaginó, mientras su boca se agrandaba y agrandaba enseñando todos los dientes. “¿Qué pretendes?”, pensaba, y habría querido decirle que ella estaba llena de sentimientos, llena de emociones, y que no estaba dispuesta a sobrellevar los problemas de otros, sobre todo si nadie se preocupaba por los suyos propios. “¿Te miro yo a ti buscando apoyo?”, pensaba una y otra vez, y sentía la figura de Alicia que se paraba entre ambos, y él se creía con el derecho a amarla, con el derecho a tenerla y a que Sandra le aplaudiese y lo empujase. “Yo, que soy sólo una bailarina”, dijo de repente, en su mirada callada, “Que no juego a los negocios, que no dirijo nada ni tengo intención de ello, ¿qué hago aquí?”, le soltó sin más disimulo, con toda la crudeza de su mensaje. “No soy tu amiga, no soy tu confidente”, y sus pupilas ardieron y quiso aniquilar a ese hombre egocéntrico y agobiado por los problemas que otros llevaban sin desfallecer ridículamente por las esquinas.

Se llevó la copa a los labios, miró un segundo al suelo y vio cómo los ojos de Víctor volaban en otra dirección. ¿Qué podía hacer? Sabía que había sido dura, pero los celos habían empezado a cegarla. Respiró, hundió aquella

sensación terrible, pensó en que por la mañana todo parecería más fácil. Víctor, en realidad, le gustaba. Le gustaba como persona, lo valoraba. Era un hombre sincero, bondadoso, y no tenía la culpa de que ella hubiera decidido amodorrarse esa noche en sus angustias. Le había sonreído desde su sitio, y ella había pensado cosas horribles. No tenía un estricto sentido de la moral, pero sus sentimientos se afilaron ante la manera cruel que había utilizado para responderle. Además, no podía pedir que nadie adivinase sus circunstancias, si ella lo callaba todo y él era menos inteligente. Le habría dado una palmada en el hombro, le habría dicho que todo iba a salir bien. Pero no, no era una persona consagrada a la caridad, había una línea que no podía pasar. Se consideraba buena, pero no lo daría todo. Y entonces pensó que quizás sí podría llegar a ello y terminó por enredarse en ese análisis interior, porque estaba cansada y todo aquello era tan frenético e intenso que no podía pensar con claridad. ¿Cómo era ella, que sonreía a todo y se guardaba su mala suerte para contemplarla desde todas las perspectivas hasta verle el lado bueno? Si Alicia terminase yéndose con Víctor, ella se entristecería, pero no sería capaz de enfadarse. Sobrellevaría su pobre desgracia con ánimo, y seguiría bailando. ¿Qué había mejor que bailar? Pensó en las cintas de colores, en la purpurina que caía sobre las calles. En verdad, no imaginaba nadie mejor que él para Alicia. Quizás no imaginase nadie mejor que él para nadie, incluso para ella misma si se diera la circunstancia, porque no conocía nadie a quien mereciese la pena respetar como a él. Mucho menos a su padre, que ahora gritaba no sé qué estupidez desde su asiento. Buscó de nuevo la mirada de Víctor y le sonrió con franqueza. En silencio, le ofreció su bendición, porque no encontraba una palabra mejor. Ella era demasiado valiosa como para dejarse arrastrar por la pasión y acabar llorando tirada sobre la cama. Ella no era como él. Le dio a Alicia, con las manos estiradas, con los dedos abiertos, y eso era todo lo que podía hacer. Ella seguiría allí, claro, pero empezó a verlo como una sana competencia, una competencia donde había algo de afecto, porque no podía volver a pensar en destrozar ese rostro que le resultaba tan familiar. Se la daba con cariño, si ella quería, pero eso no significaba que se apartase, que dejaba de intentarlo. Indicaba, más bien, que en caso de llegar su fracaso sería una buena perdedora, y que esperaba lo mismo de él.

Abrió los ojos, y hasta en ellos parecía tener una película de vaho. Repasó aquel momento y no pudo aclarar del todo su monólogo interior, pero apreció una sensación pacífica, sosegada. Ella seguiría actuando como

siempre, y aunque se sentía como una espectadora, en el fondo sabía que Alicia no pensaría nunca en ella de ese modo. Quizás intuyese algo, quién sabe. Le daba caricias, abrazos, la llamaba muñeca y a veces se quedaba atontada mirándola. Pero a veces las personas felices no eran tomadas en serio, o no entendía qué le pasaba. ¿Era posible que si no se mostraba una salvaje angustia, alguien creyese que podía amar, que podía desgarrarse de pasión? Se encogió de hombros, y el agua hizo un sonido agradable. No merecía la pena pensar más en ello. Sabía su lugar en el corazón de Alicia, y lo aceptaba y no permitía que su alegría cayese por ese motivo. Pero también conocía su valor, y no dejaría que nadie la apartase, ni ella misma se apartaría. Era posible que las cosas cambiasen, y entonces se reiría muchísimo.

Empezó a recorrer el cuerpo con la esponja, llenándolo de una espuma blanca. Si la vieses así... Se sonrió e incluso se le escapó una suave risa, y salió de la bañera dejando unorro de agua en el suelo. Aquella noche el teatro abría sus puertas, y estaba lista para ello. Su madre ya se habría ido, porque los días de estreno estaba terriblemente nerviosa. Aquella noche era importante, y ella brillaría como siempre lo hacía.

Aquella noche era importante. Aquella noche, mejor dicho, era la noche. La noche indicada, la perfecta. Llevaba ya unas horas en el teatro, yendo de un lado a otro, y la señora Stöhr se dirigía a él con un tono insoportable, lanzándole constantes recados y en otros momentos alejándolo de ella. Era noche de estreno, no podía permitir ni una equivocación. Los artistas, que ya de por sí le parecían por lo general bastante ególatras, ahora se escurrían por los pasillos como si fuesen dioses que habían descendido a ese bonito teatro. Adoptaban posturas excéntricas, unos no paraban de declamar y otros se estiraban aprovechando todos los centímetros del lugar, y unos se estorbaban y otros se reunían en círculos para comentar lo magnífica que era su intervención. La señora Stöhr se movía con toda naturalidad, como un pececillo en el inmenso océano, y los dirigía con una mano de hierro y no se dejaba impresionar por sus caracteres de artistas, puesto que ella también lo había sido, y ellos lo sabían y se bajaban de la nube en cuanto les daba una orden. Sin embargo, Víctor era distinto. Había aparecido de repente y no era más que el recadero de Stöhr. Aunque algunas de las mujeres del teatro habían fantaseado con llamar su atención —sobre todo cuando se había corrido la voz de quién era—, él sentía que lo miraban con desprecio por ser

una persona ajena a todo ese mundo. No sabía lo que era un escenario, no sabía lo que era actuar y mojarse en los aplausos. Los hombres, ciertamente, pasaban a su lado como quien esquivaba un germen, y se iban muy dignos y se paseaban con sus disfraces y su maquillaje. En un momento estuvo a punto de chocar con uno que había salido de la nada, y este uno hizo un aspaviento exagerado, recogiendo sus ropas coloradas.

—Los días así se vuelven idiotas —le dijo alguien, y reconoció al hombre que tenía el privilegio de ver las actuaciones desde su pasarela colgante. —Pero tranquilo, no son todos, ni mucho menos. Sólo que los que son así hacen mucho ruido. Intente no cruzarse con el matrimonio estrella, porque hoy no pararán de decir lo estresados que están. Lo mejor es que si yo no descorro el telón, nadie podrá verlos.

Empezó a reír, y se despidió sin que Víctor pudiese contestarle. No supo decir si era un loco, un genio o un borracho, pero aquel hombre le parecía una especie digna de estudio. Un bailarín le preguntó directamente cuánto quedaba, y Víctor le dijo que estaban a punto de abrir las puertas. Como si esa frase le hubiese pinchado, el hombre se llevó las manos a la cabeza y se fue corriendo.

Era el momento. Los cantantes estaban preparados, el coro había empezado a colocarse, aunque tuviesen que esperar unos largos minutos en esa posición, pues el público todavía no se había sentado y sólo habían entrado los primeros. Vio el decorado, y pensó lo efectivos que eran esos materiales baratos, de juegos de niños, que podían romperse tan fácilmente y ahora trasladaban a los espectadores a otro mundo, a otro tiempo, a otras tierras.

Se ofrecía un buen rato de orquesta y canto. Unos y otros pasaban al escenario, ocupaban su lugar con las piernas temblorosas, el arte, la magia, estaba a punto de florecer. Víctor corrió al segundo pasillo en busca de Alicia. Era el momento exacto, donde todos estarían ocupados, y su corazón se agitaba con una rapidez insana, loca, que le desgarraba el pecho. Como un impacto de hielo sobre sus alocados nervios, Alicia se cruzó en su camino. Casi sin saludarla, le pidió que lo siguiese.

—¿Adónde? —preguntó ella, pues aunque quedase mucho para su intervención, no le gustaba ausentarse en un momento así.— ¿Me busca la señora Stöhr?

—No, no es nada de eso. Por favor, ven conmigo, confía en mí.

Alicia no podía hacer otra cosa. Siguió al hombre, que se aventuró por

las estrechas escaleras que ya había aprendido a domar, y caminaron a lo largo del piso principal —el piso del escenario— para adentrarse en una oscuridad a la que Alicia no había llegado nunca.

—¿Qué hacemos por aquí?

Víctor no respondió, le hizo una seña para que continuase andando. Subieron una escalera más, atravesaron un pequeño pasillo donde apenas se veía nada y cuatro peldaños más. En el último Víctor paró, buscando el pomo de aquella puerta metálica, y Alicia sintió un segundo de miedo, como si algo espeluznante fuese a aparecer en medio de esa oscuridad o como si le fuese a enseñar un secreto espantoso. La puerta gimió como gemía siempre, y Alicia pasó a la gran azotea desde la que se veía gran parte de la ciudad. Esa explanada de cemento desnudo le ofreció un cielo oscuro bellamente adornado por las estrellas, casi todas tapadas por las luces de la ciudad, por la luna redonda y blanca, y el frío le dio en la cara como un beso de bienvenida. Ese golpe frío le recordó a algo de su infancia, de su juventud, cuando vivía con sus padres, algo tan dulce que movió ligeramente su sonrisa, en una imagen que sólo ella conocía. Pero el recuerdo se esfumó al instante, porque Víctor la condujo hasta uno de los extremos, frente al borde de esa explanada que ofrecía el recto camino a la entrada del teatro.

—¿No te parece bonito? —dijo él, colocándose a su lado, sin saber muy bien cómo empezar.

Si hubiera tenido la tranquilidad suficiente como para observar su azotea, la habría visto más hermosa que nunca. Sin embargo, no era capaz de centrarse en nada. Estaba nervioso, con los puntos de ese idílico plan que había trazado retumbando en su cabeza, recordando todo lo que se había prometido, como si observara un precipicio que debía salvar, al menos, por amor propio. Y cuando pensó que era inevitable caerse, que se le olvidaban las palabras y todo lo que había pensado, se obligó a respirar, a cerrar los ojos un instante. Estaba allí, tenía a Alicia. Siempre que se había imaginado ese momento, la veía vestida de azul, y ése era el color que precisamente tenía ahora. Estaba allí, sí, y sí también, tenía a Alicia. Quiso tomarse eso del color como un buen augurio, y la imagen de su madre se le coló en los pensamientos. Esa cara afilada y seria parecía darle un empujón y, además, advertirle que no hiciera tonterías. Notó el frío en las manos, que le ardían, y se quitó la chaqueta para ponerla sobre los hombros de Alicia. Faltaba aquella capa blanca con la que la había imaginado, anudada al cuello, con los cordones cayendo sobre el escote. Cuando le puso la chaqueta su madre

pareció asentir satisfecha, no sólo porque era lo que tenía que hacer, sino porque lo había hecho con total naturalidad. Alicia se la ciñó mejor al cuello, y fue tan sencillo, tan delicioso, que se decidió a hablar.

—No sé muy bien cómo hacer esto.

Víctor se decidió, no podía esperar, no podía permitir que aquel perfecto momento, que todo el esfuerzo, se diluyera sin más. La tenía a ella, tenía sus ojos castaños, sus labios de rosa, necesitaba decirlo todo, necesitaba vaciar esas emociones que lo martirizaban. Necesitaba besarla y levantarla del suelo. Lo necesitaba todo, y todo con ella.

—No sé muy bien cómo hacer esto, pero creo que ya imaginas de qué se trata. En todo caso, no es suficiente con que lo hayas adivinado... Tengo que ser sincero, tengo que decírtelo yo mismo. La verdad es que no hemos pasado demasiado tiempo juntos, ni mucho menos solos. Aunque esas dos ocasiones, el paseo durante el día y aquella cena, son sin duda los mejores recuerdos de mi vida.

Víctor carraspeó. Alicia, con el rostro siempre pálido, dirigió una mirada a la ciudad, y vio sus luces y sus personas caminando, diminutas, bien apretadas en abrigo. Víctor no podía permitirlo, y le cogió las manos y se heló con su tacto. Era la primera vez que tocaba su piel, era la primera vez que rozaba ese terciopelo blanco, suave. Todo a lo que había llegado era notar el ligero peso de su mano sobre el hombro, pero nunca sentir directamente esa capa fina, clara, que parecía derretirse. Eso sorprendió a la bailarina, que abrió más los ojos y volvió a mirarlo sólo a él.

—Alicia, necesito decírtelo. Puedo dar mil rodeos, esperar más, hablar de todo, pero la conclusión va a ser siempre la misma: te amo, te amo con todas mis fuerzas. Te amo locamente, y no puedo pasar un segundo sin pensar en ti. Llevo muchos meses sintiendo esto, y la única explicación para que empezase a trabajar aquí, para estar día tras día en el teatro, eres tú. Te vi desde mi palco, bailando, y desde ese mismo momento me hechizaste. Sólo soy capaz de imaginar una vida contigo, porque te has convertido en todo mi mundo, en todo lo que quiero. Quiero hacerte feliz. Quiero enseñarte todo lo que guardo para ti. Quiero amarte cada día de mi vida.

La noche era fría, oscura y limpia. Alicia se había quedado mirando los ojos de Víctor, que brillaban, y aquellas manos ardían sobre las suyas. La abrasaban, y a él le abrasaba la mirada de ella.

Se quedaron en silencio. Víctor buscaba signos en aquel rostro que adoraba, buscaba párpados temblorosos, ojos tímidos, una boca que se abría

para recibir su beso. Pero Alicia guardaba una expresión neutra, quizás con cierta sorpresa que no sabía muy bien hacia dónde dirigir. Víctor acercó un poco su rostro, creyendo que ella no iba a ser capaz de hablar y que necesitaba todavía más esfuerzo por su parte. Sentía el calor que le quemaba el cuerpo, sentía aquel amor nuevo, más claro y completamente desnudo, que lo liberaba. Quería atrapar esos labios, quería acariciarlos con los suyos.

Al ver ese movimiento, Alicia retrocedió exactamente la distancia que Víctor había avanzado, y esto lo hizo frenarse al momento. Alicia miraba al suelo, sus manos atrapadas, el borde de la azotea. La brisa nocturna le golpeaba las pestañas, y parpadea con una asiduidad que resultaba algo nerviosa. Víctor sintió que sus manos habían empezado a sudar, y no sabía si debía soltar las de ella o continuar reteniéndolas. Había intuido el rechazo, el absoluto fracaso, y tenía miedo de que si la soltaba, ésta se fuese para siempre. Apretó un poco más, y le arrojó una mirada que en parte suplicaba respuesta y en parte exigía una satisfacción a sus desvelos, cierta piedad, cierto apoyo para no caerse al suelo. Porque sentía que empezaba a caer, y no estaba seguro de soportar aquel impacto.

—¿Y bien? —dijo, con una voz que le pareció ridícula, persiguiendo la huidiza mirada de Alicia. Ella apartó sus manos con un gesto delicado y tibio.

—No puedo estar aquí, tengo que bajar con los demás. Mi entrada va a ser pronto.

Alicia se quitó la chaqueta como quien se quita un peso que le impide caminar.

—Todavía no, sabes que falta mucho tiempo. Contéstame, por favor, necesito que me des una respuesta —pronunció Víctor, pero ya era demasiado tarde. Se había quedado callado, inerte, mientras Alicia le devolvía la chaqueta y corría a refugiarse en el interior del teatro. Ahora ya habría llegado a la altura del escenario, y él no había sido capaz de cogerle el brazo y pararla, no había sido capaz de interponerse y obligarla a contestar. Se sentía patético, diciendo “Todavía no” al aire, a esa franja oscura donde antes había estado ella.

Se giró y se encaró con aquella ciudad que había presenciado toda su declaración, todo su amor vapuleado y humillado. ¿Qué podía hacer? No era capaz de llorar, de gritar, de apretar los puños y darle golpes a todo. Sencillamente se sentía pequeño, muy pequeño, solo y con un inmenso agujero en el centro del cuerpo. La ciudad le devolvía una imagen alegre,

repleta de luces y coches que recorrían las calles. No había charcos, no había nubes, sólo el cielo despejado lleno de puntos brillantes que se reflejaban sobre la azotea. De alguna manera odiaba ese lugar, y sintió que le quemaba y se fue corriendo hacia la puerta. Una vez dentro, en el descenso por los pasillos, pensó en la manera de esquivar a Alicia. Estarían todos juntos esperando que la representación avanzase, y lo último que quería era que alguien adivinase su cara desencajada y que ella le dirigiese una mirada fría, tranquila y sin el menor sentimiento de culpabilidad. Así, arrastrando una intensa vergüenza con la que sin embargo era capaz de mantenerse en pie, anduvo más de lo necesario, dando largos rodeos, evitando todos los puntos donde podía encontrarse la bailarina, que conocía tan bien gracias a sus horas maquinando encuentros forzados. Y llegó a la parte pública del teatro, y desde ahí se encaminó a los palcos del primer piso.

—¿Qué tal? ¿Lo has hecho? —preguntó Marcos, que esperaba impaciente a su amigo e interpretaba como una buena señal cada minuto que pasaba sin que hubiese llegado. Víctor se desplomó sobre el asiento y se llevó una mano a la cabeza, que empezaba a dolerle. Tenía frío y creía que pronto iba a empezar a tiritar, quizás estuviese enfermo, quizás fuese fiebre.

Marcos repitió la pregunta y su sonrisa cayó un poco, porque empezaba a intuir que nada había salido como esperaba. Víctor asimiló aquel frío encogiéndose un poco en su silla. No estaba seguro de querer contar nada, no sabía si estaba preparado para exponer su vergüenza, su tácito rechazo. Era ridículo, y no sabía por qué había ido hasta allí en lugar de refugiarse en su casa. Se trataba de un sentido de la corrección, de los modales, que sin duda le faltaba a otra gente.

—Sí, bueno... Más o menos.

Le faltó la voz, apretó los ojos, seguía frotándose la frente con la mano.

—Pero no sé, no lo he dicho claramente... Además, tiene que estar aquí, tiene que salir enseguida... Menudo momento he escogido, ¿eh?

Se quedó en silencio otra vez, y Marcos no supo qué contestar. Pasaron unos segundos que se ya se hacían demasiado largos.

—Sinceramente —dijo, forzándose a hablar, a recuperar la compostura— me parece que me he dejado engañar por mi propia imaginación. Estábamos allí arriba, la tenía delante de mí, mirándome como una cría, y me pareció que no era tan guapa, que no era para tanto. —Se irguió un poco más, y tuvo que soportar el dolor de aquello que se le había

roto del cuerpo, de los pedazos que se le clavaban a la carne si se enderezaba. —Es como si me hubiese hecho una imagen que en realidad no existe. Parpadeaba todo el rato, como una loca, como si tuviese un problema mental o algo.

Marcos guardó silencio. Estaba tan nervioso por su amigo, que no era consciente de si mentía o no, de lo que en realidad significaba esa expresión fatigada, esos ojos que huían del escenario.

—Pero entonces, ¿qué ha pasado?

—Pues estábamos juntos, y le dije que había disfrutado mucho de su compañía... De esto, de aquello... Y que qué pensaba ella.

—¿No le dijiste que la querías? ¿No le dijiste lo que me contaste a mí?

Víctor lanzó un montón de aire, como si le intoxicase tenerlo más tiempo dentro de la boca.

—Ya te digo que en el momento me desilusioné... No la vi tan impactante, y no supe qué hacer. Cuando la imaginaba allí me esperaba más. Así que le dije eso.

—¿Y qué contestó?

—Contestó que tenía que bajar. Es normal, lo entiendo. Es decir, te dicen que te alejes de donde debes estar, porque es tu trabajo, y te cuentan que han disfrutado el tiempo contigo... No tenía mucho sentido.

—Pero se intuía por qué le decías eso, podía haber...

—No creo que se intuyera nada. En el momento me puse muy serio, ya sé que no estuvo bien, y ella igual se sintió mal por eso. —Por un momento, por un instante rapidísimo, Víctor se creyó aquella historia. La cara seria, la voz grave, ayudó a que pensase que en realidad se había desilusionado. Pero aquel momento pasó enseguida, y la crudeza de lo que había ocurrido hizo que volviese a cerrar los ojos. —Todo ha sido culpa mía.

—Eres rematadamente imbécil. En serio, eres gilipollas. Te pasas meses suspirando por ella, me haces una confesión enorme sobre lo magnífica que es hablando de los manzanos de no sé dónde, y ahora te da por ponerte serio y decirle que qué piensa de cuatro tonterías. Yo si fuese ella también me habría ido. ¿Sabes que igual hiciste que se ilusionase y luego se encontró con eso? Es como si hubieses jugado con ella.

Marcos, que no le daba muchas vueltas a nada, confió en su amigo y se creyó todo eso. Víctor, que todavía no era capaz de tergiversar la verdad para colocarse en una posición más decente, se calló y se quedó medio

adormilado en la sombra, lejos de la actuación, pensando en todo lo que había ocurrido y cayendo en un letargo que lo mareaba. Se había quedado con ciertas palabras como ilusión, nervios, trabajo, jugar. En cierto sentido, entendía que quizás había avasallado a Alicia y ella no había sabido reaccionar. Quizás, en vez de pedirle una respuesta inmediata, tenía que haberle dicho que se lo pensase, que madurase la idea. Por otro lado, increparla de esa manera cuando comenzaba un estreno, no había sido nada inteligente. Era obvio que ella estaría nerviosa, pensando en bailar, en salir, intentando concentrarse. ¿Cómo había podido ser tan egoísta? Era el momento perfecto para él, el más privado, es más solemne, pero de auténtico estrés para la bailarina. Aquellas reflexiones conseguían calmar la humillación que sentía, la cruel humillación a la que Alicia lo había expuesto. Marcos había dicho que jugaba con ella, y eso había sido precisamente al revés. Intentaba calmarse, intentaba paliar su dolor con ideas razonables, como antes, pero la imagen de esos ojos duros y tranquilos le volvió a la mente y le hizo sentir con más nitidez aquel dolor punzante. ¿Había posibilidad de que, tras aquella noche, Alicia pensase en él y lo buscase para decirle que le correspondía, que había sido una estúpida y sentía toda aquella escena? ¿Podía abrazarle, pedirle su amor, entregarse a él sin ninguna objeción? No sabía si podía creer en ello, no sabía si le ayudaría a su salud o si le haría caer más en caso de que no se produjese. Sin embargo, no podía evitarlo, quería ver opciones, quería ver salidas, y se presentó cincuenta posibilidades en menos de un segundo.

Ella estaba nerviosa, tenía que centrarse, él había sido un torpe... Pero aquella manera de mirarlo, aquella manera de soltarle las manos, de tirarle la chaqueta a la cara e irse corriendo... Por un lado se volvía benévolo y considerado, se inclinaba y pedía disculpas, y por otro había querido asfixiarla, apretar aquel cuello blanco como de plástico hasta arrancarle una respuesta. Era horrible, era una falta absoluta de respeto.

Aquel choque de emociones estallaba en su cabeza sin que pudiese frenarlo, y a cada instante ganaba un poco de espacio la segunda, más violenta y espoleada por esa pasión que le enrojecía las mejillas. Entonces los aplausos lo despertaron un poco, lo devolvieron a la vida real, a ese momento, y los cantantes se retiraron y no tardó demasiado en aparecer un puñado de bailarinas ataviadas con vestidos azules y otros tantos hombres a juego con ellas. Víctor, como una fiera, clavó las uñas en el límite del palco y se acercó todo lo posible al escenario. Allí estaba ella, como la había visto

arriba, hermosa y triunfante, perfecta, eclipsando a todos los demás que bailaban en el escenario. Marcos observó aquel comportamiento animal arqueando una ceja y hundiendo otra, pero guardó silencio, porque empezaba a comprender que si se ponía pesado la tormenta interior de su amigo podía salpicarle a él.

Alicia bailaba concentrada, impecable, en perfecta armonía con sus compañeras, y los hombres avanzaban y cada uno de ellos se emparejó con una bailarina, levantándola del suelo mientras ellas estiraban los brazos como en un suspiro lánguido. Al bajarlas, sus faldas un poco largas les tapaban por un momento la cabeza, y Víctor se fijó terriblemente en ese hombre que podía besar los muslos de Alicia sin que nadie lo viera. Entonces ellas clavaron sus piernas en el suelo y ellos colocaron las manos en sus finas cinturas, haciendo que girasen sobre sí mismas al ritmo vertiginoso de la música. Dos parejas cambiaban, cruzaban el escenario de un lado a otro, pero Alicia seguía permitiendo que aquel hombre dejase la impronta de sus manos sobre la cintura, que la manosease y la accionase como si se tratara de una muñeca. Víctor vio belleza y vio sensualidad en aquel gesto, y quiso arrancar esas dos manos y colocar las suyas, quiso que Alicia girase frente a él y luego echarse hacia atrás para que cayera sobre sus brazos, preguntarle de nuevo, a ojos de todos, recibirla como si nada de lo de antes hubiera pasado. Pero él estaba en su palco, ella en el escenario. Él la miraba sin descanso, y ella estaba cegada por las luces. Sandra dio un salto, y su pareja salió a su encuentro y se colocaron en el medio de la escena. El hombre que contemplaba desde su pasarela de hierro se movió, y algo de polvo cayó sobre la nariz de la morena.

Víctor quería interrumpir aquello, quería preguntar qué iba a ser de él. Qué pasaría, cómo podía arreglarse. Su cabeza, llena de preguntas, las mezclaba ahora con el impulso de la música, con el baile del escenario, con esas manos indiscretas y las piernas que se movían de una manera frenética. Pero, qué iba a ser de él. En definitiva, y sin que nada más importase, qué iba a ser de él.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

El tren llevaba dos horas de trayecto. Sus ruedas rugían con un aliento metálico que se desperdigaba por todos los vagones, ruidos contantes que muchos de sus pasajeros ya no percibían apenas. Los que se habían subido en la primera estación estaban cansados y les dolían las piernas. Tanto tiempo sentados en la misma postura resultaba agotador, pero tampoco encontraban un motivo para levantarse. Era absurdo caminar sin rumbo por el tren, o ponerse en pie y volver a sentarse. Así, cambiaban ligeramente el dibujo de sus piernas, soltaban los tobillos, intentaban cerrar los ojos y los abrían al momento, porque era imposible dormirse en esos asientos. Entonces, el tren paraba y algunas personas se iban, aquella señora de cabellos blancos que había estado parlotando todo el viaje, aquel joven que llevaba un uniforme y tenía unos ojos tan bonitos. Se dirigían a ellos miradas de envidia, de duda, sondeaban el público de la estación para ver si alguien les esperaba y qué aspecto tenía, porque alguien, en su aburrimiento, se había imaginado la vida de cada uno de sus vecinos. Claro que era difícil poder enterarse con todo el revuelo que se formaba, con los trabajadores de la estación a un lado y a otro, con la cantidad de voces que se mezclaban y las ventanas cerradas, con la chica morena que acababa de entrar con un perrillo marrón en los brazos, el que no paraba de ladrar y se revolvía en el regazo de su dueña. “Tranquilo, ya nos sentamos”, le decía, y no se sabía si tenía quince o veinte años, con un cuerpo pequeño y la cara toda llena de pecas. “Tranquilo, tranquilo”, y la voz se iba ahogando por el aullido del tren, que volvía a salir. “¿Qué ciudad es ésta?”, preguntaba alguien, sólo por trabar conversación, y le respondían como ya sabía que le iban a responder. “Dicen que es un sitio muy agradable durante el verano, un antiguo compañero de trabajo se trasladó aquí y de vez en cuando nos escribimos”. “Sí, yo he estado alguna vez y...” Así conseguían unos minutos de entretenimiento, y se decían sus nombres y se estrechaban las manos con una solemnidad histriónica, como si esa amistad no fuese un pobre pasatiempo para un viaje interminable, sino un sincero afecto que nacía y debía observarse con respeto. Se había dejado de oír a la niña, su pero se había acurrucado en su falda y se había dormido. Ahora parecía nerviosa por si alguien hacía un ruido demasiado alto y lo despertaba, y le acariciaba las orejas con movimientos circulares.

—Mamá, ¿vamos a ver el mar? —preguntó un niño que todavía no

había llegado a los tres años.

El paisaje que ofrecían las ventanas había cambiado tras la última estación, y grandes llanuras de cultivo se extendían formando distintos verdes y amarillos.

—No —contestó Alicia, con la mirada perdida en aquellas grandes huertas, pensando qué clase de semillas utilizarían, y si se trataba sólo de cereal o si también había hortalizas, verduras, o quizás fresas, porque le habían dicho que nacían de arbustos. Ponía la misma cara que cuando pensaba qué tipo de árbol era ése, si un chopo o un álamo, o si eran lo mismo.

El niño adoptó una expresión seria, incluso triste. No entendía por qué llevaba tantas horas en un tren, no entendía por qué tenían que irse ni por qué la abuela no les acompañaba. Cuando le habían explicado aquel cambio, su primera inquietud había sido si él se quedaba con la abuela o se iba con sus padres, y la verdad es que, si le dieran a elegir, habría preferido la primera opción. Adoraba a aquella mujer buena y delicada, que le servía la leche en esos vasos tan grandes, durante la merienda, cuya casa era su castillo particular. Era una sensación extraña, la de querer a sus padres pero necesitar más a su abuela, y a ratos dudaba y se echaba a llorar, porque no sabía si era lo suficientemente fuerte como para renunciar a uno de los dos. Pero no importaba si lo era o no, porque sus padres le habían dicho que se iban y no había más que hablar.

—El mar está muy lejos —dijo el padre, y acarició aquella cabeza castaña que no se parecía demasiado a la de su madre.

Alicia sentía una inquietud que parecía un cosquilleo. Estaba segura de sus motivos, de su decisión, y por nada del mundo se habría echado atrás, sobre todo después de arrastrar a su marido. Si algo la hacía dudar no era el hecho de irse, sino cómo sería encontrarse de nuevo con ese aire de otro tiempo, cómo sería descubrirle su nueva cara, diez años mayor, sus miembros agarrotados que ya no bailaban y que habían pasado por un parto. No sabía si volver era suficiente como para devolverle aquel brillo perdido a su piel, aquella sensación de éxito que tanto añoraba. Porque se había ido, sin más. Había desaparecido dejándole un gusto como de metal en los labios.

Con los cabellos bien recogidos, Alicia miraba el paisaje y se hacía preguntas sobre el cereal y las verduras, porque le agotaba pensar en otra cosa, le agotaba volver a exponerse aquello que se había expuesto durante cada día de su vida desde hacía tanto tiempo. Pero era imposible, en las horas de trayecto, mientras su marido se adormilaba o respondía a las preguntas del

hijo, no recordar todo lo que había sucedido, no sentir cómo las experiencias le subían por los tobillos y la colocaban frente a su propio reflejo. Y se vio los ojos de almendra, tenuemente dibujados sobre el cristal, y vio sus ojos mientras leía aquella carta, hacía diez años.

Había sido un momento terrible. Ahora veía su antigua vida como una nube de placer, de absoluta tranquilidad que sólo ella lideraba, sin ningún tipo de angustia, sin nada que le robase el sueño. Pero todo había cambiado con aquellas letras de su madre, donde le decía que esa última enfermedad de su padre, aquel episodio al que estaban tan acostumbradas, duraba más de lo normal y había adquirido un matiz mucho más preocupante. Esa mujer cansada de cargar toda una vida con el matrimonio que no conseguía hacerla feliz, volcaba ahora un nítido agobio ante una dolencia que no entendía y que no dejaba de avanzar. No quería molestar, no quería alarmar, pero tenía un presentimiento horrible y pedía a su hija que fuese cuanto antes, lo más rápido posible, tanto por su padre, que preguntaba por ella continuamente, como por ella misma.

Alicia recordó retazos de aquella carta que había dejado tirada en el suelo, que alguien habría recogido a saber cuándo, quizás tras intuir que no iba a volver. “A ratos se ahoga, le cuesta respirar, y la fiebre no baja”; “No para de hablar de ti, de su niña, y ayer la fiebre fue tan alta que empezó a delirar y me hablaba como si fuese tú”; “Ven rápido, seguro que tú haces que mejore”... ¡Qué cruel había sido aquello! No sabía en qué estaría pensando mientras abría la carta, quizás en los errores de la actuación de la noche anterior, quizás en ver a Sandra. Y había empezado a leer distraídamente, como siempre, pensando en qué contarle y qué podía inventar para hacer más amenas sus letras. Justo en ese instante se imaginaba la brecha que dividía su vida, que separaba una etapa pura y sólo suya de aquella que la había vuelto más gris, más mustia. Se había puesto tan nerviosa que había tenido que releer cada frase varias veces, y se había equivocado continuamente al coger su ropa y meterla en la maleta. Se había dado un golpe con la pata de la cama, había olvidado cosas que ya no había vuelto a recuperar, y nadie supo nada de ella hasta que llegó a casa e informó a Sandra de todo lo que había pasado, excusándose ante la señora Stöhr y ante todo el teatro. ¿Qué había pasado en el teatro? No lo sabía, continuamente le llegaban palabras de Sandra donde la tranquilizaba y le recordaba que podía ausentarse todo el tiempo que fuese necesario. Suponía que no habría sido difícil reorganizar los papeles, utilizar una sustituta. En aquellos momentos no era capaz de pensar en nada, no era

capaz de pensar qué ocurría con el teatro ni qué le podía pasar a ella si se pasaba meses fuera. Cuando llegó a casa, su padre se encontraba en una situación deplorable. Su color no era pálido, más bien se trataba de un amarillo siniestro, y había tardado más de lo normal en reconocerla. Luego se dio cuenta de que era ella... La abrazó, la apretó contra sí muy fuerte, y Alicia todavía tenía marcado en el cuerpo ese contacto de su padre, aquel gesto que le producía una intensa tristeza y que todavía no había podido superar del todo. Podía ser fría, podía jactarse sosteniendo amores entre las manos y zarandeándolos un poco, sentir miles de miradas de deseo y saborear la desesperación de no poder tenerla... Sí, podía ser todo eso, lo era y lo había sido, pero no tenía nada que ver. Su reserva, su distancia, se inclinaban frente a ese anciano que quería con toda su alma, frente a aquel padre que también era rudo y se callaba y no se enteraba demasiado de la vida de nadie. ¿Qué importaban aquellos defectos? En realidad, siempre había disfrutado su manera de ser, siempre había sentido una identidad común. Y, sin que apenas tuviese tiempo para darse cuenta, se le había escapado en menos de dos meses.

Alicia bajó la cabeza, y en su frente recibió la caricia dura de la ventana. Era el comienzo perfecto para una caída.

Su padre había muerto, y a pesar de las advertencias de los médicos en ese sentido, nunca habían podido llegar a prepararse para un golpe así. Quizás fuese imposible prepararse para ello, y Alicia recordaba el momento mismo en el que lo supo como un fuerte choque de emociones, como los nervios afilándose y sin ser capaz de comprender lo que en verdad estaba pasando. Se había vuelto una niña, tumbada en la cama y abrazada a su madre, que le hundía los dedos en aquellos cabellos rubios e intentaba calmar las contracciones de su espalda. No sabía cuánto tiempo había estado así, en su mente le habían parecido días enteros. Todo era muy confuso, y veía la luz del día inundando la casa como si se tratase de una broma terrible. El cielo, despejado y claro, hacía brillar los jardines y las plantas que creían sobre la fachada, los geranios de los alféizares, y Alicia se había incorporado y se preguntaba qué hacer con todo eso. Parecía que el mundo intentaba levantarla, parecía que intentaba arrancarle una sonrisa. Pero tenía el pelo enredado y las mejillas y la nariz rojas, tenía los ojos hinchados de llorar, y respiraba por la boca como quien lanzaba un suspiro a cada segundo. Se incorporó y contempló todo aquello con la mirada extraviada, con sus tinieblas arañadas por aquel día brillante, y veía los rayos de sol y preguntaba

qué hacer con toda esa belleza, cómo podía reaccionar ante ella, si se sentía destrozada y no podía comprender que las plantas vibrasen de esa forma. Entonces su madre entró con una bandeja que le puso sobre las piernas. “¡Cariño, mira qué día tan bonito! Come un poco, vamos”. Alicia era incapaz de comer, era incapaz de comprender el buen talante de su madre. Pero sus ojos estaban tristes, sus manos se movían con poca agilidad, y era posible que una mala relación no evitase que de todos modos extrañase un poco a ese hombre con el que había convivido tantísimos años, que no se preguntase si ella había tenido la culpa de aquel mal matrimonio, si podía haber puesto una mejor voluntad para que todo fuese distinto. La muerte traía un sentimiento de culpabilidad, y pensaba en segundas oportunidades que ya no se cumplirían, y pensaba en el enamoramiento, en la boda, en aquellos momentos de pasión que habían compartido y donde se había creído la más feliz. Observaba en su hija rasgos de él, y estaba obligada a no llorar, a abrir las ventanas, a mantenerse firme para su niña y esbozar una sonrisa siempre que pudiera.

Y había sido difícil, pero lo habían conseguido. Poco a poco, y a ratos sintiéndose una niña y a ratos una señora mayor a la que sujetaban como si fuera a desplomarse, salían a pasear alrededor de la casa, luego hasta los parques, y se sentaban en un banco y Alicia escondía la cara en el hombro de su madre, porque allí estaban los recuerdos de su infancia, de su adolescencia, allí estaba la figura de ella con sus padres una y otra vez.

Para el resto de la gente, la vuelta de Alicia había generado cierta expectación. En sus anteriores visitas, aquellos viajes breves por descansos en el teatro, le gustaba pasar el tiempo en casa y apenas se dejaba ver. Así había despertado la curiosidad de muchos, ahora que tenían una excusa para acercarse a la casa, enfundándose una cara nostálgica y dando el pésame. De ese modo empezaron a extenderse murmullos por la pequeña ciudad, donde el último en visitar a las mujeres de la casa contaba su impresión por la pequeña Alicia, aquélla que se había ido siendo una cría y volvía hecha toda una mujer. Se analizaba a esa Alicia más madura y todavía más guapa, se recorría su cara y su cuerpo, se buscaban huellas de los excesos que podían conllevar la vida de los artistas. Y una vez se había acabado con todo su físico y con todas las conjeturas, una sombra como de moralidad se alzaba en medio de las conversaciones, para presentar aparte de todo lo demás su respeto por aquel corazón joven que lloraba a su padre con toda sinceridad. En cuanto a su carácter, no podían aventurar demasiado. Lo cierto era que,

cuando alguien se presentaba en su casa, no sonreía ni se molestaba en tener una conversación. Muchas veces ni siquiera aparecía, encerrada en su cuarto y dejando que la madre la disculpase, que ahora se presentaba ante todos como la más triste de las viudas, enamoradísima del que la había dejado. Pero, ¿quién podía enfadarse por algo así, quién podía llamarla maleducada, si aquél que la había pillado en el salón para dar el pésame le había encontrado restos de lágrimas en las mejillas, como gotitas de diamante que le enrojecían los pómulos —y el que lo contaba se tocaba la cara, hacía “*plim, plim*”, indicando el punto exacto en el que estaban aquellas lágrimas que, seguramente, se había imaginado—? Y sin que fueran conscientes de ello, la bailarina empezaba a gustarles más.

Pero Alicia, por una vez en su vida, no había pensado en eso. Por supuesto, su situación no era la más adecuada para preocuparse por algo así, y había salido de aquel mal momento gracias a la compañía de su madre y a la bonita cara de su ciudad natal. Al mismo tiempo, recibía cartas de Sandra donde le contaba cotilleos del teatro, aunque muchas veces las leyera sólo muy por encima, sin que ya le importasen esas personas, sin pararse a pensar, quizás, que su amiga sólo escribía aquello para intentar entretenerla, sacarla por unos momentos de la pérdida que intentaba superar. Pintaba anécdotas de sus colegas del teatro, hablaba del trabajo, de la temperatura, de cómo su madre preguntaba por ella. Ahora, con la perspectiva de los años pasados, de las amistades que habían nacido y muerto y aquéllas que se mantenían como por inercia, Alicia veía en Sandra una mujer amable, y pensaba qué habría sido de su vida, si seguiría allí y si habría ocupado el lugar de la señora Stöhr, algo que siempre le pareció lo más natural. A la señora Stöhr también la guardaba en sus recuerdos, claro, y sentía hacia ella una delgada gratitud por esa cálida bienvenida que le había brindado. Sin embargo, esas dos personas estaban ya muy lejos de su vida. Ella lo veía como algo normal, como caminos que se separaban y por los que no merecía la pena lamentarse, pues antes o después tenía que ocurrir. La lástima quizás fuese que hubiese sido así, de una manera tan abrupta. La cuestión es que llegó el momento en el que Alicia respondió diciendo que no tenía pensado volver. El impacto de aquella noticia lo desconocía, y tampoco le interesaba demasiado. Tenía sus propios problemas, y la crudeza con la que expuso, sin más explicaciones, que no volvería, fue el detonante perfecto para que su correspondencia se empobreciera y finalmente muriera. Alicia no dedicó demasiados pensamientos a esas relaciones que desaparecían sin fecha alguna, quizá para

siempre. Escribió aquello con rapidez, lo envió y cerró ese lugar, esas caras y esas experiencias, como quien cerraba un cajón lleno de trastos viejos.

En su ciudad había un teatro donde la emplearían fácilmente, casi estaba segura de ello. Se trataba un sitio pequeño, sin demasiadas expectativas, pero serio y disciplinado, con la voluntad de mostrar sólo pedazo de arte, pero con dignidad. Claro que para Alicia esa salida suponía descender en su carrera, pero era lo mejor que podía hacer, y de hecho, era su única opción.

A la muerte de su padre, las cosas se habían presentado mucho más complejas de lo que pensaba. Su madre no tenía apenas ingresos, y mantener aquella casa sin las aportaciones del padre resultaba muy difícil. Esa situación era algo con lo que su madre ya contaba. Su marido era mucho mayor que ella, lo más probable era que se quedase viuda, y se había preparado para ese momento. Venderían la casa, la venderían incluso por un precio más bajo del que le correspondía, y se buscaría algo más pequeño. Además, aun contando con que pudiera mantenerla, ¿para qué iba a querer ella un sitio tan grande, si sólo podía perderse por las habitaciones? Era incluso demasiado grande cuando los tres vivían allí. “Tu padre, que siempre fue un exagerado”, dijo en un momento de despecho, como si los años de sufrimiento se le amontonasen la garganta, reprimiendo un quejido ronco. Pero nada más decirlo se arrepintió, porque esas cosas que podía contarse a sí misma dañaban a Alicia. Quizás con más impulso por esa frase tan desafortunada, por brindar un último apoyo a su padre en las discusiones contra su madre, la bailarina decidió que deshacerse de la casa era imposible. Era la casa que su padre había comprado al casarse, donde ella se había criado, donde se guardaban todos sus recuerdos. Si, ahora que ya no podían encontrarse, quería ver algo de ese hombre, tenía que ser precisamente allí. ¿Cómo iban a vender la casa? Era una traición, una falta de respeto, una burla. Pero tenían que mantenerla, y eso era un problema real. La solución no era muy complicada: Alicia debía quedarse allí, trabajar en el teatro, y contribuir al mantenimiento de la casa y de ellas mismas.

La bailarina aceptó el cambio sin pensarlo demasiado. Quizás fuese su carácter impulsivo, por su falta de paciencia para meditar, su temperamento brusco y un poco nervioso, pero no le llevó más de un instante. Escribió a Sandra como quien se sacudía el polvo, y se dirigió al lugar donde la recibieron como una auténtica joya.

Alicia siguió bailando. Sus viajes, sus trabajos de fondo en teatros

más importantes, fueron suficiente como para convertirla en la figura central del cuerpo de baile.

El niño, a ratos, hacía preguntas y tiraba de las mangas de su padre para despertarlo cuando éste se dormía. Nombró a la abuela, hablaba de qué pasaría con la casa que habían dejado, y preguntaba cuánto tiempo faltaba para llegar y si era del todo imposible que viesen el mar. La chica del perro lanzaba angustiosas miradas a los paisajes, y su seno abultado, hinchado y en contraste con su menuda figura, le temblaba a cada salto del tren. Había un hombre de largos bigotes que leía el periódico, y refunfuñaba y le comentaba las noticias a otro con el que guardaba un gran parecido.

—Papá dice que...

Alicia siguió mirando por la ventana.

—Ya, ya.

En realidad no sabía qué había dicho su padre, se había quedado ensimismada pensando en todos aquellos acontecimientos. Ahora le parecía ver las luces de ese teatro, los decorados bastante miserables en relación con los que ella había conocido, las pocas manos que aplaudían. Pensaba en la madera tras el escenario, que crujía un poco y resultaba de lo más inconveniente, y pensaba en la forma sumisa y obediente que tenían de tratarla las otras mujeres, porque ella había pisado lugares que ni siquiera podían imaginar, había bailado junto a maravillosos artistas y se ruborizaban cuando querían hacerle una pregunta al respecto. De todos modos, muchas eran más jóvenes que ella, y habían ido desapareciendo. Conseguían mejores contratos, conseguían ascensos y se despedían con la cabeza llena de sueños, de planes, de esperanzas. Y aquello no estaba mal, pero llegó una de las primeras veces en las que Alicia de verdad se arrepentía de algo. Y se dijo que igual no había tomado la decisión correcta. Que ese sitio un poco burdo y anticuado no era la mejor de las opciones, y que debía haber pensado con más calma lo que decidía, sobre todo si tenía esa trascendencia en su carrera. Lo había dejado todo por un hecho absurdo, por una casa. Pero esa casa no era su padre, y por mucho que allí se repitieran situaciones que había vivido con él, o simples escenas —como cuando se quedaba en su sitio del sofá, leyendo el periódico, acariciándose la barbilla—, el mero hecho de vivir allí no le traía la felicidad. Había sido un consuelo instantáneo, de un segundo, una especie de alivio y tributo a la memoria de alguien que había desaparecido. ¿Qué hacía allí encerrada, dejando a un lado todo por lo que había trabajado tanto,

sus ansias de crecer?

Hacía dos años y medio que su padre había muerto. Alicia lo extrañaba, y estar allí, a diferencia de lo que se había imaginado, no la reconfortaba. Bailaba ya sin ganas, sin sentir que hacía algo importante, como si el golpe que se había dado al precipitarse a espacios inferiores le hubiese dañado un ala, y ésta quedase rota para siempre. Y despertaba deseo, incluso le habían colocado una corona, pero ya no lo disfrutaba como antes. Habría querido cambiar las cosas... Pero el tiempo había pasado. Había pasado por varios motivos. En principio, porque había querido mantener un poco su palabra, o el empeño con el que había tomado su decisión, radicalmente opuesta a la de su madre. Por otro lado, tenía miedo de intentar colocarse de nuevo, pues en su trayectoria tenía que incluir aquel último trabajo. Y si bien podía explicarse por un duelo —aunque esa explicación quizá no valía tanto como ella se creía—, cada vez pasaba más tiempo y su justificación se iba debilitando. Y aunque no sentía ni el menor rastro de remordimiento por la manera en la que había cortado su relación con Sandra, y en la forma en la que le había dicho que no pensaba volver, sí le inspiraba más respeto la decisión de Stöhr. Sabía que era una mujer dura, y quizás no estaba dispuesta a incluir a esa bailarina cuando a ella le viniese en gana. Por ese motivo, su carácter caprichoso tuvo que contenerse en esta ocasión, pues esa negativa dulce, terriblemente dulce, con la que Sandra le habría comunicado la decisión de su madre —una negativa cuyas palabras ya podía imaginar—, le resultaría demasiado humillante como para exponerse a ella.

No obstante, en su casa había un contraste bastante obvio. Mientras ella se volvía más apagada, cansada de estar en su antigua habitación, insatisfecha con lo que hacía, su madre había cambiado de otro modo. Había hecho nuevas amigas a raíz de las conversaciones del pésame, se ponía guapa y pasaba horas y horas fuera de casa, había empezado a reírse, a sonreír, y parecía rejuvenecer. Incluso su espalda, que se había curvado, empezaba a enderezarse de nuevo. Esa situación, esa alegría que la hacía brillar más, creó cierto resentimiento en su hija. ¿Cómo era posible que esa muerte y el dolor derivado de ella le hubiera destrozado la vida, y que sin embargo hubiera mejorado la de su madre? Hacía muchos años que no la veía tan feliz, quizá nunca la había llegado a ver así. ¿Qué significaba eso? Y Alicia se había puesto furiosa, y habían llegado a discutir. Estaba tan enfadada, se había vuelto tan irascible. Se creó en ella la conciencia de un espíritu de sacrificio que odiaba, porque ella no era así, nunca había sido así, y lejos de

enorgullecerla, le asqueaba saber que había sacrificado tanto y tan rápido a cambio de nada. Empezó a sentirse sola, triste, y en una emoción de adolescente incomprendida, respondió a los primeros abrazos que se atrevieron a estrecharla, aquellos que no se contentaban con esconderle las zapatillas, sino que, como adultos, se habían acercado con decisión.

Su carácter, su frialdad con los demás, que frenaba los impulsos ajenos como quien arrancaba una hoja, había sido siempre un rasgo distintivo. Como una rosa, se exhibía frente a todos y coleccionaba sus miradas, sus labios que se plegaban y buscaban qué decirle, y seguía moviéndose y mostrando su melena dorada sin que siquiera fuera necesario dar un paso hacia ellos. En parte se justificaba, porque no podía evitar enamorar a alguien, no podía evitar ser hermosa y que la persiguieran. En parte, también, lo sabía y lo explotaba, aunque su distancia parecían otorgarle un papel de simple espectadora. De todos modos, ella disfrutaba de sí misma, de su cuerpo y sus sensaciones, y después guardaba su figura intacta para que nadie pudiese arrogarse el mérito de tenerla, para que nunca un par de ojos dejaran de observarla como una exótica flor. Los quería a todos y todos a la vez, quería todas las emociones arrojándose sobre ella, quería todo el deseo, no cedía ni un instante ante nadie. Y ese juego continuaba día tras día, año tras año y en todas las ciudades que pisaba, dejando una estela como de reina que nunca se iría, como un mordisco en la piel que nunca curaría. No sabía si estaba hecha para amar, y nunca le había preocupado demasiado. En todo caso, sólo había dos opciones para que aquel modo de obrar terminase: amor o aburrimiento. Una vez se cansase, cambiaría sus tácticas, cambiaría su enfoque, y encontraría otra fuente de placer que la colmase. Si se enamoraba... Ése era otro tema al que no quería asomarse, por el profundo desconocimiento que tenía de ello. No había más posibilidades, Alicia lo sabía y dejaba que la vida se desarrollase sin molestarse demasiado, atenta a los detalles del día a día. Claro que su tranquilo y fácil esquema no podía prever todo lo que había ocurrido, y de repente se veía donde no quería estar y en unas condiciones que tampoco le gustaban. Se encaprichaban de ella, la ciudad entera ensalzaba sus atributos, pero esa sensación tan desagradable, y esa incapacidad para analizar y comprender, para ser benevolente, para perdonar, empezaba a devorarla. Se olvidaba de los admiradores, se olvidaba de todo. Quería volver incluso a la horrible pensión, a la cara de boba de la señora H, quería volver a escuchar cómo Sandra la llamaba muñeca, quería volver a paladear aquella confesión en una azotea helada.

Un hombre alto, de cara alargada, se dirigió a ella sin palabras de amor, sin grandes frases ni flores ni bombones. Traía un colgante dorado, y se coló en su camerino para felicitarla por la actuación de aquella noche. ¿Qué iba a hacer ella? Confió en esos ojos, que eran más claros que los suyos, y dejó que la besara y recibió todos sus halagos como un brillo fúnebre, viejo, de algo muerto. Ya no le interesaba bailar, había empezado a odiar ese teatro. Se casaron, y eso parecía haber sido todo.

Alicia se miraba las manos, donde tenía la alianza —porque no podía permitir que se perdiera durante el viaje—, y en ciertos momentos aún parecía sorprenderse. Se casaron, ¿cómo había sido eso posible? ¿Por qué, y por qué con él? Movi6 sus ojos y vio su nariz recta, su ceño fruncido, sus generosas cejas. “Éste es mi marido”, parecía decirse, como para convencerse de algo, y el traqueteo del tren hacía que se marease. La imagen se distorsionaba, se cambiaba. Alicia no quería ver la boda, no quería ver su vestido blanco, ni las flores ni los lazos ni el banquete. No quería ver a esa estúpida niña que llevaba las arras, que era su sobrina política y era una especie de bicho maleducado que chillaba por todas partes. Con el velo sobre la cara, parecía una muerta por su tez blanca. Eso le había parecido a ella, pero habían sido muchas las conversaciones en las que se hablaba de la novia, de esa auténtica belleza toda rodeada de tela blanca.

Alicia despertó, o más bien, abrió los ojos. La luz era intensa, y le parecía que había estado soñando. Pero allí estaba él, allí estaba el hijo, allí su alianza. Le parecía extraño que la gente hablase de amor como si se tratara de un sinónimo de matrimonio. ¿Sentía amor? ¿Lo había sentido? Creía que no, casi estaba segura de que no. Y no comprendía que ella, que tanto había triunfado, que tanto había gobernado, hubiera llegado a casarse de la manera en que lo había hecho, con ese ánimo torpe, atolondrado, con tanta prisa y sin reflexión alguna, con un hombre que parecía mirarla como si fuera una prostituta rescatada de la calle. Él, que tenía estudios, y ella, que era bailarina. ¿Por qué alguien se casaba con una prostituta? Suponía que sería por amor, por una lujuria que los atormentaba, por asegurarse una mujer al lado. ¿Se callaba una prostituta? Miró a su marido, y estuvo a punto de preguntárselo.

—¿Crees que una mujer casada que ha sido...?

Miró al niño, y se calló. Para evitar que le echase en cara la falta de instrucción, para que no la llamase ordinaria, había aprendido a cortar sus preguntas antes de terminarlas.

—¿Cómo dices?

—Nada, nada. Me he olvidado, acabo de despertarme.

—Pues yo sólo me he quedado un minuto y tengo un dolor de cuello que no lo aguanto.

Alicia habría hablado de ese dolor de cuello, de no ser porque no le importaba en absoluto. ¿Qué le importaban las prostitutas? Él nunca le había dicho nada semejante, pero desde que todo había cambiado había aprendido el dulce arte de martirizarse, y así la vida adquiriría un matiz más azulado. “A la luz del sol se vuelve verde”, y esa ocurrencia le resultó divertida.

—¿De qué te ríes? —preguntó su marido con una sonrisa. Cuando sonreía le parecía un estúpido integral.

—De algo que he soñado, no importa.

—¿Qué es? Venga, dínoslo.

Alicia cerró los ojos como dispuesta a dormirse de nuevo, y toda posibilidad de hablar se zanjó en ese mismo momento. Con su vestido crudo y los cabellos peinados estaba absolutamente preciosa. La boca se le relajaba al cerrar los ojos, y el labio superior se subía un poco y parecía esperar un beso que la despertase.

La relación entre ambos había sido cordial durante los primeros meses. Alicia se había trasladado a una casa repleta de alfombras anaranjadas, y su marido podía permitirse la generosidad de mantener la casa paterna. Alicia se habría vuelto loca si, después de todo, aquella propiedad se iba a otras manos, aunque su capacidad de autocompasión le hacía gritar a veces “Qué más da, total, ya lo he perdido todo y eso sólo es una casa”. Sin embargo, mantuvo cierta estabilidad durante aquel tiempo.

Las noches con su marido tenían un punto especial. Alicia, que parecía vivir del puro deseo, observaba los delirantes ojos del hombre y los absorbía febrilmente. Le gustaba que repasase todo su cuerpo y se perdiera en él, le gustaba aquella excitación que parecía dominarle por completo, y la imagen de su miembro erecto que la buscaba y la codiciaba como si fuese el único antídoto para aquellas horas de pasión. Ella disfrutaba y se dejaba llevar por aquel loco placer, desfallecía con los cabellos revueltos y sintiendo las fuertes respiraciones de su marido. Pero era bailarina, o lo había sido, era el centro de un espectáculo. Se desnudaba lentamente para él, daba vueltas y jugaba a tapar y mostrar sus encantos, hacía que aquella mirada masculina se agotase recorriéndola y se desesperase en la espera. Luego estallaban, ascendían, Alicia brillaba y las gotas de sudor que pasaban entre sus senos se

mezclaban con los mordiscos de su marido.

Y lo abandonó todo. Por esas noches, por esa vida, por huir de la otra. Abandonó su trabajo, se despidió para siempre de aquella profesión que la había hecho tan feliz. Todos los días se centraban en su vida de casada, y se creyó afortunada, se creyó dueña de una rutina magnífica... hasta que también eso consiguió aburrirla.

A ojos de la ciudad, era un ejemplo magnífico. Era hermosa, reservada, y vivía tranquilamente en su matrimonio. Todos esperaban la llegada del hijo, y ella creía en una especie de plan bien trazado, aquél que la había empujado a casarse en el momento exacto para salvarla, y ese mismo plan evitaría de todos modos que su existencia fuese rasgada por la llegada de un hijo. No tenía ganas de ser madre, los niños le parecían sucios y pesados, y desde luego no pretendía deformarse el cuerpo por gestar a nadie. Su marido le preguntaba, y se sentía satisfecho si ella también lo estaba. No tenían prisa, no hacía falta. Él observaba las otras parejas, observaba los vientres hinchados y mal disimulados, veía a los niños que llevaban el nombre de su padre, de su abuelo, veía las niñas con las cabezas llenas de tirabuzones que eran el vivo retrato de sus madres. Tenía ganas de ser padre, era posible. En su estructura firme, en su rostro serio, albergaba un instinto paternal que no encontraba un espíritu afín en su esposa. En ciertos momentos se agobiaba pensando que quizá no fuera posible, por uno u otro motivo, y después veía a su mujer que miraba tranquilamente a través de la ventana, y se relajaba. La deseaba, la amaba, y ella parecía ausente y se perdía a saber dónde. Él se sentaba en otro sitio, leía el periódico, abría cartas y guardaba silencio. Alicia le lanzaba una mirada de reojo que él no percibía, y luego suspiraba con cierta rabia, viendo cómo las hojas se volvían más amarillas y cómo otras empezaban ya a caerse. Bebía un poco, porque le habían dicho que el agua le hacía depurarse el cuerpo, y se había vuelto una adicta. Siempre tenía un vaso de agua entre las manos, y a través de ella se dibujaba el tembloroso contorno de sus dedos sin alianza, porque había decidido que le molestaba en su día a día. “¿Por qué te crees esas cosas?”, decía él, que veía vasos y vasos por todas partes, y empezaba a protestar porque aquella manía y cómo afectaba al orden de su casa le ponía de los nervios. “¿Por qué te crees esas cosas?” Pero Alicia no contestaba. Se quedaba callada, mirando a cualquier sitio, y apenas oía la voz enfadada de su marido, que pensaba en los nueve, en los diez meses de su matrimonio, y que ya podrían haber tenido un hijo. “Todo lleno de vasos”, decía, y los recogía él

mismo con una estridencia forzada, por si los sonidos agudos del cristal hacían despertar a su esposa. Entonces ella se daba la vuelta con el ceño fruncido, y él bajaba la mirada. Sus ojos marrones, las dulces facciones de su rostro, era algo con lo que no podía competir. Ella parecía realmente tranquila, parecía no tener prisa. ¿Y si en realidad no quería aquello? Él siempre había creído que toda mujer quiere ser madre, y nunca había sacado un tema que consideraba, a todas luces, ridículo. Volvía a sentarse y seguía leyendo, seguía rasgando sobres, cruzaba las piernas y esperaba a que llegase la noche.

Alicia también la esperaba, porque entonces se transformaba en un ser mitad de agua y mitad de aire, que le aliviaba aquellas preguntabas que la aturdíán durante el día. Porque, en realidad, ¿de qué servía ser ella, sentirse hermosa y haber triunfado, si ahora se entregaba sólo a un hombre? ¿De qué servía todo lo que tenía si nacía y moría en él, si nadie más podía llegar a verlo? ¿Para qué era el sexo, si sólo lo compartía con su marido? Alicia se había sentado con la barbilla sobre la mano derecha, y buscaba el motivo de ese fondo gris que había teñido los días. Era ella, por Dios, era ella. No le bastaba con dos ojos, con dos manos. Ella valía mucho más, necesitaba constante deseo y constante aplauso. Su marido conocía todas sus formas, cada centímetro de su piel, y la cálida confianza que se establecía en su dormitorio no era suficiente. Quería más, quería un absoluto misterio sobre su cuerpo y quería corazones que se volvían frenéticos mientras lo descubría. Necesitaba desnudarse para unos ojos desorbitados, necesitaba que unos brazos temblasen al abrirse para ella, dudando si se entregaría o no, dudando hasta dónde llegaría el delirio. ¿Qué había sentido ella, qué sentía ella? — Alicia se levantaba, posaba el vaso de agua con un gran golpe, subía corriendo las escaleras y se ocultaba en algún rincón de la casa—. ¿Qué era el amor, el cariño, el afecto? Llevaba sus emociones al extremo, las estiraba, las arañaba, los ojos se le llenaban de lágrimas y se colocaba ante un espejo. Se arrodillaba ante él, se soltaba el cabello, y se contemplaba como una mártir repleta de pasión coartada, hermosa en su iris brillante, en esa desesperación que ella misma pintaba. Quería jugar con los efectos que los sentimientos ejercían sobre su imagen, y luego se tiraba sobre el suelo y elevaba un poco la espalda, y su belleza se volvía más plástica y la tristeza parecía tan solo el efecto de una cara congestionada. Después se sentía tonta, se sentía ridícula. Nunca nadie se había acercado tanto a los vaivenes de su corazón, a los golpes de su cuerpo. Era vista como una masa hermosa y neutra, apática, fría,

y los recovecos de su existencia permanecían únicamente fieles a su mirada. Ahora se descubría, se plasmaba, se llenaba de colores y podía forzar juicios y opiniones. De la estatua a la persona humana, Alicia desnudaba, tras un considerable recorrido de experiencias, el funcionamiento de su atolondrado cerebro y sus sentimientos. Pero su marido aparecía, y ella empezaba a peinarse rápidamente, sentada en el suelo.

—¿Qué haces ahí?

—Se me ha deshecho el peinado y estoy arreglándolo.

—¿Por qué lloras? Tienes los ojos rojos. Ven, te voy a secar la cara.

—ECHO de menos a mi padre.

Ésa era la frase que siempre repetía. Alicia no desdeñaba la mentira, pero aquello era sólo una media mentira, y creía que esa práctica purificaba un poco su alma en relación con la otra posibilidad. Entonces él se sentaba junto a ella, la abrazaba y le daba caricias. Ella se sentía una niña, se sentía enredada en un amor ajeno que le salpicaba los párpados. En ese estrecho envoltorio, ambos respiraban y ella sentía el aliento de él, que la asfixiaba. ¿Cómo podía no darse cuenta de que le estaba echando el aliento en la cara, que era cálido y húmedo, terriblemente desagradable? Olía a tabaco y eso también la repelía, y salía de aquel abrazo proponiendo cualquier cosa, normalmente salir a la calle. “¡Claro!”, acogía él con entusiasmo, porque habría hecho cualquier cosa porque no volviese a llorar. Se arreglaban, salían. Caminaban cogidos del brazo, y Alicia parecía una virgen blanca y radiante, con la cara seria que siempre llevaba.

CAPÍTULO II

El primero en gritar había sido el niño.

—¡Llegamos! ¡Llegamos!

—No grites tanto —le había contestado su madre, que arrastraba un dolor de cabeza intenso por no haber bajado de ese tren en tanto tiempo. El zumbido de las vías se le había metido en los oídos y no podía deshacerse de él. Además, su cuerpo parecía haber adoptado los movimientos como propios, y no estaba segura de si podría ponerse en pie sin marearse. Su marido le ofreció el brazo, y el hijo se puso delante de ellos. Tras un pequeño trayecto en coche llegarían a la casa que habían alquilado, lejos del teatro y del lugar donde Alicia había vivido, pero el mismo sitio, el mismo lugar.

Tras el primer año de matrimonio, Alicia había decidido hacer algo. Pensaba qué posibilidades tenía, qué distracciones podía tener, cuando notó dos ojos que la miraban, dos manos que se entrelazaban nerviosas, y acabó enredándose a ese cuerpo en una cama que no era la suya. Lo pensaba con frialdad, impassible, con tanta rapidez como guardaba de aquel recuerdo. Podía eternizarse detallando cómo habían empezado a hablar, cómo había desplegado todo su coqueteo y cómo él se demoraba buscando la manera de cortejar a esa preciosa mujer. Pero ella era una mujer casada, tenía poco tiempo, su timidez íntima se había evaporado. Sobre todo, le apetecía verse reflejada en otros ojos, le apetecía sentirse deseada y que aquel deseo tuviera un punto más de histeria por tratarse de algo secreto, de algo prohibido, de algo que debía ser rápido, limpio, impecable. “Como un buen bordado”, se le ocurrió, pensando en su madre que cogía las colchas y le cosía sus iniciales.

Pasaron cinco años. Cinco años eternos, inmensos. Ahora le parecía increíble que hubiera sobrevivido a esos cinco años. Miró a su marido y él la miraba a ella. Él parecía hablar de cambio, de familia, de futuro. Ella le preguntaba cómo era posible que no se hubieran matado. Pero uno sonrió y la otra tuvo que responder a esa sonrisa sin comprenderla. Tenía algo siniestro, si así contestaba a su pregunta. De todos modos, nunca se les había dado bien hablar, menos aún comunicarse sin palabras.

Entonces Alicia apartó la vista. Era curiosa la manera en la que podía pensar en su primer amante, descuartizarlo y mirar a su marido y todas las caras de esos cinco años en un segundo. Claro que el primero nunca se olvidaba. Alicia había vuelto a sentirse como deseaba sentirse. Veía temblores,

inseguridades, los ojos muy abiertos que la miraban como intentando despertarse de aquello. Era más joven que ella, y Alicia se divertía pensando que quizás fuese su primera mujer, y que dejaba en él una huella de la que nunca podría escapar. Claro que su encanto no era suficiente como para repetirlo, y no había vuelto a cruzarse con él. ¿Qué había de las mentiras y las medias mentiras? A ella misma intentaba decirse la verdad, y la emoción que perduraba en sus miembros cuando hubo llegado a casa le hizo susurrarse, muy bajo para que ni siquiera las paredes se enterasen, que aquélla no sería la última vez, ni mucho menos.

Podía recitar nombres, como una niña recitaba los de sus muñecas. Nombres que llenaban cinco años... Y entonces, el embarazo. Pero el coche devoraba las calles de aquella ciudad, y Alicia se sintió en la obligación —una cuestión casi de modales— de mirar a través de la ventanilla y ofrecer sus ojos a esos viejos rincones que ya conocía. Los miraba y los saludaba en silencio, entre las preguntas y ocurrencias del hijo, entre las anotaciones que su padre le ofrecía. Pasaron por uno de los costados de la gran alameda, y esto supuso un nuevo soplo de aire para Alicia, y pensó en el verde y en los senderos de arena, pensó en los colores y los aromas y estos se fueron mezclando en su imaginación, y por un segundo se sintió más joven, más fuerte, más viva.

—¡Un parque! —gritó el niño, y Alicia intentó no escucharlo. Estaba lejos del coche, lejos de su marido, diez años atrás. Ni amantes, ni piernas entumecidas, ni pechos hinchados. “Entonces era capaz de comerme el mundo”, se dijo, y pensó por qué ahora no entendía que aquello hubiera cambiado. “Todo pasa tan rápido...”, empezó, apoyando la cabeza hacia atrás. “Ni siquiera nos damos cuenta de lo que hacemos”.

Era imposible no pensar en la pensión, en Berta, en las ruidosas que se quejaban de amores y se inventaban la mayoría de ellos. En las hermanas y sus cabellos cortos, en la estirada con la que nunca había hablado. Pensó en los ojos arrugados de la señora H, en la terrible niña que se paseaba con los cabellos negros y quemados. Todo parecía seguir igual, y tenía la sensación de que era por ella. Se le ocurrió que la ciudad se había quedado en suspenso, que las vidas que allí existían se habían quedado colgadas en el aire y habían estado esperando su regreso, un regreso que les permitiese respirar, cambiar, desarrollarse y recibirla con todos los honores. ¿Qué era aquello de los honores? Alicia pensaba en brindis, pensaba en cenas elegantes repletas de oro y plata. Como una niña, cerraba los ojos y abandonaba esos modales que antes se había impuesto, entregándose a fantasías que poco a poco se le

escapaban, a veces por mezclarlas con elementos de su vida real y a veces por no entender lo que en verdad deseaba. En todo caso allí estaba, había llegado, y el coche la obligó a salir de su ensimismamiento cuando frenó del todo.

—¡Ya estamos!

Se trataba de un piso alto, grande, con muchas ventanas y una bonita terraza. Lo primero que hizo fue asomarse a esa terraza de piedra, posar sus manos y aspirar aquel aire del que llevaba tanto tiempo separada. Quiso sentirse feliz, quiso que aquel gesto borrara todo de lo que escapaba y que le devolviera una alegría y una dureza antiguas. Sonrió con los labios, dejó que aquel viento otoñal le diese en la cara, le golpease las mejillas y la frente, que le hiciese volar los cabellos sueltos. Se llevó una mano a su melena dorada y se quitó las horquillas, deshizo los entrelazados caminos de sus mechones. En el suelo rebotaron aquellos filamentos negros y, como la hierba que se estremecía, sus cabellos empezaron a volar movidos por el viento, locos y hermosos, y sus dos párpados fríos se abrieron y el aliento del aire le tocó directamente las pupilas, los círculos castaños, que se abrían como quien abre una nuez y se arroja al contenido. Sintió un olor dulce, tranquilo, y una lágrima se le escapó por culpa del viento y murió lejos de su piel, arrancada de ella por el aire, evaporándose, desapareciendo. Querría desnudarse, subir a la barandilla y saltar al vacío, flotar y revolcarse como una salvaje que pisa la civilización por primera vez, romper su vestido y que el viento le acariciase directamente las piernas, esas piernas blancas, duras, fuertes.

Rompía con todo. Yendo allí, rompía con su ciudad, con la casa paterna, con la infancia y la muerte, con sus decisiones de otro tiempo. Rompía con el pobre teatro que tenían, con Julián —su primer amante—, con Luis —el segundo—, con Diego y con Carlos. Rompía con ellos y con algún otro, pero el viento le daba en los oídos y no podía pensar con claridad. Entonces se le ocurrió una idea, algo que ya se había dicho antes, pero que ahora los elementos parecían asegurarle, corroborándolo en su intenso rugido. “Los amantes son como los maridos”, se dijo, y se apartó un mechón de la cara, “Sólo que ellos tienen libertad, y nosotras con ellos”. Recordó cómo ignoraba a Julián cuando volvía a buscarla, cómo se encaprichaba e Luis y él de ella, y se veían en la casa de él, en la suya, en un hotel cuando no tenían más opción. Era cruel presentarlo a su marido, era cruel que trabasen cierta amistad, y hacerle el amor en cada esquina. Pero, ¿qué pasaba con los hombres? Eran repetitivos, perdían el interés, y ella también. La rebeldía, el placer y la brutalidad se volvían monótonos, y fue un acuerdo olvidar sus relaciones, que

él se casase y se buscasen otros entretenimientos en otra parte. La amistad también se acabó, y su marido hablaba de la constancia, de la lealtad, de la mala educación. Ella se callaba y hacía algún esfuerzo, inventaba maneras exóticas, bailes, se compraba todo tipo de prendas, y se esforzaba y él preguntaba por qué tanto adorno, si eran él y ella, marido y mujer. Sin embargo lo preguntaba como quien tiene una idea prefijada y luego la ve desbaratarse, una duda casi existencial que salía y dejaba en el aire, disfrutando sus equivocaciones, sus errores. Alicia perdía el interés, pero era prudente y a esa prudencia, a esa apariencia, ayudaba su cuerpo jamás cansado, su pasión por sí misma, su propio deseo, ese apetito ardiente que le hacía atender todas las citas que quisiera imponerse. Y ello, por supuesto, lo respaldaba que nunca hubiera sentido afecto por sus amantes.

Julián, Luis, se borraban y no volvía a pensar en ellos. Tampoco quería algo distinto, y Diego la abandonó a ella porque se había cansado de esa historia. Sin más, con una voz melosa, azucarada, le explicó que quería algo distinto, algo más y con alguien que estuviera en su situación. Le dio un beso en la frente, como una niña, y cerró la puerta despacio, casi con un murmullo. Alicia aún veía esa espalda de chaqueta negra yéndose, el puño cerrado, y ella con una bata blanca de flores rojas, con los cabellos sueltos y los labios pintados de rosa. Le había dolido no porque él se fuera, sino porque ella necesitaba sentir que seguía siendo ella, aquel objeto de admiración, aquella mujer única, radiante. Lo inteligente, quizás, habría sido esperar para demostrar que eso no le dolía, que no le afectaba, en lugar de lanzarse a otro hombre para demostrarse todo lo que de ninguna manera sabía demostrarse. Su falta de recursos, su torpeza intelectual, y Carlos terminó fuera de la ciudad por cuestiones de trabajo, y quiso pintar una hermosa escena de despedida donde le prometía su regreso y le hablaba incluso de amor. Jugaban, jugaban con la vida y su relación, con las novelas y las historias de amor. Jugaban y Alicia extendía sus piernas sobre la cama, para que le hablase de cómo recordaría su piel, de cómo la cubriría de besos a su vuelta. Era un teatro, un teatro mediocre y con dos malos actores, porque él era estúpido y ella bailarina, no sabía corresponder con palabras, con expresiones en su rostro, pero él se fue y ella se quedó pensando si había sido verdad, o al menos, la cantidad de verdad que podía haber en ello.

Después, su embarazo. Casi al instante, sus sospechas y la confirmación. ¿Qué había sido del plan? Del plan, ese plan que evitaba los acontecimientos hasta que fueran necesarios, hasta que ella los desease. ¿Por qué tan rápido?

Y Alicia se paró a pensar, y vio que habían pasado cinco años. Cinco años, largos, idénticos, tibios. Alicia no sentía interés por los niños. No quería que su cuerpo cambiase, y le daban pánico los dolores, las consecuencias, su belleza tergiversada por una gran bola donde guardaba algo que no sabía ni cómo se creaba, ni cómo se desarrollaba. Tendría una cavidad donde él se alojaría, y se conectarían por un tubo de sangre y carne. Eso le parecía asqueroso, burdo, prehistórico. No quería conectarse con nada, no quería un tubo en su cuerpo que llevase nada de ella a esa forma acuática, extraterrestre. Se lo imaginaba calvo y blando, como los hámster cuando nacían. ¿Por qué tenía que llevar eso dentro? ¿Por qué le tocaba a ella? Le daba miedo, la angustiaba, no sabía exactamente qué le pasaba dentro y eso iba creciendo. “El feto”, pensaba, y esa palabra le inspiraba una fina aversión, punzante. No quería ver que le crecía dentro, no quería notarlo, no quería sentir patadas ni cambios de posiciones. Se imaginaba un sonido líquido y esas piernas encogidas moviéndose, enredándose con el tubo que los unía. ¿No había otra manera de hacerlo? No podían tenerse fuera, haciéndose en otra parte, pero no en su cuerpo, por Dios, no ahí dentro, en lo único que era suyo. Y, ¿qué pasaba con su vida? ¿Dejaría también de ser suya? Sentía pánico, pensaba en el parto, en el dolor, en el imbécil de su marido que estaba feliz y le tocaba el bulto con una sonrisa. “¡Quédatelo!, ¡hazlo tú!”, y se iba nerviosa y subía y bajaba las escaleras sin saber adónde ir. Una vez una amiga, otra bailarina del segundo teatro en el que habían estado, se había quedado embarazada. Ella se dedicaba a dar saltos desde las sillas, porque le habían dicho que eso ayudaba a perderlo. Alicia se había subido a una silla, pero había frenado justo antes de saltar. No quería tenerlo, no quería seguir con ese suplicio, pero también le daba miedo un aborto. No sabía cómo sería, si sólo vería sangre o podía salir algo que ya tuviera forma humana, un cacho de brazo, un pedazo de mano, como los coágulos que a veces se limpiaba con la menstruación, pero estos de la carne de su hijo, de la suya, manchándole las piernas. ¿Podía ser carne del tubo? ¡Qué asco! Y pensaba en saltar y después intentar desmayarse, para no sentir cómo salía, cómo se iba, para no tener que ver nada y que otros la limpiasen. Sobre todo, quería no saber nada de ese ser extraño, y preguntaba a los médicos cuándo eran miembros de feto y cuándo eran sólo fluidos, y no lograba decidirse. “¿Por qué esa pregunta?”, era la madre, tenía derecho a saber lo que quisiese, y se ponía nerviosa por si alguien adivinaba que quería ponerse a dar saltos. También sabía que las caídas eran peligrosas, y ella tenía unas magníficas escaleras en casa. Pero si

se tropezaba podía hacerse daño, podía desgarrarse los codos, partirse el cuello, matarse por deshacerse del intruso. ¿Merecía la pena? Y Alicia diseñaba planes para que se fuese de ahí, temblaba y lloraba de miedo, y los meses avanzaban. El bulto creció, se colocaba sobre los muslos como una masa que se imaginaba repleta de sangre y agua. A veces sentía náuseas, le costaba comer, no lo entendía y su marido hablaba de ataques de pánico.

La encamaron. La barriga crecía y ella estaba en la cama, con toda clase de cuidados. “Nunca más”, le dijo a él, y no supo si le hablaba de hijos o de sexo, pero le acarició el pelo y asintió para tranquilizarla.

La dejaron sola, y se puso de pie sobre la cama. Descalza, la protuberancia le tapaba un poco las piernas. Cerró los ojos y saltó con todas sus fuerzas, con las manos sobre la cabeza para no golpearse con la lámpara. Aterrizó en el suelo, y la llegada fue tan violenta y tan poco equilibrio tenía en esa postura, que tras caer sobre los pies cayó sobre las rodillas. Le dolieron, pero en esa misma postura se levantó la falda del camisón, se bajó la ropa interior, y se quedó mirando qué pasaba. Ya esperaba sangre, pedazos de lo que fuese, y sin embargo, no había nada. “¡Menudo método!”, se dijo, y volvió a acostarse en la cama. Entonces, la perspectiva de un parto se mostró ante ella como algo muy real, como algo de lo que no podía huir.

El parto... Alicia apretó los párpados, se mordió el labio. No volvería a pensar en eso, nunca más. Había sido la peor experiencia de su vida, la más traumática. El recuerdo del dolor, de la sangre, de los cabellos pegados por el sudor. No, no podía recordarlo, se desmayaría allí mismo, y quizás se precipitase sobre la calle llena de vida. Y la vida, que era eso... ¿Por qué no había decidido Dios que los niños fuesen recogidos en la orilla del mar, con espuma en los ojos? ¿Por qué no podían caer de un árbol, como frutos maduros? Agitaría feliz todas las ramas del mundo para que los niños cayesen, pero no volvería a pasar por eso, le parecía espantoso haberlo sufrido una vez. Y, además, había sido un niño. Acababa de nombrar a Dios, y pensó otra vez en Él, en Ella, en lo que fuese. ¿Un niño? ¿De verdad? Hablaba con Dios, se lo preguntaba a él porque no sabía a quién más preguntárselo. Se dirigía al universo, a lo que fuese que había sobre ellos —y pensó en nebulosas cubiertas de estrellas de planetas— y que no conocía. Pensó en el destino, porque creía que el destino sí existía, y le preguntó directamente por qué todo aquel calvario no había podido traerle una niña. Si existía un Dios, si alguna vez lo veía, ¿se quedaría impresionado con su belleza? Alicia se imaginaba poderosa sentada en sus rodillas, y la

imaginación le trajo a ese primer amante, con cara de crío un poco atontado, y le pareció una idea divertida. Y podía quedarse allí, pensando en qué creía y qué no, pero era un tema que la abrumaba. Con el rostro serio y el aire golpeándole la cara, abrió los ojos y sintió que todo eso estaba en sus manos, la vida de su marido y de su hijo, su nacimiento, su forma, el devenir de aquellos sentimientos en los que ella gobernaba. Y aun así no sentía dependencia hacia ellos, no sentía más que un peso que iba borrando poco a poco lo que ella era.

Se sentía usada, gastada. Se sentía mayor, con los tejidos flácidos, con las mejillas hundidas por el esfuerzo. Su hijo llevó el nombre del padre, y por más que lo mirase no encontraba ningún rasgo suyo. Empezaba a nacerle el pelo, y era oscuro. Tenía una nariz como aplanada, la barbilla parecía que iba a ser puntiaguda, como si señalase algo. Hacía burbujas de saliva sobre el labio inferior, y Alicia no entendía qué tenía aquello de tierno. Vomitaba continuamente, y ella se negaba a cogerlo en brazos para evitar esos incidentes, y por esa maldita manía de tirar del pelo. Lo cogía entre los dedos, cerraba fuerte la mano y tiraba. ¡Qué tontos eran! Y su padre dejaba que se lo hiciese, se reía a carcajadas y le ofrecía directamente la cabeza. ¿En qué se había convertido ella? En esposa, en madre. En mujer vulgar, típica, con amantes que la habían descubierto y ahora quizás ya la habían olvidado. Era simple, había pasado un embarazo, había rebasado el límite de la verdadera juventud. Se entregaba a quien le llamase la atención sin más preámbulos, huía de las amistades y era considerada una antipática a la que su marido paseaba de vez en cuando.

Alicia se angustiaba, y se repetía aquellos hechos como algo que le habían robado su trayectoria, que la habían cortado y la habían cambiado del todo. No sabía lo que quería, no sabía dónde, con quién, hasta cuándo, pero sí sabía que no quería aquello. Sintió que se asfixiaba, que en esa ciudad empezaban a hablar de ella y ya no era el precioso titán que nadie se atrevía a tocar, al que nadie se acercaba, con un velo fiero, intenso. Era la mujer que se aburría, a la que ya habían dejado, que esperaba una nueva distracción. Y lo peor es que esas distracciones se hacían tan burdas, que ni siquiera notaba deseo, ni siquiera notaba adoración. Veía un impulso sexual frío, y ella era algo más, un elemento de aquel conjunto, y los ojos muy abiertos se habían sustituido y ya no se impresionaban.

Quería irse, quería desaparecer. Quería alejarse de esa ciudad que la asfixiaba, quería ir a un sitio donde ella fuese única. ¿Se iría sola? ¿Se

escaparía? No era tan fuerte como para echarse a la calle desamparada. Además, ¿qué iba a hacer sola? ¿Meterse de nuevo en una pensión, en lo más barato que encontrase, y pasearse sin más? No tenía un plan establecido, no sabía cómo volver a recuperar lo que había sido. De momento, irse era un buen comienzo. Lo haría con su familia, maldita sea, su familia. Se irían todos juntos y después pensaría con más calma, con más espacio. A su marido era fácil convencerlo, y estaba segura de adónde quería ir. Era obvio: al último lugar que la había visto brillar; el último sitio donde había gobernado, donde había sido única.

Allí estaba. Una terraza, la ciudad, su marido y su hijo dentro. Necesitaba unos días para asentarse, para despertarse y ser consciente de que estaba allí. Tenía ganas de salir, de caminar por las calles. No era una mujer nostálgica, no pensaba en pasar por delante de su anterior alojamiento, en visitar el teatro. Ni siquiera se le había ocurrido hacer un recorrido por esos lugares, señalárselos a su esposo, contarle antiguos recuerdos. De habersele ocurrido aunque sólo fuese un momento habría sido imposible que no reviviera alguna de esas experiencias, y primero pensaría en el cuadro que le hacía Berta, después en aquella rosa que le habían dejado junto a sus cosas mientras ensayaba, que había resultado ser de un miembro de la orquesta. Cuántas cosas, cuántos momentos. Apenas había pasado allí un suspiro, pero había sido el mejor suspiro de todos. Y el viento se calmó un poco, como si su oleaje obedeciese al estado de ánimo de Alicia. Parecía que intentaba mecer sus emociones, y ahora se contuvo para que ella terminase sus recuerdos.

—Qué calle tan bonita, y qué buena vista, tan alto. —Su marido apareció y asustó a Alicia, que se había olvidado incluso de la terraza en la que estaba.

—Sé que dices que no se te da bien, pero quiero que me enseñes todo esto. Quiero que me lo cuentes todo, quiero saberlo todo.

—¿No crees que eso es un poco exagerado?

La bailarina miró a otro lado, y sintió que el viento se elevaba de nuevo, que se levantaba y le movía el pelo.

—¿Y ahora qué hacemos con todo esto? —dijo él, dando un puntapié a una de las horquillas que poblaban el suelo.

—Alguien lo recogerá. Me estaban tirando, con todo el viento.

—Me encanta cuando te sueltas el pelo. —Movié su pie por el suelo juntando las horquillas. Luego, con un último empujón, hizo que todas ellas se precipitaran más allá de la terraza, cayendo sobre la calle. Eran tan finas que parecía que se iban a quedar suspendidas en el aire. Sin embargo, se

arrojaban como una breve lluvia de metal negro, como si alguien estuviese esculpiendo un bronce oscuro y esos restos se hubiesen escapado. —Así está mucho mejor. Y nadie tendrá que recogerlo.

Alicia sonrió. Su marido hacía excentricidades como ésa sólo por conseguir aquella reacción. Eran dos niños jugando con lo estético, mientras el cielo, pálido, hacía que sus cabezas brillasen.

—Creo que voy a bajar. Quiero dar un paseo.

No era raro que Alicia hablase en singular, y su marido se hacía a un lado. En otra ocasión irían todos juntos, pero ahora quería estar sola. Él se apartaba, e incluso quería encontrar el punto atractivo a la soledad de su mujer. Como un velo que caía, la bailarina abandonó la terraza y apareció en la calle, con su ropa clara, con sus cabellos de nuevo en orden.

CAPÍTULO III

Diez años, de golpe. Diez años largos, lentos, repletos de experiencias y de cambios. Sin embargo, le pareció que una gran parte de ese lugar seguía igual. No sabía adónde ir, no sabía qué hacer. Quería pasearse como un fantasma de otro tiempo, como un recuerdo que al evocarlo cobraba vida. Aquel pensamiento tenía algo de leyenda, de cuento infantil y un poco siniestro, y quiso por un segundo que le hubiesen salido unas ojeras, aunque luego pensó que si llevase diez años dormida no podría tener ojeras de ningún modo. Miraba a los lados y no encontraba ningún rostro conocido. Quizás se hubiese cruzado con otro antes, quizás aquel adolescente de ojos verdes lo hubiese visto siendo un niño. ¿Y ella? Las piernas le flaquearon un momento, porque si ese joven era antes un niño, la vería ahora como una señora. ¿Una señora? “Diez años, diez años...” El tiempo flotaba en su mente y traía jirones del pasado, se mezclaban con el rumbo que había elegido y a ratos incluso llegaba a confundirse. Recordó, por los niños que podía haberse cruzado en otro tiempo, la fuerte impresión al coincidir con una mujer cargada de hijos, que le lanzaba una mirada lastimosa antes de cruzar la calle. Ya no recordaba cuántos tenía y su mente fue añadiendo un vástago más cada vez que intentaba dibujar la escena exacta. Esos hijos ya serían mayores, pero quizás hubiera tenido otro nuevo, para acabar del todo con su identidad. ¿Sentía ella eso? ¿Que ser madre había acabado con su identidad, con su propia persona para transformarla en algo que estaba íntimamente ligado al desarrollo de esa otra vida? Alicia respiró aquel aire fresco, y se sintió rejuvenecer. No, ella había sido más fuerte. Ella se había mantenido siempre única y sólo suya. Ella era para sí misma y su existencia guardaba siempre cierta distancia con todos los demás, y ni su propio hijo podía arañar esa burbuja.

Alicia pensaba en muchas cosas y no se decidía por ninguna. Había elementos atractivos de manera general, en los que resultaba bonito creer y nombrarlo tenía un aspecto de pura coquetería espiritual. Así, por ejemplo, invocaba el destino y le preguntaba directamente cosas, podía declararse seguidora de esas teorías que —fueran cuales fuesen— lo respetaban, y después se encontraba negando aquella patraña con esos gestos fríos que tanto la definían. De la misma manera, la existencia de un Dios flotaba en sus días como algo tibio, que a veces bajaba y a veces subía, según su estado de

ánimo y lo que el buen o mal tiempo le sugiriese. Otra creencia que había escuchado hacía unos años era la de la atracción, como si al desear algo esto se pudiera atraer, o si al pensar de manera recurrente en algo, ello ocurriera. No estaba segura de qué se trataba, y en su mente había una tortuosa explicación de ello que acababa juntando con otras cosas y la agotaba. En todo caso, tuvo que declararse creyente por un día respecto a esa última teoría, aunque no la conociese muy bien, porque quizás, debido a pensar una y otra vez en su maternidad, en la maternidad de otras y el sentido de la misma, apareció frente a ella la eterna madre, con su cara redonda, con sus cabellos morenos.

—Señora Stöhr —dijo Alicia, con su rostro inexpresivo que apenas levantó un poco las cejas. En su tono no se tradujo sorpresa, sino que parecía que alguien recitaba lo que ofrecía un libro de texto. Era ella, era una evidencia, y como tal, pareció informarla de que la había reconocido. Como si se hubieran encontrado el día anterior, Alicia reaccionó de aquella manera igual que si cruzase los brazos delante del pecho, para protegerse de esa mujer que podía estar enfadada con ella por su ácida desaparición, por todo lo que había pasado. De repente, Alicia dio un paso atrás y dijo su nombre como si necesitase guardar sus datos actuales, que estaba infelizmente casada, que venía de su ciudad que más bien parecía una aldea aburrida y sofocante, que tenía un hijo varón y que había dejado de bailar. ¿Era lícito que alguien preguntase al fantasma, al recuerdo? A Alicia no le impresionaba cruzarse con Stöhr, pero no quería sentir remordimiento por la manera brusca en la que los había abandonado a todos. Su máxima era protegerse a sí misma, que entre el placer no se colase ninguna amargura. Y algunas habían llegado, ya, y no había vuelto allí para que otras se presentasen.

—Alicia —contestó la señora Stöhr, y en su tono hubo la misma neutralidad. Era obvio que entre ambas se había formado antipatía, una por su propia culpa y la otra por verse incapaz de cambiar lo que Alicia hacía. Las dos, quietas, una frente a la otra, ni siquiera se tocaron, y la tensión de aquel encuentro parecía salpicar a todo el que se acercase a la pareja. Había que decir algo, porque si no parecería que esperaban la señal exacta, como una alarma, para lanzarse la una a la otra. —¡Qué sorpresa! —y efectivamente en su cara se dibujó una gran sorpresa, y pareció que la primera reacción, la de decir su nombre con perfecta neutralidad, fuese sólo para comprobar que efectivamente era ella a la que estaba viendo. —¿Cómo es que...? ¿Cuándo has vuelto?

—Hoy mismo —la más joven se vio en la obligación de aclarar algo, porque en el fondo siempre había estado agradecida, porque en el fondo era la persona por la que más respeto había sentido durante la última época brillante de su vida. —Fue algo repentino. Echaba de menos este sitio, y quise volver. Lo arreglamos todo enseguida, y...

Alicia se calló. Había utilizado el plural, había dicho que no estaba sola. ¿Cómo era posible que no estuviera sola? Se sintió débil, pequeña, y la señora Stöhr percibió todo eso. Su rostro se relajó, volvió a ser esa pantalla dulce y buena que lo protegía todo. Sin embargo tenía nuevas arrugas, y Alicia comprobó que lo que había pensado en su momento era verdad: ahora parecía la eterna abuela.

—¿Cómo estás? ¿Qué ha sido de ti? Tenemos tanto que decirnos... Aunque supongo que yo no soy la indicada, ¿verdad?

La mujer dirigió una mirada casi suplicante. En ese “verdad” temblaba un último alivio que quería ver, que necesitaba sentir. Le perdonaba así que no se disculpase, se lo perdonaba todo. La pregunta, todas las palabras, quedaron suspensas listas para romperse o desvanecerse. Alicia, a pesar de todas sus cualidades, guardaba una íntima feminidad que le hacía comprender cada flexión de la voz, cada gesto, todos los filamentos de la fina sensibilidad que se desplegaban frente a los ojos. Y cogió aquello y vio la oportunidad de dispensarse, la oportunidad de pasar siempre frente a Stöhr con la cabeza alta, muy erguida, digna y perfecta.

—Claro. Ha pasado tanto tiempo que ya no sabía ni cómo encontrarla. ¿Dónde está?

La señora se sintió reconfortada. Aquello lo borraba todo, decidía darse por satisfecha. Además, había pasado mucho tiempo, y el rencor no haría más que amargar algo que no se podía cambiar. Le preguntaba por ella, estaba todo dicho.

—Ahora vive en ... No le escribas, pásate a verla. Dale una sorpresa, le gustará. ¡Le gustará muchísimo! —y carraspeó un momento, como intentando frenar su emoción, el eco de la emoción que imaginaba en su hija, que de todos modos le daba algo de miedo. —Hablaba tanto de ti...

Y la gobernante del teatro tuvo que parar, porque no tenía que hacer eso. No tenía que mostrar un dolor que ya era conocido, no tenía que decirlo para arrancar más amabilidad por parte de Alicia. Era suficiente, no necesitaba más. Alicia, con esa última frase, experimentó cierta vergüenza, porque era fácil sentirse bien en la distancia, desdeñando y ocupándose sólo de ella

misma. Pero ahora, volviendo, y ahora, ante la madre que en verdad se había merecido su simpatía, era mucho más difícil. Se vio como una niña, y era imposible no verse como una niña frente a esa mujer, y miró al suelo esperando una recriminación más larga, esperando que pintase aquella huida como una tortura.

—¿Qué tal está todo?

Stöhr le puso la mano en el brazo, y Alicia levantó los ojos y se sintió de nuevo agradecida. “¿Qué tal está todo?”, y esa pregunta resumía una vida entera. Se había ido con su padre moribundo, y de repente habían transcurrido diez años. “¿Qué tal está todo?” Alicia estuvo a punto de encogerse de hombros, porque esa pregunta era terriblemente complicada. Pero estaban haciendo las paces.

—Todo está bien.

Eso era lo que podían hacer. Habían cerrado su encuentro, ya podían pasar toda una vida sin volver a cruzarse y no guardarían una sensación amarga. Podían saludarse en la distancia, y no volvería esa desagradable tensión. “Iré mañana por la mañana”, dijo Alicia, y sus ojos preguntaron a esa madre o abuela que asentía con calma. “De modo que ya no baila”, y Stöhr pareció murmurar que ése era el destino de las mujeres como ella, abandonar el sacrificio porque los años pasaban, porque otras cosas se ponían delante, y porque aquel sueño sólo permitía una corta parte de nuestra existencia.

Las dos mujeres se separaron. Ambas guardaban la sensación de haber cerrado una puerta, y era agradable y edificante. Alicia, con sus cabellos de oro, se dio la vuelta y algo pareció quedar en aquella esquina, algo como un cuadro viejo, como una sensación antigua.

La señora Stöhr volvía a casa. Venía, claro, del teatro. Seguía haciendo lo mismo, aunque en su mayoría con gente completamente distinta. Tenían otra prima dona, tenían otro bajo. El director, por desgracia, había muerto de un ataque al corazón, en su cama, solo, y al día siguiente lo había encontrado su sobrina. Su hija se había ido, habían llegado nuevas chicas más jóvenes y bien preparadas. En su mayoría eran obedientes, y ella seguía disfrutando del respeto que siempre había inspirado. Claro que a veces se burlaban de ella, la llamaban “la sargento”, hacían chistes donde ella había colocado la primera piedra de ese edificio, y declaraban que moriría en el cargo, supervisando los ensayos. Quizás fuese así, quizás llegase a morir allí mismo, exhausta de tanto perseguir a aquellos artistas excéntricos, por pelearse con unos y con otros. Y, ¿qué pasaría entonces? ¿Quién continuaría? Nadie podría hacerlo

como ella, nadie sentiría tanto amor ni permitiría tal entrega. De alguna manera, sabía que cuando ella diese su último suspiro, también lo haría el teatro. Sabía que, aunque continuase funcionando bajo la dirección que fuese, su época de esplendor habría terminado, porque ella era el alma de ese lugar y ese lugar era su alma, y una simbiosis semejante únicamente podía agonizar cuando una de sus partes moría.

Sí, había gente nueva. Claro que los bailarines se retiraban pronto, iban y venían con cierta rapidez, porque tampoco llegaban allí al comienzo de su carrera. Y aun así, conocía a la perfección el nombre de cada uno, no los confundía nunca y podía recitar el momento exacto en el que habían empezado. Claro que había ciertos elementos que no eran tan fáciles de olvidar. En sus idas y venidas por los pasillos, se imaginaba que Sandra y Alicia correteaban de un lado a otro, que oía sus risas y tenía que ir a buscarlas para que no se retrasasen en el ensayo. Sentía pasos de bailarinas, y se daba la vuelta esperando encontrar sus caras alegres, su manera de hablar y hablar sin descanso, el bonito cuerpo de Sandra cogido al brazo de Alicia. A veces se agotaba, intentaba no ver aquello, intentaba no imaginarlo más, y se prohibía su recuerdo. Pero eso era imposible, porque había sido feliz entonces. Claro que había sido feliz, viendo cómo su hija se desternillaba y cómo subía las escaleras alocada, siguiendo o seguida de su “muñeca”, continuamente juntas. Y cuando no estaban en el teatro, ella recibía a Alicia en su casa a menudo, las dos se iban al saloncito de la parte trasera o al cuarto de Sandra, y se pasaban horas hablando. A veces eran crueles, se burlaban de otros, y Stöhr escuchaba aquello y esperaba que volvieran las risas y que se divirtiesen sin parar. Porque su hija había sufrido, a ratos todavía sufría, y se merecía divertirse sin que nadie la interrumpiese con lecciones de moralidad, que criticase a quien quisiera tanto tiempo como le apeteciese, que se burlarse del mundo entero.

Eran aquellos, sin duda, momentos felices para ella. Como madre, se sentía feliz. Pero ella lo sabía todo, y aunque no lo hablasen, era consciente de lo que pasaba y Sandra sabía que su madre se daba cuenta. Quizás su hija creyese que eso podía tener un buen desenlace, pero Stöhr observaba esos días con una sonrisa y a la vez se preguntaba cuánto tiempo les quedaba así. No veía que Alicia correspondiese en absoluto a su hija... De hecho, estaba segura. Le gustaba sentirse admirada, deseada, y no sabía hasta qué punto esa niña rubia veía a Sandra como una amiga o como otro punto de placer para satisfacer su ánimo narcisista. Ahora, después de lo que había pasado,

después de cómo se había despedido y se había muerto su relación, ya lo sabía. No era que le reprochase haberse ido en las circunstancias que lo hizo, ni haberse quedado allí. Pero ser tan brusca, decirle de aquella manera que no pensaba volver, ni siquiera insinuar que la esperaba para que fuese visitarla, o que ella misma vendría a verla alguna vez... Estaba segura de que su hija, siempre alegre, se sentía triste y añoraba a la que se había ido. Se hacía preguntas, esas preguntas de madre cuya respuesta conocía perfectamente, pero le daba tantas vueltas que terminaba por hacerse dudar a sí misma. Finalmente, buscó por todos los cajones de la habitación de Sandra hasta que encontró las cartas de Alicia. Un punto de pudor, de vergüenza por inmiscuirse en la intimidad de su hija —una intimidad que iba más allá de la amistad y que no sabía hasta qué punto se podía justificar con la premisa de que ella era su madre—, hizo que sólo se fijara en la fecha de cada carta, quedándose con la última de ella. Quiso leer sólo por encima, fijarse en palabras clave, pero acabó por repasar el contenido íntegro de aquella carta que le produjo una intensa antipatía por Alicia. Allí le decía a su hija que estaba muy ocupada, que le costaba mucho sacar tiempo para responderle, como si le hiciera un gran favor con aquellas líneas de letra infantil. Le contaba su nueva situación, sus decisiones, y que no pensaba volver. Aquello confirmó todas sus sospechas respecto al ánimo de su hija. Y recordó su propia experiencia, porque ella también había abandonado la correspondencia con amigas, ella también había terminado viendo una carga donde antes había una magnífica amistad. No sabía hasta qué punto podía enfadarse con Alicia, pero ahí no hablaba de amistad, hablaba, como mínimo, de una firme atracción que se había desarrollado durante casi un año, hablaba incluso de amor. ¿Era normal abandonar de esa manera el consuelo de una niña enamorada? La sangre le hervía, y a la vez no podía hacer nada. Alicia había atraído a su hija, la había sometido a sus encantos, y había jugado a estar junto a ella mientras eso le gustaba, había jugado a que la quisieran por sentirse bien y por tener a alguien con quien pasar el tiempo, porque en verdad Alicia no le resultaba agradable a ninguna otra compañera, se había quedado relegada a tener sólo esa amiga, y ni siquiera era una amiga. Y lo sabía, tenía que saberlo. ¿Qué iba a hacer ella? No podía oponerse a que su hija sintiese lo que sentía, aunque era consciente de que al final sólo sufriría ella. Tampoco podía después decirle que la olvidase cuanto antes, ni podía prohibirle que le dolieran sus palabras. Y Sandra se paseaba tranquila, con los ojos entrecerrados, viendo cómo pasaba el siguiente año y Alicia no volvía, y

no volvería de ningún modo.

Una hoja voló hasta los pies de Stöhr, una hoja verde y pequeña que el viento había arrancado antes de madurar. Era del color de la lima, y eso sugería parajes exóticos de los que hablaba con su marido, cuando eran novios, fingiendo que irían de luna de miel. Él le hablaba de aventuras, de sitios lejanos y de los conquistadores que los habían pisado. Decía incluso la distancia exacta de unos lugares a otros. “¿Seguro?”, le respondía ella, porque sabía que él acababa de inventárselo. “No lo sé, más o menos”, y estaban obligados a reírse, ella por la osadía de aquel hombre que a ratos la creía más tonta e inocente de lo que era, él por una especie de vergüenza, quizás. ¡Qué absurdo!, ¡qué ridículo! Y luego él se la imaginaba vestida con sedas extrañas, se la imaginaba desnuda como una indígena, se la imaginaba con la piel más bronceada y escalando en las palmeras. La veía corriendo, salvaje, como una leona, con los cabellos como la crin de un caballo, y luego le colocaba delante una hoguera para ver cómo el fuego centelleaba en sus ojos. Era verano, y cuánto tiempo hacía de aquello. Era un verano cálido, lejano, y Stöhr supo que el tiempo sanaba todos los daños, pero también supo que si aquello con su marido no hubiera salido bien, y sobre todo, que él no la correspondiese, se habría sentido infinitamente desgraciada.

El tiempo, claro, había sanado todo aquello. Pero era una historia triste que no tenía por qué haber ocurrido. Si ella tuviese una amiga que sintiera lo mismo por ella, se habría apartado enseguida, antes de que se confiase, antes de forzar un sufrimiento mayor. Pero había bondad y maldad, había egoísmo, y no podía cambiarlo. Sandra era inteligente, seguro que también sabía que su amiga no sentía eso. Pero era débil, todos somos débiles, y a pesar de sus reservas, en el fondo de su corazón, se habría permitido tener esperanzas.

Con la edad de Sandra entonces, ella se había enamorado también y se había casado. De alguna manera, estaba segura de que a su hija todo le iría bien, tan bien como a ella, porque se lo merecía. En lugar de eso, había sucedido todo lo contrario.

“Nadie se muere de esto”, decía su padre. ¿Por qué había recordado esa frase? Su padre era una persona ruda y distante por la que nunca había sentido demasiado cariño. Ni ella, ni su madre, ni sus hermanas... Seguramente ninguna mujer cercana hubiera querido a ese pilar de patética testosterona. En todo caso, esa frase entrañaba una verdad tranquila. “Nadie se muere de esto”, y era cierto. Quizás las muertes por amor hubiesen sido un invento de la literatura y de la ópera. En el fondo, todo se superaba, hubiera

amor compartido o sólo por una parte. Y Sandra lo había superado con esa bonita resignación que no le borraba la sonrisa. De todos modos, era imposible fingir que la desaparición de Alicia no había dejado un fuerte impacto en ella, y que algo no había cambiado. Sandra quería cambiar, quería dejar ciertas cosas y emprender otras nuevas. De repente, quería viajar. Quería desprenderse de sus responsabilidades, quería dejarlo todo y quedarse hasta tarde en la cama. No sabía si se trataba de un capricho, de simple holgazanería, pero algo le sugería que Alicia había sido el germen de aquel cambio de actitud. Parecía haberse olvidado también del amor, parecía eliminar la opción de enamorarse. Y así, rápidamente, un año y unos meses después de la ruptura, se casó sin un noviazgo en el que ruborizarse, sin cosquilleos en las piernas ni el estómago, sin risas que se prolongaban traspasando la barrera de la medianoche. ¿Qué era aquello? Stöhr se enfadaba, se enervaba. Era cobardía, era someterse a la opción más fácil. Sandra hablaba de maternidad, y ella tenía que ausentarse porque no podía gritarle que era mejor no ser madre nunca, que era mejor conservarse estéril si sólo podía traer niños al mundo para enseñarles cómo su madre se rendía. Era joven, preciosa, y sobre todo, era mujer. ¿Qué hacía casándose con quien resultaba el guion más previsible? ¿Qué hacía imponiéndose barreras, qué hacía degradándose de esa manera? No podía creer que eso terminase así, que su hija se vistiese de blanco y se casase por hacer algún viaje, por abandonar el trabajo, por ser madre y por hacer el amor. ¿La reconfortaría aquello? Sí, claro, la reconfortaba de una forma sencilla, vaga, grisácea. Y sin embargo no podía ser tan dura, porque no sabía cómo reaccionaría ella de encontrarse en su lugar. ¿Hasta qué punto llegaba el amor que le habían roto? ¿Hasta qué punto había llorado por ella, hasta qué punto se había sentido lo suficientemente estúpida? También se preguntaba hasta dónde había llegado con Alicia. Pero ella no podía hacer nada, no podía entrometerse. Sandra, quizás, sabía lo que pensaba, y una única vez le había preguntado si estaba segura y si era feliz. “Yo siempre soy feliz”, le había contestado, y eso era cierto y triste, porque en los rangos de felicidad de su hija, veladamente, admitía que se contentaba con uno inferior.

La señora Stöhr, erguida, tranquila, cruzó la puerta de su casa. Su marido ya estaba esperándola, y no sabía cómo decirle el encuentro que acababa de tener, lo trastornada que se sentía al recordarlo todo y la rabia que experimentaba. Tenía tan pocas ganas de hablarle de ello, que estuvo a punto de dejarlo. Además, no sabía si había hecho bien al decirle que fuera a verla.

Eso podía ser cruel para Sandra, podía dolerle, podía hacer que reviviese todo, y más ahora, con su nueva y estúpida vida extendida ante ella. Y en realidad no era una posibilidad, era la única posibilidad. Al verla, lo sentiría de nuevo. Quizás no el amor, quizás no el dolor exacto que le había dejado. Aunque sería algo, sin duda, que le removería todo su interior. Pero era mejor así, era mejor eso a que un día cualquiera la encontrase por la calle y le dijese que ya se había cruzado con ella. Sólo adelantaba un poco las cosas, y eso estaba bien. Estaba justificado.

CAPÍTULO IV

Era una mañana clara. Hacía sol, brillaba y se reflejaba en las ventanas extendiendo láminas de luz. Quien se atreviese a contemplarla directamente, pasaría unos segundos con la mirada velada por una mancha verde. En todo caso, el sol se proyectaba sobre las manos y sobre las chaquetas, y calentaba de una forma tibia los párpados. Era ese calor que no llegaba a florecer, que se extendía sobre los campos aunque en realidad las hierbas guardaban gotas de rocío. Parecía una broma infantil, y los fulares, con una gota de perfume, tapaban aún las gargantas.

Era un edificio recto, no muy alto, de planta cuadrada. Parecía una construcción bastante nueva, pero el hueco obedecía al derribo de otro bloque que ya se había quedado antiguo. Podía olerse el moho de la fachada, que se resquebrajaba y de la que parecía desprenderse un humo de gravilla, como si poco a poco fuese exhalando el alma que se le escapaba. Habían adquirido el terreno, lo habían tirado y habían hecho algo muy nuevo. En las ventanas nacían alféizares delimitados por barras negras, y cada una se coronaba con un collar dorado formado por dos gruesas líneas. Rectas, sin más adorno, tenían algo de carcelario y algo de recia elegancia, y parecía que desafiaban el buen gusto de los que paseaban, atormentándolos con su descarado rostro y después granjeándose su favor. Sí, era bonito, bonito por lo arriesgado, por lo novedoso. Tampoco el sol se atrevía a jugar con esos barrotes oscuros, pues sólo perfilaba la parte más pública con una finísima película que los volvía más calientes y fuertes. Lo absorbían todo, de un golpe, como quien se traga un caramelo nada más meterlo en la boca. Lo engullía, y allí quedaba atrapado. ¡Qué visión! Y delimitando las ventanas, el revestimiento de piedra hacía el juego de una columna, con una pequeña redondez alargada que la enmarcaba. No había balcones, y eso estaba bien. ¿Quién quería ponerse en el balcón sobre una calle tan transitada, sobre todo en los pisos más bajos? A Alicia le daban miedo las alturas, odiaba estar en un balcón, como suspendida en el aire, y le encantó aquella iniciativa.

Sin embargo, las personas que allí vivían no tenían ese sentido de la reserva, una intimidad que parecía favorecer esa falta de terrazas. Así, buscaban un espejo, un guiño de su persona, y llenaban sus alféizares de macetas. De ese modo, entre los barrotes oscuros, se colaban hojas y pétalos de todos los colores. Quizás aquella costumbre hubiese empezado en un solo piso, luego

otro, y finalmente se extendía como un virus. Y esa moda se manifestaba en pompones de flores, en los típicos geranios que crecían en recipientes redondeados y blancos, en otros cuadrados y marrones, y había quien los metía en algo negro para que el conjunto de los colores no resultase excesivo. ¿Qué pensaría el arquitecto? Malditos horteras se habían metido en su edificio. Si aún fuera un vecino, pero todos... Y parecía aquello una hermosa fachada donde residían duendes felices, donde soberbias amas de casa, con su mandil pegado a la piel, sonreían encantadas con su ventana cargada de flores. Entonces, su mirada se fijó en la mitad de uno de los pisos, cuyos ojos estaban limpios, rasos y sencillos con los barrotes intactos. “Es ahí”, se dijo, y estaba segura antes de preguntar a nadie.

De lo que no estaba segura era de querer hacerlo. Lo haría de todos modos, para disculparse con la señora Stöhr, para cumplir con esa pacífica despedida que habían decidido. Lo haría por no volver a sentirse un poco culpable, por no bajar la cabeza nunca más. Necesitaba acabar con las sombras que había dejado a medias, y poder pasearse tranquila por la ciudad sin sufrir ningún encuentro desagradable en el que no tuviera nada que decirse. Pero en realidad, y examinando sus sentimientos, estaba algo nerviosa, rechazaba esa visita porque fingirían que era un bello reencuentro cuando no quedaba nada entre ellas dos. Y quiso pensar en amistad, quiso pensar en volver a entretenerse como lo hacían antes, quiso cotillear y burlarse y reírse, que la llamara muñeca, que se preocupase por ella y la mirase con sus ojos negros. Pero, ¿era posible? (Contó los pisos, y subió segura de que era allí donde vivía ella.) ¿Era posible arreglarlo? ¿Era posible recoger su amistad, allá donde había quedado, y hacerla revivir? Era como coger una cometa que se caía y lanzarla al aire esperando que volase de nuevo. Pero ahí no había viento, no había nada. Sería lanzarla a un cielo incierto, y esperar a ver qué pasaba. Se imaginó a Sandra —la veía como entonces, a saber si habría cambiado algo—, soplando para intentar que subiese. ¿Soplaría ella también? Creyó que era demasiado esfuerzo. Lanzaría la cometa, sin más, y Sandra soplaría. Tenía la firme convicción de que lo haría, y por un momento se dio cuenta de que lo deseaba. Si concluía aquello, igual que habían concluido con la señora Stöhr todas las palabras que tenían que decirse, se moriría de aburrimiento.

Llegaba el momento, y sorprendiéndose a sí misma, como si observase sus movimientos desde los ojos de un espectador ajeno a todo eso, se puso nerviosa y le temblaron por un segundo las manos. Tendría que soltarla en el

momento justo, tendría que darle el impulso necesario. Y el impulso era ella, era su cara y su pelo y sus manos, era su cuerpo, un poco distinto, eran sus cabellos bien peinados. Y, como para que no se notase tanto el tiempo que había pasado, en el último instante se soltó un mechón que le dio un aspecto descuidado, un aspecto de belleza desarreglada porque no necesitaba más arreglo. “¡Como antes!”, sentía que gritaba algo, un eco, “¡Igual que antes!” Antes tenía el baile, antes tenía la constancia, los días en contacto. Ahora tenía unos pelos sueltos. ¿Bastaba aquello? Se sintió tremendamente generosa, por un segundo se lo perdonó todo, incluso haberse encaprichado con volver allí, y por un segundo se creyó que era la Alicia de hace diez años, la Alicia soltera y poderosa. Era joven, era hermosa. Pasó a un salón grande con sofás y butacas grises, con paredes un poco oscuras, y vio el reflejo de la calle que se colaba por un alféizar desnudo. En medio estaba Sandra. Sandra, de pie, con su vestido granate que le caía como caería en el menudo cuerpo de antes. Sandra, con sus cabellos negros cortados a la altura del cuello, sin la melena que ella recordaba. Su fuerte mandíbula se había abierto un poco, y era el mismo rostro de otro tiempo, sin una línea que se hubiese marcado más o menos, sin un lunar nuevo. Era ella, con el pelo más corto, con su modesta estatura y sus miembros delgados.

—¡Alicia! —dijo ella, y no había nada de neutralidad en su voz. Había emoción, había amor que lanzaba un gemido lastimero, había alegría y una mirada de añoranza. “¡Alicia!”, le había gritado, y sin embargo no tenía la confianza de antes, no sabía si podía correr hacia ella y besarle las mejillas, no sabía si estaba justificado un abrazo.

—Sandra, mi querida Sandra —dijo Alicia, porque creía que se lo merecía, tanto ella como su madre. Le ofrecía paz, le ofrecía no pelearse nunca. ¿Cómo no iba a cogerlo? Unas palabras eran suficientes, y las pronunció con soltura, con naturalidad, y nadie diría que había medido la entonación exacta, que las había utilizado para conseguir que finalmente su antigua amiga se decidiese y le diera un abrazo, que soplase como loca, como una niña desatada, y que la cometa volase de nuevo. Se sintió bien, se sintió feliz, y se permitió fingir que no habían pasado diez años, que volvía para instalarse de nuevo allí y empezar una nueva temporada en el teatro, que tenían que coger sus mallas e irse enseguida, porque ya llegaban tarde al ensayo. Y, como si algo obedeciese a sus pensamientos, a los estridentes latidos de su corazón, el reloj de pared sonó un momento, para indicar que empezaba una nueva hora, como un empujón en la espalda que las lanzase escaleras abajo. —Dios mío,

no has cambiado nada —siguió Alicia, y aquello hizo que la fantasía se desvaneciese, pero lo hacía de un modo agradable, calmado, y sonrió y le gustó que le dijera aquello, porque por nada del mundo habría querido haber cambiado.

—Tú también estás idéntica —respondió Sandra, y con una mano llena de cariño, cogió el mechón suelto de Alicia y lo engarzó al cabello lo mejor que pudo, como lo habría hecho antes. ¡Qué cálculo! ¡Qué maestría! Alicia estaba orgullosa de su intuición.

Se sentaron, una enfrente de la otra, porque tenían mucho que decirse. Pero tan emocionada estaba Sandra después de haber abrazado a ese fantasma que resurgía, después de haberle colocado el pelo, que se olvidó por completo de ofrecerle una bebida, algo, lo que fuese. La verdad es que no había heredado la buena organización de su madre, y dentro del orden, resultaba desastrosa en todo lo demás. Por suerte, su marido era más eficiente con esos detalles, y así, en una buena conjunción, iban arreglándose.

Ese pensamiento fue como una campana nueva, un tintineo que recordaba algo de suma importancia dentro de todo lo que debían contarse. Claro que no hizo que Sandra abriese los ojos demasiado, que se mordiera los labios. Estaba casada, y eso era algo tan afecto a su día a día, que la presencia de Alicia no podía enrarecerlo. Llevaba su anillo siempre en el dedo, porque le gustaba su brillo y cómo se le reflejaban las imágenes. Tenía dentro la fecha, ¡qué cursi resultaba eso! Pero era protocolo, era una regla, y nada le importaba a ella oponerse o seguirlo. La segunda opción era la más sencilla.

—Tienes que decírmelo todo —suspiró Sandra, agotada por el choque de sus sentimientos —absolutamente todo. ¿Cómo han sido estos años? ¡Tenía tan pocas esperanzas de que volvieses! No pensé que volvería a verte.

Hablar de esperanzas era hablar de cuánto había pensado en ella, de cuánto se había acordado de ella. No podía decirle que todos los años, no podía decirle que todos los meses, pero sí la había tenido muy presente, cómo no iba a hacerlo. Y pensó que quizás se había merecido una bienvenida menos cálida, pero ella era incapaz de ser fría, no tenía la cualidad de amargarse. Le había hablado de esperanzas, y lo había hecho sin darse cuenta, sin ninguna intención. Pero, ¿qué importaba? Sí, la amaba, claro que la amaba cuando se había ido, claro que había seguido amándola durante mucho tiempo. “Estaba loca por ti”, pensó, y ese pensamiento hizo que sonriera un poco más, porque era bonito reconciliarse con su dolor, con su sentimiento pasado. Y estaba allí, delante de ella, Alicia, preciosa como siempre. Estaba allí, aquella que

había soñado tantas veces, con la que imaginaba besos ardientes y declaraciones mudas, con cuya imagen se despertaba en mitad de la noche y se entregaba a sus recuerdos mientras las horas pasaban. ¿Cómo era posible? ¿Qué podía hacer, si no saltar de emoción? Y no sabía por qué estaba emocionada, quizás porque no podía dejar de quererla. Ya no era la atracción de antes, ya no era la incansable insistencia por conseguir rozarse con ella, sino un cariño al que le guardaba cierta lealtad, como un romance que acababa amistosamente, y aplastado por el tiempo, nos ofrece una bonita imagen de nosotros mismos.

“Estaba loca por ti”, dijo de nuevo, y eso se traducía a sus ojos y a sus labios, y buscaba alguna respuesta en la pupila marrón de Alicia, algo que le dijera “Y yo te tenía afecto”, “Y yo dudaba porque era algo nuevo”, “Y yo lo consideraba”. No sabía si lo encontraba, no sabía si estaba allí, y quiso tirarse al suelo y arrastrarse un poco por él, para alcanzarla desde distintas perspectivas, para ver cada milímetro de aquel iris inquieto. “Quería tanto que me amases”, decía Sandra, y sonreía porque no podía hacer nada más, porque ella era encantadora y no podía sentir ni un segundo de vergüenza, de arrepentimiento o de cualquier otra emoción que pudiese abordar a los amantes desdichados. “Fui encantadora, y me enamoré locamente”. Ésa era la frase, eso era exactamente lo que estaba buscando. Le gustaba, le gustaba aquello, resumía todo lo que quería decirle, y estuvo a punto de pronunciarlo, pero ciertas palabras se secaban en el ambiente. Tenían que hablar de verdad, tenían que dejar todo eso a un lado. Por un segundo, dejar de ser egocéntrica, preguntar realmente cómo le había ido, qué había pasado con ese pedazo de su vida, y cómo había vuelto.

—Con la muerte de mi padre todo fue muy difícil —empezó, y supo que aquélla era su mejor forma de empezar. —Mucho más de lo que puedes imaginar, tanto que no puedo explicarlo bien. Estaba tan triste... Y mi madre también, mi madre estaba desesperada. Imagínanos, a las dos solas, llevando eso. Fue horrible, y lo peor es que ni siquiera nos dejaron pasar el duelo, superar todo eso.

—¿Qué quieres decir?

—Nada más morir mi padre empezaron a la vez otros problemas. Las deudas, los pagos... Ya te lo puedes imaginar. No podíamos mantener la casa, la casa donde yo me había criado, que él había querido durante toda su vida.

—¡Vaya! Lo siento tantísimo. Encima de todo lo que estabais pasando.

Sandra no sabía nada de aquello. De repente se sintió más aliviada, como si

su dolor, como si su abandono, tuviesen un respaldo más sólido.

—Necesitábamos dinero enseguida, pagarlo todo y a la vez el dolor. Mi madre, que nunca había trabajado, ¿qué iba a hacer? Fui corriendo al teatro de la ciudad, y empecé. Es un sitio bastante pobre, con un suelo que crujía hasta que casi no se oía la música. Y ya te puedes imaginar cuánta gente puede ir a un lugar así, y más aún en un pueblo donde la cultura brilla por su ausencia. ¿Qué puedo decir? Parece una historia de terror. Me sentía tan triste, tan vacía... El único consuelo era que así podía salvar la casa, y a la vez podía estar con mi madre para que no estuviera aún más sola.

—Todo eso es tan cruel. Siento tanto que hayas pasado por algo así... Pero ya no estás allí, ¿no? Es decir, te has instalado aquí o ha sido sólo... una visita... —y Sandra no entendía que fuese una visita, porque entonces eso significaba que su llegada tenía un objeto claro, único y rápido para volver pronto, cuanto antes. Venía, hacía algo y se iba, y curiosamente había acabado en su casa, había ido hasta allí.

—No, no, me he instalado aquí.

El corazón de Sandra se relajó al momento. ¡Qué pena, con lo bonita que estaba cuando las mejillas se le coloreaban y su rostro se volvía serio! No había un objeto concreto, no había una visita exacta. Pero eso significaba que se quedaría allí, que estaría allí, que podrían verse a menudo. Quizás como antes.

—Eso es perfecto. Entonces dime, qué pasó.

—Lo que tiene que acabar pasando, supongo. Uno de los pocos que venían al teatro empezó a perseguirme y al final nos casamos. Dejé todo eso, seguimos manteniendo la casa de papá... En cierto modo, todo se arregló.

Se hizo un paréntesis. En el interior de la morena, se abrió un paréntesis. ¿Había sido tan simple como ella? ¿Se había resignado? Alicia no hablaba de amor, no dejaba entrever ni el más mínimo síntoma de romance. Lo decía de una manera sencilla. Igual era viuda, igual algo se había roto. Las posibilidades desfilaron ante Sandra y pensó en el divorcio, pensó en la infidelidad de Alicia, y creyó que era una opción a considerar. De todos modos, vio que había cierto paralelismo entre ellas, cierta conexión de mujeres que se cansaban y se rendían, porque ella se había rendido, estaba muy claro. Pero Alicia terminaba, y le tocaba a ella. Le preguntó, debía hablar. Con qué tranquilidad exponían los momentos más decisivos de su vida, con qué naturalidad los arrojaban al suelo como si sólo se tratase de una cuenta matemática.

—Yo... Vaya, ¡qué difícil es resumirlo todo! —mintió, porque se había ruborizado e intentaba calmarse. —Justo nos hemos separado en los años más cruciales, ¿no crees? En los que terminamos nuestras carreras o las dejamos, en los que nos casamos y formamos una familia. ¿Por qué tuvo que ser entonces? —y Sandra dejó entrever un poco de dolor, dejó que Alicia se asomase a su herida ya tapada. ¿Qué había entre ellas? La lealtad a un viejo amor que ahora se retorció. —Hubiera preferido que fuese de niñas, o habernos conocido ahora, con nuestras vidas ya encarriladas. Pero fue entonces —maldita sea —tuvo que ser entonces. Nos hemos perdido lo más importante. Yo dejé el teatro no porque no pudiera más, aún habría aguantado algunos años. Simplemente me cansé. No pasó mucho tiempo, y si soy sincera... —Pero Sandra no podía ser sincera. Se paró al momento, y Alicia advirtió eso. Sin embargo, había empezado, y ¿qué importaba ahora? Había pasado demasiado tiempo como para que se avergonzase, aunque ahí estaba su rubor, ahí estaba su voz un poco temblorosa. —Si soy sincera, ese lugar se volvió mucho más aburrido cuando tú te fuiste. —Aunque aburrido no era la palabra que había dicho para sí. —Se notaba tanto tu falta, te echaba tanto de menos. Se había convertido en nuestro sitio, y teníamos nuestros rincones favoritos. Todo estaba lleno de recuerdos, pero mi mejor amiga se había ido. —Sandra hizo una pausa, miró hacia el reloj y volvió a la cara de Alicia. —Tenía ganas de irme, y lo hice. A mi madre no le gustó, y aunque no llegó a enfadarse conmigo ni discutimos, sé que hoy en día sigue guardándome rencor por eso.

Sandra rio con aquello. “¡Se enfadó por irme!”, y Alicia también se permitió reírse, porque no podían hacer nada mejor que reírse. Ya no se sentía culpable, ella misma se había creído casi su propia mentira, o al menos, le había quedado muy bien. La mentira trazaba una nueva imagen sobre ella, y podía sentirse cómoda y digna, mucho más que antes.

—Oh, sí, vaya si se enfadó. Pero no sé qué fue lo peor, si el hecho de dejarlo o el hecho de comprometerme. ¿Te puedes imaginar que también se enfadó por eso? No me lo dijo directamente, pero yo se lo notaba.

—Eras su niña todavía, y de repente...

Sandra sonrió, y sus ojos se elevaron un poco. Sí, ojalá hubiera sido por eso, ojalá hubiera sido porque era su niña que se hacía mayor y se separaba de ella. Pero no elevaba los ojos sólo por eso, los elevaba porque llegaba el momento más duro de todos, más ridículo, diría.

—Me casé con Víctor. ¿Te acuerdas de él?

Y Alicia se acordaba. Sandra lo había dicho con la mayor desenvoltura de la que era capaz. Sí, con Víctor. Ese idiota que le pedía apoyo en el silencio, porque estaba enamorado de Alicia. Con ése, el mismo. Pero Sandra estaba tranquila, porque era la opción más lógica. ¿Quién no podía haberlo previsto? ¿Quién no podía figurárselo? Estaba casada, ¿con quién si no? Por supuesto que había más gente, por supuesto que conocía a muchas más personas. Pero nadie podía entenderla como él, aunque él no lo supiese ni lo sabría nunca. Nadie podría reflejar tan bien su angustia, su pena, su desesperanza. Habían seguido viéndose, claro, había seguido en el teatro y sus familias habían continuado sus tratos. Era imposible que no surgiera algo, mientras él buscaba en ella el recuerdo de Alicia, por ser su eterna compañera, y mientras ella calmaba su dolor por verlo en el cuerpo de otra persona. “El mismo dolor... ¿No es perfecto?”, pensó, y esa perfección tenía un rostro cruel. Parecía que ésa era toda la perfección que el mundo guardaba para ella, y a pesar de todo había conseguido ser feliz. ¡Si ella era siempre feliz, siempre! Su noviazgo fue rápido, ágil, sin tonterías que no estaba dispuesta a fingir. Se casaron y formaron su familia, su pequeño nido, y se sentía satisfecha. Se había resignado, sí, se había rendido, pero al menos no había traicionado lo que sabía que sentía. ¿Podía ser eso una justificación? Le daba vueltas en la cabeza y le encontraba un punto estético, bonito, que era suficiente para aquel momento. Y en su casa flotaba algo duro, tenso, porque era extraño dibujar ante Alicia cómo sus dos enamorados habían terminado uniéndose. “Nos convertiste en marionetas”, y era una afirmación desgarradora pero tenía algo de verdad. “¿Qué íbamos a hacer?”, y nadie le contestaría nunca. “Teníamos que hacerlo”, seguía ella, y no sabía si se justificaba o si tendía una mano a su pasado para sentirse más fuerte, más mujer. “A veces no sé si me he quedado en niña”, y luego pensaba en su marido, al que quería con un amor familiar, y pensaba en que él también la quería a ella. Se habían convertido en dos personas románticas, se hacían regalos y se daban besos a menudo. Eso era alegría, eso era vivir. Se habían colocado un parche y habían continuado, nadie podía recriminárselo. Aquel eco común había dejado de ser tan estridente, y finalmente sus días de pareja lo habían borrado del todo. Era como ese refrán... Pero ellos no eran exactamente un clavo, ellos no eran un nuevo amor, sino un arreglo rápido. Y estaba bien, de todos modos. Se querían, hacían el amor, y era hermoso. Había tenido hijos suyos. Sus hijos, sí, ellos eran el verdadero alivio, ellos los habían terminado de juntar del todo. ¡Cuánto quería a sus hijos, y cuánto los quería Víctor! Los ojos le

brillaron, vio un salvavidas.

—Hemos tenido dos hijos. ¿Quieres verlos?

Y Sandra no esperó la respuesta, sino que fue a buscarlos. Se escabulló por un pasillo, y Alicia se irguió y frunció el ceño. Le daba igual Víctor, pero no le gustaba que quien le hablaba de amor luego se olvidase y la cambiase por otra. Y además esa otra era Sandra. No era por creerse algo excepcional, pero... ¿Sandra? Y habían pasado años, pero no comprendía por qué los años habían borrado su atractivo y su recuerdo. Ella no era una traidora, ella nunca había sentido nada, pero él sí lo era. Pero no pudo pensar mucho, porque Sandra apareció con dos niños y los plantó delante de ella. Primero, una niña.

—Ella es la mayor, de seis años. Se llama Sandra también.

La niña saludó, Alicia le devolvió el saludo y se colocó una sonrisa. Esa niña era una gatita de pelos negros muy lisos, con la barbilla más dulce que la de su madre y los ojos también oscuros. Era pálida, de labios algo gruesos, y aunque pequeña ya se le notaban unas pequeñas ojeras bajo los ojos. “Cómo serán cuando tenga mi edad”, pensó Alicia, y la gata mayor la miraba muy orgullosa, hasta le había puesto su nombre. Y quedaba el pequeño, de cuatro años, el típico niño tímido que no quería presentarse. Tras unos minutos, Sandra los devolvió adonde fuera que estuviesen antes, y entró sola de nuevo.

—Ellos son mi vida —dijo sin más, como quien piensa en alto. Claro que era una forma de hablar, pero lo más importante, lo que más quería, en lo que más pensaba a lo largo del día, era en sus hijos. —Jamás me había imaginado cómo era tener un hijo. El esfuerzo, el cansancio...

—La pérdida de la identidad —señaló Alicia, recordando aquellos pensamientos que había tenido y sabiendo que Sandra había caído de lleno en ese agujero.

—Sí, la pérdida de identidad, en cierto sentido. Es horrible, espeluznante si lo piensas. No eres tú, eres ellos y después tú, después tu marido, después todo. Y aunque sea terrible, luego está esa felicidad enorme. Ese amor tan loco, tan desbordante. Es algo que no se puede expresar. Ellos son el centro de tu existencia, pero tú también lo eres de la suya. ¿Cómo si no, al verlos nacer, esas cositas tan pequeñas que únicamente dependen de ti? Tú lo eres todo, tú eres su única salvación, su única oportunidad. Luego cambiará, estoy segura, nosotras también somos hijas para saberlo. Pero es tan precioso, al fin y al cabo. No hay nada que se pueda comparar con esto. No hay nada, en absoluto.

Alicia asentía. Qué iba a hacer.

—Sé exactamente lo que quieres decir. Yo también lo siento con mi hijo.

Alicia tenía un hijo, y Sandra lo había intuido con aquello de la pérdida de identidad. Era normal, no podía sorprenderse. Lo que le extrañaba era que no le hablase más de él, que no le dijese su nombre, su edad. Y Sandra era cálida, quería saberlo todo, quería, superando su historia anterior, que ahora se unieran en sus amores maternos, que ahora fueran de verdad amigas e intercambiasen todas las impresiones. Pero Alicia no lo decía, y había aparecido de repente tras diez años. Por un segundo, pensó que quizás no fuera correcto, que quizás no quisiera hablar de ello por algún motivo, y supo que la confianza de antes ya no estaba. No se atrevía a preguntar, no se atrevía a decir nada al respecto.

—Entonces te acuerdas de Víctor —dijo, porque no sabía qué decir y eso era lo que le estaba rondando la cabeza todo el tiempo.

—Sí, claro, apareció en el teatro de repente.

¡Qué tonta, sacar ese tema! Se revolvió un poco en su postura, como si no estuviese cómoda. De repente se sentía ridícula con sus cabellos cortos, en lugar de la larga melena que tenía antes. Se sentía ridícula con su vestido granate, con su anillo al dedo. ¿Dónde estaba él? ¿Por qué no había llegado todavía? Lo necesitaba, lo quería ahora mismo a su lado. Sabía que sería como una bomba, como un rayo que partiría su casa en dos, pero él se había convertido en su apoyo y en su otra mitad, en el otro pilar de su familia, y Alicia le resultaba ahora mismo una imagen dolorosa. ¿Cómo reaccionaría él? No tenía ni fuerzas para pensarlo.

—¡El señor N. murió! —dijo entonces, casi en un grito. ¿Por qué lo había gritado? Sonrió y a la vez supo que aquella noticia no era como para sonreír. Qué absurdo estaba resultando todo.

—Con la de años que puede estar un director... Es una pena.

—Lo encontró su sobrina, entró en su casa y lo vio allí, en la cama.

A Sandra le alivió esa conversación, y Alicia parecía pensar algo, pues tenía esa expresión en la que sus ojos marrones se abstraían un poco del mundo. ¡Qué guapa estaba! Y Sandra contuvo la respiración, para reprimir todo aquello.

—Tiene que ser horrible ver un muerto —dijo, tranquilamente.

—Tiene que ser horrible que ese muerto, además, sea tu tío.

“¡Pobrecita!”, podían haber pensado, pero estaban muy ocupadas con otras cosas.

—Mi marido —y Sandra hizo énfasis en esas palabras— llegará pronto. —

Era un poco ridículo, “mi marido”, y aun así quería marcarlo para establecer una diferencia, para separarse de las circunstancias de hacía diez años. De repente todo el dolor, toda la fantasía y las cálidas sensaciones que había sentido al ver a Alicia en un principio, se volvían ahora algo que la atacaban, que la dejaban en evidencia, y necesitaba disculparse y volverse fuerte. Aquélla era su mejor opción. — ¿Quieres verlo? —Y algo le hacía daño, y no era capaz ni de pensarlo. Se veía, ahora, como una mujer ridícula que se martirizaba por el recuerdo de un amor, y que a la vez sentía que no tenía el suficiente control sobre su matrimonio. ¿Y si a la otra parte le pasaba lo mismo? Había querido ver indicios en los ojos de Alicia, pero no le había mostrado nada. Ni cariño, ni añoranza, nada. ¿Qué haría con Víctor? Ella merecía más, pero no podía decidir sobre los caprichos de los otros. Y sin embargo quería forzar aquello, quería que ocurriese cuanto antes. Quería que se saludasen y que él se ruborizase y tartamudease un poco, o que se volviera un arrogante plagado de escudos para combatir la pérdida de hacía tanto tiempo. No podía saber qué ocurriría, pero Alicia se había quedado allí y era imposible que no se encontrasen, era imposible que durante los siguientes diez años no se volvieran a cruzar. Al menos que fuera ya, al menos saber qué esperar.

—No, tengo que irme ya —contestó Alicia, levantándose con cierta brusquedad, con prisa.

“Me zarandeas la vida”, pensó Sandra, “Y a pesar de ello no puedo odiarte”. ¿Cómo iba a odiarla? Si ahora Alicia diera un paso hacia ella, sabía que habría caído en sus brazos. Y no fingiría un amor nuevo y fuerte, no fingiría nada. Le bastaba con el eco de lo que había vivido, quizás con lo que seguía viviendo, qué sabía ella, si le temblaban las piernas y no sabía qué hacer para que alguien reaccionase, para que alguien hiciese algo y ella pudiera estar preparada.

—Vale, pero quiero que me prometas algo —y Sandra también se puso en pie. —Quedemos todos juntos, salgamos una tarde a pasear, y que los niños se conozcan. Quiero ver a tu marido y a tu hijo, quiero verte con ellos. Y nosotros también iremos todos.

Alicia torció la cabeza un poco, y se agitaban en ella las diferentes opciones. De todos modos, no sabía qué hacer, no sabía cómo buscar una excusa tan rápido.

—Sí, puede estar bien.

Quería dejarlo así, pero Sandra insistió hasta que fijaron una fecha. “¡Mañana

mismo!”, y Alicia no sabía qué decir. Pero de acuerdo, mañana entonces, si tanto lo quería. “Podemos ir a ...” Por supuesto, adonde quisiera. ¿Qué le importaba a ella? No sabía qué sitios eran buenos para que los niños corriesen, no sabía por qué aquel entusiasmo. Por un momento se imaginó que Sandra realmente había cambiado, que quería salir a la calle y engarzarse con otra familia y disfrutar en su condición de mujercitas de sus hombres. Era tan desagradable, aquella escena, y a la vez tan sencilla, tras sus años de casada, tras haber pasado por un embarazo. Pensó que Sandra había pasado por dos, y se preguntó en qué momento ese cuerpo podía atraer al menos dos veces a un hombre que había soñado con el de ella. Aquello hacía que experimentase una rabia roja, hiriente. Le quemaba y al mismo tiempo quería que le quemase, porque así podría ocupar su tiempo. Pero no ahora, en ese momento quería irse, quería retrasar el encuentro en el que Sandra se empeñaba. Y se despidió rápido, zanjaron la cita, bajó corriendo por las escaleras. Salió a la calle y se encaminó hacia su casa, que no quedaba muy lejos. No sabía si Víctor estaba en la calle, no sabía si podía haberla visto. Pero entonces habría sido perfecto, porque ella pasaría como un fantasma, como se paseaba por esas calles de otro tiempo.

CAPÍTULO V

Había pasado una mañana terrible. Ayer, al llegar a casa, se había encontrado a Sandra muy sobresaltada. Su Sandra, que tenía una belleza particular, una belleza que casi nacía de su desenfado. Hacía algunos días le habría costado muchísimo retrotraerse a esos momentos, al día en el que se fijó en ella, al día en el que le pidió que se casasen. (Decía que se lo había pedido, pero más bien lo había dicho como un hecho, como una seguridad, una frase parecida —creía recordar— a “Bueno, pues tendremos que casarnos”, porque Sandra le leía la mente incluso con anterioridad a que él mismo se diera cuenta de lo que deseaba hacer). Le habría costado porque eran recuerdos dolorosos, momentos donde la felicidad sencilla intentaba imponerse sobre un fondo de humillación. Sí, era humillación, y no quería ni recordarlo. Pero ahora era imposible.

Cuando Alicia se fue, creyó volverse loco. La noche tras su desastrosa declaración había sido muy dura, pero peor fue cuando, después del día libre, no volvió a encontrarla en el teatro. Se había preparado para verla, se había preparado para perdonarla, justificarla, para soportar la vergüenza y odiarla o seguir queriéndola, para lo que fuese. Se había presentado miles de posibilidades, pero en ninguna de ellas se imaginaba que desapareciese. Y entonces ya no estaba, iba a trabajar y no sabía nada de ella. ¿Qué le había pasado? Un día podía ser una enfermedad, dos, tres, pero una semana indicaba algo grave y que la sustituyesen significaba que no iba a volver en bastante tiempo. “La sustituta de Alicia”, dijo la señora Stöhr en una ocasión, y Víctor se mareó y tuvo que sentarse. Lo primero que se pensó fue que era por su culpa. Ella no lo quería, y él le había soltado una perorata llena de sentimientos que le impedían trabajar a su lado.

—¿Por qué no está? —preguntó Víctor, y quizás la mujer pensó que era un idiota, porque esa cara blanca resultaba demasiado elocuente.

—Su padre está muy enfermo, y parece que no le queda mucho. Ha vuelto a su casa para estar con él.

Entonces todos los reproches cesaron, salvo quizá uno a sí mismo en el que se otorgaba una importancia que Alicia no veía en él, o una extremada sensibilidad que ella no poseía. El padre de Alicia se moría, y él pensando que eran sus sentimientos, pensando que era por su declaración. ¿Qué podía pensar ahora? Compadecerse de sí mismo, porque la mujer que amaba se iba

y él no tenía motivo alguno para seguirla. No podía molestar en la muerte de su padre, no podía creerse con algún derecho si lo había dejado solo en la azotea. Ay, la azotea, cuánto le había pervertido ese lugar, cuánta falsa belleza se había imaginado que tenía. No podía ni volver a ella, no quería ni verla. Desde allá arriba, le parecía que la ciudad se reía de él. Esos edificios, cómplices de su fracaso, no podrían olvidar nunca aquella escena. Pero Alicia se iba, ya se había ido. No sabían cuándo volvería, no sabían qué tenía su padre ni cuánto tiempo podía arrastrar esa enfermedad. Le resultaría doloroso verla y confirmar que no lo quería, que ni siquiera se planteaba su compañía, pero mucho más doloroso era que se fuera de aquel modo, de una forma tan repentina y con una incógnita sobre su regreso. ¿Podía tenerse tan mala suerte? Y ella, qué tonta había sido. Podía consolarla ahora, podía ser su gran apoyo. En su orgullo todavía imaginaba que ese consuelo y ese apoyo, aun sin saberlo la afectada, era algo que debía desear y valorar. Fuera como fuese, esos recuerdos no servían ya de nada. Eran una escena vieja, algo amargo que se había quedado clavado en su mente.

Víctor bajó las estrechas escaleras, esos caracoles por los que le veía las piernas. “¡Qué bonito era, qué sencillo y hogareño, ver sus piernas con la malla blanca!”. Hogareño, sí, porque de ese sitio había hecho su hogar. Ahora ya era como una parte de su existencia, como su otra casa. Tenía la suya, la familiar, y luego ésta. Era una lástima que Sandra ya no estuviese allí, se habría sentido orgullosa viéndola bailar, ahora que sólo se fijaba en ella. No había demostrado demasiado amor, no había temblado de emoción al verla, pero sí se había ido abriendo poco a poco, como si en su corazón lleno de dolores secretos hubiese permitido su entrada, sólo por ser él. Porque intuía que el lento y frío avance de su amor se debía a un pasado tormentoso por el que no quería preguntar, no por falta de curiosidad, sino por el miedo a tener que corresponder con su propia historia. Le apetecía verla corretear por aquellas escaleras, como una niña con formas de mujer, observar cómo se ataba los cabellos y cómo subía de puntillas. Era cruel, que allá donde debía recordar a su esposa, ahora se mezclase la visión de Alicia. Le parecía que había cubierto la cantidad de dolor que merecía esa mujer, y las noticias que Sandra le había dado lo obligaban a verla una y otra vez, de nuevo, sin parar.

Caminó hacia su despacho, porque habían habilitado un cuarto para él junto al de Stöhr. Ese sitio era el único que estaba libre de la impresión de Alicia, porque era nuevo, porque lo habían hecho justo antes de casarse. Era una especie de regalo de su suegra —y qué extraño era aquello de llamarla

suegra—, eso de permitirle un hueco en su palacio.

Entró y vio el escritorio de madera oscura, el que había elegido porque los teatros sugerían algo sobrio y antiguo, pero en el que se reflejaba el polvo como si fuera imposible llegar a eliminarlo nunca. No estaba muy bien aireado, como todos aquellos pasillos, y la vidriera también estaba enmarcada por madera oscura, con el mismo problema del escritorio. En un lado había puesto un reloj, un reloj de mesa que había llegado a su casa por el abuelo materno, un hombre que jamás había conocido. Hacía un mes que sus agujas no se movían, y no sabía si llegaría a tener ganas de arreglarlo algún día.

Se sentó y se sintió un poco mejor, se sintió algo restablecido. Había entrado allí con Sandra, tras haberse casado, cuando ella ya no bailaba. “Mi propio despacho”, y eso era un orgullo. El orgullo no de los méritos obtenidos desde cero, pero sí de la perseverancia, del interés redoblado que había adquirido tras la marcha de Alicia. Porque cuando se había ido, nada más le quedaba que trabajar para no pensar demasiado. Además, una pequeña parte de él creía que si seguía trabajando allí justificaría el hecho de haber entrado en un principio, como si Alicia no fuera el objetivo de todos aquellos esfuerzos, sino un aliciente más. “Mi propio despacho”, y Sandra dio una vuelta sobre sí misma fijándose en cada detalle, en cada saliente de la pared. Se besaron, se acariciaron, volvieron a besarse. ¿En qué momento se había fijado en Sandra? Nunca le había abierto su corazón, nunca le había dicho lo que sufría. Menos aún que todo se debía a la que había sido su amiga íntima. Sin embargo, la inteligencia de su mujer le parecía inmensa, y quizás podía intuirlo todo. En cualquier caso, no sabía muy bien en qué momento, pero igual que antes la buscaba para poder contemplar a su amiga y acercarse a ella, ahora la buscaba para tener cualquier conversación, para distraerse, y quizá, en una macabra obsesión, para recuperar retazos de esa otra figura que siempre iba junto a ella. Y Sandra seguía con su sonrisa, seguía caminando rápidamente a todos lados. Entonces le gustaron los colores de su figura, le gustó la forma en la que miraba, un poco triste, y la forma en la que abría sus labios. Cuando había actuación, se quedaba mirándola a ella, porque no tenía a nadie más a quien mirar. Era cruel, ese segundo lugar. Era doloroso, un poco indigno, pero era la verdad. Ahora miraba a Sandra, porque la otra se había ido. Y no podía negar que le gustaba, claro, porque, ¿qué mujer no resultaba atractiva estirándose y deslizándose entre sus compañeras, qué mujer no era hermosa cuando sus piernas se juntaban a la parte del cuerpo

que quisieran? Parecía un auténtico canalla diciendo aquello, pero era la pura verdad. Sentía por Sandra un respeto de familia, un respeto que podía elevar al de una esposa, y sentía también la atracción física, ésa que no podía llegar a llamarse pasión, pero sí la simple belleza de unos estándares —unos estándares quizá llamados juventud—. No podría sentarse y enumerar sus bellezas con la dedicación que había demostrado con otra, pero sí la veía bonita, de todos modos. Una vez había dicho ella “¿Qué mujer joven no es hermosa?” Había sido una noche, sin demasiado sentido, cuando su madre hablaba de una de sus primas. Sí, en toda mujer joven se podía encontrar belleza. Quizás hacía falta mirar dos veces, tres, pero ya sólo el brillo de la juventud permitía todos los amores. A Sandra no hacía falta mirarla más que dos veces, y se había sentido un estúpido. Estaba ella, siempre había estado, y él se había enamorado de la más escurridiza. La necesitaba, la quería para sí. Tenía ese carácter que podía alegrar una vida entera, tenía esa apariencia de madre. La necesitaba, necesitaba a alguien cuanto antes, y ella había respondido como si también lo necesitase a él. ¿Qué había sido eso? Destino, suerte, coincidencia. Recordaba cuando se lo había contado a Marcos, después que aguantase su angustia por la pérdida de su otro amor.

—Lleva ahí todo este tiempo, y no me he fijado hasta ahora. Es lista, guapa, alegre. Tenemos mucha confianza, nos conocemos desde hace años. Podría contarle todo, y ella siempre me entendería. Porque nos entendemos, ¿sabes?

—¿Todo?

—Sí, claro, todo... Pero no tanto como para hacerle daño. Hay un límite... ¿Qué puede pensar de mí?

Ésa era una pregunta complicada. Marcos observaba desde un palco, no podía decir más. Pero Víctor quería cambiar de vida, quería una mujer y vaciar todo su amor sobre ella. Quería cariño, hogar, familia. Era triste que Sandra fuese la opción más fácil, la que más rápidamente se había presentado, y que en realidad no destacase por encima de otras que pudieran aparecer. No había ni la mitad del brillo en aquellos ojos que cuando le había hablado de Alicia.

—Pues... No sé, hazlo y ya está. ¿No tenéis tanta confianza? ¿No os conocéis desde hace tanto? —Y Marcos se recostó un poco, como si no comprendiese que los demás no compartieran esa visión tan sencilla que él veía en la vida.

Víctor no podía imaginar en aquel momento que todo fuese a salir tan

bien. Tampoco podía imaginar que pudiera reunir las fuerzas suficientes, después de todo lo que había pasado. Y sin embargo lo había hecho. No había necesitado grandes palabras, sino acorralarla y, más bien, que ella se dejase acorralar. Besarla una vez, dos, tres veces... Romper con todo lo que había pasado a medida que la besaba. Y se habían besado hasta tener a la pequeña Sandra. Veía en esa niña todo lo que habría querido ver, todas las buenas cualidades de su madre condensadas en ese rostro claro y sus cabellos morenos. Su hijo, esperaba, ojalá guardase también todas las bondades de su madre. Habría querido que Marcos fuese su padrino, pero no había sido posible. Se había prendado de una tendera —aunque él sospechaba que era algo más que una tendera—, había conseguido enamorarla —supuestamente, amor— y se habían ido lejos, sin apenas avisar a nadie, para satisfacer las ansias de escapar que ella tenía desde los tiernos trece años.

¿Cuánto duraba el amor? Él ya no amaba a Alicia. La tendera había dejado a Marcos por otro, y él se había echado en brazos de otra que se llamaba algo muy bíblico, algo como Camino, pero su romance apenas había culminado el año. Dormir solo se le hacía difícil, decía. El perfume de una mujer en la cama era lo más agradable del mundo. Un cuerpo que se revolvía en la noche como el suyo, una respiración que tranquilizaba el ambiente. No era capaz de planear su vuelta sin que otra apareciese en su camino, y poco a poco se retrasaban sus planes al igual que se aumentaba ese cuadro de amantes que iba contando. Cuánto sabría ese hombre de mujeres, de sus texturas y de sus colores. ¿Cómo era el pubis de una mujer rubia? Él lo había pensado muchas veces, y no sabía si el de Alicia era rubio o castaño, como un tono más oscuro. El de Sandra era negro, claro, pero eso no había sido difícil imaginarlo. Pensaba también en la suavidad de la piel, en la aspereza y rugosidades, en los lunares más escondidos que había podido ver. ¿Dónde se había encontrado el lunar más inesperado? Eran preguntas estúpidas, pero seguro que tendría una buena respuesta para todas. Sandra era suave, muy suave, era cálida y tenía un lunar en la ingle izquierda, pequeño y muy oscuro. Su vientre era limpio, y los muslos, y el cuello. Sólo guardaba para la intimidad ese puntito negro, como una gota de tinta. Ahí también había belleza. En todo, a veces con algo de esfuerzo, podía encontrarse ese matiz de belleza que había necesitado para seguir adelante.

¿Cuánto duraba el amor? El de su mujer lo mantenía intacto, pero era ése un amor que se salía de la norma, que se alejaba de ese amor romántico y repentino. Era un amor de necesidad, de desamparo, de almas nerviosas.

¿Qué había con el amor de Alicia? Era el amor que ardía, el que encajaba perfectamente con lo que debía ser, imaginaba. ¿Estaba preparado para verla? Esa misma tarde habían quedado, y no podía responder. Mientras no respondía, había consumido la mañana de una forma estúpida, embobado con esas preguntas. Y debía ir a casa, pero no quería porque eso significaba que el mediodía empezaba a pasar. El mediodía, y lo que llegaba después. “A las seis en punto”, había dicho Sandra. Pero ahí estaba, demorando su salida del teatro, escuchando cómo Stöhr abandonaba ya su sitio. Stöhr, su suegra, a la que tanto le debía. No podía responder por qué dudaba de sí mismo, por qué tenía miedo a que ese amor continuase vivo.

Se fue de allí, rápido, sin pensarlo más. En su casa, al abrir la puerta, encontró a su hija vestida de azul, dándole un sonoro bofetón a la mesa con la que se acababa de hacer daño.

—¿Qué haces?

La niña ni siquiera contestó, se sentía avergonzada porque la hubiera visto haciendo eso. En algunos momentos tenía un temperamento terrible, y a veces Víctor temía su adolescencia como si pudiera convertirse en un fortísimo huracán. Tenía el genio de su madre y el de su padre juntos. No sabía cuántos golpes le habría dado a la mesa antes de que él hubiera llegado, pero quizás ese mismo impulso fuese el responsable de que uno de los sillones apareciese arañado. “Fue el gato”, había dicho el niño. “¿Qué gato?” Y él miraba a su hermana sin saber qué contestar, mientras ella ponía una cara ofendida, ofendida por esa estupidez del niño, por tener que convivir con algo tan tonto. ¿Por qué se arriesgaba así para proteger a su hermana? ¿Podía verse eso como una manipulación? Creía que su hija manipulaba al hermano pequeño. Y esas preguntas, esas dudas de padre, eran su principal placer y distracción.

—Te acuerdas de lo que tenemos hoy, ¿verdad? —había dicho su mujer, ya en la mesa.

—Sí, claro.

Ojalá fuese una excursión de ellos solos al campo, ojalá fuese una actuación.

—A las seis en punto.

Ojalá fuese noche de estreno, y Sandra saliese a bailar.

—A las seis en punto.

No era lo mismo ir con ella al teatro, quería ir a verla a ella. Ella bailando, como siempre lo había hecho, en mitad del escenario.

—¡Víctor! ¿En qué estás pensando?

—Sí, sí, a las seis... Estaba recordando cuando bailabas.

A Sandra aquello le parecía bonito. Le parecía romántico, y entonces imaginaba que habían tenido el típico amor que nace desde un palco, el amor lleno de angustias por ver quién actuaba y cuándo. Sonrió, porque siempre sonreía, pero ésta era la sonrisa de sus momentos juntos. Y allí estaba, sentada a la mesa, comiendo con su marido y sus hijos, con los cabellos a la altura del cuello. Todo tan apacible y ordenado. Su casa, la única que no tenía flores.

—Tengo miedo de que llueva —dijo, porque el recuerdo de ese plan se había convertido en una obsesión. Todo el tiempo estaba ahí, de fondo, repitiéndose. Desde que lo habían decidido ayer, no se lo había podido sacar de la cabeza.

—No creo que llueva —respondió Víctor, y lo hizo porque verdaderamente no creía que lloviese, aunque él lo desease. Quería que no ocurriera nada esa tarde, quería que todo se arruinase y no pudieran salir. No quería ver a Alicia, no quería verla a ella y menos aún que fuese con su marido y su hijo.

“Está casada y tiene un hijo”, había dicho Sandra como si fuese lo más normal del mundo. Y lo era, sí, pero... “¿No es increíble? Han pasado diez años, nosotros también hemos formado una familia”. Y ese nosotros era triste, feo. Pero no quería ser débil, no quería mostrarse como un perdedor ante ese matrimonio y su niñato, no quería permitir ni el más mínimo atisbo de inferioridad. Serían tan encantadores como ellos, serían igual de dignos y firmes. Le daba igual fingir sonrisas, las fingiría todo lo posible, y llamaría a su mujer “amor mío” y diría cuantísimo amaba a sus hijos. ¿Bastaría con eso? Ataría todos los impulsos, revisaría todos los gestos antes de hacerlo. Iba a salir bien, iba a librarse de esa sombra que había vuelto para molestar en su nueva vida.

Se prepararían, saldrían. Todo iba a ir bien, no permitiría otra cosa. No obstante, a cierta distancia, una mujer decidía si realmente quería hacer aquello. Si quería presentarse con su esposo y su hijo, como una mujer típica. Típica, sí, recién salida del molde de las mujeres dignas. Pensó en las virtuosas, como un sinónimo, y sintió un escalofrío. Virtuosismo, menuda palabra. Era una palabra envenenada, asquerosa, hecha para que los humanos se la lanzasen a la cara los unos a los otros. Era una de esas palabras que se creaban para formar conflicto, para dividir y reprimir, para homogeneizarlos

a todos —y lo peor era a todas— como eso que debían ser. Virtud, virtuosa... Le daba asco. Ella no era virtuosa, más allá que en la apariencia. Y la propia apariencia del virtuosismo le parecía odiosa, pues no entendía por qué debía haber una apariencia. Por qué tenía que existir eso, la imagen ante los terceros. Por qué los terceros se paraban a mirar, qué les importaba a ellos. Si todos se preocupasen de lo suyo, no habría apariencia, y sería mucho más agradable. De qué servía pasearse con un marido, con cientos de hijos, si por dentro todos estaban llenos de gusanos. Eso hacía que se pusiera muy nerviosa, y quería proclamar algo sin encontrar las palabras. Ella no miraba a nadie, podían tirarse por un abismo en fila que ni siquiera se enteraría, y de enterarse, se encogería de hombros. ¿Qué le importaba? Y sabiendo eso, ¿por qué ella importaba a alguien? Odiaba cuando en la ciudad la miraban con lástima, con los corazones hinchados, porque vivía por y para sobrellevar la pérdida de su padre, porque era una muchacha hermosa y “la viva imagen de la virtud”. ¡Dios mío, qué asco! Y ahora iba a ser otro teatro más.

En parte se obligaba a ir, porque no quería hacerle algo así a Sandra. En parte se decía que lo merecía, por todo lo que habían tenido en otro tiempo. Por otro lado, pensaba si era posible que le reprochasen algo si caía enferma. Mandaría a su marido y a su hijo también, y ella los esperaría en la cama. Pero le molestaba hacerse la enferma, le molestaba que pareciese que se escapaba. De todos modos lo había hecho, y ellos habían salido hacía media hora. En ciertos momentos, cuando se ponía a pensar, perdía la noción del tiempo, y era necesario algún ruido externo para despertar y darse cuenta de que se había quedado sentada en la butaca, con una manta sobre las piernas, y ellos habían salido. Ya estarían juntos, su marido la habría excusado. ¿Qué pensarían ellos? Sandra se llevaría una decepción, y al día siguiente aparecería allí para preguntarle cómo se encontraba. Le parecía una mujer ociosa, a pesar de los hijos. Ella también lo era. Qué triste, las dos bailarinas se habían convertido en dos mujeres ociosas. ¿Había algo más indigno? Virtud, dignidad... Honradez... ¿Por qué esos términos se repetían en su cabeza? Para mantenerla ocupada, para que pensase en otra cosa. ¿Qué era en lo que no quería pensar? En que le amargaba presentarse con su marido y su hijo, pero que más le amargaba ver a Sandra con el suyo, con ese hombre que tanto la había perseguido y que después la había olvidado. ¿Hasta qué punto llegaban sus ganas de gobernar sobre los demás, de tenerlos en la palma de su mano para poder aplastarlos? ¿Hasta qué punto quería acaparar, engullir, brillar y ascender por encima de todos los demás? Quería

estar allá donde ni siquiera pudieran verla, y mover desde arriba los hilos de aquellas personas. ¿Por qué se había vuelto algo gris, un recuerdo borroso? ¿Por qué había dejado de ser lo de antes? Quería volver a serlo, quería recuperar su antigua esencia y hacerla revivir. ¿Hasta qué punto? Hasta el punto de quemarla.

Se levantó, se peinó, y lo hizo rápido y sin fijarse, sin esfuerzo alguno, como entonces. No necesitaba ni siquiera peinarse, y salió a la calle. Sabía dónde estaban, Sandra había decidido ese plan. Salió con el rostro serio, con los ojos ardientes, como si se preparase para una guerra. Y ésas eran sus guerras, eso era lo que le hacía disfrutar. Ahora más brusco, más intenso, con más connotaciones. Pero era la llama, era el fervor que sentía antes, cuando iba a una fiesta de disfraces y quería elevarse sobre todos. Quería ponerse el antifaz y que los ojos les estallasen mientras veían cómo bailaba, cómo se estiraba, levantar la copa y que se deshiciesen mientras bebía. ¿Quién no quería ser aquel vino, aquel champán, lo que fuesen esas gotas amarillas? Era ella otra vez, ella bailando, ella cogiendo las zapatillas muy estirada para que se le marcasen más las piernas. Y ahí estaban, el fantástico matrimonio, el envidiable matrimonio, el Víctor de siempre y la Sandra de cabellos cortos, y la espalda de su propio marido. La cría, que no debía ser muy sociable, sentada junto a ellos en la terraza y los niños corriendo en otro lado, entre más niños, chillando y saltando y ensuciándose las manos.

—Al final he podido venir, me encuentro mejor.

Y esos seis —ocho con la cría— ojos se giraron hacia ella, subieron desde sus asientos. Ahí estaba, Alicia. Ahí, la Alicia de otro tiempo, idéntica, hermosa, intacta. No la quería, no la quería. No podía quererla, no debía. Los labios de otro tiempo, como dos pétalos de rosa, los ojos castaños. Los cabellos rubios, dorados, descuidados. El marfil de su cuello, ése que había empezado besando en su imaginación y por el que había terminado teniendo una erección, en un rincón de la alameda. No la quería, Dios mío, no la quería. ¿Y si la quería? Si se duda no es amor, si se duda nunca puede serlo. Pero estaba ahí, preciosa, ella, la que se había apoyado en su hombro una noche, llevándola a la pensión y haciéndolo el hombre más feliz del mundo. Sus manos, que había cogido en la azotea, la horrible azotea, donde había dejado claro que no le correspondía. Por qué estaba idéntica, por qué no había cambiado ni un poco. ¿Estaban ahí, bajo la falda, las piernas que veía entre las escaleras, las piernas por las que deliraba? No, no la quería...

—¡Qué bien que hayas venido!

Sandra se levantaba. Era Sandra, su esposa. ¿Qué pensaba Sandra, hasta dónde sabía ella? Nunca habían hablado del tema, no podía contárselo. Se levantaba, Alicia se sentaba, su hija hacía ruido tamborileando en la mesa.

—Para —dijo con calma, un poco bajo, sin brusquedad. ¿Por qué le había dicho que parase? Porque era su padre. Se lo mostraba a ella, con ese gesto. Es mi hija, ésta es mi hija y ésta mi mujer, más allá está mi hijo. ¿Qué haces aquí? Se sentía delante de los edificios, delante de todos los fantasmas.

—Estábamos hablando de cómo era la vida en el teatro —dijo el otro. ¿Era Alicia la otra? ¿Quién lo era? Qué angustia, qué desagradable.

—Estábamos recordando. Aunque es una pena acordarse de nuestro director.

Si Sandra hablaba él se calmaba un poco. Ella era estable, tranquila, sabía manejar todas las situaciones. Pero qué angustia, de todos modos. Y no la quería, no la quería. Ya no podía quererla, y sobre todo, no debía.

CAPÍTULO VI

¿La quería o no? ¿La había querido, al menos? Eso estaba claro. Sí, estaba segura de ello, sabía distinguir el amor en los ojos de un hombre. Aunque quizás no fuese amor, quizás fuese deseo, pasión, un capricho. Sin embargo, tenía la sensación de que, si le hubiera contestado con una palabra amable, le habría pedido que se casasen allí mismo. ¡Qué frío hacía, esa noche! ¡Qué frío, en esa terraza rasa, desnuda, sin nada! Entonces tenía la sensación de poder tirarse desde allá arriba y echar a volar. Ahora se habría precipitado hacia abajo, creía. De todos modos, lo último que deseaba era una nueva confesión manchada por el paso de los años, manchada por los hijos y los matrimonios. No comprendía cómo se había contentado con la otra bailarina, o si había llegado a olvidarla. Aun así, si ayer se hubiese levantado y le hubiese dicho cuánto la amaba, ella habría sentido algo semejante a una náusea. Recibir todo eso, con la sombra de la mujer y los dos hijos, le parecía sucio. Ella, entonces, cuando eran más jóvenes y más pulcros, no había hecho nada malo. Bueno, quizás un poco, quizás debía haberse detenido cuando hubo notado su inclinación. Pero entonces, ¿qué tenía que hacer? ¿No llevarse bien con ningún hombre, porque les suscitaba deseo? ¿No acceder a ningún plan que los incluyese? Eso era injusto.

¿Por dónde iba? Sí, por aquella confesión, hacía diez años. Ella ni siquiera se había planteado mantener una relación con el perrito faldero de la señora Stöhr. Había sido agradable el escaso tiempo que compartieron, pero no suponía nada más. Así pues, estaba libre de toda culpa. No tenía remordimientos, ni debía tenerlos. ¿Era un error no sentir algo? ¡Menuda tontería! Pero él sí sentía, se lo había dicho. No podía recordar ni una palabra de aquella confesión, pero sí aseguraba que era la más formal que había escuchado. La más seria, digna, completa. Seguramente hubiera dicho una de esas expresiones que implicaban cadenas, como “toda la vida” o “el resto de nuestros días”. Como mínimo, habría utilizado un “siempre”. En fin, él hablaba de amor. No hablaba, lo exhalaba a cada palabra. Sonaba bien, la palabra exhalar. Y eso era precisamente lo que definía ese discurso, exhalar amor, exhalar el alma entera. Estaba aterida de frío, y a pesar de eso lo había notado. Muy estridente había tenido que ser aquello para darse cuenta, puesto que estaba decidida a no hacer demasiado caso a ese hombre una vez le hubo pedido que lo siguiera, adivinando sus intenciones. En todo caso siempre era

bonito verse halagada, deseada o amada, y aceptó por eso y justificando ante unos principios inventados que no podía negarse por la educación más estricta.

¡Qué triste, observarlo ahora, tras tanto tiempo! Observarlo o más bien observarse, ver a la mujer joven, libre, que nadie se atrevía a tocar. Ahora sentía vergüenza, porque se había rebajado a tener amantes. Lo veía como rebajarse porque lo hacía a escondidas, porque algunos la habían dejado, porque no encontraba amor hacia ella en esos contratos esporádicos. Ahora que había vuelto podía de alguna manera borrar todo eso, podía fingir que nunca había pasado. ¿Cómo era posible, de entre todos los hombres del mundo, que hubiese escogido a su marido? A los dos minutos, se habían cansado el uno del otro. El único hombre que se podía cansar de ella, y era justo con el que se había quedado. De todos modos, y como estaba diciendo, ahora podía hacer como que nada de ello existía realmente, y podía pasear su condición de casada feliz con una dignidad fría, y a la vez guardar esos aires de mujer inalcanzable que antes tenía. Si él fuera un poco más altivo, habría sido perfecto. Tenía la maldita cualidad de ser encantador con todo el mundo, hasta con las personas que no lo merecían. Era todo apariencia, claro, pues luego no se cortaba a la hora de criticarlos. Pero esa manera de hablar con todos, de sonreír y saludar sin parar, desfiguraba la impresión que a Alicia tanto le gustaba. No podían ser un buen conjunto de esa manera, ni formar una buena imagen en su antiguo hogar. Por un instante colocó a su lado a ese hombre, pero con el rostro serio también cuando asentían frente a un conocido, también cuando se paraban con alguien. Tenían entonces, como pareja, como familia, algo glamuroso, algo que hablaba de fama y una altura a la que no podían ni asomarse. Ella había sido una figura glamurosa, ¿por qué dejarlo? Y aun sin haberlo sido, podía comportarse como tal. Pero además era una artista, era una bailarina preciosa y principal. Sin embargo, parecía ser la única que se daba cuenta en su casa. Él mismo se había enamorado de ella viéndola bailar. Iba al teatro, y andaba detrás de ella como un perro. “Como un perro”, murmuró, y algo nostálgico chocó contra aquella dura expresión, y durante dos segundos sintió pena, pensando en esa madera crujiente y en todo lo que había pasado. De no haber ocurrido eso, ¿dónde estaría ahora? Era una pregunta demasiado ambiciosa. Pero en su mente se pintó un piso enorme y luminoso, con orquídeas violetas. Veía grandes alfombras, una cama repleta de cojines y con cuatro columnas de madera, un espejo inmenso y las cortinas blancas arrastrando hasta el suelo. Cambió las

orquídeas por tulipanes, y luego las recuperó con un color amarillo. En todo caso quería una mesa grande con manteles individuales y un centro con una vela. Los manteles serían naranjas, las copas tendrían un pie naranja también, y no sabía a quién colocar en los restantes sitios. Le gustaban las fiestas, pero de cuando en cuando y en casas ajenas. Prefería para su comedor momentos más íntimos, y no sabía si habría acabado cenando con Sandra o con un hombre. ¿Quién sería ese hombre? ¿Se habría casado? Quizá sí, quizá no... Se inclinaba más por el no. Lo más probable fuese que tuviera algún amante más o menos regular en el tiempo, y su mente le sugirió una cuenta de dos años, como si fuese el número que le arrojaban los dados. Dos años, tres, le parecía una buena suma. Era imposible no aburrirse de la gente, y más todavía de los hombres. Los quería cerca, los quería para hacerla más brillante, pero no estaba hecha para ligarse a uno. Eran... Cómo describirlos... Eran como un objeto de lujo, algo bonito y agradable que la reconfortaba. Pero, ¿era posible contentarse a lo largo de toda su vida con el mismo collar, con el mismo anillo? Cansaban, perdían su interés. Los objetos de lujo eran algo prescindible, mas quién no quería tener alguno. Ella quería hombres, sobre todo en ese momento de su vida. ¿El mismo? Qué error tan tonto había cometido. Podía habérselas arreglado, podía haber trabajado más años y haber ahorrado lo suficiente, y luego podía haber hecho algo como dar clases, preparar a otras bailarinas. Tenía suficiente nombre, suficiente experiencia y suficientes credenciales como para dar clases y cobrar algo más que respetable. Sería independiente, y no le daba miedo dormir sola de cuando en cuando. Tener su propia casa y estar sujeta sólo a sus decisiones, a los vaivenes de sus gustos, sin arrastrar una familia con ella. ¡Resultaba tan agotador...!

Sí, era agradable. Era perfecto, magnífico. No obstante, nada más lejos de la realidad que vivía. Se sentó en un banco de piedra gris, y le dio igual encorvarse para colocar la cara sobre las manos. Acodada sobre su falda, con el rostro serio como el de una niña enfadada, lanzó un suspiro pesado, rudo. Sintió un olor desagradable, de sudor y alcohol. Un hombre de corta estatura y figura redonda, con una barba desaliñada, pasaba delante de ella. Parecía que aún no se había acostado. Pero, ¿qué hacía ella a primera hora de la mañana allí, viendo el teatro donde había bailado? ¿Por qué había ido precisamente en ese momento, cuando todos empezaban a llegar? Stöhr ya estaría dentro, sobre todo ahora, que no tenía que esperar por Sandra para salir. ¿Hasta qué punto llegaba la obsesión de esa mujer, que ella llamaba

compromiso? Pero eso no era más que una distracción. En realidad le daba vergüenza pensar en su situación ahora mismo, y le daba vergüenza decirse que estaba resultando patética. Sí, patética, eso era exactamente, estaba siendo patética, se había convertido en algo patético. Era cierto que no podía llevar a su lado al hombre que ella quería, era cierto que su vida no era en absoluto ésa que se había imaginado antes, pero nada justificaba que estuviese haciendo el ridículo de esa manera. Quería fingir que todo era distinto, y le faltaba tiempo para mostrarse tal cual era, para mostrar lo que había quedado de esa mujer que había sido.

Un coche se paró a unos cien metros de Alicia. Víctor bajó y, con mucha prisa, dejó que el edificio lo engullera. Alicia se había quedado mirando, como una tonta. Seguramente olería al perfume de la última vez, cuando se habían juntado todos. Hubo tensión, entonces, y esa tensión la había hecho ir hasta allí ese día. Y él no la había visto. El coche seguía allí parado, y la bailarina pensó en esa ropa marrón oscuro. Le gustaban los colores oscuros en un hombre, pero a quién no. Era como sus colonias, tenían la capacidad de volverla loca. Le gustaba demorarse en sus cuellos, aspirando aquel olor. Ella, por su parte, no usaba perfume. Oía como oía su pelo, fresco, claro. Como oía su piel, que era pálida y suave. ¿Qué podía hacer ahora? Su piel, su pelo, qué importaba. Otra vez estaba intentando llenar el tiempo para no sentirse demasiado estúpida. Pocas veces había tenido la sensación de ser idiota, quizás cuando la dejaban. Era una loba, una leona, y sólo podía ver a una tonta. Una loba, una leona, una hiena. Decían que las hienas hacían un sonido que parecía una risa... Entonces no, no era una hiena. Y los lobos eran tan masculinos, y las leonas tan feas. ¿Qué era ella? Era una mujer absurda que había pasado muchos años decidiendo lo peor que podía decidir. De nuevo, esa sensación, la sensación del fracaso, como cuando salía a bailar allá, en el teatro de su ciudad. Como cuando las niñas se iban a otros sitios mejores. Era horrible, sentir eso. Y creyó que se abría una pequeña brecha en el suelo, y que uno de sus pies se escurría dentro. Tenía que sacarlo, pero no encontraba fuerzas suficientes. Estaba ahí, incrustado entre las paredes de adoquines, y estaba segura de que la brecha iría creciendo y acabaría ella entera dentro. Eso era su agitación, eso era el difícil juicio al que se exponía, la debilidad, la inseguridad, algo que la destruía devorándola.

Víctor.

Alicia abrió los ojos, sacó el pie de allí. Víctor acababa de salir. Con la misma prisa con la que había entrado, se dirigía hacia el coche. ¿Qué hacía en

la calle de nuevo? ¿Qué le urgía tanto? Pero esta vez Alicia estaba de pie, y él la vio. La vio preciosa, esbelta, y el color de su pelo se le clavó un segundo en las pupilas. De repente, su prisa se agotó, y se quedó parado en la distancia. ¿Era un fantasma o estaba realmente allí? Por qué en ese momento, interponiéndose en sus planes, frenando todo. Pero él la estaba mirando, ella lo miraba, tenía que ser real. Saludó... Levantó una mano, elevó la barbilla. Esa barbilla cuadrada, que aún era joven. Se sentía joven, sí, a pesar de tener dos hijos. Y como si los tuviera delante, los contempló al igual que se contempla un espejismo, y vio lo nítida que era la figura de Alicia, esa Alicia bien peinada y erguida, que antes entraba corriendo en el teatro y se desnudaba.

—Buenos días —dijo, tras acercarse a ella.

—¿Qué tal? —y Alicia preguntaba como si afirmase que ella iluminaba más su día. Era arrogante, pero los ojos de Víctor se quedaban un paso atrás. ¿Era arrogante? No podía decirlo, pues por un lado calculaba qué hacer y qué debía hacer, y por otro se sentía en la necesidad de dar explicaciones.

—He venido sólo a dejar un par de cosas. Mi mujer está con fiebre y voy a ir a casa para estar con ella.

“¡Qué encantador!”, pensó Alicia, y no había más que una especie de rabia en ella. Él, por su parte, se sentía un poco ridículo. Había dicho “mi mujer” en lugar de “Sandra” aunque hubiesen sido íntimas amigas. La verdad es que el tiempo no podía olvidarse tan rápido, y no podía dejar de enrarecer sus relaciones. Claro que para él era más agradable, pues la vergüenza se había disipado casi por completo.

—Seguro que no es nada. Yo sólo pasaba por aquí... Tenía ganas de verlo. Hay tantos recuerdos ahí dentro.

—Muchísimos —respondió él, y ambos se perdieron un momento.

—Tengo que volver a casa, y creo que nuestro camino coincide en unas dos calles.

—Vamos en coche, te dejaré a ti primero.

Por supuesto, era la reacción lógica.

—La verdad es que prefiero andar. Llevo tanto tiempo lejos que me apetece ver las calles. Bueno, ya nos veremos.

Alicia se dio la vuelta y Víctor rectificó al momento. Irían andando. Había caballerosidad y algo que no era caballerosidad y no quería ni observar. Le asustaba, y ya que iba a hacerlo de todos modos, resultaba mucho más agradable sacudir la cabeza para echar fuera esa alarma.

Caminaron los primeros metros en silencio, y Alicia miraba a su alrededor con un fino deleite que se intuía tras su rostro inexpressivo. Parecía encontrar belleza en esa ciudad lejos de su casa, y parecía, sobre todo, encontrar una bienvenida cálida. Víctor, por su parte, quería hablar de algo y no encontraba de qué. Ya habían utilizado todos los temas fáciles la otra tarde, cuando hablaban del teatro y el cambio de clima, las ciudades, los niños, y alguna cuestión política que tocaron de refilón. Siempre era un terreno peligroso con desconocidos, y él era un auténtico ignorante al respecto. Sabía lo básico, lo que contaban los periódicos tras una breve ojeada. Su esposa, que odiaba hablar de todo eso, había dicho algo como “Que me avisen cuando declaren una guerra, mientras tanto no me importan las batallitas de cuatro usureros entre sí”. El marido de Alicia la había mirado intentando mostrar indiferencia o incluso acuerdo, pero en el fondo se adivinaba el desprecio. Le parecía un hombre aburrido, orgulloso y estúpido. En el mismo instante en que lo vio, con ese niño plagado de rasgos suyos, supo que estaba frente al típico imbécil que se divertía escuchándose. Uno de esos... ¿Cómo decía su padre? Uno de esos encantados de conocerse. Iba tan arreglado, tan perfumado, tan impecable. Se le notaba ese provincianismo de villa. Alicia, que era una mujer de mundo, y ese mequetrefe pagado de sí mismo que parecía venir a enseñarnos cómo debíamos pensar. Qué desagradable, tenerlo delante. Había dicho no sé qué de exportaciones o importaciones, y algo del cereal, y nadie le había prestado atención.

—En esencia no ha cambiado nada, pero muchas cosas están distintas —dijo Alicia de repente, y Víctor tuvo que salir de su ensimismamiento. No sabía qué era la esencia y qué las otras cosas, no sabía hasta qué punto el cambio de las segundas no alteraban la primera, y su cariño, o al menos el respeto a un cariño pasado, le susurraban que no poseía ese algo de delicadeza femenina que entiende las cosas sin explicarlas.

—¿Cómo cuáles?

—Ese negocio, sea lo que sea ahora, era una frutería. Tenía manzanas preciosas, muy brillantes. Las ponían en cestas, en la calle. Olía tan bien. Y luego había siempre una caja con lechugas.

—Ahora vende trajes, y dicen que es un buen sitio.

—¿Has ido alguna vez?

—No, yo tengo mi lugar de confianza. Lleva abierto unos cien años, por lo menos, y es donde mi padre ha ido toda la vida.

—Como un médico de confianza.

—Sí, algo así.

—Yo he estado en tantos sitios distintos que no puedo tener nada de confianza. Y me gustaría, la verdad. Me gustaría una vida tranquila, en un sitio bonito. Muchas veces se piensa en la costa, y me encanta la costa, pero no para vivir. Estuve una temporada en una ciudad costera, y el invierno fue horrible. La lluvia no paraba nunca, y caía como en horizontal, por el viento. ¡Lluvia horizontal! Era un infierno. Claro que eso puede ser por un clima concreto, por una zona concreta. Pero algo que hay en todas las ciudades y pueblos costeros es la humedad, y la humedad es algo insufrible. —Esta última sentencia era tan rotunda, tan dura y seria, que sólo permitía que los demás se adhirieran a ella, ni tan siquiera consintiéndose un silencio que pudiera interpretarse como una opinión en contra.

—Estropea todas las casas —dijo Víctor, que pensó en una pared desconchada como el espectáculo más cruel de la humedad.

—¡Y el pelo! Podría soportar humedad en las casas.

Alicia dio esa contestación como si lanzase un manotazo al aire, ese aire donde se condensaba la tonta frase de Víctor. Que ella hablase de humedad y otro pensara en las casas afectadas le parecía una soberbia tontería, algo como un insulto. Y se enfadó un instante, en una leve nube que pasó por su frente blanca, y Víctor se quedó con aquel dato sobre el pelo y el agua.

—¿Este lugar te gusta como para que sea el definitivo?

—No lo sé. Me parece que tengo que redescubrirlo. Pero da tanta pena ver que ha cambiado... Lo de la frutería es muy triste. Pasaba por delante cuando venía al teatro, y siempre respiraba muy fuerte. ¿A qué huele ahora? ¿A ambientador? Es una pena.

—Seguro que también les ha parecido una pena a sus dueños —apuntó Víctor, no sabía si con la intención de decir algo gracioso, pero lo que consiguió fue incomodar un poco a Alicia, como si hubiese marcado la banalidad con la que estaba hablando.

—Si nos ponemos así nunca podremos hablar de nada —y en esta frase había otro punto áspero, porque el hecho de que a ella algo le diera pena era al momento un obstáculo suficiente como para que nadie se congraciase con la pena de otros.

Lo decía como una cría ofendida, pero a Víctor su cara seria le parecía de mujer. También se lo parecía la tranquilidad con la que caminaba, estirando los segundos y ese inocente paseo que podían compartir. Habían caminado así en otras dos ocasiones, pero ahora era temprano y los comercios recibían

a los primeros clientes. El teatro empezaría a llenarse de cómicos, de telas y lentejuelas.

No sabía qué decir. Se sentía mal por el comentario anterior y la reacción de la bailarina. La bailarina, sí, y eso siempre era un salvavidas.

—Entonces, ¿echas de menos el teatro?

—Bueno, el otro día ya dije que me acordaba mucho.

—El otro día éramos demasiados. Ahora, en intimidad —¿qué clase de intimidad tenían ellos dos?—, te lo pregunto. ¿Lo echas de menos?

Alicia se sorprendió un poco. Estaba con un Víctor más desenvuelto, más seguro de sí mismo. Quizás fuese que en parte algo de él buscaba una confianza inexistente para que Alicia se ofendiese y destruyese toda posibilidad de amistad entre ellos. Sería una amistad de lo más inconveniente, sí. O quizás se debiera ello a que hablaba con un hombre que había vaciado su corazón, que había sufrido fracaso, que dormía con una mujer con la que había creado dos hijos. No sabía los cambios que había experimentado, y tampoco quería saberlos. Carraspeó antes de contestar, y ese carraspeo fue una advertencia. Víctor, si hubiera sido un animal y si hubiera sabido leer en el semblante de Alicia —cosa que nunca se le había dado bien—, habría agachado las orejas. Ella quería al muchacho que había hecho el ridículo en una azotea, y a nadie más. Incluso sintió miedo por si, en futuras ocasiones, ese hombre pudiera llegar a intimidarla.

—Pues no lo sé. Es una pregunta difícil. Claro que ahora ya no podría seguir bailando. Nuestra profesión es muy ingrata. Tanto esfuerzo para tan pocos años. Si lo echo de menos... A veces, sí. Pero no echo de menos sólo eso, bailar, sino todo. Todo lo que era mi vida entonces. No quiero decir que ahora no sea feliz, pero aquella fue una época muy buena. Lo teníamos todo, absolutamente todo. —Extendió un segundo sus manos, como si en ese todo se albergara el mundo y ahora sólo hubiera aire.

—Éramos más jóvenes.

—¿Y no era magnífico ser más jóvenes?

—Sí, claro. Pero ahora hay otras cosas. La vida doméstica es mucho más rica ahora. —Lo dijo con sinceridad, y no se preocupó por si era lo más adecuado o no. El ambiente de complicidad que Alicia había creado en el mismo instante en el que habló en plural le permitía liberarse. Y respiró, y sintió, y dejó brotar aquel limpio pensamiento como una verdad irrefutable e inmensa.

—Ya, sí, claro... La vida doméstica. Pero entonces no había vida doméstica, la vida estaba fuera. Y era tan agradable, era tan bonita. Era... Era una locura,

estaba llena de estímulos.

Víctor la miró de reojo. Vio sus mechones atrapados por una pinza negra, vio el contorno dulce de su nariz y su mentón.

—Sí, estaba llena de estímulos.

—Me encantaba todo eso. Me encantaba la libertad y la independencia — quizás se estuviese comprometiendo mucho, pero no le importaba. Había pasado mucho tiempo, sí, ya no eran tan jóvenes. No le importaba mostrar un poco más de sí.

—Tú tenías una independencia que yo no tenía.

—Sí, la independencia con las personas. Ahora estamos atados, estamos atados del todo. Antes podíamos tomar una decisión y sólo dependía de nosotros. Era una sensación que me gustaba muchísimo.

—Estamos atados, sí, pero creo que ahora es mejor estarlo. Es decir, ¿qué sería de nosotros si no estuviésemos atados a alguien? Sería triste, yo me sentiría solo. Entonces me daba igual, o al menos no me importaba tanto. Pero ahora...

Alicia puso los ojos en blanco. No sacaba mucho de ese hombre, pero también le parecía que el Víctor de antes no ofrecía grandes avances. Era como si estuviese un poco oxidado y necesitase algo para moverse.

—No estoy hablando de qué es mejor ahora, estoy hablando de lo bonito que era antes.

—Lo siento. Digo eso para evitar ponernos nostálgicos. Yo a veces también echo de menos esa época.

Aquello era una mentira. Víctor no añoraba ningún momento anterior, salvo quizás, que sus hijos fueran un poco más pequeños. Le parecía que su hija había crecido demasiado rápido, y le daba miedo que se acercase cada vez más a la adolescencia, a convertirse en una mujer.

—Me apetece pasar por delante de la pensión donde vivía antes —dijo Alicia tras un minuto. La verdad es que no tenía pensado ni acercarse a ese sitio, pero alargaría un poco el trayecto.

—Está muy distinta.

Víctor lo dijo sin darse cuenta, como quien piensa en alto. Al momento se irguió más, movió los ojos a ambos lados, y en sus mejillas se reflejó algo que parecía culpabilidad, vergüenza, arrepentimiento. Alicia no vio estos cambios, pero esa contestación, por supuesto, la sorprendió.

—¿Muy distinta? ¿En qué, y cómo lo sabes?

Víctor pensó rápidamente. En cuestión de instantes, barajó distintas

posibilidades, pero no se veía con la capacidad suficiente como para inventar una historia sobre alguien que se alojase allí y sobre que él tuviera que entrar para ir a recogerla, como hacía con Alicia. No, eso era lo último. Luego pensó en que la había visto desde fuera, mientras alguien entraba o salía, y le pareció absurdo. Decir que el cartel había cambiado tampoco justificaba que estuviese “muy distinta”. Se vio acorralado, y los ojos de su acompañante no podían esperar más tiempo.

—Fui una vez, hace años.

Sí, había ido. Se había tratado de algo sin sentido, de una estupidez. Había sido cuando pensaba en Sandra, en pedirle que pasasen esa vida juntos. Era una decisión muy importante, y que ella fuese un bálsamo para curar las heridas que Alicia había dejado abiertas hizo que se acordase de esta última más de lo que habría deseado. Había recordado a Alicia, había recordado cada detalle que lo había enamorado. Pensaba en todo su físico, en sus brazos blancos, en sus senos redondos y apretados contra el tronco. Pensaba en la manera seria que tenía de mirar a la gente, en cómo hablaba y se enredaba en sus propias historias, en miles de matices que sólo él —y de eso estaba seguro— sabía apreciar. No podía decir hasta qué punto la amaba más que el resto, hasta qué punto había pasado noches evocando una y otra vez su figura, pero sí podía decir que no existiría en el mundo un observador más fiel, más meticuloso, pues tenía en su mente impreso cada centímetro de aquella mujer. ¿Qué podía hacer? No era capaz de sacarse su imagen de la cabeza, sólo pensaba en ella una y otra vez, como había hecho justo después de que desapareciera. Quería hablarle, quería pedirle que volviese ahora o que no lo hiciese nunca más, porque quería ser feliz y tenía que decidirse ya. ¿Dónde estaba Alicia? ¿Dónde estaba su Alicia, su preciosa garza rubia que se estiraba en el escenario? Quería verla allí y verse a él en el palco, diseñando una confesión perfecta, una de esas tradicionales donde lo dejase todo dicho. Quería verla sonriendo, la sonrisa que quería besar, como le había dicho a Marcos. ¿Por qué no se atrevía a olvidar esa sonrisa, y cuando tomaba la decisión de hacerlo, su imagen volaba sin más hasta él? Quería a Sandra, de algún modo la quería y deseaba una rutina tranquila a su lado. Pero esa huella no podía borrarse tan fácilmente. Ahora veía, en realidad, que no podía borrarse de ninguna de las maneras.

Durante dos días, había caído en una especie de fiebre. Los recuerdos lo habían acosado hasta el punto de buscar a Alicia en todas las esquinas, de querer verla y querer ver cualquier cosa que tuviese su sello, para saber así si

en verdad merecía la pena esperarla o si debía continuar su vida al margen de ella. En parte, esa decisión tenía algo de tortura, y esa tortura lo había guiado hasta la “Pensión para mujeres” de la señora H. Sin embargo, algo le sorprendió al llegar allí. El cartel estaba limpio, era una placa de madera con las letras doradas. “Pensión femenina”, y debajo, en letras más pequeñas, aparecía el nombre de Julia I. Comprobó la calle, comprobó la situación, y era ese mismo sitio, ese mismo hueco donde se colocaba la puerta. Pero su determinación era tan firme, estaba tan decidido y a la vez tan nervioso, que llamó a la puerta casi sin darse cuenta de que lo hacía, casi sin darse tiempo a asumir que algo había ocurrido en el interior de ese sitio, que algo, o todo, había cambiado.

Lo recibió una niña de unos diecisiete o dieciocho años, bonita como eran todas las niñas de cara vulgar. Los ojos pequeños, marrones, lo escrutaron con cierta timidez, y una sonrisa de bienvenida, como si se tratase de un segundo cartel, recibió al desconocido. ¿Qué había sido de la señora H?

—¿La conocía usted? —preguntó la niña, con viva curiosidad.

—Sí, bueno, un poco. ¿Ya no está aquí?

—Si la conocía seguro que a la señorita I le gustará hablar con usted —y lo llevó hasta una puerta lateral derecha, justo antes de las escaleras que daban a las habitaciones.

La planta era la misma, y el uso de cada cuarto parecía ser también el mismo. Sin embargo, había cambiado mucho. La entrada ofrecía un aspecto más confortable, con una alfombra oscura que ocupaba casi todo el suelo y un nuevo perchero que había sustituido al anterior. El saloncito al que lo condujeron era exactamente el mismo en el que había vivido aquella escena tan bochornosa, pugnando con la señora H y frente a la pintora, Berta. Al final había salido perdiendo. Las mejillas se le encendieron un poco, y como si una vergüenza antigua atrajese otra nueva, de pronto se preguntó por qué demonios había entrado y qué era lo que había ido a hacer allí dentro. Como el viejo perchero, que ya estaría en la basura, se sentía algo fuera de lugar, una pieza de otros años que venía a romper la armonía de la pensión. Pero al menos la suerte lo había ayudado en este caso. De haberle abierto la señora H, o ese ogro que tenía por criada, no sabía qué excusa podía haberse inventado. Ahora la excusa le había venido sola, se la habían otorgado las circunstancias. Y allí estaba, sin saber muy bien qué hacer, siguiendo a una niña vestida de blanco, en un uniforme tan limpio que parecía reflejarse en su espalda.

El salón, a diferencia de lo que había sido, parecía ahora verdaderamente una zona común. Con un sofá a cada lado, enfrentados en una eterna tertulia, había tantas plazas como allí cabían sin congestionar el espacio. En una mesa central había una caja de pañuelos y un libro que alguien había dejado allí, con un marcador rojo sobresaliendo que empezaba a deshilacharse. A un lado, una estantería algo estrecha tenía más libros, pero un simple vistazo bastaba para saber que se trataba de esas obras llenas fotografías, aquéllas que responden preguntas y hablan de distintas partes del mundo. Tenían ese lomo alto y brillante, de manejo incómodo, y Víctor no les dedicó más que un instante. Y le pareció bien, porque de algún modo había que llenar los rincones, y aquellos libros en concreto no distorsionaban tanto con el fantasma de la señora H, allí presente, al igual que el papel pintado con flores amarillas sobre un fondo blanco.

Una mujer joven, sentada a un lado del sofá, ni siquiera prestó atención al intruso, y se entregó sin escuchar ni una palabra a las notas que apuntaba en una pequeña libreta. ¿Qué estaría apuntando? Una receta de cocina, pensó, al ver la mancha ovalada que tenía en la falda. Una receta, algo salado, con aceite. ¿Le permitirían cocinar allí? No lo creía. Pero igual no tenía nada que ver con ese mundo, y las ocurrencias de Víctor resultaban de lo más desacertadas. Tenía los cabellos oscuros, y habría seguido observando su rostro como de anfibio, con los ojos muy separados y muy saltones, de no ser porque otra mujer, ésta de unos treinta y cinco años, se levantó y lo recibió con toda cordialidad. La niña que lo había guiado hasta el salón le susurró algo antes de desaparecer.

—De modo que conocía usted a mi tía.

La mujer sonreía, y en sus mejillas unas pecas marrones contrarrestaban las incipientes arrugas que a Víctor le parecieron demasiado tempranas. Pero quizá no fueran treinta y cinco años, y quizá tampoco la niña de antes era tan niña. Estaba tan agitado por encontrarse allí de nuevo, y tan nervioso porque alguien advirtiera que no tenía nada que hacer allí, que no podía fijarse bien en nada.

—La señora H, ¿verdad? Sí, la conocía. Aquí vivía una amiga mía, de vez en cuando venía a buscarla y hablaba con su tía mientras la esperaba. —Nada más lejos de la realidad, y en verdad habría deseado decirle que su tía era una nube redonda y estúpida a la que seguía odiando. Pero fingir una falsa simpatía por esa vieja maleducada era su mejor opción.

—Yo soy su sobrina, Julia, y cuando murió ocupé este sitio. Pero

siéntese, por favor, siéntese. Me encanta hablar con todos los que la conocieron, quizás porque nunca tuve demasiada relación con ella. Vivíamos lejos, y mi tía nunca dejaba este sitio.

Víctor se sentó lejos de la inquilina de la libreta. En concreto, ocupó un asiento que estaba en el lado izquierdo de la sala, dándole la espalda a las estanterías de enciclopedias y topándose frente a frente con una pared que hasta entonces no había visto. Era una pared libre de adornos, con el mismo papel de flores amarillas. No había estanterías, no había butacas contra ella ni ninguna silla. Sólo, en el centro, algo que turbó del todo a Víctor. Perfectamente milimetrado, con un marco de madera clara, el retrato de Alicia. Los ojos castaños de Alicia, inertes, lo observaban desde el lienzo, y en sus labios resaltaba esa fina capa rosada. Era ella, era casi ella, y no sabía si por amor o desconsuelo estaba perdonando todos los errores que Berta había cometido. Absorto en esa imagen del pasado, en esa estampa que tantísimo echaba de menos, en la que había pensado hasta alcanzar una obsesión enfermiza, se olvidaba de que Julia hablaba, de que le contaba algo que no llegaba del todo a sus oídos. Intentó recomponerse, carraspear, erguirse. “Como una ortiga” pensó, sin ser capaz aún de escuchar a la mujer, sintiendo que ese latigazo de dolor y picor que se experimenta al tocar una ortiga era exactamente lo que él había sentido ahora en el corazón. Y le picaba, le dolía, quería cogerlo y retirar esa capa triste y angustiosa que se acababa de pegar a él. Pero era imposible quitarla, porque era una parte de él mismo, de ese yo que seguía enamorado de Alicia, de ésa que lo miraba sin vida, ajena, inalcanzable.

—... Como era la mayor, lo más normal es que fuese para mí, aunque lo habría compartido con alguna de mis hermanas, claro. Pero cuando la última se prometió, ya tomamos la decisión. Y mi hermano, ¿qué iba a hacer con esto? La verdad, imagínese, tener mi propio negocio, ser mi propia dueña. Después de dos meses cerrado, hice algunos cambios y me instalé aquí. Pero hablo tanto, hablo tanto y tanto... ¿Qué le parecía mi tía?

Una pregunta así sorprendió a Víctor, y aunque se había perdido el relato de las hermanas y la herencia, pudo captar las últimas palabras. Como las primeras que eran especialmente pronunciadas para él, se quedó pensando un momento. ¿Qué le parecía? No podía decir mucho al respecto. Incluso el profundo rencor, la íntima repugnancia que le ocasionaba el recuerdo de esa mujer, se desvanecían ahora ante la imagen de Alicia, que aturdiría sus sentidos y levantaba un poco un costado de la boca, como si en parte se

burlase y en parte coquetease con él. Sí, era como un coqueteo, y le pareció que la forma misma de Alicia, de la verdadera, la que estaba quién sabía dónde, era un puro coqueteo. Claro que no estaba seguro de si ese gesto era propiamente suyo, o si la pintora lo había utilizado para adornar su obra. De hecho, no recordaba haberla visto hacer eso ni una sola vez, y no supo si aquello debía dolerle por ver algo inexistente desfigurándole el rostro, o si no conocía esa mueca porque nunca la había hecho con él, sino con otros que la merecieran más.

—Me parecía...

Y con eso ganó algo más de tiempo, como si buscara las palabras más adecuadas, lo cual agradó a la sobrina, porque era un gesto de respeto e incluso de duelo. ¿Qué podía decir? Su mirada estaba perdida en ese cuello, en un cabello que se separaba un poco de la corriente.

—Me parecía una mujer con experiencia. —De todas las palabras fáciles que podía decir, de todos los “buena”, “honesta”, “generosa”, había dicho eso de la experiencia. Pero hablar de un muerto para agradar a su familiar vivo resulta de lo más sencillo, más aún con la noticia de que ese familiar apenas lo conocía.

—¿Con experiencia?

—Sí, sí. Siempre que la veía sentía que era una mujer fuerte, que había vivido mucho y tenía mucho que contar también. —Quiso que esa desconocida lo apreciase, y añadió una flor a sus palabras. —Ojalá hubiera hablado más con ella.

Julia acogió esas palabras con alegría. Coincidió, sí, claro que coincidió. Y Víctor... Víctor contemplaba la pared, allá, y todo lo que contenía. Era tan insistente que pudo pasar desapercibido para la nueva propietaria.

—Al parecer mi tía le tenía mucho cariño a ese retrato. Aunque ésta sea una pensión humilde, en otros años se alojaron importantes artistas. ¿Puede creerlo? Artistas, aquí, en mi pensión, en la pensión de mi tía. Mujeres artistas, luchadoras. La primera, claro, la que hizo el cuadro, una pintora que estaba empezando y que ahora ha alcanzado cierta fama. No sé su nombre, sólo sé lo que contaba mi tía en sus cartas. La segunda es la modelo, una bailarina de renombre. Al parecer era (quizás lo sigue siendo, no sé cómo se llama y yo tampoco entiendo de estas cosas) muy aclamada, y llenaba teatros enteros. Algo así es un orgullo, y mi tía tenía el retrato colgado en su habitación. Cuando llegué no pude permitir que siguiera allí, en la habitación donde estoy yo ahora. Tenía que ponerlo donde todos pudieran verlo y

disfrutar de él.

Víctor asentía, y prácticamente no escuchaba. Le daba igual lo que le contase, las historias de artistas. Quería quedarse allí solo, callado, observando. Quería que se fuesen todos, o golpearlas una por una y llevarse ese cuadro para siempre. ¿Qué podía hacer? Alicia lo miraba desde ese fondo negro, inerte, callada, estática. Lo miraba y casi le sonreía. Lo miraba...

Ahora lo miraba. Ahora, de verdad lo estaba mirando. Sus ojos castaños, sus pestañas rubias. Perfecta, única, diez años más tarde de aquella pintura. ¿Qué era eso crudo que le habían pintado sobre los hombros? Estaba harto de ver aquellos hombros, esas dos curvas que bailaban. Los conocía perfectamente, los podía dibujar y reproducirlos de manera exacta. Pero no quería dibujarlos, quería verlos otra vez. Y ahora, un abrigo marrón los ocultaba. ¿Era por el viento? Habría parado el viento. Habría hecho lo que fuera. ¿Era posible, sin más, moviendo sus manos? No lo sabía, pero sí era posible protegerla con ellas. Y la calle, la ridícula, estrecha y corta calle que se acababa, que separaba sus caminos. Alicia iría a la derecha, y él a la izquierda. Ya llegaba tan tarde, ya había incumplido tanto lo que le había dicho a Sandra. ¿Por qué volvían a jugar a eso? ¿Por qué se prestaba a caer de nuevo en ello? Era atractivo, era de un atractivo inmenso e insondable. Como olas, aquellas pestañas se movían, parpadeaban, y él parecía moverse también en ese aleteo, marearse en aquel devenir de sus pupilas, que lo inspeccionaban y lo repasaban sin pudor alguno. Ella nunca había necesitado pedir permiso, y si lo hubiera hecho, él no habría sido capaz de decirle que sí o que no, porque era un absurdo. Porque era suyo y quería que fuese suya...

Pero no ahora. No ahora, no en ese momento. Entonces, hace diez años. Y allí estaban, los dos, mirándose, casi acariciándose, caminando por una calle que terminaba haciendo que cada segundo se expandiese un poco más. Jugaban a trazar un paréntesis, a creerse que eran más jóvenes y más libres. ¿No era infantil, no era estúpido? Era una niña que jugaba, y él la seguía. ¿Hasta qué punto estaba mal aquello? ¿Era un engaño si fingía que estaba viviendo un momento muy anterior al presente? Era como cerrar una historia, como abrir un libro viejo y terminarlo al fin. Y después, ¿qué? Caminaban en silencio, y le parecía que aún no había respondido a la pregunta de por qué estaba diferente la pensión. Sí, le había preguntado eso, y eso mismo era estar en el presente, en el cambio, en su nueva vida. Quizás ella se asomase a aquel abismo y no sintiera ni un escalofrío, quizás ella rompiera todas las reglas y

se sintiese bien. Los dos tenían responsabilidades, tenían compromisos, esos compromisos que se hacen sobre la persona, sobre los sentimientos, sobre valores de lealtad, amor, de familia. Ella tenía la capacidad de distorsionarlos, y se amaba lo suficiente como para elevarse por encima de ello. Pero eso no lo justificaba a él, no podía justificarlo. ¿Qué le contaría ahora a su mujer, cuando llegase a casa? ¿Por qué llegaba tan tarde? Mentir, una mentira suave, mínima, pero una mentira que escondía lo que tanto, tantísimo deseaba. Había caído con Alicia nada más verla, desde ese palco, y ahora le parecía encontrarse de nuevo en ese palco, y en el escenario ellos dos con aquel compás empalagoso, que no llegaba aflorar ni tampoco se deshacía, porque no querían que eso último pasase. ¿Cuándo terminaba, cuándo se bajaba el telón? Necesitaba bajarlo ya, porque la deseaba tanto como entonces, porque la amaba tanto que no se levantaría nunca de aquel palco, que sería capaz de repetir la bochornosa escena de la azotea una y otra vez, con tal de coger aquellas manos que se congelaban, con tal de intentar captar esos ojos huidizos.

—Lo oí.

—¿A quién?

—A una que llegó al teatro hará un año. Dijo que la dueña se había muerto, y que ahora la llevaba una mujer más joven. Dijo que estaba completamente cambiada.

Eso era cobardía, pero también era prevención. No podía descubrirse, no podía ofrecerle aquello que ella había despreciado en otro momento, pero no por vergüenza o por rabia, sino por su familia. No era rencor, era respeto.

—Me gustaría decir que me da pena, pero ese lugar era un auténtico antro. ¿Sabes que había una habitación cerrada por las humedades?

—Sí, me lo habías contado.

Y podía referir el momento, en aquella cena, podía decir exactamente a qué nivel estaba la cerveza de Alicia, si tenía una gota de espuma en los labios, y la exacta situación de sus cabellos.

Pero había tomado una decisión.

—¿De verdad? ¿Cuándo?

—Lo hablaremos otro día. Creo que aquí ya nos separamos. —La calle, ridícula, estrecha, había terminado. —Tengo que ir a casa cuanto antes, mi mujer no se encuentra bien.

Alicia asintió, muy seria, y creyó que todo lo que había dicho, lo de las manzanas y su aroma, se lo había contado a una nube que había desaparecido.

A algo del pasado, magnífico, suyo, y que se había borrado sin que se diera cuenta. La intimidad que habían creado, que tenía algo encantador, se desplomó como quien tira un peso al suelo, y no se rompió en pedazos, sino que hizo un ruido seco, rotundo, de material duro que se golpea. ¿Perdía frente a alguien o perdía por sí misma? ¿Era ella, que estaba demasiado lejos de aquella mujer antigua, o era él que así se obligaba? Menuda forma de perder, con tan poco tacto, con tan poca educación.

—Me parece bien. Tienes que cuidarla, es una mujer maravillosa. La quise tanto, y me parece increíble volver a estar cerca de ella. —Sí, ésa era su forma de actuar. A qué venían esas palabras, ese “mi mujer”, si Sandra había sido antes su mujer, en cierto modo. Le cansaba esa terquedad, esa manera artificial de hablarle. Pero ella no perdía, no, no volvería a perder. —Quería pedirle que mañana me acompañase a dar un paseo. Pero claro, si está enferma no creo que pueda. Y odio caminar sola. Aunque en algún sitio oí que era mejor caminar solo que con alguien que te acompañe mal, o algo parecido. ¿No te suena? Creo que es un refrán. Los refranes, esas cosas tan tontas y que guardan tantas verdades. En fin, adiós.

Y se dio la vuelta llena de arrogancia, una arrogancia que hasta podía parecer elegante. Muy erguida, con la melena cubriéndole la nuca blanca, se envolvía en ese abrigo y Víctor pensaba en el viento, en eso que se habían dicho de la costa y la humedad. Parte de su corazón estaba en aquel salón donde había visto de nuevo su cuadro, una parte salvaje, inflamada de emociones, que le arrojaba a moverse, a correr, a besar y a vivir. Otra parte era esa felicidad tranquila, sosegada, de su fachada sin flores.

Tomó su camino, sin más. Como sacudiéndose la cabeza, encerró aquellos años que en ciertos momentos del paseo parecía haber recuperado, escondiéndolos en una remota caja de su cerebro, para volver a aterrizar en la vida real. Se acercaba a su casa, y allí estaba todo lo que necesitaba. Sus hijos, su esposa, su dignidad, y por qué no decirlo, su honor.

Le pareció increíble que la puerta pudiera abrirse de una manera tan fácil, con esa llave y un giro de la muñeca. Dentro olía como sólo ellos sabían percibir. El olor del hogar, de las texturas que allí se guardaban, una tras otra, tan familiares para él.

Entró, y cerró la puerta.

CAPÍTULO VII

No era el hombre inocente que todos pensaban. Inocente no en el sentido infantil, sino en esa perspectiva de buen marido. Bueno, no estaba seguro de haber escogido bien la palabra, de que “inocencia” fuese en verdad lo que quería decir. Se refería a que, sí, era un buen marido, un buen padre, pero no era tonto. Siempre había un momento en el que se debía sentar la cabeza, así se lo había dicho siempre su padre. Primero vivir, divertirse, disfrutar y descubrir. Después, asentarse.

Siempre se había considerado un hombre apuesto. Era alto, de espalda ancha, con el pelo muy oscuro y los ojos de una tonalidad grisácea. Sus amigos le habían dicho que eran los ojos de Lady Susan, y él no sabía por qué conocían cómo eran los ojos de Lady Susan. Quizás porque todos tenían alguna hermana, quizás por las madres. En cualquier caso, no era más que la envidia quien movía aquello. Pero no sólo eran sus ojos, pues era todo lo demás. Su cara era viril y a la vez de facciones suaves. ¿Cómo podía expresarlo? Tenía el punto de hombría suficiente, pero sin que su rostro pudiera tildarse de “cuadrado”, sin una barbilla “ruda”, sin una nariz “grande”. Cuadrado, ruda, grande... Sí, estaba justo a las puertas de esos adjetivos, y era lo que le otorgaba un gran atractivo. Sus labios eran finos, y ya que él observaba los labios como un atributo puramente femenino, se alegraba de que los suyos apenas asomasen. Y luego sus brazos, fuertes, aunque con un poco de dermatitis en la parte superior. Sí, tenía esos malditos granos rojos, pequeños y duros, pero no mermaba en absoluto su buena apariencia de metro ochenta. En cualquier caso, era un hombre guapo. Y, como ya había dicho, primero había que disfrutar. Y él había disfrutado muchísimo. Con la juventud, su físico y algo de dinero, era imposible que no guardase sustanciosos recuerdos. Por un lado, la amistad; por otro, las mujeres. Respecto a la amistad, había hecho muy buenos amigos. Se habían divertido todos juntos, en esos momentos sin cargas ni preocupaciones, en esos momentos locos, de amaneceres y noches interminables. En cuanto a las mujeres, esos dos bloques opuestos, las guapas y las feas, que había observado y había clasificado minuciosamente. A pesar de sus posibilidades, no se había negado a experimentar, y podía concluir que las feas tenían un punto tierno, de inocencia y corazón hinchado, de agradecimiento que explosionaba en todos los placeres posibles, como águilas que disfrutaban con toda voluptuosidad a

su presa, deslizándose repletas de matices. Era lo que había comprendido, en sus breves encuentros con ellas, y no sabía si podía tratarse de un estudio suficiente, pero la carne era la carne y caía irremediabilmente, una y otra vez, en el otro gran bloque femenino. Podía extraer de entre mar de recuerdos a Claudia, que brillaba con una luz propia, una belleza morena recién extraída de la selva, o eso parecían decir sus piernas ágiles, largas como las gacelas, que tenía lunares en la cadera y los labios grandes. A veces la besaba en los ojos, para emborronarle el maquillaje, y ella lo apartaba y casi lo hacía con una bofetada, y él la pellizcaba, saltaba y se reía, volvía a pellizcarla, y esos mordiscos de la piel tenían algo especial. Cuando decidió que ya era el momento de casarse, lo había hecho más por un fuerte sentimiento paternal que por unirse a una mujer. Tenía ganas de ser padre, tenía ganas de hacer lo que con él habían hecho, de moldear a un niño para que fuese su pequeña imagen. Tenía tantas vivencias ya acumuladas, vivencias de alcohol y amores, que le parecían suficientes. Sobre todo por los amores, pues hace poco había pasado por dos escenas desagradables. Muchas veces sabía que una amante destilaba hacia él cierta emoción que no podía corresponder, pero había sido del todo bochornoso cuando dos de ellas se habían dedicado a perseguirlo, a declararle sus sentimientos y a enredarse en discusiones con otra mujer. Esas peleas de tigresas, que sonaban tan bien en la imaginación pero que luego sólo eran un escenario lamentable. Qué ridículo, verse manteniendo una conversación así, donde pedía que lo dejaran en paz, que no era el hombre adecuado para ella, que siempre guardaría con cariño su recuerdo pero que todo debía acabarse ahí. Y las lágrimas, las explicaciones que se pedían una y otra vez. Eso había terminado por agotarlo del todo.

Quería ser padre, quería estabilidad y tranquilidad, quería una mujer para todas las noches. Casarse como lo había hecho su padre, con una mujer bonita y delicada, buena, tranquila, hogareña. No creía que sus padres se amasen demasiado, pero la estabilidad de su hogar le parecía algo más que deseable. Su apariencia como pareja era una estampa de sobriedad doméstica, de corrección, incluso de éxito mudo, y había algo en la perfecta elegancia de sus padres que él también quería conseguir.

Cuando vio a Alicia, la escogió al momento. Tenía que ser ésa, justo ésa. Era preciosa, y ahora pensaba que quizás demasiado. En cualquier caso, tenía la sensación de que se había casado con alguien que, de haber visto un año antes, habría sido tan solo su amante. Y quería pensar que como amante habría sido perfecta, porque era un sueño de sensualidad. Sin embargo, y

aunque nunca se lo había esperado, había terminado enamorándose de ella. No era ese amor que se leía en las novelas, el amor que surge cuando hay una proposición y un matrimonio, ese amor que se nombra y en verdad no es más que un atributo que colocan, al igual que los anillos. Sí, igual que se ponen los anillos, hablan de amor. Él se había enamorado de verdad, se había prendado de esa mujer. Quizá fuese que él era adicto a beber de aquella belleza, pero ya antes de casarse sentía la necesidad de hacerla feliz, de tenerla para él, de colocarla en una casa suya, de tener un hijo con ella. ¿Qué criatura perfecta podía surgir de su unión? Había surgido, sí, y era idéntico a él. Había tenido el niño que deseaba, y ya empezaba a imprimirle sus gestos, sus gustos y sus enseñanzas. Se había enamorado de su mujer, seguía enamorado de ella. Y aunque no habría caído en el ridículo de esas amantes que a él lo habían seguido tirándose de los pelos patéticamente, sí las podía comprender con mayor indulgencia ahora. Le rompía el corazón cuando la encontraba llorando, porque arrastraba la pérdida de su padre y había soportado una inmensa presión como hija única. Si ella quería mudarse, lo harían, y lo volverían a hacer cuantas veces se le antojase. Iba preciosa en el tren, absorta en sus pensamientos. Se consideraba más inteligente que ella, con más mundo y más perspectiva, pero la delicadeza de su manera de pensar se le antojaba magnífica, hermosa, aún a pesar de contemplarla desde su asiento. A ratos fruncía un poco el ceño, el ceño de esa cara casi siempre intacta, porque las expresiones eran sólo cambios milimétricos de su tez blanca. La quería, la adoraba, deseaba verla feliz. Y ese pensamiento de que un año antes habría sido sólo su amante chocaba y estallaba frente al amor que sentía por ella, pero esa convicción derivaba también de una máxima que había ofrecido en el paso de su juventud: nunca era posible confiar del todo en una mujer guapa. Claro que ese “guapa” no era la belleza vulgar, típica, sino una realmente destacable. Su mujer encajaba en ese tipo de belleza, y cuando pensaba en por qué no había escogido a otra más sencilla, volvía a saber que la causa de su amor habían sido esos rasgos que lo enloquecían. Pero eso era cierto, no podía confiar del todo en su mujer, porque era demasiado bonita. ¿Podía creer que había pasado una vida intachable? No, claro que no, pero tampoco podía creer con seguridad que la estuviera teniendo ahora. No podía decir nada sin dudarlo, pues no había tenido constancia de ninguna evidencia. Era una sensación, una ley de la lógica. Él la amaba, pero también tenía sus historias. No muchas, la verdad, y más bien obedecían ese frío despecho que le inspiraba la desconfianza, y todas habían

sido después de un tiempo considerable de matrimonio, pues la vertiginosa vida sexual que había acompañado los primeros tiempos de su relación no invitaba a buscar otras mujeres. ¿Tendría Alicia amantes? ¿Los había tenido? Posiblemente, si era sincero consigo mismo. Pero, ¿qué iba a hacer? Para él el matrimonio era un compromiso de tenerse el uno al otro a lo largo del tiempo, pero eso no tenía que significar una exclusividad estricta. Tampoco él podía asegurar —y de hecho ya lo había demostrado— una absoluta fidelidad. Y eso estaba bien, era un acuerdo mudo, tácito y que convenía a ambos. Con límites, sin escándalos, y en armonía. Además, y como ya se había preguntado tantas veces, imaginando lo que otros podían pensar de haber descubierto aquello, ¿cómo podía pararlo? ¿Iba acaso a ponerle unas esposas a su mujer? Menuda tontería. De todos modos, si lo hacía se debía a que era rabiosamente guapa. Y si lo hacía era con discreción, con elegancia, como un compartimento íntimo al que nadie se asoma, como si guardase unas cartas de antiguos novios y de vez en cuando las leyera. Era con esa delicadeza, con esa languidez encantada, con la que él se la imaginaba entregándose a otro, a otro cualquiera, uno que cumpliera unos mínimos estéticos, un cascarón para dejar fluir su deseo, sin nada dentro, sin nada de lo que después los unía a ellos como pareja, tanto emocional como formalmente.

Como ya había dicho, había límites que ambos cuidaban. Jamás habría permitido esa situación si su Alicia se comportase como esas mujeres medio feas y burdas. Porque él había podido elaborar muchas clasificaciones de las mujeres, aquéllas que iban más allá del bloque de las feas y de las guapas. Estaban las medio feas —que no era lo mismo que medio guapas—, éstas que igual tenían buenas tetas y buen culo, pero la cara cruzada por una nariz retorcida, por un ojo que se movía más despacio que el otro, por unas rodillas que se miraban entre sí. Esas medio feas podían ser encantadoras, pero también podían ser burdas, chabacanas, y era ese comportamiento el que nunca habría dejado que ocurriese en su hogar. Se trataba de esas guarras que hacían lo que fuera por demostrarse que valían algo, enrollándose con sus amigos y amigos de amigos, paseándose a estirpes de primos y hermanos, las que se iban por la noche a meterse entre miles de hombres y hasta podían llegar a meterle mano a otra mujer, sólo por gustar más. Esas desgraciadas, que eran algo de usar y tirar, y que llegados a cierta edad era mejor ni siquiera usar, porque estaban tan gastadas, olían tanto a otros alientos, que hasta daban asco. Una de esas mujeres, por supuesto, era Silvia, que en los

últimos instantes de su juventud se había casado con Julián, uno de sus amigos, y todos tenían que hacer como que no sabían nada de sus aventuras nocturnas —o que nunca habían participado en ellas—, y que desde luego no la conocían más que de vista —y esto último era más fácil de fingir, o que al menos no sabían su nombre, pues de hecho él mismo se enteró entonces de cómo se llamaba la “rodillas peladas”—. No, Alicia estaba por encima de ellas, y obedecía a un impulso limpio de su propia estética. Y había sido artista. Eso de artista parecía un sinónimo de puta en sus ratos libres, y no podía pretender que abandonase su antigua vida de un plumazo, por casarse con él. Estaba seguro de que había cambiado muchísimo sus costumbres, y le parecía un sacrificio acorde a su nueva situación.

Había vivido, sí, y ahora se había asentado. Tenía a su hijo, a su mujer, y una ciudad nueva cuyo atractivo no acababa de encontrar. Y esos amigos de ella, que le habían parecido unos repelentes sin instrucción ninguna. Pero claro, artistas. Ahora parecía vivir rodeado de artistas. Y estaba cansado, porque no había podido dormir bien, y Alicia se había ido pronto aquella tarde. Cuando descansaba después de comer, siempre se despertaba un poco excitado. Pero Alicia no estaba, y desde que habían tenido el niño todo aquello había cambiado. Pensaba en la noche, pensaba en redescubrirla una vez más. No sabía si le gustaría tener un segundo hijo, pero dedicaría la tarde a pensarlo, porque no tenía nada mejor que hacer.

Los padres, y sus pensamientos. Ese hijo que había tenido, que llevaba su nombre y sus facciones. Ese tibio sueño que aún le continuaba en los párpados, flotando con suavidad. Era el sueño de la tarde que comenzaba, de la hora tonta donde era muy temprano para hacer nada. Unos lo acababan antes y otros más tarde. Víctor, que también lo había paladeado, y que también se despertaba del mismo con cierta excitación, una excitación blanquecina de la que se reponía rápidamente, había abierto los ojos hacía ya media hora. Pensaba en su casa, pero más concretamente en su hija. Se había despertado por un grito de ella, una voz ronca y salvaje que le había salido de la garganta cual dinosaurio para perseguir a su hermano. Dios mío, ¿cuándo pararía aquello? ¿Cuánto duraban los gustos de los niños? Unos meses, seis como mucho. Ellos vivían un constante cambio, un descubrimiento y otro y otro, sin estancarse en nada. ¿Por qué su hija, su pequeña Sandra, no avanzaba? Cuando se había empezado a interesar por esa cosa tan extraña, a todos les había hecho gracia. Les resultaba curioso, y él había terminado consiguiéndole un gran libro repleto de ilustraciones de esas bestias exóticas,

enormes y cubiertas de pelo. Ridícula, sin duda, esa alegría cuando abrió su libro en Navidad, que le habían envuelto cuidadosamente. La niña aplaudía y saltaba, daba vueltas como loca, con su vestido rojo de noche importante, y en aquel momento poco podía imaginar Víctor cuánto se iba a arrepentir de su compra. Sandra vivía con ese libro en la mano, y dormía abrazándolo. Pasaba las páginas delicadamente, fijándose en cada centímetro de aquellas rudas pieles, y luego se aprendía de memoria los datos que se recitaban a un lado. ¿Qué niña quería saber cómo cazaban esos bichos, cuáles eran sus presas y cómo se mataban unos a otros por el liderazgo? ¿A quién le extasiaba ver los inmensos colmillos de los mamuts, sus tremendos cuerpos peludos, y pensar en la vibración que sobre la tierra podía imprimir una de sus pisadas? Todo fieras horrendas, gigantes y muertas. Era el segundo año de fijación con esas cosas, y Víctor se desesperaba.

Por suerte, parecía que a su hermano no le llamaba la atención lo más mínimo. La pequeña Sandra estaba empeñada en compartir su afición, y se sentaba junto a él con el libro, explicándole con todo detalle la vida de esas especies, o jugaban a que se cazaban el uno al otro. Si su otro hijo hubiera caído también en esa fiebre, Víctor se habría vuelto loco. Pero era el segundo año de aquello, y no sabía qué hacer para que parase. No se trataba ya de lo desagradables que eran sus conversaciones, ni de lo incomprendible que se le antojaba el buen sueño de su hija, pues no entendía que tras pasar el día con la cabeza llena de bestias pudiera descansar sin tener pesadillas. Se trataba de qué futuro quería tener, si todas sus fuerzas las gastaba en ello. Él deseaba que se hiciera músico, y había insistido tanto con el baile como con el canto, así como con todos los instrumentos que se le ocurrían. Pero la niña no reaccionaba, a la niña no le interesaba eso. Le gustaba escuchar, tenía sensibilidad, la sentaba a su lado y no despegaba los ojos del escenario. No obstante, ella no pretendía participar en algo así. Estaba bien verlo, era precioso, pero habría odiado meterse en esa industria. ¿Cómo era posible que su hija sintiera tal aversión? ¿Qué futuro le podía quedar al teatro? Confiaba en que, al menos, llegase un punto en el que pudiera hacerse al menos una buena administradora, o una soldado como la señora Stöhr, para eso sí que tenía genio.

Pero a ella le gustaban los bichos muertos. Bichos más grandes que su casa. ¿Qué iba a ser de ella? Víctor quería creer que aquello pasaría, que no era más que un entretenimiento, pero era imposible no preocuparse. A ratos veía a su hija ya formada, con sus veinte años, bonita y muy morena, con la piel

pálida, y le colocaba encima una camisa blanca bastante ancha metida por dentro de una gran falda marrón, una falda hasta los pies, cubiertos por botines oscuros. No sé por qué creía que sería miope, y llevaba unas gafas negras, unas gafas negras que tapaban un poco sus ojos también negros, y un gran sombrero del color de la falda, para protegerla del sol. La había vestido así porque así suponía que se vestían las investigadoras, las aventureras independientes, esas estudiosas a las que habría llamado eruditas. Era todo muy estético, y la imaginaba zarpando en barco a tierras muy cálidas, secándose con un pañuelo blanco las gotas de sudor del cuello, colocándose las gafas que se le resbalaban, con dos cabellos pegados a la frente, estudiando qué animales habían vivido allí, qué restos se encontraban. Su hija, a miles y miles de kilómetros, en tierras salvajes, entre un gran grupo de investigadores. ¿Qué hacía allí su hija? No quería verla con esas camisas blancas ni con esas faldas tan toscas. La quería allí, en su ciudad, en su teatro, comiendo con ellos los domingos. No haría música, pero estaría allí, con sus padres, y no pisaría un barco —ni un tren, le susurraba su mente—. Estuvo a punto de convencerse de ello, porque era lo más sensato, pero entonces se oyó otro rugido de su hija, otra risa loca del hermano que corría por el salón, y tuvo ganas de volver a dormirse y despertarse dentro de unos meses, cuando su hija hablase de cualquier otra cosa, de algo tranquilo y fácil de satisfacer.

Aquel último ruido había sido demasiado fuerte, y Víctor oyó los pasos de Sandra y cómo abría la puerta para reñirles. Que ya estaba bien, que eso parecía una casa de locos. Que se tranquilizasen, que jugasen más bajo. Víctor oyó esa voz, y quiso que el corazón le ardiese un poco, pero estaba fresco e indiferente. Era la costumbre, claro, tenía que ser la costumbre. Por un segundo evocó el amor, el noviazgo lejano, y echó la culpa a las responsabilidades que los cansaban. ¿Le quemaba el corazón cuando llegaba la noche y se encontraban solos, con la casa en silencio y toda su historia rodeándolos? Se dijo que sí, aunque no era cierto. No era el corazón, era el cerebro que se unía en una hermosa comunión de deseos e inquietudes. Era el carácter risueño de su mujer, que hacía que cada segundo sonriera.

Entonces, ya irguiéndose y desperezándose, notó algo que no era normal, y que sugería una situación incómoda. Sandra no estaba en la misma habitación que los niños. Durante las tardes ella leía o cabeceaba en un sillón, viéndolos jugar a ratos. Cuando estaba enferma, generalmente se quedaba en el dormitorio, tumbada o apoyada en cojines, dependiendo de cómo se

encontrase. Pero él estaba en el dormitorio, y ella no se encontraba ni una estancia ni en la otra.

¿Qué más podía pensar? Se arregló, puso un poco de orden en sus cabellos revueltos, y primero decidió preguntar a sus hijos.

—Está con una amiga que ha venido a verla.

La mala suerte, que lo seguía.

Tras un rápido cálculo, se sentó cerca de sus hijos, sin nada que hacer. No quería interrumpir la conversación ni molestarlas, pues a pesar de todo eran amigas, y podía resultar una impertinencia meterse en el medio. Además, era una manera eficaz de controlarse, pues aunque en el fondo tuviera ganas de verla había decidido que no se repetiría otra de esas escenas tan inapropiadas como la última. No había sucedido nada, no se habían dicho nada, pero si era sincero consigo mismo sabía que había resultado del todo inapropiado. No era el hecho en sí, era una sensación. Resultaba algo difícil explicar, pero se trataba del ambiente, de esas escenas de comodidad íntima.

¿Una sensación? ¿El ambiente? Él, que se había propuesto ser sincero consigo mismo. Había sido inconveniente porque había visto todo lo que Alicia seguía produciéndole, y era más que inconveniente sentir deseo y todo lo que no era deseo por alguien que no era su mujer. Ya estaba, ya lo había dicho, no había más que añadir. Quizás que Alicia... Pero Alicia no tenía ninguna intención sobre él. Ahora se había casado, otro había tenido la suerte de que sus miradas fueran correspondidas. Qué patético podía resultar, con esa picazón interna que no sentía al oír la voz de su mujer ni cuando dormían juntos. Qué pena, en cierto sentido.

Su hijo se había puesto a pintar, y la pequeña Sandra, con las mejillas encendidas por correr detrás de su hermano, respiraba un tanto sofocada. Pero los niños no sabían estarse quietos un momento, y jugaba a hacerse trenzas en los mechones que le caían sobre los hombros, con las manos cansadas. Sólo se oía en el saloncito el rasgar de las ceras sobre el papel, un murmullo blando que se acompañaba de aquel aroma infantil. Luego, la pintura caía sobre el suelo, y no se podía oír nada cuando la alfombra la recogía. El niño se hacía con otro color, y de nuevo el susurro del dibujo rellenándose.

Víctor podía haber empezado una conversación. Podía haberle hablado a su hija, porque su hermano, cuando se enfrascaba en las pinturas, no quería saber de nada más. Tenía innumerables temas de conversación con ella, y no sabía si era cierto aquello de que las niñas tenían más afinidad con los padres, pero a ratos quería pensar que sí. De todos modos, se quedó callado. Estaba

en silencio y con los ojos fijos en la pared, con el ceño fruncido, y cualquiera habría dicho que su concentración y la disposición de su rostro intentaban que aquella pared objeto de su mirada se cayera abajo. En realidad, Víctor no quería que su casa se destruyera, aunque fuese sólo en ese punto. Con intención completamente contraria, deseaba que esa pared fuese más sólida que nunca, y que lo tapase del todo. Su plan era esconderse, era evitar esas escenas, pero sabía quién estaba al otro lado y quería oír todo de lo que pudiesen estar hablando, quería saberlo todo, e incluso notar cada movimiento de los cabellos de Alicia y si se reía. Sabía que era inmaduro intentar espiar aquella conversación, pero la agitación en la que se encontraba era suficiente como para no echarse nada en cara.

Oyó la voz de su mujer, que era un poco cantarina y a la vez tenía un eco de seriedad, como quien golpea unas campanillas. Era difícil saber qué pronunciaban, pero le pareció distinguir un “terrible” y un “cosas”, y después rompieron a reír. Víctor sonrió instintivamente con una mueca diminuta, y no pudo evitar percibir el fondo de nostalgia que había en aquellas risas. No eran carcajadas, no era una explosión de felicidad. Eran risas que sonaban como un rumor viejo, seguramente recordando escenas de su vida pasada. ¿Por qué reían de aquella manera? En otro tiempo las había oído desternillarse por los suelos, y él esperaba pacientemente, también con una sonrisa, cerca de aquella puerta que las guardaba, para cruzarse con ambas. Quién las veía ahora, a esas dos niñas vestidas de bailarinas, jóvenes y preciosas, correteando al igual que si desplegasen dos grandes alas. ¿Qué era esa risa, ahora? Tuvo la sensación de que algo se le clavaba dentro, un punto de tristeza insondable, y quiso entrar en la sala contigua sólo para pedirles que parasen. Era un testimonio tan deslucido que le parecía una hipocresía. Y Sandra, que era una mujer inteligente y prudente, se reía más alto y con más ganas.

—¡Quién la veía! —sonó de repente, con la nítida voz de su esposa, y Víctor tuvo que entretenerse pensando en aquella mujer que masacraban de nuevo, porque el horror que le producían esos ruidos empezaba a antojarse insoportable.

—¡Y yo! ¡Y yo! —dijo entonces Alicia, con la voz un tanto ahogada.

“¿Y tú qué?”, preguntaba él, y creyó por un segundo que estaba sentado en el suelo, delante de ella, como un niño esperando a que le contase una historia. Entre sus conjeturas se cruzó de nuevo la ensoñación de su hija vestida de investigadora, y eso lo desconcertó un poco. Le parecía que llevaba días

soñando, y que quizás estuviese incubando algo. “Debería volver a la cama”, se dijo, pero no había peor idea que ésta. Sandra se preocuparía, cuidaría de él, y no sabía si intentar reenamorarse de su mujer —o enamorarse, dependiendo del momento de franqueza que viviese— era el plan más acertado. Quizás sus caricias lo consolasen, como consuela una tía a la muerte de una madre. ¡Qué espanto, lo que acababa de pensar! No era eso lo que quería decir, más bien se trataba de que las caricias de Sandra podían resultar un doloroso choque de realidad. Ahora no soportaría meterse en la cama dejando que el día se volviese lento y pesado. Necesitaba todo lo contrario, dinamismo, actividades que no le hicieran pensar demasiado, y desde luego no estar en una postura que reclamase amor, una postura que le hiciese ver cómo su vida desfilaba ante sus ojos.

Entonces, se cerró la puerta. Ese golpe duro de la madera hizo que se despertase, y delante de él apareció su hijo dibujando, y su hija que se había hecho con otro pedazo del cuaderno para retratar una de sus bestias predilectas. No sabía si habían pasado segundos o minutos. La casa estaba de nuevo en calma, no había risas ni voces confusas, sólo el sonido de las ceras y los tranquilos pasos de su mujer, que se acercaban. Entró en el salón y a Víctor le parecía que llevaba mucho tiempo sin verla. Le pareció que, en ese mismo instante, Sandra estaba hermosa, y todo su cuerpo desplegaba una sensación de pura feminidad. Sus cabellos cortos llevaban una pequeña pinza a un lado, y su piel parecía un lienzo fresco que olía a colonia, que dejaba relucir una gran suavidad. Las mejillas, algo encendidas por la fiebre que había sentido hasta hacía muy poco, eran dos rosetones que se desmayaban como dos besos, y sus labios se secaban un poco. Llevaba una bata fina, azul con flores dibujadas, anudada a un lado con dos grandes cintas que le ceñían la cintura. Víctor recordaba que, cuando había comprado eso, se había burlado de ella diciéndole que podía utilizarlo para disfrazarse de japonesa. Y tenía cierto aire oriental, con esa gran recta que le suavizaba la cintura poco desarrollada, que ofrecía la estampa de las pequeñas flores como él se las imaginaba en un tapiz japonés. ¿Tenían tapices los orientales? Esa palabra sonaba bien en todas partes, y la meticulosidad con la que esa gente escribía sus letras encajaba con esa idea que acababa de inventarse. En todo caso, con la curiosa bata y la cara cansada, Sandra arrastraba los últimos acordes de su enfermedad, y avanzaba tranquilamente hasta sentarse junto a su marido.

Lo más normal sería preguntarle con quién había estado o qué tal se lo había pasado. Pero Víctor se encontraba lo suficientemente centrado en sí mismo

como para guardar una apariencia de normalidad, y se quedó callado mientras su mujer se acurrucaba un poco. Tenía un aspecto mimoso, con los brazos recogidos en sí mismos y los ojos medio cerrados.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó finalmente.

—Mucho mejor que ayer, pero me canso enseguida.

—¿Quién era? —dijo entonces la pequeña Sandra, sin apartar los ojos del dibujo. Los padres estaban seguros de que ni siquiera haría caso de la respuesta, pero tenía la manía de preguntar absolutamente todo, como si así controlase aquella casa.

—Era Alicia —contestó su madre, mirando sin embargo a su marido. —Nos hemos reído tanto recordando viejas anécdotas. No creo que tú te acuerdes, pero había una corista odiosa, la típica arrogante que además parecía que se maquillaba con una brocha. —Sandra extendió una mano que empezó a gesticular con cierta gracia, y Víctor ya no sabía si lo que percibía era colonia o un jabón muy perfumado, pero de todos modos el cuerpo de Sandra emitía un aroma agradable, pulcro. —Ya no nos acordamos de su nombre, porque la llamábamos “la grasas”.

—¿La grasas?

—Sí, bueno, eso era por su pelo. La cuestión es que a mí me odiaba, no sé por qué, desde el momento en el que llegó al teatro. Cuando vino Alicia y nos hicimos amigas, extendió su odio también a ella. Creo que puede ser por quién era mi madre, no sé, la cuestión es que nunca tuve ni una conversación con ella, pero nos tenía tanto asco que nos lanzaba una mirada así, de lado, cada vez que nos cruzábamos. Así que un día preparamos una pequeña broma, algo entre nosotras.

Sandra refirió una historia sobre maquillaje adulterado y un novio que iba a buscar a la tal Grasas. Se rio de nuevo, al terminarlo, y Víctor se sintió incómodo, primero porque no le veía la gracia a aquella historia, y después porque no sabía si era un buen ejemplo contar esas venganzas de crías tontas delante de su hija.

—¡Si la hubieras visto, con la cara toda azul, saliendo tan digna por la puerta, porque siempre se echaba un poco más, un poco más! Y Alicia estaba allí, en un rincón, toda contorsionada. ¡Un error de cálculo!

Víctor suspiró pesadamente, aburrido, y Sandra se calló un tanto avergonzada, como si la juzgasen. ¿A quién no le hería que ni siquiera mostrasen un poco de empatía? Tosió un par de veces, se había cansado de nuevo, y sus manos frías amenazaban con que la fiebre volviese. “Fueron

buenos tiempos”, pensó, y se lo guardó para sí, aunque sabía que no era la única que lo pensaba.

—Me ha dicho que nos veamos mañana los cuatro. Que salgamos, que demos un paseo por la tarde, uno muy largo y hasta que caiga la noche. ¿No es un plan un poco raro? “Hasta que caiga la noche”. ¿Sabe que tenemos hijos, y que ella también tiene uno?

—¿Qué cuatro?

—Nosotros, ella y su marido. Preferiría que él no viniera, porque es un auténtico imbécil y un engreído. Pero claro, no puedo decírselo. ¿Qué habrá visto en él?

—No lo sé —dijo Víctor, y realmente no lo sabía ni lo entendía. —El otro día hablaba y me miraba fijamente, tenía que asentir todo el tiempo a las tonterías que decía.

—Ya, bueno... A nosotros no nos cae bien, pero ella lo quiere y hay que comportarse. Seremos buenos. Sobre todo porque yo no creo que tenga que aguantarlo.

—¿Cómo?

—Bueno, mírame. Ya le he dicho que no me veo bien como para salir. A ver cómo me levanto mañana, pero de todos modos, aun encontrándome bien, tengo miedo de recaer. Dijo que lo entendía, y que sentía mucho que el plan se quedase en tres personas, pero que lo primero era que me recuperase.

A Víctor se le paró el corazón un segundo. Pasear con Alicia y con su marido. Hasta que caiga la noche.

—Si tú estás enferma yo me quedo a cuidarte.

Sandra arrugó un poco la frente. Sabía que Víctor se preocupaba por ella, pero últimamente estaba aturdido, ausente, y se estaba convirtiendo en un egoísta. La última noche habían discutido, incluso a pesar de que ella no tenía ni fuerzas para hacerlo. No se habían dirigido la palabra hasta la hora de comer, y todavía no lo habían arreglado del todo. Por eso mismo le pareció que lo que acababa de decir, eso de quedarse para cuidarla, era sólo una excusa para no soportar al marido de Alicia, y que nada tenía que ver en realidad con cuidar de ella.

—Yo me cuido perfectamente. Irás, te comportarás e intentarás hacerte amigo de ese ricachón de villa.

Víctor quería oponerse, pero sabía que acabarían discutiendo. Discutirían por esto un instante, y después encadenarían con lo de ayer. Sandra era lo suficientemente lista como para saber que le interesaba utilizarla como

excusa.

“Maldita sea”, pensó, y su mujer lanzó un suspiro y las mejillas se le colorearon un poco más. Era fiebre, lo más probable. La llevó hasta la cama, y volvió a la habitación donde jugaban sus hijos. ¿Qué hacer con todas esas horas de día? ¿Qué hacer mañana, con esa horrible situación? Ahora entendía que su padre se hubiera buscado a una criada como amante. La vida podía ser del todo pesada.

Qué repugnante y qué impropio de él, lo que acababa de decir. La verdad es que guardaba multitud de reproches hacia su padre, y tuvo miedo de que aquella concesión propia de un corazón generoso y devoto que él no poseía fuese una forma anticipada de justificar lo que tanto temía que pasase, pero hacia lo que se arrastraba sin parar.

CAPÍTULO VIII

Había pasado la mañana en el despacho. Le gustaba trabajar allí, en silencio, y estar lo menos posible en contacto con los artistas. Los pasillos cuajados de aquellos personajes histriónicos y arrogantes le resultaban cada vez más desagradables. A veces se reía de sí mismo, decía que aun siendo joven empezaba a tener esas manías que se achacaban a la edad, esas antipatías íntimas e intensas. Y hoy también —sobre todo hoy, que no estaba de humor— dejó que el solitario perfume de Stöhr resbalase por cada mota de aire que cubría las entrañas del teatro, a excepción de su hermoso cubículo. Allí, en un órgano menor del gigante —y como tal se sentía—, Víctor se reclinó sobre su escritorio e intentó concentrarse durante las primeras horas del día, sin conseguir grandes resultados. Se había levantado nervioso y enfadado, y no era ni tan siquiera necesario mencionar la causa. Habría preferido pasar la tarde rodeado de serpientes.

Los pasos de la sargento sonaron suaves, delicados, y se guardaron en el despacho contiguo. A veces se guarecía allí para tomar unos sorbos de té, esa horrible infusión que a Víctor le producía náuseas. Pensando en el té, en esas manos que apretaban la taza, se dio cuenta de que su mujer también era una Stöhr, y por un impulso autodestructivo quiso pensar que ése era un motivo de aversión. El carácter controlador, egocéntrico... Resultó de aquel impulso un auténtico fracaso, porque guardaba cierta lealtad a los recuerdos y a una tibia verdad que no deseaba manchar a cambio de un alivio tan solo mediano. Había empezado a querer ver más defectos en la madre de sus hijos, y tenía la impresión de que las escenas de aquella tarde lo convencerían para ver otros tantos en la segunda mujer que envolvía su vida. ¿Qué haría, cuando hubiese defenestrado a las dos? Ser un infeliz, un desgraciado. Y a pesar de ese desenlace, seguía criticando a una y esperando la repugnancia que la otra podía producirle.

Empezó a llover. Era un chispear fino y tranquilo, que salpicaba la calle como unas manos que se sacuden el agua. Se imaginaba que después llegaría esa lluvia gruesa que regaba las calles y las limpiaba, sin viento ni pasos atropellados.

Víctor consultó su reloj, y creyó que ya había esperado lo suficiente. De todos modos no quería ofender a nadie, y decidió que concedería otros diez

minutos.

La mañana, sí, había resultado una pérdida de tiempo. Tenía la impresión de ser un animalillo encerrado obligado a hacer cosas que ni siquiera le interesaban. Era curioso, en cuestión de semanas, cómo había cambiado su perspectiva. Ese despacho había sido un orgullo, un motivo de celebración y había besado a Sandra colocándola sobre el escritorio. Ahora, esa mesa plagada de papeles, tenía el aspecto de una condena. ¿Por qué todo se había vuelto tan deslucido? Las cosas no habían cambiado tanto, y sólo pudo reclinarsse hacia atrás en su asiento acolchado, cerrar los ojos y suspirar, como al cierre de una obra quizás algo patética.

A mediodía, en casa, Sandra estaba mejor. De todas formas ni se atrevió a preguntar, porque sabía cuál era la respuesta.

—Ah, por cierto —dijo de repente, acordándose. —Me ha escrito Alicia. Dice que cree que la he contagiado y que se encuentra muy mal. Me temo que seréis sólo dos.

—Podríamos dejarlo para otro día.

—Me da igual que no os soportéis, si el plan se cancela, que lo diga él. Igual el muy imbécil ni siquiera aparece, pero no quiero que seas tú el que lo haga. El marrón de las paredes, de los marcos de las puertas, se había vuelto un zumbido estridente, espantoso, que se colaba en sus oídos y enrarecía cada pensamiento con una crispación nerviosa.

Allí estaba, con su paraguas negro abierto, guareciéndose de la lluvia. Las calles se habían adornado con esos dibujos abombados de distintos colores, y la lluvia ya no era ese chispear tímido del principio. Había ganado más decisión, aunque todavía no era el torrente que Víctor esperaba. Nervioso, miraba a los lados e intentaba recordar la cara de ese estúpido con el que tendría que aparentar simpatía por, al menos, una hora. El plan, que era pasear hasta caída la noche, había sido un diseño de alguien que no había venido, y se creyó con licencia para saltárselo, una licencia que sin duda sería secundada por su acompañante. Eran esas antipatías mutuas que se percibían sin que hiciese falta dedicarse ni una mirada impertinente, que se notaban en el ambiente, en las palabras de aliento áspero. Estaba seguro de que en un minuto ambos podrían prodigarse toda clase de insultos, de que se habrían sentido felices si el otro se hubiera caído sobre un charco de agua sucia, como dos niños pequeños. No obstante, se tenderían la mano y buscarían, hilando fracasos, temas de conversación en los que ambos pudieran participar. Ya lo

imaginaba hablando de política y arreglando el país, el mundo y el universo entero con sus grandes ideas de hombre ilustrado, una mente tocada por la mano de Dios, pero que se había quedado en “ricachón de villa” que se casaba con una bailarina. Lo imaginaba por los teatros, como una lagartija, y en parte se quemaba con su apariencia y sus hitos para no pensar en qué emoción había sido más fuerte ante las noticias de Sandra, si el alivio o la desilusión. Ambos sentimientos en esa situación eran peligrosos, y ambos significaban lo mismo. Miró al cielo, sesgado por la capa negra de su paraguas, y suspiró. Quiso pensar que ese suspiro era de cansancio, de hastío como mucho, pero no estaba demasiado seguro.

Una piedrecita de bordes redondeados llegó hasta la punta de su zapato, en un murmullo agudo. No sabía a qué podía deberse ese fragmento sucio, campestre, que bien podía haberse separado de un parque de arena o bien ser un pedazo de adoquín —diminuto, claro— arrancado. ¿Qué era necesario para romper un adoquín? Pensó en esos extraños accidentes de borrachos, que tiraban abajo los árboles colgándose de ellos. Pero la piedrecita seguía ahí, como un minúsculo monumento de ternura, suplicante, con los ojillos muy abiertos, llorosos, pidiéndole que la acogiera o que apartase sus impertinentes piernas para que pudiera continuar su marcha. Y Víctor creyó que ese punto de imaginación eran retazos de su vida pasada, infantil, impulsos que se habían agarrado a su corazón tan fuerte que seguían allí. Y así miró a la piedra y se imaginó ojos y una tímida petición, como cuando sus cinco años y sus seis y sus siete lo arrastraban a encontrar rasgos humanos en todo lo que se cruzaba en su camino, entablando diálogos que desembocaban en aventuras, guardando a menudo auténtica basura que después escondía en su habitación. Su madre se enfadaba cuando encontraba esos tesoros, lo obligaba a deshacerse de ellos —él mismo, con sus propias manos, qué crueldad— y se empeñaba en que el rincón fuese “desinfectado”, como si esa palabra pudiera también limpiar las tonterías que había en la cabeza de su hijo. Porque su madre era una persona recta, seria, inmensamente decente. “Malditas ensoñaciones de un viejo idiota”, se dijo, como si tuviera ya ochenta y noventa años, convirtiéndose en un anciano desdentado que perdía la cabeza y volvía a la niñez sin sentido alguno, desbordado por las emociones, superado por esa absurda espera en medio de la calle, con la lluvia azotando su paraguas, con un objeto que no comprendía, que se le escapaba, que lo martirizaba y encendía su frente con una especie de risa humillante. Derrotado, sí, así se encontraba, y su corazón se encogió como

cuando su madre hacía que sus juguetes “naturales” abandonasen su hogar, atravesado como cuando los veía alejarse sin remedio, caerse en el centro de la basura, como una misma esencia que para él estaba llena de diferencias que podían hacerlo llorar como lloraban las cataratas, así se sentía ahora, superado y con los ojos ahogados, esos limpios puntos negros donde la pupila y el iris se confundían. Decidido, reprimiendo en la medida de lo posible una contracción de dolor que le agarrotaba los músculos, movió el pie con suficiente decisión como para darle una efectiva patada a la pequeña piedra, que rebotó en cada saliente del camino recibiendo una soberana paliza, apartando con ello sueños de niño, infantiles dibujos que él mismo se creaba, elevando los ojos hacia las personas que caminaban delante de él, todas ajenas a esa muesca del camino que buscaba atención en cada una de las piernas que la apartaban. Elevó los ojos, respiró un poco más fuerte que antes.

Al fondo de la calle, una luz amarilla lo desconcertó un momento. Pensó en una ventana que se encendía en plena tarde, por el cielo gris que se había formado. Cuando sus ojos volaron hacia allí, vio que la luz no eran sino cabellos rubios, cabellos un poco sueltos y un poco peinados, sin saber qué elemento ganaba. Se movían rápido, alborotándose en suaves cascadas que discurrían por los hombros, bajo la lluvia. Con un vestido claro, que desentonaba en aquel pavimento encharcado, dos manos se sujetaban la falda, cada una a un lado, por debajo de la curva disimulada de la cadera, con los hombros encogidos, como si así la lluvia no fuese tan molesta. Los ojos se cerraban y abrían continuamente, en una expresión contraída que recibía las gotas sin mayores aspavientos. Era una figurilla que avanzaba descubierta, mirando al suelo, esbelta en su corta estatura, una forma de lo esbelto que sólo los amantes podían comprender.

A Víctor se le encendió el rostro, y primero pensó en la improbabilidad de que aquello que veía fuese cierto. ¿Qué había de la enfermedad? ¿Qué había del contagio? ¿Dónde estaba el marido, con su brazo protector y sus ojos impertinentes? Primero creyó que era un error, pero Alicia se acercaba y era, indudablemente, ella.

En sus hombros encogidos había una gracia infinita. En el vestido de tonalidad desvaída se habían formado lunares de agua, lo cual contribuía al conjunto como un detalle desastroso, de auténtico desorden, que elevaba todavía más la estética natural y de por sí magnífica de su dueña, que se escurría entre la lluvia turbando las miradas de Víctor. Aunque todavía estaba

lejos, se imaginó cómo puntos de diamante se iban engarzando a los cabellos recogidos, a las ondas que formaban en el centro caído de su cabeza, puntos que él habría besado y secado uno a uno sin cansarse. E igual que el pelo, era inevitable pensar que también sus labios se mojaban, que alguna gota podía tocarlos y caer dentro de aquella boca húmeda y cálida. “Un beso de agua”, se dijo, y por un instante deseó que su cuerpo se deshiciera en todas esas gotas de lluvia, que él mismo cayera sobre su cuello y lo fuera mordiendo mientras se deslizaba por el resto del cuerpo. Pero aquello sólo se le ocurrió durante un segundo, pues a pesar de ese tacto tan lejano e imposible, le pareció que su posición era más que privilegiada por poder contemplar cada matiz que de ella se desprendía. Porque, sin poder articular esa sensación siquiera en sus pensamientos, viéndola caminar mojada y un tanto desastrosa, perfecta, bellísima, el corazón de Víctor ardía. Ardía, abrasaba todo lo que se encontraba a su alrededor, y por ese calor que quemaba lo que tocaba, la sensación se fue extendiendo por todo su cuerpo hasta que éste ardió por completo, sin ser capaz de dar un paso, quieto con el paraguas que, seguramente, también quemaba. Le faltaba el aliento, le faltaba hasta el aire, quería compartir aquel frescor de la lluvia y abrir su boca para beberla, para calmar aquella garganta que se inflamaba. ¿Qué hacer? ¿Qué decir? A Víctor le retumbó en la cabeza esa amenaza, la advertencia que debía hacerse a sí mismo, pero como un papel que se acercaba a la hoguera, prendió y se deshizo en cenizas negras, humeantes, que nada significaban. No sabía si esgrimir la excusa del paréntesis, de la vida que se remontaba a otros años, ni tampoco si podía olvidarse de todo y pensar en algo como la demencia, la inculpabilidad por el juicio nublado y la falta de comprensión, pero a pesar de todo, a pesar de todo lo que podía usar para tapar y justificar aquello, Víctor supo, mirando cómo esa luz se acercaba a él, que haría todo lo que ella quisiera. Que si ella iba a él, él la acogería con una felicidad indescriptible, y que caería todo lo que fuese necesario caer, sin saber si tendría fortaleza y seguridad como para dar un paso o como para seguir la corriente, pero con idéntico resultado. Supo que se postraría a esas piernas que lo enloquecían, a cada poro de aquella piel limpia, y que a pesar de todos los fantasmas que ahora intentaban redoblar su voz —y uno era la familia, otro el orgullo, otro la lealtad, y su hija vestida de aventurera— caería una y mil veces. Que ella era dueña de todos sus sentimientos, y que ya no valía la pena intentar reprimir lo que, llegado el momento, siempre le daría. Todo su corazón, toda su vida.

Con las sienes algo cansadas, algo doloridas por el retumbar de aquellas ideas, vio el cuerpo que se acercaba, y creyó que estaba a punto de traspasar el halo de la metáfora y caerse realmente, porque de tanto mirarla, de tanto que sus ojos se habían clavado en su figura, la vista se le había resentido un poco, poblándose el prisma de la realidad con una amplia mancha de colores muy vívidos y vibrantes justo en el centro.

No era un paréntesis, no era hacía diez años. Era él ahora, él con sus responsabilidades y sus compromisos, ella, tras una larga ausencia. Eran ambos viéndose como a escondidas, al igual que los adolescentes que dejaban una almohada haciendo la forma del cuerpo bajo la sábana. Eran ellos, mucho tiempo después, encontrándose y, quizás, correspondiéndose por primera vez en su vida.

Y entonces Víctor despertó un poco de aquella ensoñación.

Despertó, porque no sabía a qué se debía eso. Había hablado de dárselo todo, pero no sabía las intenciones de ella. Quería creer que las sabía, pero debía ser un poco más cauteloso. Si comprobaba que tenía razón, mantendría todas y cada una de las palabras que, de una forma atolondrada y silbante, había recitado en su cabeza.

Pero Alicia estaba ya a su lado, no podía pensar más. Con un olor que siempre había significado el hogar, el hogar en el teatro y en la alameda y la azotea, se hizo un hueco bajo el paraguas, muy cerca de él, y Víctor pudo ver todas esas motas de agua que se habían colado en sus ondas amarillas.

—¡Qué tarde tan fea! —dijo, a modo de saludo. Las largas pestañas marrones aletearon una vez, como si también ellas se sacudiesen el agua.

—No estás enferma. —En sus palabras había afirmación, seguridad, como si hubiese dicho “Está lloviendo”. Y no sabía si la calma con la que lo había pronunciado se debía a un desengaño antiguo que empezaba a restablecerse, como una difícil cuenta matemática que al fin empezaba a salir bien, y como si eso fuese algo necesario, que iba a llegar de todos modos, y que tanto había esperado.

—¿Yo? Para nada. Me parece que me equivoqué al escribirlo, no soy yo la que se ha contagiado. Aunque creo que media ciudad está enferma.

Víctor se sintió feliz, se sintió inmensamente dichoso. Qué fácil y qué infantil, la manera en la que Alicia se había asegurado su intimidad, pero también qué eficaz. Además llovía, y Víctor no sabía hasta qué punto llegarían hoy, pero él lo quería todo y parecía que el universo se había puesto de acuerdo para entregárselo.

La lluvia golpeó más fuerte y se hizo más gruesa. A Alicia se le mojaba la espalda, se acercó más y se cogió del brazo de Víctor. Sus manos claras se abrazaron a él, y notó también el hombro derecho y parte del tronco. Estaban tan pegados que sus alientos podían unirse al hablar, e incluso le resultó encantador pensar que, una vez caminando, sus piernas podían enredarse.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó él, viendo cómo a lo largo de las calles se formaban charcos de agua sucia. Odiaba la lluvia y odiaría cruzarse con alguno de ellos. Pero Alicia tenía un punto de niña en el que quizás eso la divirtiese. ¿Quién era él para negarle una diversión?

—Deberíamos buscar un sitio cubierto. Así no se puede caminar a gusto ni hablar.

Víctor pensó al momento en las cafeterías que conocía. Había descartado las pastelerías, por ser claras y luminosas. Instintivamente, buscaba en sus recuerdos algún lugar con luz tenue, casi oscura, donde sentirse en absoluta intimidad. Sin darse cuenta, había empezado a fantasear con Alicia, y la imaginaba solícita a sus caricias, echados en el sofá que se reservaba el rincón más lúgubre, al fondo del local. Su mente se volvió una amplia antena que se deslizaba sobre toda la ciudad, que percibía lugares aquí y allá, que contrastaba sus interiores y los descartaba. En cuestión de un par de minutos, porque en gran parte sus movimientos estaban coartados por la necesidad de proteger a Alicia de la lluvia, por no tropezar con nada, por esquivar a la gente con la que se cruzaban, había recorrido todos los sitios que conocía, e incluso había sido inevitable rememorar alguna escena sucedida, ya fuese con amigos o, quizás por la conexión de sus intenciones, con una chica. Pensó en el “Irish Club”, un café irlandés serviría bien para sus necesidades, y fue entonces cuando se coló la imagen de aquella niña algo robusta, algo masculina pero con generosísimos senos —qué era aquello del despertar las hormonas, que le cegaba el sentido de lo estético más elemental y perseguía las formas estrictas de lo femenino en su mayor voluptuosidad, siguiendo sin descanso a aquella Carlota de insondable espalda y cintura recta—. La vio allí, grande, con esas dos flores mantecosas que eran el centro de su atención, echada un poco hacia atrás y dejando que él le besara el cuello, fingiendo pudor, entreabriendo sus piernas para que Víctor se imaginase —como en efecto lo había hecho— subiendo su mano por ellas, descubriendo las formas escondidas de las mujeres, que entonces desconocía, pero por ser quizás demasiado impresionable de un solo golpe,

dirigiendo sus dedos suavemente a esa cadera —cadera por localización geográfica, no por forma— y subiéndolos hasta el objeto de su deseo. Qué terribles, los recuerdos de su cuerpo en revolucionario aprendizaje, que le sugerían un lugar en el que ahora pensaba para alcanzar sueños que adornaba con la palabra del amor, donde ducho en la sexualidad se conduciría con mucha mayor vergüenza, conquistando cimas de una belleza clarísima, delicada y repleta de matices. Su mujer, de haber oído ese razonamiento, de haber observado el recital de locales y los motivos que lo habían impulsado a escoger uno en concreto, diría —dejando a un lado la cuestión de que él fuese su marido— que era propio de un niño sin el más mínimo pudor, algo vergonzoso teniendo en cuenta su edad. Podría mezclarse con adolescentes y contar qué partes del cuerpo habían tocado, ruborizándose en sus experiencias que exagerarían un poco frente al grupo. Ésa era su Sandra madura, prudente, rebosante de un saber estar que en él desaparecía cuando las pulsaciones aumentaban y las esperanzas mezclaban su engañoso colorete con el mundo real. Por suerte, Víctor ni tan siquiera se acordó de ella, y se sintió más que satisfecho con su ocurrencia.

El café irlandés estaba a un par de calles de allí, pero despistado por la lluvia y sus intenciones, no había advertido cómo Alicia lo había ido llevando en otra dirección, con suaves tirones de su brazo, como quien dirige a una mascota. Aquello desconcertó un poco a Víctor, y no podía negar que le producía un amargo sabor del esfuerzo inútil que había hecho, un esfuerzo que para colmo le había recordado una de sus escuetas conquistas de juventud, desluciendo el momento presente. Sin embargo, ella parecía muy segura de la ruta que quería seguir, así que Víctor se vio obligado a callarse, a olvidar los cálculos que tan exquisitamente había realizado, confiando en Alicia y en su orientación incluso cuando se vio bajando por un entorno vegetal cubierto de barro. Era una bajada de escaleras de piedra rodeada por jardines abandonados donde la maleza crecía salvajemente, enmarcados en la misma piedra que formaba las escaleras. Así, recorrían el único lugar transitable, aquel camino incrustado en amplios balcones a cuyo término se asomaban tallos y hierbas, como un estrecho río cuyo caudal descendía entre rocas. Habían pasado tres de aquellos balcones, y tras superar el último, dieron con un paseo de arena que entonces parecía más bien hecho de barro.

—¡Me he equivocado! —dijo Alicia, sin más, en un ligero grito que coronó con una sonrisa. Su admirador nunca había podido escuchar su risa, y dudaba incluso de su existencia. Pero aquella sonrisa le bastaba para perdonar

toda la suciedad que se le había pegado.

—Tenemos que volver a subir todo esto. Aquí vamos a empaparnos.

La lluvia se había tranquilizado un poco, pero continuaba siendo una melodía monótona e incesante.

Alicia miró al suelo y suspiró varias veces. Habían caminado rápido, estaba cansada y en sus mejillas se notaba un soplo rosado.

—Esperamos un poco —añadió enseguida Víctor, al ver esos síntomas. Su mirada recorrió los lugares inmediatos para saber dónde podían guarecerse mejor.

—Creo que, pegándonos mucho al muro, estamos mejor. La lluvia viene desde atrás, así que nos mojaremos menos.

Dicho eso, con un ademán algo atolondrado, de quien toma decisiones rápidas sin siquiera pensarlas en el mismo momento en que le surgen en la cabeza, Alicia se apoyó contra la pared de piedra. Tenía un brazo completamente mojado, y su mano blanca era una forma tibia cuyas uñas brillaban a causa del agua. El recogido de sus cabellos, ya siendo algo bajo, se había precipitado hasta la nuca, y varios mechones se habían salido. Dos de ellos eran los que enmarcaban su rostro en primer término, y habían vuelto a las sienes de su dueña, a las que se pegaban completamente. Víctor, también mojado en ciertas partes y con algo de barro en el final de sus pantalones, miraba a Alicia fijamente. No sabía si aquello era una impertinencia, si la incomodaba o si era una muestra de mala educación, pero ni tan siquiera podía pensar en algo que decir, en qué sería más conveniente, pues se había quedado absorto en el cercano espectáculo de su Alicia. Los ojos de ella, esos ojos castaños, volaban intermitentemente a los ojos de Víctor y después a sus labios, en un ágil dibujo de las pupilas que parecían absorberlo un poco. Víctor notaba el impulso en las piernas, en la espalda, en los brazos. Notaba el impulso y las señales, y sólo le hacía falta un último empujón. Sin embargo, demoraba aquel momento una y otra vez, esparciéndose en la duda, en la posibilidad de interpretar mal lo que estaba ocurriendo, en las nefastas consecuencias que tendría equivocarse. Pensaba en Alicia abofeteándolo, yéndose de allí, sola bajo la lluvia, y a la vez pensaba en esos ojos que le miraban los labios. Habría jurado que llevaban una vida en esa misma posición, mirándose y esperando, sin hacer nada, en un instante de calor único. Creía que era el momento, que no podía esperar más, y a la vez quiso repasar de nuevo todo lo que podía pasar si actuaba erróneamente.

Pero alguien se había cansado. Alicia se acercó un poco, se estiró sobre las puntas de sus pies, y con los brazos a los lados, sin adornar de abrazos ni caricias aquel momento, besó a Víctor tan solo con el roce de unos labios. Un beso de niña.

Pestañearon un instante, como quien espanta una nube molesta, y volvieron a besarse. Alicia era fría, y sus labios un poco duros. Era un beso de reina, un beso orgulloso, immaculado como su expresión.

Llovía, y necesitaban un sitio en el que guarecerse. El musgo que nacía entre las rocas goteaba, precipitándose esa mezcla de agua y suciedad sobre su ropa.

Era una habitación poco iluminada, con una pequeña ventana rectangular a un lado cubierta por unas cortinas ocres. El suelo era una especie de imitación de madera, y una alfombra grisácea daba la bienvenida. La cama tenía una colcha tostada, y no se sabía si las vibraciones de aquellos colores invitaban al secreto o a la sordidez. Quizás fuese una mezcla de ambas, y cualquiera habría visto sus impulsos un tanto coartados, como sometidos a una luz concreta que inspira vergüenza. Sin embargo, estos huéspedes estaban demasiado concentrados en sí mismos como para percibir el tipo de cuartucho en el que se encontraban, como una pareja de amantes lejanos que al fin se junta de nuevo, como dos almas confusas, alocadas, que después de años vagando sin saber dónde, topan la una con la otra y se funden en un absoluto alivio, en una única y profunda emoción que los salva, sin saber qué colores los rodean, de qué tejido es la ropa de cama, si la ventana es un viejo aparato que ya no se puede ni abrir.

Alicia, como una artista, tiró el abrigo empapado a un lado, directamente sobre el suelo, y a Víctor le pareció suficientemente encantador como para no recogerlo y dejarlo ahí. Puso el suyo en un perchero de la entrada, junto al paraguas, que se había llevado hasta la habitación quién sabía por qué. ¿Y si lo robaban? Ésa era una excusa, pero no había sido su excusa. Estaba demasiado obsesionado con una misma idea como para darse cuenta de que llevaba un paraguas.

Besó a Alicia, la besó colocando las manos húmedas a ambos lados de su cara, con el corazón amplio y rebosante, en la perfecta confianza de que aquel beso le iba a ser devuelto, de que podía darlo sin preguntarse la acogida que tendría. Había ido allí para besarla, y la había besado incontables veces durante el corto camino. Y ella, con un movimiento rápido de presa acuática

que se escapa, se deshizo de las manos de Víctor, se alejó de sus labios, con una estética de juego. Se sentó sobre la cama, porque comenzaba a cansarse de esa diferencia de altura en la cual tenía que estirar las piernas, por su menguado cuerpo frente a la desgarbada altura de Víctor. Descalza, con los cabellos mojados, miró un instante a Víctor y ambos se sonrieron. Se sonrieron en silencio, como si la sonrisa fuese un detalle necesario, obligatorio por la presión de aquel instante, de aquel ambiente. El ambiente, claro, una atmósfera de motel en la que era necesario exhibir una complicidad de alegría, de felicidad, de libertad que se une sin más objetivo que el de amarse. Implícitamente, esas paredes ya desengañadas de todos los recovecos de la vida, parecían un cruel testimonio en el que se decía “Quien viene aquí y no se sonríe no es más que una prostituta”. Ellos temblaban como las luces, como dos libélulas que acudían al primer sitio posible para entregarse la una a la otra, y por eso se sonreían, marcando una distancia con otras parejas que allí pudieran haberse encontrado, o eso brillaba en el fondo de sus sentimientos, por deshacerse de la vulgaridad a la que podían verse expuestos y que definitivamente mancharía algo que había eclosionado tras diez largos años. “¡Diez años!”, y las paredes se volvieron mudas y no se atrevieron a decir nada más, porque nunca habían visto sus pobres ojos un encuentro que hubiese tardado tanto. Con la sonrisa mediando entre ambos, con Alicia sentada y sus cabellos desordenados, Víctor fue a sentarse junto a ella, en la cama cuyo colchón cedió un poco, recogiendo sus formas, y la besó de nuevo. Estaba dispuesto a desgastarse los labios, estaba dispuesto a disfrutar de aquella boca tan soñada una y otra vez hasta resultar insoportablemente pesado, hasta que ella misma le pidiera que la dejase descansar. Era un romanticismo pegajoso, y esa misma palabra le hacía gracia. Pero cómo no serlo con Alicia, con su Alicia tan amada. Y esa Alicia misma, esa Alicia suya, se puso de pie y se deshizo del vestido con una soltura preciosa. Había algo que decía —en algún sitio lo habrían escrito— que radica cierta hermosura en que el amante te desnude, pero aquellas prendas impregnadas de lluvia podían suponerle un resfriado, y decidió atajar la situación cuanto antes. En sus cálculos, quitarse el vestido fue una labor práctica y rápida. Pero más allá de su miedo a constiparse, no podía negar que le gustaba desnudarse a sí misma.

Víctor sintió que el pulso se le aceleraba todavía más cuando se vio frente a la finísima tela que confeccionaba la ropa interior de Alicia. Pliegues blancos cubrían los últimos pedazos de aquel cuerpo, y en un lado de su seno

derecho se bordaba una minúscula flor rosa. Había visto ya de Alicia sus hombros, sus brazos, sus piernas en una malla casi transparente. Pero ahora se descubría ante él con las extremidades del todo desnudas, podía acariciar su cintura y demorarse en aquel tacto suave que respondía con una piel tranquila. De pie frente a él, Víctor abrazó el menudo talle que se le ofrecía, e imprimió en ese vientre blanco nuevos besos del todo sinceros. Borraba así las huellas de otros amantes, de otras vidas que no merecían haber sido vividas. Lo hacía suyo, recorriéndolo con una delicadeza de acupunturista. Alicia, con una calma como de maestra, dirigió las manos de Víctor adonde ella quería, de modo que la desnudase por completo. Pudo ver así, sin la más mínima duda ni separación, a la mujer que había adorado durante tanto tiempo, a la que siempre había deseado y amado, a pesar de todo. Él, que se había detenido siempre en aquel cuello, forzándose a la fantasía, contemplaba ahora el busto redondo y discreto que se escondía bajo los trajes de ballet, tocado por pequeños puntos rosados que el amante repasó una vez tumbados. Sus muslos, que discurrían entre la luz y la sombra, convergían en el pubis castaño que, como una amapola, se abría y recibía a Víctor en un prieto abrazo. Como un molusco traído por la marea, Víctor se introducía en ella y su mente ardía, ardía pensando en que era suya, en que era suyo, en que, dejando a un lado todos los obstáculos, ahora se amaban. Y así buscaba, en sus movimientos lentos e intensos, el placer de esa Alicia casi muda, de entre cuyos labios salían suaves suspiros que teñían la barbilla del hombre, y él exploraba con los labios esa frente blanca e inquieta, sus mejillas, el sabor de los cabellos rubios que se extendían por la almohada como los niños dibujaban los rayos del sol. Las piernas de Alicia se elevaron un poco más y se agarraron al cuerpo de Víctor, atrayéndolo en los intervalos que ella quería, dirigiendo aquella marea de intensos placeres que él quería seguir. Aquellas cadencias de la voz, de los suavecísimos hilos que se engarzaban al aire que salía de su boca, Víctor se movía y ocultaba el rostro en el pequeño hueco de aquel cuello. Como un excavador en busca de piedras preciosas, buscaba Víctor los acentos de Alicia, una Alicia que ahora parecía dividirse en irisados enigmas que se extendían por su cuerpo. Eran enigmas que Víctor disfrutaba resolviendo, dejando quizás el placer primario a un lado para adornarlo con aquellas aventuras, descubriendo qué zona y qué tacto era el adecuado, con qué intensidad se estimulaba para pasar al siguiente, qué nuevo lugar podía descubrir conociendo ya el primero. Era como si la inmensa, la enorme espera que había debido soportar, le hiciese ahora querer

conocer aquel cuerpo de una sola vez a la perfección, y así demoraba su acción para descubrirla, y pasaba de sus labios al cuello, luego a los pechos que eran dos sutiles curvas blancas. No obstante, Alicia tenía otro sentido de ese primer encuentro, y dejando que se liberase aquella imagen propia que había estado buscando tanto tiempo, reconciliándose consigo misma y con su cuerpo y con su placer, con toda una vida, había subido las piernas y había dirigido el ritmo de Víctor, un ritmo que también a él le hizo turbar todos sus impulsos y resumirlos en aquello que resultaba lo principal, angustiado por una sensación que aumentaba y a la vez quería hacer que durase miles de días, alarmado por el punto en el que se encontraba Alicia, arrastrado a la vez por los movimientos que ella realizaba. Ahogado en el magnífico encuentro, en los sentimientos y las sensaciones físicas enlazados, volvió a dejarse caer allá donde los cabellos de Alicia se extendían, exactamente como había pensado antes, como los niños dibujaban los rayos del sol.

Alicia exhaló un último suspiro. Víctor se encontró con que sus dedos estaban entrelazados, y que quizás la fuerza con la que había apretado los de ella había sido excesiva. Sin embargo, se quedó así colocado durante unos instantes, respirando, recobrando la claridad de su mente. Alicia también respiraba despacio, abría los ojos y se encontraba con los de su amante, que poco a poco separó cuidadosamente sus manos, después sus hombros y el resto de su cuerpo, hasta colocarse junto a ella.

—Llevaba once años deseando esto.

Lo dijo sin más, en parte pensando en voz alta, y en parte creyendo que habían alcanzado un estado de suficiente confianza como para hablar de todo con completa sinceridad. Se convenció de ello al instante, alegando que era imposible la complicidad física sin el otro elemento que completaba, verdaderamente, una unión. Así, pronunció aquellas palabras sin sentir que se había equivocado, y su corazón quería explotar de felicidad, conteniendo esa loca alegría para ir lanzándola poco a poco.

La mujer lo miró y sonrió en silencio, aunque esa sonrisa fue un rapidísimo pliegue de sus labios. Estaba cómoda, en esa cama desconocida y blanda, con las ropas a los lados, con todos sus sentidos satisfechos. Del techo colgaba una lámpara dorada, y le pareció que en su reflejo —un reflejo más imaginario que real— ella estaba más joven y más guapa, más perfecta, como era antes. Desde el momento en el que había llegado, buscando desembarazarse de todo aquello que la alejaba de esa figura que había sido, intentando recuperar ese “yo” que había perdido en algún momento de los

años, se había fijado en Víctor. Se había fijado primero con enfado, como si la hubiese traicionado. Se cuestionaba toda la tontería de la declaración y ese afán por perseguirla en el teatro, viéndolo ahora casado, como un padre de familia. Quería que la adorase, quería que aquel vestigio de su antigua vida siguiera amándola, y sobre todo, tenerlo sólo para ella. Era un capricho firme, que le abrasaba la conciencia pensando una y otra vez la manera de conseguirlo. La tibia seguridad de que continuaba siendo su centro de atención era insuficiente, y tras aquel paseo de mañana, cuando él corría a ayudar a su mujer enferma, no había podido evitar llegar hasta esto. Necesitaba más que antes para saber que era suyo, mucho más que miradas, que roces espontáneos. Necesitaba aquello que sólo su mujer tenía, lo necesitaba todo, un todo sin límites, un todo gigante y repleto de luces. Además, antes era mucho más joven, y tenía otra manera de divertirse. Antes disfrutaba consigo misma, pero ahora que se había abierto a los hombres, era absurdo comportarse de otro modo. Eran más que adultos, eran incluso lo que se puede llamar “maduros”. Qué extraño, que el primer hombre con el que se hubiese acostado fuese su marido. Qué extraño en ella, para cualquiera que la viese, con su marido. Era inútil, estaba pensando en él, y su cara de suficiencia se le pintó en la mente, lo vio allí, mirándola, con esos ojos oscuros, los ojos que le había dado a su hijo. Al momento, como si la hubiesen pinchado, se pegó más a Víctor, se abrazó más a él, y sintió que se abrazaba a esa Alicia antigua, que ella se amoldaba a sus brazos y la recibía cálida y hermosa, con una seriedad risueña, feliz.

Víctor la estrechó y quiso repetir la frase de antes, pero le pareció excesivo. La verdad es que le habría gustado que Alicia dijese algo, pero el silencio que se había formado entre ambos no resultaba en absoluto incómodo. Los dos sabían lo que había ocurrido. Era la tranquilidad de los amantes, que descansaban.

Habían hecho el amor sobre la cama, sin meterse dentro. Ahora, debido a que no existía conversación alguna, pensaba que de ningún modo se habría aventurado a tocar esas sábanas. El lugar le parecía algo miserable, y no sabía por qué habría fiarse de las condiciones higiénicas de un motel como ése. No obstante, Alicia parecía tranquila, y había retirado la colcha de su lado para apoyarse directamente en la almohada y taparse. Era una almohada blanca, del todo corriente, pero quizás por el otro lado ocultase una mancha amarillenta. Alicia llegó incluso a poner la cara completa contra ella, y Víctor estuvo a punto de aconsejarle que no lo hiciera. Pero ella no mostraba ningún

reparo, y al siguiente segundo se levantó, pisando descalza sobre el suelo.

Estaba preciosa, con su cuerpo desnudo, delgado y pálido. Estaba preciosa con sus formas delicadas y contenidas, en cada uno de sus gestos. Recogió las horquillas que había dejado en un rincón de la habitación, nada más entrar, y se encaró a un espejo que colgaba en la misma pared que el cabecero de la cama, a medio metro de distancia. Víctor se tumbó de lado, y se entregó a esa bonita imagen cuya realidad le costaba creer. La Alicia que había adorado siempre, con el cuerpo repleto de sus huellas, se miraba ahora en el espejo, colocando las horquillas negras en un lado de su boca, con las manos moviendo los mechones rubios y cogiéndolas lentamente, una a una, hasta reproducir el mismo recogido con el que la había visto al comienzo de la tarde. “Un paseo muy largo”, pensaba Víctor, y a la vez saboreaba esa escena de la mujer que se peinaba. “Un paseo muy largo...” y su mente le respondía, en un diálogo consigo mismo, “ha durado diez años”.

CAPÍTULO IX

La lluvia había durado tres días más. En el último había sido una explosión fiera y repentina, desgarrando unas nubes que habían amenazado durante toda la mañana. Como una almohada que se descosía, aquellas esponjas desbordaban todo su contenido sobre la ciudad, deshaciéndose en el mismo, volcándose por completo y muriendo sobre sus habitantes. El alma de Alicia, que quizás hubiera dado un grito al ver semejante espectáculo, había tenido la buena idea de conducir a su dueña por aquel lugar, pues no tuvo más remedio que guardarse en una iglesia. Desprovista de paraguas, dio cuatro rápidos pasos y se metió por aquella gran puerta abierta, que parecía una garganta dispuesta a engullir a todo individuo que por allí pasase, con ciertas excepciones. Había en un primer término una pequeña entrada que desembocaba en otra puerta lateral, también abierta, solícita en su negro dibujo. Alicia se acercó con curiosidad a los anuncios pegados en la pared principal, a la altura de los ojos, incluso un poco más arriba, con letras negras y fondos blancos. La semana siguiente se organizaba una excursión para asistir a la procesión de la Virgen de Fátima, y Alicia intentó recordar cuál era aquella virgen, en qué sitio se encontraba y, de paso, a quién debía su nombre esa misma iglesia en la que estaba. Por algún motivo se imaginaba a todas las vírgenes completamente distintas, con formas y cabellos diferentes, con expresiones que resaltaban unos rasgos de los que otras carecían. Sin embargo, tenía entendido que la virgen era la misma, una sola dividida en todos esos nombres, como si de cada hito y devoción se arrancase un nombre nuevo y se reverenciase como los otros.

Aquello tenía sentido, podía comprenderlo. Pero, a la vez que la teoría era clara, en el momento de nombrar una virgen su mente se resistía a presentársela como las demás, y en aquel esquema la llamada María parecía tener multitud de hermanas. ¿Dónde quedaba María cuando actuaba Fátima? ¿Por qué hacían una excursión para adorar a Fátima, si adoraban a María en todas las iglesias, y eran exactamente la misma? ¿Le importaba a ella, en su inmensidad, que anduvieran por quién sabe qué caminos del demonio para honrar el nombre de Fátima, si era María, y a la vez con todas las demás? Y su mente encontró un obstáculo más a esa teoría de la misma virgen en distintos momentos. Si todas eran María, ¿por qué había una virgen negra?

La María que ella conocía no era negra, de ningún modo podía serlo. ¿Cómo se explicaba eso, entonces? “La religión tiene sus misterios”, dijo, en un susurro, satisfecha de su razonamiento y de haberse asomado a un abismo que sólo se podía explicar con eso que llamaban fe, que ya se resolvería cuando se tuviese que resolver. Pero Alicia no deseaba esperar tanto para conocer todas las verdades, y utilizó un método mucho más efectivo. Sacudió la cabeza, una vez, dos veces, y esa duda voló de su cuerpo como voló una gota de agua, quizá volviendo en un futuro y expulsándola de la misma manera, con la misma tranquilidad que ahora.

El siguiente anuncio, que tenía una tipografía teñida de rojo, contaba los planes de otra excursión, pero ésta se culminaría con una acampada de todo el fin de semana. Acudirían unos curas que no conocía, y después los niños de ocho a quince años que quisieran apuntarse. Entonces la fiereza de la lluvia se abrió paso hasta esa entrada, y Alicia corrió a la siguiente zona, a la la iglesia en sí misma. Y, ¿qué hacer en una iglesia? Dar un paseo mirando las figuras, claro. Pero casi no había luz, y la pequeña vidriera ni siquiera podía arrojar sus sencillos colores, pues la oscuridad de fuera era casi tan espesa como la de dentro. Además, tenía miedo de ir andando y pisar una tumba. Los muertos le inspiraban un respeto que se mezclaba con la angustia, y en ese momento recordó a su padre, tan lejos, en el cementerio de su ciudad, y un filamento de tristeza le tocó los ojos, pero supo reprimirlo enseguida. Así, sin nada mejor que hacer, anduvo hasta los bancos del centro, donde apenas había unas tres personas muy separadas, concentradas en sus rezos. Le llamó la atención particularmente una de ellas, a la que se quedó mirando sin demasiado reparo, pues nadie podía verla por tener todos los ojos cerrados. Se trataba de una mujer bastante joven, que llevaba la cabeza tapada por un fular marrón, del cual se escapaban unos pocos mechones muy negros. Su expresión, que a la vez que concentrada exhibía una mueca casi de dolor, horrorizó a la tranquila Alicia, que no sabía los tormentos por los cuales estaría pasando. Por supuesto, el amor fue la primera idea que se le ocurrió, un amor romántico, frustrado, repleto de dificultades o incluso imposible, aún a pesar del anillo que llevaba en la mano. “El amor puede estar fuera del matrimonio”, se dijo, con una calma exquisita, como quien da el perfecto contrapunto a la hermosa idea de culminar el amor con el matrimonio, u ofreciendo una frase de experiencia a esas bonitas almas que defendían el amor como única justificación de una boda —y las imaginaba pálidas, con cabezas de todos los colores, con bellos cuerpos y modales de buena cuna—.

Pero bien podía tratarse de otra cosa, claro, y juzgando que era aún joven como para tener hijos mayores, de esos que dan disgustos por sus actos — según se imaginaba, ahora en su inexperiencia—, podía tratarse de una enfermedad sobre los vástagos, o de la misma infertilidad. En todo caso, la mujer ya comenzaba a aburrirla. Se sentó delante de todos, en el tercer banco, por parecerle quizás una grosería ponerse en el primero.

Su ropa crujió un poco al contacto con esa madera dura, y su espalda dio un respingo al tocar el respaldo, el más incómodo que había sentido nunca. Tras una queja exhalada en un murmullo, como una finísima mosca que atravesase el lugar, Alicia miró frente a ella y tuvo un instante de paz. Allí, sin nada que hacer, sin el sonido abrumador de la lluvia, únicamente acompañada por un fondo silencioso y espeso, no pudo evitar que la fuerza de sus creencias la embargasen, y su corazón se movió ligeramente ante la riqueza que se exponía frente a los bancos, repleta de motivos dorados que enmarcaban multitud de figuras. Había santos con una mano levantada y un aro que les recorría la cabeza, y a un lado estaba la Virgen, y en el medio estaba su Hijo. Cautivada por las ideas bellas que eran para ella la religión, dibujada en su mente como un alma idéntica a ella, hermosa, clara y rubia, ascendiendo y sobreponiéndose a todos los dolores que le había supuesto su vida terrenal, clavó su mirada castaña en la imagen de ese Cristo sufridor, en la boca medio abierta y en los cabellos que le caían a un lado, que le recordaban un poco a los de Rosa, una bailarina de su ciudad, aderezados por aquella maldita corona de espinas que tenía que hacer un daño terrible. Lo miraba como pidiéndole que aquella emoción la embargase más, que la pintara con todos los matices de ese sentimiento precioso, de esa purificación que parecía paladearse, saborearse muy despacio, como un pedacito de hielo que se derrite en la boca. Justo ahí, en su lengua de un rojo intenso, sentía Alicia oleadas de una comunión delgada pero repleta de sustancia, una sustancia que le resbalaba no por el cuerpo, sino por el alma misma, esa alma que ahora brotaba más que antes, que se le acercaba a la piel, que la notaba acariciándola, como si otro yo despertase dentro de ella. ¿Por qué se angustiaba tanto en su día a día, por qué se arrepentía de tantas cosas, si tenía dentro mismo ese consuelo, ese cosquilleo que le prometía que no estaba sola? Sintió un estremecimiento, pero era un estremecimiento de placer, de maravilloso gusto por reencontrarse con esa porción de su propio ser, una porción más luminosa, viva y hecha sólo para ella. Sólo para sus ojos, sólo para su regocijo. Eso era lo mejor, lo más valioso de todo, y quiso abrazarse

porque todos esos santos placeres se guardasen únicamente para su vista. Que nadie lo manchase, que nadie pudiera tocarlo. Entonces se dio cuenta de que había entrecerrado los ojos, y volvió a abrirlos para absorber de nuevo los rasgos de Dios, y pensó que, de haber coexistido con él, no le habría importado seguirlo allá adonde fuese, exponerse a todos los riesgos que había enfrentado en soledad, ser su más fiel apoyo, si a cambio obtenía esa agradable sensación que perdía en cuanto cruzaba la puerta de la iglesia. ¿Cuánto hacía que no entraba en una? No lo sabía exactamente, pero hacía años. La culpa era suya, entonces. Si acudiese más a menudo, podía no perder su alma por las entrañas del cuerpo. ¡Qué sucia estaría, tantos meses encerrada, y qué limpia la encontraba ahora que se había reunido con ella! Pero el mundo estaba tan lleno de distracciones amargas, de problemas, de responsabilidades, que no se sentía culpable.

¡Qué frágil era! Los años y las equivocaciones la habían hecho cambiar. Antes era más dura, y habría soportado aquel encuentro con Dios sin que las lágrimas le subieran a los ojos, con una gratitud beata, pero sin sentir que se desvanecía sobre aquel banco porque el alma se le subía a la garganta. A la garganta... menuda vulgaridad. Y pidió perdón por utilizar una expresión tan poco apropiada, y creyó que debía pedir perdón por más cosas. Pensó en su vida, como una lista de papel donde se recogía cada hecho, y buscó aquellos motivos por los que debía inclinarse. Con las manos juntas, con la cabeza —repleta de mechones dorados como la areola de la Virgen— humillada, pidió perdón en primer lugar por jugar un poco con los hombres, allá, en su primera juventud, por el placer que encontraba en un coqueteo frío basado en lucirse, aunque no hubiera ningún acercamiento. Recordó a los cantantes, a los bailarines, incluso a trabajadores del teatro encargados de su mantenimiento, el juego de esconderle las zapatillas y cómo ella se subía allá donde las hubieran dejado para que le viesen las piernas. ¿Qué tenían las piernas de una mujer para resultar tan atractivas? Las había utilizado también en una fiesta de disfraces, como una flor amarilla y rosa, jugando con el bonito brillo de su trenza y una máscara que invitaba al más llano deseo. Sí, los hombres, y sus juegos. Ese flirteo suave como el aletear de una mariposa, igual de colorido, lleno de gracia por los acertados movimientos de su cuerpo. Pensaba en el perdón y a la vez se arrellanaba en sus recuerdos, dejándose caer sobre ellos como una almohada bien mullida, repleta de algodones con aromas afrutados, abiertos como se abría su vestido silvestre, en el ballet vestida de campesina, con una falda verde. Sí, se había divertido,

había disfrutado hasta los límites que a ella le apetecían. Los límites, que no comprometían su intimidad. Entonces frenó en este último acento, y sus pensamientos, los coletazos de escenas pasadas dejaron de eclosionar en su mente, haciendo que sus labios se replegasen con placer por haber encontrado semejante hueco donde extraer toda su inocencia y bondad. Bien pensado, esto era una auténtica actitud religiosa, era seguir sin rechistar los deseos de Dios, y no se había entregado a nadie hasta conocer al que sería su marido. Se había entregado a él limpia de otras huellas, incorrupta como una monja. Le pareció que la balanza estaba entonces equilibrada hacia el bien, y se anotó un punto frente a Dios, frente a esa iglesia entera, llena de orgullo. No pidió entonces perdón por sus coqueteos, sino que se presentó a Dios —con el que hacía mucho que no hablaba— como una mujer santa, buena y creyente, que a pesar de las persecuciones de los hombres —y quién no se mostraba un poco, siendo bailarina, siendo una artista, el único consuelo de las personas ante a un mundo cruel y angustioso— se había mantenido intacta, o más bien, inmaculada. No se había aprovechado de nadie ni había sacado beneficio alguno de su belleza, que era más que conocida, e incluso lo había dejado todo —su éxito, su felicidad, su vida— por volver a casa y cuidar de su padre durante los últimos días de su vida, tan pronto como supo que su enfermedad era grave. En este momento se le encogió un poco el cuerpo, viéndose frente a aquél que ahora cuidaba de su padre, que tanto había echado de menos, incluso ahora, cada vez que pensaba en él. “Ahora estará sentado a tu lado”, y se imaginó que su padre mismo la veía allí sentada, rezando, limpiando sus faltas, y que se sentía orgulloso de ella y hasta le daba las gracias por haber sido tan buena hija. “Nosotros dos nos entendíamos”, dijo en medio, y creyó que aquello era suficiente como para granjearse cierta simpatía de Dios, por tener a su mano derecha a un buen hombre que siempre le hablaría bien de ella. Y a los ojos le subió una segunda lágrima que secó rápidamente con el hombro, sin dejar de juntar las manos, viendo a su padre y pensando que podía a dirigirle una palabra y que él la escuchaba, que estaba allí, que cuidaba de ella. “Sentado a tu derecha...”, pensó de nuevo, y su espíritu se reconfortó por tener un aliado en el Cielo, quien le daría la mano en cuanto llegase allí arriba, flotando como un pájaro dorado, como un rayo de luz.

Saltó entonces una importante cantidad de años, y en aquella lista que era su vida encontró escrita la palabra “matrimonio”, y pensó por qué debía disculparse ahora. Como si una secretaria se colocase las gafas negras para ver si puede hacer algún hueco en la agenda, parecía que Alicia forzaba la

vista para encontrar sus faltas, hasta que una pequeña línea negra llegó a sus ojos. ¿Por qué disculparse? Claro, por haber saltado intentando que se le fuera aquel bebé que Dios mismo le había enviado. “Mi hijo”, pensó, y sintió que el afecto materno se le revolvía un poco, como se remueve algo yermo con una cuchara de palo. Había saltado, y había deseado que el feto saliera pedazo a pedazo de su interior a pesar de lo desagradable que sería aquella visión. Pero, ¿no podía haberla preparado mejor para sobrellevar algo tan drástico? Pensaba que el Padre y ella no se habían entendido en ese punto, y achacó todo al miedo, a un miedo atroz que en verdad sentía, dejando que los labios le temblasen para que fuese aún más obvio su sufrimiento. ¿Era buena idea enviar un embarazo así, sin más, sin que ella lo quisiera y sin que desde luego estuviera preparada? En su opinión, había sido algo macabro. Pero — por no estancarse en el resentimiento y los reproches— quiso avanzar, dar un ejemplo de generosidad, de rencor olvidado. Al final había ido adelante, había superado aquella prueba, y su hijo tenía una buena familia y estaba perfectamente atendido. “Tiene todo lo que necesita”, se dijo, pensando que eso podía considerarse un acuerdo entre ella y ese Jesús doliente que callaba desde la cruz. Y esto último purificó su faceta de madre, y se sintió digna ante Dios por poder asegurar que su hijo no podía tener queja alguna, que todas sus necesidades estaban más que cubiertas, que vivía mucho mejor que una gran mayoría de desgraciados. Pero las desgracias, la suerte en general, era enviada por Dios también, y le pareció que aquel comentario podía parecerle un reproche. ¿Qué le importaba a ella las pruebas que mandase a otros? Empezó a hablar rápidamente de su hijo, haciendo un resumen, como para borrar sus anteriores palabras.

En cuanto a lo siguiente que había hecho mal, no cabía la menor duda: los amantes. Los amantes, la traición a su marido, el vicio en general. Se ruborizó un poco, por tener que hablar de ello. Era algo que le resultaba difícil, sobre todo por su fracaso y por la estrechísima felicidad que sus aventuras le habían supuesto. “Ha sido él”, pensó, en un aparte de esa conversación que mantenía con Cristo, y en cierta medida se enfadó y a la vez no pudo negar que era lo correcto. Los amantes... El vicio, sobre todo. Esa palabra tan espantosa, “vicio”. La virtud, el vicio... Y ella en lo segundo, más que sepultada en lo segundo. Jesús continuaba quieto y decaído, pero tranquilo y escuchándola. Sin embargo, a Alicia se le habían secado las palabras. No había parado de desnudarse frente a él, de manifestarse enteramente, de mostrarle cada una de sus manchas. Pero hablar de eso... con

Él... Abrió los ojos un momento, dejando que el hechizo de la purificación se detuviera por un instante. Volvió a sentirse terrenal y simple, pero la visión del oro la calmó un poco. Entonces, junto al Señor, encontró la figura de la Virgen, blanca y con labios bien formados, con cabellos oscuros y ropas de colores fríos, verdes y azules. Supo que allí dentro nada dependía de ella ni del azar, y que por algo se habían abierto sus ojos, y que por algo se habían posado en ella. “Esto es una conversación de mujeres”, y se persignó mirando al Hijo, a modo de despedida, para moverse un poco en el banco y colocarse exactamente frente a la Virgen. ¡Qué agradable, sentirse en confianza con una mujer, hablarle como si se tratase de una madre o una hermana, de su corazón mismo, rebotante de feminidad! María, la Virgen, tan cercana, tan bonita y tan mujer, allí clavada esperando para escucharla. De nuevo juntó las manos y agachó su cabeza, como si ofreciese esa fuente de oro para el regalo de sus ojos de madera, conmoviéndola un poco por algo puramente estético, siendo ellas el choque entre un triunfo y otro, con opiniones encontradas frente a qué era lo más importante, pues si a la propia Alicia le hubieran dado a escoger en ese instante habría escogido siempre su belleza, porque santa podía llegar a serlo cualquiera, pero guapa...

“Madre”, comenzó, pero no se sintió muy satisfecha. Una madre no era alguien con quien hablar esas cosas. “Amiga mía”, dijo ahora, y sabía que era demasiada presunción creer a la Virgen su amiga, pero también sabía que ella sería capaz de perdonar aquella confianza excesiva, porque así se sintiera más aliviada y más cómoda expiando sus pecados. “Amiga mía”, y le pareció que la Virgen le acariciaba aquella cabeza que le ofrecía, y que se sentaba a su lado y escuchaba con toda atención. Los amantes, claro. Ella sabía lo difícil del matrimonio, lo difícil de compaginar dos vidas, dos rutinas. ¿Pero sabía lo que era un matrimonio vacío, donde el amor se agotaba? Ella, que era un pozo de amor, no podía imaginar lo cruel que resultaba aquella vida. Había buscado una manera de llevar sus días, de no morir de aburrimiento ni de insatisfacción por un marido que no la hacía sentirse ni única ni querida. Sí, su marido había buscado también la traición, por comportarse de una manera tan poco apropiada. Hablando exclusivamente de sí misma... Bueno, se había equivocado. Era un error, sólo había obtenido infelicidad de ello, y se arrepentía sinceramente. Arrepentirse era lo que allí debía hacerse, y sí, se arrepentía, se arrepentía del todo. Entonces un poco de ella ascendió, como unas motitas blancas que le dieron en la nariz de la Virgen, y Alicia se sintió perdonada. “¿Me perdonas?”, añadió, por ser dulce y delicado, tanto su

acento como la construcción. Entonces, un billete de Víctor le tembló en el bolsillo, como por una espantosa casualidad. Rompiendo toda la magia de aquellos instantes, dejando que el perdón sobre sus culpas pasadas se quedase en un segundo plano, una hojita tembló en su bolsillo, gritó, reclamó toda su atención, y Alicia sintió terror y la Virgen se asustó, por saber que aún tenía algo nuevo que contarle. Esas dos caras de mujer reaccionaron rechazando aquello, una por no querer reconocerlo, otra por no poder creérselo. De nuevo abrió los ojos, y la Virgen que le acariciaba la cabeza se desdibujó en el aire. Otra vez terrenal, otra vez simple, sólo un poquito más ligera que antes, se llevó una mano al bolsillo del abrigo y sacó aquella nota firmada por Víctor. El agua había penetrado en su interior, y los bordes ya habían comenzado a deshacerse. El papel en general casi se había echado a perder, y de repente, sin sonido alguno, como una lágrima que caía y se unía al suelo, la nota se dividió en dos partes, quedando una a cada lado, con las letras en tinta negra convertidas en manchas ilegibles. Con sus dedos manchados de papel encharcado, con pedazos de ese billete aquí y allá, Alicia quiso fingir que no sabía de qué se trataba, pero cuando su cara se había alarmado tanto era un insulto intentar aquella salida.

Alicia suspiró, y dejando que lo que quedaba de su nota cayese a sus pies, volvió a adoptar la posición de antes, no por creerla estrictamente necesaria, sino porque María volviese a su lado, la acariciase de nuevo e hiciese más tranquilo aquel recital de sus infortunios. “Qué puedo decir...”, empezó, pues en parte estaba todo dicho. Se había arrepentido de los amantes anteriores, había pedido perdón y estaba segura de que había sido perdonada. Pero ahora tocaba algo mucho más difícil, pues no se trataba de un capítulo cerrado, sino de lo que estaba ocurriendo en su vida presente. De que tenía un amante, de que ese amante estaba casado con la que había sido su mejor amiga. La Virgen negó con la cabeza, para hacerle ver que aquello estaba mal. Sí, estaba mal, pero no era tan fácil. No era quitárselo de la cabeza sin más, no era renunciar a todo a cambio de un frío bienestar religioso. “Es mucho más difícil”, dijo, y se preguntó seriamente por qué había comenzado aquella historia con Víctor. Bueno, siempre habían tenido algo, su divertido flirteo, pero distante y pulcro. Ahora ya habían pasado unos cuantos años, y los dos habían descubierto una vida bastante gris, los sinsabores del matrimonio, realmente. Ninguno de ellos era feliz, y se habían juntado para remediarlo. Ella no era feliz porque quería ser otra mujer, la mujer de antes, y él la amaba locamente. “Yo también lo quiero”, murmuró muy tímidamente,

queriendo creer que era cierto, que sus sentimientos se erizaban cuando Víctor aparecía, que los celos por su mujer habían nacido por un amor reprimido por el paso del tiempo y las distancias. “Diez años sin comunicarnos, pero al vernos de nuevo...”. Recordó el paseo desde el teatro, hablando de otras ciudades, de los comercios, de ellos. Lo recordó todo y quiso dotarlo de una luz rosada, romántica, como los trajes de novia con flores bordadas al corpiño. “Sí, lo quiero”, y estuvo a punto de convencerse, o se convenció del todo, porque algo de sentimiento tenía que haber en ese intenso capricho, algo hubo cuando se juntaron en aquella habitación, cuando él la miraba y ella respondía a aquella mirada. “Son cosas del corazón, de los sentimientos”, y le pareció la Virgen la comprendía. ¿Había estado ella enamorada, no dando amor a diestro y siniestro como ya se suponía que hacía, sino realmente enamorada de un hombre? Alicia amaba, sí, o al menos quería, tenía afecto, un afecto hermoso como una lámina roja. Y se había imaginado el color rojo, el color de la pasión, y pensó en que ese capricho y ese cariño los había llevado a acostarse hacía tres días, sabiendo ambos lo que hacían y hacia lo que se dirigían, sin remordimiento alguno. ¿Cómo explicar eso?

Alicia se revolvió un poco en el banco, como si sus miembros, agarrotados, necesitasen una nueva postura. La Virgen, que estaba muy callada junto a ella, escuchaba con cierto dolor. Era imposible no sentirse juzgada, y las mejillas habían empezado a arderle, porque sacar sus intimidades a ojos de la Madre le daba una gran vergüenza. Sí, Víctor y ella se habían acostado en una habitación cualquiera, y aquel billete que se deshacía a sus pies le había llegado ese mismo día. Se lo habían entregado cuando salía de casa, lo había guardado en el bolsillo y se había olvidado por completo. “Te echo de menos”, y luego la citaba en una dirección. Ya no podía leerse, pero allí estaba, y se acordaba muy bien del lugar y de la hora. Era imposible encogerse de hombros como si no ocurriese nada. Debía armarse de valor, debía pedir perdón por lo ocurrido y negar que fuera a pasar de nuevo, que no saldría allí para ir a la cita con Víctor, o que si iba, sería para poner fin a eso. Aquello era lo que su alma le decía, era lo que estaba bien, lo que debía prometerle a la Virgen, a la que había llamado su amiga. “Qué decir”, empezó de nuevo, con aquella promesa picándole en los labios pero sin querer pronunciarla, porque era mejor callarse que mentir descaradamente. ¿Qué iba a hacer? Sabía que no lo cumpliría, sabía que iría y repetiría esa escena muchas más veces, hasta que se cansase o durante el resto

de su vida. ¿Qué ocurría si Víctor era el hombre de su vida, el amor de su vida? ¿Debía renunciar a él por haberse equivocado al casarse? ¿Debía él renunciar a ella, en la que no había podido dejar de pensar desde el primer encuentro, porque la mala suerte se hubiera interpuesto en sus caminos? Pero una cosa era el sentimiento, y otra lo físico. La Virgen permitía el sentimiento, porque en cierto sentido no dependía de ella. Ya verían, juntas, la manera de corregirlo o lograrlo, tranquilamente, en un sufrimiento calmado, siguiendo siempre las exigencias de Dios. Pero lo físico había sido demasiado, y no tenía que haber llegado a eso. Así parecía hablarle la Madre, y entonces Alicia, que buscaba en su cuerpo una manera de prometer sin incumplirlo, se dio cuenta de algo importantísimo, de algo que convertía aquella conversación en un diálogo ridículo. ¿Cómo le imponía la Virgen obstáculos en su afecto y le pedía que se resistiese, que no volviera a caer, si ella no sabía lo que era aquello? La Virgen, claro, hablando tan a la ligera de ello, cuando nunca lo había sentido. Tenía que explicárselo, tenía que permitirle comprender cómo era, pues no tenía por qué expiar las culpas de algo que la Madre tachaba pero ni tan siquiera conocía. Y así, invirtiendo los papeles y siendo Alicia la maestra, le pareció que ahora era ella quien acariciaba la cabeza cubierta de esa mujer pálida y castaña. “Si supieras lo que es...”, empezó, y buscó las palabras adecuadas, pues no quería ser obscena ni asustarla, pero sí ser clara. “Es la culminación de cariño”, y se quedó más que satisfecha con aquello. La iglesia la inspiraba, desde luego. “Es algo magnífico. Tú nunca lo has sentido, pero es como... Las almas, que sí conoces, se unen. Es un mareo, una confusión que delira. Es lo mejor que existe”. La Virgen fruncía un poco el ceño, y Alicia no supo si se sentía ofendida por haber visto trasgredida su imagen de eterna sabiduría, o si sentía cierta envidia y una curiosidad que no podía alimentar. “No es tan sencillo renunciar”, dijo Alicia, humillándose de nuevo, para recuperar un ambiente de complicidad y ternura que parecía haberse enrarecido un poco. La Madre guardaba silencio, y Alicia no quería decir que se resistiría, que no volvería a ocurrir, ni tampoco quería irse sin haber hecho esfuerzo alguno por mejorar su vida y su trayectoria. “Haré todo lo que pueda”, dijo, y por un segundo se mordió el labio e intentó meterse aquellas palabras en la cabeza, “Todo lo que pueda, lo intentaré”. Se vio entonces perdonada, se vio reconciliada con todas aquellas estatuas, y en el fondo de su corazón había gratitud y tranquilidad, así como cierta pena por la Virgen, a la que había creído mujer, a la que había creído “rebotante de femineidad”, y en verdad era la historia de una vida más

que mediana, donde en lugar de mujer completa se había quedado en una mitad o un cuarto de mujer. Pero no podía pensar eso allí dentro, no podía decir algo tan descarado y cruel. Se persignó para despedirse de la Virgen, creyéndola realmente su amiga, y cuando volvió a abrir los ojos volvió a sentirse terrenal y simple, pero liberada de un peso que llevaba arrastrando mucho tiempo, con el alma que le cosquilleaba todavía en la piel, suave, graciosamente.

Se levantó, y le parecía que había pasado horas allí dentro. La nota de Víctor era algo irrecuperable, y se metió la mano en el bolsillo para sacar los trocitos mojados que le habían quedado. Esas pocas migas blancas, que se le pegaban a los dedos, se reunieron con sus hermanas en el suelo, como un charquito de suciedad blanca y negra. Apretó después las mangas, que le colgaban un poco, y consiguió sacar unas cuantas gotas de lluvia, que fueron a aderezar el banco con pinceladas oscuras. Señorial, digna, con la espalda muy erguida, se paseó por la iglesia sin prisa, como si quisiera exhibir sus formas puras y hermosas, sus cabellos brillantes como el altar, su persona entera, en definitiva, reconciliada consigo misma y con ese universo cuyo regidor ahora le guiñaba el ojo, con su propio padre al lado. Salió, y vio con alegría que la lluvia había parado, y que en la calle quedaban recuerdos de baldosas y fachadas mojadas. Se llevó una mano a la cabeza para comprobar que todo estaba en orden, y pisó la calle con decisión, cogiendo la ruta más rápida para llegar a la cita con Víctor. Y aquello del amor, aquello del sentimiento y del afecto que había utilizado para excusarse frente a la Virgen, se quedó también medio deshecho y sucio y mojado en el suelo de la iglesia.

CAPÍTULO X

Como dos torreones de una catedral, los pechos de Alicia emergían claros, blancos y fríos de su piel. En aquel abismo pálido, superando la trampa de su ombligo, continuaba como una línea suave, poco marcada pero recta e inconfundible, hasta desembocar en el dibujo de las clavículas. Pero un poco más abajo, allá donde crecían sus dos montañas tímidas, levantadas como una burla del tiempo y del embarazo, replegadas en su belleza dura, prismas que reflejaban imágenes de sensualidad, de deseo, de feminidad elástica y cálida como sus pasos de baile —y aquí y allí conservaba huellas de bailarines que la elevaban, que la sostenían y que le daban vueltas—, se encontraba el rostro de Víctor, hundido en la piel, cansado por el nuevo encuentro en el que había explotado otra vez la intensa pasión que Alicia le inspiraba, un amor que, como había pensado en otra ocasión, quemaba. Apoyado en su cuerpo, con los tobillos fuera del borde de la cama, respiraba en silencio y disfrutaba de aquella escena de íntimo cariño, de tranquilidad y confianza, viendo en su hermosa amante la mujer que respondía a todos sus estímulos. Sexualmente, completaba todas las ambiciones estéticas que podía desear, y ya fuera por el amor, por la adoración incluso, o por una especie de destino cuyo nombre utilizaba a falta de otro más técnico —y aquél no era un momento para pensar en palabras precisas—, sus cuerpos parecían responder con exactitud a las necesidades del otro, y quien hablaba de cuerpos hablaba de movimientos, de gestos, de las ideas más espontáneas. Cada milímetro de piel de Víctor parecía exudar la profunda fascinación que Alicia le inspiraba, y ello encontraba su estrella, como si de un espejo mentiroso se tratase, una intuición que parecía natural en Alicia, un buen hacer tan básico en ella como lo era el de aquella belleza que no controlaba, como los talentos intrínsecos a su persona que alguien había colocado y que ella llevaba sin cuestionarlos. Más allá, en una esfera que podría llamarse de pura cotidianidad, la veía como una mujer quizá algo caprichosa, pero se veía a él mismo solícito a cuantos caprichos pudiera imaginarse, por coincidir en una visión tranquila de la vida, donde pasear de una manera casi rutinaria fuese el primer orden, descansar tumbados en la cama, dejar que las horas resbalasen sin que les escociera una conciencia de romper con la monotonía, de buscar nuevas emociones, de cambiar una fórmula relajada que, en definitiva, les funcionaba. Sí, tenían un carácter más que semejante, un mismo recibimiento

de la vida. Además, compartían pasiones artísticas, y en el centro de esa pasión se habían conocido, pues si bien Víctor sólo había entrado en ese mundo de una manera más o menos práctica —ensuciándose las manos, como decía entonces su padre, y no desde la limpia estampa que él conservaba para sí— había sido únicamente con ánimo de poseer el corazón de Alicia, sí la había visto desde un palco, bebiendo la música en la que ella se fundía, como si fuesen hechos ambos de una misma esencia, como si ese cuerpo fuese de notas, y él, que adoraba las notas. ¿Qué más podía pedir, si sus temperamentos, si todo lo que los constituía como personas era prácticamente idéntico y mucho más que compaginable? En estos pensamientos se emborrachaba Víctor a cada hora, dejando que su mente se expandiese y respirase las partículas de esa maravillosa casualidad y se vanagloriase como si obra suya hubiera sido, erigiéndose como un dios ante el universo en vez de dar las gracias al mismo, sumiso y arrodillado, porque los hilos de la suerte hubiesen colocado ante él ese ángel que ahora se permitía empapar con su afecto, allí, tumbado sobre ella, descargando sus músculos para cerrar los ojos y absorber el mismo aroma de su piel, inmediato, sin que se contaminase con el aire que los rodeaba, con sus dos hermosos senos acariciándole el final de las mejillas, llenándola de un aliento húmedo, entregándole en esa postura que a él le parecía tan cotidiana, tan pura escena de cariño, todo lo que por ella sentía. A la vez sus brazos la recogían, la estrechaban contra él y parecía que no quisiera soltarla nunca. Ebrio de emoción, de sentimiento tranquilo por encontrar la máxima felicidad en ser correspondido, sintió que una tulipa de porcelana que lo cubriera se quebraba cuando Alicia le tuvo que dar dos suavécisimos golpecitos en el hombro, para indicarle que cambiase de postura. Le pesaba mucho, sus brazos sujetándola le hacían daño, y no podía aguantar un segundo más sin respirar libremente.

Víctor se hizo a un lado, y Alicia —a la que ya se le había olvidado lo de resistirse y lo de si quería o no quería a ese hombre, pero por el que sentía una gratitud que rebotaba en sí misma, un espejismo que le encantaba, volviéndola loca de una alegría que contenía como si en su comportamiento chabacano hubiera pinceladas de elegancia—, se acercó para apoyar su cabeza sobre el pecho de él, con una actitud que nada tenía de mimosa, pero que se compensaba con la postura de por sí romántica. Nunca se había cuestionado en qué punto de su misterioso comportamiento —que a floraba en algunos capítulos y se escondía en otros, quedando irresoluto, como una

pintura mal acabada donde, por más que se mirase, no se encuentran los miembros no expuestos— se recogían aquellos gestos que en nada respondían a los impulsos de su corazón. Quizás un observador imparcial habría encontrado la respuesta en la habitualidad, al igual que un tronco que arrastra la corriente, lo típico, lo vulgar incluso. Quizás otro habría hablado de una figura bonita, y donde su sed de hermosura, que culminaba en su figura e intentaba adherirse a todo lo que llevara ese sello, hacía posibles tales escenas. En todo caso, y fuese cual fuera la explicación, Alicia se abrazaba a Víctor en la posición que las parejas adoptan tan a menudo, y allí hinchó sus pulmones con ansia, con frescor, como si lo hiciera por primera vez, tras el bruto aplastamiento del cuerpo ajeno, y en su rostro quiso pintarse ese frescor —un color en los pómulos, unos párpados que de repente parecían más carnosos—, pero el rostro impassible, inexpresivo, permaneció idéntico, con los ojos abiertos y tranquilos. Se colaban en ella imágenes de esa pared ocre que tenía un cuadro de un paisaje, y le pareció que no estaba en posición de juzgar si aquel paisaje era precioso o un auténtico fracaso, porque su ineptitud ante la pintura —considerando que alguien sin instrucción al respecto parecería un completo idiota al opinar, igual que juzgaba a los que decían si un ballet era “bueno”, “mediocre”, etc., sin saber nada de él— le impedía significarse. En cualquier caso, otorgaba un ambiente agradable a la habitación, como de cuarto real, inserto en una casa, y así contribuían también las cortinas y la alfombra granate, el cabecero oscuro de la cama, la colcha con estampado. Víctor se había esmerado en su elección, algo avergonzado por haber poseído a Alicia en un cuchitril tan obscuro como el anterior, que obedecía sin ningún disfraz a un lugar de citas, de alquileres baratos y rápidos. Allí podían disfrutar de una chimenea de piedra gris, de dos sillones a los lados que hacían juego con la ropa de cama, de una mesita con un cenicero. Había también un aparador que no sabía si podían llegar a usar, un armario y dos mesillas de noche con lámparas, pues todo dependía de la opinión de Alicia.

—¿Qué te parecería dejar esta habitación alquilada siempre, para nosotros? Aquello, que rezumaba un olor a compromiso, a contrato indefinido en el tiempo, no asustó sin embargo a Alicia. No sabía cuánto tiempo se mantendría esa situación, en qué desembocaría, pues su vida entera había sido una sensación momentánea. De todos modos, que otros quisieran sellar su compromiso, la reconfortaba más que nada.

—¿Te gusta? —preguntó de nuevo, al ver que ella no contestaba. No

pretendía torturarlo ni mostrar disgusto, sino examinar aquel lugar con más detalle, pues ella no era buena fijándose en los interiores, y si ahora mismo le tapaban los ojos, a pesar de llevar allí dentro bastante tiempo, no sabría decir con seguridad qué colores imperaban ni de qué mobiliario disponían. Erguida, separada un poco de Víctor para poder llevarse una impresión de todo, parecía una pintura antigua, una escena casual alejada del posado pero llena de belleza. Desnuda, con los brazos a los lados, se observaba la blancura de su piel como si fuese un gran lirio, y esa misma imagen del pétalo fino y suave era la que respondía a su figura, como si un mármol se derritiera sobre su cuerpo para formar esa capa delgada y de uniformidad perfecta. El pecho, coronado por un tono que se rosaba a modo de estambres —y vio estambres repletos de esencia de mujer, como estos respondían a la fecundación de la flor, sin ser capaz en ese momento de pensar en el color de los estambres del lirio blanco—, casi se escondía por el contorno de los brazos, y en la espalda se percibía en ciertos puntos, por encontrarse un poco encorvada, la sinuosa advertencia de la columna vertebral, que humanizaba aquel dechado de músculos por mostrar el sustento común a todas las personas, no como una flor que se mantenía por sí misma, quizá llevada por una tibia corriente de aire y por el mismo levantada, ya fuese lirio o azucena. Los cabellos, que le caían tanto hacia atrás como por delante en un desorden encantador, en filamentos de oro entremezclados a capricho de un niño, brillaron respondiendo a la impaciencia de Víctor, haciendo que se detuviese en ellos para calmar lo que parecía ser una agonía por la espera, por la victoria frente a la elección de ese cuarto u otro de sus fracasos.

Así, hermosa, preciosa, veía Víctor a su amante, cuyo nombre de amante le gustaba por llevar en sí inscrito la palabra amor, pero cuyo significado mundano no le gustaba e incluso le repugnaba, alertándolo y obligándole a pensar en otro modo de llamarla, quizás directamente su amor. No obstante, nunca lograba escoger otro nombre, pues cuando llegaba a ese punto ya su cerebro se había descontrolado por la cruel faceta que el mundo había otorgado al bellísimo sustantivo que acababa de utilizar, y en su cabeza se dibujaban expresiones feroces tales como “la otra”, “la querida”, y otros insultos que lo herían no tanto por el significado de infidelidad que a él le achacaban, sino por atreverse a acercarse al objeto de sus pasiones, y se empeñaba entonces más aún en dignificar la figura de Alicia, tal y como se encontraba ahora, con la boca entreabierta y los ojos estudiando su cuartito, y la quería ver como su mujer, como el amor de su vida que podía proclamar a

ojos de todos sin consecuencia alguna, como una señora, una mujer, como todo lo que en verdad era a sus ojos. Pero las palabras eran demasiado desgarradoras, y las miles lenguas envenenadas que sólo en su mente habían eclosionado lo obligaban a interrumpir aquella concentración de Alicia poniéndose delante de ella, interrumpiendo entre sus piernas blancas y cerradas, para acercarse del todo a ella y besar esa boca que se abría, cerrarle los ojos que pensaban en si le gustaba o no aquello, y recorrer con las manos ese rostro redondeado, como si en la caricia le dijese “Da igual lo que piensen, tú no eres eso, no eres nada de eso”. Y Alicia, que no entendía aquello ni el sufrimiento que había revuelto a Víctor en su sitio, arrojándola a ella, sonreía y recibía esa muestra de cariño alocado como recibía la admiración hacia ella, y sonreía sonriéndose a sí misma y disfrutaba meciéndose en esa pasión que redoblabla el placer en sus entrañas, por ser suyo y ser suyo aquel momento, aquel instante, aquella escena donde ella brillaba, se elevaba, triunfaba.

—¿Te gusta entonces? —preguntó Víctor muchos minutos después.

—Sí, es bonito.

Alicia había contestado con la mirada perdida, donde un buen observador ajeno a los amores y al orgullo que allí se respiraban habría visto sin más necesidad que un segundo “Me da igual dónde lo hagamos, me da igual esta habitación u otra, nunca he sido remilgada y para esto bien nos sirve cualquier lado”.

—Entonces podemos quedárnosla. La tendré siempre alquilada, sólo para nosotros. Será nuestro nidito, e incluso podemos guardar algunas cosas.

—¿Qué cosas quieres guardar aquí?

—Hay un armario, hay cajones... Podemos traer ropa.

A Alicia le pareció que Víctor acababa de enloquecer un poco. ¿Por qué iba a guardar ropa ahí, si cuando entraban y salían debían llevar la misma, ya que volvían a sus casas? Era cierto que su marido era menos observador que una piedra, que ni se enteraría si cambiaba su vestido o incluso su abrigo, pero igualmente seguía sin tener sentido que se cambiasen allí dentro, y al mismo tiempo Sandra no era tan tonta como su esposo.

—¿Para qué íbamos a guardar ropa aquí? No vamos a estar cambiándonos, sería una tontería y un peligro.

Entonces Víctor miró a los lados queriendo encontrar algo curioso, algo digno de señalarse, aunque fuese una cosa repulsiva, como una cucaracha o un ratón correteando por el suelo. Sí, incluso prefería esto último, así podría

gritar y hacer amplios aspavientos con las manos, vestirse rápidamente y montarle una buena escena al recepcionista, a la camarera, a quien encontrase antes, llenándose la cabeza de ideas, de frases y de indignación, algo rápido y terriblemente visceral, vertiginoso e intenso. Pero nada de eso ocurrió, el suelo estaba limpio y la esponjosa alfombra ronroneaba colores granates que no podían sugerir ninguna queja. Miró al cuadro, pero estaba perfectamente alineado y no sabía qué podía extraer del mismo sin actuar como un lunático, como un completo imbécil, quedándose por lo tanto en la misma postura en la que estaba, callado, con los ojos ya quietos y desolados, dejando que las palabras de Alicia destruyeran la bonita atmósfera que había creado, la fantasía de la que se convencía cuando estaba con ella, sintiendo que había pasado tardes y tardes a su lado, haciéndole el amor, conociéndola como un novio de toda la vida, repleto de confianza y complicidad. Se había prometido a sí mismo, en un intento por sobrevivir a la acción más que reprochable que estaba llevando a cabo, que cada vez que se reuniese con Alicia entraría en un aparte que nada tenía que ver con su vida, que se permitiría disfrutar de cada instante como si ella fuese su mujer, sólo suya y él sólo de ella, como si no existiese más familia, más compromiso que ellos dos amándose día tras día. Él, que había buscado ese rincón de hotel con toda la alegría de su corazón, queriendo hacer allí una segunda morada para su amor, donde guardar ropa como si allí viviesen y fingir que tenían una vida en común, la única vida posible, donde quería poner un jarrón con flores como si fuese su casa, queriendo llenarla de detalles cotidianos, de detalles en pareja, queriendo abrir un cajón porque ella le pedía que le acercase unas medias y decir, en su cabeza, “Sí, el cajón de Alicia”, “La ropa de Alicia”, “Donde guarda Alicia las medias”, igual que en los primeros tiempos de matrimonio adornaba su apaciguada vida buscando hermosura en detalles semejantes, como en encontrar un peine de Sandra al lado de su reloj. Y aquello, más que empañar el momento ya de por sí amargo porque le había trasladado a un instante de su verdadero matrimonio, le sugirió una última opción.

—Quizás ropa no, pero sí otras cosas que podemos usar. Puedes traer peines, horquillas, maquillaje... Podemos guardarlo en la mesilla o en la cómoda, donde prefieras.

Alicia se encogió de hombros. Podía ser útil tener allí un peine, pero tampoco lo consideraba algo que corriese prisa. Esa falta de interés, que en realidad era una falta de comprensión, un alejamiento del objeto que Víctor perseguía

—y la vio en otro plano, y se encontró a su amante y a él en planos distintos, lo cual dolía, dolía como un pincho que se le clavaba dentro y le iba escarbando—, terminó por despojarlo de todo interés también a él, pero no como algo que podía reprocharle, sino como algo que le recordaba la realidad que Alicia no había olvidado, quizás por no ser capaz o por ni siquiera haberlo planteado. Y entonces podía sumergirse en dudas sobre el amor que ella sentía, sobre el significado que le daba a ello y a su vida entera, pero resultaba tan complejo y estaba tan lleno de puntos espantosos, por encontrarse todo entrelazado a los otros, a sus otros compromisos, que no quería ni acercarse a una posibilidad así. Decidió mirar al techo, perderse en las volutas blancas que parecían desprenderse un poco, y aquello podía deberse a una vista cansada, mareada de las emociones y decepciones que se unían a esa relación escondida que habían iniciado.

—Creo que ya es tarde —dijo Alicia, y en esas palabras Víctor encontró el motivo de su silencio, de su falta de participación. No sabía cuánto tiempo llevaba pensando aquello, que era tarde, que debían vestirse y separarse, volver allí, a la vida real. “Creo que ya es tarde”, y Víctor sintió frío, tristeza, porque había querido ignorar deliberadamente una hora que avanzaba y que ponía fin a sus encuentros. ¿Cómo establecer así un hogar, aunque fuese en una habitación de hotel? ¿Cómo establecer una relación, si cada vez que construían su intimidad se veían obligados a romperla? Era como una montaña que se desmoronaba al llegar el momento concreto, y no podían hacer nada contra él. Y entonces se enfadó porque aquella habitación tuviese el aspecto de lo que precisamente era, y fantaseó con no volver allí y emprender algo más grande, alquilar un piso, un apartamento con todas sus dependencias, donde poder forjar realmente una vida, con un salón, con un dormitorio, con habitaciones que Alicia decoraría a su gusto, como ella quisiese. Sí, ésa era la mejor idea que podía tener, era justamente lo que necesitaban para elevar esa relación a algo serio, a un compromiso real, no a un juego obscuro como parecía ahora mismo, en ese sitio tan desapegado de ellos, donde por mucho que se esforzasen no podían encontrar nada que hiciese referencia a una pareja verdadera, a una vida allí resumida. Buscaría una excusa para el dinero, porque no iba a alquilar cualquier sitio, y buscaría excusas para pasar días enteros. Los músculos de Víctor se tensaron como si la felicidad de aquellas imágenes se hubiesen colado entre ellos llenando todo el espacio que su piel le permitía, viéndose salir del teatro y encaminándose a su casita con Alicia, encontrándola allí para comer con él, besándola y

contándole lo mal que le caían los artistas, que las coristas se dedicaban a intimidar a una recién llegada porque era más joven y bonita, que se había tropezado con un cantante y lo había llenado de purpurina, que cada vez olía más a polvos de maquillaje y menos a música, para terminar diciéndole que el mundo del arte había dejado de interesarle desde que ella había salido de él. Esa estrella que perdía, su estrella, y por algún motivo él allí metido, con un despacho, codo con codo con la loca Stöhr, que era uno de ellos, que tenía sus ademanes histriónicos sin duda aprendidos sobre el escenario. Sí, eso era cotidiano, eso era un amor tranquilo, que calmaba la pasión para dar lugar a escenas de vida en pareja, que resbalaba entre numerosos momentos compartidos juntos, conversaciones y gestos de cariño que iban más allá de unas horas robadas en una habitación cualquiera. Un apartamento para ambos, alejado del centro de la ciudad, donde colgaría el retrato de Alicia. ¡El retrato de Alicia! ¿Por qué no lo había pensado todavía, ahora que era suya? Iría junto a esa sobrina de la muerta —qué cuidadoso había sido diciendo sólo “muerta”, con todos los insultos que guardaba en su corazón— y le ofrecería algo por el cuadro, una cantidad ridícula, un donativo, diciéndole que ésa que tenía en la pared era su esposa, y que la muerta se había encaprichado y no había querido discutir con ella por tratarse de una mujer de su edad. Podría llevar a la propia Alicia, incluso presentársela —y aquí decidió agarrar con ambas manos las mantas de su fantasía, porque sabía que Alicia no se prestaría a ello de ningún modo—, presentarle a esa famosa bailarina que tenía colgada en la pared. Se giró hacia ella, viéndola con una bata rosa sentada mientras él llegaba, con los cabellos sueltos, con la boca entreabierta como si la encontrase en medio de un pensamiento, preferiblemente un pensamiento doméstico, algo que tuviese que ver con el menú, con una vajilla que no le gustaba, con unos muebles, y que él participase del mismo.

Qué hacía, imaginando escenas que había vivido con Sandra, y en esa Alicia de bata rosa le crecieron cabellos negros y el rostro de su mujer, su propio salón donde ahora jugaban los niños, momentos de recién casados de los que intentaba extraer un amor que era más bien como una sombra de felicidad tranquila, que calmaban sus sentidos y lo balanceaban en una atmósfera encantadora, pues era encantador aquel recibimiento. Y movió los ojos hacia Alicia, que tenía la cabeza ladeada y a su vez pensaba en algo que le imprimía cierto dolor, cierta desazón. ¿Por qué sufría? Pensó en la separación, y se sintió felizmente correspondido. Pensó quizás en la moral, o

también podía deberse al simple hecho de volver a casa con alguien a quien no quería, poniéndose esa máscara de esposa que le agrietaba la cara. Él, que se encontraba en una misma posición, que también sufría y quería meter sus dedos en esa olla que era la vida para cambiarlo todo, para mover las figuras de un lado a otro y diseñar el esquema que deseaba, sintió sin embargo que su pena se hacía a un lado y una voz débil y aguda le gritaba que la socorriese. No podía soportar que sufriese, odiaba que la más mínima pena imprimiese en ese rostro hermoso, amado y claro sus huellas. Como si fuera a acariciar un piano, queriendo sacar de él las notas más suaves, un quejido muy apagado que se deshacía en cristales de sentimientos murmurados, rozó su hombro con la mano izquierda, y Alicia se movió como si la despertaran de un sueño.

—Es muy tarde, ¿verdad? —dijo, quizás porque sus pensamientos habían sido tan densos y tanto la habían alejado de ese lugar, que pensaba haber perdido horas enteras en la misma posición.

—Eres tan guapa —respondió Víctor, y logró dibujar una pequeña sonrisa en ese rostro, una sonrisa que, más que en los labios, brillaba en el contorno de las mejillas y en las pupilas, incluso en el arco de la pestaña que hacía como una inclinación por el cumplido recibido.

Pero era tarde, y se vistieron. Bajaron juntos a la calle, donde Alicia se subió a un coche y Víctor decidió continuar andando. Si algo era más triste que separarse, se trataba de subir juntos a un mismo coche, entregándose a un afecto ya marchito por la separación, absorbiendo sus alientos inquietos por quién estaba en la calle y quién podía verlos o intuirlos allí dentro, espionando exactamente la situación de cada ventana y cada puerta una vez parasen delante de la vivienda de uno de los dos. Así, Víctor besó a su amante una última vez, en plena calzada, con el frío de una noche casi instalada soplándole en los labios, un frío que traída rumores de lluvia lejana, aquella lluvia que ya se había extinguido, como se extinguía la tarde de amor que se habían dedicado, al igual que si susurrarse, con aquella elegancia de una cola de viento que habla de lluvia con mirada inocente, que todo acababa extinguiéndose. Si todo acababa extinguiéndose, él quería extinguirse con Alicia, quería fundirse en ese afecto y desaparecer. La besó allí, respondiendo a la ciudad que había reencontrado al amor que ella misma le había presentado, despidiéndose una vez más, una última, antes de separarse y de poner a trabajar su mente para arreglar otra cita.

Alicia se subió al coche, haciendo una última señal de adiós a Víctor, que la

recibía y comenzaba a caminar. Las tinieblas, ya oscuras y espesas, engulleron a cada uno de los amantes en sus distintas trayectorias, y en la puerta del hotel quedó tan solo un resto, un vago recuerdo, del perfume de Alicia.

CAPÍTULO XI

—¿No te aburren un poco ya esos animales? —dijo Stöhr, con una sonrisa que intentaba persuadir a la niña.

—No, nunca me van a aburrir —sentenció ella, pasando las páginas de su libro favorito, repleta de ilustraciones de bestias en las que encontraba un placer que ninguno de sus familiares se explicaba.

Había estado corriendo detrás de su hermano antes, alborotando hasta que se despellejó el codo contra la esquina de una mesa. Aunque consideraba que ya era mayor para llorar cuando se hacía daño, la visión de su piel arrugada y muerta sobre la madera fue algo demasiado espantoso para su delicada sensibilidad, que podía soportar sangrientas escenas de caza, pero que se derramaba inconteniblemente cuando sus preciosos bienes —y aquí entraban sus muñecos, sus libros, la estética de su cuerpo impoluto— se veían comprometidos. Apretó una mano contra la boca intentando contenerse, reprimiendo las lágrimas que le subían a los ojos, que tintaban sus miradas negras con un brillo intenso, como un durísimo metal que se derretía. Entonces, en el exacto instante en el que se creyó capaz de superar aquella imagen, aquella certeza de su piel rasgada, fue cuando la chillona voz de su hermano atravesó el cuarto y la casa entera, como sirenas de alarma que pronunciaban un vibrante “¡Estás sangrando!, ¡estás sangrando!”. Superada más por los nervios que por el dolor, y con el niño llamando a sus padres, empezó a llorar con contracciones incluso histéricas, sin poder dejar de mirar esos pliegues pálidos arrugados en el mueble, sintiendo una gota de sangre que le resbalaba por el brazo, espesa, húmeda, roja, como una joya que se desprendía de ella y quizás fuese a morir a su vestido, en su precioso vestido blanco y marrón, Dios mío, su vestido con sangre, el que había ido a comprar con mamá y que estrenaba ese mismo día. Y las mejillas, que sentía como focos de fuego, hacían que las lágrimas ardiesen al rodar sobre ellas y se convirtieran en una lluvia cálida que le regaba el cuello, sentía todavía aquel “¡Estás sangrando!” que había dejado de sonar zumbando en sus oídos, nítidos, exacto, la gota que caía, y su boca respirando entrecortadamente en un hipo que chocaba contra la mano, aun intentando contener los llantos — una mano orgullosa, implacable—, sin que su nariz fuese capaz de aspirar ni un solo soplo de aire, tan congestionada que sólo podía favorecer una mayor sensación de calor y de angustia. Las fuertes manos de su padre la levantaron

del suelo, pero estaba tan nerviosa, latía tan fuerte su corazón, que no podía ser consciente de lo que ocurría. La levantaban, la llevaban a otro sitio, había distintos olores que se materializaban en una atmósfera más ligera —pues no era capaz de oler nada—, y le cogían en brazo, se lo estiraban, casi le dolía, sentía como que se lo retorcían para acceder bien a la zona afectada. El dolor, los impulsos de salir de allí, de parar aquello que le tocaba la herida como un calambre de dolor, un calambre que se extendía por todo el brazo, que le hacía mover las piernas, contorsionarse para rebajar aquel contacto, aquella sensación espantosa, el latigazo eléctrico del que no conseguía huir.

—Quieta, cariño, hay que desinfectarla —y ésa era la voz de su madre, que sonaba un poco lejos, como hueca, como si estuviese ocultando su inmensa preocupación por una herida que chorreaba sangre sobre el vestido. Oía también de fondo a su hermano, que quería que le dejaran mirar la herida, en un instinto morboso y repulsivo que parecía extenderse por los niños y que terminó por crisar a la pequeña Sandra.

—¿Puedo mirar? ¿Puedo ponerme aquí? ¡Ala...! —oyó en un momento, y entonces se revolvió y le pareció que se manchaba por sus propios movimientos, una mancha gratuita, ocasionada por ella y, sobre todo, por el estúpido de su hermano. Abrió los ojos separando una membrana acuosa que tergiversaba las imágenes, que desdibujaba los elementos que a su vista se ofrecían como escenas pintadas en una acuarela distorsionada, pero pudo distinguir la cara redonda y boba del niño, que miraba asombrado la herida e intermitentemente a la cara de su hermana, para ver cómo se reflejaba en ella el dolor y hacerse una idea de la magnitud real del mismo, excitando su curiosidad médica con las lágrimas y los gritos y esa franja roja que se le pintaba en el brazo.

—¡Fuera! —gritó ella, enfadada, harta, suficientemente agotada en su suplicio como para soportar aquel añadido, aquellos ojos idiotas que la examinaban sin ningún reparo —¡Fuera de aquí!

Pero su hermano no se movía, y oyó a su madre que decía “Vete, la estás poniendo más nerviosa”. Quizás luego le dijeran que ésa no era manera de hablar, por mucho daño que se hubiera hecho, sobre todo cuando era ella quien jugaba a perseguirlo haciendo que era un animal gigante y horroroso. De todos modos, ¿qué importaba eso ahora? El niño protestó, pero su abuela lo dirigió suavemente por los hombros. “Estaba sangrando mucho”, le dijo a la señora Stöhr, una vez solos, por miedo a que sus padres se enfadasen. Y la herida de la joven Sandra sólo había desprendido dos pequeñas gotas, pero en

la imaginación del niño había visto un generoso reguero que le salpicaba todo el brazo, como si fuera un brazo de sangre. La abuela no sintió siquiera la tentación de decirle que, si su hermana estaba ya alterada por hacerse daño, lo mejor que podía hacer él era no ponerla más nerviosa hablando de la sangre y metiéndose en medio. Si hubiera sido ella su madre, si hubiera sido ella Sandra, ahora le habría intentado trasladar un poco de esa sensibilidad que faltaba a veces a los niños, un poco de empatía, una cualidad que en ciertos momentos parecía tardar en desarrollarse, quizá en la pugna por algo tan maravilloso a ojos del niño como lo era la sangre y su exageración. Sin embargo, la mujer no sintió en ningún momento esa inclinación, y sonrió y se zambulló directamente en esa voluptuosidad del afecto sin reglas, sin responsabilidades, de ese cariño inmenso y gratuito que no encuentra casi ninguna frontera, algo que Stöhr llamaba incluso “descerebrado”, dejándose envolver por aquella miel espesa y dulcísima de su relación de abuela, en la que podía suspirar y suspiraba tranquila, descargada de aquel deber de la educación, de las riñas, del control. Era un amor tranquilo en el que podía mecerse sin más objeto que el de la irresponsabilidad, y cuán agradable resultaba esa irresponsabilidad, que eclosionaba en unas ansias de mimar a sus nietos sin límites y se replegaba sobre sí misma. Era un amor de verano sin fecha, siempre en el calor del verano, siempre entre las asfixias de un pueblo pequeño o con el sonido del mar en un eco constante, y esta idea le parecía divertida, porque en parte se veía como abuela y en parte como niña que descubría y que se divertía en las lenguas de una libertad limpia y clara. Así, sonrió al niño, como le había sonreído otras muchas veces incluso cuando su falta era más que reprochable, y creó un halo de complicidad donde podía hablarle de la sangre que había visto, de los pedazos que había entre esa sangre, del aspecto de la herida misma, de la herida que ya no era esa agua roja, sino la carne viva, y ella abría sus ojos negros que se respondían con los ojos negros del niño, abría la boca y él añadía un punto más asqueroso que quizá incluyese pus, quizá una descripción más detallada del músculo abierto, dejando que su nieto profundizase en aquello como si se tirase por un tobogán, y sentía que ella también se tiraba, que también se lanzaba.

Hacía media hora que había ocurrido el accidente, y todos estaban más tranquilos. En el salón, Sandra estaba sentada junto a su madre, con el pelo suelto, sin peinar, en una cascada morena que enmarcaba su rostro dándole el

aspecto de una fiera exótica, hermosa y —por eso que había en su mandíbula, en sus labios redondeados— dulce. Era una dulzura de su carácter tranquilo y alegre, de sus sonrisas fáciles. Estaba guapa en su bata de un violeta oscuro, con una sobriedad que contrastaba con el tono blanco de su piel. A su lado, Stöhr, con el rostro que todavía no era el de una anciana, sino fresco entre alguna arruga. Había encontrado en su madurez una belleza nueva, amplia y que parecía sacar más brillo a lo que había sido de joven. Pues si bien Stöhr nunca había sido demasiado hermosa, ahora, en su madurez, con la cara de la edad tapada por la copia del rostro que había tenido en su juventud, resultaba una mujer mucho más guapa de lo que había sido en realidad. Esto se debía a la comparación con el resto de mujeres de su edad, donde los estragos del tiempo eran tan visibles, tan palpables, que sus siluetas descoloridas de una belleza que las había hecho sentir orgullosas en un tiempo las hacían ahora unas señoras de imagen lastimera, la eterna sombra de lo que fueron, en lugar de lo que eran. Stöhr estaba más guapa, la circunferencia de su rostro recordaba a una niñez y una adolescencia que llevaba con gracia dos arrugas alrededor de la boca, y palpitaba en ella una muchacha con toda la sensualidad de un cuerpo adolescente recién formado y el rostro almibarado de una niña hermosa, algo que, en realidad, nunca había existido. Con los cabellos negros recogidos, la comunión de sus facciones con las de su hija parecían fundirse en la configuración de la niña, pues los diferentes elementos que componían las caras de una y otra permitían encontrar algo parecido a cada una, aquí y allá, diseminados tan curiosamente como se podían diseminar en la cara de una auténtica desconocida. En el suelo, esta última, pasaba las hojas de su libro ya más calmada, con la nariz todavía un poco congestionada, con las mejillas algo rojas. Aunque su carácter algo rudo y orgulloso podía producirle cierta vergüenza, en verdad sólo experimentaba una inmensa compasión por sí misma, por su suplicio y la espantosa marca que ahora quedaba en su brazo, en su bonito cuerpo. Se creía en el derecho de demandar toda la atención de sus padres y de su abuela, pero a la vez se abstraía en el libro y guardaba silencio para mantener su estatus de hermana mayor, madura y seria.

Víctor, sentado en una butaca junto al sofá que ocupaban las Stöhr, observaba distraído el brazo de su hija. Había estado haciendo una mueca con los labios y un sonido algo molesto, que irritó a Sandra y tuvo que pedirle que parase.

—Sí, perdona. Además, me he despistado, tengo que irme ya.

Levantándose, recorrió el salón con una última mirada que lo envolvía todo,

una mirada que a su mujer no le gustaba. En ella recogía a los niños y la recogía a ella —a la joven Stöhr, pues no se imaginaba abrazando a la mayor—, y luego parecía exhalar todo el aire contenido durante aquel estrechamiento hipotético, como si al aspirar todo el aire esas figuras quedasen intactas, paralizadas en el sitio exacto donde estaban ahora hasta que él hubiese vuelto. Se fue hacia su cuarto, donde cogería el reloj, una chaqueta, donde se miraría un momento el pelo para saber cómo lo tenía. De nuevo en el salón repitió aquella mirada —esta vez poniendo más énfasis en llevarse todo el aire que quedaba— se despidió rápidamente y salió.

Una vez fuera, sus sensaciones chocaron de repente, en un estallido que le encogía un poco el estómago y le revolvía los nervios. Sentía a la familia que dejaba, sentía la otra vida en la que se hundía. Sentía la separación justo en el gesto de cerrar aquella puerta, y él mismo se sentía otro, el hombre atractivo y libre, el amante apasionado y deseado. Ya no era el padre de familia, el marido fiel y encantador, responsable, loco por sus hijos. Ése se quedaba dentro, como un espíritu que velaba por ellos, que volvería a meterse dentro de él cuando abriera la puerta, por la noche, justo antes de la cena o quizás después. Y a pesar de todo, a pesar de ese momento que siempre lo amenazaba en cuanto cerraba la puerta, Víctor era enormemente feliz. Llevaba cinco semanas manteniendo un romance con Alicia.

La puerta se cerró, y el ruido fue tosco, bruto y estridente. Esa puerta era un poco dura, y había que cerrarla con cierto impulso, si no se abriría sola. Sonaba como una campanada tétrica y muy ronca que hacía vibrar por un instante el techo de la casa y la pared de la entrada. Sandra se quedó mirando en la dirección por la que su marido se había ido, desde donde no podía ver la puerta de la salida, pero sí una estela que Víctor había dejado. Le parecía sentir ahí, como si su capacidad para mantener el perfume de su marido pudiese también retener retazos de su imagen —la punta de la chaqueta, el zapato con el talón levantado en el último paso, el fondo de su pantalón—. Casi podía imaginarse su nuca, el pelo más claro que el suyo, poblando esa parte de la cabeza que, pensaba, algún día se caería. Sí, ese pelo tenía que caerse, y de hecho ya había empezado a hacerlo. Las entradas habían crecido y Víctor empezaba a dejárselo más largo por delante, para taparlas un poco. Era gracioso, disimulando las entradas y dejando pelos en la almohada, pelos que no eran como los de ella, porque no volverían a crecer. Cuando lo veía así, intentando ocultar lo inevitable, le parecía tierno. Se lo imaginaba calvo del todo, y aun así tendría su atractivo, su punto de belleza madura, incluso

vieja, por qué no decirlo, porque poco a poco iban haciéndose viejos. No todos eran como su madre, que se mantenía casi idéntica a través de los años. Ellos irían sufriendo más el paso del tiempo, quizá por una felicidad que siempre quedaba ahí, en suspenso, en un paréntesis que no habían alcanzado, que a ella se le había privado, pero que su madre sí tenía. ¿Podía la felicidad mantener más a las personas, la dosis de felicidad vivida, como un bálsamo brillante, una purpurina interna que hacía más elásticos los tejidos y más fuertes sus rasgos? No lo sabía, pero su corazón seguía reteniendo esa imagen, esa punta de la chaqueta, ese zapato levantado, ese pantalón, esa nuca y esos cabellos finos, y se decía que había una parte de felicidad que no había podido experimentar, pero a la vez gritaba, para que el eco llenase todo su cuerpo, que ambos se hacían y se harían viejos, muy viejos, espantosamente viejos, juntos, ese hombre calvo y arrugado junto a ella, que no estaría calva, pero en cuya tez flácida y blanca apenas se distinguiría la Sandra que había sido. Y su corazón palpitó eso una última vez, antes de que notase cómo la mirada de su madre se clavaba sobre ella, que la acorralaba exigiendo una explicación.

—Últimamente sale mucho. Está viéndose más con unos amigos, viejos amigos que había dejado un poco de lado. —La mayor de las Stöhr no entendió por qué su hija decía aquello, ni entendió a qué venía esa explicación. Ella, que iba continuamente a esa casa, no se sentía ofendida porque Víctor se hubiese ido, y no comprendía que su hija la creyese dotada de una afectación tan tonta.

Pero Sandra seguía notando que su madre la acorralaba. Víctor se había ido de una manera tan brusca, tan rara... Su madre era muy inteligente, y le parecía que esos ojos empezaban a escarbar en ella, y no sabía cómo frenarlos.

—Está recuperando viejas amistades, pasa tiempo con ellos, y eso está bien. Antes no le habría dejado, cuando los niños eran más pequeños, pero ahora... Es un alivio, cuando crecen un poco y ya juegan solos, se entretienen, no tienes que estar todo el tiempo ahí. Entonces puede hacerlo, me parece bien. Uno de ellos se llama Enrique, y no lo veía desde que estudiaban juntos. Es bonito, ¿verdad?, reencontrarse. A mí me gustaría hacer algo así, pero soy tan poco constante... Además, nunca he tenido demasiadas amigas, no amigas íntimas, así que tampoco echo de menos a nadie. Él sintió mucho cuando su amigo se fue, ya sabes, ése que se llamaba Marcos, o Martín, o algo así... Sí, sí, Marcos, era Marcos. Ahora creo que sale...

Bueno, él lo extraña mucho, y creo que le dejó un gran vacío cuando se fue. Ahora está recuperando amigos y me alegro. Es algo de lo que alegrarse, la verdad.

La señora Stöhr se sintió un poco incómoda, y quiso sacar a su hija de aquel extraño apuro en el que se había metido.

—Claro, eso está bien. Si algún día te encuentras con una antigua amiga, vuelve a quedar con ella, seguro que es... ¿Reconfortante? Creo que a mí me reconfortaría. Pero nosotras no somos así, dejamos a la gente por el camino y lo llevamos bien. Con tal de tener a los tuyos, a los que son los tuyos...

—Mamá, me duele —interrumpió la pequeña Sandra, que estaba un poco ofendida por ver cómo todos ignoraban lo que le había pasado y su recuperación. Ni siquiera su padre le había dicho nada al irse, y eso la había enfadado muchísimo. ¿Qué pasaba que nadie le hacía caso? ¿Qué ocurría para que nadie mirase su herida? Entonces Sandra, la mayor, experimentó una enorme crisis maternal, saltó hacia la niña como si alguien la hubiese empujado y empezó a acariciarla y darle besos. “Va a pasar, esto va a pasar enseguida”, le decía, en susurros cariñosos, y la niña se dejaba abrazar y besar, estirando el brazo y enseñándoselo a su madre, con los ojos fijos en el suelo. “Vas a estar bien, de eso me encargo yo”, le decía, y su corazón, que antes evocaba imágenes de vejez, se apretaba ahora contra la hija, contra la familia, y hacía promesas de unión que a él mismo consolaban.

El día empezó a caer, a agonizar en su luz anaranjada, y Stöhr, la madre y abuela, se fue. Los niños protestaron, porque esa tarde iban a salir a la calle, iban a dar un paseo con la abuela, pero a Sandra le había empezado a doler la cabeza. En realidad no tenía ganas, y tuvo que calmar a sus hijos como una gallina que alzaba las alas para reunir a sus pollitos que se escapaban. No obstante, no tenía demasiadas fuerzas como para mover las alas, y optó por una vía fácil que deploraba, pero la única que ahora podía ayudarla. Así, sacó caramelos para los niños, y esto hizo que se callasen, que se sumiesen de nuevo en sus juegos, que aceptasen tranquilos la culpa de su madre, que se había portado como una mentirosa y una egoísta, aunque no se atreverían nunca a decir algo semejante, a pesar de que casi rozase los labios de la pequeña Sandra.

El día se desvaneció, las horas habían pasado. El reloj del salón, que tenía unas agujas grandes y negras, que hacían formas exageradas y barrocas,

que Sandra mantenía por ser un regalo de su padre, pero objetivamente feo, había devorado uno a uno los minutos de esa tarde, y Sandra había clavado en él los ojos continuamente, como preguntándose “¿Ya?, ¿no estará mal?, ¿seguro?”. Hubiera querido que el reloj se desdijera, que pidiese perdón y atrasase unas dos horas, por habérselas saltado. Pero su porte serio y mudo no consentía reconocer un error semejante, y marcaba la hora sin importar los sentimientos de aquella mujer que lo miraba.

Víctor entró, y Sandra se levantó inquieta, feliz, rebosante de colores. Había estado a punto de dar el aviso para la cena, de decirles a los niños que se lavasen las manos y se sentasen en el comedor. No sabía él cuánto la destrozaba que cenasen solos, que su marido no estuviera en ese momento, o peor aún, que irrumpiese en la mitad y se sirviese un plato a destiempo de los demás, como una pieza que no funcionaba bien, que destruía el bonito dibujo de familia que Sandra colocaba idealizado en su mente. Que viniese o que no viniese, pero aquello, que era una mezcla de ambas opciones, le parecía un insulto. Pero había venido, había aparecido justo antes de que se levantasen, y fue a su encuentro pensando en amigos y en escenas tranquilas, inocentes, en su marido que miraba el reloj y se disculpaba ante esos antiguos compañeros, pero debía ir a casa porque su familia iba a cenar y quería compartir aquel momento con ellos. ¿Qué era una comida si no se compartía, qué era sino un momento íntimo en el que hablar y guarecerse en ese cálido nido que eran ellos cuatro? Eso parecía decir su rostro vívido, sonriente, su expresión triunfal que se levantaba para encontrarse con su marido, que le sonreía y se acordaba de la herida de la niña, lo que hizo que ésta también sonriese en su interior. Y fueron todos al comedor, los niños delante y ellos dos detrás, que en lugar de ocupar la mesa entera se reunían juntos a un extremo, quedando la mitad de esa mesa inservible, inútil con sillas que nunca se usaban, pero que de emplearse por entero —el matrimonio en la cabecera y los hijos en la mitad— habría exigido que alzasen un poco la voz para hablar, algo que a Sandra le horrorizaba, y que, definitivamente, estuviesen mucho más lejos. Así pues, todos unidos en el lado de siempre, empezaron la cena y Sandra preguntó a su marido qué tal había estado la tarde.

—Bien. ¿Y vosotros?

—Nosotros no hicimos nada, a mamá le dolía la cabeza —dijo el niño, a quien poco importaba lo que hubiese hecho su padre. Sandra miró su plato un momento, y sus ojos se entristecieron un poco, pero nadie lo notó.

—¿Sólo bien? No sé, has pasado toda la tarde fuera, lejos de tu

familia, lejos de mí, y cuando te pregunto... ¿sólo me dices que bien? —Miró a Víctor fijamente, y sus ojos ya no estaban tristes, sino enfadados.

—Sí, bueno, bien, ¿qué quieres que te diga? ¿Te cuento exactamente lo que hemos tomado y lo que hemos hablado? ¿Tanto te interesa? Es un aburrimiento.

—Pues quizás sea un aburrimiento, pero podrías dejar que yo decidiera si lo es o no, porque ni siquiera me das la opción. Vienes aquí, después de toda la tarde fuera, y...

—Eso ya lo has dicho, no te repitas, me pone nervioso que te repitas.

—Pues ya podías tú repetirme un poco, al menos dirías algo. No sabemos nada de ti.

—A mí sí me parece aburrido —añadió su hijo, pero su hermana lo miró con una dureza glacial. Cuando sus padres discutían se ponía muy tensa, y no entendía cómo su hermano se quedaba tan tranquilo, diciendo tonterías que además iban en contra de mamá.

—Pues vale, cada día que salga te diré exactamente todos los pasos que he dado para que te entretengas, ¿es eso lo que quieres?

—Lo que quiero es saber un poco de tu vida, de todo eso que haces cuando no estás, porque últimamente no estás nunca.

—Perdona si estoy trabajando prácticamente todos los días y luego paso unas horas relajándome con unos amigos.

—Te relajas con unos amigos, pero ¿qué pasa con tu familia? Te largas, me dejas sola con los niños continuamente, los niños que también son tus hijos, ¿sabes?, y aún encima después no eres ni un poco amable, te sientas ahí como una estatua y luego tengo que aguantar que yo soy la loca o la amargada por preguntarte qué tal tu tarde y querer saber qué has hecho.

—Si ya sabes lo que he hecho, pasar una tarde con mis amigos, hablar de viejas anécdotas de cuando estudiábamos, comentar un poco nuestra vida, ¿es que tengo que contarte esto cada día que salga? Porque siempre es lo mismo. ¿No puedo tener un día tranquilo, despejarme del trabajo y luego pasar un rato agradable con mi familia?

—Pasaría más ratos agradables con tu familia si no vieras tanto a tus amigotes.

—Vale, muy bien, me volveré entonces un ermitaño, un bicho raro, del trabajo a casa y de casa al trabajo, no dirigiré la palabra a nadie, sólo hablaré contigo, ¿estás así contenta?

—Yo no he dicho eso, estás tergiversando y exagerando todo para

dejarme quedar como una lunática y sabes que no es así, sabes lo que te estoy diciendo y como mínimo deberías disculparte conmigo y con tus hijos, porque además de estar fuera toda la tarde luego arruinas nuestra cena, una cena en la que no sabía ni si estarías o no, porque muchas veces, cuando te da la gana, no apareces hasta la noche.

—¿Que me disculpe yo? Eres tú la que has empezado con esto y la que se ha puesto a discutir. Yo sólo pretendía pasar un rato agradable, sólo quería... Me he ido antes, todos se quedaban juntos y yo me he ido antes para estar con vosotros, y aún encima tengo que aguantar esto.

—¡Pues vuelve con esos imbéciles, vete de aquí!

—Me voy a dormir, no tengo que aguantar esto.

Víctor se levantó, y el ruido de su silla al correr sobre el suelo, su servilleta que caía sobre la mesa y un poco sobre el plato lleno, el de las puertas que abría y cerraba, fueron respondidos uno por uno con pestañeos de Sandra. Eran estos pestañeos respuestas silenciosas, las cuales recogían la brusquedad de sus movimientos, de los sonidos, como podían recoger un dolor que no merecía, que no le correspondía, al igual que si le hubiera dado un golpe con cada uno de ellos. Eran golpes que soportaba, callada, porque la otra opción era ponerse de pie y perseguirlo, gritarle, hacer aspavientos. Pero sus hijos estaban allí, sentados, con la comida delante y sin tocarla. Ella, que era alegre y lo soportaba todo con tal de evitar gritos, habría sido capaz en ese momento de entregarse por completo a su rabia y pasarse toda la noche discutiendo y vociferando con su marido, como un ave majestuosa que en un momento arde y se ve obligada a retorcer todo su cuerpo y lanzar terribles aullidos. Aquello no le gustaba, le parecía que era una forma de rebajarse, de actuar como actuaría una persona mucho menos inteligente que ella, alguien que carecía de ese temperamento que se calmaba a sí mismo, frío, observador. Pero ahora lo habría hecho, se habría convertido en una histérica despiadada, habría arrojado toda esa pasión que dormía dentro de ella a ese fuego que se estaba formando en el fondo de sus ojos, en su respiración lenta y pesada, en sus mandíbulas tensas. Y se habría demostrado a sí misma hasta dónde podía llegar en aquel enfado de no ser porque primero era madre y después esposa o incluso mujer. Pestañeó una última vez, cogió aire de nuevo, y repasó a la pequeña Sandra y a su hermano con el rostro amable y cálido, ya tranquilo, y con una inclinación de cabeza le señaló a cada uno de ellos su plato para que siguiesen o empezasen a cenar. Ella, claro, no iba a dejar que la viesan allí quieta, estática, con las manos a los lados. Por ello

empezó a esparcir un poco los ingredientes con el tenedor, a remover a esa comida que se iba enfriando, haciendo a los niños las primeras preguntas que se le ocurrían. No dejaba de ser aquello un frustrado intento de conversación, porque la joven Sandra apenas respondía, y su edad era suficiente como para perder el apetito y las ganas de fingir que todo iba bien cuando sabía que sus padres estaban enfadados. Además, últimamente se enfadaban demasiado, y no sabía cuándo iba a parar eso o si era posible que empeorase.

—¿Mañana vamos a salir? La abuela dijo que si seguías mal nos llevaría ella.

Sandra, la pequeña, no añadió nada a esas palabras, no recordaba siquiera lo que su abuela había dicho, y en realidad reprimía las ganas que tenía de irse a la cama y empezar a llorar, de llorar tan alto como para que su padre la oyese y se viese obligado a ir a consolarla. Entonces le habría gritado todo, le habría dicho que estaba harta de verlos discutir, que los había dejado solos en la cena, que mamá estaba diciendo tonterías para disimular que estaban enfadados y que lo último que le apetecía era ponerse a comer y a hablar. A ella no le importaría lo más mínimo ponerse a gritar, no le importaría levantarse y empezar a tirar los cojines de la cama, rabiosa, incluso tirar de las mangas de su camión hasta romperlas. Sí, habría hecho eso, porque de ese modo no sólo le haría sentirse culpable por haber arruinado el día de su hija, sino que además luego ella se negaría a cambiarse, llorando, nerviosa, y él dejaría que se fuese a la cama así, con la ropa destrozada, para evitar que sus nervios empeorasen, y pasaría una noche inquieta pensando si era posible que cogiese un catarro por dormir de esa manera, y que ese catarro iba a ser siempre culpa suya. Desde luego, a Sandra no le habría importado evitar futuras discusiones gracias a una enfermedad, dejando que el sentimiento de culpa calase a fondo en su padre, agrandándolo al exagerar sus síntomas, su malestar, los estornudos y los ojos que lagrimeaban. Y estuvo a punto de empezar todo aquello, ya tenía el plan perfectamente definido, ya lo sentía en las mejillas que empezaban a contraerse para recibir las lágrimas, ya lo sentía en la punta de los dedos, que dejaron caer el tenedor sobre el plato. Ya recorriendo un poco la silla, ya con las piernas casi dando el impulso para bajar al suelo y echar a correr entre sollozos, se cruzó en sus ojos —esos ojos casi burlones— una mirada de su madre. Era una mirada que nada tenía que ver con la disciplina o con controlar el carácter de la niña, sino una mirada que le pedía, por favor, esa noche para dejar que ella lo resolviera. No lo hacía por la tranquilidad de su

hermano ni de su padre, sino por ella misma, por esa mujer que también estaba cansada de discusiones y de ofensas, y así se lo decía aquel brillo oblicuo, como una gota de luz que le salía de los ojos, un brillo que la hija correspondía con el mismo, en una comunicación muda donde ambas reconocían lo que había pasado, que la madre era la principal víctima, que era ella quien había sufrido ese desaire y que se merecía la satisfacción de devolverlo. Eso fue lo que vio la niña, aunque la madre sólo pensaba en pedirle que le permitiese una noche de paz, y que ella se encargaría de todo. “Me merezco ser yo quien le haga sentir culpable, por favor, no montes ningún espectáculo, hazlo por mí, sólo por mí”. No sabía cómo era posible que una mirada de su madre frenase aquello que ya había empezado, pero hubo de tragarse las lágrimas que había comenzado a fabricar, esas lágrimas que respondían al instante que ella quisiese, pero lo había hecho. Y examinando la justicia de ese ruego, como una adulta que pensaba antes de actuar, calmó su fuero interno y se quedó allí sentada, un poco separada de la mesa, lanzando la orden a sus mejillas de que dejaran de contraerse, diciéndole a las piernas que todavía no iba a irse. Sandra —la madre— suspiró, aliviada, tranquila y en gran parte sorprendida por haber eliminado ese conato de rabieta, ese inicio —porque había sido ya el inicio— de una explosión. Y aunque no estaba muy segura de a qué se debía, la pequeña Sandra supo que era por el puro y cristalino amor que su madre le inspiraba, eso y la lealtad que le debía, como las mujeres de la casa, como las listas de la casa. Pero ese amor no cegaba del todo a la niña, y aunque decidió frenar ahora su plan, lo guardó en un cercano compartimento del cerebro, listo para usarlo al día siguiente. Pues sabía, a pesar de todo, que su madre no era capaz de hacer lo que ella hacía, ni por lo tanto volver a su padre el más miserable de los hombres, por haber causado tanto mal en la familia.

La cena terminó, y todos abandonaron el comedor. Normalmente compartían aún una media hora juntos, empezando a adormilarse, charlando y amontonados en el sofá. Sin embargo ese día ninguno tenía demasiadas ganas, así que Sandra dio las buenas noches a sus hijos y se aseguró de que se iban tranquilamente a la cama, sobre todo la mayor. Pero ella no iría a la cama, donde estaba Víctor, quizá refunfuñando y masticando su razón, quizá —y lo que era aún peor— durmiendo como si no hubiese pasado nada.

Sandra fue al baño y se miró al espejo, aprovechando tan solo la luz nocturna que entraba desde el pasillo, pues le daba la impresión de que en ese momento no soportaría los brillos blancos del baño. Allí se vio como un

despojo triste, mustio, y una lágrima se le escapó a la piel, ella, que casi nunca en su vida había llorado. “Qué vergüenza, escondida en el baño como una niña, y aun encima me echo a llorar”, se dijo para animarse, mientras cogía un papel con el que limpiarse y sonarse la nariz, que metió en el bolsillo de la bata. “Qué tonta, dando este espectáculo”, dijo de nuevo, al sentir que todavía tenía ganas de llorar, pero frenándolas con un esfuerzo de su amor propio. Entonces se apartó de su imagen, se llevó una mano a la frente e intentó reunir de nuevo toda esa rabia que había sentido al oír los portazos de Víctor. En ese momento se había sentido capaz de todo, y quería volver a sentirse así, quería hacerlo, ahora que había dejado a los niños en la cama, sólo que rebajando los gritos que se había imaginado. Sí, sí, podía hacerlo. Aparecer de ese modo y ni siquiera dirigirle la palabra, callárselo todo, como un cobarde, como un niño. No era un hombre, no era ni medio hombre. Su hijo era más hombre que él. Y su corazón suspiraba triste, entre las tinieblas del baño, y no era capaz de enfadarse como antes. “¡Hablarme de ese modo, a mí!”, y su cuerpo no se quemaba, estaba frío y sólo quería que aquello pasase. Se dio la vuelta para encontrarse de nuevo con el espejo, y vio su rostro con la barbilla más adelantada que el perfil de su nariz, con las cejas finas y negras, con los cabellos sueltos, suaves, dibujando un halo agradable alrededor de su cara, que la abrazaba y la arropaba. No iba a echarse la culpa a sí misma por evitar el problema, pero tampoco era capaz de ponerse a discutir de nuevo. Ella no era así, ella no se dejaba consumir por los nervios y, sin duda, no albergaba nada de violencia en su interior. Y se sonrió, porque en ese momento podía parecer que era débil, podía parecer que se dejaba pisotear. Pero a ella le gustaba su manera de ser, y le parecía que de ese modo era mucho más mujer que las histéricas y chillonas, las que rompían platos, las que empujaban y pataleaban. Esa sonrisa que se dedicaba, que rebotaba en el espejo para reflejarse en sus ojos, la cubrió como un bálsamo maternal que la acariciaba y le decía que todo saldría bien, porque ella era su mejor aliada. Que mientras siguiese allí, dentro de ese cuerpo, con esa mente funcionando, siendo ella, en definitiva, todo saldría bien. No necesitaba más apoyo que ese, y se sintió fuerte y restablecida. ¿Qué ocurría con Víctor? No estaba segura. Las dudas la asaltaban, y su inteligencia se encendía y le exponía evidencias que atormentaban la paz de su casa y de su familia. Pero la inteligencia se encontraba con el sinsentido de los sentimientos, que repetían una y otra vez, con pruebas más sencillas y más emotivas, lo imposible que era todo aquello. No podía ser, claro, y ella lo

sabía, lo sentía dentro. ¿De qué servían todos esos datos si ella sabía la verdad por el mero hecho de conocerlo, de tener su vida? Las dudas se calmaban y pensaba en amigos imaginarios que conseguían convencerla. “No puede ser”, murmuró, mirándose en el espejo, y si no podía ser, ¿para qué discutir tanto? Sufría por la desunión que estaban experimentando, y quería pararla. No iba a decirle que tenía razón, que estaba equivocada, pero tampoco iba a seguir con ese problema. Iba a zanjarlo, y sobre todo, iba a recuperarlo. Y su cuerpo respondió con una calidez que le hablaba de sensaciones que las discusiones habían alejado, de deseo y de pasiones que se merecía. Sus piernas respondieron aplaudiendo aquella iniciativa, su vientre dio un salto y su boca se entreabrió para aspirar aquellas motas que había en el aire, puntos ardientes que se le posaban en los labios y que introducían en el tranquilo semblante de Sandra esa pasión que allí se manifestaba, en los placeres de su intimidad, no en la rabia, en los enfados, en los histerismos.

Abrió la puerta del dormitorio. Completamente oscuro, Sandra apenas pudo distinguir el contorno de la cama y de la primera mesilla de noche. Cerrando con cuidado, caminó sin apenas hacer ruido y dejó la bata sobre una silla. Víctor, que se hacía el dormido con una rigidez exagerada y que lo delataba, esperaba impaciente el momento en el que su mujer se tumbase, como un peso muerto, a su lado, y tener la seguridad de que no era necesario continuar aquella noche la pelea. Por las mañanas todo se enfocaba con más facilidad, y estaba demasiado cansado como para aguantar ahora más reproches. Sandra, como deseaba, se metió en la cama sin pronunciar una palabra. Pero lo que no esperaba era sentir cómo se apoyaba en un codo para llegar hasta su cara, sorteando la espalda, e imprimirle un beso en la mejilla. Era un beso que más bien intentaba moverlo, como si lo arrastrase, un beso que más bien era un empujón, y Víctor se resistió hasta que un segundo y un tercero, infructuosos, se vieron ayudados por un brazo de Sandra, que lo movió definitivamente. Tumbado boca arriba, con ella incorporada de lado, pudo distinguir sus ojos, tan negros y muy abiertos, y también los rasgos de la cara que se precipitaba sobre la suya para besarle los labios.

—Lo de antes... —dijo Víctor, interrumpiéndola, en un vago intento de recuperar aquella discusión, pues si bien no le apetecía volver a ello, menos le apetecía seguir los deseos de su mujer, y le pareció la mejor manera de pararla.

—Olvídate ya de eso —contestó apenas en un susurro, siguiendo con los besos que ahora bajaban al cuello de Víctor, donde sentía los latidos

intensos de su marido, donde veía, equivocadamente, el triunfo de su iniciativa.

Víctor empezó a pensar una manera de parar aquello sin ser demasiado brusco con Sandra, pues sabía que ya lo había sido en la cena. Si era inevitable sentir remordimientos por lo que le estaba haciendo, no quería además dañarla de maneras tan gratuitas como la anterior, y asumía su culpa. Pero esto, llegar a esto... No quería, no podía hacerlo. Y sin embargo era consciente de que Sandra sabía perfectamente cómo estimularlo, cómo sacar de él toda su pasión. No se trataba de ella, no se trataba de que su matrimonio fuese mal, sino de cómo podría afectar esto a su relación con Alicia.

—Para, para... —dijo, suavemente, cogiendo las manos de su mujer, pero ella hizo caso omiso a sus palabras, y más bien aprovechó ese enlace para dirigir las manos de Víctor.

Sí, lo había dicho, había pensado exactamente en el nombre de Alicia. Era por Alicia, claro, no podía hacerle algo así. Le había declarado su amor hacía tanto tiempo, y se lo había vuelto a declarar desde que comenzaron aquella historia, hacía cinco semanas ya. En su cuartito del hotel tenía Alicia peines, horquillas, un perfume y demás detalles que hablaban a Víctor de una relación seria. ¿Cómo iba a acostarse con Sandra y luego volver con ella, volver a estrecharla entre sus brazos y repetirle que la amaba y que era inmensamente feliz a su lado? Eso era engaño, era traición.

—Más despacio —murmuró, como para ganar tiempo, mientras sus manos se veían obligadas a desnudar a Sandra, a sentir su piel suave y cálida.

Era traicionar a Alicia. Y por otro lado no tenía por qué oponerse a ello, no podía decirle a su esposa una sola razón para evitar lo que estaba pasando, porque era del todo legítimo. Lo otro era lo ilegítimo, y no obstante lo que él quería conservar puro y limpio para siempre. Eran ya cinco semanas, habían superado el mes, y eso se volvía cada vez más serio y más único. Era...

Sandra se deslizó a su lado buscando sus labios, obligándolo a sentir todo el contorno de su cuerpo. Era ese cuerpo que conocía tan bien, ese cuerpo que identificaba como suyo. Y algo así era lo que hacía ella, de algún modo se había propuesto hacer suyo a Víctor, y lo estaba consiguiendo. Podía decirle que no le apetecía, podía —“Espera...”— decir que no se encontraba bien. Decirle que no le apetecía, como si ella no supiese hacer que le apeteciese. Y no podía frenar aquello, no podía decirle a Sandra que se vistiera, que parase, cuando era evidente que él la deseaba también, que se

estaba excitando. ¿Cómo podía desearla y a la vez sentir su amor a Alicia? ¿Cómo podía...? Sandra se ponía sobre él, buscaba sus ojos abiertos, le colocó las manos en la cintura para que la acariciase, para que recorriese ese cuerpo que era el de su esposa —eso parecía decirle con cada movimiento—, y tiró de sus brazos para elevarlo, para poner su cara casi a la altura de ella. La besó por una iniciativa propia, para disfrutar de sus labios, de su cuerpo, de toda ella. Estaba engañando a Alicia, la estaba engañando, era consciente y no dejaba de odiar aquello, pero tampoco podía evitar disfrutar de Sandra, disfrutar de lo que ella le había forzado a hacer, besarla y apretarla contra él.

Era inútil negar que Sandra no dudaba de él, no de una manera constante, sino más bien como algo intermitente, que ella forzaba a ser intermitente, haciendo el trabajo de convencerse que en cierto modo debía corresponderle a él. En esos titubeos sobre la fidelidad de su marido, alguna vez se había preguntado quién podía ser, y el nombre de Alicia —quizás porque era aquél que le sugería salirse de las reglas de su matrimonio— había sido uno de los primeros en aflorar. Claro que lo más probable era que se tratase de una artista del teatro, una de las tantas niñas que aparecían cada año, con ansias de fama y ligeras para conseguirla como fuese. La juventud, la belleza intacta, las ganas de prosperar. Alicia se había borrado enseguida de su mente, pero ahora la recordó, en una fantasía que completaba aquel marco en el que ambos se encontraban. Aunque el cuerpo de Víctor fuese capaz de activar toda su sensibilidad, de hacerla disfrutar y desear de una manera que, antes de empezar con él, no se había representado en ningún momento, era difícil que a veces otras personas no se colasen en su mente, a veces personas y a veces situaciones, tejiendo una escena distinta a aquélla pero que consideraba una especie de mentira permitida, de mentira dulce e íntima por ser sólo suya, más comprensible que cualquier otra por estar tan solo tejida con las redes de su imaginación, esa imaginación fina que quebraba a una palabra de su marido, a un gesto, a un apelativo que se engarzaba con su amor. Y el nombre de Alicia se le dibujó de repente, su piel blanca y los senos como flores duras, y pensaba en el erotismo de aquellos momentos en los que se cambiaban juntas, o se ataban una a otra sus trajes de bailarinas cuando hacían el dibujo de un corsé. Pensaba en Alicia y a la vez su placer frenaba un instante, cuando recordaba las dudas sobre su marido y ella, o su marido y cualquier otra. Pero en aquel momento su mente se expandió como la espuma de una ola que moría contra la arena, clara y estirada, inmensa, y pensó que si Alicia fuese la amante de su marido —lo

cual no podía ocurrir— encontraría en él los restos de su piel, de su vientre liso, de sus piernas que se estiraban y encogían como carnosos tallos de tulipanes, y se apretó contra ese cuerpo donde podía encontrar una huella de Alicia, donde podía hallar su perfume, el perfume de sus cabellos y de su cuerpo todo allí impregnado, y con las aletas de la nariz muy abiertas buscaba ese olor, casi sentía ese olor, y se vio cayendo y precipitándose en una vergüenza de mujer engañada, de cornuda sin dignidad que se abandonaba a aquel desprecio a cambio de ese placer intenso y cálido que la enloquecía, que le permitía soportar la crueldad de los otros a cambio de un momento más en el que desdibujar la noción del tiempo, del lugar, de la realidad misma. Su marido poseía a Alicia y ella permitía que la poseyese, permitía aquella aventura por sentir esto ahora mismo, y ahí estaba una mano de Alicia, ahí sus muslos de rosas tiernas, jóvenes, pálidas, que la recibían y la engañaban a un tiempo, como una marioneta de aquellos amantes que la zarandeaban de un lado a otro por un capricho del placer. Sentía a Alicia, la sentía junto a ella, entre ambos, junto a ambos, y besó una vez más los labios de su marido como si allí estuvieran impresos los de ella.

Pero todo era una fantasía, era la imaginación viva que se movía. No había más que su imaginación, sus dos cuerpos y el placer que compartían en la intimidad de su unión, de su matrimonio, del seno que era su familia.

Víctor, sin embargo, en aquel momento decisivo en el que se había lanzado a besar a su esposa, había olvidado por completo el de Alicia. Su mente había murmurado aquello de lo legítimo, aquello del matrimonio. No se había intentado justificar pensando en lo que Alicia hiciese con su marido, porque en principio ella le había prometido que no había vuelto a tocarle —y él la creía—, y definitivamente porque era un pensamiento tan doloroso, tan espantoso y cruel, que no podía siquiera figurárselo. Su mente hablaba de lo legítimo, sí, de lo permitido y lo que, desde luego, estaba bien, pero no eran más que tímidos adornos a una decisión rotunda de su afecto por Sandra, que si bien no era un amor como el que su amante le inspiraba sí era el cariño de sus años juntos, de sus descubrimientos en común, de todas las aventuras que habían pasado juntos, por supuesto, aquélla de ser padres, aquélla de vivir. No podía negar que la quería, que la quería muchísimo, con esas palabras de compañera de vida y madre de sus hijos. Quizás fuese ese afecto que acudía con la conjunción de los recuerdos —un afecto que no se borraba por la aparición de una historia inconclusa— el que lo hizo besarla sin que ningún obstáculo se interpusiese entre los dos, ningún reparo sobre las traiciones que

un segundo antes lo habían aterrado. Y durante todo aquel episodio, durante todos los minutos que resbalaron hasta que se quedaron dormidos, no volvió a pensar en Alicia, no volvió a decir su nombre, no volvió a hablar de romances, de amores, del estatus que en su corazón se repartían las dos mujeres que integraban su vida. Pensó en Sandra, en su mujer, en la que lo recuperaba para sí, movido por una excitación que no había sido lo bastante fuerte como para reprimir. E hizo el amor con Sandra, y sólo con ella.

CAPÍTULO XII

Era temprano. Víctor había salido hacía apenas una media hora. La mañana era fría, y la propia Sandra le había quitado su chaqueta para que cogiese un abrigo.

Se había levantado hermosa, despeinada, tras un sueño tranquilo. Víctor, que la había observado un momento antes de levantarse, la había visto exactamente así. Hermosa, radiante, con los cabellos negros enredados y descuidada, como la había conocido al comienzo de su matrimonio. Era bonito, descubrir a alguien en esos momentos que antes sólo le pertenecían de una forma individual. Suponía que él también estaba incluido en aquello, pero, ¿qué tenía la mujer, que la volvía tan atractiva, que hacía que todas las escenas en ella centradas emanasen un cariz más brillante, como un prisma de luz que emergía directamente de un sentido estético? Y él, que también estaba despeinado, que quizá tuviera ojeras, con los ojos un poco cansados todavía, centraba toda la atención en ese cuerpo que amanecía desnudo, como él lo había dejado anoche, con las formas sólo distorsionadas por las sábanas. Ordenando un poco la melena negra que ahora apenas cubría la totalidad de su cuello, apartando los cabellos que le tocaban la cara, se incorporó estirando un poco la espalda, y en un susurro como quien se aplicaba una espuma llena de polvos blancos en la mejilla —y con un sonido semejante, una especie de “puf, puf” que ronroneó a la altura de su cadera—, se le descubrió el torso entero. Desnuda desde la cintura hacia arriba, con los altivos pechos todavía erguidos, suaves como dos curvas de granito blanco, parecía una sirena. Una sirena que esperaba en las rocas, con la cola cubierta por el mar o enterrada en la arena, tranquila en esa desnudez en la que discurrían sus días, porque ella no entendía de ropas, ni tan siquiera de conchas o estrellas que la tapasen. Y las estrellas, que parecían brillar más bien en sus ojos, en dos intensos faros de luz, se movieron hacia Víctor para sacarlo de su ensimismamiento, de sus historias de seres fantásticos. Entonces vio la cama, la sábana, la almohada. El agua del mar se había secado y se convertía en mantas que también lo cubrían a él. Tenía que levantarse, tenía que ir al teatro.

Durante el breve espacio de mañana que podían disfrutar juntos, Sandra se había sentido feliz. Se había sentido en complicidad, en una confianza profunda que nada turbaba. Sin embargo Víctor salió, se quedó sentada en

una silla del comedor, con la gran mesa vacía ante ella, y la sensación de que comenzaba una nueva rutina fue rompiendo poco a poco su estabilidad. Era la palabra “rutina” la que precisamente la había alarmado, pues en un rápido gesto su mente repasó en lo que ésta consistía, y recordó las tardes, y lo que en ellas desaparecía. Habían hecho el amor anoche, habían llegado a un punto de encuentro, de paz que enterraba todas las discusiones. Pero no sabía si aquello había sido suficiente para que Víctor sacrificase ese día y los siguientes quedándose con ella, haciendo planes juntos y dejando a sus amigos en un segundo plano. Algo le decía que sí, esa seguridad de que era un buen hombre, de que era un buen padre también. Y algo le decía a la vez que era demasiado tonto como para darse cuenta, que quizá interpretase esa felicidad como una justificación de que podía seguir comportándose como quisiera y que todo iría bien con ella, o que posiblemente ni tan siquiera se presentase las opciones, porque en materia de sentimientos, de responsabilidad, era un inmenso idiota. Sí, era idiota, había que explicárselo todo una y otra vez, y seguro que esta tarde volvía a dejarla sola, seguro que luego venía con esos aires tranquilos de no entender nada, de creerse que todo estaba bien. ¿Cómo podía ser tan estúpido? Ya lo veía venir con esa sonrisa boba, lanzándole un saludo como si hubiese llegado tras cinco minutos de ausencia, otra vez. La sangre le hirvió un poco, porque odiaba discutir y odiaba enfrentarse, pero iba a obligarla de nuevo. ¿Qué tenían esos amigos? ¿Qué tenían esas tardes? Por supuesto, ese hormigueo que le hablaba de su estupidez, de su incapacidad para entender lo que ella sentía, no paraba de murmurarle una y otra vez las dudas que siempre tenía, esa otra opción que explicaba el sacrificio de su felicidad doméstica a cambio de tardes y tardes para sí. Sin darse cuenta, había empezado a apretar las manos, y nombres de niñas tontas y malcriadas, nombres cursis y ridículos empezaron a desfilar por su mente, y casi se imaginaba ya a la criaja en cuestión, una bailarina, quizá, porque eran las más sexys, una corista retrasada harta de estar en segundo puesto que se desquitaba entregándose al jefe, una cantante principal que quería un poco más, una putilla de pueblo que se había convertido en putilla de la orquesta. Las veía rubias, pelirrojas, castañas, con la piel de todos los colores, con los ojos de formas muy distintas, las veía incluso con entrecejo y sobrepeso, porque su marido era tan tonto, y los hombres eran tan tontos, que cualquiera podía convencerlos, a pesar de todos los compromisos y de todas las exigencias del atractivo.

Su mandíbula se tensó, empezó a apretar los dientes y sintió que la dignidad

se le enrojecía y hacía que las piernas le quemasen. Se levantó nerviosa, con una rotundidad que casi había hecho que la silla se cayese, y se preparó con tanta rapidez que apenas su silenciosa casa pudo darse cuenta de que se iba. Cruzó la puerta muy erguida, con una sobriedad intacta que tenía algo de elegante, quizás por las puntas de sus cabellos cortos, que perfectamente alineadas seguían la estela de su dueña.

Se presentó en el teatro con esa misma postura, pero la agitación había crecido lo suficiente como para que su cabeza ya no estuviese tan recta ni tan alta. Las mejillas se le habían ruborizado un poco, y era ese natural temperamento que guardaba siempre la calma el que había frenado aquel ligero toque de rosa, pues su tensión habría podido colorarle la cara entera.

Entró en el teatro con decisión y con la calma de quien lo conocía perfectamente. Sabía bien dónde estaba el despacho de Víctor, y se dirigió a él con toda seguridad. En su imaginación empezaron a dibujarse escenas distintas, como abrir la puerta y encontrarlo tranquilamente trabajando, interrumpirlo con una mujer o que estuviese cerrado con llave, y multitud de posibilidades que derivaban a su vez de esta última. Se cruzó en su camino con bastantes personas, con bastantes niñas a las que le sacaba quince años como mínimo. Todas ellas, por ser desconocida y caminar con aquella brusquedad, la miraban curiosas, algunas con una pobre educación que las ponía en evidencia, otras disimulando las miradas y clavándoselas en la espalda cuando Sandra pasaba. La estudiaban con todo el detenimiento que podían por la rapidez de sus pasos, pero la extraña no devolvía ni una sola de sus miradas, pues en todas aquellas personas veía posibles amantes, posibles “otras”. Y se paseaba dando la impresión de enorgullecerse de una posición privilegiada, con aires de grandeza, de superioridad, cuando en realidad sus ojos fijos y su boca seria sólo se concentraban en alcanzar aquella puerta que ya veía.

Y la abrió. Y dentro Víctor, solo, sentado en su escritorio.

—¿Qué haces aquí? —dijo sorprendido y con una expresión de alarma. Sandra nunca iba al teatro, y temió que hubiera pasado algo grave.

—Nada. Quería hacerte una visita. Desde lo de anoche te echo más de menos —añadió con un punto mimoso en la voz, llevándose una mano a la nuca como si dudase, como si jugase con aquella parte sensual y a la vez infantil que se preocupaba por si estaba mal haberse presentado allí.

—Ya, bueno... Estoy trabajando —respondió Víctor, incómodo. Esa rutina que había activado las alarmas de Sandra había recordado a él la encrucijada

que estaba viviendo, y rememorando sus escenas con Alicia sentía un serio arrepentimiento por haberse acostado con Sandra. No se lo diría, intentaría al menos no decírselo, pero la mentira y que quizá no lo supiera nunca no eliminaba que él lo sufriese en silencio.

—Estoy algo mareada —improvisó, moviendo ahora su mano a la frente, agachando un poco su figura como si intentase no desplomarse en el suelo.

Víctor fue hasta ella enseguida y la llevó a su silla. Empezó a preguntarle si se había mareado antes, si había estado caminando demasiado, si se había cansado y otras cuestiones que Sandra no se molestó en contestar. Se le había ocurrido un comentario muy oportuno para ver la reacción de su marido, algo que se podría llamar incluso “gracioso”, con una gracia perversa, pero que sobre todo le hacía daño a ella. Así, miró a su marido con una sonrisa, con los ojos insinuantes y alegres.

—Quién sabe, quizás...

Víctor se alejó un poco. En su cara se presentó con toda sinceridad la preocupación, la aversión, las ganas de despertar de aquello si resultaba verdad. “El horror”, pensó Sandra. Y podía haber dicho algo como que ese mes tenía una falta, que estaba esperando que llegase... Pero estaba demasiado concentrada estudiando la reacción de Víctor, tanto que se hizo demasiado tarde, pues al ver el movimiento de esas facciones ella misma demostró sorpresa, como si también la hubiera pillado desprevenida esa posibilidad. Claro que podía haber alargado aquella conversación sólo para torturarlo, podía haber hecho de eso el objeto de su visita, sólo para divertirse, en cierto sentido. Podía levantarse diciendo que era verdad, por supuesto, cómo no se había dado cuenta antes, y abrazarlo y sonreír y lanzar al aire que debían empezar a pensar en nombres. Pero esa cara la desgarraba, la paralizaba.

Desconcertado, Víctor carraspeó y se encogió de hombros, como si ese gesto fuese la mejor manera de disimular su disgusto. Un hijo, y en estas circunstancias... Pero tampoco estaba muy seguro de qué circunstancias eran las mejores, en la doble vida que llevaba. Así pues, se encogió de hombros como quien decía que aquello era obra de un azar inescrutable, y que tanto importaba su alegría o enfado. Una artimaña que, en realidad, sólo intentaba ganar algo de tiempo antes de que le volviera a salir la voz, antes de poder decir algo o salir corriendo con cualquier excusa.

—¿Puedes ir a avisar a mamá de que he venido? —le pidió Sandra, tras un minuto o incluso dos de absoluto silencio, casi olvidándose de su engaño, del

bebé invisible que le crecía dentro. Y esa tranquilidad, ese cambio, relajaron a Víctor como si, efectivamente, sólo hubiera sido una idea estúpida.

—No sé dónde está, debe andar por el teatro —protestó en un principio.

Entonces Sandra puso un mohín de tristeza, más bien de desamparo, y Víctor se sintió un estúpido por dificultar tanto las cosas. Si anoche ya había montado una escena nada más llegar a casa, si ya se sentía culpable por todo, aún encima seguía comportándose como un auténtico grosero. Además, ¿qué le importaba él quedarse allí o recorrer el edificio en busca de Stöhr? Quizás incluso le venía bien despejarse un poco del despacho, salir de aquel cuartucho y repetirse unas cien veces que debía ser más amable con su esposa. La miró un segundo e intentó extraer esa afectuosa belleza que había visto durante la mañana. A veces, cuando estaba en casa, casi se olvidaba de su otra realidad, y podía sentirse feliz y completo. Sin embargo, la estela que Alicia dejaba en sus labios, en sus brazos, volvía a su mente como un perfume que se desplegaba una y otra vez, adictivo, delicioso, y entonces era inútil evitar una crispación que sólo tenía como víctima su humor —lo cual consideraba una víctima justa— y en última instancia siempre a su mujer, siendo esto último inmensamente reprochable.

La miró con cariño, ablandó un poco sus malos modos y se apoyó en la mesa, mirándola a cierta distancia. Se fijó en aquellos ojos negros que tenían sus hijos, en el perfil abombado de la cara, con una curva que a menudo se impregnaba de esa risa alocada y dichosa. ¡Qué fácil era reírse antes con ella, cuando los dos eran uno, fuese por el sentimiento que fuese! ¿Merecía la pena perder todos esos momentos, toda esa felicidad que tenían de una manera tan sencilla? Sandra también se reía más antes, y guardaba su inquebrantable humor, pero se remontaba a un “antes” que era más joven que la aparición de Víctor, o no la aparición como pretendiente, como novio y marido. Esa aparición tímida, que la perseguía un poco, que deambulaba por el teatro sin tener nada que hacer allí. ¡Había sido tan feliz! A pesar de todo, a pesar de sus problemas, de sus amores inalcanzables. Era fácil contentarse, entonces. Pero ahora el cariño que sentía por él hacía imposible que su anterior vida no se conectase un poco con aquello, con esa escena de chico poco hablador que caminaba un tanto confuso por los pasillos, mientras ella se ponía faldas cuajadas de purpurina, ese amigo y confidente —aunque quizás él no supiera que eran confidentes— que venía a las fiestas de Navidad. Ahora la llevaba del brazo, ahora tenían a sus hijos delante. Y esa bruma, esos encantos de los años que se resumían en ágiles parpadeos, actuó

como un bálsamo que la tranquilizaba. Pero era consecuente, y si había ido hasta allí era al menos para quedarse a gusto con una concienzuda inspección. Víctor le apartó un cabello negro que le cruzaba la frente, solitario, rebelde, separado de todos los demás. Fue un gesto que guardaba una caricia, un gesto que tenía algo de amor paternal, porque en ciertos elementos de amante el hombre siempre guarda una actitud protectora que parece conectar con los recuerdos de un padre.

—Me gusta mucho cómo te queda. Me gusta más que antes —dijo, y ese antes recortó el momento exacto de vida en el que se encontraban. Como si los recuerdos se desdibujasen, se miraron e intentaron atrapar ese halo de amor que se les escapaba, que de alguna manera se hacía cada vez más difícil. El matrimonio, la aventura, esas dos mujeres tan distintas y que hacían en parte distinto a ese hombre cuando lo poseía una u otra. —Vengo ahora, voy a buscar a tu madre.

Y salió, erguido, con los generosos hombros enmarcando su paso, con la espalda ancha, que poblaba aquel cuerpo de una virilidad atractiva. Pero Sandra no se quedó mirándolo extasiada, sino que tenía su objetivo en la punta de los dedos. Cogió las llaves que Víctor siempre dejaba sobre el escritorio, y se lanzó a cerrar la puerta con tanta ferocidad que estuvo a punto de caerse. El vestido azul marino atravesó la estancia dos veces, de la silla a la puerta y de la puerta a la mesa, donde abrió todos los cajones y empezó a rebuscar con una agitación nerviosa, que le imprimía cierto temblor en las manos y le aceleraba la respiración. No sabía cuánto tiempo tenía, pero no le importaba si Víctor empezaba a aporrear la puerta, ya se le ocurriría algo. Aunque no fuera una persona mentirosa, era perfectamente capaz de justificar su mentira, y la inteligencia que poseía le permitía de un modo tan justo convencerse de ello, que mentiría sin que le temblase la voz ni un solo instante. De ese modo, empezó a sacar todos los papeles que encontraba, en busca de alguna nota de amor, de alguna carta, de algún apunte que indicase una cita. Estaba segura de que, si ocurría, era con alguien del teatro, y el lugar en el que se intercambiarían algún billete tenía que ser allí, en el teatro, en un choque forzado, por ejemplo, en un rapidísimo saludo, y ya se imaginaba a Víctor leyéndolo en esa misma silla. Si no, ¿para qué se iban a dar cartitas cuando ya estaban juntos, en intimidad, donde no tenían nada que guardar para el papel? Empezó a sacar cuentas, tablas con nombres, con la organización de los empleados, de las actuaciones, carpetas que sólo contenían cifras, un talonario, multitud de cosas que no se correspondían en

absoluto con una infidelidad. En el último cajón apenas había nada, y cuando Sandra creyó encontrar una jugosa prueba, se topó sólo con la tarjeta de un restaurante al que habían ido hacía meses y que Víctor había guardado en el bolsillo. “Qué desastroso es”, se dijo, pensando en la capacidad que tenía para acumular basura en cualquier parte.

Sintió unos pasos que se acercaban, pero no se resistió a un último examen. Con toda la rapidez que pudo, volvió a meter los papeles que le habían quedado sobre la mesa dentro de sus cajones, o al menos los que creía que correspondían, y lanzó una mirada final sobre todo aquello por si algo se le hubiera escapado. Entonces alguien intentó abrir la puerta, que no cedió.

—¿Sandra? —se oyó fuera a Víctor, que volvió a intentarlo. —¿Has cerrado? —¡Sí! —gritó, contenta de que hubiera podido revisarlo todo sin tener que fingir nada más exagerado. Habría estado dispuesta a tirarse en una esquina, como si se hubiera desmayado, si tardaba lo suficiente como para que Víctor echase la puerta abajo.

—Pero, ¿qué haces? ¡Ábrenos!

Sandra miró la mesa por última vez, y corrió hacia la puerta. En lugar de abrirla, dio una segunda vuelta a la llave que la cerró aún más. ¿Quién se aclaraba con esas puertas que no conocía, que no eran de uso habitual para ella? Decían que siempre era hacia al mismo lado, en todas, tanto para abrir como para cerrar, pero ella creía que eso era imposible, si no no le resultaría tan complicado.

—Hacia el otro lado —dijo Víctor, con voz cansada. A veces Sandra, con todo lo lista que era, parecía tonta.

—¡Hola! —dijo a su madre, cuando hubo abierto al fin.

—¿Para qué te encierras? —preguntó Víctor, con una expresión entre el enfado y la sorpresa que intentaba buscar una explicación a esa tontería. Sandra intentó ver en ello que se había puesto nervioso quizás porque tuviera algún secreto allí escondido... Pero no, tenía que dejar de desconfiar, no había nada, y Víctor era demasiado tonto y confiado como para hacer algo tan elaborado como un doble fondo en un cajón, sobre todo en un despacho donde ella no entraba prácticamente nunca.

—Bueno, como estaba sola, no quería que viniese nadie.

—Cualquiera que quiera entrar y hablar conmigo va a llamar antes. Con no contestar ya está —y respondió con tal naturalidad, con tal rostro de incredulidad, negando con la cabeza, que Sandra se quedó más tranquila con eso que con su análisis.

—¿Qué haces aquí? —preguntó su madre, radiante, pensando que quizá su hija lo echase de menos, que quizá ya se había cansado de esa vida casera de madre y esposa y quisiera volver a participar en ese engranaje de puro arte. Pero que Sandra le dijera algo así acarrearía unas consecuencias a las que después no quería hacer frente, y la mera explicación de darse un paseo por allí no la convencería. Además, sería la chispa inicial que desencadenase una persecución para lograr que volviera.

—He venido a pedirte la mañana libre para Víctor —se le ocurrió de repente. Víctor la miró extrañado, y a Stöhr le pareció que su hija se estaba volviendo más empalagosa que de costumbre con su marido. Se rio, divertida ante semejante ocurrencia de pedirle permiso de esa manera, lo cual era también una encantadora invitación a Víctor para que se fuese con ella. La verdad es que la sargento, como la llamaban entre los artistas, le tenía un verdadero cariño a su yerno, pues lo identificaba como alguien de la familia desde antes de aquel noviazgo, a pesar de todas las lógicas reticencias que había sentido al principio. Sin embargo, y aunque aquellas reticencias no la abandonarían jamás, parecía que no había salido tan mal como se esperaba, y que su hija había encontrado la forma de ser feliz en esa extraña elección de vida, aunque siempre había sido una niña feliz. Últimamente tampoco a ella se le había escapado que Víctor estaba más nervioso, más incómodo e impaciente con todo, y creyó que una visita tan improvisada, que un plan nuevo que incluía aquel cariño de Sandra, era una gran idea. Su hija se dejaba la piel en aquella familia, y la señora Stöhr se sentía orgullosa. ¿Qué importaba más que la familia, fuese como fuese su creación?

—¡Pasadlo bien! —dijo mientras se adentraba en el pasillo algo oscuro, tras dar un beso a su hija.

Víctor miró a su mujer con una cara un poco neutra, donde evitaba la irritación que todo le producía en estos últimos tiempos y donde quería dibujar un aspecto divertido, sin conseguirlo.

—Pues nada, cierra esto, que tú te vienes conmigo —le dijo ella, llevando a la perfección su papel de amante esposa.

En una terraza, envuelta en una piel marrón, una mujer de grandes ojos verdes hablaba con su hermana. Sus cabellos castaños, amontonándose en anchos mechones, contrastaban con los de su hermana, cortos como los de un hombre que, por la belleza de su rostro, resaltaba todavía más una hermosura natural y tranquila, que era bonita por sí misma. Belén, que era la de larga

melena, seguía siendo casi tan guapa como cuando eran jóvenes, esos días en los que sus formas de mujer acababan de nacer, donde sus siluetas de flor coloreaban todos los paisajes en los que se encontrasen. No obstante, se mostraba en los delicados rasgos de su rostro una ligera bruma, algo que se veía en el rabillo de los ojos y en la barbilla, algo que eran los años. Y así se veía a sí misma como una belleza bien conservada, pero ese bien conservada no significaba intacta, y su brillo ya algo apagado se contentaba con otros tesoros de su vida. Su hermana Elisa, con su pelo corto, había soportado mejor el paso de los años, es decir, estaba casi idéntica. Con sus cafés delante, al que ambas añadían un poco de canela, podían pasar por gemelas en un primer vistazo. Las siguientes miradas caían en la nariz más recta de Belén, y un verdor de los ojos más claro, más puro, que tenía suavecísimas pecas marrones en los de su hermana.

A estas alturas, Belén habría cumplido seis años de casada. Se había enamorado de un antropólogo de gafas cuadradas y negras, de rasgos fuertes que no podían pasar por demasiado atractivos, pero que la cautivaba con una erudición a la que su delicada inteligencia y cultura también correspondían. Se había enamorado, sí, pero aquel amor, por desgracia, sólo le había permitido tres años de feliz matrimonio, con un hijo en cada uno de ellos, después de los cuales una enfermedad le había arrancado a su marido. Sus hijos, Nicolás, Julián y Victoria, todavía eran pequeños, y prácticamente el total de su existencia se volcaba en ellos. Elisa no se había casado, pero se juntaba de vez en cuando con un novio al que le llevaba unos cinco años. Habían cumplido dos aniversarios en esa situación, y ninguno de los dos pensaba de momento en cambiarlo, pues aunque hablaban de amor, el apego que sentían por su independencia pugnaba con la posibilidad de algo más. Tampoco les interesaba además tener hijos, y Elisa aseguraba sentirse del todo plena con sus sobrinos, a los que les dedicaba largas visitas, llevándose de vez en cuando consigo a la pequeña Victoria, pues vivía en una ciudad a cuatro horas de la de su hermana. ¿Qué unía a Belén a esa ciudad? Discutía con ella en esa terraza, en un abrigo claro que parecía rejuvenecer todavía más su estampa ya intacta, y su corazón se encogía un poco al oírla hablar de los recuerdos, de una vida felicísima que allí había tenido y de cuyo aroma no quería separarse. Él ya no estaba, sí, pero cuando paseaba se veía caminando a su lado, en tal o cual situación, y un mirador le había echado su chaqueta por encima, embarazada del primer hijo, o en un local habían ido a bailar hasta la madrugada.

—Te has encaprichado con este sitio. Allí estoy yo, está la tía, están los primos. Y también sería mucho mejor para los niños. Tendrían a los hijos de Ángeles y Rubén.

Belén no contestó, pero esta vez no era una manera pacífica de poner fin a la discusión, sino que algo había captado su atención. Elisa había seguido el trayecto de su mirada, y había dado con una mujer rubia, de ojos castaños, que ella también recordaba.

—¡Es ella! ¿Cómo se llamaba?

Belén intentó recordarlo, pero no se acordaba.

—Es la bailarina, ¡qué curioso!

Los ojos de las hermanas, cuya inteligencia no se entretenía enumerando lo evidente, sino que se dirigía hacia una bondad generosa, la miraron como dos madres podían mirar a una muchacha atolondrada.

—¿Te acuerdas cómo babeaba la señora H con ella? Decía a todo el mundo que daba servicio a una artista de primer nombre.

—¡Pobre señora H! Daba un poco de lástima.

—Dicen que su sobrina es un encanto. Aunque, sinceramente, no tengo ningunas ganas de pasarme por allí.

La bailarina, que tenía ante ella una cerveza ácida y espumosa, se había olvidado de todo cuanto la rodeaba, sumida en sus pensamientos. Nunca se había imaginado llegar tan lejos con Víctor, precisamente con Víctor. Podía verse con un amante anterior guardando objetos en una habitación, dando un aspecto de vida en común, dejando que el tiempo pasase sin que su mente estableciera un límite, un momento en el que sabía que habría de aburrirse. Y, sin embargo, había pasado con él. Aquí, en esa vieja ciudad, en ese cuarto de hotel. Cuando pensaba en una aventura de unos días que la activase de nuevo, que le diera fuerzas para sentirse libre, joven, poderosa, para sentirse como antes, había terminado compartiendo más intimidades de las que pensaba y superando ya el mes de relación, aventura o como se llamase eso. ¿En qué momento había dejado de calcular y había empezado a ser una marioneta de las circunstancias? Porque no se había dejado llevar, no le había dicho a su cabeza: déjate llevar, vive, no te preocupes. No, no, sencillamente el tiempo había pasado más rápido de lo que pensaba, se le había escapado de las manos, y también el grado de confidencias que compartía con él. Sin saber cómo, había llegado a contarle todo. Le había hecho partícipe de la muerte de su padre, de lo que había pasado entonces, de sus dudas ante el matrimonio, de su horror por el embarazo. ¿Cómo había sido tan ridículo todo, tan rápido

y desorganizado? No entendía que hubiera ocurrido de aquella manera. Pero allí estaba, sorprendiéndose porque hacía cinco semanas que había empezado a verse con Víctor, hacía cinco semanas que lo compartía casi todo con él. Al recordar la muerte de su padre se le habían escapado dos lágrimas, y él se las había secado. ¡Había llorado delante de él, incluso! Antes sólo sus padres y su marido la habían visto así. Pero lo que más asustaba a Alicia no era eso, sino que de algún modo no quería renunciar a lo que tenía ahora. Había superado con creces la duración inicial que había pensado para esa historia, y no quería que terminase, o al menos de momento, y se trataba de un momento bastante dilatado en el tiempo. Aunque los sentimientos que Víctor le inspiraban eran sentimientos que rebotaban sobre sí misma, le gustaba cómo se veía reflejada en esas pupilas, lo joven y magnífica que se volvía cuando estaba con él. Era un aura brillante, cegadora, que se desmoronaba en cuanto abandonaba la habitación de hotel. Pero no era la habitación lo que le ofrecía eso, sino el propio Víctor. Era él, y a ella le encantaba. Cuando Víctor le hablaba de amor, se volvía más bonita y máspreciada todavía. Se volvía más ella, y le gustaban sus enormes atenciones, sus miles de delicadezas que la tenían a ella y a su felicidad como único objeto. ¡Qué bonita estaba, con su bata, peinándose, y él mirándola embobado desde la cama! Le gustaba su amor, le gustaba que la amasen, que la amasen desbordadamente, y era una sensación demasiado agradable como para querer renunciar a ella. Se sorprendió dándose cuenta de que sonreía un poco, pensando en esa risa seductora que le salía cuando le hacía alguna broma, o en todos los distintos recursos que adornaban la sensualidad de su cuerpo, porque hiciese lo que hiciese, se mostrase como se mostrase, él siempre la encontraba maravillosa. Una ráfaga de aire movió un poco su falda, que le acarició las piernas. Había un suave silbido en el viento, algo que murmuraba, que la extraía de aquellos buenos pensamientos. Y es que, a pesar de todo, había dos cosas que nublaban bastante su felicidad. La primera de ellas era obvia, y se trataba de su familia, de volver a casa y encontrarse con ese marido con el que ya no compartía nada, a ningún nivel, con el que, de guardarle fidelidad, la habría convertido en una monja. Le parecía que su marido ya debería tener allí a alguna, pues a pesar de que ella se mostrase cada vez más distante, él no protestaba ni se enfadaba. En definitiva: le daba igual. Era como si no la necesitase, como si no sufriese en absoluto sus largas ausencias. Ella agradecía aquel respiro, pero era inevitable que se enfadase cada vez que experimentaba esa sensación, sabiendo que se había casado con alguien que

en verdad no la estimaba lo más mínimo, que no la necesitaba para nada ni pretendía tenerla en ningún sentido. Si ella vivía gracias a lo que hacía nacer en los demás —ya fuese amor, ya fuese deseo, fantasía, pasión, idolatría—, de tenerlo sólo a él se habría vuelto algo mustio y casi inerte. En ese estado se había encontrado, sin duda, cuando había decidido volver, sumando a ello disgustos de amantes que ya había olvidado. Después, el hijo de ese hombre, que si hubiera podido abortar con dos saltos en la cama no estaría ahora aquí. En algún momento había pensado que quizás hubiera dado gracias a Dios porque deshacerse de ese feto fuese tan difícil, volviéndose loca con ese hijo que aún no conocía. Pero eso no había pasado. No quería ser madre, y por un capricho de la mala suerte, lo era. No sentía amor, no sentía ningún impulso maternal. Incluso le inspiraba todavía cierto reparo que su cuerpo hubiera sido invadido de semejante manera. Que se hubiese deformado, que se hubiese expandido tanto, por no hablar de lo que había venido después.

Eso era lo primero que le obstaculizaba una existencia plena. El obstáculo que había tratado como “lógico”, aunque ahora que lo pensaba, el segundo también era bastante lógico. Se trataba del reflejo de su situación, es decir, que Víctor tuviera también una familia. Esto último hacía que le hirviera la sangre de una manera tan intensa que se veía obligada a calmarse siempre que pensaba en ello, intentando relativizarlo todo lo posible. Pero esto no era fácil para su organismo tan primario, y las pupilas se le dilataban y todos los músculos de su rostro se tensaban con rabia. En este momento no se trataba de tristeza, de pena, sino de puros celos. No podía imaginar a Víctor disfrutando con sus hijos, no podía imaginarlo disfrutando con Sandra, haciéndole carantoñas, desviviéndose por ella, cuidándola, durmiendo a su lado. Que durmiera a su lado cada noche era lo que más la enloquecía. Si ella se veía perfecta en sus ojos, ¿por qué tenía que ocurrir eso otro? ¿Por qué existía esa familia, esa mujer, si se suponía que la amaba a ella? Si bien no era amor el que sangraba dentro de Alicia ante semejantes preguntas, era una dignidad opaca, era esa sensación de que ella era única y que después se separasen para que Víctor se fuese con la otra. Quería poseer ese amor con todas sus consecuencias, con toda la inmensidad que Víctor aseguraba, quería estrujarlo en sus manos y que fuese cierto, completamente cierto y sólo suyo, sólo para ella. Que otra mujer ocupase su mirada y quizás se viera como ella lo hacía le parecía asqueroso. Le parecía que manchaba todo eso que Víctor llamaba amor, que decía que era tan especial, tan fantástico. Esa otra vida se burlaba de ella y de su sed de ser lo que era antes. Porque, si lo pensaba

fríamente, sinceramente, veía que no se trataba de nada más que una aventura, algo paralelo al matrimonio y secreto. ¿Pero no existía ella para que la adorase? ¿Qué clase de adoración era ésa? Era una vergüenza, una estupidez, era una mentira. ¿Cuánto la amaba Víctor? ¿Hasta qué punto la veía como algo único, como todo lo que deseaba y quería?

Alicia respiraba con dificultad, con pesadez, tenía la mirada fija en el líquido amarillo y en las burbujas que lo atravesaban. Y en ellas se vio tan tonta como cuando fue a la puerta del teatro, a merodear como una pordiosera, a cambio de algo de admiración. Víctor se iba entonces para cuidar a su mujercita, y seguro que la había besado tras su paseo juntos, que la había abrazado, que la había adorado alrededor de la cama. ¡Era tan tonta! La quería a pesar de todo, y lo que le decía era algo bonito que se había querido creer. Amaba a su mujer, adoraba a su mujer, la adoraba más que a ella, le parecía más perfecta que ella. ¿Y entonces de qué servía todo lo demás? Le había dedicado tardes y tardes de su vida, le había dedicado cinco semanas donde se veían casi a diario. Se lo estaba dando todo, y no quería que acabase. Hace un instante sonreía, pensando en no dejar que eso le fuese arrebatado, en vivir de aquellas sensaciones que la hacían tan feliz. ¡Y no era más que una estúpida!

Se llevó una mano a la cabeza, hundiendo un poco los dedos entre el pelo. La frente le ardía, toda la cara le ardía. Era esa sensación agobiante de la sangre que subía y se quedaba allí, quemando todavía más sus pensamientos. Necesitaba caminar, necesitaba despejarse, encontrar un lugar donde el aire le diese en la cara, salvaje, turbulento, congelado. Pensó en aquella bajada de piedra, en esas escaleras enmarcadas en balcones silvestres, que daba directamente al río. Allí se respiraba bien, allí era agradable estar. Y el recuerdo de ese lugar, de ese principio, bañó su corazón con algo que la calmaba, en lugar de encender la rabia anterior. Qué bonita estaba, mojada y despeinada. Había perdido la capacidad de despeinarse tan fácilmente, o al menos de despreocuparse tanto. Necesitaba recuperarla.

Levantó la cerveza, que estaba llena hasta la mitad, y la terminó sin respirar, en largos tragos ininterrumpidos. El amargor que subía al paladar con esos puntitos picantes, que explotaban como pompas de jabón, siguió a un sonido quizá algo brusco del vaso contra la mesa, y muy erguida, cuando ya los cuatro ojos de las hermanas se habían olvidado de que estaba allí, comenzó a andar.

Sí, estaba realmente bonita, mojada y despeinada, guareciéndose de la lluvia

de una forma tan inútil. Seguro que Víctor había pasado un tormento, decidiendo entre sus principios y con la radiante tez de Alicia al otro lado. Pero al final la había besado. ¿O había sido ella? Bueno, en cualquier caso se habían besado. Qué guapa, con la ropa adherida a la piel, marcando su figura, con la ropa interior blanca que se volvía casi transparente. Habían mojado todo el suelo, habían mojado hasta la cama, porque también sus manos y sus cabellos estaban empapados. Había sido un buen día, uno de esos cuyo recuerdo hacía que el cuerpo se elevase un poco en la cama, de noche, cuando se recordaba, cuando se hacía un resumen de todas las sensaciones. Era como flotar. Y ella había flotado pensándolo, había descansado unos milímetros por encima del colchón. Ella y Víctor, tras tanto tiempo y tantos ridículos por parte de él, no dejaba de ser curioso... Víctor... ¡Allí estaba Víctor! ¡Allí estaba Víctor...! Con Sandra. Con su mujer.

La impresión, en lugar de helarla y clavarla al suelo —como le había ocurrido otras veces— le pinchó las plantas de los pies y reaccionó enseguida. Dándose la vuelta, acercándose a la entrada de una casa para ocultarse todo lo posible, dejó que la pareja de la acera de enfrente rebasase su situación, tras lo cual volvió a salir enseguida. Y no salía por si alguien quisiera entrar en el edificio, o porque pudiera resultar penoso ver a una mujer adulta escondiéndose de esa manera. Salí para mirarlos, para fijarse en aquella estampa del matrimonio y entregarse entonces al torbellino de emociones que ya había empezado. Y los vio cogidos del brazo, muy pegados, tanto que incluso era estúpido, tenía que ser de lo más incómodo para andar. Sandra le hablaba, gesticulaba con la mano que tenía libre, y ambos se reían. ¿De qué podían hablar? De los hijos, por ejemplo. De esa niñata asocial de pelo lamido y de ese niño con cara de retrasado. Qué bonitos, qué ricos, los hijos que habían hecho, qué orgullosos padres, qué felices. Qué asco, verlos. Qué asco, esa escena tan babosa, esa escena que irradiaba felicidad. Podía preguntar a cualquiera por la calle, señalándolos, qué opinaban de esos dos, y todo el mundo habría contestado lo mismo. Sin duda, era un matrimonio feliz. Porque claro, en los paseos no se veían los cuernos que ella cargaba. Qué ganas de gritarle, poniendo sus manos a modo de altavoz, “¡Cornuda!, ¡cornuda!”. Cómo le habría cortado eso la risa, cómo habría dejado pálido a ése que tanto la apretaba y le sonreía. Y qué asco... ¡Qué asco!

Intentó mirar a otro lado, pero un dolor morboso no le permitía mover sus ojos ni un instante. ¿Cómo podía besarla a ella y luego juntarse a eso, a ese marimacho que babeaba detrás de ella, que se le iban los ojos cuando se

cambiaban? Vaya si le gustaba, a esa gran madre de familia, a esa gran esposa, que no podía evitar rozarla, que inventaba cualquier excusa para acariciarla. Era tan boba, llamándola muñeca por todas partes, con esos ojitos que le brillaban negros como las cucarachas. Y esa inmensa curva de la mandíbula, con la que podía devorarlo de un solo bocado. Podía abrir esa boca y tragárselo entero, a él y a sus hijos, todos juntos, toda la familia feliz al gansate. ¿Le gustaba cogerle esa cara, donde las dos manos no le llegaban ni para abarcarle el mentón? Ahora se había cortado el pelo, lo llevaba por el cuello como las niñas pequeñas que iban a las monjas, igual por haberse dado cuenta de que la melena de bruja no le sentaba demasiado bien. ¿En qué cabeza cabía que después de estar con ella se metiera en la cama con ésa? ¿Cómo era posible que le gustase, que aguantase dormir a su lado, teniendo a alguien como ella? Y Sandra movía esas piernas torcidas, caminaba y se reía dejando que el mentón batiese con toda libertad. ¿Cómo podía ser? ¿Por qué?

Doblaba la esquina, estaba a punto de perderlos de vista. Pero los vio una última vez, y absorbió aquella escena final como alguien absorbía todo el veneno que le ofrecían.

Estuvo a punto de sentir una náusea. Qué asco. Qué asco, qué asco.

CAPÍTULO XIII

Había sido un día largo y extraño. Por la mañana, todavía embargado por los aromas de la noche, se había sentido feliz. Después, la pesadez del trabajo, y Sandra había aparecido de repente para sacarlo de allí. Habían dado un paseo y se habían sentado en una terraza. Con el trabajo de Víctor, los niños y, por supuesto, su secreto, hacía mucho tiempo que no se habían regalado tantas horas sólo para ellos, pues en cierto sentido era una continuación de aquella noche. Se había sentido casi como al principio, cuando tenían toda libertad y comenzaban a descubrir los entresijos de una vida juntos. Ahora todos esos entresijos eran más que conocidos, pero había sido una especie de tributo a esos días. Sin embargo, Víctor no había podido disfrutarlo todo lo que debería. Más bien, se había sentido algo angustiado. Observaba, triste, cómo Sandra se esforzaba por ellos. Anoche lo había conquistado de nuevo, y ahora aparecía allí, se lo llevaba consigo, le daba toda una mañana donde se reía como antes, donde su excelente humor brillaba. Y él pensaba en que esa tarde había quedado con Alicia. Sandra se esforzaba, pero él debía irse de nuevo, y no sabía cómo se lo iba a tomar. Esperaba que lo entendiese, y que esa mañana juntos fuese un punto a su favor, que fuese suficiente tiempo como para poder cambiarlo por otra tarde más. Claro que también era posible que se enfadase, y que por la noche tuviese otra de esas escenas, que incluso se echase a llorar —sólo recordaba haberla visto llorar una vez— diciendo que había puesto todo su esfuerzo —lo cual era cierto— por arreglar las cosas, y que él seguía siendo un egoísta —también verdad—. Pero, ¿qué podía hacer? Escribirle a Alicia, decirle que durante esa semana no podrían verse. Le diría que Sandra estaba enfadada, que tenía miedo de que lo descubriese. Pero dejar a Alicia de lado por Sandra no podía suponer nada bueno para su relación.

¿Qué podía hacer? Tener dos mujeres, querer contentar a las dos y a la vez ocultar la realidad a la principal, a la que tenía motivos para abandonarlo, era terrible. Si bien su aventura le había proporcionado un gran placer, también tenía un espantoso lado oscuro. Y, aun a riesgo de que Sandra se enfadase enormemente, aun a riesgo de empeorar un poco más su matrimonio y buscarse todas las discusiones posibles —cosa que confiaba en arreglar fácilmente más adelante, dejándolo apuntado en una lista de tareas pendientes de las que saldría airoso— decidió salir igualmente aquella tarde, ver a Alicia

y hablar con ella en persona, tranquilamente, para pedirle que prescindiesen de sus citas durante unos días. Aunque eso le horrorizase, aunque le doliese y aunque quizás no tuviese suficiente fuerza como para soportarlo, necesitaba mantener a Sandra. Era el seno de su familia, era su vida externa, todas sus relaciones, su estabilidad. Así pues, la opción más sencilla, aunque tuviese una faceta drástica, era dejar a Alicia, acabar con algo que, ciñéndose sólo a los términos, se trataba de una aventura. Pero Víctor no se había planteado eso en ningún momento, ni siquiera como una opción de futuro, por remota que fuese. Ante todo, quería cuidar de Alicia, quería mantener su amor, quería tenerla en su vida. Adoraba a Alicia, la amaba, y no podía imaginarse siendo feliz sin ella, ahora que al fin había conseguido que le correspondiera. Pero necesitaba tiempo para su mujer, necesitaba tiempo para arreglar su familia. De ese modo, tomando todas las precauciones que podía —es decir, siendo extremadamente cariñoso con Sandra a cada minuto—, había terminado despidiéndose de ella, prometiéndole que volvería antes de la cena. Ella parecía tranquila, aunque bajo la tranquilidad de Sandra podía esconderse cualquier emoción. Era magnífica fingiendo, guardando y hasta calculando o mintiendo, si fuese realmente necesario. Y si Víctor hubiese sido más sensible, habría mirado a su mujer con ojos suplicantes preguntándole si le parecía bien que saliese esa tarde, y que se iría sólo si le aseguraba que así era. Entonces Sandra le habría dicho que sí, con toda seguridad. Igualmente, a la noche, podía echarle en cara que se le hubiera ocurrido preguntarle algo así, cuando era obvio que no debía hacerlo, y que tras haberle dado su consentimiento hubiera sido capaz de irse. Que tras mostrar ella el sacrificio de su felicidad, él lo hubiera cogido como si nada, cruzando la puerta de casa. ¿Cómo era capaz de hacer algo así? Y Víctor habría puesto esa cara de tonto, porque no lo entendía. Porque no entendía que pidiendo permiso ella le dijese que sí deseando —dando por hecho, lógicamente— lo contrario, y que al irse hubiera logrado una segunda ofensa todavía mayor que la primera. ¿Se trataba acaso de una prueba? ¡Por supuesto! De una prueba que sólo dejaba claro lo estúpido, egoísta y mala persona que podía llegar a ser.

Pero Víctor no preguntó siquiera su opinión. Superó aquel obstáculo esquivándolo, siendo todavía más grosero de lo que ella se había imaginado —quizás no por el conocimiento de su marido, sino por mezclarse en su análisis de la realidad un profundo deseo—. De todos modos, buscando la parte positiva, se había ahorrado aquella explicación sobre las ofensas y las

pruebas que para él habría resultado tremendamente complicada. Y cruzó la puerta, sin saber qué sentía verdaderamente Sandra, pero confiando en que todo se arreglaría. Ahora tenía que concentrarse en otro frente: la conversación con Alicia para espaciar sus encuentros, o más bien, una breve ausencia que le permitiese calmarlo todo. Sería sincero con ella, se lo diría directamente, y también añadiría algo que era del todo cierto. Y es que si las cosas iban tan mal con su mujer era debido a que se habían arriesgado mucho, y todo ese riesgo era debido a cuantísimo la amaba. Aunque fuese a estar ocupado, iba a extrañarla muchísimo cada día que no la tuviera.

A lo largo del camino, Víctor se había repetido las palabras exactas que iba a decirle a Alicia. No obstante, esas palabras cambiaban cada vez que pronunciaba el discurso, y aquello terminó por recordarle a cuando se repetía una y otra vez lo que le diría en la azotea. ¡Qué situación tan distinta! Y a pesar de que ésta fuese un poco más triste, porque le hablaría para alejarse un poco, su amor sintió una punzada de orgullo y una alegría tranquila, reparadora, porque aunque no la tuviese como entonces pretendía, al menos la tenía.

Sandra se había prometido olvidarse de todas sus dudas y de todos sus miedos, no por su matrimonio, más bien por su estabilidad emocional, por su tranquilidad. Así, con esa promesa entre las manos, fue reduciendo poco a poco esa horrible sensación que le subía por el cuerpo, hasta que se convirtió en unas simples cosquillas. Pero esas cosquillas se movían con un trazado serpenteante, continuo, molesto. Esa tarde ya se le había escapado... Ya era tarde. Pero se prometió que la siguiente vez saldría un poco después de él y lo seguiría. Quería saber qué tenía esa gente tan apasionante como para alejarlo día tras día, a pesar de todo lo que hiciese, de ella. Pero Víctor no pensó que Sandra pudiera seguirlo, y continuó su camino tranquilamente, sin mirar atrás ni una sola vez, con la suerte de que a su mujer se le había ocurrido aquel plan un poco tarde, o que había intentado olvidarlo para terminar aplazándolo tan solo un día más.

Víctor entró en la habitación. Normalmente él esperaba de quince a treinta minutos a Alicia, pero ese día era ella quien ya había llegado. Sorprendido, cerró la puerta y se quedó en silencio un instante, observándola. Sentada a un lado de la cama, bien peinada, con las piernas cruzadas y mirando al suelo, estaba preciosa. La preocupación por lo que debía decirle desapareció, porque también sentía que los problemas de su casa de borraban. Allí, en la atmósfera de confianza que ese lugar le ofrecía, todo parecía recobrar su

lugar correcto, calmarse y arreglarse. De repente, olvidó los discursos y los planes, olvidó eso de dejar de verse. Necesitaba ese sitio tanto que habría sido una locura proponer lo contrario. Y no sabía lo que le esperaba al llegar a casa, pero tendría a afrontarlo. Y quizás de nuevo, al día siguiente, trazaría otras posibilidades y otras conversaciones que mantener con su amante, pero al final siempre volvería allí, siempre lo dejaría todo para entregarse a esa felicidad. Y si algo era mejor que esa sensación, que esa seguridad en la que sabía que si el mundo se desmoronaba él terminaría colándose hasta esa habitación, era que en ese mismo instante estaba allí.

Se acercó a Alicia con decisión, con el pecho inflado de amor, buscando sus labios para imprimirles el primer beso de aquella tarde. Agachado, con su delicado rostro entre las manos, la hermosa cabeza de su amante se apartó de él, se desembarazó de sus dedos, que la tocaban como a una preciosísima joya, y escapó a cualquier contacto que Víctor ya había empezado. Los ojos de Alicia, esos grandes círculos castaños rodeados por aletas medio amarillas y medio marrones, evitaban mirarlo, y ahora volaban, sorteando cualquier detalle de su rostro, hasta el mismo techo. El enfado hacía que apretase sus labios, y en esa expresión de niña enfadada, que seguía teniendo un fondo inexpresivo, como si sólo una pincelada hubiese movido muy ligeramente sus rasgos, se pintaba una tormenta de emociones que asustó a Víctor sin siquiera saber de qué se trataba, pues nunca había visto ese dibujo en las facciones de la bailarina. Ya antes de conocer aquellos tenebrosos sentimientos, empezó a dolerle que Alicia sufriera. Y estaba dispuesto a abrazarla, a apretarla contra sí y prometerle que todo se arreglaría, que haría todo lo necesario para apartar esas nubes que la molestaban. ¿Qué quería? ¿Qué necesitaba? No soportaba que Alicia se enfadase, pero menos podría soportar que él fuese quien tuviese la culpa.

—Mi amor...—empezó, pero le fue imposible decir una palabra más.

—¿Qué es ella para ti? —gritó la Alicia, con un torrente de voz que, en comparación con el anterior silencio, pareció todavía más violento. A Víctor le dio vergüenza que ese grito se hubiera oído en las habitaciones colindantes, pero se quedó un momento parado, sin saber qué hacer, por la soberana bofetada que había supuesto esa terrible reacción.

—¿A qué...?

—¡Que qué es te estoy diciendo! ¿Qué sientes por ella? —La voz de Alicia era tan intensa que ya no cabía duda, esas palabras tenían que resonar en todas las demás estancias. Víctor había abierto la boca para intentar preguntar

otra vez a qué se refería, pero Alicia no le dejó que hablase. —¡Me refiero a la boba de tu mujer!

Eso era algo que no esperaba. Cuando había renunciado a arreglar sus relaciones con Sandra, cuando se proponía arrojarse a los placeres de su amor dejando allá, al otro lado de las ventanas, ese otro mundo donde se separaban, Alicia gritaba enfurecida y se lo lanzaba a la cara.

—¿Qué es ella para ti?

Víctor no sabía qué contestar. Le parecía que la excitación de Alicia no permitía ninguna respuesta válida, y que dijese lo que dijese iba a desatar su cólera.

—Ella... Bueno, ella es mi mujer.

—¿Y qué significa eso? ¿Qué quieres decir con eso? ¡Contesta!

Víctor miró a los lados sin decir nada, sin encontrar una respuesta, como si la única correcta se hubiese escurrido entre las grietas de la madera y estuviera ya muy lejos de él.

—¿La quieres? —bramó, histérica, fuera de sí, como si con esa pregunta no sólo hundiese las uñas en el despistado corazón de Víctor, sino en el suyo propio sólo para desgarrárselo, para destrozar los jirones que de él quedaban, tras la horrible mañana que había pasado, tras ese mediodía donde se había escabullido hasta el hotel, hasta el rincón de su placer, para masticar una y otra vez todo aquel dolor.

—Ya sabes que no. No, no la quiero. Te quiero a ti.

Sus propios gritos habían comenzado una migraña, y Alicia, que en algún momento se había puesto de pie, se llevó una mano a la cabeza, con el ceño fruncido, intentando contener aquel martilleo.

—Dime la verdad. No me mientas. Sé lo que está pasando, así que no me mientas.

Víctor no sabía qué estaba pasando, o qué era lo que Alicia sabía, o qué creía saber. Ella sí estaba segura de lo que quería decir, de lo que sabía y de lo que ocurría, pero lo había dicho de la forma más rápida posible, sin que él fuera capaz de entenderlo.

—Alicia, mi vida —empezó, acercándose a ella, intentando ponerle las manos en la cintura, intentando mover su cara para que lo mirase, pero sin que ella reaccionase. —Te quiero a ti. Sólo estoy y he estado enamorado de ti. Eres mi primer y único amor.

—Y entonces, ¿por qué estás con ella?

De nuevo, supo que no había una respuesta correcta. Lo que tenía que decir,

lo que todos sabían, no le iba a gustar, pero no podía inventarse otra cosa.

—Ya sabes por qué.

—Quiero que lo digas. Quiero que me lo digas todo —contestó, como una niña que cruzaba los brazos y pataleaba. Estaba dispuesta a arrancar de su amante todo lo que ella ya conocía, toda la información que sólo le haría daño a ella, pero cuyo dolor, por una especie de suicidio morboso, necesitaba ciegamente.

—Porque ella ya estaba antes de que tú volvieres. Cuando viniste ya estábamos casados, no podía hacer que eso desapareciese porque tú hubieras vuelto de repente. Y tenemos dos hijos.

A Alicia le dolió tanto como esperaba, o quizás un poco más, por no haberse presentado en su imaginación palabras como “de repente”, que sonaban igual que un reproche. Sus ojos empezaron a ahogarse, y unas cuantas lágrimas corrieron por su rostro pálido, alejándose de Víctor y sin permitirle que se las limpiase. Quería sentir las, quería que le quemasen la cara, que le surcasen las mejillas hasta roerlas para que ese imbécil no olvidase jamás el daño que le había hecho.

—¿Y por qué te casaste con ésa? ¿Por qué empezaste? Si tanto me querías, ¿por qué te fuiste con otra?

—¡Tú te fuiste!

—¡Ni se te ocurra decirme eso!

Se quedaron en silencio. Estaban en una especie de callejón, y durante unos segundos —unos segundos que se estiraron muchísimo, que sintieron como si fuesen minutos— solamente pudo oírse el sonido de sus respiraciones, del vago respirar de Víctor, triste y lento, de aquél tormentoso y difícil de Alicia.

—Lo siento. No puedo reprocharte que te fueras. Tenías que hacerlo. Pero ya te lo he dicho. Cuando te fuiste, yo me sentí muy solo. Estaba enamorado de ti, Alicia, y de repente ya no podía saber si iba a volver a verte. Esperé, pero dolía tanto... Te echaba tanto de menos. Y ella estaba ahí. Digas lo que digas, ella también estaba triste por ti. Fue... No llores... No llores, por favor.

Si algo no podía soportar Víctor era que alguien llorase, pero resultaba mucho peor cuando se sentía como el culpable de esas lágrimas. Y en ese caso lo era, aunque se tratase de una responsabilidad inocente, pues en aquel momento, cuando decidió curar sus heridas con Sandra, no podía saber que algún día heriría a Alicia por ello.

Alicia sacudió la cabeza, dio un nuevo paso para que él se alejase, y le hizo un gesto en el que le pedía que siguiera, en el que le pedía más. Pero Víctor

ya no sabía qué más añadir, y ni siquiera estaba seguro de lo que había dicho, de hasta dónde había llegado, confuso en sus palabras por el dolor que suponían aquellos llantos de Alicia.

—Te echaba tantísimo de menos, pensaba tanto en ti... Me sentía muy solo, y Sandra también pensaba en ti, y...

—¿Es muy difícil que pares de repetir lo mismo una y otra vez? — interrumpió, y Víctor se quedó callado. Ya no sabía qué era lo que quería. — Cómo eres capaz de decirme que me amabas y luego casarte con eso. — Víctor frunció el ceño ante la palabra “eso”. A pesar de que su corazón perteneciese a Alicia, no comprendía que tuviera que insultar a Sandra. Era su mujer, la quería, la respetaba (en parte), era la madre de sus hijos. Adoraba a Alicia, la había querido como una gran amiga, y cuando se juntaron la añoraba casi tanto como él, aunque de manera distinta. No merecía que Alicia la insultase de ninguna manera. Eso era injusto. Y cuando su amante notó aquello, esas cejas que se juntaba y esa frente que se ensombrecía, y cuando identificó, con una rapidez y una sensibilidad instintivas, femeninas, a qué se debía, no pudo resistirse a repetirlo, pero todavía más alto, como si así Víctor recibiese un pedacito del dolor que ella experimentaba, a pesar de que fuese en contra de sus intenciones de apartarlo definitivamente de la otra. —¡Con eso!

—Ya está bien, para. —Víctor no quería discutir con ella, no quería defender a nadie ante ella, pero necesitaba que no siguiera. —Tienes que tranquilizarte, estás gritando y llamando la atención de todo el hotel.

—¡El hotel! ¡Esta casa de putas! Nadie va a escandalizarse por una discusión. Víctor enrojeció, se sintió mezquino. Parecía que utilizaba a Alicia, que la llevaba allí para usarla a su antojo y después volvía con su mujer. Había hecho que ella se sintiera inferior, que dejase de creer que la amaba. Y no era cierto, eso no era cierto, pero tampoco sabía cómo convencerla de lo contrario, pues sólo tenía sus palabras, sus promesas.

—Lo que no entiendo es que seas capaz de tenerme a mí, de estar conmigo y luego te vayas a la cama con eso. —Los nervios de Alicia, esa dignidad que sentía tan herida, que sangraba, toda la ofensa que resultaba la otra vida de su amante, oprimieron todos sus sentidos y gritó sin pensar siquiera en lo que estaba diciendo, pues era el propio sentimiento que salía, su pensamiento claro y sincero que se dibujaba en el aire, utilizando obligatoriamente la voz de su dueña —¡Yo soy estoy por encima de ella! ¡Yo soy mucho mejor!

Víctor no sabía que Alicia sintiera esos celos. Ahora era obvio que sí, que los

sentía y que le dolían, pero también era obvio que esos celos, en idénticas circunstancias, se podían producir en él.

—¿Y qué pasa contigo? Hablas de mí, de mi mujer, pero ¿qué hay de tu marido? Tú también lo tienes, y no sé nada de lo que haces con él, de lo que le dices, ni siquiera de lo que sientes.

—Te he dicho mil veces que...

—Y yo también a ti, y no me crees. Te he dicho que te amo a ti, sólo a ti, y sigues dándole vueltas a quién es mejor, a qué siento por ella, que no te mienta, que lo sabes todo... ¿Qué hay de mí? Yo también puedo hacerte todas esas preguntas, una y otra vez hasta que te desesperes, porque digas lo que digas me voy a poner histérico y no te voy a creer.

—¡No soy una histérica!

—¡Mírate! Estás dando un espectáculo, claro que eres una histérica.

—Pues seré una histérica, pero tú eres un cobarde, sabes lo que quieres y no lo cambias por miedo, porque no vales nada. Deberías estar agradecido de que te mire a la cara, yo, ¡yo! Con todos los hombres que podrían volverse locos por mí, y estoy aquí contigo. Molestándome en discutir contigo. ¿Sabes qué? No tiene sentido que esté aquí, mi marido es mil veces más hombre que tú y más digno de tenerme.

Alicia había descargado en esas palabras toda su rabia. Y había sido tal rabia que había llegado a defender a su marido, a decir algo que no creía —o al menos en lo que nunca se había parado a pensar— sólo para hacerle daño a Víctor. Y él se quedó en silencio, mientras ella se sentaba en la cama, a cierta distancia de él, donde nuevas lágrimas volvían a congestionar su hermoso rostro, a plagarlos de gotas brillantes que recordaban a la purpurina de los teatros, a sus años felices y libres. Víctor, que era consciente de que su mujer lo superaba a menudo en inteligencia y delicadeza, había conseguido aprender al menos una cosa de ella: a utilizar cierta dosis de humor para ver más allá de las palabras, cuando las personas se enfadaban y empezaban a hablar sin contenerse, a decirlo todo únicamente llevados por su rabia. Y así, apartó el espeso velo de todas las palabras de Alicia, de esos duros insultos que acababa de lanzarle, incluso aquello de su marido. Y tras todo eso, relativizando cada acento con un brote triste de sonrisa —quizá respondiera a que al fin se habían calmado, quizá a que Alicia estaba guapa incluso llorando—, se acercó a su amante. Ella, que se había agotado, que se había quedado sin fuerzas, se dejó abrazar y escondió el rostro en el cuello de Víctor. Su espalda se movía ligeramente, y él colocó allí su mano intentando

tranquilizarla.

—Ya está... Vamos a dejar de gritarnos y hablar con calma. Odio que discutamos. Te amo tanto...

Esperaron unos segundos más, mientras las lágrimas de Alicia cesaban. Limpiándose las manos, pestañeando unas cuatro veces seguidas para borrar su rastro, irguiéndose y mirando al frente como si nada de aquello hubiese pasado, su cara adquiría la belleza de la nariz un poco ruborizada, de las mejillas sofocadas, de los labios que habían temblado hasta cansarse. Una belleza manchada por momentos de dolor, que la hacían más humana y más cercana.

—¿Qué te ocurre, Alicia? —preguntó al fin, con toda la delicadeza de la que fue capaz.

—Que no soy feliz. No lo soy. Creo que volver aquí ha sido un error. Pero tampoco sé dónde podría serlo. Odio todo lo que pasa cuando salgo de aquí. Odio volver a mi casa, fingir que todo está bien, ver a mi marido, a mi hijo, y odio más aún saber que tú estás allí, con todos esos. No lo soporto, Víctor, me duele mucho. Es como si yo estuviera en mi casa sufriendo, deseando que llegue el día siguiente para huir, pero tú estuvieras feliz. Os veo por la calle, y no parece que me echés de menos ni que pienses en mí.

—Amor mío, tienes que dejar de imaginarte eso. Yo pienso en ti todo el tiempo, y también quiero que pasen las horas para volver a verte. También odio cuando nos separamos, y odio cuando te vas a tu casa, y tengo celos igual que tú, y me hago esas mismas preguntas, me pregunto si te acuerdas de mí, si en realidad disfrutas cuando estás con él. Pero entonces paro, recuerdo todo lo que vivimos juntos, que me quieres, y todo eso se va. Todas las dudas. No puedes dudar de mí de esa forma.

—¿Y entonces por qué...?

—No, para, para, no volvamos a lo de antes. No es cierto. Sólo piensa eso, que no es verdad. Tú sabes lo que siento, y es todo por ti.

Alicia asintió, y se quedó mirando hacia abajo, con las pestañas rubias velando sus ojos, que Víctor no veía. Sentía que había superado un primer obstáculo, uno importante, pero que eso no arreglaba demasiado. Podía calmar sus celos, pero esa situación que vivían era así, no podían cambiarla. Y de ese modo se lo dijo, con completa sinceridad. Se habían reencontrado en esas circunstancias, no podían hacer más que aceptarlas, ya se habían colocado muy por encima de ellas, demasiado, más de lo que él podía imaginar que hiciesen. ¿Qué quería, entonces? ¿Qué podía hacer para que

fuese feliz?

—Lo que quiero es...

Pero Alicia dudaba, consciente del impacto que esa idea iba a tener sobre Víctor. Exageró un poco su indecisión, arrugó pedazos de su falda en las manos muy apretadas, se mordió los labios y negó con la cabeza, evitando mirarlo. Creía que el amor que había creado llegaba hasta cualquier límite que ella quisiera trazar, y por ello se permitió actuar un poco, aunque una pequeña mota de miedo, de fracaso, se alojaba en el fondo de su mente.

—Por favor, dímelo. Qué es lo que quieres.

Cogió aire, se lanzó. Se lanzó como cuando saltaba al escenario, y sintió una alegría semejante, un mareo en el que se mezclaba el miedo y el placer. Pero quién hubiera cambiado ese mismo instante por aquél en el que pensaba, quién hubiera cambiado toda su vida, y el hombre que tenía al lado por los cientos de ojos que la miraban y aplaudían.

—Quiero que no sigamos así. No tenemos por qué. Los dos tenemos familias que no queremos, lo que queremos es estar juntos. Estoy harta de esta habitación asquerosa. Quiero una casa, dejar de escondernos. Hacer planes, viajes, y hacerlos juntos.

Víctor miraba hacia la ventana sin ser consciente de que ésta existía, del espacio de cielo algo nublado que le ofrecía, de la pequeña grieta que había entre el techo y la pared, algo que, cuando se la enseñaron, habían achacado a unas obras cercanas que habían hecho retumbar todos los edificios. “Tienen que pagarlo, y cuando paguen vendrán a arreglarlo”. Entonces recordó eso, como una cantinela lejana. Recordó esa frase, sin saber por qué. “Tienen que pagarlo, y cuando paguen vendrán a arreglarlo”.

—Quiero que vengas conmigo. Quiero que nos vayamos juntos. Que lo dejemos todo, que lo dejes todo por mí, y nos vayamos. Que estemos juntos de verdad.

Víctor seguía mirando hacia la ventana, hacia la brecha. “Tienen que pagarlo, y cuando paguen vendrán a arreglarlo”. ¿Quién había dicho eso? ¿Qué voz tenía? Ah, claro, la señora que le había enseñado la habitación. Era una señora algo mayor, seguramente viuda, entregada al trabajo, a sacar cuatro perras de donde pudiera. Parecía una alcahueta de mala muerte. Y le recordaba también, de lejos, a la señora H.

—Y lo quiero ya. No voy a volver aquí... No voy a volver a sentirme como una fulana, viniendo a esta habitación. —A Alicia le pareció que esa última frase era perfecta, que la victimizaba con toda la razón (aunque no se sintiese

así), que daba color y redondeaba perfectamente su petición. —Vámonos juntos. Vámonos, Víctor. Dejémoslo todo. Tenemos que estar juntos, estar de verdad.

Qué recuerdos, la señora H. Recoger a Alicia para una cena, merodear alrededor de la puerta para encontrarse con ella. Ir a la alameda, perderse por los caminos, que le hablase de los chopos de su ciudad. “Como los botones de un acordeón”. Pero no, ésa no era la voz de Alicia... Era la de la señora del hotel. De tanto pensar en la vieja se le habían cruzado ambos timbres. Volver del restaurante con Alicia del brazo. Qué felicidad, qué noche fría y qué calor sentía dentro. Todos los planes, que se habían desbaratado. Si entonces le hubieran enseñado esa escena, no se la creería. No podía ni creérselo ahora. Pero había ocurrido.

La sangre se le había subido a la cabeza, y sentía que la temperatura aumentaba tiñéndole las mejillas, la frente, incluso las orejas. Se sentía un poco sofocado, la verdad. Bastante, si era sincero. Pensaba en la señora H y le hacía gracia sin saber por qué. Estaba tan nervioso que tenía ganas de reírse. Quería ponerse de pie, caminar un poco, y a la vez no encontraba el impulso para levantarse. Se estaba bien allí, en esa cama mullida, con Alicia al lado.

Alicia, que le acababa de pedir... No era capaz de repetirlo. Pero tenía que hacerlo. Dejar a Sandra, dejar a sus hijos. Alejarse de su familia, de su hogar, para estar con ella.

A Alicia, llegar a la conclusión de que Víctor era un perfecto billete para abandonar a una familia que la oprimía y mermaba un poco más cada día, le había llevado unos serios diez minutos. Siete, ocho, diez minutos. Creía que era agradable, que era magnífico, zambullirse en su amor y vivir de él, de sus caricias, de absorber toda esa pasión. Ya se había convencido de que Víctor la hacía feliz, y aunque nunca podría saber hasta cuándo duraría eso —quizás unos minutos, unos meses, quizás años—, ahora sentía que deseaba continuar aquello y continuarlo de verdad, dejar todo lo que la agarrotaba, volverse más ella, ese “yo” que había sido, que había perdido en el camino, que ahora temblaba, brillante, como un hada perdida, en sus tibias tardes de amor. Además, todo lo otro, lo de la vida con ésa, lo del estallido de esa mañana. El dolor, la humillación. La estaban humillando. Y su corazón se llenaba de tinieblas, se expandía y descargaba torrentes de lluvia. Ésa era la mejor idea que había tenido nunca. Era lo que debían hacer.

Víctor seguía fijándose en la grieta. Hubiera querido ser tan pequeño como

para poder colarse dentro de ella y esperar allí, como una mota de polvo. Dejar a Sandra... Abandonarla, y también a sus hijos. ¿Podría verlos de vez en cuando? Era tan absurdo. ¡Menuda idea! Pero Alicia era impulsiva, irreflexiva, encantadora. Al pensar su nombre la había mirado de reojo, y su atractivo se le pegó un instante a la pupila, intentando cegar su juicio, el barajar de las razones a favor y en contra de aquella ocurrencia. Pero a favor sólo encontraba una, que era su amor. ¿Cuánto podía medir su amor? ¿Hasta dónde llegaba? Dejar a Sandra era algo que jamás se había planteado. No se lo había planteado porque no quería hacerlo, porque era su apoyo, porque era, en realidad, la columna que sujetaba su vida y su familia. Sandra era su mujer, su compañera, y ello lo resumía todo. Dejar a Sandra. ¿Cómo podía explicarle que eso no era posible? ¡Dejar a sus hijos! A su niña exploradora, que ya veía con la larga falda marrón, la camisa blanca, el gran sombrero que la protegería de las quemaduras, en lugares exóticos. Cuántas veces se había imaginado ya anciano, con su Sandra también arrugada, esperando a que ella volviese y les contase sus aventuras. Su hijo... Su niño tímido, que tenía los ojos de la madre y la forma de la cara de él. Habían formado una familia. Habían formado su familia. Él y Alicia tenían amor, tenían pasión, sí, lo reconocía, había estado y estaba locamente enamorado de ella. Pero Sandra lo conquistaba de otro modo. Era su casa, ese salón donde se quedaban todos juntos, con los niños por el suelo, jugando. Y recordó en una proyección de imágenes las distintas partes de la casa, la entrada, el salón, el comedor... Se le representaron desnudas, para que él las llenase. Había arriesgado tanto por Alicia que era imperdonable. No sabía cómo arreglarlo, cómo se lo diría, cómo solucionar el desastre. Pasarían días malos, terribles, pero creía que al final Sandra lo perdonaría. Que lo haría por sus hijos, por su bondad tan inmensa cuyo fondo no había encontrado aún, porque se merecían seguir siendo ese matrimonio alegre, feliz, esos padres casi perfectos. Anoche, habían conseguido reencontrarse. Más allá de todo el amor que podía proclamar, anoche se había unido a Sandra de nuevo, y no había tenido la fortaleza suficiente como para rechazarla. ¡Dejar a Sandra! Cuando pensaba que todo él, que su cuerpo y su corazón pertenecían a otra mujer, se había unido a su esposa pensando sólo en ella, disfrutándola sólo a ella, siendo sólo de ella. Podían atravesarlo todo, podían superarlo todo. Sería duro, pero lo conseguirían. Y sin darse cuenta, llevaba ya unos segundos figurándose una vida que no esperaba. Se había presentado sus días sin Alicia, y de repente estos funcionaban, algo que hacía unos tres minutos no podía ni imaginarse.

Pero ella lo había colocado en una encrucijada, y debía decidir. Alicia era amor, era pasión, pero también destrucción, dolor, separarse de algo que constituía todos sus deseos. Sandra era... Era Sandra, su Sandra, su mujer. Y ya se veía contándolo todo, ya se veía arreglándolo todo. Se veía con sus hijos... Se veía anciano, y sólo se podía presentar a su lado a Sandra. ¡Dejarla! Pero, ¿qué pretendía?

Sin darse cuenta de lo que hacía, había tomado una decisión. Alicia se negaba a volver allí, se negaba a seguir esa aventura, quería más. Él se negaba a destrozarse su familia, y por un instante, colocados en una balanza, Alicia perdía frente al peso de su casa. Si ella supiera lo que era que los niños dibujasen mientras Sandra y él hablaban. Si ella supiera todo de lo que hablaban, la confianza que tenían, la complicidad a la que habían llegado. Cómo se cuidaban el uno al otro, cómo se movían unidos por unos hilos invisibles, pero que estaban ahí, que sólo ellos notaban. ¡Dejarla! ¡Dejarla!

Y en aquel cruce de caminos, Víctor dio un paso hacia uno de ellos, y sintió que su cuerpo reaccionaba con un gran alivio, como si se aplicase un bálsamo que todo lo curaba: el dolor, las heridas, los remordimientos. Sintió que allí estaba el bien, que era lo que debía hacer. Sintió que podía sonreírse, crecer, perdonarse. Y ni siquiera había sido necesario figurarse la horrible estampa de él llegando al teatro, viendo a Stöhr, entrar allí con la cabeza alta, después de haber destrozado a su hija y a sus nietos.

Víctor miró las manos de Alicia, entrelazadas sobre la falda. Las cogió, las guardó en las suyas, y se preparó para decirle algo que jamás habría imaginado. Para decirle lo más difícil que había tenido que decir en su vida. Y, con un guiño a ese hombre que proyectaba discursos a una azotea, que sentía cómo el corazón le temblaba, le latía, que se movía con ensordecedores pasos hasta derrumbarlo, juntó todas sus fuerzas y diseñó la primera palabra, la primera de tantas.

Miró a Alicia, y ya le rozaba la garganta su respuesta.

Ella levantó su iris castaño, del color del caramelo claro, de la almendra dulce, como si ese punto de luz que lo atravesaba fuese una pizca de azúcar que allí se colocaba, deshaciéndose lentamente en su mirada como podía deshacerse entre los labios.

Sus pestañas, que eran finísimas curvas rubias, aletearon una última vez, y el contorno redondeado de su cara, que tenía algo de niña y algo de mujer, se descubrió ante Víctor con toda la sencillez de su belleza, de su boca rosada como dos pétalos carnosos, de su tez blanquecina espolvoreada de nieve.

A Víctor se le olvidó esa palabra que había preparado, ese aliento que ya había tocado sus dientes.

El rostro de Alicia se enmarcaba en una fuente dorada que endulzaba más el perfil de sus mejillas. Dos rosas desvaídas, que afloraban bajo la nieve como un lirio que abría su hermosa boca, las tocaron en un punto de color.

Víctor iba a decir algo, pero lo había olvidado. ¿Cuánto pesaba su amor? ¿Cuánto medía, hasta dónde llegaba?

Iba a decir algo... Pero los ojos de Alicia, esos ojos castaños, brillaban demasiado.